EL TIEMPO VIVIDO

CATHERINE BAILEY

Hasta que nos volvamos a ver

LA HISTORIA DE UNA MADRE, SUS HIJOS DESAPARECIDOS Y EL COMPLOT PARA MATAR A HITLER

CRÍTICA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Mapas
Prólogo
Primera parte
- 1
- 2

Segunda parte
- 3
- 4
- 5
- 6

Tercera parte
- 7
- 8
- 9

Cuarta parte
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15

Quinta parte
- 16
- 17
- 18

19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
Sexta parte
39
40
41
Epílogo
Agradecimientos
Créditos de las imágenes
Láminas
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

En septiembre de 1944, Urlich von Hassell, exembajador en Italia y miembro clave de la resistencia alemana, es ejecutado en Berlín por su implicación en un complot para asesinar a Hitler, la llamada Operación Valquiria. Pero los deseos de venganza de Hitler van más allá de la muerte de los implicados, quiere poner punto final a «ese nido de víboras» y acabar también con sus familiares, por lo que se ordena el arresto de todos ellos.

En un remoto castillo de Italia, la hija de Von Hassell, Fey, podrá esquivar por un tiempo las redes de las SS gracias a su apellido de casada, pero, finalmente, será detenida y separada de sus hijos. Los niños serán llevados a Wiesenhof, un orfanato nazi en el que les asignarán nuevos nombres, nuevas identidades y nuevas vidas, con lo que serán casi imposibles de rastrear. A Fey, en lugar de matarla, la convertirán en rehén y será conducida de prisión en prisión y de campo en campo, en un terrible viaje hasta los rincones más oscuros de la Europa ocupada que casi le costará la vida y en el que siempre le acompañará el dolor y la preocupación por sus hijos.

Catherine Bailey nos cuenta la extraordinaria historia de una familia destrozada por la persecución durante la segunda guerra mundial, una historia desgarradora sobre la pérdida, la traición, la fortaleza, el sacrificio personal y, sobre todo, la resistencia.

Hasta que nos volvamos a ver

La historia de una madre, sus hijos desaparecidos y el complot para matar a Hitler

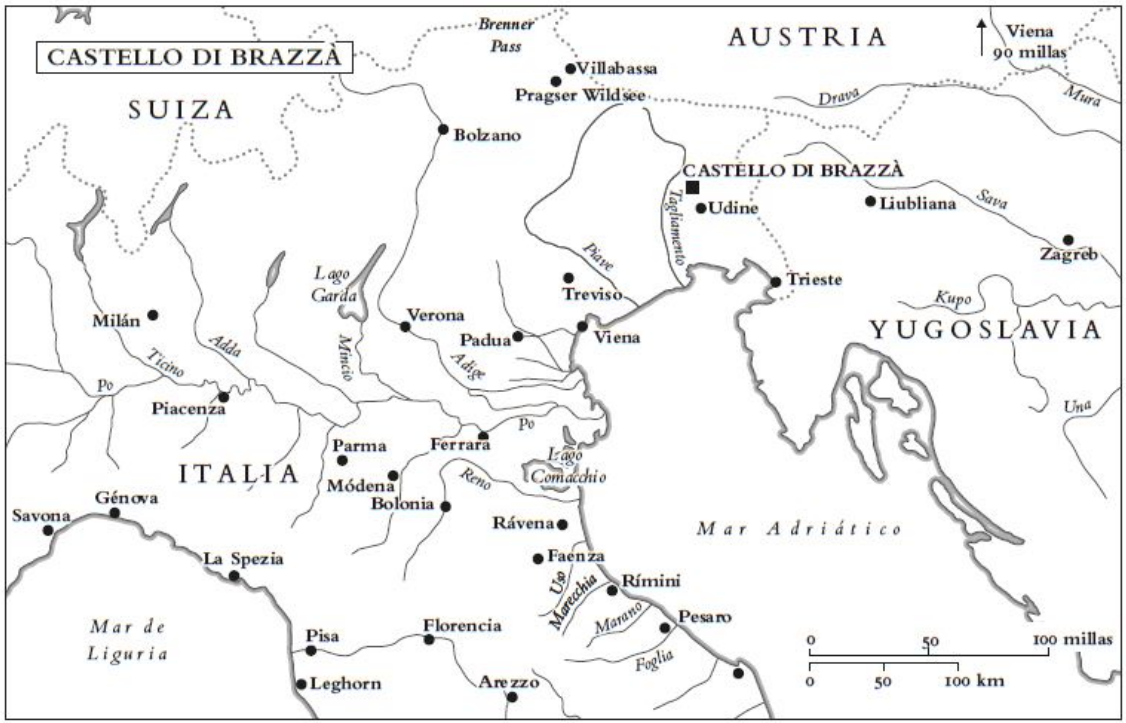
Catherine Bailey

Traducción castellana de Efrén del Valle

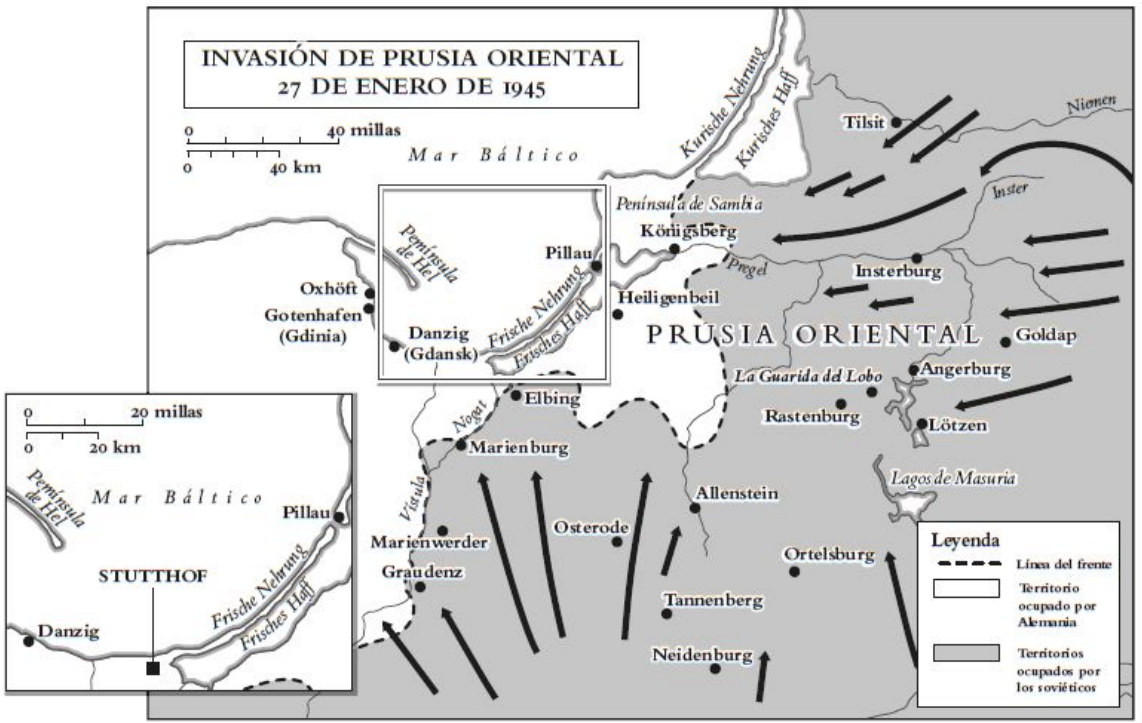
CRÍTICA

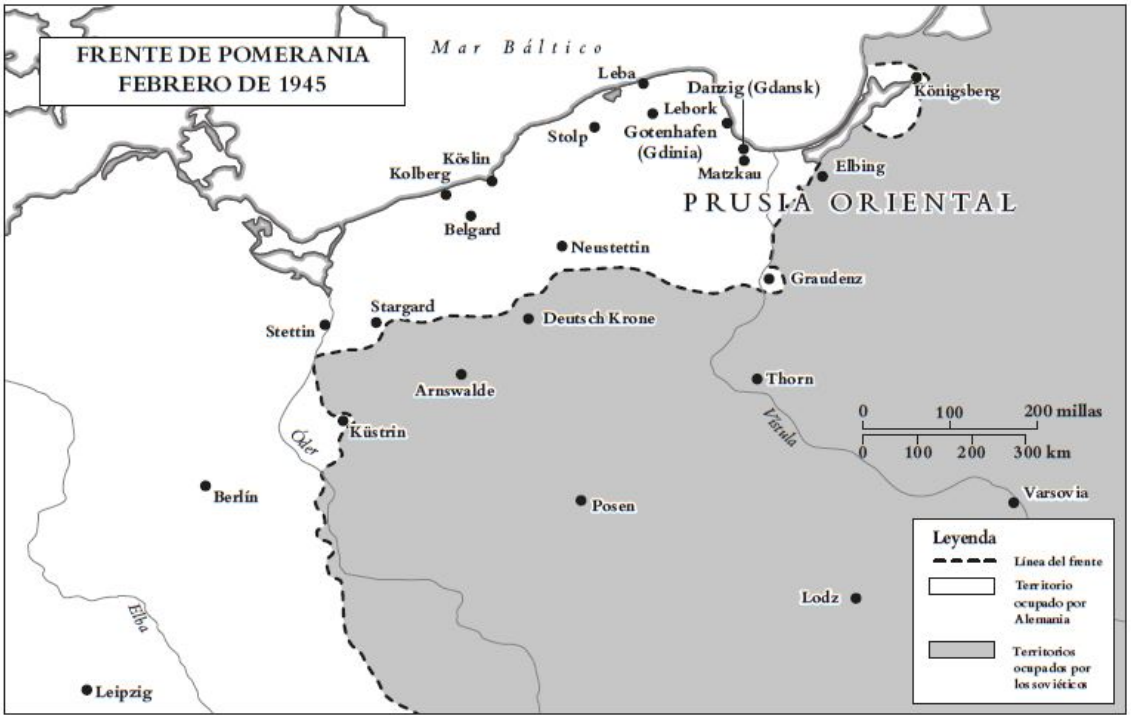
En recuerdo de mi padre, Martin, con amor

EL PERIPLO DE FEY
Danzig (Gdansk)
Lauenburg
Stutthof
Hamburgo
Stettin
Matzkau
HOLANDA
Ravensbrück
Berlín
ALEMANIA
POLONIA
Varsovia
Buchenwald
BÉLGICA
Weimar
LUXEMBURGO
Ciudad de Luxemburgo
Flossenbürg
Breslavia
Bad Reinerz
Cracovia
Praga
Schönberg
Auschwitz
FRANCIA
Regensburg
Landshut
Dachau
CHECOSLOVAQUIA
Múnich
Ebenhausen
Viena
SUIZA
Innsbruck
AUSTRIA
Berna
Reichenau
Paso de Brenner
Budapest
Villabassa
Prägser Wildsee
Villach
HUNGRÍA
Udine
Brazzà
Milán
Verona
Venecia
Padua
ITALIA
Belgrado
Bolonia
YUGOSLAVIA
Florencia
Mar Adriático
CÓRCEGA
0 100 200 millas
Civitavecchia
0 100 200 300 km
Roma
Mar Tirreno
Nápoles
CERDEÑA
Capri
La ruta de Fey von Hassell
Octubre de 1944-mayo de 1945
Por carretera
En tren
Por aire


CASTELLO DI BRAZZÀ
SUIZA
AUSTRIA
Brenner Pass
Villabassa
Pragser Wildsee
Bolzano
Viena 90 millas
Drava
Mura
CASTELLO DI BRAZZÀ
Udine
Liubliana
Sava
Zagreb
Tagliamento
Piave
Trieste
Treviso
Kupo
Lago Garda
Verona
Padua
Viena
YUGOSLAVIA
Milán
Adda
Ticino
Mincio
Adige
Po
Piacenza
Una
Parma
Ferrara
Lago Comacchio
ITALIA
Módena
Reno
Bolonia
Génova
Savona
Rávena
Mar Adriático
La Spezia
Faenza
Uso
Marecchia
Rímini
Marano
Pesaro
Mar de Liguria
Pisa
Florencia
Foglia
Leghorn
Arezzo
0 50 100 millas
0 50 100 km

GRAN REICH ALEMÁN
15 DE ABRIL DE 1945
SUECIA
CURLANDIA
Riga
Mar Báltico
Memel
LETONIA
Mar del Norte
SCHLESWIG-HOLSTEIN
Danzig (Gdańsk)
Gdinia
Königsberg
Hamburgo
POMERANIA
PRUSIA ORIENTAL
Stettin
HOLANDA
WARTHELAND
Poznan
Vístula
Varsovia
Berlín
Amberes
ALTA SILESIA
Lodz
BÉLGICA
Colonia
Elba
Oder
Dresde
Breslavia
Lublin
Rin
Fráncfort del Meno
BAJA SILESIA
Praga
LUXEMBURGO
Cracovia
ALEMANIA
Regensburg
CHECOSLOVAQUIA
Estrasburgo
Schönberg
FRANCIA
BAVARIA
Viena
Múnich
Salzburgo
Berna
Innsbruck
Budapest
Paso de Brenner
AUSTRIA
SUIZA
Bolzano
HUNGRÍA
Brazzà
Udine
Milán
ITALIA
Trieste
RUMANÍA
Danubio
Padua
YUGOSLAVIA
0 100 200 millas
0 100 200 300 km
Mar Mediterráneo
Florencia
CÓRCEGA
CERDEÑA
Leyenda
Línea del frente
Territorio ocupado por Alemania
Territorios aliados y liberados
Países neutrales


INVASIÓN DE PRUSIA ORIENTAL
27 DE ENERO DE 1945
0 40 millas
0 40 km
Mar Báltico
Kurische Nehrung
Kurisches Haff
Tilsit
Niemen
Inster
Península de Samlxia
Königsberg
Pregel
Insterburg
Pillau
Península de Hel
Oxhöft
Gotenhafen (Gdinia)
Danzig (Gdansk)
Frische Nehrung
Frisches Haff
Heiligenbeil
PRUSIA ORIENTAL
Goldap
Angerburg
La Guarida del Lobo
Elbing
Nogat
Rastenburg
Lötzen
Marienburg
Vístula
Lagos de Masuria
Allenstein
Osterode
Marienwerder
Graudenz
Ortelsburg
Tannenberg
Neidenburg
0 20 millas
0 20 km
Mar Báltico
Pillau
Península de Hel
STUTTHOF
Frische Nehrung
Frisches Haff
Danzig
Leyenda
Línea del frente
Territorio ocupado por Alemania
Territorios ocupados por los soviéticos


FRENTE DE POMERANIA
FEBRERO DE 1945
Mar Báltico
Leba
Danzig (Gdansk)
Lebork
Stolp
Gotenhafen
(Gdinia)
Matzkau
Königsberg
Elbing
PRUSIA ORIENTAL
Köslin
Kolberg
Belgard
Neustettin
Graudenz
Stargard
Deutsch Krone
Stettin
Arnswalde
Thorn
Küstrin
Oder
Vistula
0 100 200 millas
0 100 200 300 km
Berlín
Posen
Varsovia
Lodz
Elba
Leipzig
Leyenda
Línea del frente
Territorio ocupado por Alemania
Territorios ocupados por los soviéticos

Prólogo

INNSBRUCK, AUSTRIA, 16 DE DICIEMBRE DE 1944

«Monika llamando a barco de vapor.»[1]

Este críptico anuncio, que llegó a Austria a través de Voice of America, fue recibido con alivio por los pocos que pudieron descifrarlo. El mensaje en clave indicaba que los Aliados seguían tratando de infiltrar agentes en Innsbruck para que contactaran con la resistencia austríaca.

Eran las siete de una mañana de invierno y la vieja ciudad gris quedaba amurallada por montañas nevadas. Un tejado de densas nubes se cernía sobre las cúpulas y los capiteles e impedía ver el cielo y la cima del Nordkette. Elevándose 2.000 metros por encima de la ciudad, la ladera de la montaña era como un muro que bloqueaba el extremo norte de las magníficas calles barrocas. La ilusión de estar confinado en un espacio reducido se mantenía en los callejones y pasajes del barrio medieval. En un día gélido y encapotado como aquel, pasar frente a la angosta fachada de las casas góticas era como caminar al fondo de una quebrada.

Bajo las nubes se formaban densas volutas de humo. La víspera, los aviones estadounidenses habían bombardeado la ciudad y acabado con la vida de 259 personas.[2]En Herzog-Friedrich-Strasse, una lona protegía el famoso tejado dorado de la terraza, diseñada para el emperador Maximiliano en 1500. Bajo los edificios bombardeados, grupos de niños reclutados en las aldeas del valle retiraban los escombros. Desde las esquinas los observaban unos pocos soldados de las SS, que vigilaban a las dotaciones encargadas de desactivar explosivos. Reclutados a la fuerza en el cercano campo de concentración de Reichenau, su labor consistía en inutilizar las bombas que no habían explotado.

A la sazón, los Aliados estaban convencidos de que Innsbruck y no Berlín, la capital del Reich, era el lugar donde probablemente culminaría la guerra.[3]Informes de espionaje recientes indicaban que Hitler estaba construyendo una Alpenfestung, o Fortaleza alpina, en las montañas que rodeaban la ciudad. Unos planos obtenidos por agentes de la OSS[4]apuntaban a una serie de fábricas y arsenales subterráneos. Era a esa fortaleza remota e inexpugnable donde pretendían retirarse Hitler y una camarilla de sus partidarios más fanáticos cuando la Wehrmacht[5]fuera derrotada. Desde allí continuarían la lucha, defendidos por soldados de élite de las SS y sobreviviendo con abundantes provisiones que habían almacenado cuidadosamente en cuevas a prueba de bombas.

Ante la superioridad de Hitler, los mandos militares aliados pronosticaban que la batalla para tomar la fortaleza podía prolongar la guerra hasta dos años y causar más bajas que todos los enfrentamientos anteriores en el Frente Occidental.[6]

En tales circunstancias, la información clasificada que llegaba desde Innsbruck, capital de la Alpenfestung, de repente era valiosa.[7]Allen Dulles, jefe de la OSS en Suiza, esperaba reclutar a una red de agentes en la ciudad. Su trabajo consistiría en proporcionar información militar clasificada y ayudar en el traslado de las fuerzas estadounidenses y británicas cuando llegaran a las fronteras occidentales de Austria. Pero, según reconocía Dulles, Innsbruck no era terreno fértil. Aquel otoño, la Gestapo había detenido a todos los antinazis conocidos. La operación de limpieza, en la que fueron casa por casa, constataba su empeño en erradicar cualquier resistencia en una zona que consideraban su último bastión.

El 16 de diciembre poco después de mediodía, las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos bombardearon la ciudad por cuarta vez aquel mes. «Después de lanzar las bombas viramos inmediatamente a la izquierda y sobrevolamos Innsbruck», informó el piloto. «Debido a las nubes bajas, no fueron posibles observaciones finales de resultados.»[8]

Horas después, Frau Mutschlechner, una residente de cuarenta y siete años, se sentó a escribir su diario. «Este es un día

negro para Innsbruck», empezaba. «El viejo centro urbano y el cementerio han sido alcanzados. Todo el mundo temía que se produjera otro ataque y, en efecto, los bombarderos enemigos llegaron y sembraron su maldad.»[9]

En la ciudad no había combustible ni agua, y en el cementerio ya no se permitían los entierros. Bajo aquella luz mortecina solo destacaba el color de los incendios aún por extinguir. «El estudio fotográfico de Fräulein Kummer está en llamas», informaba Frau Mutschlechner. «El almacén de papel de Warger, la fábrica de vitrales de Müllerstrasse, la cafetería Paul de Maximilianstrasse y la Gasthaus de Hellenstainer están ardiendo [...]. Del almacén cae una lluvia de chispas y papel en llamas. Si el momento no fuera tan triste, uno podría maravillarse de su inquietante belleza.»[10]

La razia supuso un cambio de táctica.[11]Además de soltar doscientas toneladas de bombas, los aviones estadounidenses habían lanzado miles de panfletos propagandísticos. En las semanas posteriores lanzarían miles más. Los folletos y los mensajes retransmitidos por el Servicio Austríaco de la BBC alentaban a los habitantes a alzarse e impedir que Hitler resistiera en el Tirol: «Tiroleses, sabemos que no lo permitiréis. Garantizaréis que ningún líder nazi pueda esconderse. Sabemos que por todas partes hay tiroleses enfrentándose a los nazis [...]. Aunque los nazis sigan sintiéndose seguros en nuestro país, nosotros sabemos que no es así. Estáis de nuestra parte».[12]

Pero la mayoría de los tiroleses no estaban de parte de los Aliados. En Innsbruck, los ciudadanos eran activamente pronazis. Fueron ellos quienes informaron de las crecientes redes de la resistencia. Protegidos por las montañas, no temían los ataques estadounidenses. Tras la ofensiva del 15 de diciembre, al oír cuatro ráfagas cortas de sirena huyeron hacia las cuevas a prueba de bombas, situadas en las profundidades del Nordkette.

Primera parte

1

Una inclemente noche de aquel mes de diciembre, un coche avanzaba por Herrengasse, dejando atrás los esqueletos chamuscados de casas que pertenecían a los habitantes más adinerados de Innsbruck. Esbelto y negro y con una capota larga, el número de matrícula y la mirada azul de sus faros lo identificaban como propiedad de la Gestapo. En la esquina con Rennweg, al pasar por una bóveda de poca altura el coche dobló a la derecha y los neumáticos patinaron sobre la nieve.[1]

Es imposible conocer la hora exacta, e incluso el día. Los documentos oficiales relacionados con el terrible propósito de aquel viaje serían destruidos meses después de que se produjeran los hechos.

El coche se dirigía al este. Cuando estaban a punto de salir de la ciudad, el conductor, que llevaba el uniforme gris de las Waffen-SS, enfiló la Reichsstrasse 31, la carretera que surcaba el valle del Eno en dirección a la frontera alemana. Su misión era tan secreta que esperó a que oscureciese para salir del cuartel general de la Gestapo. Debido al apagón eléctrico, no había peligro de que otros conductores o transeúntes distinguieran a dos de sus pasajeros. Eran tan pequeños que ni siquiera se les veía la coronilla a través de la ventana.

Alargando el cuello, el conductor podía ver a los niños por el espejo retrovisor. Iban sentados junto a una enfermera de las SS, su acompañante durante el trayecto. Tenían dos y cuatro años, los ojos azules y el cabello rubio, que les caía formando largos rizos. Ambos llevaban abrigos de lana tejidos en casa y demasiado grandes para ellos, como si alguien esperara que al crecer fueran a llenarlos.[2]

Al salir de la ciudad por una carretera larga y recta que

atravesaba el centro del valle, el coche cogió velocidad. A su alrededor se veía el paisaje helado, iluminado por el reflejo de la luna sobre la nieve. A ambos lados, unos campos anchos y llanos se extendían hasta la base de las montañas, que se elevaban miles de metros por encima del valle. En la propia carretera, una estrecha franja negra en medio de aquella blancura, no había nieve.[3]Tras unas intensas nevadas, se desplegaron tractores y máquinas quitanieves para despejarla. Los oficiales del Alto Mando de la Wehrmacht la utilizaban con frecuencia. Era la ruta más rápida entre el norte de Italia, donde el ejército alemán había sufrido varias derrotas, y el cuartel general de Hitler en Berchtesgaden.

Los niños apiñados en el asiento trasero eran hermanos. Oficialmente no pertenecían a nadie. Tres meses antes, después de arrebatárselos a su madre, las SS les habían dado identidades nuevas. Por orden de Heinrich Himmler, el Reichsführer-SS, el Ministerio de Interior había proporcionado los documentos necesarios. Se habían emitido nuevas partidas de nacimiento con nombres falsos y fechas y lugares de origen inventados, lo cual permitía a las SS ejercer de guardianes legales de los niños robados. Ahora eran los hermanos «Vorhof». El ministerio había bautizado al mayor «Conrad» y al pequeño «Robert».

Más adelante, en los campos acechaban extrañas formas cubiertas de nieve y envueltas en la mirada azul de los faros del coche. Las vías que discurrían paralelas a la carretera eran la principal ruta de abastecimiento del ejército alemán en Italia, y los estadounidenses llevaban semanas bombardeándolas. Los sembrados estaban cubiertos de escombros. Había vagones de tren volcados que derramaban su contenido cubierto de nieve, los restos de un avión abatido, identificable solo por la punta de las hélices, y en aquella zona escasamente poblada, el repentino y austero interior de las casas que habían perdido una pared a causa de las bombas.

Aquel mismo día, la Gestapo había recibido la orden de recoger a los niños. Con la calificación de alto secreto, la directriz había llegado de la Oficina Central de Seguridad del Reich, el cuartel general de Himmler en Berlín. Los niños debían ser

trasladados a un orfanato gestionado por los nazis en Wiesenhof, una pequeña aldea situada en los Alpes, por encima de Innsbruck.

El trayecto no era largo. Después de abandonar la carretera del valle a la altura de Hall, una próspera ciudad medieval situada a unos trece kilómetros de Innsbruck, el coche puso rumbo a las montañas. Desde allí había cinco minutos hasta el orfanato.

La carretera salía de la ciudad describiendo una fuerte pendiente. A la derecha, detrás de un muro largo, había un antiguo monasterio reconvertido en hospital psiquiátrico. Sus terrenos albergaban las tumbas de más de doscientas víctimas recientes del programa nazi de eutanasia. Hombres, mujeres y niños de entre catorce y noventa años habían sido asesinados por la Gestapo por ser mental o físicamente discapacitados.[4]

Subiendo la montaña había granjas a ambos lados de la carretera. Eran las afueras de Absam, un pueblo de unos 1.200 habitantes, con un noventa y ocho por ciento del Partido Nazi.[5]Las casas estaban hermosamente decoradas al estilo alpino. De los frontones colgaban tallas de madera, una tradición centenaria del Tirol, y en las paredes había murales de escenas religiosas. En algunas aparecía la santa patrona Maria Schutz, protectora de las familias, rodeando con sus brazos a los niños que cobijaba bajo su largo manto. En el centro del pueblo habían plantado recientemente dos tilos frente a la escuela.[6]Eran un regalo de Franz Hoer, el Gauleiter[7]nazi del Tirol, por la lealtad que mostraba la comunidad al partido. En la mitología pagana que habían adoptado los nazis, el tilo era un árbol sagrado y un símbolo de justicia.[8]Tradicionalmente, los juicios se celebraban debajo de sus ramas. Se creía que el árbol ayudaría a hacer aflorar la verdad.

Por encima de Absam, la carretera serpenteaba a través de un bosque. Luego, al llegar a una meseta en la que en verano salía a pastar el ganado, se estrechaba a un solo carril. Allí, la nieve permanecía intacta y el viento que soplaba desde el valle formaba montículos ondulantes. Al otro lado, una enorme roca se elevaba cientos de metros hasta la cima del monte Bettelwurf. La carretera seguía los contornos de la roca hasta que al tomar una curva —en la que alguien había construido un santuario a la Virgen María—

se divisaba el orfanato.

Bajo la tenue luz de la luna, el conductor de la Gestapo reconoció su silueta; solía llevar a los niños cuando ya era de noche.[9]

2

La casa estaba a oscuras y las ventanas tapadas. En la parte trasera se veía el torreón gótico de cuatro pisos de altura.

Pese a sus aires de grandeza, desentonaba en aquel entorno. Acorralada por la imponente montaña y el bosque que la rodeaba por tres flancos, su forma alargada y estrecha resultaba poco atractiva. En el exterior, pintado de blanco, unas grandes cruces negras de madera formaban un patrón. En las plantas superiores sobresalía un tejado a dos aguas, que oscurecía las ventanas y daba a la casa un aire amenazador. La puerta principal, hecha de roble grueso y oscuro, era pequeña en comparación con el resto del edificio. Encima de la puerta, estarcido en grandes letras góticas, se leía el nombre del orfanato: *Wiesenhof*. La granja del prado.

Para los habitantes de las aldeas y las granjas aisladas de la meseta era una casa «maldita» y «encantada» que traía infortunio a quien estuviera asociado a ella.[1]En su día había sido un pabellón de caza, construido a principios del siglo XIX por un aristócrata acomodado que hizo fortuna con las minas de sal cercanas.[2]En 1878, su familia se la vendió a un promotor inmobiliario que quería abrir un balneario de lujo. Después de tender una canalización desde las minas para ofrecer manantiales de agua salada, amplió Wiesenhof y construyó un segundo hotel en la finca. Pero se quedó sin dinero antes de terminar las obras y, en 1899, cuando el banco le reclamó la deuda, se suicidó.[3]

En la década posterior, una serie de propietarios habían intentado —sin éxito— resucitar el balneario.[4]Poco antes de la primera guerra mundial lo compró Siegmund Weiss, un rico empresario judío de Viena, que se lo arrendó a la Asociación de

Antroposofía, fundada en Viena por el místico y supuesto clarividente austríaco Rudolf Steiner. La antroposofía era un movimiento espiritual que quería fomentar el bienestar físico y mental por medios naturales y, en los años treinta, Wiesenhof se había convertido en uno de los destinos turísticos más en boga de toda Europa. Gestionado por los discípulos de Steiner, ofrecía una variedad de tratamientos alternativos y era visitado por estrellas internacionales, aristócratas y miembros destacados del Partido Nazi.

Pero la «maldición» de Wiesenhof lo azotó de nuevo en 1938 después de que Alemania invadiera Austria. En los meses posteriores al Anschluss, miles de judíos fueron detenidos en Viena, donde vivía la familia Weiss. Solo la noche del 10 de noviembre apresaron a 8.000. Aquella misma noche, otros 680 se suicidaron o fueron asesinados.[5]Walther Eidlitz, el nieto de Siegmund Weiss, recordaba a «las muchedumbres que llegaban por los puentes del Danubio y a los hombres alzando los puños amenazadoramente hacia los muros de las casas y gritando rítmicamente: "¡Muerte a Judá! ¡Muerte a Judá!"».[6]Poco después huyó del país, pero su madre, que había pasado su infancia en Wiesenhof, fue detenida y enviada al campo de concentración de Theresienstadt, donde murió en 1941.[7]

En ausencia de los propietarios judíos del balneario, líderes nazis e invitados adinerados de toda Europa siguieron disfrutando de su rutina sibarita. Sin embargo, según recordaba el director, Rudolf Hauschka, la anexión de Austria puso el centro vacacional en «grave peligro»: «Siempre eras consciente de que vivías en un oasis que en cualquier momento podía ser arrasado por una tormenta de arena».[8]A la postre, sus temores serían fundados.

Un acontecimiento que Hitler llegaría a considerar uno de los golpes más duros de su vida, y que los investigadores relacionaban con Wiesenhof, propiciaría la transformación de aquel balneario de lujo en un orfanato regentado por los nazis.

Todo empezó con la controversia que rodeaba al

arrendamiento a los antroposofistas tras la conquista de Austria por parte de los alemanes.

Tres años antes, la facción antiocultista del Sicherheitsdienst, el servicio de seguridad nazi, había prohibido la Asociación de Antroposofía.[9]Sus opositores incluían a Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda del Reich; Reinhard Heydrich, el jefe de la Gestapo; y Martin Bormann, el secretario privado del Führer. Tachando a la asociación de secta peligrosa controlada por judíos que, a través de sus vínculos con comunistas y francmasones, participaba de una tenebrosa conspiración internacional que amenazaba al pueblo alemán, querían erradicar por completo el movimiento. Pero la Asociación de Antroposofía contaba con defensores igualmente poderosos en el Partido Nazi, entre ellos Rudolf Hess, el lugarteniente de Hitler, y Otto Ohlendorf, un general de las SS.

En los años treinta, tanto Hess como Ohlendorf —que más tarde sería juzgado en Núremberg por el asesinato de 90.000 judíos — frecuentaban Wiesenhof.[10]Aunque no respaldaban formalmente las doctrinas de Rudolf Steiner, ambos consideraban que ciertos aspectos de la antroposofía eran compatibles con los principios nacionalsocialistas, en especial las ideas de Steiner sobre la agricultura biodinámica.[11]En los huertos y campos que rodeaban Wiesenhof, la tierra se cultivaba empleando esos métodos. La siembra y la cosecha se regían por principios astrológicos y se utilizaban varios tratamientos homeopáticos como alternativa a los fertilizantes y los pesticidas.

Para Heydrich y Goebbels, aquello no era más que «palabrería ocultista».[12]Pero, dado que la Asociación de Antroposofía contaba con la protección de Hess, no pudieron eliminarla. Aunque seguían difundiendo rumores sobre la «prominencia del elemento israelita» y los «saboteadores y antagonistas encubiertos», indicaron a sus agentes que procedieran con cautela.[13]No debían tomar medidas contra Wiesenhof, sino someterla a una intensa vigilancia.[14]

Para hacerlo, la Gestapo recurrió a los trabajadores de la casa. Un gran número de jardineros, sirvientas y demás personal necesario para mantener los lujosos criterios del balneario eran de

Absam, un pueblo cercano recompensado por el Gauleiter del Tirol por su lealtad al Partido Nazi. Según los informes de los residentes, la Gestapo infiltró a sus agentes en la clínica. «A pesar de que cultivamos unas excelentes relaciones con los vecinos, los chismorreos continuaron», recordaba Rudolf Hauschka. «Notábamos la desconfianza en cada esquina, y luego nos enteramos de que unos informantes, haciéndose pasar por pacientes, observaban lo que hacíamos.»[15]

Lo que los motivó a informar a la Gestapo de lo que sucedía en Wiesenhof fueron sus prejuicios contra los propietarios judíos de la clínica y su desconfianza hacia las ideas ultramodernas que practicaban los antroposofistas. «Aquí todo está mal», murmuraban. «No va con nosotros.»[16]En una comunidad de católicos devotos cuyas familias habían trabajado en las minas de sal desde el siglo XV, aquel antisemitismo tan arraigado se vio reforzado por la propaganda nazi. En la misa dominical les decían que los judíos habían asesinado a su dios. Al otro lado del valle, en el municipio de Rin, la iglesia llevaba el nombre de Anderl, un niño de tres años «asesinado» por judíos en la Edad Media. Su muerte, representada en un horripilante cuadro colgado en la iglesia, formaba parte del folclore del Tirol.[17]En las aldeas, atrasadas y encerradas en sí mismas, muchos seguían creyéndose el mito de que los judíos habían utilizado la sangre del niño para hacer matzá para el Pésaj.

Con la connivencia de los aldeanos, el movimiento final de la Gestapo contra la Asociación de Antroposofía llegó en la primavera de 1941.

El 18 de abril, Rudolph Hess llegó a Wiesenhof, donde pasaría el fin de semana.[18]Para intentar eludir a la Gestapo, había hecho la reserva bajo un nombre falso. Una noche durante su estancia, Hess, que se rodeaba de astrólogos y estaba interesado en el misticismo y el ocultismo, organizó una sesión espiritista en su habitación. Celebrada con el máximo secretismo, la sesión contravenía directamente la prohibición de las prácticas ocultistas impuesta por Hitler. «Los investigadores ocultistas del más allá con inclinaciones místicas no deben ser tolerados», sentenció el Führer en otoño de

1938. «No son nacionalsocialistas; no tienen nada que ver con nosotros.»[19]Por medio de sus informantes, la Gestapo se enteró de lo sucedido durante la sesión. Según sus archivos, los participantes habían invocado al fantasma de Bismarck, el hombre de Estado prusiano que unificó Alemania y creó un poderoso imperio en las últimas décadas del siglo XIX.[20]Le habían preguntado a su espíritu cómo acabaría la guerra. Su respuesta, «expresada sobre la tabla ouija», fue que Hitler perdería la contienda y acabaría recluido y que Alemania se sumiría en un nefasto infortunio.

Tres semanas después, el 9 de mayo, Hess viajó solo y sin previo aviso a Escocia en una quijotesca misión para negociar la paz con Gran Bretaña. El viaje, que se produjo solo unas semanas antes de la Operación Barbarroja, el plan para invadir la Unión Soviética, llegó en un momento delicado para el régimen y, en cuanto se dio a conocer, empezó la búsqueda de una explicación plausible que le permitiera guardar las apariencias.[21]

La historia, avivada por los informes de la Gestapo sobre la sesión de espiritismo y por la conmoción de Hitler ante semejante traición por parte de uno de sus amigos más próximos, se centraba en la susceptibilidad de Hess a las doctrinas y prácticas ocultistas. Hans Frank, el ministro del Reich, estuvo presente en la reunión convocada el 13 de mayo para abordar la crisis. «Hitler estaba claramente afligido. Hacía tiempo que no lo veía y me inquietó mucho su talante depresivo. Hablaba en voz muy baja y titubeante [...]. Describió el viaje como una locura absoluta y creía que un astrólogo había engatusado a Hess. “Ya es hora de acabar con esa sandez de la astrología”, dijo.»[22]

Al día siguiente, el secretario privado de Hitler envió un telegrama a Heydrich, el jefe de la Gestapo: «El Führer desea que se tomen medidas muy severas contra ocultistas, astrólogos, curanderos y todos aquellos que lleven a la gente por el camino de la estupidez y la superstición».[23]El resultado fue la Aktion Hess, una purga de los denominados «practicantes de lo oculto».[24]Cientos de personas fueron detenidas e interrogadas, entre ellas sanadores espirituales, adivinos, grafólogos y fieles de la ciencia cristiana, y se prohibieron todas las organizaciones «ocultistas», con especial

énfasis en la Asociación de Antroposofía.

El 9 de junio de 1941, la Gestapo practicó una redada en Wiesenhof. «De repente aparecieron varios coches de policía y al momento el sanatorio quedó rodeado de oficiales de la Gestapo», recordaba Rudolf Hauschka. «Empezaron a registrar exhaustivamente la casa y se llevaron en camiones el contenido de la biblioteca, las oficinas y la sala de contabilidad. Mi biblioteca científica, que contenía obras estándar sobre química, botánica y anatomía, también fue requisada. Cuando pregunté por qué me quitaban unos libros que no estaban prohibidos, respondieron: "Para nosotros, todo lo que usted lee es sospechoso".»[25]

Aquel mismo día, Hauschka y sus compañeros fueron detenidos y trasladados a la cárcel de la Gestapo en Innsbruck.

Poco después colgaron un cartel alrededor de la finca de Wiesenhof: *In Dem Deutschen Reich Einverleibt* («Incorporado al Reich alemán»).[26]Al cabo de unos meses, el lugar se convirtió en un bastión de las SS.[27]En el bosque que se extendía debajo de la casa construyeron un cuartel para hospedar a miles de soldados de montaña y, a fin de recompensar a los compinches del partido, se incautaron de varias propiedades. A Franziska Kinz, una actriz muy admirada por Hitler y Goebbels, le regalaron una granja con espectaculares vistas al valle del Eno.

Tras permanecer vacía durante ocho meses, Wiesenhof fue utilizada para alojar a altos mandos de las SS que servían en el nuevo cuartel hasta que, en otoño de 1942, fue transferida al Nationalsozialistische Volkswohlfahrt (NSV), la organización estatal para el bienestar del pueblo.[28]

Fue entonces cuando se convirtió en un orfanato para niños de entre dos y doce años.

Sabemos muy poco de la época en que Wiesenhof era un hogar de menores regentado por los nazis. Se dice que allí había más de sesenta niños; un porcentaje importante de ellos habían sido robados por las SS, que les dieron identidades falsas.[29]Las familias de la zona, que mostraron lealtad a la Gestapo mientras la casa y

sus terrenos fueron arrendados a la Asociación de Antroposofía, habían seguido trabajando allí.[30]Cuando acabó la guerra, el temor a posibles represalias llevó a esas mismas familias a borrar las huellas de todo lo sucedido y a destruir los archivos relacionados con el orfanato.

El resto de sus vidas, los lugareños que trabajaban en Wiesenhof guardaron silencio sobre el trato que recibían los niños y las condiciones del lugar.[31]Nunca hablaron de ello, como tampoco lo hicieron los habitantes de los pueblos cercanos, quienes como mínimo debían de conocer su existencia. Era como si el lugar nunca hubiera existido. En los años sesenta, el edificio fue requisado por el Estado austríaco y convertido en una academia de policía. Actualmente, en esa pequeña aldea hay gente —residentes desde hace treinta años o más— que vive a solo unos metros de la academia y no sabe nada de su historia anterior. Según el testimonio de una mujer: «Nadie nos había contado nunca que era un orfanato de las SS. No sabíamos que estaba allí».[32]

Pero no cabe duda de que muchos sabían de su existencia. En algunos de los hermosos chalets que salpican la llanura situada a los pies del monte Bettelwurf y en el pueblo de Absam todavía hay pruebas de que eso era así. Cuando el orfanato fue clausurado al terminar la guerra, los lugareños lo saquearon. Algunos de sus descendientes aún conservan las toallas que se utilizaban para secar a los niños después del baño. Son de color azul y rosa y llevan inscritas las iniciales NKWD, el ministerio nazi que gestionaba Wiesenhof.[33]

Solo perdura un destello del interior. Una mujer de la zona que visitó la casa después de la guerra recuerda haber visto las camas en las que dormían los niños.[34]Estaban decoradas con pinturas de bosques y flores y dispuestas al estilo de las residencias universitarias en el antiguo comedor situado en la parte trasera del edificio. Fue en aquella espaciosa sala de techo alto y con cinco ventanales donde los impopulares invitados de Wiesenhof, Hess y Ohlendorf, el general de las SS y asesino de 90.000 judíos, cenaron antes de que la Gestapo clausurara el balneario.

Los nombres de los niños que dormían noche tras noche en las

hileras de camas pintadas se han perdido. Sus captores destruyeron los archivos que contenían la información —su edad, los alias que les habían asignado las SS y sus características individuales— porque querían que sus historias cayeran en el olvido.

Los hermanos «Vorhof» son la única excepción. Ante la amnesia deliberada y colectiva que se cernió sobre aquel rincón del Tirol una vez acabada la guerra, sobrevive un fragmento de memoria gracias a Frau Buri, que era la jefa de enfermeras del orfanato cuando la Gestapo entregó a los niños.

En las semanas posteriores a su llegada, Frau Buri vigiló de cerca a los hermanos «Vorhof».[35]

Según explicó, Conrad, el de cuatro años, era tímido y bastante nervioso y siempre lloraba cuando lo acostaban. En cambio, Robert, el de dos años, pareció adaptarse al orfanato con mucha menos dificultad y con los días empezó a jugar alegremente con los demás niños. A ella y al resto de los trabajadores los impresionó cómo protegía y cuidaba Conrad a su hermano pequeño. Por las mañanas ayudaba a Robert a vestirse e incluso le ataba los cordones de los zapatos.[36]

Su aspecto angelical y sus impecables modales los distinguían de los otros niños. Siempre decían «por favor» y «gracias».[37]Al cabo de unas semanas, la curiosidad de Frau Buri era cada vez mayor. Se preguntaba quiénes eran aquellos niños. La entrada del registro, cumplimentada la noche de su llegada, simplemente decía «hermanos Vorhof, Conrad y Robert: madre detenida». Sabía que «Vorhof» era un alias; las SS siempre les cambiaban el nombre a los niños más pequeños y nunca facilitaban información sobre quiénes eran o por qué estaban retenidos. Pero a ella y a otros empleados les costaba creer que la madre fuera una delincuente común, puesto que los niños les habían contado que vivían en una «casa grande» y tenían caballos.

Un día oyó a los niños hablando entre ellos. Para su sorpresa, parecían alternar sin esfuerzo tres idiomas distintos: alemán, inglés e italiano. Ella había dado por hecho que el alemán era su lengua

materna; los niños lo hablaban con fluidez y sin ningún acento. Por supuesto, era posible que uno de sus progenitores fuera inglés o italiano, pero oírlos hablar en tres idiomas era desconcertante. Y había otra cosa: los abrigos de los niños, obviamente rehechos utilizando el de un adulto, le resultaban de lo más inusuales. La tela, de un singular azul de Prusia oscuro, tenía el mismo color y textura que los gabanes de los oficiales de la Armada alemana.[38]

Intentó interrogar a los niños. Les preguntó cómo se llamaban. «Robert» le dijo que su nombre era Robertino, pero Conrad respondió que había olvidado el suyo. Frau Buri no le creyó. «Cualquier niño de cuatro años sabría su nombre», pensó, así que llegó a la conclusión de que «Conrad» estaba ocultando la verdadera identidad de ambos hermanos. No es que lo hubiera olvidado; simplemente no quería decirlo.[39]

Segunda parte

3

«Secreto. CG DAF avance Castello di Brazzà. 15.00 h. 8 kilómetros NNE Udine. Ref C.3427.»[1]

Sobre el ruido del motor y los chirridos de la suspensión del todoterreno que avanzaba rápidamente por la carretera sin asfaltar se imponía el crepitar de la electricidad estática puntuado por estallidos de voces, en su mayoría ininteligibles.

Robert Foster, comandante de la Fuerza Aérea del Desierto (DAF, por sus siglas en inglés), viajaba en el vehículo que iba en cabeza. Detrás circulaba un convoy de unos quince camiones escoltados por motociclistas.

Iban rumbo al norte, hacia los Alpes. La carretera se extendía blanca y recta, bordeada a ambos lados por pequeñas moreras podadas en forma de abanico. En el horizonte cercano, la cadena montañosa, cuyos picos seguían cubiertos de nieve, se elevaba sobre la llanura como una gran ola a punto de romper.

Era el 12 de mayo de 1945. Cinco días antes, cuando los alemanes capitularon y se anunció el alto el fuego, el puesto avanzado de Foster se encontraba a medio camino entre Venecia y Treviso, junto al cuartel general del ejército. Ahora se dirigían a Udine, una ciudad medieval situada en la provincia de Friuli, cerca de la frontera italiana con Yugoslavia.[2]

El día había sido tranquilo y el calor se elevaba desde la polvorienta carretera. El frío aire nocturno traía el aroma del tomillo silvestre que crecía en los campos y de la condensación que se formaba en la tierra seca.

Foster se recostó respirando hondo. Era la cuarta vez que su puesto de avanzada se trasladaba en el último mes. Pero, en esta ocasión, la campaña en Europa había terminado.[3]

Su guerra había culminado con un broche de oro. Seis semanas antes había supervisado la Operación Bowler, una de las misiones de bombardeo más delicadas de la campaña italiana. El objetivo era un convoy de embarcaciones alemanas ancladas en la laguna de Venecia. El nombre en clave de la operación se le había ocurrido a él.[4]Resignado a la alta probabilidad de fracaso y movido por un humor negro, la había bautizado Bowler porque sabía que si, además del puerto donde se encontraban los barcos, resultaba dañada cualquier otra parte de Venecia, le entregarían «el bombín»,[5]un popular eufemismo para un regreso ignominioso a la vida civil.

A sus cuarenta y siete años, su carrera en la RAF había sido larga y distinguida.[6]Se alistó como piloto de caza en la primera guerra mundial y a sus veinte años obtuvo una Cruz de Vuelo Distinguido tras destruir cinco aviones enemigos. Cuando estalló la segunda guerra mundial, fue nombrado comandante del cuartel general de la RAF en Wyton, donde sirvió durante la batalla de Inglaterra. Luego llegaron puestos de liderazgo en el Mando Mediterráneo, que propiciaron su nombramiento como comandante de la Fuerza Aérea del Desierto. Su retorno a Italia fue una especie de vuelta a casa. Aunque había estudiado en Winchester y en la Real Academia Militar de Sandhurst, se crio en el popular destino turístico de San Remo, en la costa noroeste de Italia, donde su padre, que era médico, trataba a expatriados.

Foster se había pasado semanas planificando la Operación Bowler. La cuestión era cómo bombardear Venecia. Aunque los Aliados se oponían a tan drástica solución, el puerto se había convertido en uno de los epicentros del tráfico enemigo.[7]La destrucción de la red de carreteras y vías ferroviarias en el norte de Italia obligó a los alemanes a transportar en barco hasta Venecia unos suministros que necesitaban encarecidamente. Luego los cargaban en barcazas para repartirlos por la red de canales y ríos. El principal obstáculo era que los puertos estaban ubicados en el extremo sudoeste de la isla, a trescientos metros del Gran Canal.[8]Cerca de allí había barrios residenciales y numerosos

edificios históricos y monumentos culturales. Si querían evitar desperfectos, había que trazar un plan para que las bombas cayeran directamente en el puerto, una zona de tan solo 650 por 950 metros.

Los aviones despegaron el 21 de marzo a las 14.30.[9]El contingente de ataque consistía en cuarenta y ocho Mustang y Kittyhawk, con un escuadrón de Spitfire como escolta. Una vez situados sobre el objetivo, los bombarderos descendieron casi verticalmente desde una altura de 10.000 pies y soltaron las bombas en el último momento. El espectacular descenso, seguido de una lenta descarga de artefactos, era la única manera de cerciorarse de que estos caían directamente sobre el objetivo. Cuatro oleadas de aviones sobrevolaron la ciudad. Los pilotos fueron tan precisos que multitud de italianos se congregaron en los tejados de los palacios del Gran Canal para saludarlos y vitorearlos.[10]

En Londres y Washington, la operación fue calificada de éxito espectacular. Ninguno de los edificios históricos de la ciudad sufrió desperfectos y el puerto quedó totalmente arrasado, impidiendo así que lo utilizaran los alemanes. Foster recibió una avalancha de telegramas de felicitación. Uno era del mariscal en jefe de las Fuerzas Aéreas, que había tomado la inusual medida de remitir un folleto sobre la «impecable operación» a otros mandos militares de Whitehall.[11]

Más adelante, los motoristas indicaron al convoy que aminorara. Con la precisión de una salva, sus brazos señalaron al unísono hacia la derecha. Lejos de la carretera acechaba un imponente arco.

Foster observó a través de las nubes de polvo que habían levantado las motocicletas y se alegró al ver el castillo que un mes antes había decidido no bombardear. Recordaba su huella en las fotografías de reconocimiento aéreo, las ruinas de lo que parecía una vieja fortaleza y la espaciosa casa a un lado. A cierta distancia, los establos y las casas de campo y la remota ubicación del lugar —

en medio de varias hectáreas de bosque y tierra cultivable—indicaban que aquella era una gran finca rústica. El lugar era evidentemente lujoso; unos senderos cuidados que irradiaban de un lago con forma de trébol atravesaban los extensos jardines. Incluso había visto una piscina en la finca.[12]

Por un momento estaba de nuevo en la Sala de Operaciones a las afueras de Bolonia, una estancia viciada y sin ventanas, cargada de tensión y humo de tabaco. En los últimos días de la campaña italiana (que comenzó el 9 de abril cuando los Aliados lanzaron su ofensiva final), la DAF, o Fuerza Aérea del Desierto, había completado la cifra récord de 21.215 salidas.[13]Fue uno de esos días, ahora borroso, cuando un edecán le mostró las fotografías del castillo. Se llamaba Brazzà y un avión de reconocimiento lo había identificado como el cuartel general de un batallón alemán. Al ver las fotografías del castillo, algo había cautivado la imaginación de Foster; si la retirada alemana continuaba, tal vez la DAF podría ocuparlo.[14]Sin pensarlo dos veces, ordenó a su edecán que lo borrara de la lista de objetivos y que lo marcara como posible cuartel general para el avance hacia Austria.

La carretera que llevaba al castillo tenía casi dos kilómetros de largo y era imposible ver adónde conducía, ya que las ramas que colgaban a ambos lados formaban una especie de túnel. Mientras avanzaban, a Foster le parecía increíble que el castillo estuviera a punto de convertirse en su cuartel general. Si en abril alguien le hubiera dicho que lo ocuparía un mes después, no se lo habría creído.[15]La rapidez de la debacle alemana había cogido a todo el mundo por sorpresa. A solo cincuenta kilómetros, en los pasos montañosos que llevaban a Austria, los Aliados habían encerrado a decenas de miles de soldados de la Wehrmacht en jaulas.

Una puerta coronada por dos esferas de piedra anunciaba la entrada del castillo. Tras bordear una hilera de encinas vieron una espaciosa casa de estilo palladiano. En los balcones y terrazas, unas urnas clásicas de color blanco contrastaban con el gris pálido de la casa y los verdes oscuros de los árboles que la rodeaban. El castillo, que databa de la Edad Media, se elevaba detrás de la casa y estaba

considerablemente más ruinoso de lo que parecía en las fotos de reconocimiento. Había grietas en los muros y gran parte de la torre fortificada se había derrumbado. De la mampostería rota colgaban hiedras y clemátides y en los jardines que se extendían en torno al castillo habían florecido abundantes rosas de color amarillo pálido, albaricoque y carmesí.

Al ver todo aquello, Foster no pudo evitar sonreír. Era el lugar más bonito que uno podía imaginar. Una vez más, las ventajas del reconocimiento aéreo les habían permitido superar al cuartel general del ejército en la búsqueda del mejor acantonamiento de la zona.[16]

Quedaba una hora o dos de luz. Después de nombrar a un supervisor para la descarga de los vehículos, fue a explorar el castillo y sus terrenos.

Caminando vigorosamente para estirar las piernas después del largo viaje en coche, Foster fue hacia la granja. No había ni un alma. La finca, con sus establos y edificios anexos, que ocupaban unas cuarenta hectáreas, o la extensión de un pueblo pequeño, rezumaba un aire ruinoso. Al acercarse a los edificios vio que estaban descuidados. En las cubiertas faltaban tejas y algunos cristales de las ventanas estaban rotos. Aquí y allá había maquinaria agrícola oxidada. Al parecer, el lugar estaba abandonado desde hacía tiempo.

Sin embargo, paseando por los patios y los estrechos pasadizos que unían los edificios tuvo la incómoda sensación de que había gente allí.[17]Las puertas de algunos establos estaban abiertas y había aperos en las paredes, guadañas y azadas con cuchillas relucientes, como si alguien acabara de limpiarlas. Fuera había varias sillas alineadas y otras sueltas, lo cual indicaba que una o más personas las habían utilizado recientemente. Al pasar frente a las viviendas de los peones vio plantas y utensilios de cocina en los alféizares.[18]

La fantasmagórica presencia de gente a la que no podía ver lo ponía nervioso. ¿Ellos podían verlo a él? ¿Estaba siendo

observado? Nunca se había encontrado en una situación como aquella. Él y su personal habían ocupado varias casas de campo durante el avance de la DAF a través de Italia y se habían sentido bienvenidos. Normalmente, el dueño de la propiedad o un miembro de su familia les enseñaba el lugar. Así pues, ¿dónde estaban los propietarios del castillo? El extraño vacío y el abandono de la finca apuntaba a hechos siniestros en el pasado reciente.

Desandando el camino, Foster volvió al edificio principal. Al pasar junto al lecho de flores con forma de media luna que había en el centro del patio, vio que alguien había circulado por allí con un vehículo. Las rodadas de los neumáticos eran recientes y las flores estaban aplastadas, e intuyó que los alemanes habían salido dando marcha atrás para cargar los camiones antes de irse.

La puerta delantera estaba entreabierta. Al abrirla entró en un amplio salón. Mapas del siglo XVI hechos a mano, objetos de plata y cabezas de antílope con cuernos en espiral adornaban las paredes. En una esquina a la que se accedía pasando por debajo de un arco, una escalera de piedra llevaba al *piano nobile*, la planta noble.

Los escalones, que formaban un único tramo, eran amplios y de poca altura. En el estrecho descansillo de la parte superior había una gruesa puerta cuyo marco estaba decorado con filigranas estarcidas. Foster creyó que estaría cerrada con llave, pero al abrirla vio una serie de habitaciones interconectadas que recorrían toda la extensión de la casa y se fijó en que la primera formaba un cuadrado perfecto. Sin embargo, aunque estaba bien equipada y tenía vistas al jardín por tres lados, apenas había mobiliario. El único objeto destacable era un armario con puertas de cristal fino, de los que se utilizan para exponer porcelana y plata. Al acercarse vio círculos de polvo, lo cual indicaba que habían vaciado las estanterías recientemente. ¿Habían saqueado los alemanes las posesiones de los propietarios o se las habían llevado estos, ansiosos por conservar sus objetos de valor? En las paredes también faltaban algunos cuadros y los espacios vacíos señalaban el lugar donde otrora colgaban paisajes y retratos de familia.

El resto de las estancias eran grandes, con suelos de madera

pulida y chimeneas magníficamente talladas. Las paredes estaban encaladas con colores llamativos: ocre, aguamarina y verde pistacho. Pero no había objetos personales, nada que indicara quién era el propietario de la casa o qué tipo de vida llevaba. El silencio del lugar, casi reverencial, y la indiferente disposición de los pocos muebles transmitían la quietud de un museo.

Cuando Foster recorría la galería que conectaba las dos alas de la casa, lo sorprendió un ruido repentino. Era un sonido chirriante que provenía de la planta superior. Una angosta escalera se desviaba hacia la derecha y, a medida que subía, el ruido se volvía más intenso. No sabía qué era. La única vez que había oído algo parecido fue en África. Era como si alguien estuviera cepillando una alfombra en el jardín después de una tormenta de arena.[19]

Las escaleras daban directamente a una espaciosa sala de sesenta metros de largo que ocupaba toda la segunda planta. Al momento descubrió el origen del sonido. Con más de veinte mesas situadas a lo ancho, la estancia había sido reconvertida en una fábrica de seda improvisada y miles de gusanos estaban devorando hojas de morera. Algunos capullos habían eclosionado y en las mesas situadas junto a las ventanas, las polillas, atraídas por la luz, revoloteaban contra los cristales más bajos. Evidentemente, alguien estaba alimentándolas, pero tampoco había rastro de su presencia.

Bordeando lentamente las mesas, Foster se acercó a una ventana. Ahora, las montañas habían adquirido una tonalidad azul, salpicada de oro por los últimos rayos de sol. Al sur se atisbaban el mar y las lagunas situadas al este de Venecia. Al mirar en dirección a Tarcento se distinguían los campanarios de numerosos pueblos encaramados a las montañas. Más cerca, a menos de dos kilómetros, una hilera de chopos jalonaba la carretera principal de Udine. En los claros que se abrían entre los árboles se veía el tráfico rodado desplazándose de este a oeste.

Aquella misma tarde había recorrido aquella carretera. El avance del convoy se había visto entorpecido por una línea de carromatos cargados de muebles y sacos a rebosar de posesiones de las familias que los seguían más atrás. Había madres que llevaban

a sus bebés en brazos y grupos de niños y ancianos cansados, algunos de ellos tumbados en camas o sentados en sillas sobre los carromatos. Los vehículos eran de todas las formas y tamaños y había incluso viejas calesas y carruajes de dos caballos con ruedas de madera.

Foster había visto los informes de situación recopilados por el cuartel general del ejército. En la zona este de la provincia, las familias estaban huyendo de sus casas. Era una tierra de nadie habitada por italianos y eslovenos, territorio disputado que los Aliados habían concedido a Italia como recompensa por cambiar de bando durante la primera guerra mundial. Después de sufrir la persecución de los partidarios de Mussolini durante años, los eslovenos querían que todos los italianos que vivían en la zona disputada fueran denunciados por fascistas y que Yugoslavia se anexionara aquellas tierras.[20]

Las tropas yugoslavas, lideradas por el mariscal Tito, ya habían cruzado la frontera y estaban sembrando el terror en ciudades y pueblos. Más de mil italianos habían desaparecido sin dejar rastro y centenares habían sido arrestados y deportados a campos de concentración antes dirigidos por los fascistas. En algunas ciudades, las patrullas del ejército habían detenido a casi toda la población. Esta se hallaba confinada en cárceles improvisadas en las que hombres de entre dieciocho y cincuenta y seis años eran privados sistemáticamente de alimento hasta que aceptaban ofrecerse voluntarios para el ejército de Tito.[21]

Desde su posición, Foster veía los cuidados jardines que se extendían hasta la carretera. La belleza y la tranquilidad del lugar distaban mucho de los horrores a los que se enfrentaba la gente que pasaba al otro lado de los álamos y de la avalancha de asesinatos que estaba inundando el norte de Italia.

4

No hubo tregua en el volumen de telegramas muy confidenciales que habían ido llegando al cuartel general de la Fuerza Aérea del Desierto en los diez días transcurridos desde la rendición alemana. Las recriminaciones que siguieron a la derrota del fascismo habían llevado a Italia al borde de la guerra civil. La liberación había desencadenado matanzas generalizadas que dejaron centenares de muertos en las calles de las ciudades y los pueblos del norte. «El total de cuerpos sin identificar desde la liberación de Milán asciende ahora a más de 400», informaba el embajador británico en un telegrama dirigido al Ministerio de Asuntos Exteriores. «La siniestra característica de esas muertes es que todas las marcas de identificación han sido cuidadosamente eliminadas antes de disparar. Por tanto, es difícil saber si las víctimas son fascistas ejecutados por partisanos, partisanos ejecutados por fascistas o simplemente víctimas de una venganza personal.»[1]

En la provincia de Friuli la situación era particularmente grave. En el transcurso de diez días, cientos de italianos habían sido asesinados por sus conciudadanos, lo cual engrosó la cuenta de atrocidades cometidas por las fuerzas de Tito. En Ziracco, una pequeña población situada diecinueve kilómetros al este del castillo, se habían cometido una docena de asesinatos.[2]Más al sur, en la zona de Manzano, un comandante partisano supuestamente había acabado con la vida de cuarenta y tres personas.

Aquella tarde, al pasar por Udine, Foster había asistido a una reunión informativa en el cuartel regional del GMA,[3]la organización provisional creada por los Aliados para gobernar Italia. La Misión Coolant —la unidad de la DOE[4]que actuaba en la zona— informó del descubrimiento de otra fosa común en Drenchia, cerca de la frontera italiana con Yugoslavia. Los cuerpos

fueron hallados en «una zanja que contenía treinta cadáveres, presuntamente italianos ejecutados por los eslovenos».[5]La información de Coolant indicaba que los partisanos comunistas de la Brigada Garibaldi, 4.000 en la región de Udine, estaban a punto de aunar fuerzas con los yugoslavos para lanzar un golpe de Estado comunista. La unidad sabía que Mario Lizzero, «tal vez el líder más peligroso de la Brigada Garibaldi», estaba al mando de la operación: «Es inteligente e inmoral, y ejerce un control absoluto sobre el Partido Comunista. Sus actividades presentes consisten en introducir elementos comunistas en todas las oficinas municipales y provinciales dentro y fuera de Udine».[6]Coolant también advirtió de que en toda la provincia permanecía activa una «gran red de agentes comunistas generosamente abastecidos de fondos». Sus órdenes eran «penetrar en Treviso y Venecia para crear centros comunistas». Aunque los Aliados podían contar con la lealtad de los partisanos antieslavos, un contingente de unos ocho mil hombres, su odio hacia el comunismo había acentuado aún más la tensión en la zona.

En la propia Udine, que se encontraba a solo ocho kilómetros del castillo, la situación empezaba a ser terrible. Los comandantes de la Brigada Garibaldi, que actuaban desde escondites secretos repartidos por toda la ciudad, estaban recopilando listas de individuos a los que consideraban débiles y temerosos y a quienes creían que podrían sobornar con dinero y comida para que se incorporaran a sus unidades.[7]Advertían a las chicas de la localidad que no se relacionaran con soldados aliados y muchas habían recibido cartas anónimas amenazando con afeitarles la cabeza a las que lo hicieran. En algunos distritos, los comunistas habían dejado pintadas en las paredes de las casas: «*Zivio* [Larga vida a] *Tito*», «*Zivio Stalin*», «*Tukay je Jugoslavia*» («Esto es Yugoslavia»).[8]

Durante la sesión informativa habían repartido un folleto. Era uno de los centenares que habían caído en Udine el 2 de mayo, el día que se declaró la paz. Con el alto el fuego vigente, los yugoslavos, que habían combatido del lado de los Aliados, habían dejado de bombardear la ciudad, pero sus aviones habían regresado para entregar un mensaje estremecedor:

> Ciudadanos de Udine, hoy recibís nuestra tarjeta de visita: el terror acompaña a nuestra victoriosa marcha. Aquellos que en el fondo de vuestros corazones esperáis a los INGLESES, los protectores de la burguesía y los adinerados, llorad sobre las ruinas de vuestros hogares y meditad sobre vuestros pecados. Quede dicho de una vez por todas, para que después no os extrañe: FRIULI PERTENECE A LA ZONA DE INFLUENCIA BOLCHEVIQUE y, por tanto, los patriotas a los que debéis apoyar son los patriotas comunistas de la Brigada Garibaldi. SI NO ESTÁIS DISPUESTOS A HACERLO POR AMOR, LO HARÉIS POR OBLIGACIÓN.[9]

En las veinticuatro horas anteriores habían entrado en la ciudad 200 soldados yugoslavos. Simultáneamente, habían llegado 500 hombres huidos de Gorizia para evitar ser reclutados por los eslovenos y clamaban por unirse a las brigadas partisanas antieslavas. La paz en Europa había durado once días. La intensidad de la crisis, avivada por las amenazas de Tito, que pretendía adueñarse del puerto estratégico de Trieste, supuso que la sesión informativa girara en torno a una última batalla o, si los comunistas persistían en sus planes para hacerse con la región, la primera de una tercera guerra mundial.

En aquel hervidero de políticas y nacionalidades rivales —tal como describía la situación un alto mando del ejército—, la Fuerza Aérea del Desierto capitaneada por Foster tuvo un papel importante.[10]Además de sobrevolar los Alpes para controlar a las decenas de miles de soldados de la Wehrmacht acorralados en los pasos principales, los escuadrones debían encontrar a las unidades rezagadas de las SS que se ocultaban en las montañas.[11]Asimismo, debían determinar el número y enclavamiento de los efectivos yugoslavos desplegados al este de Udine y ubicar las posiciones de los partisanos de la Brigada Garibaldi que se habían replegado con sus armas a las montañas para preparar un golpe de Estado comunista.

Una suave luz vespertina inundaba la casa. Foster estaba mirando hacia arriba desde el camino de gravilla que pasaba por delante del ala oeste. Aún le quedaban algunas habitaciones por ver, pero no

sabía cómo llegar hasta ellas.

Atisbaba las ventanas, pero al intentar abrir la puerta que daba a aquella parte de la casa vio que estaba cerrada con llave. Puesto que las operaciones comenzarían de nuevo a primera hora de la mañana, quería ver las habitaciones mientras tuviera tiempo.

5

Al ala oeste se accedía desde el jardín, siguiendo un camino de piedra blanca bordeado de pequeños arbustos bien podados.

Después de franquear la puerta, Foster entró en un pequeño pasillo. De inmediato le sorprendió el contraste con las habitaciones vacías del resto de la casa. En una de ellas había prendas de abrigo colgando de un perchero y en el suelo una hilera de botas de montar. Sobre la cabeza de un busto de mármol se amontonaban sombreros de varias formas y tamaños. En la mesa del comedor, alrededor de dos jarrones chinos, había objetos de toda clase, entre ellos manojos de llaves, una correa de perro, paquetes de semillas y bobinas de cuerda de jardinería.

Pese a la aglomeración, reinaba una sensación de orden. Las botas de montar formaban una fila perfecta organizada por tamaños. El efecto era curiosamente enternecedor. Al final de la hilera había dos pantalones de montar diminutos. Al parecer, uno pertenecía a un niño de cuatro o cinco años y el otro era aún más pequeño.[1]

El pasillo situado al otro lado de la sala estaba casi a oscuras y Foster encendió una luz. Al instante le llamó la atención una pequeña tarjeta clavada en la puerta que quedaba a su derecha. En el grueso papel blanco había una corona de oro estampada en relieve; debajo podía leerse en tinta negra y una caligrafía curvada: «*Camera de Victor Emmanuel III, S.M. Il Re d'Italia*».[2](Dormitorio de Víctor Manuel III, Su Majestad el rey de Italia).

Fue un hallazgo sorprendente. Por un instante, Foster solo podía pensar que el castillo era propiedad del rey. Pero, si eso era cierto, ¿por qué habían tenido que clavar una nota en la puerta para anunciar que aquel era su dormitorio? Más bien, la presencia de la tarjeta denotaba que la visita del monarca había sido una

decisión repentina y temporal. Entonces ¿qué lo había llevado hasta aquella zona remota de su país? ¿Había utilizado el castillo como escondite en fases anteriores de la guerra? El rey, una figura impopular mancillada por su apoyo al régimen de Mussolini, había sido el comandante en jefe de Italia hasta otoño de 1943, momento en el que negoció un armisticio con los Aliados. Apodado *Il Re Soldato*, o Rey Soldado, por los italianos o, más desfavorablemente, *Sciaboletta* (Sablecito), ya que medía solo un metro cincuenta y dos, se había pasado el resto de la guerra bajo custodia armada en un castillo de la costa Amalfitana.[3]

Para sorpresa de Foster, la puerta no estaba cerrada. Cuando entró esperaba ver una gran cámara suntuosamente amueblada, como correspondería a un rey. Sin embargo, la habitación, con unas dimensiones y una decoración modestas, no tenía nada de especial, salvo que parecía que alguien la había ocupado recientemente. La tarjeta clavada en la puerta era engañosa; no era un dormitorio, sino una sala de estar. Encima de las mesas había libros con marcadores y en el suelo vio varios fajos de cartas clasificadas, como si alguien quisiera archivarlas. A un lado de las mesas había una jarra de agua y un vaso medio lleno y, colgada en una silla, una rebeca desgastada.[4]

Junto a la ventana había una gran mesa redonda cubierta con una tela de terciopelo. Foster se acercó a observar las fotografías. Sobre la mesa había más de treinta, grandes y pequeñas, todas ellas en marcos de plata. Eran retratos de familia, ya que aparecían los mismos rostros en diferentes edades y lugares. Una cara le llamó la atención. Era la de un hombre alto de mediana edad con perfil aguileño y un bigote impoluto. En la mejilla izquierda tenía dos cicatrices del tipo *Schmiss*. En una de las fotografías aparecía hablando con Adolf Hitler; en otra le estrechaba la mano a Benito Mussolini.[5]

Había otras imágenes de Hitler captadas en diferentes lugares. Al fondo siempre se distinguía al mismo hombre alto, situado prudentemente unos pasos por detrás del Führer. Su cercanía con Hitler dejaba entrever que era un asesor de confianza. Pero ¿de quién se trataba? No llevaba uniforme. ¿Era un diplomático o un

funcionario? ¿Era el propietario del castillo?

Foster cogió cuidadosamente las fotografías y las examinó una por una. No había inscripciones de ningún tipo, nada que indicara dónde o cuándo habían sido captadas. Eran tan solo dos retratos informales. En uno aparecía con su familia. Él, su mujer y sus cuatro hijos —dos niños y dos niñas— posaban para la cámara en la cima de una montaña. En la segunda estaba en un embarcadero a orillas de un lago. Llevaba bañador y se reía, inclinando la cabeza hacia atrás mientras rodeaba con los brazos a una niña de unos doce años. Foster dedujo que era su hija.

Luego se fijó en las otras imágenes, en las que aparecían mayoritariamente dos niños. Eran fotografías de cuando eran bebés, en los brazos de una hermosa mujer de cabello rubio y, cuando eran un poco mayores, de los dos juntos. Tenían un aspecto angelical, con largos bucles rubios y unos ojos luminosos y sonrientes. En una imagen estaban felizmente sentados en el regazo de dos soldados alemanes. Foster reconoció el lugar: la fotografía se había tomado en el banco del jardín. Movido por la curiosidad, pasó unos minutos intentando descifrar las relaciones familiares. La madre de los niños —unos diez años después— era la niña que aparecía en la fotografía del embarcadero junto al lago, en cuyo caso su padre —el hombre que acompañaba a Hitler— era el abuelo de los niños. La madre se había casado con un elegante oficial italiano. En la fotografía de su boda, su característica gorra, adornada con plumas y escarapela, indicaba que era un alto mando de uno de los elegantes regimientos de caballería. Curiosamente, no había fotografías de los niños con su padre.

Foster se dirigió a la puerta que conectaba con otra habitación. Era un cuarto de bebé con dos camas y una cuna, y supuso que era donde dormían los dos niños de las fotografías. Del techo colgaban móviles de papel decorados con crías de elefante. En una de las camas había un osito de peluche apoyado en una almohada; le faltaban los ojos y su aspecto era andrajoso, como si lo hubieran aplastado.

Después de echar un vistazo rápido, volvió a la sala principal. Entre los centenares de libros que cubrían las paredes vio un

ejemplar del *Mein Kampf* de Hitler. Al cogerlo le sorprendió que estuviera intacto. También le extrañó que muchos de los libros fueran en inglés. Había obras de Hansard y numerosas ediciones de la revista *Strand*, una de las cuales contenía un profético artículo de Winston Churchill titulado «La verdad sobre Hitler», que fue publicado en 1935.[6]

Mientras hojeaba una guía de ciudades históricas de Alemania —poblaciones que los británicos habían arrasado—, Foster oyó un ruido. Cuando se acercó a la ventana vio a un hombre trabajando en el jardín. Era entrado en años y llevaba un mono azul manchado de grasa. Rezumaba confianza en sí mismo y estaba ocupado cortando la hiedra que había cubierto un muro de la casa.

Al momento, Foster dejó el libro y salió a hablar con él. Por fin alguien podría contarle algo sobre los habitantes invisibles del castillo.

6

El hombre dijo llamarse Nonino. Era de un pueblo cercano y había sido el mayordomo del castillo durante cincuenta y siete años. La antigua condesa lo acogió cuando él tenía once años. Había empezado conduciendo el landó de la familia y en la década de 1880 se había convertido en jefe de la casa. Era una época en la que se hospedaban muchos invitados en el castillo. Por aquel entonces, le dijo a Foster, sus tareas incluían cuidar de los caballos y los carruajes y pulir las grandes lámparas venecianas y, después de cenar, si no había músicos tocando en las almenas del castillo, dirigía un coro que interpretaba viejas canciones de Friuli.[1]

Anunció con orgullo que había servido a tres generaciones de la familia. Su nombre de pila era Giuseppe, pero la familia se dirigía a él por su apellido. Decían que era más fácil de pronunciar y que sonaba más afable. Foster esperaba que le contara historias sobre la generación actual, pero el anciano eludió el presente y se remontó a un pasado aún más lejano. El apellido de la familia era Pirzio-Biroli, dijo, y descendían de los Savorgnan, una de las estirpes aristocráticas más poderosas del norte de Italia.[2]Después de instalarse en el castillo en el siglo XIII, habían gobernado Friuli durante siglos y se habían alineado con la República veneciana contra el Imperio austríaco. Tenían muchas propiedades. Las fortalezas desde las cuales habían defendido la región se extendían a lo largo de cien kilómetros hasta Venecia. Luego estaban los palacios, en los que había trabajado cuando era joven: el Palazzo Savorgnan, con vistas al canal veneciano de Cannaregio; el Palazzo Brazzà, en Udine; y otro situado a solo unos pasos de la Fontana di Trevi, en Roma.

El hombre dejó de hablar un momento y observó la bandera británica que ondeaba sobre las ruinas del castillo. Luego, negando

con la cabeza, se lamentó de que en el tiempo que llevaba allí hubieran ondeado toda clase de banderas.[3]En la última guerra, el ejército austríaco había ocupado el castillo, lo cual fue desastroso para la familia. Una noche de invierno de 1917, después de disfrutar de la bodega de vinos, uno de los oficiales se quedó dormido, se dejó un brasero encendido y la casa ardió hasta los cimientos.[4]El Real Estandarte de la Casa de Saboya también había coronado el castillo. Fue en 1941, cuando, durante un corto espacio de tiempo, el rey de Italia había utilizado Brazzà como cuartel general del ejército. Después habían llegado los alemanes e izado la esvástica. Pero la vieja condesa Cora di Brazzà Slocomb siempre había mantenido la bandera de las barras y estrellas. Era estadounidense, una rica heredera procedente de Nueva Orleans. Señalando el edificio, añadió que la nueva casa la había costeado la condesa después de que la antigua fuera destruida por el incendio.

¿Una condesa estadounidense? A Foster lo sorprendió aquella inesperada información.[5]De inmediato quiso saber qué relación mantenía con el hombre que había visto en las fotografías con Hitler y Mussolini. ¿Había traicionado a su país pasándose al bando fascista? Pero no quería interrogar al anciano; sería inapropiado hacer preguntas incómodas. El personal de la Unidad de Crímenes de Guerra del Ejército de EE. UU. ya se encontraba en la zona, y su labor era investigar a presuntos criminales y colaboradores.

«¿Dónde está ahora la familia?», decidió preguntar.

El hombre volvió la cabeza y guardó un largo silencio antes de responder. Entonces, con voz temblorosa, dijo que estaban todos muertos.[6]En los últimos años, una serie de tragedias habían asolado a la familia. Sucintamente, le explicó a Foster lo ocurrido. La vieja condesa, que lo contrató cuando él era un niño, había fallecido el año anterior en un manicomio de Roma. Su única hija murió de un infarto cuando tenía cincuenta años. El conde Detalmo, a quien su madre había legado Brazzà, desapareció en el otoño de 1943 cuando las tropas alemanas ocuparon el castillo. El 27 de septiembre de 1944, una fecha que jamás olvidaría, la

Gestapo arrestó a la mujer del conde y a sus dos hijos, de dos y cuatro años.

Señalando la ventana situada detrás de ambos, dijo que la condesa y los niños vivían allí cuando se los llevaron. Luego pidió a Foster que lo siguiera.

Al cruzar el jardín que había delante de la casa, habló afectuosamente de la condesa. Se llamaba Fey y era hermosa y delgada, con el cabello rubio y los ojos azul claro. Era alemana, por supuesto. Pero una *bella tedesca*, una alemana bella. Había llegado al castillo en 1940 después de casarse con Detalmo. Al cabo de un año nació Corrado, el pequeño Corradino. En enero de 1943 llegó Robertino. Los niños eran la viva imagen de su madre: pelo rubio y ojos azules. Unos niños muy guapos.[7]

Se detuvo delante de un banco de madera situado a la sombra de un pino manso. El banco miraba hacia las montañas y estaba rodeado de rosas, inclinadas hacia la pared blanca que se elevaba detrás. El hombre dijo a Foster que a Fey le gustaba sentarse allí por la mañana. Era su lugar favorito del jardín. Cuando el conde se fue, él la ayudaba a gestionar la finca. Cada mañana, en los meses de verano, se reunían allí durante una hora para comentar la cosecha de seda y las variedades que iban a plantar. Formaban un equipo, aseguró.

El hombre echó a andar de nuevo hacia la entrada del castillo. Al retomar la historia del arresto de la condesa se mostró cada vez más agitado. Al principio no había habido problemas con los alemanes. Al contrario, los soldados que ocupaban el castillo adoraban a los niños. Siempre jugaban con ellos. Pero una mañana llegó la orden de Berlín. Inmediatamente, el coronel al mando informó a Fey de que ella y los niños serían trasladados a Alemania. Debían prepararse para partir al día siguiente al amanecer. Pero le dijo que no tenía de qué preocuparse. Solo estarían fuera unas semanas. Volverían pronto.[8]

En la entrada principal del castillo, con sus pináculos de piedra y sus elaboradas grecas, el anciano se detuvo y trazó con el pie una larga línea en la gravilla. Allí se congregaron todos para despedirse, dijo: el servicio de la casa, amigos y vecinos y los

mozos de labranza y sus familias. A Fey solo le habían dado permiso para llevarse prácticamente lo puesto, y él y el resto del personal se habían pasado la noche ayudándola a prepararse para el viaje. Habían empaquetado salami, jamón y latas de leche condensada para los niños. El médico militar que acompañaba a las tropas alemanas incluso le dio 300 marcos y le dijo que los escondiera en el forro de su abrigo. Al recordar a Fey cargando con las maletas y los dos niños en dirección al coche rompió a llorar. Ahora estaban perdidos y no creía que fuera a verlos nunca más.

Con lágrimas surcándole las mejillas, dijo que uno de los soldados alemanes le había contado qué fue de ellos después de marcharse. La primera noche la pasaron en la estación ferroviaria de Villach, donde durmieron en el suelo con refugiados.[9]Cuando llegaron a Innsbruck, las SS detuvieron a Fey y le arrebataron a los niños. El soldado dijo que les habían puesto nombres falsos y los habían escondido en un lugar donde nadie pudiera encontrarlos, un orfanato en Alemania, pensaba el anciano. Fey había sido encerrada en la cárcel de la Gestapo en Innsbruck y luego las SS la trasladaron. Eso fue todo cuanto pudo contarle el soldado. Ahora habían pasado seis meses y se había perdido cualquier rastro de ella.

Contemplando el idílico escenario, a Foster le costaba creer lo que estaba oyendo.[10]En los campos se había formado una ligera niebla y las copas de los cipreses, iluminadas por los últimos rayos de sol, asomaban por encima. En el establo, los bueyes que habían acarreado los sacos de comida, esperaban pacientemente a que descargaran los carros. ¿Qué razón podían tener las SS para detener a Fey y los niños? La orden había llegado de Berlín, lo cual indicaba que la había dictado alguien de alto rango. No había logrado esclarecer la identidad del hombre de las cicatrices que aparecía con Hitler y Mussolini. Se preguntaba si habría alguna conexión. Por segunda vez, Foster dejó de interrogar al anciano. Su tristeza le resultaba incómoda; no quería alterarlo más, así que cambió de tema. La Fuerza Aérea del Desierto había requisado unos caballos excelentes que tenía intención de llevar al castillo y le preguntó si sería posible ver los establos.

Se encontraban un poco alejados, en un edificio de piedra de escasa altura situado detrás del granero.

Al entrar, Foster vio diversas islas de cuadras vacías. Allí guardaban los alemanes sus caballos y se percibía aún el olor a sudor animal.[11]

Cuando pasaron por delante de las cuadras, Foster describió la escena que había presenciado al norte de Ferrara después de que la Fuerza Aérea del Desierto bombardeara los puentes del Po. En la orilla sur del río, miles de caballos de todos los colores, formas y tamaños atestaban los campos.[12]La escasez de gasolina obligó al ejército alemán a emprender su retirada eminentemente a caballo. Cuando llegaron al río no contaban con medios para pasar los animales al otro lado y tuvieron que abandonarlos. Fue allí donde la DAF capturó a los caballos que querían meter en las cuadras de Brazzà.

Llegaron a la última cuadra, que se encontraba al fondo y estaba ocupada por un pequeño poni blanco. El anciano se detuvo a acariciarle el hocico. Se llamaba *Mirko*, dijo, y tenía veintisiete años. Les había enseñado a los niños a montar en poni, y a su padre antes que a ellos. El pequeño, Robertino, lo adoraba. Cada mañana, en cuanto el niño empezó a caminar, lo llevaba allí para que le diera una manzana al poni.[13]

De nuevo, una acusada sensación de pérdida asoló al anciano y, repentinamente, dio media vuelta y se fue, murmurando que tenía cosas que hacer.

Al volver a la casa, Foster seguía dándole vueltas a la historia de la madre y sus dos hijos. El suyo tenía seis años. Pese a todo lo que había visto en la guerra, la idea de que habría podido ocurrirle algo así si los alemanes hubieran llegado a Gran Bretaña lo impresionó mucho.[14]

¿Dónde estaban los niños italianos de dos y cuatro años? Nadie lo sabía, pero, suponiendo que en efecto hubieran sido

enviados a un orfanato nazi en Alemania, ¿cómo podrían encontrarlos? En Alemania, el caos era absoluto: el país había sido invadido por este y oeste y los daños ocasionados por los bombardeos aliados y las extensas batallas por tierra eran formidables. El movimiento de civiles en el país era difícil y peligroso y la hambruna y la miseria eran generalizadas. Más de dos millones de desplazados estaban atravesando Alemania para intentar regresar a sus países natales o huir del comunismo en el este. La idea de encontrar a dos niños anónimos que habían sido engullidos por la confusión era indudablemente remota.[15]

Además, podían estar en cualquier sitio. Había muchos orfanatos nazis, no solo en Alemania, sino también en Austria, Polonia y Checoslovaquia. ¿Las SS tenían a los niños en Alemania o los habían trasladado a otra institución en uno de los países ocupados por los nazis?[16]

Pero lo más inquietante de todo era la idea de que nadie los buscaría. Por lo que había dicho el anciano, era probable que sus dos progenitores estuvieran muertos.

Tercera parte

7

VILLA GLORI, ROMA, 19 DE OCTUBRE DE 1937

A las nueve y media en punto de una mañana triste y húmeda, Benito Mussolini entró en la amplia *piazza* a lomos de un caballo blanco. Detrás de él, montados en caballos negros, iban los jefes de la policía italiana. Sonaba una fanfarria de trompetas y los 6.000 *carabinieri* que se agolpaban en la plaza levantaron el brazo haciendo el saludo fascista.[1]

La ovación que estalló cuando llegó Mussolini fue atronadora. Miles de romanos bordeaban las barandillas y abarrotaban las terrazas. Era el Día Nacional de la Policía y habían ido a Villa Glori, un parque situado a orillas del Tíber, para participar en las celebraciones y ver a su ídolo.[2]Tras la conquista de Abisinia, la popularidad de Mussolini estaba en su apogeo. En el cuartel general situado en el centro de la ciudad, todo un departamento compuesto por cincuenta funcionarios se dedicaba a alimentar el culto a la personalidad que fomentaba el dictador. En la plaza resonaban gritos de «*Viva Il Duce*» y «*Viva l'Impero*», que recordaban a los cánticos de «*Ave Imperator*» que entonaban los romanos dos mil años antes.

De los mástiles colgaban banderas de treinta metros con la esvástica y los colores de la bandera italiana, que también cubrían los laterales de la tribuna reservada a los dignatarios. Estaban sudando, enfundados en uniformes con fajas, condecoraciones con incrustaciones de oro y trenzas de plata: jefes de policía de toda Italia; ministros y funcionarios; el príncipe Colonna, gobernador de Roma; y representantes del Vaticano con sus largas túnicas rojas.

El invitado de honor era Heinrich Himmler, Reichsführer-SS y jefe de la policía alemana.

Erguido, inescrutable y portando un reluciente sable ceremonial, Himmler iba vestido de negro de pies a cabeza. Aparentemente, su presencia en la tribuna era un gesto de buena voluntad, un indicativo de las buenas relaciones que mantenían Italia y Alemania. Pero el verdadero propósito de su visita de dos días era alentar a Mussolini a utilizar sus fuerzas policiales para combatir «la tiranía totalmente destructiva del bolchevismo [...] el judío en su peor versión».[3]Aquel verano, se ordenó a Himmler la construcción de un nuevo campo de concentración en Buchenwald para dar cabida a miles de prisioneros políticos, y había otros en proyecto. Su objetivo era convencer al dictador italiano de que siguiera su ejemplo.[4]

En la plaza se hizo el silencio cuando una banda militar interpretó los himnos nacionales alemán e italiano. Atento a la última ráfaga de trompeta del himno alemán, Mussolini hizo girar su caballo y lo puso a galopar. Al pasar por delante de las terrazas, su muestra de hombría hizo enloquecer a la multitud. «¡*Duce*! ¡*Duce*! ¡*Duce*!», gritaban los hombres, que se quitaron los sombreros y los lanzaron al aire. Las mujeres gritaban histéricas ondeando sus pañuelos; algunas se desmayaron, abrumadas por la imagen de su ídolo.[5]

En la tribuna había dos hombres junto a Himmler, impasibles ante la teatralidad de Mussolini y las muestras de afecto de la multitud. Eran Reinhard Heydrich, segundo al mando de Himmler y jefe de la Gestapo, y Ulrich von Hassell, el embajador alemán en Italia.

Al igual que el de Himmler, el ascenso de Heydrich al poder había sido meteórico. Era una de las figuras más siniestras de la élite nazi, un hombre al que incluso Hitler atribuía un «corazón de hierro», y fundador del Sicherheitsdienst, una organización de espionaje encargada de buscar y neutralizar cualquier resistencia al Partido Nazi. Su homicida carrera no había hecho más que empezar. Dos años después, cuando los nazis invadieron Europa del Este, sería directamente responsable de los Einsatzgruppen, los grupos especiales que seguían a los ejércitos alemanes y acabaron con la vida de más de dos millones de personas. Más tarde, durante

el invierno de 1942, presidiría la conferencia de Wannsee, donde se trazaron los planes para la Solución Final de la cuestión judía, el asesinato de millones de judíos en campos de concentración.

El embajador Von Hassell, anfitrión de Himmler y Heydrich durante su corta estancia en Roma, era una figura imponente. Alto, con un bigote bien perfilado y nariz aguileña, lucía el uniforme de un general de división del NSKK.[6]Su tono gris pálido contrastaba con los uniformes negros con trenzas plateadas de los jefes de policía situados a su derecha. Las dos cicatrices rojizas que Hassell tenía en la mejilla izquierda denotaban que era un hombre de una clase y origen diferentes. Las «cicatrices *Schmiss*» (como eran conocidas), eran dominio de la aristocracia. Causadas en torneos de esgrima y populares entre los alumnos aristocráticos de las universidades de élite alemanas antes de la primera guerra mundial, eran preciadas marca de honor y valentía. El vencedor de los torneos no era el hombre que infligía la herida, sino el que se iba con una cicatriz, lo cual demostraba que era capaz de soportarla.

Mientras que los dos jefes de policía eran unos desconocidos fuera de Alemania, Hassell era una celebridad entre las multitudes que habían acudido a la plaza. Desde 1932, cuando fue nombrado embajador alemán en Italia, había guiado la pujante amistad entre ambos países. En los grandes acontecimientos de Estado, cuyas fotografías aparecían en sucesivas páginas de los periódicos italianos, Hassell era el hombre en segundo plano, acechando detrás de los dos dictadores. En la primavera de 1934 ayudó a organizar su primer encuentro en Venecia, en el que ambos se demostraron su recelo mutuo. Meses después, tras el asesinato de Engelbert Dollfuss, el embajador austríaco, la labor de mejorar su incómoda amistad recayó en Hassell. Mussolini, que era íntimo de Dollfuss y había notificado personalmente la noticia de su fallecimiento a su viuda, hizo responsable a los nazis. Con su bendición, un periodista italiano calificó a los alemanes de «nación de asesinos y pederastas».[7]

Hasta que Hitler apoyó la conquista de Abisinia por parte de Mussolini e Italia se retiró de la Liga de Naciones no se

restablecieron las relaciones entre los dos dictadores. Ahora estaban acercándose a su apogeo. Un mes antes, Hassell había acompañado a Hitler y Mussolini en una gira por Alemania. Agasajado por el Führer y deslumbrado por las fábricas de armamento que visitó y los desfiles militares organizados en su honor, el viaje convenció a Mussolini de que el futuro de Italia iba de la mano de los alemanes. El momento álgido fue el mitin que ofrecieron él y Hitler en Berlín, donde un millón de personas escucharon su discurso bajo una tormenta. «Están obsesionados conmigo», alardeó a su amante cuando regresó. «Conquisté totalmente a la gente de a pie. Sintieron mi fuerza [...]. El público asistente era tan numeroso que no veías dónde acababa. Nunca han dedicado una recepción así, ni a reyes, ni a emperadores ni a nadie. Sí, los he conquistado. Han sentido el poder [...] las banderas rojas detrás de nosotros, los rayos de luz, las antorchas [...]. Pasamos como dos dioses caminando por las nubes.»[8]

Aquella noche hubo un descenso de las temperaturas y una densa niebla inundó las calles de Roma. Según comentaba un escritor, el olor a «moho, ratones y sótanos» se elevaba en los húmedos callejones situados detrás de la piazza Navona.[9]

La caravana de Mercedes, flanqueada por policías montados en motocicletas escarlata, tardó más de lo habitual en sortear el tráfico romano. Hassell viajaba en el primer vehículo con los dos jefes de policía. Detrás iba una comitiva de altos mandos de las SS y funcionarios de la embajada. El ministro de Propaganda italiano había organizado un baile en honor de Heydrich y Himmler y se dirigían a Villa Madama, en la otra orilla del Tíber.

La ruta desde la embajada alemana los llevó por delante del Coliseo y la piazza della Repubblica, pero la niebla era tan espesa que no se veía más que a unos pocos metros. Ni siquiera se veían las pintadas que habían hecho los partidarios del Duce con pintura blanca en las paredes de las iglesias y los *palazzi*. Solo se distinguían los diminutos puntos de luz de los faros de los otros coches y el tenue brillo rojo de los braseros que había en las

esquinas. Figuras oscuras, algunas de ellas niños pequeños, se congregaban en torno a las hogueras; eran familias de campesinos que habían llegado desde el campo con las primeras cosechas de castañas.

Después de cruzar el Tíber, la caravana apretó el paso en la Via di Villa Madama, la larga y ondulante carretera que conducía a la casa. Allí el aire era más despejado y la niebla se había convertido en una fina bruma. A ambos lados de la carretera, unos muros cubiertos de hiedra y matorrales altos ocultaban los famosos tesoros de los jardines de la villa: la curiosa tumba conmemorativa de *Annone*, un elefante indio que el rey de Portugal regaló al papa en 1515, y los *Gigantes de Bandinelli*, dos esculturas de cuatro metros que custodiaban la entrada al jardín secreto.

La villa, diseñada por Rafael para el cardenal Giulio de Medici a principios del siglo XVI, se hallaba en una colina con vistas al Vaticano. Era uno de los lugares de reunión más rutilantes de Roma y había pertenecido al conde Frasso, cuya esposa era la rica heredera estadounidense Dorothy Caldwell-Taylor. La condesa, a la que su padre legó quince millones de dólares en los años veinte, había restaurado la villa, antaño en ruinas, y la utilizaba para celebrar fastuosas fiestas con sus amigos de Hollywood. Sus invitados incluían a las grandes estrellas cinematográficas del momento, entre ellas Marlene Dietrich, Cary Grant, Fred Astaire, Ginger Rogers y Clark Gable. Ahora la villa había sido cedida al gobierno italiano para sus actos oficiales.

Eran casi las nueve y el patio delantero estaba abarrotado de coches de lujo: Delahaye, Bugatti, Daimler... Era habitual que con el chófer viajara un sirviente, y estaban todos fumando en grupos, sus uniformes tan lustrosos como los relucientes vehículos. En la solapa llevaban insignias de plata con el escudo de armas de las casas en las que servían: Ruspoli, Colonna, Torlonia, familias que poseían extensiones de Italia comparables a pequeños reinos y que pertenecían a la nobleza papal.[10]

Buena parte de la aristocracia italiana había recibido el fascismo con los brazos abiertos. Las reformas agrícolas de Mussolini habían ayudado a revivir fincas azotadas por la

depresión a principios de siglo, y en pueblos y ciudades de toda Italia había apoyado la autoridad de los terratenientes ofreciéndoles cargos de responsabilidad en la jerarquía del partido. Su firme postura anticomunista le granjeó aún más el cariño de las familias que temían perder sus ancestrales castillos y palacios en caso de una revolución. La relación era simbiótica; Mussolini disfrutaba del glamur y el prestigio que le conferían sus contactos aristocráticos y estos —deseosos de ganarse el favor del régimen— competían por celebrar opulentas fiestas fascistas.

Cuando se aproximaba el convoy de Himmler, unos jóvenes con antorchas disfrazados de pajes de los Medici abrieron las puertas del coche. Hassell se mantuvo en un segundo plano mientras Arturo Bocchini, el jefe de la policía italiana y responsable de la seguridad personal de Mussolini, saludaba a sus homólogos alemanes. Bocchini, una figura atildada famosa por poseer ochenta trajes de Saraceni, el sastre más caro de Roma, era hijo de un rico terrateniente. Ansioso por impresionar a Himmler y Heydrich, había pedido consejo a alemanes bien relacionados que vivían en Roma. Eugen Dollmann, un joven académico al que Himmler utilizaba a veces como intérprete, fue una de las personas a las que consultó: «Le aconsejé que aprovechara al máximo la afortunada coincidencia de que su casa estaba en Benevento, cerca del famoso campo de batalla en el que el valiente Manfredo, hijo predilecto del gran emperador Federico II de Hohenstaufen, había perdido la vida y el trono [...]. Además, le desaconsejé una cortesía y una cordialidad excesivas. Lo que se consideraba un prerrequisito para las relaciones sociales en su tierra natal era interpretado por los norteños como debilidad, amaneramiento, zalamería y falta de una solemnidad adecuada».[11]

La numerosa comitiva de altos mandos de las SS y funcionarios de la embajada esperó detrás mientras Bocchini subía las escaleras de la villa con los dos jefes de policía y el embajador. Después de invitar a los tres a entrar en el vestíbulo de piedra, los llevó a un espacioso salón en el que se encontraban los demás asistentes.

De fondo, una orquesta interpretaba *Tannhäuser*, de Wagner,

mientras los invitados daban vueltas a la espera de que empezara la cena.[12]Se habían reunido los políticos y aristócratas profascistas más importantes de Italia, y también un gran número de bielorrusos, hombres y mujeres que habían conocido al zar y a Rasputín y que durante la revolución habían huido de Rusia con sus joyas cosidas en la ropa. Galeazzo Ciano, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, también estaba allí. Con solo treinta y tres años, estaba casado con la hija de Mussolini. En el momento del nombramiento, su suegro le había conferido la más alta condecoración que existía en Italia, esto es, el Collare dell'Annunziata, cuyos poseedores eran considerados primos del rey. La mayoría de las mujeres allí reunidas temían que durante la cena las sentaran junto al arrogante y lascivo Ciano: «Su único método de conversación era una retahíla de tópicos acompañada de mucho manoseo», comentaba una. «Cuando una mujer superaba "cierta edad" se quedaba totalmente mudo.»[13]

Las noches anteriores, un ejército de sirvientes había mantenido vivas las hogueras de la villa para calentar las habitaciones, pero aun así hacía frío, y las mujeres, engalanadas con relucientes collares y diademas, llevaban chales de piel sobre los hombros. Cuando entró la delegación alemana, estiraron el cuello para ver a los invitados de honor. Heydrich, con su rostro «afilado, pálido y asimétrico»,[14]y Himmler, con su barbilla poco marcada y sus rasgos hinchados, decepcionaron: «A las italianas nos gustaban los rubios esculturales que solían enviar los nazis», comentaba una mujer.[15]Solo Hassell, con corbata y frac blancos, se adecuaba a sus exigentes requisitos. «El embajador tenía un aspecto espléndido, y lo sabía», señaló el intérprete de Himmler. «Los ojos de la sociedad femenina de Roma se deleitaron en su semblante aristocrático, y él padeció su mirada con igual deleite.»[16]

Entonces sonó un gong, la señal para entrar en el magnífico *salone* de la villa. Rosas carmesí enviadas en un tren especial desde San Remo abarrotaban la larga mesa, y su aroma resultaba embriagador. Estandartes con la esvástica nazi y la bandera fascista negra con las fasces, los ancestrales símbolos romanos del poder y

el gobierno, colgaban del techo abovedado junto a exquisitas escenas religiosas pintadas por el artista renacentista Giulio Romano.

Himmler y Heydrich fueron ubicados en los puestos de honor, al lado de Ciano y Bocchini. Hassell, sentado a cierta distancia, se encontraba junto a Guido Buffarini Guidi, el secretario de Interior italiano, un hombre para el que, según un conocido, «la política, las intrigas y la acumulación secreta de poder eran su vida y su máxima pasión».[17]

A mitad de la cena, envalentonado tras varias copas de vino, Buffarini Guidi empezó a interrogar al embajador: «Nos preguntábamos qué tiene que decir un hombre culto y distinguido como usted a esos compatriotas suyos y cómo puede llevarse bien con ellos. ¿Himmler? Es un idiota sin inteligencia alguna. ¿Y Heydrich?».[18]

Las respuestas que ofreció Hassell a las preguntas de Buffarini Guidi se le atragantaron. Más tarde, plasmó en su diario la incómoda conversación: «Cuando insistí en que Himmler era muy inteligente, se mostró escéptico, y cuando, a modo de táctica de distracción, elogié la "enérgica personalidad" de Heydrich, repuso desfavorablemente: "Conocemos bien a ese tipo. Es un bruto, un sabueso"».[19]

Entre los invitados profascistas y predominantemente pronazis que asistieron a la cena en Villa Madama, el apodo de Hassell era *Il Freno*; su oposición a una alianza militar entre Alemania e Italia era de sobra conocida. Pero solo unos pocos —entre ellos Heydrich y Himmler— conocían el alcance de su desprecio hacia el régimen nazi. Durante casi un año, los espías de la Gestapo liderada por Heydrich habían estado vigilándolo. Haciéndose pasar por sirvientes, se instalaron en Villa Wolkonsky, la residencia del embajador, donde escuchaban sus conversaciones, pincharon su teléfono y confeccionaron listas de la «gente anti» que lo visitaba.

Los informes de la Gestapo reflejaban los prejuicios malintencionados que estaban instaurándose en Alemania por

aquel entonces: se decía que Hassell era demasiado amigo de su dentista judío, se interpretaba la educación de sus hijas en Gran Bretaña como una prueba de que era un anglófilo cuyos intereses radicaban «principalmente en Inglaterra»,[20]lo habían oído hacer comentarios despectivos sobre los italianos y tenía relación con académicos e intelectuales alemanes antinazis. Ese círculo social fue sometido a un escrutinio exhaustivo. Principalmente, sus amigos eran aristócratas antifascistas: la *principessa* Santa Hercolani, heredera de los Borghese; el *marchese* Misciattelli, cuyo palacio en la piazza Venezia visitaba habitualmente; la *contessa* Pasolini, famosa por los tés que organizaba para intelectuales prominentes; e Irene di Robilant, la hija rebelde de la *contessa* Robilant, que dirigía una organización fascista para mujeres. Cada mañana, señalaban los informes, Hassell salía a montar a caballo con los Hercolani. Luego desayunaban en Villa Wolkonsky, donde los habían oído hablar de los peligros de sus respectivos regímenes.

Heydrich había remitido los informes a Mussolini y Ciano, el ministro de Asuntos Exteriores italiano. «Desagradable y traidor», fue el veredicto de Ciano. «Pertenece fatídicamente a ese mundo de Junkers, que no es capaz de olvidar y, sintiendo una profunda hostilidad hacia el nazismo, no muestra solidaridad con el régimen.»[21]

Hitler no había aprobado el nombramiento de Hassell. Destinado a Roma en 1932, era uno de los últimos embajadores que representaban a la República de Weimar. Nacido en Prusia en 1881, provenía de una vieja familia de Hanover perteneciente a la nobleza terrateniente. Su infancia fue la típica de un joven de su clase. Tras asistir al famoso Prinz-Heinrich-Gymnasium de Berlín, una escuela para nobles prusianos, le inculcaron fidelidad absoluta al rey y los ideales prusianos, que implicaban servicio y, si era necesario, sacrificio por el bien común.[22]

No obstante, aunque Hitler despreciaba a los hombres como Hassell, dependía de su experiencia. En los primeros años del régimen, permitió que los embajadores heredados de la República de Weimar conservaran sus puestos hasta que consolidó su poder. Hassell, recomendado como futuro secretario de Asuntos Exteriores

por sus compañeros del ministerio prenazi, era tenido en alta estima. «Un noble alemán de los pies a la cabeza», según afirmaba uno, era admirado por sus «modales naturales, a menudo encantadores, su profunda educación, su excelente pluma» y «su mente fría y aguda».[23]Otro alababa su «humor mordaz, su finura diplomática y sus inamovibles principios políticos».[24]

Contrario a Hitler desde el principio, Hassell había utilizado su posición en Roma para luchar por los ideales en los que creía. Tras la debacle del Tratado de Versalles, estaba decidido a tender un puente entre Alemania y las naciones de Europa occidental. Convencido de que, por su propia salvación y la seguridad de sus vecinos, había que encontrar la manera de integrar a Alemania, desempeñó un papel importante en las negociaciones que desembocaron en el Pacto de las Cuatro Potencias, una iniciativa entre Gran Bretaña, Italia, Francia y Alemania para preservar la paz en Europa. Sin embargo, Hitler nunca ratificó el pacto y, a medida que desarrollaba su agresiva política exterior, Hassell discrepaba cada vez más de las instrucciones que le llegaban desde Berlín.[25]

En otoño de 1937, Hassell sabía que era observado por los espías de Heydrich y que Hitler y su círculo querían reemplazarlo.[26]Aquel mismo año, Mussolini, con quien mantenía una estrecha relación, lo había puesto sobre aviso durante una conversación en la ópera. Inmediatamente, Hassell le pidió que intercediera por él y manifestó su lealtad al régimen nazi.[27]

Sus protestas eran un farol que podría haberse destapado fácilmente si la Gestapo hubiera encontrado los diarios que guardaba bajo llave en su escritorio. Desde que ocupó el cargo, Hassell asignó nombres en clave a individuos y países, e incluso a reuniones y acontecimientos. A veces utilizaba varios. Hitler era «Inge» o «Inges Chef»; Mussolini era «Dein Tischherr» (Compañero de Mesa) o «Calvino»; Himmler, «Zöllinger»; Inglaterra, «Lady Hay»; Göring, «El Hombre de la Copa de Vino» o «Hermano de Sepp»; el Partido Nazi, «familia Inges».[28]Pero los nombres en clave

los elegía sobre todo por diversión; leídos en su contexto, a la Gestapo no le habría costado descifrarlos.

Los diarios eran una denuncia irrecusable; desde su posición en el corazón de las dictaduras alemana e italiana, Hassell había seguido el inexorable auge del fascismo y plasmado cada desviación de los valores que él defendía: prudencia, una firme perspectiva moral y adherencia a los principios de la ley.

Sin embargo, su patriótico sentido del deber, su cautela innata y la discreción que le fue inculcada durante sus muchos años como diplomático le impedían criticar abiertamente el régimen nazi. Aparte de algún que otro exabrupto provocado por la grosería de los *apparatchiks* nazis que lo visitaban, los diarios apenas nos cuentan nada sobre él. Procuraba enterrar sus críticas en densas y áridas crónicas sobre discusiones diplomáticas y las maniobras internas de Wilhelmstrasse —el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán— y sus observaciones sobre la política exterior europea. Nunca escribía acerca de lo que sentía realmente.

No obstante, es mucho más revelador —e irónico, habida cuenta del objetivo de la Gestapo, que era desvelar la oposición de Hassell al régimen nazi— el diario que llevaba su hija por la misma época. Fey, que tenía doce años cuando su padre ocupó el cargo en Roma, lo idolatraba. Entre 1933 y 1937 documentó la reacción de su progenitor al auge del nazismo y los sentimientos negativos que no quería hacer constar sobre el papel pero confiaba a su familia. A diferencia de su padre, Fey escribía su diario con un lenguaje sencillo. No lo escondía, sino que lo dejaba a la vista de todos en Villa Wolkonsky. Si a la Gestapo se le hubiera ocurrido leerlo, no le habría costado encontrarlo.

Una ojeada al diario brinda una imagen mucho más profunda de Hassell que las entradas densas y codificadas de sus propios escritos:

> *1 de febrero de 1933*: Hindenburg ha sido nombrado canciller por Adolf Hitler. Mi padre está consternado...
>
> *2 de mayo de 1933*: Hoy, los sindicatos han sido prohibidos en Alemania [...]. Durante la cena, mi padre ha dicho que Alemania va de mal en peor, y rápidamente.

2 de septiembre de 1933: Mi padre ha vuelto de Berlín, donde ha conocido a Hitler. Dice que es imposible mantener una conversación con él. No para de hablar y siempre sobre el tema que a él le interese en ese momento. Es inviable cualquier debate [...]. Puesto que Hitler prohibió todos los demás partidos el pasado julio, mi padre cree que la democracia se ha acabado en Alemania [...].

7 de julio de 1934: Nos hemos enterado de la masacre[29]que organizó Hitler con la ayuda de las SS. Mi padre está horrorizado; nunca lo había visto tan pálido. Dice que los periódicos extranjeros están en lo cierto al considerarlos a todos una panda de gánsteres [...]. Se encuentra en estado de agitación y se hace infinitas preguntas. ¿Se puede evitar su dominación? ¿Qué se puede hacer? ¿Sigue siendo útil trabajar con ellos para evitar cosas peores?

18 de septiembre de 1935: Mi padre acaba de volver del mitin de Núremberg y está horrorizado por el militarismo reinante. Pero eso no es nada comparado con las leyes antisemitas que han anunciado. Mi padre está tremendamente preocupado por sus amigos judíos.

12 de mayo de 1937: Ya no hablamos de política a la mesa, porque mi padre ha descubierto que Reinecke[30]ha estado espiándolo. ¡Menudo cerdo!

Desde una perspectiva política y social, Hassell no había vivido un año como 1937.[31]Tras la declaración del Eje Roma-Berlín en octubre de 1936, un acuerdo que vinculaba de manera informal a los dos países fascistas, se había producido una oleada de visitas oficiales desde Alemania. Hermann Göring, el jefe de la Luftwaffe, viajó a Italia cinco veces y Himmler dos. Rudolph Hess, segundo de Hitler, y Robert Ley, líder del movimiento obrero nazi y director de un periódico ferozmente antisemita, también se habían instalado en la embajada con toda una serie de ministros del gobierno y generales del ejército. Había que dar hospedaje a los séquitos, celebrar cenas, almuerzos y recepciones, organizar salidas turísticas e ir de compras. «¡No hay límite!», escribió Hassell en su diario.[32]

Con independencia de las diferencias políticas, la conducta pretenciosa de los visitantes ofendía las sensibilidades prusianas de Hassell, sobre todo en el caso de Göring. Para bochorno de Hassell, aquel mes de enero, en un baile celebrado en su honor en el Palazzo Venezia, el jefe de la Luftwaffe se había paseado por la

sala toqueteando las esmeraldas de las diademas que llevaban las *principesse* y quejándose de que no eran tan grandes como las de Frau Göring.[33]Meses después, al pasar por Roma de camino a Nápoles, volvió a la embajada. «Göring llegará en los próximos días de forma totalmente privada, "casi sin comitiva". ¡Cinco vagones de tren!», escribía Hassell el 21 de abril.[34]Cuando lo recogió en la estación con su coche oficial, la visita empezó con mal pie: «Le pareció que el vehículo no daba la talla. Debíamos tener un Mercedes de 200 caballos, como Ribbentrop. Le dije que yo no era Ribbentrop».[35]

Aquel mismo día le enseñó Roma y acabaron en el Vaticano, el plato fuerte de la visita. Al cruzar la plaza de San Pedro, Göring, ajeno a su esplendor, expuso los objetivos que habían trazado él y Hitler para el año siguiente en materia de política exterior. «Sus comentarios parecían los de un cadete novato convertido en César», escribió Hassell. «Teníamos que devorar Austria pronto, esa era nuestra prioridad, y también Checoslovaquia. ¡Göring pensaba que nadie protestaría!»[36]

Cuando finalmente se detuvo a contemplar San Pedro, Göring no parecía impresionado. «Es solo un juguete comparado con el nuevo auditorio del Führer en Núremberg», le dijo a Hassell. «Cuando esté terminado, será el doble de alto y ancho. Será tan grande que podremos colgar esa cúpula del techo como si fuera una lámpara.»[37]

«Esos eran los pensamientos que le inspiró San Pedro, alzándose ante nosotros en toda su belleza y su gloria», anotó Hassell fríamente.[38]

La tensión que le provocaba tener que cargar con el goteo de desagradables visitantes llegados desde Berlín y mantener la farsa de que era leal al Partido Nazi le pasó factura. Recibía tratamiento médico para problemas digestivos causados por el estrés y su médico le había impuesto una dieta especial. En repetidas ocasiones se preguntó si era correcto servir a un régimen tan inmoral, pero siempre llegaba a la misma conclusión: desde «fuera» sería imposible influir en la política exterior de los nazis. Fingir lealtad era un compromiso necesario si pretendía seguir luchando

por sus principios y cumplir el sueño de reavivar la fortuna de Alemania en unos Estados Unidos de Europa. «*Pour moi l'Europe a le sens d'une patrie*», una afirmación bastante extraordinaria para la época.[39]

Sin embargo, en otoño de 1937, Hassell se dio cuenta de que su sueño era inalcanzable. La euforia de Mussolini después de su viaje a Alemania hacía inevitable una alianza formal con Hitler. Convencido de que ese pacto desataría una guerra, sobre todo con dos jefes de gobierno tan impredecibles y explosivos, Hassell intentó que Hitler limitara su alianza con Italia a una cooperación cultural y económica. Siguió defendiendo sus argumentos incluso después de que Mussolini y Göring le advirtieran de que, si persistía en su oposición, Hitler lo destituiría.

Su solitaria campaña también trajo problemas a su familia. Aunque Ilse, su mujer, y sus cuatro hijos eran antinazis a ultranza, también se vieron obligados a llevar una doble vida. Los dos chicos, Hans Dieter y Wolf Ulli, iban a la escuela y a la universidad, respectivamente. Pero las chicas, Fey, de diecinueve años, y Almuth, de veinticinco, vivían en Villa Wolkonsky. Con los espías de la Gestapo instalados en la embajada, la familia ya no gozaba de privacidad ni de la oportunidad de airear sus sentimientos contra el régimen. Tras la Noche de los Cuchillos Largos de 1934, Fey, que a la sazón tenía quince años, había empezado a sufrir pesadillas recurrentes sobre los nazis, que documentó en su diario: «Vi la bahía de Nápoles, que era casi negra, y encima una luna llena amarilla. Poco a poco, la luna se convirtió en Hitler y adquirió un tono ceniciento como el hielo. Entonces se transformó en una calavera». A los dieciséis años le exigieron que se uniera a la rama local de las Juventudes Hitlerianas, donde padeció el acoso de un cadete que trabajaba de jardinero en la embajada. Quería expulsar al líder, un amigo íntimo de Fey, y se quejó a Berlín de que era inadecuado, ya que llevaba al grupo a la iglesia y a fiestas. La respuesta de Fey fue escribir una carta a Berlín en la que manifestaba su apoyo al líder y convenció a veinte personas para que la firmaran. Cuando el jardinero lo descubrió, le pidió que le entregara la carta y amenazó

con denunciarla, asegurando que esas actividades ahora conllevaban la pena de muerte en Alemania. A Fey aquellas amenazas le parecieron ridículas, pero aun así la inquietaron.

Antes de la cena en Villa Madama se había producido otro desagradable incidente en el que se vio involucrada su hermana Almuth. Después de unas copas en la embajada, Hassell y su mujer habían llevado a Heydrich y Himmler a ver *Antonio y Cleopatra*, que se estaba rodando en Cinecittà, los nuevos estudios construidos por Mussolini. Almuth los acompañó e iba en uno de los coches de la embajada con Heydrich y su subalterno, Kurt Daluege. En cuanto llegaron, se acercó a sus padres y les susurró que la dejaran volver en su coche, ya que las «bromas vulgares y groseras» de los jefes de la Gestapo eran demasiado para ella.[40]

Las inevitables medidas contra Hassell llegaron el día después de que Himmler y Heydrich abandonaran Roma. La noche del 21 de octubre, Joachim von Ribbentrop, el embajador alemán en Londres, aterrizó en un aeropuerto militar a las afueras de la ciudad. El propósito de su visita estaba rodeado de secretismo; la prensa informó de que se trataba de un viaje privado con su hija, que estaba recuperándose de un accidente de coche. En realidad, Ribbentrop, actuando como enviado especial del Führer, estaba en Roma para mantener una reunión secreta con Mussolini. Su misión era convencer al dictador de que aceptara firmar el Pacto Antikomintern, un acuerdo sellado entre Alemania y Japón para frenar la propagación del comunismo.

Hassell estaba esperándolo en el aeropuerto. Cuando Ribbentrop bajó del avión, le entregó un documento firmado por Konstantin von Neurath, el secretario de Asuntos Exteriores alemán, que otorgaba a Ribbentrop el derecho a llevar a cabo todas las negociaciones con el dictador italiano. Hassell incluso fue excluido de la reunión, cosa que interpretó como una traición personal. Horas antes, Neurath le había dicho que gozaba de «plena autoridad para acabar con el plan de Ribbentrop».[41]Al día siguiente a última hora, la inclusión de Italia en la alianza

anticomunista era un hecho consumado que apuntaba a la reorientación de la política alemana contra Gran Bretaña y Francia y, según creía Hassell, hacia un conflicto mundial.

Mussolini no rubricó el pacto hasta el 6 de noviembre. Entretanto, en las reuniones que mantuvo con Ribbentrop y Neurath, Hassell siguió mostrándose contrario a la alianza, que tachaba de «creación de un bloque»[42]y de «política peligrosamente aventurera».[43]En varias ocasiones solicitó una audiencia privada con Hitler para convencerlo de que dejara a Italia fuera del pacto, pero el Führer se negó a recibirlo.

Tanto en Alemania como en Italia, los enemigos de Hassell ya estaban exigiendo su dimisión. El 27 de octubre, Ciano vio a Hess, el segundo de Hitler, que también se encontraba en Roma: «Aproveché para pedir la cabeza de Von Hassell, porque lleva demasiado tiempo jugando a dos bandas. Expuse los motivos de nuestra desconfianza hacia él. Hess asintió y lo hablará con el Führer. Me pidió consejo para elegir a un sucesor y le dije que sería bueno que fuera un hombre del partido. La alianza entre los dos países se basa sobre todo en la identidad de unos sistemas políticos que determina un destino común. *Simul stabunt, simul cadent* [Juntos permanecerán, juntos caerán]».[44]

Hassell fue destituido a principios de diciembre. Su humillación fue tal que no recogió los detalles en su diario. Sería Fey quien escribiría sobre ello: «Mi padre dice que todo ha terminado para él. Ciano y Ribbentrop están reclamando su destitución por interponerse en sus políticas belicistas».

Una de las últimas medidas que adoptó Hassell antes de irse fue pedir a Himmler, que estaba de visita en Roma, que dejara de perseguir al profesor Werner Heisenberg, un físico alemán ganador del Premio Nobel. El profesor había sido atacado públicamente en *Das Schwarze Korps*, el periódico de las SS, por negarse a renunciar a la teoría de la relatividad de Einstein.[45]Calificando a Heisenberg de «judío blanco»,[46]el editorial afirmaba que debían hacerlo «desaparecer». Durante la reunión en la embajada, Himmler reiteró que solo rehabilitaría a Heisenberg si se desvinculaba de la teoría de Einstein.[47]

«La política y la diplomacia te enseñan muchas cosas sobre intrigas y mentiras, pero he de confesar que nunca creí posible semejante caos», escribió Hassell en enero de 1938.[48]En aquel momento aún esperaba que Hitler le ofreciera otro cargo. Elogiado durante toda su carrera por sus coetáneos de Weimar, que lo consideraban el diplomático más prometedor de su generación, Hassell pecaba de arrogancia. No podía creerse que todo hubiera terminado. Además, había permitido que su amor por Alemania lo ofuscara. Aunque las evidencias se multiplicaban a la vista de todos —y él también las veía—, no podía creerse que su país fuera a aceptar a los nazis. Los «gánsteres», como él los llamaba, eran una aberración temporal. Cuando fueran eliminados, Alemania volvería a estar en manos de los gobernantes prusianos tradicionales.

La Kristallnacht, el pogromo que inició Hitler contra los judíos en noviembre de 1938, fue un punto de inflexión para Hassell. Esgrimiendo el pretexto del asesinato de Ernst von Rath, un diplomático alemán residente en París, a manos de un joven judío polaco, las SS y la Gestapo perpetraron una oleada de ataques contra judíos de todo el Reich con la ayuda de civiles. La noche del 9 de noviembre ardieron unas 250 sinagogas; asimismo, más de 7.000 tiendas y negocios judíos fueron destrozados y cementerios, hospitales, escuelas y hogares judíos saqueados ante la mirada impasible de policías y bomberos. Docenas de judíos fueron asesinados y más de 30.000 hombres arrestados y trasladados a los nuevos campos de concentración de Buchenwald, Sachsenhausen y Dachau.[49]

«Escribo con el pesar que me provoca la vil persecución de los judíos tras el asesinato de Von Rath. Desde la guerra mundial no habíamos perdido tanta reputación en el mundo», escribió Hassell en su diario el 25 de noviembre, dos semanas después de los altercados. «Estoy sumamente preocupado por sus efectos en nuestra vida nacional, que está dominada de manera cada vez más inexorable por un sistema capaz de tales cosas [...]. ¡No cabe duda de que se trata de una revuelta antijudía organizada oficialmente y que estalló a la misma hora de la noche en toda Alemania! ¡Una

auténtica vergüenza!»[50]

Dos días después vio a Hugo Bruckmann, propietario de un grupo editorial y uno de los primeros partidarios y valedores de Hitler: «Conversaciones con B—— sobre qué puede hacerse para expresar públicamente el rechazo generalizado a estos métodos. Lamentablemente, ha sido infructuoso; sin cargo no tenemos un arma efectiva. Cualquier acción por nuestra parte provocaría que nos amordazaran o algo peor».[51]

En los meses posteriores, Hassell celebraría varias reuniones secretas con dos hombres de mentalidad afín: el general Ludwig Beck, que acababa de renunciar a su puesto como jefe del Estado Mayor General en protesta por las políticas de Hitler, y Carl Friedrich Goerdeler, exalcalde de Leipzig y comisionado del Reich para el control de los precios.

Bajo el liderazgo del general Beck constituirían el núcleo de la resistencia alemana, un movimiento clandestino cuyo objetivo principal era matar a Hitler y derrocar el régimen nazi.

8

EBENHAUSEN, BAVARIA, 6 DE MARZO DE 1943

La casa, antaño propiedad del gran almirante Von Tirpitz, el suegro de Hassell, se hallaba aislada a las afueras del pueblo. Cerca había una iglesia oculta tras unos tejos ancestrales. Por lo demás, la vivienda estaba en campo abierto y las vistas se extendían hasta el otro extremo del valle.

Desde el piso superior, Hassell miró entre los listones de las contraventanas. No vio a nadie, pero tenía la sensación de que lo vigilaban.

Después sacó unos prismáticos de un cajón del escritorio, abrió ligeramente las contraventanas y enfocó a la montaña. Estaba cubierta de árboles y estaba seguro de haber visto a dos hombres al borde del bosque cuando miró por última vez.

Al cabo de unos minutos, convencido de que no había nadie allí, guardó de nuevo los prismáticos en el cajón, cogió unas hojas de papel y se las metió en el bolsillo. Luego fue a la planta baja y salió al jardín. Tras detenerse un momento para cerciorarse de que no había nadie, cruzó el jardín hasta un viejo edificio anexo de piedra. El jardín estaba bien cuidado y, para un transeúnte, el edificio parecía una elaborada gruta. Pero Hassell había dejado que crecieran los rosales que trepaban sobre las ruinas. Entonces se agachó, apartó la maleza y buscó la madriguera.

Era un ritual que repetía cada vez que volvía a Ebenhausen. En el bolsillo llevaba las páginas más recientes de su diario; no era seguro viajar por Alemania con documentos incriminatorios y tenerlos en su piso de Berlín entrañaba demasiados riesgos. Por

tanto, esperaba a llegar a Ebenhausen para escribir los acontecimientos de las últimas dos semanas basándose en las notas que había tomado en trozos de papel y escondido en el forro de la americana. Luego las metía en la lata de té que había enterrado junto al edificio anexo.

Aquellas entradas no destilaban la reticencia de sus diarios de Roma. Singularmente concentrado en la conspiración para derrocar a Hitler, Hassell registraba cada asignación secreta, cada rumor que oía sobre la salud y el estado mental del Führer y cada susurro sobre un movimiento opositor. Entre sus informantes figuraban algunos de los hombres más destacados del régimen nazi: generales del ejército que servían en el Alto Mando de la Wehrmacht; agentes que trabajaban para la Abwehr, el espionaje militar alemán; funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores; y miembros del círculo de confianza de Hitler. También había resúmenes de las reuniones de Hassell con representantes de los gobiernos estadounidense y británico, y él y Beck esperaban que ello ayudara a precipitar un golpe de Estado.

Para Hassell, el diario era un dossier. Trabajaba en estrecha colaboración con Hans Oster y Hans von Dohnányi, principales conspiradores de la Abwehr, que también estaban recopilando material sobre los crímenes del régimen: las atrocidades cometidas por líderes de las SS y el Partido Nazi, prácticas delictivas e inmorales de las Juventudes Hitlerianas, especulaciones y vulneraciones de la ley, maltrato a prisioneros tanto en Alemania como en países ocupados por los nazis y pogromos contra los judíos. Las pruebas no solo se utilizarían para convencer a ciertos individuos de la necesidad de un cambio de régimen, sino también para los posteriores procesos legales contra los culpables.[1]

El peligro para Hassell era tan grande y el contenido del diario tan explosivo que en mayo de 1942 se vio obligado a abandonarlo. Enterró el cuaderno en la madriguera y hasta el verano no tuvo valor para retomarlo. «Durante meses no he podido escribir mi diario», decía al inicio de su entrada del 1 de agosto. «Cierta

información que recibí hacia finales de abril me obligó a proceder con más cautela.»[2]

La información provenía de Ernst von Weizsäcker, el topo de Hassell en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Mientras era secretario de Estado, uno de los cargos de mayor rango, se reunía periódicamente con Hassell para mantenerlo informado de los acontecimientos. Eran viejos amigos y Weizsäcker, aun negándose a dimitir, afirmaba apoyar un golpe contra Hitler. El 29 de abril había pedido a Hassell que fuera a verlo a su casa. Hassell supuso que era para hablar de la reciente reestructuración del Ministerio de Asuntos Exteriores que había llevado a cabo Hitler, pero, para su consternación y pese a muchos años de amistad, Weizsäcker lo había citado para cesar cualquier contacto. «Cerró cuidadosamente las ventanas y las puertas y anunció con cierto énfasis que tenía un tema muy serio que hablar conmigo», escribió Hassell.[3]«Por el momento, tenía que pedirme que le ahorrara el bochorno de mi presencia.»[4]

Al secretario de Estado le habían llegado rumores de que Hassell había criticado abiertamente el régimen y abogado por la destitución de Hitler, lo cual también lo puso a él en un grave peligro y le costó «noches en vela». «Cuando intenté replicar, me interrumpió duramente», proseguía Hassell. «Luego empezó a lanzarme reproches mientras caminaba nervioso de un lado a otro. Yo había sido increíblemente indiscreto, lo cual era inaudito; de hecho, "con el debido respeto", mi mujer también lo había sido. Todo esto lo sabían en ciertos lugares (la Gestapo) e incluso aseguraban poseer documentos. Debía exigirme con la máxima firmeza que depusiera ese comportamiento. Cuando intenté interrumpirlo, se molestó y repitió una y otra vez: "¡Que le quede claro! Si no quiere entenderme, tendré que acabar con esto" [...]. Me dijo que no tenía ni idea de lo vigilado que estaba por algunos (la Gestapo). Observaban cada uno de mis movimientos. Evidentemente, debía quemar todas las notas sobre conversaciones en las que alguno de los dos hubiera dicho esto o aquello.»[5]

En agosto, cuando Hassell juzgó seguro retomar su diario, seguía dolido por el comportamiento de su amigo. «El recuerdo de

mi conversación con Weizsäcker me atormenta, porque, incluso teniendo en cuenta la validez de todas las posibles consideraciones tácticas, su manera de abordarlo, por decirlo suavemente, aún me resulta incomprensible.»[6]Esforzándose en excusar el comportamiento de su amigo, culpaba a las condiciones en las que el régimen nazi obligaba a actuar a sus detractores: «Los métodos de las checas que utilizaban [...]. El hecho de que cualquier oposición o crítica, incluso aquellas expresadas por los motivos más patrióticos, sean vistas como delitos punibles [...]. Su aversión instintiva hacia toda persona con un verdadero carácter [...]. El consiguiente temor por parte de todos».

Su resumen terminaba con un característico comentario desafiante: «Según rumores confirmados, Hitler siente particular aversión por Ilse y por mí. En vista de su carácter, lo considero un cumplido...».[7]

Las páginas que Hassell depositó en la madriguera aquella fría mañana de marzo muestran a las claras su frustración: «Estoy harto de Berlín (es decir, de esos intentos fútiles por derrocar el sistema) y anhelo instalarme para siempre en Ebenhausen y dedicarme exclusivamente al trabajo literario. Pero, sin duda, eso sería erróneo y cobarde».[8]

Tal como reconocían Hassell y su círculo, orquestar un golpe de Estado no consistía solo en reemplazar a Hitler, sino también arrebatar el control al formidable aparato nazi, que contaba con el apoyo de cientos de miles de soldados de las SS. Por tanto, la ejecución y éxito de un golpe de Estado dependían del ejército, que era el único que disponía de las armas y el poder necesarios para materializar un cambio de régimen.

Incluso antes de que estallara la guerra, Beck, Goerdeler y Hassell habían dedicado sus energías a reclutar a altos mandos militares. Pero, aunque algunos estaban convencidos de la necesidad de un golpe de Estado, no habían ofrecido un apoyo activo.

Los obstáculos eran innumerables. Todos los soldados del

ejército alemán habían hecho un juramento sagrado de lealtad a Hitler.[9]En términos estrictamente legales, él era el comandante supremo. Por tanto, a menos que fuera derrocado no podían contar con el ejército. Pero sin él no podían llevar a cabo un golpe de Estado. Asimismo, independientemente de ese juramento de lealtad, la actitud de la mayoría de los mandos castrenses venía determinada por el éxito del liderazgo de Hitler en la guerra.[10]Mientras el dictador siguiera ganando batallas, los conspiradores veían escasas posibilidades de convencer al ejército de que cooperara. En los primeros años de la contienda, reconocían que las rápidas victorias militares, incluyendo la primera fase de la campaña rusa, habían fortalecido la posición de Hitler. «Por ahora no debemos abrigar ninguna esperanza», escribió Hassell en verano de 1941. «En círculos amplios, concretamente en el ejército, el prestigio de Hitler aún es grande, e incluso ha aumentado gracias a la campaña rusa, especialmente entre los altos mandos.»[11]

Entre el reducido grupo de generales que simpatizaban con los argumentos de la oposición clandestina había otro obstáculo. Ninguno estaba dispuesto a actuar contra Hitler y firmar la paz con los Aliados hasta conocer las condiciones de cualquier acuerdo. La vergonzosa derrota de 1918 y el posterior tratado de paz firmado en Versalles habían contribuido al ascenso de Hitler y ningún general quería someter Alemania a una segunda humillación.

Por tanto, el papel de Hassell en la conspiración, esto es, explorar la posibilidad de negociar con los Aliados unas condiciones de paz favorables, era de una importancia crucial. Para convencer a los generales de que precipitaran un golpe de Estado, su inquietud más acuciante era determinar las condiciones bajo las cuales los enemigos de Alemania aceptarían un armisticio o una paz exclusiva con la «otra» Alemania.[12]A cambio de un nuevo régimen y el final de la guerra, Hassell quería obtener de los británicos un acuerdo para las futuras fronteras del Reich alemán y, en particular, la promesa de no aprovechar con fines militares el vacío dejado por el derrocamiento de Hitler.

Con ese propósito, a partir de 1939 trabajó incansablemente y asumió un gran riesgo personal para mejorar sus contactos en el

extranjero. A su regreso de Roma se había unido a una organización conocida como Conferencia Económica Centroeuropea, creada para estudiar las condiciones económicas del continente. Su trabajo le permitía moverse con libertad y utilizaba esos viajes como tapadera para sus actividades conspiratorias. Aunque los sellos que debía obtener para el pasaporte permitían a las autoridades conocer sus desplazamientos, logró mantener en secreto sus encuentros con representantes del gobierno británico.

En febrero y mayo de 1940, Hassell viajó a Arosa, Suiza, donde estableció contacto con James Lonsdale-Bryans, un intermediario de lord Halifax, el secretario de Asuntos Exteriores británico. Convencido de que el derrocamiento de Hitler era uno de los objetivos primordiales de la guerra, Halifax parecía dispuesto a ofrecer a los conspiradores incentivos para una paz razonable.[13]No obstante, sir Alexander Cadogan, subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores, tenía una opinión distinta. Tras reunirse con Lonsdale-Bryans comentó: «Una vieja y ridícula historia sobre una oposición alemana preparada para derrocar a Hitler [...]. Ya la había oído cien veces».[14]

Anthony Eden sustituyó a Halifax en mayo de 1940, y Cadogan persistió en sus opiniones. Altos cargos del Ministerio de Asuntos Exteriores no creían viable un golpe de Estado contra Hitler y a Hassell no le otorgaban credibilidad. Para ellos, como yerno del gran almirante Von Tirpitz, jefe naval del káiser Guillermo, era un representante típico de la influyente casta prusiana que había sido responsable de la primera guerra mundial, la mayor catástrofe militar del siglo XX.[15]Además, dicha casta había respaldado las políticas de Hitler en los últimos años, al igual que había hecho —al menos a primera vista— Hassell cuando era embajador en Roma, un importante puesto de avanzada del Eje.

El Ministerio de Asuntos Exteriores mantuvo su línea política de forma sistemática. A principios de 1941 envió telegramas a las embajadas británicas en Berna, Estocolmo y Madrid con el propósito expreso de prohibir cualquier respuesta a otras propuestas de paz llegadas de presuntos artífices de golpes de

Estado alemanes.[16]Gran Bretaña solo estaba dispuesta a negociar cuando se hubiera producido el cambio de régimen. «Estoy seguro —escribió Churchill a Eden en septiembre de 1941— de que no debemos renunciar a nuestra postura de silencio absoluto. Nada resultaría más alarmante para nuestros amigos de Estados Unidos o más peligroso con nuestro nuevo aliado, Rusia, que el indicio de que nos planteamos semejantes ideas. Me opongo totalmente al más mínimo contacto.»[17]

Hassell se negaba a tirar la toalla. En enero de 1942 se reunió en Ginebra con Carl Burckhardt, vicepresidente de la Cruz Roja. Burckhardt le dijo que círculos importantes de Gran Bretaña estaban convencidos de que debía cerrarse «un acuerdo con una Alemania decente».[18]Esa información contradecía las actitudes y políticas oficiales británicas. Sin embargo, en Hassell alimentó la esperanza de que aún era posible un entendimiento.

Esas esperanzas se evaporaron cuando, tras reunirse con Roosevelt y Stalin en Casablanca en enero de 1943, Churchill anunció que las potencias occidentales exigían la «rendición incondicional» de Alemania.

Churchill acabaría arrepintiéndose de su negativa a responder a las propuestas de paz lanzadas por la oposición clandestina de Alemania. Después de la guerra, reconoció que había subestimado la fuerza y envergadura de la resistencia contra Hitler. «En Alemania existía una oposición —escribió— que podemos considerar la más noble y espléndida que haya generado nunca la historia política de una nación. Esos hombres lucharon sin ayuda interna o externa y movidos únicamente por una conciencia inquieta.» «Si los generales tenían en mente postergar su intervención hasta que quedara absolutamente claro que el cabo está llevándonos al desastre, su sueño se ha cumplido», escribió Hassell en respuesta a la insistencia de los Aliados en la rendición incondicional. «Lo peor es que también se ha cumplido nuestra profecía de que entonces sería demasiado tarde y cualquier nuevo régimen no sería más que una comisión de liquidación.»[19]

Hassell y su círculo reconocían ahora que, si el ejército no derrocaba a Hitler, era necesaria «alguna acción parcial»[20]—su

asesinato, en otras palabras— para intentar que «todo el edificio se derrumbara como un castillo de naipes».[21]

Pero el asesinato también planteaba sus problemas.[22]Aunque era bastante sencillo saber el paradero de Hitler en cualquier momento rara vez podían conocerse sus movimientos anticipadamente. Tal vez movido por su agudo sentido de la supervivencia, Hitler evitaba calendarios fijos y, en la medida de lo posible, avisaba con poca antelación de sus viajes. Llevaba chaleco antibalas y una gorra recubierta de metal que, según testificó su edecán Schmundt, tenía un peso extraordinario.[23]Cuando Hitler viajaba, sus medidas de protección eran prácticamente impenetrables; tenía guardaespaldas pertenecientes a un servicio de seguridad propio, así como una escolta de las SS fuertemente armada. Su médico estaba siempre presente y lo acompañaba un cocinero que le preparaba la comida. Su avión privado, un Focke-Wulf Condor, estaba equipado con una cabina blindada y llevaba un paracaídas adosado al asiento. Siempre utilizaba sus propios coches y en sus varios cuarteles generales había en todo momento cuatro flotas de vehículos. Estos contaban con neumáticos y ventanillas a prueba de balas y un extenso blindaje.[24]

Así pues, el asesino de Hitler debería ser alguien con acceso a él. Habida cuenta de la improbabilidad de que dicho asesino surgiera de dentro de las fuerzas de seguridad —hasta el último de sus miembros era fanáticamente leal al Führer—, al buscar un posible candidato Hassell y su círculo volvieron a la casilla número uno. El asesino debía ser miembro de las fuerzas armadas, alguien que pudiera acercarse a Hitler en sus visitas a cuarteles generales de la Wehrmacht o que lo viera con regularidad en reuniones militares.

Hassell era pesimista. «Pese a todos los esfuerzos —confesó en su diario—, aún falta una chispa incendiaria».[25]También le preocupaban las consecuencias de un intento fallido: «El prestigio de Hitler sigue siendo lo bastante grande (si puede mantenerse en pie) como para tomar represalias, que como mínimo supondrían el caos o una guerra civil».[26]

Pocos días después de la Conferencia de Casa Blanca, sus

esperanzas se vieron reavivadas por los progresos en el Frente Oriental. El 31 de enero, después de una de las batallas más feroces de la historia militar, 91.000 soldados alemanes se rindieron en Stalingrado, una dramática y humillante ampliación de las 200.000 bajas que ya había sufrido la Wehrmacht.

Aunque Alemania ya había padecido reveses —por ejemplo, en la batalla de Inglaterra y en el mar—, Stalingrado fue el primer gran infortunio en tierra firme.[27]«Las últimas semanas han traído la crisis más grave que hemos vivido hasta el momento en la guerra», anotó Hassell en su diario el 14 de febrero de 1943.[28]«Por primera vez, Hitler no puede negar su responsabilidad; por primera vez, los rumores críticos van dirigidos a él. A la vista de todos está la falta de capacidad militar del "estratega más brillante de todos los tiempos", es decir, nuestro cabo megalómano [...]. Todos tienen claro que se ha derramado una sangre muy preciada de manera estúpida o incluso criminal por una mera cuestión de prestigio. Dado que esta vez se trata de asuntos estrictamente militares, los generales también han abierto los ojos y se han dado cuenta del punto al que han llevado a la Wehrmacht y dónde estará en breve Alemania. En vista de un acontecimiento único en la historia militar alemana, hasta el más ciego debería quitarse la venda de los ojos.»[29]

A mediados de marzo, cuando no se materializó el golpe que estaba esperando, Hassell fue fulminante: «Me entristece decir que la grave crisis mencionada al principio de mis últimas notas no desencadenó la tormenta purificadora, el cambio de régimen amargamente necesario e intensamente anhelado [...]. Estériles son los esfuerzos por verter hierro en el riego sanguíneo de la gente, que ya está apoyando con todas sus fuerzas una política loca y criminal a partes iguales. Los acontecimientos militares por sí solos, el irresponsable liderazgo de ese cabo megalómano e insensato, deberían haberlos inducido a actuar si la podredumbre interna no era suficiente».[30]

A pesar de la derrota en Stalingrado, Hassell no entendía cómo los generales no tenían remordimientos. Si los argumentos políticos o militares no los convencían de la necesidad de una

revuelta, ¿cómo era posible que no respondieran a la brutalidad de la Orden de los Comisarios de Hitler, que exigía que la Wehrmacht matara a los comunistas capturados en el Frente Oriental y, sobre todo, al genocidio de los judíos que estaba produciéndose allí?

Incrédulo ante la indiferencia de los generales, su veredicto era condenatorio: «Sin duda, poseen capacidad técnica y coraje físico, pero poco coraje moral, ninguna visión general del mundo, ninguna independencia espiritual o esa resistencia cimentada en una verdadera base cultural. Por ese motivo, Hitler ha podido volverlos serviles y atarlos de pies y manos. Además, la mayoría quieren labrarse una carrera en el sentido más vulgar. Los regalos y las varas de mariscal de campo son más importantes para ellos que los grandes problemas históricos y los valores morales que hay en juego. Todos aquellos en los que depositamos nuestras esperanzas están fallando de manera especialmente despreciable, ya que aceptan todo lo que les han dicho y se deleitan en los discursos más antinazis, pero son incapaces de reunir valor para actuar pese a que contarían con el apoyo de todos».[31]

Hassell acertó en su análisis de los generales en su conjunto, pero se equivocaba en que ninguno de ellos estaba dispuesto a correr el riesgo de intentar acabar con la vida del Führer. Mientras escribía esas líneas, el general de división Henning von Tresckow, respaldado por el general Ludwig Beck y otros altos mandos de la Abwehr, estaba inmerso en una conspiración para asesinar a Hitler en el frente ruso. El hecho de que Hassell fuera vigilado por la Gestapo —cosa que ocurría desde marzo de 1942— supuso que Beck, su gran confidente y líder reconocido de su grupo de la resistencia, no tuviera más opción que dejarlo al margen.

A sus cuarenta y tres años, Tresckow era jefe de operaciones del Grupo de Ejércitos Centro, el cuartel general de la Wehrmacht en el Frente Oriental. Su familia de aristócratas prusianos tenía un dilatado historial militar.[32]A lo largo de trescientos años habían aportado al ejército prusiano veintiún generales. El propio Tresckow había recibido la Cruz de Hierro a los dieciséis años,

cuando luchó en la segunda batalla del Marne en 1918. «Tresckow —le dijo su oficial al mando en aquel momento—, llegarás a jefe del Estado Mayor o morirás en el patíbulo por rebeldía.»[33]

Antes de que estallara la segunda guerra mundial, Tresckow era un férreo antinazi. Al igual que a Hassell, la Kristallnacht lo llevó a la oposición. Interpretándolo como una humillación personal, creía que «el deber y el honor» lo obligaban a hacer todo lo posible por «precipitar la caída de Hitler y el nacionalsocialismo para salvar a Alemania y Europa de la barbarie».[34]

Tras formar un grupo de oficiales de mentalidad afín, en octubre de 1941 Tresckow envió a su primo y edecán, Fabian von Schlabrendorff, a Berlín con un mensaje para Beck que aseguraba que el Grupo de Ejércitos Centro estaba «listo para actuar».[35]Sin embargo, primero quería garantías de que Gran Bretaña firmaría la paz poco después de un cambio de régimen, una garantía que Beck y Hassell fueron incapaces de darle.

En invierno de 1942, mientras la situación de la guerra se volvía más acuciante, Tresckow envió un segundo mensaje a Beck para decirle que su grupo estaba dispuesto a asesinar a Hitler y de ese modo proporcionar «la chispa» para el golpe de Estado.[36]Actuarían a la primera oportunidad que se presentara.

Esta no llegó hasta meses después, cuando, en enero de 1943, Hitler programó una visita al cuartel general del Grupo de Ejércitos Centro en Smolensk.

El plan de Tresckow era asesinar a Hitler mientras almorzaba en el comedor de oficiales. Los veinticinco altos mandos sentados a la mesa le dispararían, de manera que la responsabilidad fuera colectiva y garantizando así que una bala atravesara al personal de seguridad de las SS e impactara en el blanco.[37]Sin embargo, era necesario informar al mariscal de campo Günther von Kluge, comandante del Grupo de Ejércitos Centro, aunque solo fuera para impedir que se cruzara en la línea de fuego. Si bien Kluge afirmaba oponerse a Hitler, rechazó el plan. Aduciendo que era un insulto a los principios del Cuerpo de Oficiales, dijo a Tresckow que era «indecoroso» dispararle a un hombre mientras comía.[38]

Según trascendió, la visita de Hitler fue cancelada en el

último momento y reprogramada para el 13 de marzo.

Esta vez, el plan de Tresckow era asesinarlo cuando saliera del cuartel general. Los soldados elegidos se situarían a ambos lados de la ruta y abrirían fuego con subfusiles. De nuevo, hubo que informar a Kluge, que al principio dio su consentimiento. Pero en el último momento no tuvo la fortaleza para seguir adelante. Según recordaba Schlabrendorff, el mariscal de campo «esgrimió varios argumentos y afirmó que ni el mundo, ni el pueblo alemán ni el soldado alemán entenderían semejante acto en aquel momento. Insistió en que sería mucho mejor esperar a que la propia situación militar forzara la eliminación de Hitler».[39]

Era un argumento engañoso. Tresckow y Schlabrendorff sabían que la oposición del mariscal de campo al intento de asesinato probablemente obedecía a que Hitler acababa de regalarle 250.000 marcos por su cumpleaños.

Conscientes de que no podían confiar en Kluge, tenían un plan de contingencia que el mariscal de campo desconocía. «Descartando la idea de disparar a Hitler —escribió Schlabrendorff —, planeamos eliminarlo instalando una bomba de relojería en su avión. De ese modo se evitaría el estigma de un asesinato y podría atribuirse la muerte de Hitler —al menos oficialmente— a un accidente aéreo.»[40]

Schlabrendorff se había hecho con explosivos británicos requisados a unos agentes de la DOE, lo cual era un factor importante, pues los detonadores británicos eran silenciosos, mientras que los alemanes emitían un leve siseo. Después de introducir los explosivos en dos botellas de coñac, Tresckow pidió al coronel Brandt, que viajaba con la comitiva de Hitler, que entregara las botellas a un amigo destinado en el cuartel general del Führer en Rastenburg, Prusia Oriental. La petición aparentemente inocente le fue concedida.

Hitler partió hacia Rastenburg aquel mismo día. Después de llevar el paquete al aeródromo, Schlabrendorff esperó una señal de Tresckow. Entonces activó la bomba y entregó el paquete a Brandt. El avión despegó escoltado por un caza. Según los cálculos de Tresckow, el artefacto explotaría treinta minutos después.

«Con creciente tensión —escribió más tarde Schlabrendorff—, esperamos en el cuartel general la noticia del "accidente", que, según nuestras estimaciones, se produciría poco antes de que el avión sobrevolara Minsk. Imaginamos que uno de los cazas de su escolta informaría del siniestro por radio, pero no pasó nada.»[41]

En un «estado de agitación indescriptible», Schlabrendorff tuvo que inventarse una excusa para recuperar el paquete. «El fracaso de nuestro intento de asesinato ya era malo de por sí, pero la idea de lo que supondría el descubrimiento de la bomba para nosotros y para el resto de los conspiradores, amigos y familiares era infinitamente peor.»[42]Sin embargo, descubrió aliviado que el coronel Brandt aún tenía en su haber las botellas de coñac. Aduciendo que había enviado otro paquete por error, viajó a Rastenburg para recogerlo. Cuando hubo subido a un tren para regresar a Berlín desde el cuartel general del Führer, pudo desmontar la bomba. Tras cerrar la puerta de su compartimento, desenvolvió cuidadosamente el paquete. «El motivo del fallo era evidente. Excepto un pequeño componente, todo había funcionado como esperábamos. La botella con el líquido corrosivo se había roto, el producto químico había consumido el cable, el percutor se había soltado y avanzado, ¡pero el detonador no prendió!»[43]Schlabrendorff lo atribuyó a los británicos, pues creía que era «uno de los pocos artefactos defectuosos que pasaron» una inspección. Pero era posible que el detonador no se hubiera encendido debido al frío extremo de Rusia.

Una semana después, el 21 de marzo, Tresckow y Schlabrendorff emprendieron el que ya era su tercer intento de asesinato de Hitler. Como parte de las ceremonias del Día de los Caídos, Hitler debía visitar una exposición de armas requisadas en la Zeughaus,[44]situada en Unter den Linden. Para responder a cualquier duda que tuviera, le asignaron a un oficial del Grupo de Ejércitos Centro.

Tresckow encomendó esa función al coronel Rudolf-Christoph von Gersdorff, un militar de treinta y ocho años extraordinariamente valeroso que, por la salvación de Alemania, se había ofrecido voluntario como terrorista suicida. Utilizando

explosivos con una mecha británica de diez minutos, Gersdorff debía esconderse la bomba debajo de la ropa y hacer saltar por los aires a Hitler y a él mismo.

Tal como estaba previsto, Hitler llegó a la exposición a la una del mediodía acompañado de Himmler, Göring y el mariscal de campo Wilhelm Keitel, jefe del Estado Mayor de las fuerzas armadas. Antes de dirigirse a la entrada de la sala de exposiciones, pronunció un breve discurso para la radio alemana. Una vez allí, Gersdorff saludó al Führer con la mano derecha mientras prendía la mecha con la izquierda.[45]

Mientras el ácido penetraba en los cables, Gersdorff intentó acercarse lo máximo posible a Hitler. Pero, casi como si tuviera un presentimiento sobre las intenciones de Gersdorff, el Führer se negó a ver las exposiciones. Cruzando rápidamente la sala, abandonó el edificio al cabo de dos minutos. Incluso en Londres, donde la BBC estaba siguiendo la retransmisión radiofónica, tuvieron noticia de su salida precipitada, que desbarató toda su agenda.[46]

Puesto que disponía de tan solo unos minutos, Gersdorff fue corriendo a un baño cercano para desarmar el chaleco suicida. A su regreso al cuartel general del Grupo de Ejércitos Centro en Smolensk, encontró a Tresckow escuchando la cobertura radiofónica con un cronómetro en la mano. Cuando al poco de entrar Hitler en la sala de exposiciones el comentarista anunció que se había ido al monumento a los caídos, tuvo claro que aquella tentativa también había fracasado.

En Berlín, Hassell, ajeno a los planes del general Tresckow para asesinar a Hitler, tenía un nuevo motivo de desesperación. El 11 de marzo, diez días antes de la visita de Hitler al arsenal de Unter den Linden, se enteró de que su hijo menor, Hans Dieter, había resultado herido de gravedad en el frente ruso. Una bala le había perforado el pulmón y la herida podía ser mortal. Había sido trasladado a un hospital de campaña, y Hassell esperaba que pudieran evacuarlo del campo de batalla. También le preocupaba

su primogénito, Wolf Ulli, que estaba combatiendo en Francia. Pero al menos Fey y sus dos nietos, Corrado y Roberto, estaban a salvo.

9

Cuando, en enero de 1940, Fey se casó en Ebenhausen con Detalmo Pirzio-Biroli, un oficial de caballería de veinticinco años al que había conocido años antes en un baile organizado en Roma, la novia no podía parar de llorar. Las celebraciones se vieron empañadas por la certeza de que, tras el matrimonio de Fey y con sus dos hermanos a punto de alistarse en el servicio activo, la separación de la familia era inminente. «Estaba furiosa conmigo misma —escribió Fey en su diario—, pero se me saltaban las lágrimas. Más tarde descubrí que mi padre había salido precipitadamente del salón justo después de acabar su discurso porque él tampoco podía controlar las emociones. Al mismo tiempo, Almuth y Hans Dieter se habían escondido en el sótano a llorar desconsoladamente. ¡Era ridículo!»

Habiéndose casado en tiempos de guerra, sabían que no podrían pasar mucho tiempo juntos, pero, durante los cinco primeros meses de su matrimonio, la pareja vivió en el *palazzo* de la familia Detalmo, situado en el centro de Roma. En la primavera de 1940, con Fey embarazada, decidieron huir del calor de la ciudad y trasladarse a Brazzà.

La villa, con su castillo del siglo XII y su extensa finca, estaba en manos de la familia de la madre de Detalmo, los Di Brazzà Savorgnan, desde hacía más de un milenio. «Había oído hablar tanto de aquel lugar que sentía mucha curiosidad por verlo. ¡Por suerte, la realidad es mucho más hermosa!», escribió Fey entusiasmada a sus padres. «Está en lo alto de una colina, lejos de todos los problemas y del mundanal ruido. A un lado da a una gran llanura que se extiende hacia Venecia. Al otro puedes ver las montañas, todavía coronadas por la nieve. Las ruinas del castillo están en la finca. La villa es enorme y está rodeada de muchas

casas más pequeñas en las que vive el personal que trabaja en la finca. Todo es de buen gusto. Detalmo y yo tenemos un dormitorio y un salón en la segunda planta, muy amplios y luminosos y con unas vistas imponentes. Esta mañana, el jardinero me ha acompañado a ver el huerto. Es enorme y está lleno de higueras, perales y manzanos.»

Fey también conoció al sirviente, Nonino, muy querido por la familia: «Nonino, cochero, mayordomo y chófer en Brazzà desde hace cincuenta y cuatro años, lo organiza todo con tanta perfección que me parece que mis tareas principales se reducen a cuidar de una veintena de jarrones con flores y comentar los menús y la compra con el cocinero y el jardinero».

La pareja llevaba solo un mes en el castillo cuando, en junio de 1940, Italia declaró la guerra a Gran Bretaña y Francia, y Detalmo se unió a su regimiento de caballería. Sin embargo, Fey se quedó a supervisar la gestión de la finca y esperar el nacimiento de Corrado. Le encantaba la paz de Brazzà —«el verdor, el gran silencio»— y, con su aire puro y sus abundantes reservas de comida, era perfecto para el bebé. Pero, cuando Corrado nació en noviembre, reconocía la ironía de aquella vida tranquila y sin sobresaltos en contraste con la vorágine social de Roma. «Te contaré en pocas palabras lo que hago durante el día», escribió a su hermana Almuth, que vivía en Múnich. «En cuanto el pequeño está vestido y alimentado, voy a comprobar cómo están la cocina, la comida, la colada y las labores domésticas para asegurarme de que todo se hace como yo quiero. Luego voy a la granja a hablar con Bovolenta [el capataz] sobre varios problemas: el cerdo, las gallinas, los conejos y las palomas. Nunca se alegra de verme; al menos me da esa impresión, porque siempre descubro cosas gestionadas de manera poco beneficiosa para nosotros [...]. Por las tardes, meto a Corradino en su parque. Balbucea constantemente y es fuerte. Yo me siento a su lado a coser, que me encanta, o a hacer remiendos, ¡que lo odio! Después de cenar me acuesto sobre las diez y leo.»

Cuando Almuth visitó Brazzà meses después, Detalmo estaba en casa de permiso. Era la primera vez que veía a la pareja desde

la boda y su idílica vida, tan alejada de los traumas y privaciones de la guerra, la dejó boquiabierta. «Es como si estuviera soñando», escribió a sus padres. «El viaje ha ido bien y al llegar a la estación de Udine, allí estaba Detalmo, delgado pero espléndido con su uniforme, esperándome con Nonino y el carruaje. Avanzamos lentamente por la espectacular campiña italiana [...]. Fey se ha convertido en una mujer hermosa y no dejaba de mirarla. Parece perfectamente sana. Fuimos inmediatamente a ver a Corrado. Es el bebé más dulce que he visto nunca y Detalmo es un padre muy entusiasta.»

Poco después de que Almuth regresara a Múnich, Fey descubrió que estaba esperando otro hijo. «Si muriera ahora o después del segundo bebé, sentiría una inmensa tristeza por dejaros», escribió más tarde a Detalmo. «Por el resto no estaría triste, porque he sido muy feliz estos años. Tuve una infancia hermosa, un maravilloso ejemplo en mis padres para casi todo [...] y he llegado a conocer el significado del amor verdadero entre un hombre y una mujer y lo que significa el amor por tu hijo.» Sin embargo, al encontrarse aislada en Brazzà, su estado de ánimo fluctuaba y estaba ansiosa por su familia de Alemania y por su hermano Hans Dieter, que estaba combatiendo en el Frente Oriental. «Mi madre me escribió para contarme que a mi padre lo vigila constantemente la Gestapo y que la lista de bajas en Rusia es asombrosa», dijo a Detalmo. «Estoy deseando que termine esta guerra y que vuelvas a casa.»

Detalmo estaba en Civitavecchia, un puerto de la costa oeste de Italia, esperando la confirmación de su traslado al norte de África, donde las fuerzas italianas y el Afrika Korps de Rommel estaban luchando contra los británicos. Escribió a Fey para decirle que también era posible que lo destinaran a Udine, a solo ocho kilómetros de Brazzà. Sin embargo, creía que sería desleal abandonar a su regimiento. Fey lo alentó a aceptar el puesto; además de echarlo de menos, necesitaba su ayuda para gestionar la finca. Cansado de la retahíla de quejas, Detalmo respondió con firmeza: «Fey, cariño, te lo advierto una vez más: no te lamentes. Además de ser desagradecido con la providencia, quejarse también

puede traer mala suerte. Hoy ha llegado la noticia de que están buscando oficiales para los barcos que irán al norte de África. Si me destinaran allí y cruzara el mar dos veces por semana durante meses y meses, dirías: "Qué bien cuando estaba en Civitavecchia. ¿Por qué no se quedó allí?". Puede que intente ir a Udine. Aun así, aunque eso no ocurra, ¡no te quejes! No debes hacer otra cosa que regocijarte, ser feliz y dar gracias a Dios por lo que tenemos hoy, porque de momento hemos sido extremadamente afortunados».

Pero la providencia parecía estar de su parte. A principios de 1942, justo antes del nacimiento de Roberto, Detalmo fue destinado a Udine. Su labor era supervisar los fuertes militares repartidos por la llanura que se extendía hasta San Daniele, dieciséis kilómetros al noroeste de Brazzà. Construidos para repeler a los numerosos ejércitos que intentaron conquistar el norte de Italia durante el milenio anterior, la mayoría de los castillos pertenecían a sus antepasados o se hallaban en tierras de su propiedad.

Detalmo permaneció en Brazzà todo 1942. Los niños crecían y él y Fey escribían periódicamente a los padres de ella, que vivían en Berlín, para explicarles sus progresos. «Los dos niños son buenos, pero tienen caracteres muy diferentes. Corrado es nervioso y tiene una mente brillante; Roberto es lento y siempre está medio dormido», dijo Detalmo a su suegra. Para Fey, los niños eran un pilar de estabilidad en un mundo sumido en la confusión. «Quiero mucho a los niños», escribió a sus padres. «Son mi alegría en estos tiempos de incertidumbre.»

Tal como reconocían Fey y Detalmo, seguían siendo «extremadamente afortunados». A diferencia de casi toda Europa, Brazzà no se había visto afectada por la guerra. Los combates más cercanos se libraban a cientos de kilómetros, al otro lado de los Alpes, y era una de las pocas regiones que no estaban siendo bombardeadas por los Aliados o las potencias del Eje. Pero el idilio estaba a punto de tocar a su fin. Una fría noche de enero de 1943, sentado delante de una hoguera en la biblioteca, Detalmo escribió la que sería su última carta a su suegro desde Brazzà:

> Son las diez y estamos solos. Fey está sentada a su escritorio y en su discurso se nota el efecto del vino caliente que está tomando para el resfriado...
>
> No cabe duda de que los más felices son Corradino y Robertino, que tienen la suerte de tener dos y un año. Se desesperan totalmente unas veinte veces al día, pero nunca les dura más de veinte segundos. Son afortunados de estar en Brazzà por el aire puro y por la comida. Brazzà es como una enorme gallina que nos protege con sus grandes alas.

Semanas después, tras haber pasado más de un año en casa, Detalmo recibió la noticia de que lo destinarían a otro lugar.

Las lealtades de Detalmo no era tan claras como parecía. No solo era un antifascista acérrimo y un admirador de Ugo La Malfa, «Cornali», el famoso líder de la resistencia italiana, sino que tenía muchos parientes y amigos británicos a los que profesaba afecto y admiración. También era en parte estadounidense por su abuela materna, Cora Slocomb, perteneciente a una familia adinerada de Nueva Orleans.

Por tanto, hacía tiempo que esperaba un traslado que le brindara la oportunidad de ampliar sus contactos entre los Aliados. Ahora, destinado como intérprete a un campo de prisioneros británicos y estadounidenses en Mortara, cerca de Milán, tendría acceso a los Aliados y la posibilidad de trabajar con «Cornali», que estaba organizando grupos de resistencia clandestinos en las zonas industriales del norte de Italia.

Mientras permaneció confinado con su regimiento y luego en la casa de Brazzà no pudo aprovechar sus contactos en el espionaje británico, que en los primeros años de la guerra había utilizado en nombre de su suegro. En febrero de 1940, fue Detalmo quien organizó las reuniones entre Hassell y Lonsdale-Bryans, el intermediario de Halifax, al que conocía. Puesto que los encuentros debían ser estrictamente secretos, Detalmo había dispuesto que Lonsdale-Bryans viajara a Arosa, Suiza, haciéndose pasar por un

médico especialista que atendía al hijo mayor de Hassell, quien estaba recibiendo tratamiento para una afección bronquial recurrente. Pero, a pesar de haber ideado aquellas reuniones, la iniciativa de Detalmo no condujo a nada. Sin duda, los británicos no tenían fe en la capacidad de la resistencia alemana para eliminar a Hitler e instaurar un gobierno democrático.

Separarse de su marido fue una tortura para Fey, pero sabía que, por fin, su nuevo destino le brindaba la posibilidad de trabajar en secreto contra el régimen de Mussolini. Debido a su aislamiento en Brazzà, se sentía segura para confiarle cualquier cosa a su diario: «Detalmo es feliz, porque puede dedicarse a la organización clandestina de Milán y al mismo tiempo evita tener que luchar contra los Aliados», escribió. Además, la mantenían a flote las cartas de Detalmo. «Querida Fey, debes estar animada y no preocuparte por nada», le dijo días después de su partida. «Transmite mi amor a los dos pequeños y recibe un gran beso de mi parte. Os veo a ti y a los niños como algo tan grande y hermoso que casi adquiere la forma de un sueño.»

Fey no vio a Detalmo hasta junio, cuando obtuvo permiso para llevarlos a ella y a los niños a visitar a sus suegros en Ebenhausen. También fue una oportunidad para informar a los padres de Fey de lo que estaba aconteciendo en Italia. Entre los prisioneros británicos y estadounidenses de Mortara corría el rumor de que los Aliados estaban preparándose para invadir el sur de Italia y, mientras se encontraban en Ebenhausen, se anunció que los británicos habían ocupado Pantelleria, una pequeña isla situada al sur de Sicilia. Basándose en sus conversaciones con figuras importantes de la resistencia italiana, Detalmo estaba convencido de que una invasión precipitaría la caída de Mussolini. También esperaba que, si el régimen fascista era derrocado en Italia, se desencadenara un movimiento contra Hitler.

Fey no participaba en las conversaciones políticas entre su padre y su marido. Aunque apoyaba su causa sin reservas, los niños eran lo más importante para ella y estaba encantada de estar en casa con sus padres, que no los habían visto desde el nacimiento de Roberto. «Estamos todos con mi familia en Ebenhausen», escribió

la noche de su llegada. «Estoy sentada a la mesa del salón mirando el jardín, que ya ha florecido. Adoro estas vistas. Los niños han sido un gran éxito y, aunque una madre no debería decirlo nunca, son muy guapos y se portan muy bien. Esta noche, Detalmo me ha contado sucintamente lo que le ha dicho mi padre: su posición en Berlín es cada vez más difícil. Son reacios a permitirle viajar al extranjero y le han informado de que está sometido a vigilancia permanente. Además, está desesperado con el ejército. Con muy pocas excepciones, nadie está dispuesto a tomar la iniciativa contra Hitler: tienen miedo a perder su posición, en caso de prisión o muerte.»

Un mes después de que Fey y los niños volvieran a Brazzà, los rumores que había oído Detalmo se confirmaron cuando, el 10 de julio, los Aliados invadieron Sicilia. Tal como había pronosticado, Mussolini cayó poco después y fue trasladado por los Aliados a una cárcel secreta en los Apeninos.

Detalmo y Hassell, que mantenían contacto a través de un correo secreto, esperaban que la detención de Mussolini provocara la caída de Hitler. A principios de agosto, Detalmo escribió a Fey: «Estoy esperando noticias de tu padre, no cosas personales, sino bastante generales; no sé si me entiendes. Deben de estar ocurriendo muchas cosas por allí. Esperemos que sean para bien y no para mal». Fey también estaba en vilo y respondió a Detalmo: «Yo tenía la misma impresión que tú. Mi padre debe de andar bastante ocupado, pero, como siempre, soy pesimista. Es mucho más difícil para él que para los italianos». Según escribió dos días más tarde: «Como te podrás imaginar, mis pensamientos siguen con mi padre, y estoy nerviosa e impaciente. Ahora tengo la sensación de que no está consiguiendo nada. Estoy segura de que hace todo lo que puede, pero me deprimiría mucho que sus esfuerzos no dieran frutos».

Fey permaneció en Brazzà durante julio y agosto, cuidando de sus hijos y de la casa mientras Detalmo se encontraba en Mortara. «Es agradable poder escribir libremente al fin y no temer al censor y a la policía política», escribió el 2 de agosto. «Me siento lleno de confianza. Sé que ahora las leyes son humanas, justas y razonables.

Ya no existen las leyes fascistas opresivas y humillantes. No percibo un agravio contra mi honor y dignidad como hombre [...]. Fey, mi amor, siento que los acontecimientos hayan impedido que nos concentremos en nosotros. La vida es dinámica y se arremolina como una ventisca. Los tiempos pasados ya no están...»

El 3 de septiembre, los Aliados invadieron la Italia peninsular tras desembarcar en Salerno, situada 265 kilómetros al sur de Roma. Detalmo apenas podía contener su entusiasmo. «¡Los acontecimientos se precipitan!», escribió a Fey. «El Octavo Ejército ha desembarcado en Calabria [...]. Con Rusia presionando tanto en el Frente Oriental, la situación debería deteriorarse con suma rapidez. Alemania tendrá que replegarse a su territorio y no es impensable que la guerra en Europa haya terminado en dos meses.» Poco antes también le había aconsejado que se fuera a Roma al primer indicio de peligro. «Debes anteponer tu seguridad y la de los niños a todo lo demás; nuestra propiedad y nuestras pertenencias son lo segundo», subrayó. Reacia a abandonar Brazzà, pues lo consideraba el lugar más seguro para los niños, repuso bruscamente: «Estoy preparándolo todo para marcharme si las cosas empeoran, pero permíteme que te diga una cosa: quiero irme de Brazzà lo más tarde posible por los niños. Aquí comen bien y no hace calor. Roma es calurosa y la comida será mala».

La vieja ambición de Detalmo era participar en la creación de un futuro democrático para Italia después de veinte años de fascismo. El momento que había estado esperando llegó el 8 de septiembre, cuando, tras unas negociaciones secretas entre los Aliados y el mariscal Badoglio, el nuevo jefe del gobierno italiano, Italia se rindió.

En cuanto se anunció el armisticio, Detalmo abrió las puertas del campo de prisioneros de Mortara, lo cual permitió la huida de unos tres mil prisioneros aliados. Después abandonó su regimiento y se escondió con los partisanos.

En Brazzà, la «vida tranquila y sin sobresaltos» de Fey estaba a punto de terminar. Horas después del armisticio, las tropas alemanas empezaron a cruzar la frontera y Hitler inició la ocupación del norte de Italia.

Mientras se producían aquellos acontecimientos trascendentales, Fey, sola y desconectada de Detalmo, se vio obligada a tomar la decisión más importante de su vida. ¿Era mejor quedarse en Brazzà con los niños o era más seguro marcharse? Inexorablemente, ella y los niños serían engullidos por la maquinaria nazi.

Cuarta parte

10

Fey describió los acontecimientos del 8 de septiembre de 1943:

> Cuando de repente oí por la radio la voz del general Badoglio anunciando que Italia y los Aliados habían firmado un armisticio, me sentía sola pero vivía tranquilamente en Brazzà con mis dos niños pequeños y mi cuñada Marina. La casa y la granja iban bien y la guerra parecía algo muy lejano.
>
> Recuerdo muy bien aquella noche. Estaba cenando con el «tío» Augusto Rosmini, un viejo amigo de la madre de Detalmo. Rosmini, un caballero distinguido de pelo gris y barba puntiaguda, era un viudo que había tomado por costumbre venir a Brazzà cada verano. Desde la muerte de su esposa llevaba todas sus joyas debajo de la ropa, anillos en varios dedos y brazaletes de oro en los brazos. Era un hombre divertido, «de los buenos», como decía Detalmo.
>
> Tras el anuncio de Badoglio, Rosmini y yo nos miramos con preocupación. Sabíamos que aquello no era en modo alguno el fin de los problemas de Italia. Había soldados alemanes por todo el país y los nazis jamás permitirían que cayera en manos aliadas. Se avecinaba una época de desorden e Italia probablemente sería aún más que antes un campo de batalla. Me hundía al pensar en mi familia en Alemania; la correspondencia sin duda resultaría más difícil. ¿Y Detalmo en Mortara? ¿Qué sería de él?
>
> Rosmini y yo nos pasamos las veinticuatro horas siguientes pegados a la radio. Los alemanes ya habían rodeado Roma y estaban enfrentándose al ejército italiano por el control de la ciudad. A la hora del almuerzo oímos que los alemanes habían tomado Bolonia, Venecia y Florencia. De vez en cuando llegaba un trabajador de la granja para informar de los rumores que corrían por el vecindario. Se habían avistado varios convoyes de barcos aliados en la bahía de Nápoles y estaban preparándose para desembarcar en la costa norte de Roma, un rumor que más tarde fue desmentido. Nápoles estaba en ruinas después de un bombardeo aliado. Más cerca, los alemanes habían tomado el control de las líneas ferroviarias de Udine y varios trenes cargados de tropas y material bélico se dirigían al sur. Debido al caos ferroviario, Rosmini estaba ansioso por llegar a casa y se fue aquel mismo día. Marina y yo nos quedamos solas sin saber qué hacer.

A la mañana siguiente, Fey pidió a Nonino que llevara el carruaje a la parte delantera de la casa. Brazzà estaba totalmente incomunicada; no había correo ni periódicos, y el teléfono estaba estropeado. Incluso el servicio de tranvías locales había quedado interrumpido. Ansiosa por saber si Detalmo consideraba que ella y los niños debían abandonar Brazzà, Fey quería que Nonino la llevara a Udine para intentar llamar a su marido desde allí.

Evitando la carretera principal, tomaron un desvío hacia Udine, un trayecto que hacían dos veces por semana los días de mercado. Al recorrer los caminos de gravilla blanca, atravesando maizales, granjas de ovejas y hermosos pueblos de montaña, Fey se tranquilizó rodeada de aquella paz, que contrastaba con los alarmantes partes radiofónicos. «Seguía haciendo una mañana preciosa. Había higos en los árboles y las mujeres estaban trabajando en el campo y cuidando las viñas que bordeaban la carretera. Todo parecía transcurrir con normalidad. La única diferencia era que las hogueras que habían encendido los *contadini* [campesinos] para celebrar el armisticio seguían ardiendo frente a las granjas. Pasamos junto a mujeres en bicicleta que llevaban leche a la *latteria* en grandes tarros que equilibraban sobre el manillar. Algunas gritaban para anunciar que sus hombres habían vuelto del ejército.»

A las afueras de Udine, las carreteras estaban abarrotadas de soldados italianos que volvían a casa. Tras desertar de sus unidades, muchos se habían puesto ropa civil y solo eran identificables por sus botas militares. Se había ordenado la deportación de los soldados italianos a campos de trabajo en Alemania y, para evitar ser capturados, los que podían habían pagado los precios desorbitados que a la sazón costaba la ropa. Fey habló con varios soldados, que mencionaron la confusión y desorganización del ejército italiano, sobre todo entre los altos mandos, cuya prioridad era «desaparecer».

Al llegar a Udine, Fey fue a su bar habitual en la piazza San Giacomo. Le gustaba ir allí los días de mercado para ponerse al día de los cotilleos locales. La plaza del siglo XVI, con sus prietos adoquines y sus casas altas de colores pastel, era una de las más

bellas de la ciudad, y el ambiente festivo que se respiraba allí le pareció incongruente. Multitudes de soldados italianos, aparentemente indiferentes a la llegada de los alemanes, estaban celebrando la disolución de sus unidades. Charlaban en grupos o paseaban arriba y abajo con mujeres y novias, bien afeitados y presumiendo de su nueva ropa civil.

Fey no tardó en averiguar que los alemanes controlaban todas las líneas telefónicas del norte de Italia, lo cual le impidió llamar a Detalmo. El bar estaba lleno de clientes intercambiando rumores e información; Fey conocía a muchos de ellos. Pia Tacoli, que vivía en una finca vecina de Brazzà, acababa de llegar después de un complicado viaje desde Milán. Los soldados alemanes habían subido al tren en todas las paradas y pedían a los jóvenes la documentación. Tacoli había visto a varios desertores disfrazados de mujer. Algunos aseguraban que en los bosques que rodeaban la ciudad se escondían prisioneros de guerra aliados que habían huido de los campos fascistas. Pero la máxima preocupación era que los partisanos comunistas de las montañas cercanas a Udine aprovecharan el punto muerto para hacerse con el control de la zona. Sin embargo, según comentaba un hombre: «Dicen que les entreguemos las armas, que nos vayamos a casa y que ellos se ocuparán de los alemanes».[1]

A su regreso a Brazzà, Fey tenía esperanzas de encontrar a Detalmo allí. Había tantos soldados en la región que imaginó que lo vería llegar por el camino en cualquier momento. Aliviada por su visita a Udine, no parecía haber razón para irse de Brazzà; el vecindario estaba tranquilo y, aparte de los camiones cargados de tropas de la Wehrmacht que circulaban por la carretera, situada a unos cinco kilómetros de la casa, no había visto a ningún alemán.

Pero la mañana del 12 de septiembre, cuatro días después del armisticio, el mariscal de campo Kesselring, comandante de las fuerzas alemanas en Italia, hizo un anuncio por radio. El territorio ocupado por los alemanes, que abarcaba todas las poblaciones italianas sitas al norte de Roma, quedaría sometido a la ley marcial. Los ataques o cualquier otro intento de resistencia serían juzgados por un tribunal militar. Las redes ferroviarias y el servicio

postal estarían controlados por los alemanes, lo cual significaba que las cartas privadas serían prohibidas y las conversaciones telefónicas estarían sumamente restringidas.[2]

Fey estaba con Marina, su cuñada, cuando Kesselring hizo el anuncio. Poco después de que concluyera el boletín informativo, llegó corriendo uno de los trabajadores de la granja para avisar de que un gran número de soldados alemanes equipados con tanques y baterías antiaéreas habían ocupado Tarcento, quince kilómetros al norte. Más tropas se dirigían hacia Udine. «Marina, contagiada por el pánico generalizado, hizo todo lo posible por convencerme de que abandonara Brazzà y huyera al sur, donde estaría protegida por la familia de Detalmo. Yo no quería irme. Como hija de un diplomático, me había pasado la vida viviendo en embajadas, y Brazzà era mi primer hogar propiamente dicho. Además, creía que, como el alemán era mi lengua materna, podría ser útil para proteger la casa y a nuestros *contadini* en caso de ocupación alemana. No obstante, me convencieron Marina y nuestro administrador, Marchetti,[3]que no dejaba de citar el requerimiento de Detalmo de que no dudara en marcharme inmediatamente si había peligro. Incapaz de contactar con Detalmo, acabé cediendo.»

Después de coger algunas cosas esenciales, se fueron aquella tarde. «Fue una huida en el sentido estricto de la palabra», recordaba Fey. «Lo dejamos todo tal cual y dimos a Nonino instrucciones poco precisas para que los *contadini* escondieran nuestra ropa de cama y la cubertería de plata. Sabía que en esas situaciones eran necesarias unas indicaciones detalladas, pero no había tiempo. Cuando partimos, yo era un mar de dudas. Abandonar a las familias que trabajaban para nosotros me parecía un acto de cobardía.»

En Brazzà trabajaban veinte familias de *contadini*, muchas de las cuales vivían allí desde hacía generaciones.[4]La relación de dependencia mutua entre los Pirzio-Biroli y sus *contadini* se sustentaba en un sistema agrícola que databa de la Edad Media.[5]Como en casi todo el norte y el centro de Italia, los

empleados de las granjas no percibían un salario ni se les exigía el pago de un alquiler al terrateniente por el derecho a labrar sus tierras; por el contrario, se regían por el sistema de *mezzadria*, o aparcería. A cambio de una casa y el uso de los campos, edificios, carromatos y animales de labranza, los agricultores entregaban al *padrone* un cincuenta por ciento de todas las cosechas y la mitad de los beneficios obtenidos por la venta de ganado, verduras, huevos y leche.

Además de cultivar los campos y atender al ganado, el campesino *capofamiglia*, o cabeza de familia, debía mantener su parcela de tierra. Durante los meses invernales tenía que limpiar las acequias, arreglar muros y terrazas, plantar árboles, podar cepas y reparar aperos desgastados tras la cosecha. El contrato no solo contemplaba su trabajo, sino el de toda su familia; las mujeres de la casa trabajaban en los campos y ordeñaban las vacas, y niños de tan solo cuatro años también colaboraban alimentando a los animales, ayudando en la vendimia y prensando heno en los establos.

La relación entre el propietario y el campesino exigía una interacción personal continua que iba más allá del negocio de la granja. El *padrone* debía guiar y proteger a sus *contadini*; en caso de climatología adversa o una mala cosecha, debía ser una fuente de capital, alguien a quien las familias pudieran recurrir durante una crisis. Pero muchos terratenientes abusaban de la relación tiranizando a sus campesinos o manipulando los libros de contabilidad para recortar la parte de los *contadini*. Una mala inversión de capitales y el derecho del propietario a desahuciar sumariamente a sus arrendatarios también eran motivos de agravio y, después de la primera guerra mundial, la dureza del sistema de *mezzadria* provocó huelgas y revueltas en todo el norte de Italia. En respuesta a ello, los fascistas apoyaron a los terratenientes, aplastaron los alzamientos e impusieron más sufrimiento a los *contadini* oprimidos en fincas donde el sistema se había desmoronado.

Pero, en Brazzà, la relación entre los Pirzio-Biroli y sus arrendatarios siempre había sido armoniosa. Ello obedecía sobre

todo a los esfuerzos de Cora di Brazzà Slocomb, la abuela estadounidense de Detalmo y rica heredera de un empresario de Nueva Orleans que fundó una cadena de ferreterías a mediados del siglo XIX. De joven, Cora fue enviada a estudiar a Europa. Hablaba francés, alemán e italiano y, cuando era veinteañera, se instaló en Roma, donde llegaría a ser una consumada pintora y alternaría con otros artistas e intelectuales.[6]

En 1887, a la edad de veinticinco años, Cora conoció al conde Detalmo, un científico e ingeniero con el que contraería matrimonio. Cuando se trasladó a Brazzà, la sorprendieron la pobreza de las aldeas vecinas y el nivel de educación e higiene. Las ideas progresistas de Cora supusieron que, en un gesto inusual para su época y clase, rechazara la imagen tradicional de la caridad, ya que consideraba que no bastaba con dar dinero a los más desfavorecidos y que había que encontrar la manera de mejorar su estatus y ofrecerles más dignidad.[7]

Cora, una de las primeras defensoras de la emancipación femenina, decidió utilizar parte de su fortuna para cambiar la posición de las mujeres en Brazzà. Consciente de que su sumisión se veía agravada por la pobreza, intentó que fueran económicamente independientes y encontró la manera de hacerlo en el contexto de la industria de la seda, que permitía a las mujeres seguir trabajando en las granjas. En los meses de primavera, los *contadini* de Brazzà criaban gusanos de seda y luego vendían los capullos a comerciantes de Tricesimo, el principal mercado de la seda en Friuli.[8]Viendo una oportunidad para crear una industria textil local, Cora fundó una escuela de encaje en una de las aldeas de la finca. Allí supervisaba personalmente los trabajos de diseño y producción y, tras el éxito de la primera escuela, abrió seis más, lo cual generó unos ingresos extras para centenares de mujeres de la zona. Asimismo, en un pueblo cercano abrió un taller de juguetes en el que las mujeres hacían muñecos de peluche, y animó a Delser, una dama de la localidad, a crear una fábrica en la que se producían las «galletas de Brazzà», una especie de galletas de mantequilla.

Cora hizo campaña por otros problemas sociales y a mediados

de la década de 1890 se había convertido en una celebridad en Estados Unidos al defender la causa de una joven italiana condenada por matar a su amante. Maria Barbella, la segunda condenada a muerte en EE. UU. y emigrante residente en Nueva York, había matado al hombre después de que la sedujera y renegara de una promesa de matrimonio. Aprovechando su estatus social, Cora abogó por el indulto y salvó a Barbella de la silla eléctrica. También utilizó su perfil público para promocionar los encajes de Brazzà, y a principios del siglo XX había adquirido fama mundial y ganado medallas de oro en ferias comerciales de Londres, París y Chicago.

Cuando Fey se casó, Cora aún estaba viva, pero no se habían conocido. En 1906, cuando tenía cuarenta y cuatro años, Cora sufrió una crisis emocional de la cual no llegó a recuperarse nunca, y a partir de entonces quedó confinada en un psiquiátrico privado.[9]Al ser una persona muy querida, su recuerdo estaba muy presente entre los *contadini* de Brazzà y, como nueva custodia, Fey consideraba que tenía una obligación con ellos, motivada en parte por el deseo de honrar la reputación de Cora.

«Cora no habría huido.» Esa idea preocupaba a Fey cuando partió de Brazzà con Marina y los niños. No hubo demoras en la estación y tomaron el primer tren hacia el sur. Dentro hacía calor y estaba abarrotado, y Roberto, a la sazón un bebé de veinte meses, lloró todo el viaje. Fey lo atribuyó a que percibía el temor y el nerviosismo que reinaba en el vagón, que iba lleno de gente que huía de los alemanes.

En Venecia, Marina bajó del tren para hospedarse con su prima, la princesa Pia Valmarana, que tenía un espacioso *palazzo* en el Gran Canal, pero Fey decidió continuar hasta Padua, donde vivían los Papafava, los otros primos de Detalmo.

Los Papafava eran los propietarios de Frassanelle, una de las mejores fincas neoclásicas del Véneto. Situada once kilómetros al oeste de Padua, estaba rodeada por unos extensos terrenos que habían pertenecido a su familia desde el siglo XIII. Fey no había

estado nunca allí, pero Detalmo le había hablado de la espléndida villa, con sus dos capillas privadas y la famosa escalera decorativa que atravesaba el bosque y unía la vivienda con la granja.

El conde Novello Papafava, descendiente de la familia Da Carrara, señores de Padua en el siglo XIV, era un antifascista acérrimo y en repetidas ocasiones había ofrecido la villa a Detalmo como refugio. Sabedora de que el conde tenía ocho hijos, Fey decidió ir allí en lugar de al palacio de la princesa Valmarana, el cual estaba lleno de objetos de un valor incalculable y de muebles caros y era menos adecuado para los niños. Además, quería huir de su cuñada, cuyo gusto indiscriminado por la alta sociedad, incluidos los aristócratas fascistas, la irritaba.

Fey y los niños habían abandonado Udine justo a tiempo. Aquella noche, más de dos mil alemanes ocuparon la ciudad. «Llegué a la piazza Vittorio justo cuando entraba el grueso de los alemanes», escribió un residente. «Había un desfile militar de tanques y vehículos blindados, todos ellos conducidos por chavales de dieciocho o veinte años, algunos incluso menores. Llevaban pantalones cortos y parecía que acabaran de jugar al fútbol. Me dan lástima cuando pienso que sus padres y hermanos deben de haber muerto en la guerra y ahora ocupan su lugar y probablemente corran la misma suerte. Apareció mucha gente de la zona para contemplar aquel monstruoso desfile. No vi ninguna demostración de simpatía hacia los alemanes. La multitud no era amigable. Nadie saludó, nadie levantó la mano. Eran meros espectadores, muy serios y callados. Los alemanes estaban desconcertados e incluso parecían estupefactos por el terrible rugido de aquellas máquinas. En los cuarteles, nuestros soldados se han rendido y son custodiados por esos críos. La policía ha huido y tirado sus pistolas en la carretera. Nadie está plantando cara a los alemanes.»[10]

Horas después de la ocupación, varios grupos de soldados alemanes clavaron panfletos en las paredes de los edificios del centro de la ciudad. Los mensajes, provenientes del Alto Mando

alemán, advertían a los ciudadanos de las penas vigentes bajo la ley marcial:

> ¡*Atención*!
>
> ¡Los soldados italianos que se resistan a las órdenes alemanas serán tratados como traidores! ¡Los altos mandos y comandantes de esos soldados serán responsabilizados de sus actos y fusilados sin piedad por traición![11]
>
> ¡*Órdenes para los civiles*!
>
> – Existe un toque de queda entre las 21.00 y las 4.00.
>
> – Todos aquellos soldados o civiles italianos que tengan en su haber armas de guerra deberán entregarlas inmediatamente. La posesión ilegal de cualquiera de esas armas u otro objeto diseñado para usos militares será punible con la muerte. El saqueo y el sabotaje también conllevarán pena de muerte.
>
> – Quienes sean descubiertos escuchando emisiones radiofónicas británicas y estadounidenses serán sometidos a un castigo extremo.[12]

Aquel mismo día, las SS protagonizaron una audaz incursión en el hotel situado en las montañas de Abruzzo, una región de Italia central, en el que estaba encarcelado Benito Mussolini. Desde su detención el 25 de julio, los Aliados habían trasladado al exdictador de una cárcel a otra para mantener su paradero en secreto. Pero el 26 de agosto se instalaron en el hotel Campo Imperatore, un centro de esquí situado en el Gran Sasso, 2.100 metros por encima del nivel del mar. En el hotel no había otros huéspedes y doscientos *carabinieri* italianos custodiaban al prisionero.

Hitler estaba horrorizado por la humillación que había padecido su aliado y el día después de la detención de Mussolini encomendó personalmente su rescate a Otto Skorzeny, un coronel de las Waffen-SS.[13]Interceptando mensajes de radio encriptados, Skorzeny había tardado muchas semanas en averiguar dónde se hallaba retenido Mussolini. El plan de rescate resultó aún más complejo. La ubicación del Campo Imperatore en la ladera de una montaña descartaba un salto en paracaídas. Sin embargo, el reconocimiento aéreo descubrió un pequeño aeródromo cercano y

Skorzeny decidió transportar a un grupo de comandos en planeador, una opción arriesgada pero la única que había.

El 12 de septiembre a primera hora de la tarde, cuando los doce planeadores iniciaron el descenso, Skorzeny se dio cuenta de que el aeródromo no era llano, sino que se encontraba en una ladera empinada, y no tuvo otra alternativa que realizar un aterrizaje forzoso en un terreno desigual pero más plano que había delante del hotel. Con la pérdida de un solo planeador, el riesgo compensó y, pese a verse superados numéricamente por los *carabinieri*, los guardias se rindieron sin disparar una sola bala y los comandos de las SS no tardaron en asegurar la zona.[14]

Skorzeny solicitó por radio un pequeño avión de STOL (despegue y aterrizaje cortos).[15]Cuando tomó tierra en la pequeña y rocosa llanura, sacaron a Mussolini del hotel y lo subieron al avión. Aunque este estaba diseñado para un solo pasajero, Skorzeny insistió en acompañarlo. Doce hombres de las SS sostuvieron las alas mientras el piloto aceleraba al máximo. Tras una señal, las soltaron y el aparato despegó, pero no alcanzó altura suficiente y una de las ruedas impactó en una roca, cosa que lo desvió de la llanura y lo empujó hacia el valle. Solo la destreza del piloto salvó la situación; luchando por mantener el control, evitó que el avión cayera en picado y Mussolini llegó sano y salvo a Roma.

Dos días después se reunió con Hitler en su cuartel general cerca de Rastenburg, en el Frente Oriental. Acordaron que Mussolini regresaría a la Italia ocupada por los alemanes como jefe-marioneta de la República Social Italiana, con sede en Saló, en el lago Garda.

En aquel momento, Italia estaba formalmente dividida. Los Aliados y el gobierno del mariscal Badoglio controlaban la zona sur de Salerno; el resto del país, con diferencia la región más extensa, estaba en manos del gobierno marioneta de Mussolini o, lo que era lo mismo, en manos de los alemanes.

Fey llevaba diez días en Frassanelle cuando recibió una llamada

telefónica de un aterrado Marchetti, el supervisor de la finca de Brazzà: «Estaba desesperado porque la villa había sido requisada por soldados de las SS. Me dijo que los soldados se portaban bastante mal y trataban el lugar como si fuera suyo. Pero también tenía buenas noticias: había llegado un mensaje de Detalmo, que estaba sano y salvo y escondido con los partisanos cerca de Milán. Al instante decidí volver a Brazzà para ver si podía intervenir. Me preocupaban los *contadini* que trabajaban en la finca y la casa y pensaba que, al ser alemana, tal vez podría ayudar. Fui sola y dejé a los niños con los Papafava».

La escena que aguardaba a Fey en la estación de Udine era caótica. Los alemanes estaban deportando a miles de soldados italianos a campos de trabajo en Alemania y cada día pasaban por la estación tres o cuatro trenes llenos. Los soldados eran encerrados en vagones de ganado sin comida ni agua y las condiciones a bordo eran espantosas. En el andén norte, las mujeres de la zona, temerosas de que sus hijos y maridos pudieran ir en los vagones, habían montado una mesa larga con pan, comida y tabaco. Cuando los trenes se detenían, iban a corriendo a repartir las provisiones. Otras recogían las notas que los soldados lanzaban al andén con la esperanza de que alguien se las hiciera llegar a sus familiares. A veces los trenes no paraban, y mientras las largas hileras de vagones recorrían lentamente la estación, caía una oleada de mensajes en el andén.[16]Rosanna Boratto, de quince años, trabajaba de dependienta en una tienda del centro y recogía las notas cada mañana: «Yo no vivía en Udine, pero era mi parada de tren para ir a trabajar, así que solo podía recoger las notas entre las 7.20 y las 7.50, porque tenía que irme corriendo [...]. Los soldados las tiraban. Solo veías sus dedos, porque los barrotes de las ventanas de los vagones estaban muy pegados y no podían sacar las manos. Las notas caían al andén y yo las recogía sin que nadie me lo impidiera. No las enviaba inmediatamente, sino que me las guardaba en el bolso. Una noche, cuando estaba en casa, se lo conté a mis padres y les enseñé las notas que había recogido. Las enviamos todas por correo».[17]

Nonino estaba esperando a Fey delante de la estación. Al

atravesar la ciudad en calesa, vio un lugar muy diferente al que había dejado diez días antes. Los alemanes estaban por todas partes y los habitantes, que caminaban deprisa con la cabeza gacha, parecían ansiosos. En las paredes de las iglesias y de los edificios históricos habían colgado los últimos edictos del Alto Mando alemán. Las notificaciones se amontonaban anárquicamente a medida que aumentaban los delitos punibles según la ley marcial. El edicto más reciente guardaba relación con los prisioneros de guerra aliados: «Cualquier prisionero de guerra aliado que esté siendo acogido debe ser entregado. Si los italianos les ofrecen cobijo, alimento o ayuda de cualquier clase, serán sometidos a un castigo terrible». Otro anunciaba: «Las autoridades alemanas arrestarán inmediatamente a quienes no obedezcan una orden y serán tratados severamente».[18]

Frente a las tiendas, varios grupos de soldados estaban cargando sus vehículos con comida y otros suministros requisados. Los fascistas, nuevamente al mando de las instituciones públicas, recorrían las calles con sus uniformes negros tras haber recuperado los cargos que ostentaban antes de la caída de Mussolini. «En general, la gente tiene miedo de que lleven a cabo *vendettas* y tomen represalias contra los que los sustituyeron en verano», afirmaba un residente. A continuación describía el caos que estaban sembrando los fascistas en almacenes antes pertenecientes al ejército italiano: «La gente se lleva rodando grandes barriles de aceite de oliva y sacos de café cargados a la espalda. Incluso cogen fardos de cuero, lino y pieles, además de zapatos y botas, del almacén de Via Grazzano [...]. Los que se llevan las cosas son gente que sabe defenderse, que habla alemán o que tiene amistad con los fascistas. O es gente que paga veinte liras a la entrada para poder acceder [...]. Quien no tenga contactos y sea descubierto intentando saquear los suministros recibe un disparo. En un almacén, los fascistas ya han ejecutado a tres».[19]

Al salir de Udine, Fey se percató de que en las carreteras solo había mujeres, niños y ancianos. En el trayecto de veinte minutos hasta Brazzà, Nonino le contó lo que había ocurrido en su ausencia. El 15 de septiembre, tres días después de que partiera

hacia Frassanelle, los alemanes habían lanzado un ultimátum: todas las personas con edades comprendidas entre dieciocho y cuarenta y cinco años, excluyendo a las mujeres casadas con hijos, disponían de cuatro días para demostrar que tenían empleo remunerado. Una vez vencido el plazo, aquellos que carecieran de ocupación serían arrestados y deportados a Alemania. Para evitar la deportación, cientos de desertores habían huido a las montañas para unirse a los partisanos. Otros estaban escondidos en bosques y granjas. Antes de escapar, los hombres se habían deshecho de sus armas y munición y a diario se producían muertes y mutilaciones de niños que habían encontrado las armas y se habían puesto a jugar con ellas. También hubo asesinatos, cometidos por partisanos que bajaban de las montañas para matar fascistas y sospechosos de colaboración con los alemanes.[20]

Cuando enfilaron el camino de Brazzà, Fey se sintió consternada al verlo abarrotado de soldados y vehículos militares de las SS. «Como me temía, pertenecían a un cuerpo de élite y, por tanto, eran los peores soldados que cabía imaginar. Fui corriendo a presentarme ante el comandante, quien, para mi sorpresa, me dijo que la unidad se iría de allí.»

Tras la partida de las SS, Fey estaba convencida de que su instinto original de permanecer en Brazzà había sido acertado. Ahora que el vecindario se hallaba sumido en un estado de anarquía y que existía la posibilidad de que llegaran más tropas alemanas, debía quedarse para proteger la casa y a las familias que trabajaban en la granja. Por impulso, decidió volver a Frassanelle a recoger a los niños. Si los tres vivían allí y reunía a tantos amigos como pudiera, sería difícil que otros soldados ocuparan la vivienda.

Pero su plan duró poco: «Me disponía a subir al tren que iba a Padua cuando Nonino llegó al andén jadeando. Había pedaleado frenéticamente los doce kilómetros desde Brazzà para decirme que, a los pocos minutos de mi partida, otro contingente alemán había ocupado la casa. Nonino se había enterado de que los oficiales estaban cenando en Al Monte, un conocido restaurante del centro de Udine. Como estaba empecinada en quedarme en Brazzà, me

monté en un taxi. Cuando llegué al restaurante, los oficiales seguían allí y me inventé una historia para intentar granjearme su simpatía. Les conté que había dejado temporalmente a mis dos hijos pequeños en Padua y que no teníamos donde pasar el invierno. Luego les dije que me sentiría inmensamente agradecida si podían dejarnos al menos un par de habitaciones. Los oficiales, al principio irritables y poco cooperadores, accedieron a hablarlo en Brazzà al día siguiente».

Decidida a esconder tantas cosas como pudiese mientras hubiera tiempo, Fey pidió a los oficiales que la llevaran a casa en coche: «Para mi sorpresa, aceptaron, y fui a Brazzà en un bonito Fiat 1500 que, casi con total seguridad, habían requisado a un pobre italiano».

Los oficiales eran aviadores del Luftnachrichten-Regiment 200, responsable de la red de radares de la Luftwaffe en la Italia ocupada. En una reunión con el intendente de la unidad celebrada a la mañana siguiente se acordó que ella y los niños ocuparían tres habitaciones en la segunda planta de la villa. Eran de las mejores estancias de toda la casa; una de ellas, un espacioso salón, tenía una escalera que conducía al jardín; otra daba a una magnífica terraza con vistas a los campos de Modotto, un pintoresco pueblo propiedad de la familia de Detalmo.

Satisfecha con el resultado de la reunión, Fey regresó a Padua para recoger a los niños.

Al tomar aquella decisión no era consciente del peligro que entrañaban las actividades de su marido en la resistencia. Como no había tenido noticias de Detalmo desde el armisticio, no sabía que varios agentes del Sicherheitsdienst, el servicio de seguridad alemán, estaban buscándolo por todo el norte de Italia.

A su regreso hubo una señal de alarma: «Cuando volví a casa con los niños me esperaba un oficial de las SS. Estábamos a punto de entrar cuando me dijo que quería hablar conmigo en privado. Entonces procedió a hacerme toda clase de preguntas, al principio con bastante educación, pero luego, cuando vio que mis respuestas

no le eran útiles, se puso más hostil. Lo que más le interesaba era la familia de Detalmo. Me dijo que habían matado a un líder partisano llamado Pirzio-Biroli.[21]Yo sabía que no era Detalmo, porque eso había sucedido en Albania durante un ataque contra el aeropuerto de Tirana. Pero entonces dijo que sospechaban de otro miembro de la familia que había divulgado propaganda antinazi. Por supuesto, en aquel momento pensé en Detalmo, pero no abrí la boca y el oficial no pudo sonsacarme nada. Finalmente, irritado por la escasa utilidad de mis respuestas, se fue».

En cuanto hubo concluido el desagradable interrogatorio, Fey se sentó a leer dos cartas de Detalmo que habían llegado en su ausencia. Iban firmadas por «Giuseppe», el alias que habían acordado que utilizaría en caso de necesidad. Fey abrió las cartas con pesar. Aunque, evidentemente, las SS ignoraban que el hombre al que estaban buscando era su marido, ante la ocupación alemana de Brazzà era imposible que Detalmo volviera a casa. Lo máximo que podía esperar Fey era que se uniera a los partisanos de la región y se ocultara en las montañas cercanas:

12 de septiembre de 1943

Querida Fey:

No me escribas hasta que te facilite una nueva dirección. Por el momento estoy moviéndome constantemente. Escribir es difícil y ni siquiera estoy seguro de que el servicio postal funcione. En cualquier caso, no te preocupes por mí. Estoy bien y recibo buena alimentación. Llevo una vida bastante aventurera, lo cual tiene su atractivo. Cuando te lo cuente todo, nunca podrás volver a decir que no soy deportista.

Amor y besos,

GIUSEPPE

La segunda carta estaba fechada tres días después. Sin duda, había recibido el mensaje de Fey en el que anunciaba que abandonaría Brazzà:

Querida Fey:

No sé si te llegará esta carta. También te escribí hace un par de días. Escribo para decirte que me voy al sur. Contactaré lo antes posible, pero no sé cuándo. Desde aquí no puedo aconsejar qué sería mejor para ti y los niños. Pide consejo a tus amigos y luego decide. Espero que pronto volvamos a estar juntos. Mucho amor a Corradino y Robertino y miles de besos para ti. Estoy totalmente enamorado de ti y estás siempre en mis pensamientos.

Tuyo,

GIUSEPPE

Fey quedó consternada al saber que Detalmo se iba al sur. Eso solo podía significar que, hubiera hecho lo que hubiera hecho, era demasiado peligroso para él quedarse en el norte. Por unos instantes pensó que las actividades de Detalmo en la resistencia ponían en peligro su seguridad y la de los niños. Pero, si así fuera, concluyó, le habría dicho que se marcharan.

Ella y los niños se instalaron rápidamente en sus habitaciones. «A los pocos días —escribió Fey— recibí un mensaje encubierto de Detalmo a través de uno de nuestros *contadini*. Me emocionó saber que estaba en Udine, escondido en el piso de nuestros queridos amigos, los Giacomuzzi, y que quería verme. Se lo dije a Nonino, que preparó discretamente el carruaje y a *Mirko*, nuestro pequeño caballo blanco. Al rato nos dirigíamos a nuestro encuentro secreto. Detalmo parecía algo andrajoso y delgado, pero por lo demás lo vi en buena forma. La emoción de vernos otra vez fue enorme.»

Fey pasó la noche con Detalmo en casa de los Giacomuzzi. Fue entonces cuando le explicó por qué escapaba de las SS. Desde el armisticio, cuando abrió las puertas de la prisión de Mortara, lo cual permitió la huida de miles de prisioneros de guerra aliados, había utilizado sus contactos en la resistencia para ayudar a varios hombres a llegar a Suiza atravesando los Alpes o a unirse a las

fuerzas aliadas desplegadas en el sur.

Ante la imposibilidad de que Detalmo volviera a Brazzà, decidieron que intentaría llegar a Roma, donde podría desaparecer y desempeñar un papel activo en el movimiento clandestino emergente. Por su parte, Fey insistió en quedarse en Brazzà. Era lo mejor para los niños y estaba convencida de que podría manejar a las tropas de ocupación. Además, si estaba allí, podría proteger la casa y a los *contadini* de los alemanes. Detalmo aceptó a regañadientes. Le dijo que era decisión suya, pero insistió en que se fuera a Frassanelle al menor indicio de peligro.

A la mañana siguiente, Nonino volvió con el carruaje. Pese al riesgo de ser descubierto por los alemanes, Detalmo estaba decidido a entrar a hurtadillas en Brazzà para despedirse de los niños. «Nonino nos dejó en el pequeño camino que atravesaba la finca —recordaba Fey— y nos colamos por una valla rezando para que no nos vieran. La valla daba al huerto, y desde allí pudimos llegar a la casa cruzando un pequeño bosque. En cuanto entramos, fui a buscar a Ernesta y Cilla, nuestras sirivientas.[22]"Recordad: no habéis visto a Detalmo", les dije. "Si los alemanes preguntan por un desconocido, decidles que era un viajante." Era terriblemente peligroso, pero mereció la pena. Los niños estaban encantados con el secretismo de la visita y todos pasamos un feliz día juntos, con las puertas y las ventanas de nuestra habitación cerradas a cal y canto. Cuando oscureció, Detalmo escapó por el huerto y llegó a la carretera, donde lo esperaba Nonino con *Mirko* y el carruaje. Utilizando documentación falsa, partió hacia Roma. Me sentía orgullosa de él, aunque eso significara que ahora estaba sola con los niños.»

11

A fin de proteger a sus dos hijos y a los *contadini* que trabajaban en la finca, Fey decidió entablar relación con los alemanes. Ansiosa por no levantar sospechas a consecuencia de las actividades clandestinas de Detalmo, se esforzó en ser lo más servicial posible.

Había unos cuarenta aviadores viviendo en la casa y en barracones improvisados alrededor del parque. Estaban destinados en Campoformido, un aeródromo cercano, y su trabajo era controlar a los aparatos aliados que sobrevolaban la región y coordinar la distribución de aviones y suministros a las bases de la Luftwaffe situadas más al sur.

Fey mantenía contacto sobre todo con los dos altos mandos, el comandante Ottokar Eisermann y el teniente Hans Kretschmann. En el comandante Eisermann encontró una figura comprometida. Según reconocía, hacía más fácil la rutina del día a día bajo la ocupación alemana: «Fui afortunada de tener un comandante con el que me llevaba bien. Eisermann, un hombre de mediana edad, robusto y de movimientos lentos, sentía debilidad por las mujeres. Consideraba un deber ayudarme y protegerme y a menudo me dedicaba pequeños cumplidos al estilo del siglo pasado. Sus obligaciones sociales, incluidas las reuniones vespertinas y nocturnas con el resto de los oficiales, le parecían un aburrimiento. Lo que más le gustaba era el paseo matinal por el parque, donde caminaba lentamente con las manos a la espalda y se exaltaba al ver un árbol exótico o una flor desconocida».

En cambio, Kretschmann, mucho más joven y edecán del comandante, tenía un carácter muy distinto. Alto, esbelto, con unos intensos ojos azules y pómulos prominentes, era el mando político de la unidad. Su trabajo consistía en adoctrinar a los aviadores en la ideología nazi y reforzar la moral para el combate

por medio de entrenamientos y charlas semanales. Al igual que Eisermann, Kretschmann era escrupulosamente cortés con Fey. Sin embargo, desde el principio ella mostró recelos: «Educado por los nazis y embebido de su propaganda, Kretschmann carecía de flexibilidad de pensamiento. No creo que tuviera una sola idea independiente en la cabeza. Había aprendido sus opiniones en la escuela, en las Juventudes Hitlerianas y en la academia militar. Aunque era socialmente adepto, me parecía que su caballerosidad era una herramienta que había aprendido y cultivado para ascender. A diferencia de Eisermann, en él no era algo natural ni lo había aprendido a través del ejemplo de su familia. Por tanto, existía el peligro de que, en una crisis, Kretschmann desechara aquellas virtudes con tanta rapidez como las había adquirido».

Claramente ambicioso, Kretschmann mantenía una estrecha relación con los hombres que tenía a su cargo. Bebía mucho y los llevaba a bares de la zona en los que, después de cenar, se subía a una mesa y bailaba claqué entre aplausos entusiastas. Pero también era proclive a la depresión y su temperamento volátil era otro motivo de desconfianza para Fey.

Aunque no tardó en entablar buenas relaciones con los alemanes, la animosidad de estos hacia los italianos la dejaba en una posición incómoda. Profundamente resentidos por haber sido reclutados para defender Italia después de que sus ciudadanos los traicionaran, su ira se veía agravada por el gran número de desertores del ejército italiano, que preferían dejar en manos de las fuerzas alemanas la derrota aliada. A los aviadores los enfurecían aún más las acciones de los partisanos contra el personal militar alemán. Después del armisticio, los francotiradores habían matado a varios soldados en la zona. Otros habían perecido en emboscadas y ataques aleatorios contra centinelas apostados frente a almacenes militares y en las principales carreteras. La consecuencia era que, en presencia de Fey, de su personal doméstico y de los trabajadores de la granja, los aviadores hacían comentarios despectivos, repitiendo los chistes racistas en boga y tachando a Italia de «nación de pueblerinos y vendedores de castañas».

Con la salvedad de los fascistas que se habían beneficiado del

regreso de Mussolini, la aversión de los lugareños hacia los alemanes era igual de visceral. Las deportaciones, la incautación de alimentos y las amenazas de muerte o los castigos severos si contravenían los edictos de la ley marcial provocaban odio, acentuado por el temor que sentían.

Fey estaba atrapada en medio: «Mi posición como alemana no era muy cómoda en Brazzà. Por un lado, en la casa había gente de mi nacionalidad. Pese a sus defectos, a menudo los entendía. Por otro, debía mantener la distancia apropiada para un italiano hacia un invasor. Por ejemplo, a menudo me tentaba aceptar que los alemanes me llevaran en coche a Udine, pero, aunque tuviera muchísima prisa, lo rechazaba. Sabía que esos pequeños detalles podían dar una impresión equivocada».

A pesar de los esfuerzos de Fey por complacer a ambos bandos, el rumor de su estrecha relación con los alemanes no tardó en propagarse. Al principio, la gente recorría largas distancias para pedirle que intercediera con los altos mandos nazis, ya fuera en su nombre o, con más frecuencia, en nombre de un hijo o hermano que estaba a punto de ser deportado. «Creían que al ser alemana podía conseguir más que un italiano —escribió Fey—, pero se equivocaban. A menudo, las autoridades alemanas de Udine me trataban con más desconfianza que a los italianos. La palabra "von" en mi apellido indicaba que provenía de una familia aristocrática, y a los nazis nunca les habían gustado los aristócratas. Aunque me pasé horas visitando a oficiales alemanes, no pude salvar a nadie de la deportación, lo cual, evidentemente, hacía que los lugareños se mostraran más suspicaces conmigo.»

Brazzà pertenecía a la parroquia de Santa Margherita, que comprendía nueve pueblos, cuatro de ellos poco más que aldeas. Para la población de 3.160 habitantes, la vida había cambiado poco desde tiempos medievales y todo el mundo conocía los asuntos de los demás.[1]La pobreza de aquellas comunidades, en las que casi todo el mundo mantenía parentesco y aquellos que tenían una bicicleta o podían permitirse comprar ropa para una boda eran considerados ricos, hacía que, a falta de otra forma de entretenimiento, la iglesia y la vida de los demás fueran de gran

interés.[2]

En esas comunidades profundamente devotas, el sacerdote vigilaba de cerca la conducta moral de sus feligreses, de la cual informaba luego al Vaticano. Una vez al año debía rellenar un cuestionario enviado por la Santa Sede a todos los sacerdotes de las parroquias en el que se preguntaba por la actitud religiosa de su congregación. Sus respuestas para el año 1939, obtenidas en confesiones y gracias a su posición como máxima autoridad de la parroquia, revelan hasta qué punto se controlaba la vida de las personas:

> ¿Cuál es el porcentaje de asistencia a la iglesia en la parroquia? – *99 %*.
>
> ¿Hay algún grupo en la parroquia que esté en contra del catolicismo o difunda propaganda anticatólica? – *No, aparte de dos ancianos infantiles que se han convertido en objeto de mofa*.
>
> ¿Cuál es la conducta moral de los parroquianos? – *Entre los jóvenes reina un espíritu de indiferencia, que es un reflejo de los tiempos que corren, y están aflorando comportamientos libertinos.*
>
> ¿Las mujeres llevan ropa provocativa? – *Sí.*
>
> ¿Las mujeres vestidas indecentemente se mantienen alejadas de la iglesia? – *Algunas*.
>
> ¿En la iglesia entran mujeres con la cabeza destapada? – *No.*
>
> ¿Existen escándalos públicos o privados? – *Sí, por virtudes laxas entre las mujeres.*
>
> ¿Cómo se está gestionando todo esto? – *Se está hablando con sus madres y se trata el tema en los sermones.*
>
> ¿Hay groserías o alcoholismo? – *Algunos.*
>
> ¿Hay uniones de concubinato? – *Sí, tres.*
>
> ¿Cuál es el promedio de nacimientos ilegítimos por año? – *Cuatro.*
>
> ¿Sigue existiendo el espíritu de familia? – *Sí.*
>
> ¿La gente sigue recitando el rosario? – *Sí, excepto cuando están trabajando en el campo.*
>
> ¿Hay judíos en la parroquia? – *No.*
>
> ¿Hay prácticas supersticiosas y sesiones de espiritismo? – *No, pero aún se mantienen algunas supersticiones locales*.[3]

La cultura de esos informes significaba que en Brazzà, conociendo las verdaderas lealtades de Fey, los *contadini* le facilitaban información que luego ella debía ocultar a los alemanes. Sabía dónde se ocultaban los desertores, sabía qué

terratenientes escondían a prisioneros aliados en los bosques de sus fincas e incluso conocía los nombres de algunos sacerdotes que habían organizado los incipientes grupos de resistencia de la zona. Aunque la conmovía la confianza que depositaban en ella sus empleados, eso significaba mentir a Eisermann y Kretschmann cuando le preguntaban por determinadas personas o por los escondites que podían estar utilizando los desertores y los prisioneros de guerra aliados.

Sin embargo, el hecho de que dos oficiales confiaran en ella era una prueba de que su estrategia estaba funcionando. De forma calculada, había intentado convencerlos de que simplemente era una madre joven e ingenua: «Siempre que se hablaba de la guerra o de los nazis, procuraba no opinar. En parte era una estrategia y en parte obedecía a que no confiaba en mí misma. Sabía que debía evitar meterme en discusiones políticas por si se notaba mi odio hacia los nazis».

Además de la tensión por el doble juego que seguía con Eisermann y Kretschmann, Fey tenía otras preocupaciones. Discutía constantemente con Bovolenta, el capataz de la granja de Brazzà, que discrepaba de sus métodos. Era un hombre astuto de casi setenta años al que le molestaba recibir instrucciones de una mujer, sobre todo si era alemana, y Fey sospechaba que manipulaba el peso de las cosechas para vender los productos de la finca en el mercado negro.

También le preocupaban sus padres, que estaban en Alemania. Dado que las cartas privadas estaban prohibidas, no había tenido noticias suyas desde el armisticio. Los Aliados estaban bombardeando Berlín y Múnich, y estaba desesperada por saber si se encontraban bien. Cuando confesó su ansiedad al comandante Eisermann, este le dio acceso al correo militar siempre que se hiciera llamar soldado August von Hassell y utilizara un código postal del ejército.

«Aquí todo es un caos», escribió a su madre a finales de octubre. «Creo que Brazzà necesita mi ojo vigilante. La situación es bastante difícil; los italianos odian todo lo que sea alemán. No sé nada de vosotros, lo cual me preocupa mucho, sobre todo cuando

oigo hablar de esos aterradores ataques aéreos. Luego está la separación de mi querido marido, a saber durante cuánto tiempo. Y, por último, mi casa está ocupada por soldados, así que me he convertido en una inquilina en mi propio hogar, ¡una sensación de lo más desagradable!»

Almuth, que vivía con sus padres en Ebenhausen, respondió de inmediato. La carta empezaba con un críptico mensaje que confirmaba que el correo «oficial», esto es, el correo militar, era su única posibilidad de seguir en contacto: «Mi querido soldadito. Oficialmente, el correo funciona de nuevo, pero solo oficialmente. Dile a mi hermana [refiriéndose a Fey] que es inútil escribir directamente». A continuación, Almuth describía las razias aéreas en Múnich y Berlín. Si bien era reconfortante saber que su familia estaba viva, conocer sus aterradoras experiencias acentuó la ansiedad de Fey, a quien también preocupaba que, debido a la censura del correo militar, era imposible saber qué estaba sucediendo realmente o qué pensaban. No tenía manera de juzgar hasta qué punto estaban cerca su padre y su círculo de eliminar a Hitler o el grado en que la Gestapo representaba un peligro para él.

Por encima de todo, Fey echaba de menos a Detalmo. Llevaba casi un mes fuera, y en ese tiempo solo había recibido un mensaje suyo, entregado por un amigo que visitó Brazzà, para decirle que había llegado sano y salvo a Roma. Los mensajes entregados en mano eran el único medio de comunicación y las oportunidades escaseaban. Durante las largas noches que pasaba sola en Brazzà después de acostar a los niños, releía las cartas que le había enviado Detalmo desde Mortara solo para oír su voz: «Cariño, os echo mucho de menos a ti y a los niños. La larga estancia en Brazzà acabó tan repentinamente que apenas he tenido la oportunidad de notar que me la arrebataban [...]. Pequeña Fey, quiero que me sientas muy cerca de ti, siempre detrás de ti, así que no temas ni te sientas sola».

A principios de noviembre, Fey supo por el comandante Eisermann que un gran número de tropas serían destinadas a la zona. Tras las

persecuciones que se habían producido en Gorizia, en la zona oriental de Friuli, miles de hombres pertenecientes a la brigada comunista Garibaldi habían huido al oeste y estaban escondidos en las montañas situadas detrás de Brazzà. Ahora controlaban varias carreteras y pasos de montaña, lo cual ponía en peligro las rutas de suministro de la Wehrmacht que llegaban desde Austria.

Aquella noche, temiendo que la región estuviera a punto de convertirse en una zona de guerra, Fey, aterrada, escribió una nota a Detalmo en la que indicaba que ella y los niños deberían de abandonar Brazzà y reunirse con él en Roma. Casualmente, un vecino partía hacia la capital al día siguiente y prometió hacer entrega de la nota.

Fey no esperaba una respuesta rápida, pero, días después, mientras trabajaba en el jardín, vio a un desconocido harapiento acercándose por el camino.

Era una mañana fría y soleada de mediados de noviembre y los niños estaban jugando a su lado. Fey observó al hombre dirigirse hacia la puerta principal y lo oyó preguntar al soldado de guardia si estaba en casa. Al momento se dio cuenta de que pertenecía a la resistencia y estaba arriesgando su vida presentándose allí a plena luz del día. Puesto que los alemanes le permitían entrar y salir cuando gustara y no controlaban a sus visitantes, echó a correr por el césped y saludó al hombre como si fuera un viejo amigo para no despertar las sospechas del centinela.

En cuanto estuvieron a solas, el desconocido le contó que venía de Roma y traía una carta de Detalmo. Después, Fey lo llevó a sus aposentos, donde le garantizó que estaban seguros, y le ofreció comida tras su largo y peligroso viaje: «Me dio a entender que estaba en Friuli para contactar con los partisanos. Se quedó un rato y, después de la tensión que suponía intentar llevarme bien con los lugareños y los alemanes, fue un alivio poder hablar abiertamente con alguien de “fuera”. Hablamos de la guerra, de Detalmo y de si debía marcharme a Roma con los niños. Dijo que en la ciudad había mucha comida y que los ataques aéreos eran infrecuentes. También dijo que Detalmo nos echaba de menos y le gustaría que nos reuniéramos con él».

La carta de Detalmo, la primera que recibía Fey en un mes, revelaba que estaba participando en el movimiento clandestino de la ciudad:

> Me alegra mucho tener esta oportunidad para escribir. Todo este tiempo he pensado mucho en ti y nuestra separación se me ha hecho muy dura.
>
> No he visto a ninguno de nuestros amigos habituales y aquí nadie sabe de mi existencia. Mi principal labor será diplomática y probablemente necesitaré viajar. Por supuesto, todavía es pronto para saber nada con certeza. Hemos sido, y estamos siendo, muy activos en muchos sectores. Por lo que veo, ya no me dedicaré a cuestiones militares. Ello responde también a que no me apetece demasiado disparar contra soldados alemanes. Siempre pienso que llevan el uniforme de Hans Dieter.
>
> Todavía tenemos muchas dudas sobre la capacidad del barco político italiano para mantenerse a flote por sí solo. En cualquier caso, estamos aunando todos nuestros esfuerzos en una batalla total para que las cosas funcionen. Mi mejor amigo se encargará de la prensa y yo de los contactos en el extranjero. En mi tiempo libre sigo con la economía política, algunos artículos para Estados Unidos (propaganda) y otras cosas.
>
> En el sur de Italia los progresos son lentos, pero esperamos operaciones importantes en breve, lo cual aceleraría los acontecimientos. La crisis en Alemania es extremadamente grave y podría desembocar en cualquier cosa a partir de ahora y en cualquier momento. En pocas palabras: creo que volveremos a vernos antes de la primavera y que será para siempre.
>
> Si te sientes más segura aquí, esta es una oportunidad para que vengas en coche con los niños. Pero solo tú puedes juzgar qué es lo mejor. Al hacer tus deliberaciones, por favor, debes poner en primer lugar tu seguridad personal y la de los niños; en segundo lugar, la seguridad de nuestra casa y nuestras posesiones. No te dejes dominar por la pereza del traslado; el viaje en coche es fácil. En Roma hay mucha comida

[...].

Envíame respuesta sin dirección, sin nuestros nombres y sin citar lugares o personas. El portador de esta carta te indicará mi segundo nombre.

Cariño, te quiero y destacas en mis pensamientos como algo extremadamente grande e importante en mi vida. Me gustaría estar contigo y consolarte un poco. Esta es una gran revolución, como las otras grandes revoluciones de la historia. Debemos crear el nuevo mundo. Pensemos solo en esa difícil tarea y, sobre todo, en que trabajaremos juntos con los niños con la bendición de nuestro gran amor. Deja a un lado todos los pensamientos tristes [...],

GIUSEPPE

Todavía indecisa, Fey se quedó en Brazzà una semana más. Pese a las advertencias de Eisermann, el ataque contra los partisanos no se había producido y, aunque la posición de Fey con respecto a los alemanes y los italianos era incómoda, creía poder soportarla. Por más que añorara a Detalmo, estaba convencida de que Brazzà, y no Roma, era lo mejor para los niños, y no quería irse hasta que no hubiera otra alternativa. Mirando hacia delante, también consideraba improbable que Brazzà fuera bombardeada: «Aunque el frente llegara hasta Udine, era muy posible que Brazzà saliera indemne, porque no se encontraba en la carretera principal. Estaba segura de que los alemanes no resistirían ni combatirían en la llanura de Udine, sino que se retirarían a posiciones más defendibles de los Alpes».

El 29 de noviembre, el general Montgomery, comandante del 8.º Ejército británico, dirigió un mensaje a sus tropas a través de Radio London. Habían transcurrido más de dos meses desde que los Aliados desembarcaron en Salerno, Italia, y la tan cacareada «carrera de dos semanas» por la costa hasta llegar a Roma se había visto frustrada por las posiciones defensivas alemanas. El mensaje de Montgomery era una arenga: «Ha llegado el momento de expulsar a los alemanes desplegados al norte de Roma. Se han visto

superados y ahora podemos avanzar».[4]

Temerosa de perder totalmente el contacto con Detalmo si los Aliados ocupaban la ciudad, Fey partió hacia Roma a los pocos días. No se llevó a los niños. Si iban a trasladarse allí, su plan era volver a Brazzà a recogerlos.

Los alemanes habían requisado todos los vehículos de motor, incluyendo los taxis, y Fey se fue caminando desde Termini, la principal estación ferroviaria del centro de la ciudad. No había tenido la oportunidad de enviar un mensaje a Detalmo para anunciar que iba, y su llegada fue una gran sorpresa: «Cuando aparecí por la puerta, no podía creerse lo que estaba viendo. Fue maravilloso verlo y nos alegramos mucho de estar juntos otra vez. Nos habían pasado tantas cosas a los dos que parecía que hacía años y no meses que nos habíamos separado en secreto en el parque de Brazzà».

Detalmo vivía en un ala del *palazzo* de la familia en Via Panama con su hermana Marina, que había llegado desde Venecia. La calle, ancha y bordeada de árboles, se encontraba en un barrio elegante de la ciudad, cerca de las catacumbas de Santa Priscilla. Marina era la ocupante oficial y, puesto que los alemanes seguían buscándolo en el norte, Detalmo había mantenido en secreto su llegada a la ciudad. No aparecía cuando Marina tenía visitas y solo veía a amigos en los que pudiera confiar o a gente que, como él, estuviera fugada de las autoridades alemanas.

Cuando llegó Fey, la vivienda rebosaba actividad conspiratoria. Detalmo trabajaba para el Partito d'Azione, una formación política clandestina de centro-izquierda, ejerciendo de enlace con espías británicos y estadounidenses infiltrados en Roma. Su labor, que conllevaba la preparación del terreno para el gobierno democrático que esperaban instaurar cuando los alemanes fueran derrotados, era peligrosa. Varios amigos de Detalmo ya habían sido arrestados y confinados en la tristemente célebre prisión de Regina Coeli (Reina del cielo), situada a orillas del Tíber.

Un goteo de personas entraba y salía de la vivienda a todas horas del día y de la noche y todas las habitaciones servían a algún propósito clandestino. El garaje era una imprenta en la que se producían mapas con líneas de combate para ayudar a los prisioneros de guerra huidos a unirse de nuevo a las fuerzas aliadas desplegadas en el sur; el sótano se utilizaba como alojamiento para dos partisanos que dormían detrás de unos sacos de carbón; y en el segundo piso habían construido una habitación tapiada en la que podía esconderse la gente en caso de registro. Otras habitaciones, tal como describió Fey, se utilizaban como salas de reunión: «Se pasaban gran parte del tiempo debatiendo los detalles para ocultar a alguien. Había mucha gente que necesitaba escondite: partisanos, judíos y miembros de la escena política clandestina. Detalmo tenía buenos contactos en el Vaticano y logró que muchos pudieran guarecerse en conventos y monasterios. Puesto que aquellas propiedades pertenecían a la Santa Sede, eran extraterritoriales y gozaban de inmunidad diplomática con los alemanes».[5]

Fey pasó tres semanas en Roma, durante las cuales se deterioró la situación. A pesar del mensaje de Montgomery a las tropas, ni el 8.º ni el 5.º Ejército estadounidenses, que combatían juntos, pudieron penetrar en las líneas alemanas. A mediados de diciembre, ambos ejércitos se atrincheraron en una posición vulnerable a los pies del monasterio de Monte Cassino para pasar el invierno.

Para Fey y Detalmo era obvio que los alemanes difícilmente se retirarían de Roma tal como especulaba la gente semanas antes. «Nos pasamos horas discutiendo si debía ir a Roma con los niños o quedarme en Friuli», escribió Fey. «Con tanta incertidumbre era muy difícil tomar una decisión; las cosas podían cambiar drásticamente de un momento a otro. La situación alimentaria en Roma era inestable y nadie sabía cuánto tiempo seguirían llegando suministros del campo, que se hallaba sitiado. La propia Roma podía convertirse en una zona de guerra en cualquier momento. Pero lo que al final nos hizo decidirnos fueron las actividades secretas de Detalmo, que, en caso de ser descubiertas, nos pondrían a todos en peligro si estábamos en Via Panama. Por tanto,

descartamos la idea de establecer la base de la familia en Roma.»

Fey regresó a Brazzà el 17 de diciembre. La situación en el vecindario era tranquila y estaba encantada de volver a casa por Navidad con los niños: «Fue la primera en la que Corradino y Robertino eran lo bastante mayores para apreciarla. El día después de mi llegada se emocionaron mucho y empezamos a decorarlo todo. En Nochebuena puse un árbol grande en el salón. Cuando Nonino encendió las velas, abrí las puertas y entraron los niños con una sonrisa de oreja a oreja, seguidos de las sirvientas, Mila y Ernesta, y finalmente los oficiales alemanes. Me daban lástima porque estaban muy lejos de casa y pensé que se animarían si los incluía en nuestro círculo familiar. Uno de ellos incluso vino disfrazado de Papá Noel, cargando con el tradicional saco a la espalda».

A partir de ahora, el contacto con Detalmo sería intermitente. Los Aliados estaban bombardeando los trenes que entraban y salían de Roma, lo cual dificultaba que los correos entregaran cartas y mensajes. «No sé qué está ocurriendo. No tengo noticias tuyas desde hace mucho tiempo», escribió Detalmo un mes después de que partiera Fey. «Es muy preocupante porque quiero saber cómo estáis tú y los niños. Sin noticias me siento muy aislado [...]. Recibí los negativos que me diste, lo cual es un gran consuelo. ¡Los abrigos de los niños hechos con el uniforme del abuelo Tirpitz aún les quedan un poco grandes! Corradino muestra cierta serenidad y confianza, mientras que Robertino parece enfadado por que lo estén fotografiando. ¡Es muy gracioso! Un abrazo y un beso de todo corazón.»

Fey había decidido quedarse en Brazzà mientras durara la guerra. Todos sus temores giraban en torno al hombre al que amaba y los riesgos que entrañaba su asociación con él. Pero, tal como demostrarían los acontecimientos del año siguiente, aquellos temores eran infundados. El verdadero peligro acechaba en el único lugar en el que creía que ella y los niños estarían seguros.

12

El invierno transcurrió sin incidentes. «No oímos nunca un arma ni el silbido de una bomba, mientras que, en casi toda Europa, los bombardeos y la maquinaria de terror nazi formaban parte de la vida cotidiana de la gente», escribió Fey.

En la primavera de 1944, el general de división Ludolf von Alvensleben fue nombrado Polizeiführer (comandante de las SS y la policía) de Udine. En su día agregado al Einsatzgruppe D, el tristemente célebre escuadrón de la muerte de las SS, Alvensleben se había visto implicado en algunos de los peores excesos del dominio alemán en Rusia.[1]Las actividades homicidas de su unidad en Crimea eran detalladas en comunicados enviados periódicamente a Berlín. «En el período que nos atañe —señalaba un oficial en la primavera de 1942—, se han cosechado más éxitos en relación con la detención y eliminación de elementos poco fiables gracias a la extensa red de informantes secretos [...]. Entre el 16 y el 18 de febrero, 1.515 personas fueron fusiladas: 729 judíos, 271 comunistas, 74 partisanos, 421 gitanos y elementos asociales y 20 saboteadores.»[2]

Al principio de la guerra, Alvensleben había combatido en Polonia, donde presuntamente mató a 4.247 polacos en los meses posteriores a la invasión alemana.[3]

Fey no disponía de información sobre su pasado, pero sabía que pertenecía a una vieja familia prusiana a la que sus padres conocían. Con la esperanza de poder aprovechar ese contacto para conseguir una prórroga para los italianos amenazados con la deportación, lo invitó a tomar un té: «Sabiendo que era el líder de las SS y la Gestapo, mencioné a un abogado de la zona llamado Feliciano Nimis y le dije que su deportación a Alemania tendría consecuencias desastrosas para su familia. Para mi sorpresa,

Alvensleben accedió y la orden fue revocada».

Segura de que podría convencer al general de brigada de que pospusiera la deportación de otros miembros de la comunidad, Fey le extendió más invitaciones. Según pudo averiguar, Nimis fue su único éxito. Sin embargo, los *contadini* que trabajaban en los campos tomaron nota de la presencia del coche del jefe de las SS en Brazzà.

Semanas después del nombramiento de Alvensleben, las SS empezaron a practicar redadas en los pueblos que rodeaban Brazzà. Los lugareños los llamaban *rastrellamenti*. Buscando a hombres de entre dieciocho y cuarenta y cinco años, los soldados iban casa por casa y peinaban bosques y granjas.

Durante los meses de invierno, los alemanes habían intentado reclutar a hombres en edad militar. Presionados por los Aliados en el sur, necesitaban reservas para la Wehrmacht y para los batallones de trabajo que debían construir las líneas defensivas en puntos estratégicos de toda la Italia central. Se emitieron órdenes reiteradas para que los hombres se presentaran en las oficinas de reclutamiento, pero habían aparecido pocos y los registros iban encaminados a sacar a los que permanecían escondidos.

Los grupos de búsqueda de las SS partían de almacenes de Udine. «Al pasar esta mañana por delante del cuartel he visto diez camiones formando un convoy», anotó en su diario Umberto Paviotti, un habitante de la ciudad, el 10 de mayo. «Cada uno llevaba unos diez alemanes a bordo, armados hasta los dientes y con una ametralladora montada encima del vehículo. La parte trasera de los camiones iba vacía.»[4]

Paviotti, de cuarenta años, estaba exento del servicio militar y su trabajo como inspector hidrológico le permitía moverse libremente con su bicicleta. Días después pasó por delante de la escuela que las SS habían confiscado para encarcelar a los hombres detenidos en los pueblos. «Hay unos quinientos», escribió. «Puedes verlos gritando por la ventana. Fuera hay multitud de mujeres tratando de ver a sus hijos y maridos. Tres o cuatro alemanes y una

veintena de esos malditos fascistas los tienen retenidos [...]. He oído que los reclutaron por la fuerza cuando salían de la iglesia, de los bares y de sus casas. Los alemanes cogieron lo que se les antojó y se llevaron a los hombres [...]. En Nimis y Qualso, unos cuantos obligaron a los aldeanos a abandonar sus casas con la ayuda de los fascistas. Los hicieron rehenes mientras registraban todas las casas y se llevaron cualquier objeto de valor: dinero, oro, plata, ropa, etc.»[5]

Los pueblos se encontraban en un radio de quince kilómetros alrededor de Brazzà. En la diminuta aldea de Feletto se llevaron a los jóvenes, veintiséis en total.

En plena cacería de las SS, las fuerzas armadas alemanas eran cada vez más visibles en la zona. En Campoformido, la base de la Luftwaffe situada cerca de Brazzà, se prohibió a los campesinos que fueran al campo. «Los alemanes están fabricando aviones y baterías antiaéreas de madera alrededor del aeródromo para engañar a los aviones de reconocimiento aliados que sobrevuelan la zona», escribió Fey a su amiga Santa Hercolani.[6]«Los lugareños dicen: "¿En qué están pensando? ¿Esperan que los Aliados lancen bombas de madera a esos aviones de madera?".»[7]

Los partisanos también estaban intensificando su actividad. Atacaron puentes ferroviarios y subestaciones de electricidad y mataron a numerosos fascistas. En Povoletto, un pequeño pueblo situado diez kilómetros al norte de Udine, los partisanos afeitaron la cabeza a siete mujeres por acostarse con soldados alemanes.[8]En aquella atmósfera febril circulaban historias disparatadas. «La gente dice que Mussolini está fabricando un arma de destrucción masiva en Venecia que disparará un terrible rayo de la muerte a 3.000 kilómetros de distancia y hará que gane la guerra», decía Paviotti. «Según la radio, los soldados aliados han lanzado una gran ofensiva en el sur. La gente está ansiosa por conseguir más información, pero sabemos muy poco y entendemos aún menos.»[9]

La noche del 14 de mayo, los aviones aliados empezaron a bombardear la región. «A las cuatro de la madrugada oímos tres grandes explosiones en Udine», escribió Fey a Santa. «Al día siguiente oímos las sirenas antiaéreas y ruido de ametralladoras

proveniente del aeropuerto. Se vieron bombarderos ingleses volando muy bajo cerca de Udine y luego los cazas que los acompañaban dispararon sus ametralladoras hacia tierra. Varios aviones alemanes los atacaron y presenciamos un feroz combate en el cielo. Por suerte, ninguno de los aviones fue abatido, pero fue impresionante. Al cruzar un pueblo cercano vi que alguien había escrito "Dios maldiga a los ingleses" en una pared. Después de los bombardeos en el norte y esto último, la gente está poniéndose en contra de los británicos y los estadounidenses y a favor de los rusos, y miles de personas se han unido a los partisanos comunistas. Encima, hace un calor sofocante y las tormentas amenazan con destruir la cosecha de heno. Nuestros *contadini* están tensos y tristes cuando van al campo.»[10]

Los *contadini* dependían de estas cosechas para alimentar a sus animales todo el año. Con frecuencia llegaban granizadas y tormentas eléctricas desde las montañas y en Brazzà, los campesinos aún recurrían al sistema de alarma utilizado durante siglos. En los pueblos aislados de las montañas se anunciaban las tormentas con tañidos de campanas. Al oír el aviso, los aldeanos también hacían sonar las campanas de su iglesia, una señal para que los *contadini* fueran a los campos a hacer todo lo posible por recoger el heno o proteger las cosechas. De ese modo se transmitía el aviso de la proximidad de una tormenta desde las montañas hasta las laderas y toda la llanura, y el estridente clamor resonaba desde los campanarios de todos los pueblos.

El tiempo cambió el 16 de mayo, la noche que los aviones aliados bombardearon de nuevo las subestaciones eléctricas situadas cerca de Trieste. «La tormenta finalmente llegó ayer noche», escribió Fey a Santa. «Muy poca lluvia, pero fuertes truenos y muchos relámpagos. Los niños estaban despiertos, ya que sonaron las campanas de los pueblos antes de que empezara. Cuando dejaba de tronar oíamos fuertes explosiones en las montañas. Por supuesto, los niños estaban muy asustados. Pasé varias horas con ellos y al final conseguí dormirlos cantándoles su canción de cuna preferida.»[11]

> Les cantó «Canción de cuna» de Brahms, con su estribillo: «Duérmete, mi amor / duerme bajo el rosal / con las manos en cruz / apoyadas en tu corazón / que mañana con Dios / tú te despertarás».

El 24 de mayo, la muerte de dos soldados alemanes a las afueras de Premariacco, a ocho kilómetros de Brazzà, acrecentó las tensiones en el vecindario. Al día siguiente, Umberto Paviotti habló con los residentes. «Las consecuencias de todo esto son inimaginables», afirmaba uno de ellos. «La gente dice que los alemanes cerrarán el pueblo, arrestarán a todos los hombres y tomarán represalias sin sentido contra los inocentes.»[12]

Las SS llegaron al pueblo al día siguiente y registraron todas las casas. «En una encontraron armas y ordenaron a la mujer que buscara inmediatamente a su marido y su hijo —escribió Paviotti —, pero no sabía dónde estaban, así que le pegaron dos tiros, rociaron la casa con gasolina, le prendieron fuego y lanzaron a la mujer moribunda a las llamas. La gente decía que la oyó gritar y luego se hizo el silencio.»[13]

Dos días después no habían encontrado al culpable de la muerte de los dos soldados alemanes, así que Alvensleben consideró que había llegado el momento de dar ejemplo.

El 28 de mayo, Día de Pentecostés, el teniente Kitzmüller se encontraba en el cuartel general de las SS en Udine cuando su superior inmediato, el comandante Moller, le pidió que eligiera a treinta prisioneros arrestados en los pueblos para fusilarlos. «Me quedé sin palabras e incluso Moller, que estaba acostumbrado a esas cosas, parecía un poco alterado. Cuando aduje que no teníamos tantos detenidos que merecieran ser ejecutados por sus delitos, repuso bruscamente: “Espero que entre quinientos prisioneros encuentre a treinta candidatos para la condena a muerte”. Luego me ordenó que me fuera. Al principio no podía aceptar aquella terrible orden y consulté al menos veinte veces el registro sin encontrar a un solo candidato. Entonces decidí hablar de nuevo con Moller y decirle que no había podido identificar a nadie. Lo hice con la esperanza de que se lo encomendara a otro.

Cuando le dije que no había encontrado a nadie adecuado, declaró: "Tonterías. Sus delitos son irrelevantes. Necesito gente para un acto de represalia que siembre el terror".»[14]

Eligieron veintiséis prisioneros, trece de ellos oriundos de la aldea de Feletto Umberto, limítrofe con la finca de Brazzà, que se darían a conocer como los «Trece mártires de Feletto Umberto». Había dos jóvenes de veintiún años, tres de veinte, cinco de diecinueve y tres de dieciocho. Ninguno de ellos estaba implicado en la desaparición de los soldados alemanes. Fueron detenidos el 9 de mayo y estaban en la cárcel de Udine cuando se produjeron las muertes.

Alvensleben se ocupó de la selección final. El objetivo de despojar a Feletto Umberto de sus jóvenes era lanzar una advertencia a los vecinos. La aldea tenía un dilatado historial de acciones subversivas contra los fascistas, y los chicos pertenecían al Grupo Juvenil, una organización partisana dirigida por comunistas. Además, originalmente los detuvieron porque un informante había desvelado su escondite. El mensaje que quería transmitir Alvensleben era que las SS eran omnipotentes: ningún refugio era seguro.

El número de prisioneros seleccionados y la fecha y la forma de ejecución estaban concebidos para provocar el máximo terror a una población cuya vida diaria giraba en torno a sus creencias religiosas. Los hombres serían ejecutados en dos grupos de trece: el primero en Premariacco, donde habían muerto los soldados alemanes; el segundo, en San Giovanni al Natisone, un pueblo situado más al sur. El trece poseía una importancia religiosa: en la Última Cena habían participado trece personas. La fecha elegida por Alvensleben para su ejecución también era simbólica: el 29 de mayo, lunes de Pentecostés, una festividad de suma relevancia espiritual en los pueblos, ya que era el día en que el Espíritu Santo había descendido para conceder su llama a los doce apóstoles para que pudieran salir a difundir su fe. Las festividades solían alargarse todo el fin de semana. Los sacerdotes de los pueblos, enfundados en vestiduras rojas que simbolizaban la llama del Espíritu Santo, esparcían pétalos de rosa por las calles, se liberaban palomas y se

celebraban banquetes al aire libre en largas mesas dispuestas en las plazas. Sobre todo, era un momento de renovación en el que los lugareños celebraban la nueva vida que insuflaba el Espíritu Santo en su fe.

Los alemanes no anunciaron las ejecuciones. La mañana del 29 de mayo aparecieron de improviso en Premariacco y San Giovanni al Natisone.

En la *piazza* de Premariacco —el lugar elegido para la ejecución de los trece hombres de Feletto Umberto— aún había pétalos de rosa en el suelo. Situado a veinticinco kilómetros de Brazzà, el pueblo, como tantos otros de la región, era uno de los más pobres de Italia. Los pétalos eran las únicas salpicaduras de color en un lugar que la pobreza había vuelto monocromático. Las calles que surcaban el pueblo, cubiertas de barro en invierno y de polvo en verano, no estaban asfaltadas; las casas, construidas con piedras encaladas extraídas del lecho de un río cercano, no tenían fachadas de escayola; las contraventanas de madera, podridas y desgoznadas, estaban sin pintar. Dentro de las casas, con la salvedad de los crucifijos y las imágenes bordadas del Sagrado Corazón, las bastas paredes estaban desnudas.

Vittorio Zanuttini, un peón de granja, vivía en una casa situada cerca de la plaza: «Hacia las ocho de la mañana, unos soldados alemanes me dieron el alto en la *piazza* y me ordenaron que supervisara los preparativos de una ejecución. Aterrorizado, fui corriendo al ayuntamiento a pedir explicaciones al secretario del alcalde, que me aconsejó que acatara órdenes. Un teniente alemán que cargaba con varios trozos de cuerda me llevó a la Osteria ai Cacciatori, el bar del pueblo, donde me enseñó a hacer los nudos para las sogas. Me dijo que, si no resistían, yo también acabaría en el patíbulo. Entretanto, en la plaza del pueblo los soldados estaban obligando a los transeúntes a colocar las vigas que le habían pedido al alcalde».[15]

La sencilla estructura del patíbulo consistía en una sola viga clavada a dos pilares como si fuera una portería de fútbol. Luego tuvieron que buscar un banco para que se subieran los condenados, así que enviaron a una persona a la iglesia. Mientras un grupo de

soldados supervisaba la construcción del patíbulo, otro peinaba el pueblo. Solo quedaban mujeres, niños y ancianos, que fueron sacados de los campos en los que estaban trabajando y de sus casas y llevados a la fuerza a la plaza del pueblo para presenciar los ahorcamientos.

Vittorio Zanuttini estaba en la plaza cuando llegaron los camiones con los trece hombres de Feletto Umberto. «Hacia las 9.30 entraron dos camiones en el pueblo. Uno era civil y estaba pintado de rojo. A bordo viajaba un grupo de jóvenes vestidos con ropa de calle. Detrás iba un camión militar lleno de soldados alemanes fuertemente armados. Ordenaron a los jóvenes que bajaran del camión. Recuerdo que iban riéndose, charlando y fumando. No sé si pensaban que eran una cuadrilla de trabajo y que los alemanes les pedirían que construyeran algo en la *piazza*, pero desde luego no tenían ni idea de lo que les esperaba. De repente, un oficial alemán dio una orden y a los pobres les ataron las manos a la espalda.»[16]

«Los muchachos llegaron bastante contentos», escribió otro hombre. «Creían que los llevaban a casa. Imaginad cómo se sintieron cuando el camión se detuvo delante del patíbulo y los soldados empezaron a atarles las manos a la espalda. Se pusieron a gritar que eran inocentes. Invocaron a sus madres e hijos y suplicaron un momento para poder escribir o rezar.»[17]

El sacerdote del pueblo preguntó a los alemanes si podía darles la extremaunción, pero se negaron, así que se acercó a una pared y ofició la absolución sin perder contacto visual con los hombres.

«Los obligaron a subirse al banco en fila», proseguía Zanuttini. «Sé que eran trece porque ese fue el número de sogas que me hicieron anudar los alemanes. Se las pusieron alrededor del cuello y de repente le dieron una patada al banco y quedaron colgados en el aire. Fue una escena repugnante que muchos tuvimos que presenciar porque los alemanes nos habían llevado a la plaza a punta de pistola.»

Por orden de Alvensleben, las SS dejaron los cuerpos de los trece hombres en el patíbulo hasta las cinco de la tarde siguiente

para que la gente pudiera ver lo que les sucedía a los partisanos. Centenares de personas de toda la región fueron a contemplar la macabra escena y conocer las historias que circulaban por el pueblo. Umberto Paviotti fue allí en bicicleta días después de los ahorcamientos: «El sacerdote de la localidad me contó que le habían prohibido dar a los chicos sepultura cristiana. Y alguien que estuvo presente en la ejecución me dijo que después, los alemanes caminaron alrededor de los cuerpos riéndose. También oí que cuando retiraron los cuerpos, acudieron dos partisanos, que cogieron la cuerda y juraron que ahorcarían a los alemanes con ella».[18]

La noche de las ejecuciones, un avión alemán impactó en el campanario de un pueblo cercano y se estrelló envuelto en llamas. Los habitantes lo interpretaron como un acto de Dios en venganza por las ejecuciones. «Los siete tripulantes subieron al cielo sin avión. ¡Qué lástima!», escribió Paviotti.[19]

Las represalias de Alvensleben continuaron. El 30 de mayo, las SS se llevaron a otros seiscientos hombres de pueblos cercanos a Brazzà. Por si las muertes de trece de sus hijos no eran suficiente para la aldea de Feletto Umberto, un contingente de mil alemanes y fascistas volvió cuatro días después de los ahorcamientos y arrestó a más hombres. Dos lugareños fueron abatidos, uno por intentar huir y el otro por atacar a los soldados.

Mientras los partisanos buscaban al informante que los había delatado, todas las sospechas recayeron en Fey. Varios *contadini* de Brazzà tenían relación con familias de Feletto Umberto y se habían filtrado historias de la confraternización de Fey con los alemanes: los tés con Alvensleben, la comida navideña que ofreció a los altos mandos de la Luftwaffe o su acceso al correo militar para enviar cartas. El hecho de que aparentemente no hubiera aprovechado su influencia con los alemanes, sumado a la información que poseía sobre el paradero de hombres escondidos por la zona, alimentó las especulaciones de que era una colaboradora. Los rumores se vieron agravados por el aislamiento físico de Brazzà respecto de la

comunidad. Puesto que habían aumentado los ataques contra las tropas alemanas desplegadas en la región, había centinelas en la carretera del pueblo y se cavaron trincheras fortificadas con grandes alambradas de espino en torno al perímetro del parque, lo cual infundía al lugar la apariencia de una fortaleza.

La situación se complicó aún más por la enemistad entre los diversos grupos de partisanos. Mientras que Brazzà y la zona situada al oeste estaban controladas por la Brigada Osoppo, formada por afiliados a partidos políticos liberales y de derechas, la zona situada al este, incluido Feletto Umberto, estaba controlada por los partisanos, mayoritariamente comunistas. Numéricamente, la Brigada Garibaldi superaba con creces a la Osoppo y estaba vinculada a grupos eslavos que también actuaban en la zona y tenían ambiciones territoriales en la región de Friuli-Venezia Giulia.

En la Brigada Osoppo, la lealtad de Fey era incuestionable; el primo de Detalmo, Alvise di Brazzà, lideraba uno de los batallones, y los hermanos Tacoli, Ferdinando y Federico, cuya familia era propietaria de la finca contigua a Brazzà, también eran figuras destacadas. «El trabajo de la Brigada Osoppo es valioso y valiente, pero no puedo ayudarlos», escribió Fey a Santa. «La presencia alemana aquí significa que debo resistir pasivamente. No puedo esconder o alimentar a la Brigada Osoppo como están haciendo otros terratenientes. Por otro lado, la Brigada Garibaldi me da miedo. La mayoría de sus miembros son comunistas y quieren expropiar todas las fincas de Friuli, así que guardo las distancias.»[20]

Poco después de los ahorcamientos de Feletto Umberto, Fey se enteró de que había sido incluida en la «lista negra» de la Brigada Garibaldi. Eso significaba que era un objetivo de los ataques que estaban orquestando contra los colaboradores. Habían quemado casas, destruido propiedades y asesinado a varias personas. En un intento por demostrar a la Brigada Garibaldi que sus simpatías estaban con los lugareños, pidió a Bovolenta, el capataz de la granja, que vendiera los productos de la finca a precios reducidos en los mercados, pero no sirvió de nada.

Con el paso de las semanas, Fey se sentía cada vez más fuera de lugar. Su única posibilidad de demostrar sus credenciales antinazis era aprovechar su influencia sobre los alemanes para impedir deportaciones. Pero, con la excepción del abogado Nimis, había fracasado. Se planteó abandonar Brazzà y regresar a la finca de los Papafava cerca de Padua, pero sin acceso al correo militar no tendría forma de comunicarse con su familia en Alemania y no podía soportar la idea de perder el contacto.

La situación se deterioró con gran rapidez. Colaboradores y alemanes eran asesinados diariamente y, en respuesta a las represalias de las SS, miles de personas estaban uniéndose a la Brigada Garibaldi en las montañas del este de Brazzà. Paviotti, cuyo trabajo como inspector hidrológico conllevaba visitas a pueblos remotos del valle, percibió el creciente apoyo al movimiento Garibaldi: «Incluso los niños conocen la palabra "*partigiani*", y los partisanos se mueven en esos pueblos día y noche, bien abastecidos por los habitantes. La gente dice que los comunistas pronto controlarán la zona. Incluso ahora, hombres de la Garibaldi armados con ametralladoras están bloqueando carreteras en las montañas. En respuesta a ello, los alemanes han empezado a requisar las bicicletas. Alguien dijo que necesitaban 20.000. Según se rumorea, están haciendo acopio para huir en caso de necesidad».[21]

Durante ese período, Fey, sumamente consciente del peligro que corría, tenía siempre a los niños cerca. «Cogía la manita de Corradino a un lado y la de Robertino, aún más pequeño, al otro. Estuviera haciendo lo que estuviera haciendo, venían conmigo: viendo a los animales, paseando por el bosque o reuniéndome con Bovolenta, el capataz. Cuando iba a ver a Alvise, el primo de Detalmo, se mofaba de mí y decía: "Aquí llega Cornelia, madre de los Graco", una referencia a la viuda romana que consagró su vida entera a la educación de sus hijos.»

Inevitablemente, los niños veían a muchos aviadores de la Luftwaffe en Brazzà, y en general Fey agradecía su amabilidad.

Llevaban regalos a los niños y los dejaban sentarse al volante de sus camiones. Sin embargo, había un oficial al que Corrado veía más de lo que a Fey le habría gustado, a veces sin que ella lo supiera. Se trataba del teniente Kretschmann, de cuyas firmes posturas nazis desconfió desde el principio. Como mando político de la unidad, pasaba el día en la casa en lugar del aeródromo de Campoformido, y su despacho daba al jardín. A menudo, si Fey y los pequeños pasaban por delante, salía e invitaba a Corrado a «utilizar» el teléfono, cosa que, según recordaba Fey, era «un motivo de eterna fascinación» para el niño de cuatro años.

Los niños, en especial Corrado, adoraban a Kretschmann, y cuando Fey tenía una reunión en la ciudad y se veía obligada a dejarlos en casa, le rogaban quedarse con él en lugar de Cilla y Ernesta, dos de las sirvientas.

Si Corrado desaparecía, Fey sabía dónde encontrarlo. «En una ocasión, Kretschmann me dijo que, en cuanto me daba la vuelta, Corradino llamaba a su puerta para preguntarle si podía jugar con los componentes eléctricos que había por el despacho. Si Kretschmann respondía que estaba ocupado y le pedía que volviera más tarde, Corradino decía solemnemente: "Claro, volveré en un rato", cosa que siempre hacía. Eran sus excursiones privadas. Robertino, en cambio, casi nunca se separaba de mí. Al fin y al cabo, solo tenía dos años y medio. Pero, si desaparecía, sabía que estaría en los establos con *Mirko*, el caballito blanco. Se pasaba horas hablando con él.»

Fey suponía que mientras los alemanes siguieran en Brazzà, ella y los niños estarían a salvo. Pero, el 3 de julio, la Brigada Garibaldi atacó una villa de una amiga suya en el pueblo vecino de Martignacco, que también estaba ocupado por los alemanes. Tras un enfrentamiento armado que se prolongó dos o tres horas, prendieron fuego a la casa. Aquel mismo día, tres kilómetros más al este siguiendo la carretera de Tavagnacco, los partisanos mataron a un hombre porque era «demasiado proalemán».

Al día siguiente, Fey escribió aterrada a su madre:

> La situación es cada vez más complicada para mí. Los partisanos comunistas me han incluido en su lista negra porque dicen que soy demasiado amiga de los alemanes. Por otro lado, los lugareños me aprecian porque saben que los ayudo siempre que puedo [...]. Pero si aparecen repentinamente los partisanos comunistas, ni se plantearán preguntar cómo me he comportado y qué he hecho. Por ese motivo, no sé qué hacer. Mi intuición me dice que me quede, y estoy segura de que eso será lo que decida al final. En cualquier caso, la única certeza es que no sé qué haría sin Nonino, mi apoyo constante.
>
> Ayer, durante un ataque, los partisanos quemaron la casa de Andreina.[22]Tenía alemanes allí. Últimamente, los partisanos de inclinación comunista suelen atacar viviendas. Les ocurrió a unos campesinos que viven cerca de aquí. Los partisanos se llevaron ropa de cama y libros, aduciendo que leer era innecesario. También querían prender fuego a la casa, pero los campesinos les suplicaron que no lo hicieran porque, de lo contrario, se quedarían sin un techo. Los partisanos dijeron: «De acuerdo. No sois los propietarios de la finca, tan solo campesinos, así que no la quemaremos».
>
> Yo sigo escondiendo las cosas más importantes. He enterrado la plata y Nonino me ayudó a cavar un agujero en el parque. Nuestros campesinos nos guardan los platos, los vasos y la ropa de cama, todo ello por si tengo que irme o los partisanos provocan un incendio.

No fue solo el ataque a la casa de su amiga ni saber que figuraba en la lista negra de la Brigada Garibaldi lo que motivó la ansiedad de Fey. Por muy decididas que estuvieran a eliminar a colaboradores y terratenientes ricos, era de todos sabido que las brigadas comunistas se veían limitadas por falta de armamento. Pero, días antes de escribir a su madre, Alvise di Brazzà, el primo de Detalmo, le había dicho que ahora había comandos británicos en la zona y que estaban abasteciendo y armando a los partisanos.

El sonido de los aviones la despertaba por la noche, y siempre justo antes de las doce. Sobrevolaban la casa a baja altura y oía la aceleración de los motores cuando viraban en busca de la zona de salto. Sin embargo, cuando se levantaba a mirar por la ventana, no podía verlos, pero sí atisbaba un tenue brillo naranja en el pico del monte Joanaz, el más cercano de la cordillera que formaba la ladera de los Alpes.

Los aviones eran Dakota, utilizados por las fuerzas especiales británicas y estadounidenses. Pintados de negro para reducir su visibilidad en el cielo nocturno, algunos contaban con arrestadores de llama adosados a los orificios de ventilación para ocultar aún más su posición. Dentro, unas cortinas opacas cubrían las ventanas para que las luces necesarias para el pilotaje y la orientación pudieran mantenerse encendidas.[23]

Despegando desde Foggia, una base aérea aliada situada en la mitad sur de Italia, los aviones facilitaban armas y otros suministros a una brigada de partisanos apostada en la cumbre del monte Joanaz. El brillo naranja que veía Fey eran las hogueras que prendían los hombres para orientar a los aviones.

En tierra firme había agentes británicos de la DOE para supervisar los lanzamientos. Con el nombre en clave de Coolant, la misión, que consistía en dos oficiales y un operador de comunicaciones, fue la primera que realizó saltos en paracaídas sobre Friuli.[24]Precipitándose desde una altura de 6.000 pies sobre las montañas que se elevaban al este de Brazzà, habían aterrizado la noche del 9 de junio.[25]

Los saltos dependían de si hacía una noche despejada y si había luna llena. Para garantizar que llegaran sanos y salvos, los partisanos habían saboteado varios kilómetros de torres de alta tensión, lo cual había dejado la zona a oscuras.

Trabajando detrás de las líneas enemigas, los tres hombres llevaban uniformes británicos, una precaución en caso de ser capturados. La Convención de Ginebra definía los derechos de los prisioneros de guerra: si eran atrapados llevando su uniforme, serían tratados como soldados y no como espías sujetos a una ejecución sumaria. Cada uno de ellos saltaba con un quintal de armas y suministros. Por lo demás, su supervivencia dependía del entrenamiento que hubieran recibido.

Se repartieron a todos los agentes de la DOE las normas para sobrevivir en territorio enemigo, inspiradas en la experiencia de misiones anteriores. El comandante Duncan, agregado a la Misión Cisco Red,[26]una operación desarrollada en la Italia central,

confeccionó una lista de indicaciones para los agentes que participaban en las operaciones italianas:

> 1. No te quedes nunca quieto: una noche y un día en una casa es suficiente.
> 2. No dejes que te vean niños y, si lo hacen, finge ser un alemán si llevas uniforme o un tío suyo si llevas ropa civil.
> 3. Si los partisanos dicen que se acercan 1.000 alemanes por la carretera, tranquilo. Pero si se ríen o están contentos, ¡cuidado! Tienden a confiarse.
> 4. No te fíes de nadie. Hay espías por todas partes.
> 5. Cuanto más pobre sea la casa, más segura es: las casas de los ricos son siempre fascistas.
> 6. Las mujeres que trabajan en el campo normalmente son fiables.
> 7. Si te ve un campesino escondido en sus tierras, pasará a tu lado y fingirá no haberte visto. Más tarde volverá y, si es solidario, te preguntará si tienes hambre y te dará comida. Si no lo hace, vete de allí rápidamente.
> 8. Cualquier granja en la que haya hombres jóvenes es segura; son desertores del ejército o de Alemania y su situación es tan complicada como la tuya.
> 9. Una vez que te hayas alojado y comido en su casa, estás a salvo; no se lo dirán a los alemanes, ya que les quemarían la casa por haberte dejado pasar la noche en ella.[27]

Haciendo frente a aquel entorno impredecible y peligroso, el capitán Hedley Vincent, el comandante de la Misión Coolant, que tenía treinta y cuatro años, había informado al equipo sobre la operación antes de despegar de Foggia.[28]El objetivo era afianzar el territorio dominado por los partisanos para atacar desde allí las líneas de suministro que llegaban a la Wehrmacht desde el Reich. Sin embargo, la prioridad inmediata era convertir a los partisanos en un contingente eficaz proporcionándoles armas, explosivos, comida y ropa, de los que carecían. Según reconocía Vincent más adelante: «La ejecución de la misión dependía por completo de la recepción de existencias en cantidades suficientes. No podíamos entrar en ciudades y pueblos. En muchos casos teníamos que luchar por ellas y luego defenderlas».[29]

Fue Vincent quien eligió el monte Joanaz como zona de salto.[30]El lugar, situado unos novecientos metros por encima del

nivel del mar, ofrecía seguridad ante ataques sorpresa, facilitaba la distribución de suministros y era aceptable para la tripulación de la RAF que tenía que ubicar la zona y recorrer el peligroso trayecto hasta allí.

Normalmente, las entregas se producían hacia la medianoche.[31]En Canebola, una aldea remota de solo diez o doce casas, Vincent y su equipo esperaban una señal de la BBC, el anuncio en clave de un lanzamiento inmediato. Después de ascender los trescientos metros hasta la cima del monte Joanaz, preparaban hogueras en forma de T. Al oír el rumor del avión, utilizaban una antorcha para dibujar la misma letra del código morse a fin de guiar al piloto hasta su objetivo.

El éxito de los lanzamientos dependía de la precisión del piloto. A un lado del monte Joanaz había un precipicio de novecientos metros y, si el piloto se anticipaba, los suministros se perdían. Tal como recordaba un oficial de la DOE, también intervenían otros factores: «No todos los paquetes lanzados desde un avión caen en el punto de recogida. Si las condiciones son propicias, un observador con buen ojo habrá contado el número de paracaídas que se han abierto y otros habrán marcado dónde han caído —otro argumento para que los lanzamientos se hagan en noches con luna—, pero algunos pueden verse arrastrados por corrientes de aire y caer demasiado lejos. Con suerte, serán descubiertos por la mañana, no siempre por los partisanos. Un error de unos pocos segundos por parte del piloto o tripulante puede desperdigar la carga.»[32]

Los lugareños aparecían siempre que se esperaba una misión. Después de posicionarse junto a las hogueras, recogían los paquetes en cuanto tomaban tierra.[33]Fardos de ropa y botas caían sin la ayuda de paracaídas y, según rememoraba un agente de la DOE, «con material en caída libre se convertía en una operación peligrosa».[34]Pero las armas, la munición y los explosivos descendían flotando en contenedores. Después los desataban de los paracaídas y los llevaban al pueblo hombres, mujeres y niños, que a menudo cargaban con un quintal a la espalda.

Los agentes de la DOE, que convivían con los partisanos,

sobrevivían gracias a su conocimiento de la zona y su lealtad, y llegaron a admirar su valentía y compromiso en la lucha contra los alemanes. «Uno de mis recuerdos más vivos —afirmaba un agente — es una larga fila de partisanos y gente amiga del pueblo que cargaba con un peso enorme a la espalda después de recoger el material de un lanzamiento que se había desperdigado por todo el monte Joanaz y ver a un niño de apenas cuatro años llevando unos pesados prismáticos del ejército hasta Canebola por unos senderos escarpados.»[35]

En julio y agosto, los lanzamientos se sucedieron casi a diario, solo interrumpidos por las oscuras noches de cuarto menguante.[36]En esos meses de verano llegaron en paracaídas otros cuatro equipos de la DOE. Los nombres de las misiones eran Sermon, Bakersfield, Ballonet y Tabella.

Mientras Fey yacía en la cama escuchando a los aviones volar en círculos, su ansiedad se centraba en la amenaza de los partisanos. Sabía que, en su anhelo por proteger a sus hijos, su casa y a las familias que trabajaban en la finca de su marido, estaba en el mismo saco que los alemanes.

13

Los pensamientos de Ulrich von Hassell nunca estaban muy lejos de su hijo menor, y a principios de julio volvía a sentir la necesidad de ver a Fey, quien, según creía, necesitaba «ayuda desesperadamente en su aislamiento».[1]Expresó su preocupación a un amigo en una de las últimas ocasiones en que se reunió con el resto de los conspiradores. Aquella noche, Hassell encontró al general Beck, el líder del grupo, con un talante pesimista, ya que había perdido la esperanza de derrocar a Hitler algún día.

Desde la primavera de 1943, cuando Henning von Tresckow fracasó en sus tres intentos de asesinato contra el Führer, las posibilidades de éxito eran aún más remotas. La derrota en Stalingrado supuso el comienzo de la larga retirada de la Wehrmacht y, con cada revés militar, Hitler viajaba cada vez menos. Se negaba a visitar hospitales militares o ciudades castigadas por los bombardeos, pues temía que esas imágenes le causaran lástima y, por tanto, lo volvieran débil.[2]Ahora evitaba a las multitudes a las que había recurrido para potenciar su imagen. Casi nunca hacía apariciones públicas y era prácticamente invisible, salvo para su séquito personal. Joseph Goebbels, su ministro de Propaganda y una de las pocas personas que lo veía de forma habitual, se percató de su bajo estado de ánimo: «Es trágico que el Führer se haya vuelto un recluso y lleve una vida tan insalubre. Nunca respira aire fresco. No se relaja. Se queda en el búnker, preocupado y pensativo».[3]

Hacía tiempo que Hitler ni siquiera visitaba Berlín. A medida que se marchitaba el poder militar del país, también lo hacía él. Desarrolló un temblor en las manos, arrastraba el pie izquierdo al caminar y su rostro adoptó una expresión turbada.[4]

Pero el único rayo de esperanza para Hassell y su círculo era

que ya no era necesario realizar «intentos desesperadamente aislados».[5]Si podían encontrar una manera de eliminar a Hitler, ahora existía un plan para derrocar su régimen.

El plan era uno que el propio Hitler había exigido para combatir la amenaza de la insurgencia civil. Temeroso de que los más de cuatro millones de trabajadores extranjeros de Alemania, la mayoría deportados a la fuerza desde países ocupados por los nazis, pudieran rebelarse, él y sus altos mandos militares habían ideado un plan de contingencia que llevaba por nombre en clave Operación Valquiria. Consistía en movilizar al Ejército en la Reserva en todo el Tercer Reich para aplastar un levantamiento.

Aprovechando ese contexto, Tresckow, en colaboración con el general Olbricht, que había trazado el plan de Hitler, lo adaptó a los propósitos de un golpe de Estado. Una vez muerto el Führer, podrían proclamar el estado de emergencia y atribuir su muerte a un intento de *putsch* por parte de las SS. Esa tapadera convencería fácilmente a los miembros de las fuerzas armadas de que estaban actuando contra un grupo de traidores de las SS que se habían vuelto contra su líder. Se arrestaría a autoridades del partido y a personal de las SS, y solo entonces se plantearía la operación como un golpe de Estado a gran escala.

Dado que en verano de 1943 Tresckow se encontraba con el Grupo de Ejércitos Centro en el Frente Oriental, el liderazgo de la conspiración recayó casi por completo en Claus von Stauffenberg, un joven teniente coronel que había servido en el Afrika Korps como oficial de operaciones del mariscal de campo y había obtenido la Cruz Alemana de oro. Habida cuenta de la renuencia de Hitler a viajar, tanto su asesinato como la planificación de Valquiria requerían a alguien en Alemania y, después de resultar gravemente herido en Túnez, Stauffenberg había sido incluido en el equipo del general Olbricht y trabajaba en el cuartel general del Ejército en la Reserva, situado en el centro de Berlín.

Stauffenberg, de treinta y seis años y sumamente atractivo, era a decir de todos un individuo de lo más valeroso. Tal como escribía Ilse von Hassell, era «el único con acceso a Hitler que poseía el coraje moral y la conciencia necesarios para ejecutar el

golpe de Estado e impedir así la destrucción total de Alemania».[6]Al igual que Tresckow y Hassell, él también provenía de una familia noble prusiana. Aunque al principio Stauffenberg admiraba la perspicacia militar de Hitler y estaba a favor de la invasión de Polonia, lo indignaron las atrocidades nazis contra los judíos. Como católico devoto, también se oponía a la supresión del catolicismo y otras religiones que propugnaba Hitler.

La planificación de Stauffenberg fue exhaustiva. Trabajando hasta altas horas de la madrugada en su casa de las afueras de Berlín, instauró las medidas civiles y militares que conllevaría la toma de poder: la detención de autoridades del partido, además de personal de las SS y la Gestapo, y la ocupación de ministerios, estaciones ferroviarias, centros de comunicación, instalaciones estratégicas y carreteras de acceso.[7]De manera incansable, rastreó los más altos escalafones militares y administrativos del Reich en busca de posibles reclutas. Pero seguía existiendo un obstáculo importante: matar a Hitler.

En los primeros seis meses de 1944, los asesinos de Stauffenberg ya habían urdido dos intentos. A principios de febrero, estaba previsto que Hitler asistiera a una exposición de uniformes militares en el Arsenal de Berlín, el mismo lugar donde el coronel Gersdorff intentó asesinarlo un año antes. Sabiendo que el teniente Ewald-Heinrich von Kleist, de veintiún años, ejercería de guía del Führer, le preguntó si se ofrecería voluntario como terrorista suicida. Kleist pidió un día para pensárselo y hablarlo con su padre, un vehemente opositor de Hitler. La respuesta fue categórica: en ninguna circunstancia debía perder la oportunidad de cumplir un deber tan vital. «El hombre que no aproveche semejante oportunidad no volverá a ser feliz nunca más», dijo su padre.[8]Sin embargo, la oportunidad de Kleist no llegó. Hitler reprogramó reiteradamente su visita a la exposición y al final no se produjo.

El segundo intento tuvo lugar un mes después. Esta vez, Stauffenberg reclutó a Eberhard von Breitenbuch, un joven oficial de caballería que tenía acceso a Hitler gracias a su puesto como edecán del mariscal de campo Busch.[9]Breitenbuch debía asistir a

una reunión militar en Berghof, la casa de Hitler en los Alpes bávaros, el 11 de marzo.

En lugar de utilizar un chaleco suicida, Breitenbuch, que era un tirador experto, decidió disparar a Hitler con una Browning 7,65 mm que llevaría en el bolsillo, una misión también suicida teniendo en cuenta que la comitiva de Hitler sin duda contraatacaría. Cuando se abrieron las puertas de la sala de reuniones, quitó el seguro de la pistola, pero en el último momento le prohibieron la entrada. El SS-Sturmbannführer que acababa de anunciar la llegada de Hitler lo hizo detenerse al grito de: «¡Por favor, nada de edecanes hoy!».[10]Luego, Breitenbuch tuvo que soportar una estresante hora preguntándose si su exclusión significaba que habían descubierto la operación.

El momento decisivo que había estado esperando Stauffenberg durante tanto tiempo llegó el 1 de julio, cuando fue nombrado jefe del Estado Mayor del general Fromm, comandante en jefe del Ejército en la Reserva. Ello significaba que a partir de entonces mantendría reuniones periódicas con el Führer. Stauffenberg tenía cuatro hijos de entre cuatro y diez años y otro en camino, pero, después de innumerables intentos de asesinato fallidos, llegó a la conclusión de que al ser una de las pocas personas con acceso al esquivo Führer, tendría que hacerlo él.

Hassell no participó directamente en la planificación de los intentos de asesinato contra Hitler por la sencilla razón de que no tenía acceso al objetivo. Sin embargo, fue elegido para el puesto de ministro de Asuntos Exteriores o secretario de Estado en caso de que prosperara el complot. A finales de 1943, él y Stauffenberg habían debatido la composición del posible gobierno.[11]La «camarilla» de Hassell con la que había conspirado para derrocar a Hitler desde el verano de 1939 lideraría el gobierno: el general Ludwig Beck sería el nuevo presidente o jefe de Estado y Carl Friedrich Goerdeler el canciller. Los nombres de los miembros del futuro gabinete fueron anotados en una lista que se convertiría en una condena a muerte cuando fuera descubierta por la Gestapo.

El jueves 20 de julio a las seis de la mañana llegó un coche del ejército a la casa de Stauffenberg en Wannsee para llevarlo a Rangsdorf, un aeródromo militar situado al sur de Berlín. Lo acompañaban su edecán, el teniente Werner von Haeften, y su hermano Berthold, un teniente de la Armada. Berthold solo iría hasta el aeródromo, pero Stauffenberg lo quería allí para aliviar la tensión. Delante del chófer no podían decir una palabra sobre la misión que ocupaba sus pensamientos, y avanzaron a toda velocidad por las afueras de la ciudad.[12]

La bomba, envuelta en una camisa en el maletín de Stauffenberg, pesaba alrededor de un kilo. Era del mismo tipo que habían utilizado en otros intentos de asesinato, con una espoleta británica que funcionaba rompiendo una cápsula de cristal llena de ácido. Este disolvía el cable de la espoleta y liberaba el percutor.[13]Stauffenberg se había cerciorado de que el cable de la espoleta fuera lo más delgado posible; el ácido lo consumiría en diez minutos. Con todo, el cálculo era aproximado. La rapidez con la que el ácido consumiría el cable se vería afectada en cierta medida por la temperatura y la presión atmosférica.

Haeften llevaba una segunda bomba escondida en su maletín.

La conferencia en el cuartel general del Führer en Rastenburg, Prusia Oriental, estaba prevista para la una en punto. Normalmente, el vuelo desde Berlín llevaba unas dos horas, pero hubo un retraso y Stauffenberg y Haeften no tomaron tierra en Rastenburg hasta las 10.15.

En la pista de aterrizaje los esperaba un coche para trasladarlos a las instalaciones de Hitler, conocidas como la Wolfsschanze («Guarida del Lobo»). El lugar, gris e imponente, se hallaba en las profundidades de un bosque, unos ochenta kilómetros al este de Königsberg, la vieja capital de los Caballeros Teutones.[14]El terreno, bajo y cenagoso, era un cementerio de cadáveres acumulados a lo largo de los siglos. En 1410 se había librado allí la batalla de Tannenberg, y los Caballeros Teutones, en aquel momento en la cúspide de su poder, habían sufrido una derrota aplastante. La Grande Armée de Napoleón se había retirado por aquellos pantanos en 1813 y, cuando estalló la primera guerra

mundial, dos ejércitos rusos al completo, rodeados y superados, se habían visto obligados a capitular en Hindenburg.

A lo largo de quince kilómetros, la carretera que salía del aeropuerto atravesaba un denso bosque. Hacía calor, con una temperatura que superaba los treinta grados, y Stauffenberg y Haeften estaban sudando profusamente. De camino tuvieron que detenerse en tres controles de seguridad de las SS y mostrar unos pases especiales que les habían expedido para la visita. La primera puerta, a unos tres kilómetros del centro del cuartel general, daba acceso a un extenso campo de minas y un anillo de fortificaciones, y la segunda a un gran complejo rodeado de alambrada electrificada.[15]Desde aquella puerta había ochocientos metros hasta otro control y luego doscientos hasta la entrada del complejo interior, el Anillo de Seguridad A, donde vivía y trabajaba Hitler. Se decía que los búnkeres, unos bloques sin ventanas y cubiertos con pintura de camuflaje, tenían muros y techos de seis metros de grosor y los guardias de las SS patrullaban la zona constantemente.[16]

Aunque Stauffenberg y Haeften no tuvieron problemas para acceder a aquel lugar amenazador, su preocupación era cómo escapar cuando estallaran las bombas. El plan era ser rápidos. Haeften no asistiría a la conferencia, y debía asegurarse de que su vehículo estaba listo para partir en cuanto explotaran los artefactos.

No obstante, ahora faltaban dos horas para el final de la reunión.

A las 11.30, Stauffenberg fue al despacho del mariscal de campo Keitel, jefe del Estado Mayor de Hitler, y repasaron los detalles de la presentación. El motivo oficial de la visita de Stauffenberg era informar a Hitler de la creación de dos nuevas divisiones en Prusia Oriental, que había ordenado el 19 de julio para bloquear el avance del Ejército Rojo. Mientras Stauffenberg informaba sobre el estatus de las divisiones, Keitel anunció repentinamente que la reunión se había adelantado una hora y se celebraría a las doce. Con solo quince minutos de margen, Stauffenberg, mencionando el calor y la humedad, preguntó si

podía lavarse y cambiarse la camisa en algún sitio. Un educado oficial le indicó dónde había un baño.[17]

Haeften estaba esperando en el pasillo y ambos fueron al baño a preparar las bombas. Stauffenberg, al que le faltaban la mano derecha y dos dedos de la izquierda, utilizó unas pinzas adaptadas para romper la cápsula de cristal y conectar el detonador mientras Haeften preparaba el otro artefacto.

Solo llevaban unos minutos allí cuando los interrumpió un sargento primero. La reunión con Hitler estaba a punto de empezar y lo habían enviado a buscar a Stauffenberg. Dijo que esperaría mientras terminaba lo que estaba haciendo. Más tarde testificaría que ambos estaban «manipulando un paquete».[18]

Aquella interrupción fue el primer revés. Sin apenas tiempo y con el sargento primero vigilándolos, Stauffenberg y Haeften no pudieron preparar las dos bombas. Guardando rápidamente el dispositivo inactivo, Haeften pudo evitar que el sargento los descubriera.

Con el único artefacto activado en su maletín, Stauffenberg salió detrás de su escolta sabiendo que en diez minutos explotaría.

La segunda desviación del plan se produjo segundos después. Normalmente, las reuniones militares se celebraban en el Führerbunker. Pero, debido al calor, la habían trasladado a una biblioteca cartográfica adyacente. Mientras que el búnker subterráneo era una estructura de cemento cuyas paredes contendrían y maximizarían la explosión, la biblioteca cartográfica estaba hecha de madera y tenía diez ventanales grandes, todos ellos abiertos. Una explosión allí sería considerablemente menos letal.[19]

Cuando Stauffenberg se aproximaba al refugio, pidió al oficial que lo acompañaba que lo situara lo más cerca posible de Hitler. Adujo que después de resultar herido en África había perdido audición y quería «oír todo» lo que dijera el Führer.[20]

La reunión ya había empezado cuando llegó Stauffenberg. El oficial pidió a los hombres que estaban sentados al lado de Hitler que le hicieran sitio y luego Keitel lo presentó como el coronel que informaría sobre las nuevas divisiones. Tras volverse para devolver

el saludo a Stauffenberg, Hitler retomó la reunión.

Cuando se hubo sentado a unos dos metros del Führer, Stauffenberg dejó el maletín en el suelo y lo empujó con el pie debajo de la pesada mesa de roble. Habían transcurrido tres minutos desde la activación de la bomba, de modo que estallaría en siete. Al cabo de aproximadamente un minuto se excusó. Tenía que llamar a Berlín, dijo. Era urgente, pero volvería en cuanto acabara.

Una vez fuera del refugio, fue corriendo a una oficina situada al otro lado del complejo, donde aguardaba el general Fellgiebel, jefe de comunicaciones en Rastenburg y también conspirador. En cuanto se produjera la explosión, Fellgiebel debía telefonear a Berlín para activar la Operación Valquiria y luego cortar todas las comunicaciones desde Rastenburg. Eso aislaría a la Guarida del Lobo del golpe de Estado que estaría desarrollándose en el resto de Alemania.

Stauffenberg y Fellgiebel esperaron tres minutos en la oficina. Entonces se produjo la atronadora explosión y se formó una densa columna de humo rosa. Segundos después apareció Haeften con el vehículo. Ahora la prioridad era escapar antes de que acordonaran el complejo. Cuando se alejaban, el coche pasó a cincuenta metros de la sala de reuniones; mirando entre los árboles, parecía que había quedado destrozada, y unos camilleros estaban sacando cuerpos.

En aquel momento empezaron a sonar alarmas. Habían puesto en marcha una alerta de máxima seguridad y los centinelas estaban reforzándose. Al llegar a la primera puerta, Stauffenberg y Haeften tuvieron suerte; conocían al vigilante y, tras una breve conversación, levantó la barrera y los dejó pasar. En la segunda, después de una leve demora mientras verificaban sus permisos, ocurrió lo mismo. Pero en el tercer y último control, un guardia entrometido se negó a autorizarles el paso: no se permitía a nadie entrar ni salir del complejo. Tratando de imponer su rango, Stauffenberg le replicó con un tono de «plaza de armas».[21]Aun así, el guardia insistió en que debía cumplir órdenes. Desesperado por escapar, Stauffenberg cogió el teléfono y llamó al edecán del

comandante de Rastenburg.

«Coronel Stauffenberg hablando desde puesto de control exterior sur», dijo. «Capitán, recordará que esta mañana hemos desayunado juntos. Debido a la explosión, el guardia se niega a dejarme pasar. Tengo prisa. El general Fromm me espera en el aeródromo.»[22]

Sin esperar respuesta, colgó y se volvió hacia el guardia. «Ya lo ha oído, sargento. Estoy autorizado a pasar.»[23]Pero el guardia insistió en recibir la orden personalmente y se produjo otra espera mientras llamaba al edecán del comandante. Finalmente, cuando le indicaron que Stauffenberg podía pasar, levantó la barrera. El coche puso rumbo a la pista de aterrizaje y Stauffenberg ordenó al chófer que se diera prisa. Cuando atravesaron el bosque, Haeften lanzó la segunda bomba por la ventanilla. A las 13.15 habían despegado e iban camino de Berlín.

14

Sus expresiones eran de conmoción. Era casi la una de la madrugada y Fey y los más de cuarenta miembros del Luftnachrichten-Regiment 200 estaban reunidos en el gran salón de Brazzà. Horas antes, para acallar los rumores de la muerte de Hitler, Goebbels había ofrecido un comunicado de emergencia en el que informaba de que el Führer había sobrevivido por poco a un intento de asesinato. En breve, Hitler transmitiría un mensaje. El calor de la semana anterior se irradiaba desde las paredes de la habitación mal ventilada, y los hombres, inmóviles y enfundados en sus uniformes grises, estaban sudando. Mientras esperaban en silencio, solo se oían los grillos del jardín y el zumbido de los mosquitos, atraídos por la luz que entraba por las ventanas.

A la una en punto, Hitler inició su retransmisión. Hablando con voz titubeante, parecía cansado y sin aliento. Fey percibió la tensión de aquellos hombres cuando estiraron el cuello para intentar discernir las palabras del Führer, apenas audibles por encima del ruido de los grillos.

«Mis camaradas, hombres y mujeres de Alemania —dijo Hitler —, no sé cuántas veces han intentado asesinarme. Si hoy me dirijo a vosotros es, en primer lugar, para que podáis oír mi voz y saber que estoy bien y, en segundo lugar, para que conozcáis un delito sin parangón en la historia alemana. Una reducida camarilla de oficiales ambiciosos, inmorales y al mismo tiempo criminales y estúpidos urdió un plan para eliminarme y, conmigo, al Alto Mando de la Wehrmacht al completo.»[1]

Fey estudió los rostros de los aviadores mientras Hitler describía el impacto de la bomba, que había estallado a tan solo dos metros de él. Iluminados por la lámpara de cristal que colgaba en el centro de la habitación, sus rostros eran macilentos y

transmitían ansiedad.

Ahora, la voz de Hitler sonaba con más fuerza y estaba llena de odio. En repetidas ocasiones denunció vehementemente a los conspiradores. Eran una «panda de traidores y destructores», un pequeño grupo de «criaturas indecentes, ambiciosas y despreciables» que pretendían «sembrar desesperación». Fey disfrutó oyendo su furia; el complot había fracasado, pero estuvo a punto de acabar con él: «Me invadió una sensación de triunfo. Por fin se había demostrado que aún había vida en el corazón de aquella nación de esclavos. Aún quedaban alemanes con valor y determinación para sacrificarlo todo por una causa común».

Hitler había escapado con quemaduras leves y moratones.[2]Horas después de la explosión, recibió a Mussolini en la parada de tren que había a los pies de la Guarida del Lobo para mantener una reunión programada hacía mucho. Durante el breve trayecto hasta el campamento del bosque le contó a Mussolini lo que acababa de ocurrir. Luciendo una capa negra, con el brazo derecho en cabestrillo y algodón asomándole de las orejas, lo llevó directamente al ruinoso edificio de reuniones. El intérprete que los acompañaba describió la escena: «La puerta estaba destrozada y sus fragmentos apoyados en la pared opuesta de la sala, que presentaba una imagen de destrucción [...]. Había mesas y sillas astilladas por todas partes. Las vigas del techo se habían desplomado y las ventanas, marcos incluidos, habían desaparecido. La gran mesa de mapas no era más que un montón de tablones y patas rotas».[3]Guiando a Mussolini por la sala, Hitler le explicó que, cuando estalló la bomba, tenía el codo derecho apoyado encima de la mesa. «La bomba explotó justo delante de mis pies», dijo, y le mostró los pantalones quemados y la guerrera rasgada que llevaba en aquel momento.[4]

Mussolini, horrorizado de que hubiera podido ocurrir algo así en el cuartel general del Führer, lo felicitó por su afortunada huida. Sin embargo, para Hitler no era solo eso. «Cuando reflexiono sobre todo esto, es obvio que no me va a ocurrir nada», respondió. «Sin

duda, mi destino es continuar mi camino y acabar mi tarea. No es la primera vez que escapo milagrosamente de la muerte [...]. ¡Lo que ha sucedido aquí es el clímax! Habiendo esquivado la muerte de una manera tan extraordinaria estoy más convencido que nunca de que la gran causa a la que sirvo sobrevivirá a los peligros actuales y todo llegará a buen puerto.»[5]

Ese era el mensaje que Hitler quería transmitir al pueblo alemán.

Tras concluir su mensaje a la nación, volvió al tema de la Providencia: «Probablemente solo unos pocos pueden imaginar la suerte que habría corrido Alemania si el complot hubiera triunfado. Doy las gracias a la Providencia y a mi Creador, no porque me haya preservado. Mi vida está únicamente dedicada a la preocupación, a trabajar por mi pueblo. Le doy las gracias porque ha hecho posible que siga cargando con esas preocupaciones y desarrollando mi trabajo lo mejor posible y conforme a mi conciencia. En ello veo una señal de la Providencia de que debo continuar y, por tanto, continuaré mi labor».[6]

Hitler aprovechó el mensaje para lanzar directrices de emergencia: «Ninguna autoridad militar, ningún líder de unidad y ningún soldado obedecerá a esos usurpadores. Por el contrario, el deber de todo alemán es detener o, si se resiste, matar a cualquiera que dicte esas órdenes [...]. Estoy convencido de que con la eliminación de esta pequeña camarilla de traidores y conspiradores finalmente crearemos en nuestra patria la atmósfera que necesitan los combatientes del frente. Porque es impensable que cientos de miles, no, millones de hombres buenos estén entregándose al máximo en el frente mientras aquí, una panda de criaturas ambiciosas y miserables intentan sabotearlos permanentemente. Esta vez rendiremos cuentas como acostumbramos a hacer los nacionalsocialistas».[7]

Durante una reunión con líderes nazis, Hitler había expuesto cómo pretendía «rendir cuentas»: «Aplastaré y destruiré a todas las criaturas traicioneras que hoy han intentado interponerse en mi

camino. Los traidores en el seno de su propio pueblo merecen la muerte más ignominiosa, ¡y la tendrán! Me cobraré mi venganza, una venganza inexorable, contra todos aquellos que hayan participado en esto y contra sus familiares si los ayudaron. ¡Exterminaré a ese nido de víboras de una vez por todas! Exterminarlos, sí, exterminarlos...».[8]

Cuando el 21 de julio, pasados diez minutos de la una, concluyó el discurso de Hitler a la nación, cinco de los principales conspiradores ya habían sido ejecutados, entre ellos Claus von Stauffenberg, que puso la bomba, y el coronel general Ludwig Beck, el mejor amigo de Ulrich von Hassell y futuro presidente si el complot hubiera prosperado.

Escuchando de madrugada aquel mensaje de Hitler, Fey no pensó que su padre fuera uno de los conspiradores. El Führer solo había mencionado un nombre: el del coronel Claus von Stauffenberg. Cuando su hermano pequeño la visitó por Navidad,[9]el nombre de Stauffenberg no apareció en las conversaciones sobre el círculo de su padre. Sin embargo, con el paso de los días y las semanas se hizo evidente que Hitler estaba aprovechando el fracaso del complot para detener y liquidar a todo aquel que considerara un opositor, y Fey estaba cada vez más ansiosa: «A medida que se sucedían los acontecimientos y más y más gente se veía implicada, empecé a sufrir mucho por mi padre. Conocía los nombres de los ejecutados, que habían aparecido en los periódicos. Aunque en aquel momento eran mayoritariamente altos mandos militares, muchos eran amigos de mi padre. A lo mejor los grupos opositores "civiles" no habían sido descubiertos, pensé. Periódicamente recibía cartas de mi madre, pero no mencionaba el golpe de Estado. Teniendo en cuenta la estricta censura, ¿cómo iba a hacerlo? Pero sí hablaba de "una gran preocupación". Eso me hizo sospechar algo, pero no le di demasiada importancia. Poco a poco me tranquilizó la ausencia de malas noticias. Supuse que, en caso de que mi padre hubiera participado, no lo habían descubierto».

En realidad, a medida que avanzaba el verano Fey se vio

asolada por problemas propios. En la región, las tensiones aumentaban rápidamente. Con la ayuda de las misiones de la DOE británica, los partisanos controlaban las montañas situadas al norte y al este de Brazzà, abarcando una zona de más de 2.600 kilómetros cuadrados hasta la frontera austríaca. Solo quedaban uno o dos destacamentos alemanes aislados. Se habían producido feroces combates en Monte Narat, que Fey podía ver desde su casa, y habían muerto centenares de soldados alemanes. En respuesta a ello, las SS estaban tomando brutales represalias, incendiando casas y asesinando indiscriminadamente. Solo en la última semana de julio se hablaba de 90 muertos en Sutrio, 30 en Arta, 22 en Pramosio y 52 en Paluzza.[10]En la llanura continuaban las batidas y, puesto que todos los hombres en edad militar habían huido de los pueblos, las SS estaban arrestando a mujeres, niños y ancianos.

«Udine está cubierta de carteles que ha colgado la Brigada Garibaldi llamando a la gente a rebelarse y adoptar el comunismo», escribió Fey a Santa Hercolani a finales de julio. «Debido a las temibles batidas y represalias de las SS, la Brigada Garibaldi es cada vez más numerosa y, para alimentar a los hombres que se esconden en las montañas, el número de robos en tiendas de la zona ha aumentado drásticamente. Todavía sin noticias de D.»[11]

Desde el 4 de junio, cuando los Aliados liberaron Roma, Fey estaba esperando que Detalmo volviera a casa. Miles de miembros de la resistencia habían hecho el peligroso viaje desde Roma cruzando las líneas enemigas para unirse a las fuerzas partisanas del norte y seguir luchando contra los alemanes. Cuando el personal de Brazzà le contó que había visto a gran cantidad de hombres robando en los pueblos antes de dirigirse a los escondites de los partisanos en las montañas, Fey apenas pudo contener la emoción.

Aunque sabía que debido a la ocupación alemana era imposible que Detalmo regresara a Brazzà, imaginaba que se uniría a la Brigada Osoppo, muchos de cuyos miembros estaban afiliados al Partito d'Azione, una formación de centro-izquierda. Sus escondites estaban a quince minutos, lo cual significaba que podría ver a Detalmo con frecuencia. Después de los largos meses que

había pasado sola, la idea de que anduviera cerca para protegerlos a ella y a los niños en caso de emergencia era un gran consuelo.

A medida que pasaban las semanas sin noticias de Detalmo, Fey estaba cada vez más ansiosa. En cierto sentido, su vida ahora era un poco más fácil que antes. Aunque como esposa de un terrateniente adinerado y, por tanto, enemiga de clase, seguía en la lista negra de la Garibaldi, la llegada de las misiones de la DOE británica al menos había atenuado el peligro de que fuera atacada por «colaborar» con los alemanes. Sorprendido por que los objetivos comunistas de los partisanos de la Brigada Garibaldi les impidieran trabajar con la Osoppo, Hedley Vincent, el comandante de la Misión Coolant, había ordenado a los dos grupos que formaran un mando unificado.[12]Hasta que amenazó con retirar la misión y, por tanto, los tan necesarios suministros, y convenció a la Brigada Osoppo del desprecio que sentía Winston Churchill por el comunismo, Vincent no logró fusionar a ambos batallones.

El mando de la Brigada Osoppo había informado a sus homólogos comunistas de que Fey no era una colaboradora. Sin embargo, aún temía que, con los alemanes a la defensiva, Brazzà fuera atacada. Como figura destacada del Partito d'Azione y vástago de una de las familias más poderosas de Friuli durante siglos, Detalmo gozaba de un buen estatus en la Brigada Osoppo, y Fey esperaba que, si estaba en la región, pudiera utilizar su influencia para convencer a los partisanos de que no hicieran daño a la casa.

Hasta la primera semana de agosto no recibió un mensaje suyo con la devastadora noticia de que había decidido quedarse en Roma. Sergio Fenoaltea, un ministro del gobierno democrático de reciente creación, el primero de Italia en veinte años, le había ofrecido un puesto como secretario político y era una oportunidad que Detalmo consideraba que no podía rechazar. Sabía que su dominio del inglés y sus contactos con los Aliados eran importantes para el Partito d'Azione, y Fenoaltea, muy próximo a Ugo La Malfa, era un hombre al que admiraba.[13]

Fey se sintió profundamente traicionada por la decisión de Detalmo. Que hubiera antepuesto sus lealtades políticas a su

familia la entristeció sobremanera. Ahora que el frente recorría la Italia central, estaban en lados opuestos de la línea de combate. Eso significaba que ella y los niños estarían solos en Brazzà hasta el final de la guerra.

En los meses posteriores, Fey recordaría esa «deserción» como el momento en que algo se rompió en su matrimonio.

Días después de que llegara el mensaje de Detalmo, Fey recibió otro golpe. «Me notificaron algo que temía desde hacía tiempo», escribió. «Mi protector, el comandante Eisermann, sería destinado a otro lugar. Durante casi un año me había ayudado con otros oficiales menos cooperadores y había hecho soportable mi vida en la casa ocupada. Con su partida, sentí que mi posición en Brazzà sería menos segura.»

Antes de irse, Eisermann le presentó a su sucesor, el coronel Dannenberg: «Alto y bastante estirado en sus modales, parecía simpático, pero noté que era débil y nunca se opondría a las decisiones que tomaran los de arriba o el jefe político, el teniente Kretschmann. Aunque este no se mostraba hostil conmigo, era un nazi demasiado fanático como para confiar en él».

La tensión estaba haciendo mella en su salud y a finales de agosto pasó varios días en el hospital de Udine para someterse a análisis de sangre. Desde allí escribió una precavida carta a Santa Hercolani en la que resumía sus inquietudes:

> Entre mis huéspedes empieza a haber gente rara que viene a robar, y ya no son seguros.[14]No dejo de cruzarme con desconocidos por el pasillo. Los huéspedes siguen siendo los mismos, pero su jefe se ha ido y uno de ellos [Kretschmann] es un matón redomado. Eso me preocupa, no tanto por el presente, sino por el futuro. Solo espero que D goce de buena salud y esté haciendo algo útil, porque habría sido mucho mejor que volviera para ofrecerme una sensación de protección. ¿Cuándo volveremos a vernos? Estoy harta de estas separaciones y de estos peligros interminables. Puedo soportar el vivir peligrosamente, pero no quiero que dure para siempre.[15]

En su lista de preocupaciones, Fey no mencionaba a su padre.

Aún no sabía que había sido arrestado.

15

Después de la catástrofe del 20 de julio, Hassell podría haber huido; podría haberse recluido, haberse escondido con amigos o haber intentado escapar con documentación falsa igual que habían hecho otros conspiradores. Pero le parecía deshonroso, así que permaneció en Berlín a la espera de que la Gestapo fuera a buscarlo.

El 24 de julio cenó en el Adlon, un lujoso hotel situado cerca del Reichstag y frecuentado por *apparatchiks* nazis. El 26 de julio, Hans Gisevius lo vio paseando por Grunewald, un bosque situado a las afueras de Berlín. Gisevius, un oficial que ejercía de enlace entre Beck y Allen Dulles, el jefe del espionaje estadounidense en Ginebra, también era buscado por la Gestapo y se ocultaba en una casa cercana. «Ahí va alguien que lleva la muerte pisándole los talones», escribió después de ver a Hassell. «Llevaba la cabeza inclinada de una forma peculiar [...] como si intentara esconderse de un terrible peligro que lo acechaba.»[1]

Hacia las tres de la madrugada del 28 de julio, alguien llamó insistentemente al timbre y despertó a Ilse von Hassell en Ebenhausen.[2]Cuando abrió la puerta vio a dos agentes de la Gestapo y la policía local. Almuth estaba con ella. Preguntaron dónde se encontraba su marido y, sabiendo que nunca había tenido intención de esconderse, les indicó exactamente dónde podían encontrarlo: en su oficina de Berlín. Antes de irse, la Gestapo exigió registrar su escritorio y sus documentos. Ilse consiguió distraerlos para que no repararan en un álbum de fotografías que ocultaba las últimas notas del diario de Hassell. Pese a su cooperación, ella y su hija Almuth fueron detenidas y trasladadas al cuartel de la Gestapo en Múnich y, tras un nuevo interrogatorio, a una prisión cercana.

Al cabo de unas horas, Hassell fue arrestado en su despacho del Instituto Alemán de Investigación Económica, donde recibió a los agentes de la Gestapo sentado a su mesa como si fuera una visita oficial.

Fue conducido de inmediato a la Oficina Central de Seguridad del Reich en Prinz-Albrecht-Strasse, donde permaneció poco tiempo hasta su traslado a Ravensbrück. Este conocido campo, creado para encarcelar a mujeres, tenía una sección para prisioneros especiales, o Prominenten, como los denominaba la Gestapo. Allí, Ulrich fue tratado con humanidad. En una carta a Ilse le aseguraba que le permitían salir a pasear por el patio y, si hacía buen tiempo, podía comerse la sopa en las escaleras del bloque. La escultora Puppi Sarre, también confinada en Ravensbrück, lo vio y le sorprendió «su serenidad, su semblante tranquilo».[3]

Pero el 15 de agosto lo llevaron encadenado a Berlín y dieron comienzo los interrogatorios en el cuartel general de la Gestapo. Hassell fue encerrado en la prisión de Prinz-Albrecht-Strasse con otros artífices del complot del 20 de julio, entre ellos algunos miembros del servicio de espionaje alemán y altos mandos militares. Aunque les prohibieron hablar, podían mantener conversaciones fragmentadas en el baño común situado al final de las celdas. Fabian von Schlabrendorff,[4]detenido por su participación en el complot, recordaba que Hassell le dijo: «Mi muerte es segura. Cuando salgas, por favor, entrégale un mensaje a mi mujer. Mi último pensamiento será para ella».[5]

Hassell no dejó constancia de sus sesiones con el comisario Habecker, de la Policía Criminal, que llevó a cabo los «afilados interrogatorios».[6]Pero, tal como describe Schlabrendorff en su detallada crónica de los métodos de la Gestapo, todos los conspiradores recibieron el mismo trato:

> Un método era sacar al prisionero de su celda para interrogarlo y luego dejarlo esperando interminablemente en una antesala. Si eso no surtía efecto, utilizaban otros medios para influir en él. Normalmente trabajaban juntos tres oficiales. Uno de ellos amenazaba al prisionero y le profería insultos. El segundo le

hablaba pausadamente, animándolo a calmarse y fumar un cigarrillo. Después, el tercero intentaba apelar al código de honor del prisionero. De este modo, la Gestapo ofrecía tres tipos de temperamento para que el prisionero acabara sucumbiendo a uno de ellos o a la suma de los tres.[7]

Si esos métodos no conseguían arrancar una confesión o algunos nombres todavía pendientes de arresto, recurrían a la tortura. «Una noche me sacaron de la celda», prosiguió Schlabrendorff:

> Había cuatro personas en la sala: el comisario; su secretaria, una chica de unos veinte años; un sargento uniformado de la Policía de Seguridad; y un ayudante con ropa civil. Me dijeron que tenía una última oportunidad para confesar. Cuando persistí en negarlo todo, los mandos de la Gestapo emplearon torturas.
>
> Dicha tortura fue ejecutada en cuatro fases. Primero me encadenaron las manos a la espalda y me colocaron un artefacto que me separaba los dedos. La parte interior del mecanismo tenía agujas que ejercían presión sobre las yemas de mis dedos. Al girar un tornillo, el instrumento se contraía y se me clavaban.
>
> Al ver que eso no obtenía la confesión deseada, llegó la segunda fase. Me ataron bocabajo a un marco que parecía el armazón de una cama y me taparon la cabeza con una manta. Luego me ataron a las piernas unos cilindros que parecían tuberías de estufa y estaban recubiertos de clavos por la parte de dentro. En este caso también se utilizaba un mecanismo de rosca para contraer los tubos de modo que los clavos me atravesaran las piernas desde el tobillo hasta el muslo.
>
> Para la tercera fase de la tortura, el «armazón de cama» era el instrumento propiamente dicho. Me ataron tal como he descrito anteriormente, una vez más con una manta cubriéndome la cabeza. Con la ayuda de un mecanismo especial, aquella mesa de tortura medieval se extendía, ya fuera con un tirón repentino o gradualmente, e iba estirando mi cuerpo encadenado.
>
> Para la cuarta y última fase me ataron encorvado, lo cual no me permitía moverme ni hacia atrás ni hacia un lado. Luego, el comisario y el sargento de policía se abalanzaron sobre mí desde atrás y me golpearon con unos pesados garrotes. Cada golpe me empujaba hacia delante y, como tenía las manos encadenadas a la espalda, me daba de lleno en la cara [...]. Ninguna de aquellas brutalidades consiguió que dijera una sola palabra o nombrara a uno solo de mis compañeros antinazis.
>
> A menudo me preguntan cómo pude soportar aquellas

> salvajadas. Hay varias fuentes de las que un hombre puede sacar las fuerzas para superar esos calvarios. Todos descubrimos que podíamos resistir mucho más de lo que creíamos posible. Las dos grandes fuerzas polares de las emociones humanas, el amor y el odio, formaban una estructura de apoyo a la que podíamos aferrarnos cuando la situación se volvía insoportable. El amor, la fuerza positiva, incluía nuestra fe en el valor moral de nuestras acciones, el saber que habíamos luchado por la humanidad y la decencia, y la sensación de haber cumplido un deber más elevado [...]. El odio, la fuerza negativa, era igual de importante para sostenernos en nuestros peores momentos de dolor y necesidad. El odio incontenible y sin reservas, formado a partes iguales por la repulsión, el desprecio y la furia que sentíamos hacia el mal del nazismo, era una fuerza tan poderosa que nos ayudaba a soportar situaciones que de lo contrario habrían sido intolerables.[8]

En los breves momentos en que interrumpían los interrogatorios, Hassell ocupaba el tiempo escribiendo sus memorias y tantas cartas como le permitieran. «Una celda de la cárcel —decía— es un buen lugar para empezar tus memorias [...]. Ves tu vida y a ti mismo desprovistos de toda ilusión.»[9]Mecanografiaba lo más rápido posible y llenó 150 páginas a espacio sencillo, pero solo terminó el período de 1926 a 1930, una etapa feliz en la que los niños eran pequeños.[10]En sus cartas a Ilse reconocía que recordar el pasado le era de gran consuelo. Su fe también lo sostenía; meditando sobre ella había alcanzado un estado de paz. Hacia el final del manuscrito, Ulrich copió en los márgenes tres líneas de un cántico muy conocido: «Puedes hacernos cruzar soñando las puertas de la muerte y a un tiempo darnos libertad».[11]

El 31 de agosto, Frau von Tirpitz, la madre de Ilse, escribió directamente a Hitler implorándole que mostrara compasión con su yerno. Martin Bormann, el secretario del Führer, respondió que este no podía «mostrar compasión» porque el propio Von Hassell había confesado y no podía salir en libertad.[12]

Una semana después, Hassell y otros nueve conspiradores fueron llevados ante el Tribunal del Pueblo para enfrentarse al infame juez Roland Freisler. El séquito de abogados y funcionarios judiciales no logró dar al proceso una apariencia de juicio formal.

Freisler ejerció de fiscal, jurado y juez. Luciendo un cuello de puntas, pajarita blanca y una toga escarlata encima del traje, disfrutaba siendo el protagonista del espectáculo. Sus principales elementos de atrezo eran la mesa del presidente y, detrás, una enorme esvástica cuyos pliegues ocultaban una cámara.

El *modus operandi* de Freisler fue singularmente cruel: interrumpía a los acusados, los hacía callar a gritos y los insultaba. Presentados como delincuentes comunes y despojados de su dignidad, la crema de la Wehrmacht y la aristocracia entró en el juzgado sin cordones, cinturones ni tirantes para que tuvieran que aguantarse los pantalones cuando se levantaran para ser interrogados.

Uno de los representantes de la prensa alemana que asistió al juicio recordaba que Freisler dirigía su «odio» sobre todo al «impresionante Hassell»: «Freisler se puso a gritar y lo tachó de padre de las mentiras antes de que pudiese abrir la boca siquiera».[13]

Helmut Schmidt, que más tarde sería canciller de Alemania, también asistió al juicio como observador militar. En sus memorias, *Was Ich Noch Sagen Wollte* [Lo que quería añadir], recordaba la elegancia de Hassell: «Cuando Freisler se dirigió a él, se levantó y permaneció en pie, y cuando Freisler terminó de leerle los cargos, volvió a sentarse. Se mantuvo inmutable y no hizo ningún gesto [...]. Después de la guerra le escribí a su viuda. Para mí era un deber contarle la enorme impresión que me causó su marido en sus últimas horas».[14]

En su carta a Ilse, escrita en junio de 1946, Schmidt concluyó: «Todo el juicio fue un ejemplo de la bravuconería de Freisler, que aunaba la inteligencia y locuacidad de Goebbels con la jerga de la mafia. Que el proceso estuviera plagado de burlas, que no se llamara a un solo testigo, que la defensa oficial no compareciera hasta la víspera, que los acusados no pudieran acabar una frase sin que los interrumpieran, que solo se discutiera lo que a Freisler le convenía era tan deprimente que al día siguiente no tuve fuerzas para volver».[15]

De su marido dijo: «Siguió el juicio con una mirada distante y

una expresión rígida que denotaba su desprecio por el tribunal, y respondía de manera sumamente escueta sin tan siquiera mirar a Freisler. Creo que los jefes de las SS que se encontraban en la sala de observación se percataron de quién era el auténtico ganador [...]. Comprenderá, apreciada señora, que a partir de ese momento, el conflicto entre reconocer hacia dónde nos dirigíamos y la idea de cumplir nuestro deber militar con la Patria, para lo cual nos habían educado, resultara insoportable para los jóvenes oficiales».[16]

La declaración final de Hassell en el tribunal fue: «Si un gobierno hunde a su país y sus gentes en el abismo de una temible catástrofe, tiene el deber de ceder las riendas inmediatamente. El gobierno no es lo mismo que el pueblo. El pueblo es permanente; el gobierno es pasajero, pero aun así responsable».[17]

Hassell y los otros nueve conspiradores fueron condenados a muerte el 8 de septiembre. La sentencia fue ejecutada en la cárcel de Plötzensee dos horas después de ser dictada.

Hassell no tuvo tiempo para escribir a sus hijos. Pero a Ilse, su «luz», le dejó las siguientes líneas:

> Mi amada Ilsechen:
>
> Hoy hace treinta años que recibí la bala francesa,[18]que sigo llevando conmigo. También hoy, el Tribunal del Pueblo ha dictado sentencia y, de cumplirse, como imagino que sucederá, pondrá fin a la felicidad suprema que he conocido gracias a ti. Era demasiado bonita para durar, desde luego. En este momento siento la más honda gratitud hacia Dios y hacia ti. Estáis a mi lado y me dais paz y fortaleza. Este pensamiento mitiga la terrible agonía de tener que dejaros a ti y a los niños. Que Dios permita que tu alma y la mía vuelvan a reunirse algún día. Pero estás viva, y ese es el gran consuelo que tengo entre mis ansiedades por todo, incluidas las materiales. Y, en cuanto al futuro de nuestros hijos, sé que con ellos eres fuerte y valiente, una roca, pero una roca dulce. Sigue siendo como eres, buena y afectuosa, y no te vuelvas resentida. Dios os bendiga a ti y a Alemania [...].

Con el amor y la gratitud más profundos, te mando un abrazo.

TU ULRICH[19]

La venganza de Hitler no acabó con el veredicto de Freisler. Quería que los condenados colgaran «como animales en el matadero» y que murieran lentamente.[20]Las viudas recibirían la notificación de la muerte de sus maridos por canales oficiales, seguida de una factura por la ejecución de 585 marcos y 74 pfennigns.[21]Les prohibieron anunciar su fallecimiento en los periódicos.[22]

El método elegido por Hitler no rompía el cuello como en los ahorcamientos convencionales. Era una muerte lenta y dolorosa por estrangulamiento.[23]Por orden expresa suya, las ejecuciones fueron filmadas para poder verlas una y otra vez cuando se le antojara. Según su arquitecto, Albert Speer, en los días posteriores Hitler pasaba noches enteras viendo las imágenes. El propio Speer fue invitado a un pase, pero lo rechazó asqueado. El público, comentaba, consistía eminentemente en civiles y personal de bajo rango de las SS: «No asistió un solo oficial de la Wehrmacht».[24]

La absoluta desolación de las ejecuciones cuando los diez hombres fueron conducidos a su muerte bajo las deslumbrantes luces de las cámaras queda patente en una crónica de uno de los guardias de la prisión:[25]

> Imagina una sala de techo bajo y paredes encaladas. En el techo montaron un raíl del cual colgaban seis grandes ganchos, como los que utilizan los carniceros para colgar la carne. En una esquina había una cámara de cine. Unos reflectores emitían una luz cegadora, como si fuera un estudio. En esa extraña y pequeña sala estaban el fiscal general del Reich, el verdugo con sus dos ayudantes, dos cámaras y yo con un segundo guardia de prisiones. Junto a la pared había una pequeña mesa con una botella de coñac y vasos para los testigos de la ejecución.
>
> Entonces entraron los condenados. Llevaban el uniforme de presidiario e iban esposados. Les hicieron formar una fila. Mirando lascivamente y haciendo bromas, el verdugo se puso manos a la obra. En su círculo era conocido por su «humor». No hubo

declaraciones, ni clérigos o periodistas.

Uno tras otro, los diez aguardaron su turno. Todos demostraron el mismo valor. En total duró veinticinco minutos. El verdugo miraba maliciosamente en todo momento y bromeaba sin cesar. El cámara trabajó sin interrupción, ya que Hitler quería ver cómo habían muerto sus enemigos. Pudo ver el proceso aquella misma noche en la Cancillería del Reich.[26]

Quinta parte

16

Eran las siete de la mañana del sábado 9 de septiembre, el día después del juicio a Ulrich. Fey estaba tumbada tranquilamente en la cama cuando oyó a alguien aporrear la puerta insistentemente. Era el teniente Kretschmann, que entró sin esperar respuesta. Estaba pálido y parecía muy alterado. Sin mediar palabra, se quedó allí quieto y escrutó la habitación con nerviosismo. Al cabo de unos segundos, Fey rompió el silencio.

—Por el amor de Dios —dijo con impaciencia—, ¿qué ocurre?

—Menos mal que está en casa —respondió él bruscamente.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—¿No escuchó la radio ayer u hoy a primera hora? —preguntó.

—¿Cómo iba a hacerlo? Tengo huéspedes en casa —contestó Fey—. Por Dios, dígame qué ha pasado.

—Su padre ha sido arrestado y ejecutado. Lo han ahorcado.

Fey intentó no mostrar ninguna reacción, pero mientras se esforzaba en guardar la compostura, todo su cuerpo se echó a temblar. Sin ceremonias y expresándose con frialdad, Kretschmann le dijo que, como jefe político de la unidad, su deber era denunciarla a las autoridades. Por indicación suya, el coronel Dannenberg había ido a Udine aquella mañana para informar a la Gestapo de que la hija de Ulrich von Hassell vivía cerca de allí. Debía ser sometida a vigilancia permanente mientras esperaban instrucciones de Berlín.

Todavía temblando, a Fey le iba el cerebro a toda velocidad: «Pensé inmediatamente en los niños. ¿Ellos también corrían peligro? Mi padre... Ni siquiera podía pensar en él. En aquel momento también me di cuenta de que sin el comandante Eisermann había perdido mi protección. Sin duda, él habría hecho

las cosas de otra manera; puede que incluso me hubiera ayudado a escapar con los niños. Pero el temperamento de Dannenberg era distinto. Él nunca tendría valor para tomar semejante decisión por sí solo».

Kretschmann ignoraba cuánto tardaría Berlín en responder, pero Fey sabía que su prioridad era eliminar todas las pruebas incriminatorias mientras aún hubiera tiempo. Al instante pensó en las cartas que le había enviado Detalmo desde Roma, pero recordó que había adoptado la precaución de escribir con los seudónimos «Giuseppe» e «Isabella». Sin embargo, sus diarios eran extremadamente problemáticos. Había más de siete desde su infancia en Roma: «Sabía que si los encontraban las SS, descubrirían lo mucho que odiaba a los nazis».

Fey tenía unos amigos en casa durante el fin de semana. Una vez que hubo recuperado la compostura, le dijo a Kretschmann que, dadas las circunstancias, sería mejor que pidiera a sus invitados que se marcharan. Luego, el teniente salió de la habitación para que Fey dispusiera de unos minutos para vestirse. De inmediato, sacó los diarios de un cajón de su escritorio y los metió en una bolsa. Más tarde, cuando se despidió de sus amigos, pudo esconderlos entre su equipaje mientras Kretschmann estaba de espaldas.

En Berlín, Hitler había encomendado a Himmler la venganza contra las familias de los conspiradores de julio, «ese nido de víboras».

El hombre que dirigía la maquinaria de terror no tardó en invocar la Sippenhaft, esto es, la doctrina de la «culpabilidad por parentesco».[1]Ese principio de la ancestral ley germánica, obsoleto desde la Edad Media, fue revivido especialmente por Himmler para castigar a las familias de los conspiradores. Según dicha doctrina, la traición era una manifestación de una sangre enferma, no solo del propio culpable, sino también de sus parientes. Por tanto, ellos también eran responsables del crimen cometido. «En consecuencia, hasta el último miembro del clan debe ser exterminado», anunció

el 3 de agosto en un discurso a los líderes regionales nazis.

En las semanas posteriores se produjo un arresto masivo de familiares de los participantes en el intento de asesinato de Hitler que se extendió a abuelos, suegros, hermanos, hermanas e hijos.[2]

A finales de agosto se habían practicado todas las detenciones. Más de 180 Sippenhäftlinge —prisioneros por parentesco— estaban bajo custodia.[3]

Sin embargo, Fey, que en Italia vivía con su apellido de casada, había esquivado las redes de Himmler. En la Oficina Central de Seguridad del Reich en Berlín, los funcionarios encargados de identificar a los familiares de los principales conspiradores no habían conseguido relacionarla con Ulrich von Hassell.

Fue necesaria la intervención del joven y entusiasta teniente Kretschmann para que la Gestapo la pusiera en el punto de mira. Una vez alertados, su respuesta fue inmediata.

Pasadas las diez —solo tres horas después de que Fey tuviera noticia de la ejecución de su padre— llegó el coronel Dannenberg acompañado de un miembro de las SS. Mientras recogía sus cosas, Roberto y Corrado se aferraron a ella, pues notaban que algo iba mal: «Me horrorizaba y desesperaba la idea de tener que dejar a los niños, que me miraban asustados sin decir nada. Mi único consuelo era la presencia de Ernesta y Mila, que a buen seguro cuidarían de ellos. Le pedí a Ernesta que durmiera en mi cama en el dormitorio de los niños y a Corradino y Robertino les dije que volvería en unas horas».

En el patio se habían reunido el servicio doméstico y los soldados instalados en el castillo para despedirse. A lo lejos, junto a la granja, Fey vio también a los trabajadores de la finca: «Cuando me dirigía al coche de Dannenberg escoltada por el soldado de las SS, vi los rostros aterrados de la familia Bovolenta, que estaba contemplando la escena desde las ventanas. Otras familias de *contadini* observaban en silencio desde el umbral. Nonino y Mila lloraban. Los soldados alemanes miraban serios e incrédulos.

Ernesta no estaba allí, pues le había pedido que se quedara en casa con los niños para que no me vieran irme».

El coronel Dannenberg llevó a Fey a Udine, un trayecto de quince minutos durante el cual ni ellos ni el soldado de las SS cruzaron una sola palabra. En el centro de la ciudad, el coche enfiló una calle secundaria y se detuvo delante de un gran *palazzo*, requisado por la Gestapo y utilizado como cuartel general. El hermoso edificio del siglo XVIII, situado detrás de la catedral, era de color ocre y tenía balcones de piedra tallada. Nubes de geranios rojos se colaban entre las columnas de las balaustradas. Nada más ver la fachada, Fey se dio cuenta de que era el hogar de unos viejos amigos de la familia Detalmo. Había cenado allí en sus primeros años de matrimonio.

Cuando el soldado de las SS la acompañó por los escalones que conducían a la entrada del edificio, se le acercó una mujer. Era la esposa de uno de los abogados más prestigiosos de Udine y le pidió ayuda para su marido, a quien la Gestapo había apresado recientemente por defender a un grupo de judíos. El soldado de las SS la apartó bruscamente y advirtió a Fey que tenía prohibido hablar con nadie. Indefensa y sintiéndose humillada por que la mujer hubiera dado por hecho que era una aliada de los alemanes, Fey solo pudo indicarle mediante gestos que ahora también era prisionera.

Dentro del *palazzo*, la Gestapo mantuvo a Fey a la espera mientras debatían qué hacer con ella. Berlín había ordenado que fuera sometida a confinamiento en solitario en la cárcel de la localidad, pero, en las últimas semanas, las SS habían arrestado a cientos de hombres y mujeres y las celdas individuales estaban llenas. En aquel momento —o, de hecho, antes de ser detenida—, el jefe de policía de las SS, Ludolf von Alvensleben, a quien Fey había invitado a tomar el té en numerosas ocasiones, podría haber revocado la orden de arresto. Sin embargo, era un nazi fanático que no sentía la menor simpatía por los conspiradores de julio y, tras una larga espera, la Gestapo la trasladó a la cárcel, donde la entregaron a las monjas que se ocupaban de la sección de mujeres.

Fey describió las condiciones: «Había 150 prisioneras en un

espacio pensado para cuarenta o cincuenta. Las monjas que nos supervisaban pertenecían a la orden Ancelle della Carità [Siervas de la Caridad] y llevaban años dirigiendo la sección de mujeres de la prisión. Como hasta hacía unos meses solo habían tratado con delincuentes, eran hoscas y maleducadas. Las prisioneras "políticas" estaban indignadas por verse obligadas a compartir celda con delincuentes comunes: en una de las salas más grandes había unas cuarenta mujeres que tenían que dormir en el suelo de madera y sin mantas. Por suerte, a mí me metieron en una celda con otras dos. Solo había un lavabo para las 150, que únicamente podíamos utilizar dos veces al día y todas juntas. A tal fin, se abrían las puertas de la celda y teníamos que formar una larga cola y esperar nuestro turno para acceder a un inodoro mugriento y primitivo».

Santa María de la Rosa, hija de un aristócrata adinerado, había fundado las Siervas de la Caridad en 1840. Nacida en Brescia, una ciudad industrial situada a los pies de los Alpes, desde su juventud se había dedicado al cuidado de enfermos y necesitados, y había rechazado ofertas de matrimonio para atender a los trabajadores de las fábricas textiles de su padre.[4]Fue su ministra durante la epidemia de cólera de 1836 y creó un sindicato de mujeres y un hogar para niños sordos en la finca de su familia. «No puedo irme a la cama con la conciencia tranquila —dijo en una ocasión— si durante el día he perdido una oportunidad, por pequeña que sea, de impedir un pecado o ayudar a hacer el bien.»[5]

Cien años después, las Siervas de la Caridad no respetaban los principios de su fundadora. El cuidado pastoral era mínimo. Las monjas no limpiaban las celdas y la cárcel estaba infestada de ratones y alimañas. La única comida que les servían a diario era un exiguo cuenco de sopa. Para ahorrarse el esfuerzo de preparar algo más sustancioso, permitían a las prisioneras recibir comida de familiares y amigos y hacer pedidos a restaurantes cercanos. Las siervas tampoco parecían preocupadas por las almas de las mujeres que tenían a su cuidado. La mayoría estaban encarceladas porque

las habían denunciado sus vecinos y tenían poca o ninguna idea de por qué se encontraban allí. Cuando fundó la orden, el objetivo de Santa María era «impedir los pecados» y ofrecer orientación espiritual.[6]Sin embargo, las monjas no intercedieron por las mujeres ante la Gestapo y tampoco les ofrecían consejo espiritual.

«Lo que mejor se les daba a las monjas era rezar», recordaba Fey. «Empezaban por la mañana y oraban sin parar: antes y después de comer, cuando iban al lavabo, durante el "recreo" diario en el patio, por la tarde... Siempre rezando. A las ocho de la tarde, las siervas iban celda por celda y abrían las pequeñas ventanas de las puertas y entonaban mecánicamente "*Sia lodato Gesù Cristo*" ["Alabado sea Cristo"], a lo cual respondíamos "*Sempre sia lodato*" ["Alabado sea siempre"]. Había una pequeña capilla en la que nos reuníamos cada mañana para celebrar la misa. Todo el mundo asistía, ya que suponía un cambio en nuestra tediosa rutina y nos permitía salir de las celdas. Aunque las oraciones continuas y mecánicas te crispaban los nervios, la misa en sí era hermosa y nos serenaba e infundía ánimo.»

Para sorpresa de Fey, el teniente Kretschmann fue a visitarla en su primer día en prisión y le llevó pan y un pollo asado de parte de Nonino. Su actitud era empalagosa y su cortesía cautivadora. Quiso impresionarla con lo mucho que la echaban de menos en Brazzà. Con expresión seria y sin mostrar culpabilidad alguna por su responsabilidad, le dijo que sus soldados quedaron sorprendidos y entristecidos por su detención, que habían dejado de trabajar y que se habían emborrachado todos. También le dijo que él y el coronel Dannenberg estaban haciendo cuanto estaba en su mano por conseguir su puesta en libertad.

Casi a diario la visitaban el uno o el otro. Le llevaban comida y libros y le aseguraban que la sacarían muy pronto de aquel «infierno». Al principio, sus atenciones le resultaban irritantes. Ellos eran los responsables de su encarcelamiento. Por tanto, ¿cómo osaban visitarla para ofrecerle falsos consuelos? Pero, con el paso de los días, se convenció de su preocupación. Los dos oficiales

parecían estar mediando por ella y sus esfuerzos para garantizar su liberación parecían motivados por el remordimiento. Además, nadie podía visitarla, y era un consuelo poder hablar con alguien de «fuera».

El 19 de septiembre, cuando Fey llevaba diez días encarcelada, Kretschmann y Dannenberg convencieron a la Gestapo de que le permitiera volver a Brazzà con la condición de que fuera sometida a una estrecha vigilancia hasta recibir órdenes de Berlín.

Cuando llegó a casa, los aviadores y el servicio estaban esperándola en la entrada. Corrado y Roberto también estaban allí, y en cuanto el coche se detuvo fueron corriendo a recibirla. Luego, Kretschmann los hizo entrar a todos y dejó que Fey pasara el resto del día a solas con los niños: «La ilusión de verlos fue indescriptible. Corradino estaba callado, pero no paraba de abrazarme y meterse entre mis brazos. Cuando rompí a llorar por la alegría de haberme reunido con ellos, dijo: "Mamá está llorando. Corradino quiere ayudar a mamá". Robertino, que quería expresar de algún modo su felicidad, corría a gatas de una esquina a otra de la habitación. Aquella noche, mientras rezaba con ellos, Corradino dijo: "Mamá no puede volver a irse sin decirle a Corradino adonde va y cuándo volverá". Le prometí de todo corazón que no los abandonaría nunca más».

Era una promesa que los acontecimientos de los días posteriores la obligarían a incumplir.

17

Kretschmann había hecho prisioneros a Fey y los niños. Cumpliendo escrupulosamente las órdenes de la Gestapo, el joven teniente los encerraba por la noche y no los dejaba salir durante el día. Había destinado una nueva serie de habitaciones a su confinamiento. Situadas en la planta baja del ala este, eran más seguras, ya que las ventanas tenían barrotes e imposibilitaban la huida.

Eran las mismas habitaciones que había ocupado el rey de Italia durante su breve estancia en Brazzà en abril de 1941. A un lado daban a las ruinas del castillo; al otro, a una hermosa capilla que los antepasados de Detalmo habían utilizado para bodas, bautizos y funerales de la familia desde que adquirieron el castillo en el siglo XIII. Sin embargo, las estancias eran más pequeñas que las del ala oeste y Fey echaba de menos las vistas al jardín. Debido a la espera de «más órdenes de Berlín» y a la inquietud de los niños por el confinamiento, los días se hacían largos. Pero estaba con ellos; eso era lo más importante.

La noticia de su regreso corrió como la pólvora, y Kretschmann le permitía recibir visitas, que aliviaban el tedio de las largas horas que pasaba dentro. Acudían amigos y vecinos y apenas pasaba un minuto a solas. La alivió saber que su encarcelamiento había disipado cualquier sospecha de que estuviera colaborando con los alemanes. Mientras estaba en la cárcel, los *contadini* habían rezado por ella y seguirían haciéndolo, prueba de que consideraban que estaba de su parte.

Sus visitantes la pusieron al día de los sucesos del vecindario durante su ausencia. Habían llegado a la zona gran cantidad de soldados y se temía que los alemanes estuvieran preparándose para lanzar una ofensiva. En la cordillera que mediaba entre Faedis y

Nimis —unos pueblos de montaña situados once kilómetros al este de Brazzà—, los partisanos estaban apuntalando sus defensas.[1]Habían cavado trincheras y tendido alambre de espino y barreras en la carretera. En Udine, los alemanes estaban requisando docenas de casas y las existencias de pasta, carne y harina de los almacenes de la ciudad. Simultáneamente, los fascistas parecían haber encontrado una renovada confianza y se paseaban con sus uniformes negros y los bolsillos cargados de pistolas, cuchillos y granadas.

Pero lo que ansiaba Fey era recibir noticias de Detalmo. No sabía nada de él desde junio, cuando escribió para decirle que se quedaría en Roma. La mañana de su detención, Fey había enviado un mensaje a través de la Cruz Roja para informarle de que las SS se la llevaban a Udine y de que su padre había muerto. ¿Lo habría recibido? ¿Se había demorado o extraviado su respuesta? Aquel silencio reforzó la sensación de abandono que la atenazaba desde que se enteró de que Detalmo no volvería a casa.

Tampoco sabía nada de su familia de Alemania. Habían transcurrido dos semanas desde la ejecución de su padre y no habían escrito. Estar tan lejos de su madre, de sus hermanos y de su hermana en aquel momento era sumamente triste. Le dolía no poder estar con ellos, no poder consolarlos y compartir su tristeza. Al no saber qué había sido de ellos, su preocupación era constante.

Sola e incomunicada de sus seres queridos, a Fey la reconfortó la única carta que la esperaba a su regreso. Era de Santa Hercolani, a quien había confesado su decepción por que Detalmo decidiera quedarse en Roma. Santa, diez años mayor que ella, también era amiga de Ilse, su madre. Habían intimado a principios de los años treinta, cuando Hassell estaba destinado en Roma. Aunque Santa, evidentemente temerosa de los censores alemanes, había elegido sus palabras cuidadosamente, leyendo entre líneas Fey vio que ella también estaba desesperada por tener noticias de Ilse:

> Queridísima Fey:
>
> Solo quería decirte que estoy contigo. Sin duda entenderás mi estado de ánimo y conocerás mis sentimientos.

> Recuerda que siempre puedes verme como una hermana mayor, muy mayor, y que te considero mucho más que una amiga [...].
>
> Si puedes, vuelve a escribir y, si sabes algo, cualquier cosa, dímelo [...]. Ahora estamos en el ojo del huracán y pienso en tu madre, en Wolf Ulli y en el auténtico valor de muchas cosas que pueden ser destruidas.[2]

Fey llevaba dos días en casa cuando su vecina Pia Tacoli, la hermana de Ferdinando, un líder de la Brigada Osoppo, fue a visitarla. En las últimas semanas, los alemanes también habían ocupado la casa de los Tacoli, que estaban utilizando como hospital de campaña para tratar a los soldados heridos en los combates con los partisanos, una ironía que a Pia y su hermano les resultaba divertida, ya que la casa era un bastión de actividad rebelde.

Se encontraba a menos de un kilómetro de Brazzà, pero aquella mañana Pia decidió dar un rodeo. Al llegar a las ruinas del castillo, esperó junto a un muro hasta que desaparecieron los guardias que patrullaban el camino que pasaba por delante de los aposentos de Fey.

Pia iba a proponerle un plan de rescate que había trazado con la ayuda de un grupo de partisanos de la Brigada Osoppo. Frente a las habitaciones de Fey había un camino que cruzaba el bosque y llevaba a una pequeña puerta de madera que daba a la carretera principal. Si Fey lograba escapar con los niños, Pia estaría esperándolos con un carromato para llevarlos al escondite de los partisanos en las montañas. Para evitar represalias alemanas, los hombres y mujeres que trabajaban en los bosques de Brazzà habían hecho un juramento de silencio. Fey sabía que el plan estaba erizado de peligros: «Había que esquivar a los guardias alemanes que patrullaban el castillo día y noche. También temía por Pia, ya que los alemanes relacionarían su ausencia con mi desaparición. Sin embargo, el principal motivo para rechazar su valerosa oferta fue que temía las terribles e indiscriminadas represalias que caerían sobre mi familia si yo escapaba. No podía arriesgarme a

que mi madre y mi hermana fueran encarceladas e incluso llevadas a un campo de concentración por mi culpa».

El día anterior, Fey había recibido finalmente una carta de su madre. Ella y Almuth estaban bajo arresto domiciliario en la casa familiar, cerca de Múnich. La carta no estaba fechada, pero a Fey la animó su contenido: «Me hablaba de un pequeño rayo de esperanza en relación con la suerte que había corrido mi padre y me invadió una sensación de alivio. ¿Era errónea la crónica radiofónica sobre la muerte de mi padre? Cuando estaba en la cárcel de Udine ya había cerrado un capítulo de mi vida, perseguida por las imágenes de su brutal muerte. Aunque parecía absurdo que la radio anunciara una mentira como aquella, de los nazis podía esperarme cualquier cosa. Esa idea, la remota posibilidad de que mi padre no hubiera sido ejecutado con los demás, me dio nuevas esperanzas».

Las noticias de su madre y el engañoso consuelo de la rutina en Brazzà, con sus ritmos habituales, amén del incondicional apoyo de Nonino y Ernesta, permitieron a Fey ignorar el peligro inherente a su situación: «Sabía que las SS eran exhaustivas, pero no tenía idea de hasta qué punto».

La noche del 25 de septiembre, seis días después de que Fey regresara a Brazzà, el coronel Dannenberg recibió una llamada de la Gestapo en Udine. Berlín había respondido a su petición. Fey y los niños serían deportados a Austria: tenía treinta y seis horas para preparar su partida.

La llamada se produjo poco antes de que Dannenberg celebrara una fiesta en honor del teniente Kretschmann, que al día siguiente sería destinado a otro lugar. El coronel invitó a Fey a acompañarlos; sin embargo, tras brindar por el futuro del teniente, ni él ni Kretschmann tuvieron valor para decirle que ella y los niños estaban a punto de ser deportados. A la mañana siguiente, Dannenberg le escribió una carta antes de asistir a una reunión y pidió a su ayudante que se la entregara.

A Fey, que estaba durmiendo en su habitación, la despertó el

sonido de la carta deslizándose por debajo de la puerta.

Apreciada Frau Pirzio-Biroli:

Me resulta de lo más vergonzoso tener que escribir esta carta, pero solo puedo utilizar este método formal y grosero, ya que me han reclamado súbitamente en Verona. Pero me apremiaré con mis asuntos allí para estar de vuelta antes de su partida mañana por la mañana.

En pocas palabras, me han informado de que debe prepararse para un viaje que por el momento la llevará a Innsbruck. Los niños irán con usted. Solo podrá llevarse el equipaje que sea estrictamente necesario.

La llevaré yo mismo a la estación de Udine, donde será entregada a un hombre con ropa civil que la acompañará. He intentado obtener información más precisa, pero lamentablemente sin éxito. A modo de consuelo, solo puedo decirle que tengo la impresión de que no tardaremos mucho en volver a vernos. Por supuesto, siempre y cuando el regimiento no sea destinado a otro lugar.

Así, Frau Pirzio-Biroli, conserve el ánimo aunque todo le sea muy difícil. Uno nunca debe perder el coraje. Al fin y al cabo, no puede hacer nada ante los hechos consumados. Tenga fe y no demuestre su nerviosismo. Todavía no sé a qué hora sale el tren. Lo único que sé es que se va mañana por la mañana. La hora exacta le será comunicada en mi ausencia. Ahora, apreciada dama, valor.

Con un respetuoso saludo,

COR. H. DANNENBERG

Rápidamente, Fey releyó la carta para asegurarse de que la había entendido correctamente. Dándole vueltas a su contenido, valor era lo último que sentía: «Me invadió un sentimiento de desesperación absoluta. Era consciente de la aterradora posibilidad de la deportación, pero también esperaba que la Gestapo de Berlín descartara un caso marginal como el mío: una mujer soltera con dos hijos pequeños y sola en un país extranjero. Ahora me

enfrentaba a un hecho irrefutable. Me vería engullida irremediablemente por la maquinaria de terror nazi».

Su desesperación se vio agravada por la ira. Se culpaba a sí misma. Ojalá hubiera escuchado a Detalmo y llevado a los niños a Roma después del armisticio o, como mínimo, aceptado la oferta de sus primos de alojarse en Frassanelle, su finca a las afueras de Padua. Con una punzada de culpabilidad, reconoció que, por más que se hubiera convencido a sí misma de que debía quedarse en Brazzà para proteger la casa y a las familias que trabajaban en la finca, lo cierto era que le daba miedo marcharse. Brazzà era su protectora, su capullo; la hacía sentirse segura. Por culpa de su debilidad había puesto en peligro a los niños. Si les ocurría algo, sería responsabilidad suya.

Minutos después, el edecán del coronel volvió para decirle que ella y los niños saldrían al día siguiente al amanecer.

A falta de menos de veinticuatro horas para partir, Fey tenía muchas cosas que hacer: «Los niños no tenían zapatos ni ropa adecuados para el viento norteño. Portando una petición urgente, Nonino fue enviado al zapatero. Nuestra costurera empezó a hacerles dos jerséis. Trabajó hasta la madrugada para tejerles dos suéteres gruesos. A las cuatro en punto de la madrugada, Nonino recogió el calzado. El zapatero también había trabajado toda la noche. Le pedí a Alvise di Brazzà que cuidara la finca y ayudara a Bovolenta en todo lo que pudiese. El amable médico militar agregado al Cuerpo de Ingenieros me dio 300 marcos, que me aconsejó que cosiera al forro del abrigo con las 3.000 liras que ya tenía. Mi equipaje consistía sobre todo en comida. Ignorando mi oposición, Nonino metió un jamón entero y varios salamis grandes. Anna, la mujer de Alvise, me trajo 600 cigarrillos que acabarían siendo un regalo extremadamente preciado. Nuestros grandes amigos y vecinos, los Stringher, trajeron galletas, latas de carne, té y leche condensada».

Aquella noche, Pia Tacoli volvió por segunda vez en una semana. Cuando se enteró de la noticia, fue a los escondites de la

Brigada Osoppo en las montañas, un peligroso viaje en el que había tenido que esquivar numerosos controles alemanes. Cuando estableció contacto con los partisanos en lo alto del monte Joanaz, les rogó que trazaran un último plan de rescate. Dicho plan, que ahora estaba listo para su ejecución, era arriesgado. Al amanecer, cuando Fey y los niños fueran trasladados a Udine, las brigadas tenderían una emboscada al vehículo y matarían a sus escoltas alemanes. Por más que lo deseara, Fey no pudo aceptar. El riesgo de que los niños se vieran atrapados en el fuego cruzado era demasiado grande y, aunque el coronel Dannenberg había demostrado debilidad y cobardía, era él quien los llevaría a la estación de Udine y no quería ser responsable de su muerte. Pia se fue a primera hora de la mañana, haciendo frente a otro viaje largo y peligroso a las montañas, para decir a los partisanos que no actuaran.

Cuando se hubo marchado, Fey escribió una carta a Lotti, su antigua institutriz. Su principal temor era que ella y los niños simplemente desaparecieran. Su padre la había advertido sobre la directriz Nacht und Nebel (Noche y niebla) de Hitler. El decreto, específicamente dirigido a las familias de los opositores políticos en países ocupados, fue diseñado para sofocar la resistencia fomentando un ambiente de misterio y terror. La directriz estipulaba que los detenidos serían trasladados en secreto a campos de concentración en Alemania y que sus familiares no recibirían información alguna. Los nazis incluso habían acuñado un término para los «desaparecidos»: eran *vernebelt*, transformados en neblina.[3]

Fey estaba escribiendo a Lotti por si se daba esa circunstancia. El coronel Dannenberg le había dicho que, «por el momento», ella y los niños serían conducidos a Innsbruck y que estaba convencido de que no permanecerían mucho tiempo retenidos. Pero era bastante posible que se equivocara. La Gestapo difícilmente comunicaría sus verdaderas intenciones a un simple coronel. Mientras escribía la carta, Fey se obligó a ponerse en lo peor. Si verdaderamente la llevaban a Alemania, no podía estar segura de que los niños fueran con ella. Sabía que si «desaparecía», existía el peligro de que se perdieran para siempre. Detalmo no había visto a

los niños desde el verano de 1943 y las únicas fotografías que tenía de ellos eran de hacía diez meses. Con lo rápido que crecían, ¿los reconocería Detalmo si Fey moría en los campos y tenía que ir en su busca? Lo mismo sucedía con su madre; había visto por última vez a los niños en invierno de 1942, cuando Roberto tenía solo catorce meses. Era imperativo que alguien tuviera las fotografías más actuales, y Lotti era la elección más obvia. Aunque había sido parte de la familia desde los años veinte, pudo eludir a la red de la Gestapo y ahora vivía tranquilamente en Hamburgo con su hermana Anni.

Al redactar la carta, Fey fue discreta sobre sus motivos para enviar las fotografías, pero sabía que Lotti lo entendería:

> Querida Lotti:
>
> Unas pocas líneas apresuradas. Hoy me han informado de que mañana me «acompañarán» a Innsbruck con los niños. Puedes imaginarte cómo me siento. Pero incluso en los momentos más tristes, uno debe esperar un futuro mejor y no perder el ánimo.
>
> Me temo que quizá esté ausente mucho tiempo, así que te envío las últimas fotografías de los niños, que han salido especialmente bien. Todavía tengo muchas cosas que hacer antes de partir, ya que quiero dejar la finca en buenas manos. Tengo mucho en que pensar, así que lo dejaré aquí. Pensad en nosotros, queridas Lotti y Anni.
>
> Con mucho mucho cariño,
>
> Vuestra desesperada y preocupada Li[4]

A la mañana siguiente, Fey se levantó antes de que amaneciera. El clima había dado un giro; estaban a doce grados bajo cero y llovía. Después de despertar a los niños a las cuatro de la madrugada, les puso los zapatos y los jerséis nuevos y les dijo que iban «a vivir una aventura». Dos horas después apareció el coronel Dannenberg acompañado de un oficial de las SS para llevarlos a la estación. Cuando salieron de casa, Fey se emocionó al ver en el camino a los sirvientes, muchos de ellos habían pasado la

noche en vela: «Todos habían permanecido despiertos para verme partir: Nonino, Pina,[5]Ernesta, Mila y Bovolenta, además de su enorme familia. Todos lloraban desesperadamente. Lo único que pude hacer fue controlarme por miedo a angustiar aún más a los niños [...]. Después de mirar por última vez a los amigos y vecinos que se habían congregado y de acercar a los niños a mí, me monté en el coche de Dannenberg, incapaz de creerme que verdaderamente fueran a llevarme de allí».

18

En la estación de Udine, el coronel Dannenberg entregó a Fey y los niños a un agente de la Gestapo. La entrada estaba llena de soldados. Vestidos con uniforme de batalla, formaban largas colas para subirse a los trenes militares que entraban y salían en rápida sucesión. Algunos vagones eran blindados y se veía claramente la esvástica debajo de las enormes torretas. Cosacos a caballo, con armas colgadas al hombro y cinturones de munición asomando en las alforjas, también guardaban turno para subir a los trenes. El ruido era ensordecedor: sargentos de compañía dando órdenes a gritos y maldiciones de los soldados dirigidas a los cosacos cuando sus caballos soltaban una coz.

Eran las 6.20 y aquello era el comienzo del tan anunciado *rastrellamento* contra los partisanos. «El golpe que sabíamos que llegaría, pero que hasta cierto punto esperábamos poder evitar, se produjo el 27 de septiembre, cuando el enemigo emprendió una ofensiva a gran escala», informó a Londres un comandante de la DOE el 4 de octubre de 1944. «Creíamos que tarde o temprano, si los partisanos molestaban lo suficiente, el enemigo tomaría represalias. También creíamos que esas represalias serían contenidas hasta que llegara un momento en que el enemigo pudiera reunir fuerzas y material suficientes para lanzar una ofensiva a gran escala.»[1]

A lo largo de casi tres meses, los partisanos entrenados por la DOE habían controlado las montañas de Brazzà, una zona de suma importancia estratégica para los alemanes. La carretera que llevaba al paso de Plöcken era una de las principales rutas de suministro desde Alemania; también era una de las pocas líneas de repliegue que tenía la Wehrmacht si perdía la guerra en Italia. Los alemanes solo podían aspirar a romper las posiciones de los partisanos y

expulsarlos de las montañas desplegando a un gran contingente.[2]Al oeste de Udine habían reunido a unos 10.000 soldados, incluyendo a formaciones de las SS y escuadrones de comandos. Los soldados que estaban subiendo a los trenes en la estación liderarían la ofensiva.

Después de guiar a Fey y los niños entre la muchedumbre, el agente de la Gestapo los llevó a un andén situado al otro lado de la estación, donde esperarían un tren rumbo a Villach. Según dijo, la espera sería larga. El municipio austríaco de Villach se encontraba a veintisiete kilómetros del paso de Plöcken, y los alemanes estaban utilizando la estación para atacar las posiciones partisanas. Mientras durara el *rastrellamento* no se permitiría el tráfico civil en aquella línea. Habiendo madrugado y con la emoción de ver a los soldados partir, los niños se quedaron dormidos en un banco. Eso dio a Fey tiempo para pensar y un respiro del engaño de la «aventura».

El oficial de la Gestapo la dejó sola con sus pensamientos. Fey se entretuvo caminando por el andén, pasando por delante de la propaganda que habían pegado los alemanes en las paredes, hasta el cartel de salidas vacío y de vuelta al banco en el que dormían los niños. No había nada más que mirar. Los trenes militares se habían ido y la estación estaba desierta. En ambas direcciones, las vías desaparecían a lo lejos.

La larga espera empeoró su tristeza. Sabía que el tren acabaría llegando, pero deseaba que no lo hiciera nunca. Mientras caminaba arriba y abajo, intentaba dominar el pánico, pero había demasiadas incertidumbres. De camino a la estación, el coronel Dannenberg reconoció que, después de Innsbruck, era posible que la Gestapo la enviara a Alemania. Su máxima esperanza era que fuera a Ebenhausen, donde su madre se encontraba bajo arresto domiciliario. Pero, si no era allí, ¿adónde? De nuevo, se descubrió pensando en la posibilidad de que ella y los niños pudieran desaparecer. Un primo de Detalmo con contactos en la Cruz Roja había prometido enviarle un mensaje para contarle lo ocurrido. Pero ¿le llegaría? La idea de que pudiera no recibirlo nunca la entristecía aún más; al menos si sabía que ella y los niños habían

sido arrestados, podría imaginárselo allí en espíritu.

Al cabo de unas horas apareció Maria Nigris, una amiga y vecina de Brazzà que se había enterado de la deportación de Fey y había ido a despedirse. «Agradecí mucho aquella demostración de afecto en un momento en el que sentía que Dios me había abandonado —recordaba Fey—, sobre todo porque, al asociarse conmigo, inevitablemente corría el riesgo de ser detenida ella también. Tratamos de ignorar la incerteza que se cernía sobre mí y hablamos de Brazzà y de lo que haríamos cuando acabara la guerra.»

Maria le hizo compañía unas horas. Cuando se fue, otro amigo, Luciano Giacomuzzi, llegó corriendo al andén. Estaba sin aliento y aliviado de ver a Fey. Tras conocer su situación, había ido en bicicleta a Brazzà y luego había vuelto a Udine, una distancia de casi treinta kilómetros. Era Luciano quien había escondido a Detalmo a su regreso de Mortara para despedirse antes de ir con la resistencia de Roma. El recuerdo de la preciosa noche que pasaron juntos en casa de los Giacomuzzi en Udine fue demasiado para Fey: «Al ver a Luciano tuve la sensación de estar a punto de perderlo todo. Por primera vez desde la conmoción de mi partida rompí a llorar».

Ni siquiera Fey era consciente del enorme riesgo que corría Luciano yendo a la estación. Aunque era director de la Compañía Eléctrica de Udine, trabajaba para el espionaje británico. En los últimos meses había proporcionado a Hedley Vincent, líder de la Misión Coolant, unos planos de la red eléctrica regional que permitieron a los partisanos sabotear los suministros alemanes haciendo estallar varias subestaciones de las montañas.[3]En la propia Udine, Luciano estaba colaborando con la Misión Adlestrop, también capitaneada por Vincent. Adlestrop, bautizada así por una base aérea de Gloucestershire, era una operación encubierta del SIS,[4]cuyos agentes se habían infiltrado en Udine para trabajar con «ciertos individuos fiables», uno de ellos Luciano.[5]Los aviones de la RAF habían lanzado a los tres hombres en el monte Joanaz la madrugada del 17 de agosto. Vestidos con ropa civil, a diferencia de los uniformes que llevaban los agentes de la DOE, al llegar a la

ciudad crearon una red potencialmente importante. «Es posible —informó Vincent a Londres— que pueda reunirse a muchos miles de partidarios de los Aliados bajo un organismo de control central para crear una fuerza de ataque civil que colabore estrechamente con los ejércitos aliados y las formaciones partisanas en las montañas cercanas.»[6]La red de informantes de la Gestapo en Udine significaba que siempre existía el peligro de que la labor de Luciano para los británicos fuera descubierta. Aunque era conocido en Adlestrop y Coolant con un alias, si su verdadera identidad salía a la luz, se enfrentaría a la pena de muerte. Sin embargo, allí estaba, hablando tranquilamente con Fey en el andén bajo la atenta mirada del oficial de la Gestapo.

A mediodía, con casi seis horas de retraso, llegó finalmente el tren con destino a Villach. Era el primer tren civil al que se permitía circular tras el inicio del *rastrellamento*, y el andén estaba abarrotado de gente. Cogiendo a los niños de la mano, Fey siguió al oficial de la Gestapo, quien, alzando su placa policial, se abrió paso entre la multitud: «Nos llevó a un compartimento privado en el que los niños se durmieron casi inmediatamente. Se portaron mejor que nunca, como si supieran que en aquel viaje tenían que estar quietos y callados».

Había solo cien kilómetros hasta Villach, pero tardarían trece horas en llegar. En la misma línea ferroviaria, los alemanes estaban utilizando vagones blindados para bombardear las posiciones partisanas y, a unos pocos kilómetros de Udine, el tren se detuvo en un túnel. Cuando finalmente salió varias horas después, en el aire había nubes de humo formadas por los cañones. En las montañas que se elevaban más al este, las columnas de humo negro indicaban las posiciones de los partisanos, cerca del pueblo de Nimis. Aquel era territorio Osoppo; era allí adonde habrían llevado a Fey y sus hijos si hubiera accedido al plan para tender una emboscada al coche de Dannenberg aquella mañana.

Para los partisanos y los agentes de la DOE que los habían armado y entrenado, la ofensiva sería catastrófica. Tras dos días de

combates incesantes, se vieron totalmente rodeados. Obligados a replegarse para evitar ser aniquilados, huyeron hacia el este perseguidos por los alemanes. Desde el refugio que ofrecía un monasterio en lo alto de los Alpes julianos, Hedley Vincent envió un confuso telegrama a Londres:

> ESTAMOS EN CRAVERO 10 KM E.N.E. DE CIVIDALE. TODO MATERIAL A SALVO. DOCUMENTOS Y MENSAJES DESTRUIDOS. ENEMIGO UTILIZA VARIOS MILLARES TROPAS. SUPERADOS EN TODOS FRENTES. AHORA ZONA OCUPADA DONDE HAY ASESINATOS E INCENDIOS INDISCRIMINADOS. NUESTRAS PÉRDIDAS VARIOS CIENTOS. INTENTANDO RECUPERAR CONTACTO FUERZAS PARTISANAS RESTANTES. MIENTRAS ESTAMOS INACTIVOS. VUELVO CUANDO POSICIÓN MÁS CLARA.[7]

Las pérdidas alemanas también habían sido numerosas: más de quinientos muertos, heridos o desaparecidos. Después de que los partisanos se retiraran de Nimis, llegaron soldados de las SS y destacamentos de cosacos para vengar a las bajas.[8]Sus líderes eran dos de los hombres más odiados y brutales de la región: el SS-Sturmbannführer Ludolf von Alvensleben, jefe de la policía de Udine, y «Patriarca», líder de la milicia fascista de Tolmezzo. Yendo casa por casa, sacaron a sus ocupantes y los acorralaron al final del pueblo. Treinta y seis hombres fueron elegidos para su deportación a Alemania y otros doce fusilados de uno en uno delante de sus vecinos y familiares. Tras dejar sus cadáveres allí, los soldados procedieron a saquear el pueblo. Mataron a todo el ganado y cargaron los cuerpos, además de muebles y otras posesiones, en varios camiones. Luego, por orden de Alvensleben, prendieron fuego a las casas. Mientras ardían hasta los cimientos, los supervivientes —mujeres y ancianos— fueron obligados a ver cómo los niños, que se habían escondido de los alemanes, eran lanzados a las llamas por «Patriarca», el comandante fascista.

Ya casi había oscurecido cuando el tren que llevaba a Fey y los niños llegó a las montañas que bordeaban el valle. Al norte, la línea de Villach serpenteaba por una quebrada tallada por el río

Fella. Era una zona desolada, y las empinadas paredes de roca se alzaban cientos de metros a ambos lados de la vía ferroviaria. Dado que el *rastrellamento* seguía en marcha, el tráfico militar tenía prioridad y había incesantes paradas en terraplenes y túneles.

Durante las interminables horas, la intimidad forzada del pequeño compartimento obligaba a Fey a hablar con el oficial de la Gestapo. Para su sorpresa, le dio a entender que consideraba absurda su deportación. Ella insistió para que le dijera exactamente adónde iban ella y los niños. ¿Sería a Ebenhausen, donde vivía su madre? El oficial no lo sabía. Sus únicas instrucciones eran escoltarlos hasta Innsbruck, donde debía entregarlos a otra rama de la Gestapo.

Cuando llegaron a Villach era la una de la madrugada y habían perdido el tren a Innsbruck. El siguiente no pasaría hasta el amanecer, y la estación estaba atestada de gente que también había quedado varada. El oficial de la Gestapo llevó a Fey y los niños a una gran sala en la que había centenares de mujeres y niños durmiendo en el suelo. El hospedaje de emergencia era segregado y, antes de dejarlos allí, dijo que volvería al alba. Con el rumor constante de voces, Fey pasó horas despierta: «Estaba inquieta por lo que pudiera suceder al día siguiente y me acechaban las imágenes de mi padre, Detalmo y Brazzà y todos aquellos a los que conocía y amaba. Por suerte, los niños se acurrucaron a mi lado sin quejarse una sola vez. Sus caras inocentes parecían lo único bueno que me quedaba».

En el andén había un oficial de la Gestapo cuando el tren llegó a Innsbruck la tarde siguiente. Después de trasladarlos a una comisaría de policía, donde los hicieron esperar varias horas, los llevó a un centro de interrogatorios situado a las afueras de la ciudad.

Dentro del edificio, acompañaron a Fey y los niños por unas escaleras y un pasillo que parecía interminable. A ambos lados podía verse el interior de las celdas, y los rostros cadavéricos y asustados que observaban entre los barrotes alarmaron a Fey:

Instintivamente apretujé las manos de los niños, que no dijeron una palabra ni hicieron preguntas, sino que caminaron a mi lado con expresión solemne.

Detrás de los barrotes de hierro, al final del segundo pasillo, se acercaron a nosotros otros dos hombres de la Gestapo, uno vestido de civil y el otro uniformado. Tras un par de preguntas rutinarias que respondí sin demasiado entusiasmo, el oficial uniformado me gritó de repente: «¡Eres la hija de ese criminal al que le cortamos la cabeza, ese perro, ese cerdo! ¿Esperas que te tratemos con guante de seda?». Luego se puso a reír.

Antes de que tuviera tiempo de recuperarme, el primer agente de la Gestapo, el que nos había llevado hasta Innsbruck y que durante el trayecto había sido relativamente amable, estaba despidiéndose. Sin darme cuenta, empezaron a caerme las lágrimas. Aunque aquel hombre pertenecía a la Gestapo, era mi último vínculo tangible con Italia y mi hogar. Por desgracia, el agente uniformado vio que intentaba contener las lágrimas y volvió a gritarme. «¿Por qué gimoteas? ¡No seas tonta!», me dije. Fue lo mejor que supe hacer para no desmoronarme mientras intentaba disimular mi miedo y preocupación por los niños. Aunque debían de estar asustados por ver llorar a su madre y por que les gritaran, no mostraron ninguna reacción. Me preparé para un interrogatorio, pero al cabo de unos minutos, el oficial ordenó a su ayudante que nos llevara a un hotel del centro de Innsbruck.

El Albergerhof, un elegante hotel con 110 habitaciones, se encontraba en Südtiroler Platz, junto a la estación central. Construido para el turismo en la cúspide del Imperio austrohúngaro, era un imponente edificio de cuatro plantas cuyo tejado estaba coronado por un minarete decorativo. En el interior, la ornamentación era acogedora. En los salones principales había sofás con estampados de flores alrededor de grandes chimeneas, y las paredes, forradas de roble, estaban decoradas con imágenes de esquí y escenas de caza.

Para sorpresa de Fey, la llevaron a una espaciosa y cómoda habitación con sirvienta. Por la ventana veía las montañas y la transitada plaza. Incluso había un jardín en la parte trasera del hotel donde podía sentarse con los niños: «Después de las cosas terribles que me esperaba, me sentía como en el paraíso. Aquel lujo me parecía difícil de creer. Pero, pensando en ello mientras deshacía el equipaje, lo interpreté como una buena señal. La

Gestapo no me había interrogado; tal vez solo debería asistir a otra sesión, responder unas cuantas preguntas rutinarias, y luego podría regresar a Brazzà con los niños».

A la mañana siguiente, después de dormir toda la noche, Fey bajó con los niños a desayunar. Años después, recordaba lo orgullosa que se sintió al sentarse en el comedor con sus «pequeños príncipes» de modales impecables. Pasaron una agradable mañana disfrutando de las vistas y jugando en el jardín. Luego los subió a la habitación del hotel para que durmieran la siesta.

Acababa de acostarlos cuando alguien llamó a la puerta. Al abrirla vio a dos agentes de la Gestapo a los que no conocía:

> Los dos oficiales me dijeron que tendría que ir con ellos unos días para «aclarar» unas «cuestiones de relevancia». Naturalmente, los niños tendrían que quedarse. Los enviarían a un buen hogar de menores y en unos minutos llegarían unas «enfermeras» de las SS para llevárselos.
>
> Corradino debió de entenderlo, o al menos notaba lo que estaba pasando. Se puso nervioso y no dejaba de preguntar si me iba. Yo no creía a los dos agentes y quería contarle la verdad. «Por favor, dígamelo», supliqué. «¿Serán solo unos días o mucho más tiempo?» Sonriendo, uno de ellos respondió: «Le aseguro que solo será cuestión de días. Puede tranquilizarse, madame».
>
> Llegaron las dos «enfermeras» de las SS, ambas rubias y sin el menor atisbo de amabilidad. Preguntaron por los hábitos de los niños, pero no hicieron ningún esfuerzo por ser simpáticas con ellos. Les puse sus abriguitos y le dije a Corradino lo más tranquilamente que pude: «Mamá estará con vosotros muy pronto, pero primero iréis a dar un paseo». A Robertino le pareció una idea fantástica y cogió a la enfermera de la mano. Pero, de repente, Corradino sucumbió al pánico, retrocedió y empezó a gritar a voz en cuello. Intentó zafarse de la mujer de las SS, golpeando la mano con la que lo tenía agarrado de la muñeca. Con gran dificultad, la mujer consiguió apartarlo de mí y sacarlo de la habitación. Yo tenía ganas de gritar, pero no habría servido de nada. Tuve que quedarme allí como una estatua, escuchando los gritos de Corradino cada vez más lejanos mientras se los llevaban a él y a Robertino escaleras abajo.

Como si la escena que acababa de presenciar no fuera real, Fey aún podía oír a Corrado gritando cuando uno de los agentes de la Gestapo le preguntó si sería tan amable de recoger sus cosas. Él

se ocuparía de los niños mientras ella era sometida a interrogatorio. Estarían a salvo, prometió.

Minutos después la hicieron salir. En aquella planta del hotel había cuarenta habitaciones, pero el pasillo estaba desierto y las puertas cerradas. Evidentemente, los otros huéspedes habían oído los gritos de Corrado, pero nadie salió a ver qué ocurría. Al recorrer el pasillo, Fey tuvo la sensación de que la gente estaba escuchando detrás de la puerta, conteniendo la respiración. Tuvo una sensación parecida cuando pasó junto al anciano que estaba puliendo los raíles de la barandilla en las escaleras que llevaban al vestíbulo. El empleado del hotel los había saludado a ella y a los niños cuando iban a desayunar aquella mañana. Concentrado en su tarea, que realizaba con movimientos exagerados, no levantó la cabeza cuando pasaron los tres.

Frente al hotel esperaba un coche. Mientras la Gestapo la llevaba por el centro de la ciudad, Fey recordó que tenía la chaqueta con el dinero cosido en el forro en una de las maletas. Todas sus posesiones habían sido confiscadas. No tenía nada excepto la ropa que llevaba puesta. Al mirar aquellas calles desconocidas, estaba desesperada por saber dónde habían llevado a los niños. Ojalá pudiera creerse que los recuperaría dentro de unos días tal como había prometido el agente. Asustada y extremadamente nerviosa, rogó que le facilitara más información. No podía divulgar su localización; estaba prohibido, repuso. Luego, contradiciendo su anterior afirmación, le aseguró que en «una o dos semanas» la dejarían en libertad y podría reunirse con sus hijos.

19

En Adamgasse I, una cárcel de la Gestapo situada en el centro de Innsbruck, los agentes entregaron a Fey a un guardia, quien, mientras le gritaba, la llevó por un largo pasillo sin ventanas e iluminado por bombillas fluorescentes. Cuando pasaban por delante de las celdas, que tenían puertas metálicas y una rendija, sus pasos resonaban en el suelo de baldosa. Al final del pasillo, el guardia la metió de un empujón en una celda diminuta y cerró la puerta con gran estruendo.

La celda medía tres metros por dos. En el suelo había un montón de paja que le daba la apariencia de una cuadra. Había también tres literas, y cada centímetro de pared estaba cubierto de mensajes que habían dejado otros presos. Hacía un frío atípico para la época y no había calefacción. En una esquina había una pequeña ventana que daba al este, donde se encontraban las vías ferroviarias y el río Sill. Fey oía los trenes y las bocinas distantes de las barcazas, pero solo atisbaba un pequeño tramo de cielo.

El cuartel general de la Gestapo, que ocupaba una manzana entera, estaba en el corazón del casco antiguo, justo delante del Palacio Episcopal. Gran parte del día, su austera fachada quedaba a la sombra que proyectaba el capitel de la catedral, ubicada justo detrás del palacio. Los soldados de las SS patrullaban la acera. Para impedir que amigos o familiares lanzaran notas a los prisioneros o gritaran mensajes, tenían órdenes de disparar contra todo aquel que merodeara por la zona.

Desde que estalló la guerra habían pasado por aquel edificio más de 6.800 hombres y mujeres.[1]De estos, la Gestapo solo había enviado a juicio a unos pocos; la gran mayoría habían sido

trasladados a Dachau u otros campos de concentración. La Gestapo de Innsbruck, que respondía directamente ante Berlín, contaba con 120 empleados que incluían chóferes, intérpretes, telefonistas y un gran número de secretarias, buena parte de ellas jóvenes solteras reclutadas para desempeñar labores de emergencia durante la guerra.[2]Los diversos departamentos estaban organizados según la amenaza percibida. Había uno para agentes enemigos y otro para trabajadores extranjeros y saboteadores; otro estaba dedicado enteramente a la seguridad industrial y radiofónica.[3]Pero el grueso del trabajo de la Gestapo consistía en la detención y deportación de «indeseables» y «opositores políticos».[4]Judíos, gitanos, homosexuales y personas con discapacidades físicas y mentales pertenecían a la primera categoría; la segunda incluía a comunistas, socialistas, monárquicos, sacerdotes católicos y *Rundfunk Sünder* (pecadores de la radio) y *Meckerer* (quejicas), personas a las que descubrían escuchando la BBC y Voice of America o a las que habían oído expresar opiniones negativas sobre el régimen nazi o el progreso de la guerra. Con cuarenta agentes varones, el núcleo operativo —los investigadores e interrogadores encargados de detener a esos individuos— era reducido en comparación. Según comentaba un agente: «No era necesario un gran equipo. Dependíamos de las denuncias de los tiroleses contra sus vecinos y familiares, cosa que hacían de buen grado».[5]

El jefe de la rama de la Gestapo en Innsbruck era Werner Hilliges. En otoño de 1944 tenía cuarenta y un años y era un hombre corrupto y dado a la bebida que había amasado una fortuna en el mercado negro.[6]Su crueldad era legendaria. En verano de 1943, en Reichenau, un campo de trabajo de las SS situado a las afueras de Innsbruck, Hilliges había disparado a un hombre en la cara por cuestionar sus órdenes.[7]Su segundo al mando era el SS-Hauptsturmführer Friedrich Busch, que supervisaba los interrogatorios. A sus cuarenta años había sido transferido a Innsbruck tras pasar por el cuartel general de la Gestapo en París, donde se decía que había torturado y asesinado a ciudadanos franceses.[8]Sus subalternos, los agentes de

investigación, fueron reclutados en las SS y la policía fronteriza. La mayoría eran austríacos nacidos en las aldeas atrasadas y aisladas del Tirol o en barrios de clase trabajadora de las ciudades industriales del valle del Eno.[9]Muchos eran bastardos y habían crecido marginados en comunidades devotamente católicas en las que la ilegitimidad conllevaba un gran estigma. A quienes no habían estudiado ni poseían cualificaciones formales, un empleo en la Gestapo les confería poder y estatus, y permitía trepar un escalafón a unos hombres que de lo contrario habrían seguido siendo peones.

A diario se llevaban a cabo interrogatorios, que podían prolongarse hasta cuatro horas. Los prisioneros eran trasladados desde Adamgasse I, la prisión donde tenían retenida a Fey, hasta el cuartel general de Herrengasse. Allí, las salas contenían tan solo dos mesas y los instrumentos de tortura que utilizaba la Gestapo para obligar a los prisioneros a hablar.

Uno de los principales interrogadores era el Kriminalsekretär Walter Guettner, un hombre de metro sesenta y cinco, delgado, nervioso y de mirada esquiva que era conocido como «La Ratilla».[10]Su técnica era empezar con una comedida persuasión. «No seas tonto. Lo sabemos todo», decía a sus víctimas. «Piensa en tu familia, en tus padres. Hazte la vida fácil.»[11]Si esto no daba resultado, entraban otros oficiales y golpeaban a los prisioneros. Usaban palos de madera para atizarles en el cuerpo y en la cara. Después los desnudaban y les pegaban en los genitales con látigos de cuero. También usaban pistolas con las que golpeaban a los prisioneros en la boca para romperles los dientes. Si esa paliza «corriente» tampoco funcionaba, se aplicaban «medidas extremas». Primero le ataban al prisionero las manos a los tobillos y luego introducían un rifle en el espacio que quedaba entre los brazos y las rodillas. Con un hombre de las SS agarrándolo por cada lado, colocaban los extremos del rifle entre las dos mesas de modo que el prisionero quedara colgando con la cabeza hacia abajo. Entonces le echaban agua en la boca y la nariz.[12]

Fey oía a los guardias llevando a los prisioneros de vuelta a sus celdas después de los interrogatorios. Si miraba por la rendija de la puerta metálica, podía verlos recorrer el pasillo antes de desaparecer. Llevaba seis días en aquella celda y la Gestapo aún no la había llamado para interrogarla. La imagen de los cuerpos rotos y los gemidos y gritos de los que seguían conscientes la perseguía. Era la misma sensación que tuvo después de presenciar un terrible accidente de circulación, pero ahora no podía pasar de largo y olvidarse. Con toda probabilidad, ella sería la siguiente.

La maquinaria del terror no se detenía ni de día ni de noche. Periódicamente, la Gestapo trasladaba a grupos de prisioneros a campos de concentración en Alemania y más al este. Los elegían aleatoriamente para liberar espacio y cumplir los cupos estipulados por Berlín. Hacía muchos años que Fey sabía de la existencia de los campos. A mediados de los años treinta, cuando Himmler los creó, su padre le dijo que los utilizaban para encarcelar a judíos y antinazis. Pero ahora, al escuchar las historias que circulaban por la prisión, era consciente de la envergadura de las atrocidades que estaban produciéndose.

En Adamgasse, los traslados iban precedidos de los gritos de un guardia, y Fey escuchaba ansiosa mientras este leía desde el pasillo los nombres que figuraban en la lista. Luego llegaban los pasos acelerados, el abrir y cerrar de puertas, el sonido de motores en el patio y las voces asustadas de los prisioneros cuando los llevaban a los camiones.

Al principio compartía celda con Emma, una hermosa y sonriente joven de origen austríaco. Su historia era mundana, pero no por ello menos terrible. La Gestapo la había encarcelado por vender cerdo en el mercado negro y por negarse a trabajar en un hotel en el que la habían maltratado. Cuando ingresó en la cárcel, le propinaron una fuerte paliza y perdió al bebé que llevaba desde hacía siete meses.

Con el flujo constante de nuevas llegadas, se unieron a Fey y Emma tres yugoslavas. Eran delincuentes comunes y una de ellas había pasado por la cárcel en catorce ocasiones. El lenguaje procaz y su lamentable estado físico disgustaban a Fey: «Iban

increíblemente sucias. Tenían la piel cubierta de ampollas y pústulas y el pelo lleno de piojos. Eran vulgares y su lenguaje era muy obsceno. Cada mañana, una de ellas me pedía que le pusiera una loción en los hombros, que tenía llenos de cicatrices, y lo hacía lo mejor que podía. Otra sufría unos dolores de barriga incapacitantes y yo pensaba que era apendicitis. Intenté convencer varias veces al guardia de que necesitaba una operación urgente o de que al menos debían llamar a un médico. Mis peticiones solían acabar en una tremenda discusión en la que el guardia me decía que me metiera en mis asuntos y no fuera impertinente. Después de cerrar la puerta, gritaba: "¡Ándate con cuidado, zorra, o tendré que mandarte a Ravensbrück!"».

Las condiciones en aquella celda abarrotada eran primitivas. No había lavamanos y el inodoro para las cinco mujeres era un cubo hediondo que solo se vaciaba una vez cada veinticuatro horas. No había nada que hacer, nada que leer y muy poco que comer. Las raciones consistían en pan de centeno y una sopa aguada con sabor a moho. Cada día, Fey soñaba con los jamones y los salamis que estaban pudriéndose en sus maletas o, más bien, que estarían siendo devorados por la Gestapo. A ella y las otras mujeres solo les permitían salir dos veces al día para ejercitarse treinta minutos en el patio situado detrás de la prisión y para lavarse en el aseo, que se encontraba a corta distancia. Las medidas de higiene eran básicas; las mujeres se bañaban en un largo abrevadero común, parecido a un comedero para cerdos, que contaba con cinco o seis grifos de agua fría. Observando boquiabiertos sus cuerpos desnudos, los guardias proferían comentarios lascivos y ofensivos.

Fey no tardó en darse cuenta de que los vigilantes, todos ellos austríacos, tenían fama de ser los más brutales del sistema de prisiones nazis, más aún que los carceleros alemanes del norte del Reich: «Disfrutaban atormentándonos e insultándonos. Una de sus bromas favoritas era plantarse delante de las celdas haciendo tintinear las llaves. Ese irritante comportamiento te hacía entender que eras un prisionero, encerrado y totalmente indefenso». En todo momento era consciente de un ojo acechando por la rendija de la

puerta. A menudo, las luces de la celda se encendían en plena noche. El interruptor estaba en el pasillo y los guardias se divertían viendo las caras de sorpresa de las mujeres al despertar, temiendo que fueran a llevárselas para un interrogatorio. En ocasiones, los guardias se quedaban fuera encendiendo y apagando la luz, lo cual hacía imposible dormir con aquel parpadeo. Otras veces entraban en la celda y les apartaban bruscamente las sábanas. Afirmaban vigilarlas porque varios prisioneros habían intentado suicidarse con cuchillos ocultos, pero era otro ejemplo de su lascivia.

Durante aquella primera semana, por espantosas que fueran las condiciones en la cárcel, por más que echara de menos a los niños y se preocupara por ellos, Fey seguía convencida de que no tardarían en ponerla en libertad. Solo tenía que resistir una o dos semanas, se dijo. Entonces, tal como había prometido el agente de la Gestapo, se reuniría con los niños.

A pesar del hambre y de los horrores de aquella atestada celda, con su olor a sudor y excrementos, la mayor dificultad a la que se enfrentaba era encontrar distracciones: «A veces pensaba en las respuestas inteligentes que daría cuando me interrogaran, pero mi principal actividad era caminar por la celda recitando todos los poemas de Goethe que me sabía de memoria; era lo mejor para no pensar en los niños. También empecé a hacer sesiones de adivinación por las noches. Diseñé unas cartas del tarot con las que prever el futuro de todas. A menudo "leía" en las cartas que una de mis compañeras sería liberada en un par de días. Por supuesto, nunca ocurría, pero a todo el mundo le encantaba oírmelo decir, y algunas incluso se lo creían un poco. También empecé a estudiar serbocroata, pero era demasiado difícil y mis profesoras no eran las mejores. Aun así, me ayudaba a pasar el rato».

20

Era la mañana del 10 de octubre, justo en el ecuador de su segunda semana en la cárcel, y la Gestapo aún no había interrogado a Fey.

El pánico se apoderaba de ella mientras caminaba de un lado a otro: de la puerta a la pared, entre las literas y el pestilente cubo. En la puerta giraba a la derecha; en la pared, a la izquierda. Era un viejo truco de la cárcel que le había enseñado una de las yugoslavas: si no cambiabas de dirección al dar la vuelta, al poco rato te mareabas.

Sus pensamientos se focalizaban en su situación, no en los versos de Goethe. El hecho de que la Gestapo se hubiera olvidado de ella y no le importara una madre separada de sus hijos le provocaba una ira incontenible, tan abrumadora que creía que perdería la cabeza. ¿Dónde estaban los niños? ¿Cómo los tratarían las enfermeras de las SS? ¿Y Detalmo y la familia de Fey en Alemania? ¿Sabían que estaba allí? ¿Sabía alguien que estaba allí?

Pasaron dos días más. Entonces, la tarde del 12 de octubre —casi dos semanas después de su encarcelamiento—, apareció un oficial de la Gestapo. Fey lo reconoció al instante: era uno de los agentes que la habían trasladado a la prisión. Tras indicarle que la acompañara, la llevó a un despacho situado en la parte delantera del edificio. Desesperada por tener noticias de los niños, Fey se quedó atónita cuando, nada más sentarse, el oficial empezó a hablar con prosaico detalle: «Primero me pidió que abonara la noche que había pasado con los niños en el hotel Albergerhof. ¡Me pareció excesivo! También me informó de que había sacado el jamón y los salamis que llevaba en la maleta para evitar que se pudrieran. “Por desgracia”, algunos eran incomestibles y tuvo que

tirarlos. ¡Probablemente se los había comido él! Cuando le rogué que me facilitara información sobre mis hijos, me aseguró que se encontraban bien y que estaban cuidándolos en un "instituto" cercano. En cualquier momento llegarían desde Berlín las instrucciones para mi liberación, momento en el cual podríamos irnos todos a casa. No sabía si creerle».

Entonces, el agente le entregó dos cartas. La primera era de su hermano, que residía en la capital:

> Querida Fey:
>
> Ayer tuve conocimiento de tu arresto. Te imaginarás lo horrorizado que me sentí. Fui corriendo al cuartel general de la Gestapo para averiguar dónde estabas. Me dijeron: «Staatspolizeistelle, Innsbruck». Les he dado tu dirección a Mutti [mamá] y a Almuth, y estoy seguro de que te escribirán inmediatamente. Si puedes escribirnos, envía las cartas a mi dirección de Berlín.
>
> Me aseguraron que los niños están en un buen hogar de menores y que te los devolverán en cuanto salgas en libertad. Estoy seguro de que pronto estaréis de vuelta en Brazzà. Mutti ya sabía lo de tu detención, porque el mismo día que me enteré yo, recibió una nota del cónsul italiano que adjuntaba una carta de Dannenberg, el comandante alemán de Brazzà. Te mando su carta, que sin duda es un signo de los tiempos que corren. Pienso en ti.
>
> Con amor,
>
> WOLF ULLI

Al leer la carta de su hermano se llenó de esperanza; si la Gestapo de Berlín afirmaba que recuperaría a los niños en cuanto fuera liberada, debía de ser cierto. La carta estaba fechada el 9 de octubre. Solo habían pasado unos días desde que Wolf Ulli habló con ellos y estaba convencida de que pronto regresaría a Brazzà.

Esforzándose por contener la emoción, releyó la carta atentamente. Era la primera vez que tenía noticias de su hermano

desde la ejecución de su padre; el hecho de que no hiciera referencia a su muerte era extraño. Evidentemente, Wolf Ulli sabía que la Gestapo leería la carta, pero le pareció raro que no expresara su tristeza ni le dedicara unas palabras de condolencia, aunque fueran veladas. No era propio de él. También la sorprendió que hubiera ido corriendo al cuartel general de la Gestapo nada más conocer su arresto. ¿Acaso no habían detenido a toda la familia cuando se dio a conocer la participación de su padre en el complot para asesinar a Hitler? Entonces, ¿por qué no habían detenido a Wolf Ulli? Solo podía haber una explicación: aquello era una prueba de que su padre no había sido ejecutado.

Cuando cogió la carta del coronel Dannenberg, recordó todas las veces que había jugado con los niños en Brazzà, cómo los malcriaba con pequeños regalos y cómo les dejaba montarse en los camiones de los soldados; pero, no bien se hubo anunciado la ejecución de su padre, fue a Udine e informó a la Gestapo de que la hija de Ulrich von Hassell vivía cerca de allí. Dannenberg había escrito la carta el 29 de septiembre, dos días después de entregarlos a ella y a los niños a la Gestapo. Al leerla, la asombró su empalagosa duplicidad:

> Apreciada Frau von Hassell:
>
> Siento tener que devolver su carta, así como una de Hamburgo que ha llegado aquí. Le ruego que devuelva la carta de Hamburgo a la dirección correcta, que yo desconozco. Le pido disculpas por el hecho de que ambas cartas estén abiertas, pero recibí la bochornosa orden de leer el correo de su hija.
>
> Considero que es mi deber informarla de lo ocurrido aquí en Brazzà. Su hija fue trasladada a la prisión de Udine cuando se dictó sentencia en relación con el conocido e infausto asunto. Hice cuanto estuvo en mi mano para que su estancia en la cárcel fuera lo más soportable posible. Para su información, soy el sucesor del comandante Eisermann. Me estaba permitido visitar a su hija a diario, así que, o bien yo o bien mi edecán u otro oficial íbamos verla. Conseguí que la trajeran de vuelta al castillo bajo mi responsabilidad. Debía

permanecer bajo custodia día y noche, pero al menos estaba con los niños y podía ocuparse de la finca. Entonces llegó una orden de Berlín. Ella y los niños debían tomar un tren rumbo a Innsbruck acompañados de un oficial de la Gestapo. La llevé yo mismo a la estación. Desconozco su dirección exacta o qué será de ella.

Según he podido averiguar, tenían intención de interrogarla en relación con lo sucedido. Desde luego, es una desventaja que esté casada con un oficial italiano que al parecer está colaborando con el enemigo.[1]En cuanto disponga de información más detallada, se la haré llegar. Dudo mucho que le permitan escribir, pero le aconsejé que, si podía, me remitiera a mí las cartas y yo podría comunicarle a usted las noticias.

Le ahorraré una descripción de las despedidas en Brazzà. Solo señalaré que los sirvientes que viven en la finca se preocuparon excepcionalmente por ella.

Reciba un respetuoso saludo,

DANNENBERG,
CORONEL Y COMANDANTE

Después de la entrevista, un guardia de la prisión acompañó a Fey a su celda. Creyendo que pronto volvería a Brazzà, los días posteriores le resultaron especialmente duros. Antes intentaba racionar sus pensamientos sobre los niños para mantener la cordura, pero ahora se permitía pensar en ellos todo el tiempo. Se pasaba horas soñando que los abrazaba y despertaba junto a ellos. La preocupaba siempre cómo dormirían por las noches y si podrían acurrucarse juntos en su ausencia.

Fey esperaba salir en libertad días después de su entrevista con el agente de la Gestapo, pero no ocurrió. Ante la falta de noticias, estaba cada vez más nerviosa: «El peso del sufrimiento y la triste existencia en aquella cárcel tuvieron un efecto inevitable en mí y, con el paso de los días, estaba cada vez más deprimida y ansiosa por no recibir noticias de los niños. Eran una parte tan

importante de mi existencia, de mi propio ser, que me sentía una persona incompleta sin ellos».

El final de su segunda semana en la cárcel llegó tal como había venido, y luego vino una tercera; aún no había noticias de la Gestapo. Entonces, veintitrés días después de haber entrado por primera vez en la celda, sintió que por fin algo estaba a punto de ocurrir:

> Inesperadamente, la Gestapo envió mis maletas a la cárcel. Un guardia me llevó a una especie de buhardilla, donde me permitió abrirlas estando él presente. Primero me puse ropa interior limpia, ya que la vieja apestaba. Me enfurecí al ver que de los 600 cigarrillos que había traído faltaban 300, además del té. Sin embargo, no habían encontrado el dinero. Soborné al guardia con una cajetilla para que me permitiera llevarme dos a la celda.
>
> Al día siguiente, 22 de octubre, era mi veintiséis aniversario. De nuevo, se abrió la puerta de la celda y me ordenaron salir. Un guardia anunció: «Eres libre». ¡No podría haber imaginado mejor regalo de cumpleaños! Pero acabaría siendo uno de los días más amargos de mi vida.
>
> Recogí mis escasas pertenencias y me despedí de mis compañeras, que estaban llenas de envidia. Me entristeció especialmente decir adiós a la pobre Emma. Seguí al guardia hasta la entrada de la prisión, donde me esperaban mis maletas. Un oficial de las SS, vestido de civil y con semblante serio, se me acercó y dijo:
>
> —Nos vamos de viaje.
>
> Alterada, pregunté inmediatamente:
>
> —¿Adónde?
>
> A lo cual respondió:
>
> —Solo sé que debo llevarla a Alemania.
>
> Con el corazón latiéndome con fuerza dije:
>
> —¿Y mis hijos?
>
> —¿Tiene hijos?
>
> —¡Por supuesto que sí! Tengo dos niños pequeños a los que se llevaron cuando me metieron aquí.
>
> —Primera noticia, y no sé dónde están. En cualquier caso, solo le pido que en este viaje sea sensata. No monte escenas ni llame la atención. Por favor, actúe como si fuéramos viejos amigos.
>
> En aquel momento, mi único deseo era abalanzarme sobre él y gritar: «¿Dónde están mis hijos? ¡Devolvedme a mis hijos!». Actuar como si fuéramos viejos amigos. ¡Dios mío! ¿Dónde estaban? ¿Dónde demonios estaban? El oficial se encogió de hombros como

si aquello no fuera con él. Me quedé allí en silencio, incapaz de creer lo que acaba de decirme.

Después de sacar a Fey de la cárcel, el oficial de las SS y una compañera suya la llevaron a la estación: «Tuvimos que esperar varias horas a que llegara el tren. En aquel momento, mi desesperación era insoportable. Allí estaba yo, totalmente indefensa en manos de aquellos criminales, sin noticias de casa y obligada a dejar a mis niños solos en un país extranjero sin amigos ni familia. Creo que en toda mi vida no he estado tan destrozada como en aquel andén de Innsbruck».

Cuando finalmente partió el tren, iba abarrotado. Era de los que se utilizan para el transporte de animales. En los vagones metálicos no había asientos y el suelo estaba cubierto de paja. Dos días antes, los Aliados habían bombardeado Innsbruck, y se vieron afectados los barrios pobres de las afueras. Los hombres y las mujeres que se agolpaban en los vagones como cabezas de ganado eran sobre todo refugiados. Hambrientos y agotados después de rebuscar entre los escombros de sus casas, cargaban con las pocas posesiones que habían conseguido salvar.

Fey, todavía en estado de *shock* y flanqueada por los guardias de las SS, ocupó su lugar entre ellos. Cuando el tren se alejaba de Innsbruck, no tenía ni idea de dónde la llevaban; sus escoltas se habían negado a divulgar su destino. Al mirar entre los listones de metal podía ver las montañas a ambos lados de la vía, pero era incapaz de leer los nombres de las estaciones por las que pasaban. Los nazis los habían tachado por precaución ante una posible invasión aliada. Su única esperanza era que la llevaran a casa de su madre en Ebenhausen, a unos ciento cincuenta kilómetros al otro lado de los Alpes.

Tras unas horas de viaje, los guardias de las SS le permitieron salir al estribo del vagón para respirar aire fresco. Contemplando el paisaje, se sintió desorientada por aquel entorno rural. Conocía la parte sur de Alemania, ya que la casa de su madre estaba cerca de la frontera austríaca. Aún se divisaban los Alpes a lo lejos, pero a ambos lados de la vía había densos bosques donde debería haber

campos ondulantes. Observó con ansiedad las casas de las pequeñas aldeas. En lugar de los chalets blancos que tanto gustaban a los bávaros, con sus tejados a dos aguas y sus hermosas decoraciones de madera, estaban hechas de ladrillo o mal construidas con una variedad primitiva de zarzo. Entonces, al ver el sol poniéndose por el oeste, se dio cuenta de que el tren iba en dirección opuesta, lejos de Alemania: «Me sentí aturdida al intentar ordenar mis pensamientos y decidir qué podía hacer. Confusa, le pedí un bolígrafo y un trozo de papel a una amable mujer que iba rodeada de lo que parecían todas sus posesiones de este mundo. Con ciertas dificultades, lo encontró y anoté apresuradamente la dirección de mi madre. Escribí que me trasladaban al este y que me habían quitado a los niños en Innsbruck. No tenía ni idea de dónde estaban ni de adónde me llevaban. Luego tiré el papel a las vías de una pequeña estación con la esperanza de que alguien lo cogiera».

Hora tras hora, el tren siguió avanzando entre densos bosques. Contemplando el mismo paisaje monótono, a Fey le parecía que el viaje no iba a terminar nunca. Intentó visualizar un mapa de Europa central. ¿Eran aquellos los ancestrales bosques de Bohemia o estaba en otro lugar? ¿Silesia o Galitzia tal vez?

Después de dos días en el tren, empezaron a pasar por ciudades y pueblos bombardeados por los soviéticos, que en el transcurso de nueve meses, habían avanzado 2.000 kilómetros y se encontraban a las afueras de Varsovia. Decenas de miles de personas estaban huyendo hacia el oeste por delante del Ejército Rojo. Fey podía verlos desde el estribo: hileras e hileras que se dirigían hacia ella caminando en paralelo a las vías. La asombraron la falta de esperanza o felicidad en sus rostros y la ausencia de conversaciones mientras avanzaban. Con frecuencia, el tren entraba en un apartadero para dejar paso a los transportes de personal militar. La imagen de multitud de jóvenes alemanes que se dirigían al frente ruso la horrorizó: «Me parecía ver grabado en sus inocentes rostros el eslogan que uno veía allá donde mirara, en carreteras, en estaciones, en plazas y en tiendas: "*Alle Räder müssen rollen für den Sieg*" ["Todas las ruedas deben girar para la

victoria”]».

Hicieron largas paradas en estaciones bombardeadas en las que Fey, vigilada de cerca por sus escoltas, se sentaba encima de las maletas mientras esperaban otro tren: «Durante las paradas en aquellas estaciones aisladas, que con frecuencia no eran más que montones de escombros y ceniza, intentaba no pensar en los niños, observando la vida de los hombres y mujeres que llevaban más de cuatro años en guerra. A primera vista todo parecía desmoronarse. La gente llevaba ropa harapienta y su expresión era tensa y nerviosa. Había pocos hombres; todos los empleados de las estaciones eran mujeres. Grandes multitudes iban de un lado para otro, ciudades enteras moviéndose, algo que no se veía desde hacía siglos. Aunque la escena daba una impresión de desorden y caos total, al mirar más detenidamente te dabas cuenta de que no era así. Aunque había unos retrasos increíbles (todos los trenes iban veinte horas tarde), todo funcionaba. Vi sorprendida cómo soldados y oficiales se iban de permiso según lo planeado, como si todo fuera bien en los dos frentes [...]. Esa asombrosa eficiencia en medio de la muerte y la destrucción no dejaba de sorprenderme».

El tren avanzó lentamente bajo frecuentes ataques aéreos hasta que, «después de tres días de viaje ininterrumpido» —escribió—, llegamos a una pequeña ciudad llamada Bad Reinerz, situada en las profundidades de los bosques de Baja Silesia. Era un lugar bello, tranquilo y ordenado rodeado de montañas. Aquel era, por tanto, el misterioso destino que por alguna razón los escoltas de las SS no querían desvelar».

21

Un oficial de las SS estaba esperando en el andén cuando llegó el tren. Llevaba un uniforme negro inmaculado y en el pico de su gorra relucían una calavera y unas tibias plateadas. Cuando Fey se apeó, la saludó con exagerada cortesía. Llevándose la mano derecha al pecho, hizo una rígida reverencia y con la izquierda cogió la de Fey y la besó. Por un instante, sus labios rozaron las yemas de sus dedos. Viniendo de un hombre como él, el gesto le resultó insoportable.

Tras un breve intercambio de documentación, los escoltas de las SS se fueron y el «caballeroso» oficial la acompañó a un pequeño coche sin distintivos. Cuando salieron de la estación, enfiló la carretera del valle rumbo al sur de la ciudad. Sentada delante junto a él, Fey podía oler el abrillantador de la funda de cuero de la pistola y sus botas negras: «No dijimos una palabra. Aún estaba abrumada por la tristeza de haber perdido a los niños y sentía ansiedad y confusión. ¿Adónde me llevaba? ¿A otra cárcel? Pero el hecho de que me tratara con tanto respeto me hacía pensar que no».

A unos kilómetros de Bad Reinerz, giró a la derecha y tomó una carretera de un solo sentido. Continuaron en silencio mientras circulaban por una vía que serpenteaba alrededor de la montaña. Un denso bosque impedía ver el otro lado. Cuando faltaban unos centenares de metros para llegar a la cumbre vieron un pequeño camino con un cartel de madera que decía: «¡Alto! Este hotel está cerrado». El mensaje estaba impreso en grandes letras góticas. Debajo, Fey pudo ver los dobles *Siegrune*, los escalofriantes relámpagos de las SS.

Ignorando la advertencia, el conductor entró por el camino.

Minutos después se detuvieron frente a un imponente chalet.

Con cuatro plantas de altura y un tejado a dos aguas, era a la vez lujoso y acogedor. Unos postigos de madera pintados a mano adornaban las ventanas y había una amplia terraza desde la cual podía admirarse el paisaje. Al bajar del coche, la belleza del lugar dejó a Fey boquiabierta: «Me sentía completamente desorientada. De repente había vuelto al mundo civilizado. Al mirar el paisaje que me rodeaba, tuve la sensación de estar soñando».

El hotel Hindenburg Baude se encontraba en lo alto de una meseta. Al este, la panorámica se extendía varios kilómetros por el valle del Kłodzko; a corta distancia se elevaban el capitel de una iglesia rodeada de campos y los tejados inclinados de algunas granjas. La única mácula en aquella imagen de postal era la esvástica que ondeaba en un mástil delante del hotel. Fey se estremeció al ver aquellos colores vibrantes bajo el mortecino sol de invierno.

Después de coger las maletas, el oficial de las SS la hizo entrar en el vestíbulo. Con la misma educación que antes —como si «estuviéramos en una fiesta de sociedad», recordaba Fey— le presentó a un atractivo adolescente. Iba acompañado de su hermana, una hermosa mujer de unos treinta años. Al oír sus nombres, Fey se dio cuenta de que, a menos que las SS pretendieran liquidarla, permanecería presa hasta que acabara la guerra. Eran Otto Philipp y Gagi von Stauffenberg, primos de Claus von Stauffenberg, el hombre que había colocado la bomba en el cuartel general de Hitler.

En cuanto entabló conversación con la pareja, apareció un botones para recoger su equipaje. Fey lo siguió hasta una habitación de la primera planta del hotel. Era luminosa y amplia y contaba con una bonita decoración, una cama grande, lavamanos y un vestidor de caoba. Ver la habitación la entristeció aún más; le recordaba a las salidas a esquiar que hacía con Detalmo. Hacía cinco meses que no sabía nada de él. Al pensar en Detalmo, solo notaba un vacío.

Antes de irse para que deshiciera el equipaje, el botones le entregó dos cartas. Una era una nota de su abuela, Marie von Tirpitz, que le habían hecho llegar desde la prisión de Innsbruck:

Queridísima Fey:

Gracias por tu carta del 2 de octubre. Me conmovió mucho que, a pesar de todo, te acordaras de mi cumpleaños. Ojalá pudiera hacer algo por ti. ¿Enviarte medicamentos para darte fuerzas, por ejemplo? Escríbeme si está permitido. ¿Sabías que Almuth y Hans Dieter consiguieron un permiso para visitarte en la cárcel de Innsbruck, pero, desgraciadamente, cuando llegaron les dijeron que te habían trasladado a otro sitio? ¿Dónde te han llevado? Espero recibir pronto noticias tuyas y de los niños. Que Dios te bendiga y todo el cariño de tu anciana abuela.

A Fey se le llenaron los ojos de lágrimas al leer la carta. Sabía que estaba en la cárcel cuando sus hermanos fueron a visitarla. Ojalá la Gestapo le hubiera permitido verlos, aunque fuera solo unos minutos.

Su único consuelo era que no mencionaba a su padre. Habían pasado casi dos meses desde que Kretschmann le dijo que había sido ejecutado. Desde entonces, había recibido cartas de su madre, de su hermano y ahora esta de su abuela, y ninguna hacía referencia a su fallecimiento.

Alentada por la convicción de que su padre seguía vivo, Fey cogió la segunda carta. Era de Lotti, que respondía a la que le había enviado ella desde Brazzà con las fotografías de los niños:

¡Te han abandonado, pero no estás sola! Todo los que te quieren están contigo cada día. Te mando mis mejores deseos desde el fondo de mi corazón y nunca olvides que Dios nos protege a todos, aunque sea difícil de creer en tiempos tan trágicos. Mi pequeña y valiente luchadora, pienso en ti y rezo por ti.

Fey guardó las preciadas cartas y, sacando fuerzas para ser la «luchadora» que recordaba su antigua institutriz, fue a reunirse con el resto de los huéspedes. En la planta baja encontró a Gagi y Otto Philipp von Stauffenberg, a quienes le habían presentado antes en el vestíbulo. Estaban hablando con una pareja mayor y un chico

delgado de poco más de veinte años cuya cabeza afeitada le hacía parecer desfigurado. Al momento, Fey vio por cómo reían y bromeaban que pertenecían a la misma familia. Evidentemente, hacía tiempo que no se veían.

Durante la conversación salió a relucir su historia. Aunque eran primos de Claus von Stauffenberg, la familia no estaba involucrada en el golpe de Estado; los habían encarcelado por el mero hecho de compartir apellido. Los padres se llamaban Clemens y Elisabeth, una mujer esbelta y elegante de unos sesenta años que había sido arrestada poco después del intento de asesinato de Hitler.[1]La Gestapo la había llevado a la cárcel de Stadelheim, en Múnich, donde pasó casi tres meses. A mediados de agosto, sus tres hijos, Otto Philipp, Gagi y Markwart, también fueron arrestados. Otto Philipp, de dieciocho años, y su hermana mayor, Gagi, habían sido encerrados en Nördlingen, Bavaria. Markwart, que tenía veintitrés, había sido enviado a Dachau, donde las SS lo pusieron a trabajar en el bloque de experimentos médicos. Clemens, un hombre amable y sin duda muy frágil, no había sido arrestado hasta el día anterior. Las SS fueron a la clínica donde estaba recibiendo tratamiento por una afección cardíaca, lo sacaron de la cama y lo llevaron directamente al hotel. Era la primera vez que la familia se reunía después de sus terribles experiencias.

A Fey la conmovió su historia. Sin embargo, no podía evitar sentir cierta envidia al ver su alegría de estar juntos nuevamente. La cercanía y la relajación con que se relacionaban entre ellos le recordó a su familia. El vínculo entre Clemens y Elisabeth era especialmente emotivo; mientras que Elisabeth protestaba y bromeaba, diciendo que, por una cuestión de salud, su marido debería haberse quedado en la clínica, Clemens susurró a Fey que durante los tres meses que había estado lejos de su mujer se sentía perdido y dudaba que hubiera sobrevivido mucho más tiempo.

Mientras conversaban iban llegando otros prisioneros. Cuando entraban en el vestíbulo, los guardias gritaban sus nombres a un oficial de las SS que se encontraba en la entrada marcando a los recién llegados en una lista. Al oír los nombres, Fey empezó a escrutar aquellos rostros ojerosos con el corazón palpitando de

expectación. «Goerdeler», «Gisevius», «Hofacker». Eran las familias más importantes de la resistencia alemana, gente a la que su padre había mencionado y con la que había trabajado. Esperaba que en cualquier momento entraran por la puerta miembros de su familia.

Por la tarde y a primera hora de la noche llegaron más prisioneros. Fey pasó gran parte del tiempo en el vestíbulo, donde regresaba una o dos veces cada hora con la esperanza de que su madre y sus hermanos estuvieran entre los recién llegados. Pero no fue así.

Diecisiete de los veintidós prisioneros que trasladaron las SS al Hindenburg Baude pertenecían a tres familias: los Stauffenberg, los Hofacker y los Goerdeler.

La composición de los grupos denotaba el aterrador alcance de la directriz Sippenhaft de Himmler, el concepto de que la familia de un traidor también era culpable.

Los Goerdeler, seis en el hotel, eran parientes directos de Carl Friedrich Goerdeler, el hombre que había de convertirse en canciller de Alemania en caso de que el golpe de Estado se hubiera consumado. Estaban su mujer, sus dos hijas, su nuera, su sobrina y su hermano mayor.[2]El propio Goerdeler se hallaba en la prisión de Plötzensee, en Berlín, a la espera de su ejecución. Días antes del 20 de julio, tras finalizar la lista de nombres que conformarían su gabinete, se había escondido, pero fue detenido a mediados de agosto después de que una mujer lo reconociera y lo denunciara a la Gestapo.

Cäsar von Hofacker, un alto mando de la Luftwaffe y primo de Claus von Stauffenberg, había sido detenido en París cinco días después del intento de golpe de Estado. Hofacker, la mano derecha de Carl Stülpnagel, el gobernador militar de París, estaba muy implicado en el complot. Horas después de que estallara la bomba, él y Stülpnagel fueron responsables de la detención de más de mil miembros de la Gestapo y las SS. Cuando resultó evidente que el golpe de Estado había fracasado, Hofacker tuvo muchas oportunidades para escapar, pero decidió quedarse en su despacho,

aduciendo que sería mejor que el mundo supiera lo que había ocurrido. Al cabo de unos días, mientras él era torturado brutalmente, las SS arrestaron a su familia. Su mujer y dos de sus hijos, un niño y una niña de dieciséis y quince años, respectivamente, estaban entre los prisioneros del Hindenburg Baude.

Los Stauffenberg, parientes del líder del golpe, Claus von Stauffenberg, eran la familia más numerosa. Además de los primos a los que conoció Fey a su llegada, estaban la suegra de Claus, de setenta y dos años, su cuñada, su hermano y otro primo lejano. Este último era Markwart, el conde Schenk von Stauffenberg, conocido como Onkel (Tío) Moppel en la familia. Puesto que era coronel del ejército alemán, cuando llegó aún iba enfundado en su uniforme.

Los otros tres prisioneros eran una pareja de mediana edad, Arthur y Hildegard Kuhn, y Annelise Gisevius, una profesora soltera de poco más de cuarenta años. El hijo de los Kuhn, Joachim, un oficial de infantería en el Frente Oriental que había recibido la Cruz de Hierro, participó en la conspiración desde el principio. Como amigo del general Henning von Tresckow, le confiaron la tarea de obtener los explosivos de fabricación británica para fabricar la bomba. Después del fracaso del golpe y del suicido de Tresckow, Kuhn se había propuesto salvaguardar la reputación del general. Recogió el cuerpo de Tresckow del bosque en el que se había hecho estallar con una granada de mano e informó al Alto Mando alemán de que había muerto en un ataque partisano. Más tarde, Kuhn fue capturado por el Ejército Rojo y trasladado a una cárcel de la Unión Soviética, donde permaneció hasta 1956.[3]

Annelise Gisevius era hermana de Hans Bernd, un alto mando del espionaje militar alemán. Como opositor encubierto del régimen nazi, había trabajado con Ulrich von Hassell como enlace secreto con el Vaticano y Allen Dudes, jefe de espías estadounidense. Annelise había sido arrestada en lugar de su hermano, que había aprovechado sus contactos para esquivar a las SS después del golpe de Estado.

Aparte de Annelise, Fey era la única prisionera que estaba sola en el hotel; el resto estaban allí con sus familias. Además, con la salvedad de dos miembros del grupo, habían recibido un trato privilegiado en los meses posteriores a su detención. Puesto que la Gestapo les había concedido un estatus especial, tenían derecho a celdas individuales y raciones de alimento adicionales. Como prisionera «corriente» en Innsbruck, las experiencias de Fey habían sido mucho más traumáticas.

22

Fey conoció formalmente a los otros prisioneros cuando se reunieron para cenar en el comedor del hotel. Era la primera vez que los familiares se veían desde su detención y una algarabía de voces alegres llenaba la estancia. Sintiéndose excluida y sumamente ansiosa por su familia, Fey ocupó su lugar a una de las mesas.

El comedor, con paredes revestidas de roble y un techo bajo con vigas, no parecía haber cambiado mucho en el último siglo. La madera estaba recubierta de una pátina marrón oscuro y la gran chimenea estaba encendida. En las mesas había impolutos manteles de lino blanco y las paredes estaban decoradas con astas y hermosos platos de porcelana. El efecto podría haberse calificado de agradable de no ser por los omnipresentes retratos de Hitler y los carteles y emblemas nazis que colgaban junto a ellos.

Desde su arresto, Fey había perdido más de seis kilos. Al mirar a su alrededor, no era difícil adivinar qué prisioneros habían sido tratados con dureza: Markwart von Stauffenberg, de veintitrés años, que había pasado dos meses en Dachau, y la baronesa Anni von Lerchenfeld, que había estado confinada en el campo de concentración de Ravensbrück. Sus familiares la llamaban «Tía Anni». Era una mujer imponente y de joven había sido una célebre belleza. Iba despeinada y llevaba un vestido negro harapiento que sus delgados hombros no lograban sostener. Nadie sabía por qué habían enviado a Markwart a Dachau, pero a Fey le contaron que Tía Anni era especialmente odiada por los nazis. No solo era la suegra de Claus von Stauffenberg, sino que su marido, Hugo von Lerchenfeld, había sido uno de los responsables del encarcelamiento de Hitler tras el *putsch* de Múnich en 1923.

Como cabría esperar, durante la cena hablaron del intento de

asesinato. Fey, sentada al lado de Alexander von Stauffenberg, el hermano de Claus, escuchó con impaciencia: «Todo el mundo estaba intercambiando información que había oído de amigos, familiares y gente a la que había conocido en la cárcel. La mayoría de los detalles eran nuevos para mí. Incomunicada en Brazzà, mi única fuente era la radio. Más tarde, en Innsbruck, no estaba con las familias implicadas en la conspiración. Comentaron todos los detalles del intento de asesinato, los preparativos y su fracaso. Hacia el final de la velada, la conversación derivó hacia la suerte que habían corrido los participantes, las ejecuciones y los miles de detenciones. Yo tenía miedo de que pronunciaran el nombre de mi padre en cualquier momento, pero nadie lo hizo, y estaba demasiado nerviosa para preguntar».

En cambio, sí hubo noticias de otros miembros de la familia: «Uno de los recién llegados explicó el misterio del contacto de mi hermano con la Gestapo. Al parecer, poco después del golpe de Estado, mi madre y mi hermana Almuth fueron detenidas y encarceladas en Múnich. Inmediatamente, Wolf Ulli, que estaba en Berlín, fue corriendo al cuartel general de la Gestapo y se ofreció para ocupar su lugar. Dijo que era él quien estaba con mi padre cuando pusieron la bomba. La persistencia y valentía de Wolf sorprendieron tanto a la Gestapo que lo enviaron a Múnich con una carta que autorizaba que su madre fuera sometida a arresto domiciliario. Era un caso único. Y lo que resultaba aún más extraordinario: el propio Wolf Ulli quedó en libertad. Teniendo en cuenta lo que me había sucedido a mí, parecía todo muy ilógico».

Fey supo todo aquello por Lotte von Hofacker,[1] esposa del coronel Cäsar, que había sido arrestado en París. Estaba con sus dos hijos mayores, un chico de dieciséis años y una chica de quince. A los otros, un niño de nueve años y dos niñas de doce y seis, se los habían llevado las SS. Aquella noche, Lotte le presentó a Fey a otras dos mujeres a quienes también les habían quitado a sus hijos y pronto desarrollaron un vínculo intuitivo: «Aunque todos los miembros del grupo sufrían por un motivo u otro, a cuatro mujeres, Lotte, Mika, Irma y yo, nos unía nuestra terrible preocupación. Todas sabíamos que, independientemente de lo que

estuviéramos diciendo o haciendo, bajo la superficie siempre pensábamos en nuestros hijos».

«Mika» era la condesa Maria von Stauffenberg, mujer de Berthold, el hermano mayor de Claus. Había visto por última vez a sus hijos la noche del 22 de julio, cuando las SS llegaron a Lautlingen, el castillo familiar del sur de Alemania. Después de saquear y cerrar el castillo, se la llevaron y dejaron a su hijo y su hija, de cinco y cuatro años, al cuidado de la Gestapo. Considerada «bolchevique» por los nazis, Mika, que rondaba los cuarenta y cinco años, se había criado en la Rusia zarista. Había colaborado con su marido en los detalles del plan Valquiria y corrigió el borrador de la proclamación que anunciaría la muerte de Hitler al pueblo alemán. Berthold había sido ejecutado el 10 de agosto, semanas después de la detención de Mika. A Fey la impresionó la valentía con que sobrellevaba la pérdida de su marido y sus hijos: «Era una mujer elegante con una voz profunda y lánguida. De niña ya había vivido una época brutal, la de la revolución rusa, tras la cual su familia había escapado a Alemania. Tal vez eso explicara la fortaleza con la que afrontaba su pérdida».[2]

Irma Goerdeler, casada con el primogénito de Carl Friedrich, llevaba separada de sus hijos, uno de tres años y un bebé de tan solo nueve meses, desde mediados de agosto. Cuando llegaron las SS para llevarse a los niños, solo le dijeron que irían a «una finca en el campo». Desde entonces no había tenido noticias. Tampoco sabía qué había sido de su marido, que desapareció sin dejar rastro.[3]

De las tres mujeres, con quien más afinidad sentía Fey era con Lotte: «Llena de energía y con un corazón de oro, se convertiría en una de mis mejores compañeras en el período que se avecinaba. Además de la preocupación por su marido, de quien no había recibido noticias oficiales, estaba angustiada por sus tres hijos pequeños. Se los habían llevado de la casa familiar de Berlín a principios de agosto. Esa preocupación por nuestros hijos perdidos nos unía. Era un alivio tremendo el estar con alguien que podía comprender el tormento constante que causaba esa separación. Sin embargo, Lotte no dejaba que aflorara nunca su sufrimiento.

Siempre se mostraba alegre para no preocupar a los otros dos niños que seguían con ella. Yo, en cambio, me sentía un poco aturdida por lo que había ocurrido y apenas podía ocultar mi ansiedad».

Reconfortada por Lotte y las otras madres que habían perdido a sus hijos, Fey empezó a recuperar su fortaleza. La comida del Hindenburg Baude era buena y el aire de la montaña reconstituyente. El personal cuidaba bien de los prisioneros, les limpiaba las habitaciones y les servía las comidas. A pesar del aislamiento y de la presencia constante de guardias de las SS, era, en palabras de Fey, como hospedarse en un «hotel de lujo».

Alejado de gente que pudiera verse atraída por una frívola curiosidad, el hotel había sido elegido cuidadosamente por las SS. Situado a mil metros de altura en el valle del Kłodzko, estaba rodeado de pinares. Aparte de algunas granjas aisladas, no había casas en varios kilómetros a la redonda. Dos oficiales de las SS vigilaban a los prisioneros las veinticuatro horas del día. Aun así, les estaba permitido salir a pasear y enviar y recibir cartas.[4]Durante las comidas, los guardias se sentaban a su mesa en una esquina del comedor y les dejaban hablar libremente. Las laxas medidas de seguridad permitían al grupo debatir la posibilidad de una huida, pero no tenían documentación oficial y querían evitar represalias, pues estaba claro que si alguien escapaba, lo pagarían todos.

La propietaria del hotel era una «mujer astuta y maliciosa» que a Fey no le caía bien: «Obviamente, era una persona calculadora. Cooperaba de buen grado con las SS, aunque se habría llevado igual de bien con cualquier otro si las cosas hubieran sido distintas. Nos dio a entender que ella se oponía a los nazis, pero no nos atrevíamos a hablar abiertamente con ella por temor a que fuera una espía. Sus trabajadores, en su mayoría polacos y rusos, llevaban botas altas y gruesas chaquetas de piel. No sabíamos si también eran prisioneros, ni pudimos averiguarlo. De vez en cuando, Mika y Tante Anni hablaban con ellos en ruso, pero no revelaban gran cosa».

El contacto con la población local estaba prohibido. No obstante, ya se había extendido el rumor del escondite de las SS, y de vez en cuando aparecían grupos de caminantes intentando ver el hotel desde el bosque. Una mañana, Fey estaba mirando por la ventana cuando de repente apareció un hombre abajo: «Levantó el puño hacia mí y dijo: "Ha llegado la hora de deshacerse de estos criminales". Hablaba en voz baja y miraba furtivamente a su alrededor, así que debía de referirse a los nazis y no a nosotros».

El grupo, incomunicado del mundo exterior, no tardó en imponerse una rutina. Después del desayuno rezaban y luego salían a dar largos paseos por el bosque en los que todos contaban su historia. Por las tardes leían, jugaban al bridge y organizaban actividades comunes: veladas musicales, sesiones de dibujo y clases, ofrecidas por Alex von Stauffenberg, que antes de la guerra había sido profesor de Historia de la Antigüedad en Wurzburgo.

Al verse sumidos en una intimidad forzada, los prisioneros desarrollaron un vínculo especial. Pese a que tenían caracteres y experiencias diferentes, los unían la tristeza y la inquietud. Separados de sus hijos y otros familiares cuya suerte desconocían, su preocupación era constante. Puesto que les negaban cualquier información, solo podían imaginar el dolor físico y emocional de sus seres queridos. La falta de lógica en los métodos de la Gestapo agravaba su ansiedad; no había respuestas satisfactorias a la pregunta de por qué una persona había acabado en un campo de concentración y otra en una cárcel o por qué ahora los retenían en un cómodo hotel.[5]

Pero Fey se percató de que se formaban camarillas a medida que los prisioneros conocían los puntos débiles de los demás, y se señalaba a ciertos individuos: «Nunca parecíamos cansarnos de hablar de la señora Gisevius, que nos divertía continuamente. Soltera y de "cierta edad", cuando la detuvieron llevaba un vestido de verano muy fino y, por supuesto, ahora estaba helada. Todo el mundo le daba ropa; la mayoría no le iba bien, así que llevaba una pinta bastante rara. Encima, la pobre mujer tenía la cara redonda, con una nariz prominente y respingona que formaba un ángulo imposible y coronada por unas gafas enormes. Se recogía el pelo

con un nudo y esbozaba una sonrisa eterna. Era obvio que se sentía sola y su método para ser amable con la gente daba un poco de vergüenza. Nos colmaba de pequeñas manifestaciones de afecto y siempre estaba ofreciendo favores para que habláramos con ella. A la gente no le gustaba pasar mucho tiempo con ella porque no dejaba de parlotear».

A Tía Anni, que paseaba por los pasillos «con unas pantuflas gigantes», también procuraban evitarla: «Nos contaba con todo lujo de detalle su estancia en Rusia durante la revolución, cuando su marido estuvo preso en una fortaleza rusa y cómo esperaba día y noche para ayudarlo a escapar, cosa que al final logró. Tenía una imaginación fértil y nunca sabías qué era cierto y qué no. Igual que con la señora Gisevius, la gente solía esquivarla porque hablaba demasiado».

Al final de la primera semana se habían dividido en subgrupos y aparecieron «habitaciones de clanes», ya que los parientes se daban cobijo entre sí. Al no tener familiares allí, Fey pasaba el tiempo con los Stauffenberg: «Me vi arrastrada a su círculo familiar y al poco tiempo los llamaba por sus apodos y pasaba gran parte del día con uno u otro. Me devolvieron la sensación de confort y seguridad que había perdido por completo aquel terrible día en Innsbruck, cuando se llevaron a los niños».

De todos los Stauffenberg era Alex, el hermano mayor de Claus, el que más fascinaba a Fey: «Me fijé en él en cuanto entró en el vestíbulo. Todavía llevaba puesto el uniforme, ya que lo habían arrestado estando con su regimiento en Grecia. Irradiaba tanto encanto y cordialidad que llamaba la atención, aunque no poseía un atractivo clásico. Daba la impresión de ser un hombre muy fuerte y sosegado. Rondaba los cuarenta años y era muy alto. Tenía el pelo oscuro y ondulado y se apreciaban canas a la altura de las sienes. Su perfil era afilado y bien definido y tenía los ojos azules y un tic adorable que le hacía temblar el párpado. Aunque me sentía muy atraída por él, me incomodaba su presencia. Su actitud despreocupada distaba mucho de la mía. Perder a los niños me había dejado un dolor constante y él parecía muy sofisticado y seguro de sí mismo».

Para no pensar en los niños, Fey daba clases de italiano a algunos prisioneros. Hacia el final de su primera semana, Alex se incorporó a las clases: «Gracias a sus conocimientos de griego y latín, Alex sabía mucho más acerca de la estructura del lenguaje que los otros y, con frecuencia, más que yo. Me intimidaba bastante cuando venía, no solo porque era muy inteligente, sino porque mi manera de expresarme le resultaba divertida. Por supuesto, aprendía mucho más rápido que los demás. Como nos permitían pasear cada día por el bosque, Alex y yo empezamos a caminar juntos y hablábamos solo italiano. Al principio titubeaba, pero, con el paso de los días, no solo mejoró su italiano, sino que descubrí muchas más cosas sobre él».

En enero de 1943, Alex había resultado herido de gravedad en la batalla de Stalingrado. Después de ser declarado no apto para el servicio activo, lo destinaron a Atenas, donde sirvió como oficial del Ejército en la Reserva. Cuando Hitler subió al poder, él tenía treinta años y se opuso al régimen nazi desde el principio. Como profesor de Historia de la Antigüedad en la Universidad de Wurzburgo, se negaba a otorgar legitimidad a la historia oficial de los nazis, cuestionaba los ideales de los emperadores obsesionados con el poder y tachaba la glorificación deliberada de los pueblos germánicos ancestrales de artimaña para respaldar teorías raciales fantasiosas y objetables.[6]Las SS lo habían arrestado a la mañana siguiente del golpe. Antes, unos amigos le habían ofrecido la oportunidad de huir a Egipto, pero se negó por una cuestión de honor.

Al poco, Fey y Alex pasaban gran parte del tiempo juntos; se sentaban uno al lado del otro durante las comidas y daban largos paseos por la mañana y por la tarde. La incomodidad que sentía Fey en su compañía no tardó en desaparecer. Por primera vez desde hacía semanas, Alex la hizo reír: «Su aspecto desaliñado, su indefinición y su despreocupación eran típicos del "profesor distraído" que aparece en los libros. No obstante, su actitud era juvenil y bromista y, sobre todo, tenía un maravilloso sentido del humor. Durante las comidas me susurraba bromas y comentarios para entretenerme, en especial sobre nuestros "*compagni di*

sventura" [compañeros de infortunio]. Los solemnes Kuhn, que siempre eran nuestros dos compañeros de mesa, nunca sabían de qué nos reíamos y nos miraban con desaprobación».

Durante las numerosas horas que pasaban juntos, Fey llegó a ver otra cara de Alex que contradecía la impresión que se había llevado de un hombre sereno y seguro de sí mismo. Según descubrió, la muerte de Claus y Berthold, su hermano gemelo, le había afectado profundamente: «Estaba muy unido a ambos y hablaba de cuando eran pequeños. A los tres hermanos les gustaba la música; uno tocaba el violín, el otro la viola y Alex el piano. Según decía, formaban un trío bastante bueno. Hablaba mucho de Claus, su hermano menor, cuyo talento como oficial le había permitido un rápido ascenso en la Wehrmacht. Se sentía tremendamente orgulloso de que fuera uno de los pocos altos mandos militares con valor y decisión suficientes para organizar un intento de asesinato contra Hitler».

Sin embargo, Fey intuía que a Alex lo atormentaba el fracaso del complot, y no solo porque Claus y Berthold hubieran sido ejecutados. Para sorpresa de Fey, le confesó que sus hermanos no le habían contado nada sobre el golpe de Estado, lo cual le había afectado mucho. Saber que lo habían mantenido en secreto porque creían no poder confiar en él le resultaba sumamente doloroso. Según explicó, no era porque sospecharan que podía traicionarlos, sino porque era demasiado incauto. En repetidas ocasiones, Claus y Berthold le habían advertido que su exaltada oposición a Hitler podía poner a la familia en el punto de mira y hacer peligrar su labor con la resistencia alemana. Entendía el motivo de su exclusión, pero creía que lo habían subestimado. También sentía que, en cierto modo, no había estado a la altura.

También hablaba de su mujer, Litta.[7]Era piloto de pruebas de la Luftwaffe y le habían sido concedidas la Cruz de Hierro y el Distintivo de Vuelo en el Frente con diamantes, dos de las condecoraciones militares más importantes. Se habían conocido en la primavera de 1931, cuando Litta lo llevó en avión a la boda de un amigo común en Berlín.[8]No se casaron hasta el verano de 1937. El padre de Litta era judío y, según las leyes raciales de

Núremberg, debía obtener un «certificado ario» para casarse con un no judío.

Hasta que la Luftwaffe no reconoció la importancia de su labor no se arriesgaron a solicitar el certificado. El trabajo, que consistía en probar la calibración de los instrumentos de cabina de los aviones de combate, era peligroso. Debía precipitarse en vertical desde una altura de más de 15.000 pies y ascender en el último segundo.[9]Participaba en hasta quince misiones diarias, y Litta estaba orgullosa de su capacidad para soportar las increíbles fuerzas gravitatorias que generaba aquella maniobra sin experimentar el «aturdimiento» que afectaba a la mayoría de los pilotos. Su labor y sus largas misiones en el ejército no les permitieron verse mucho desde que empezó la guerra, y él la echaba de menos. Litta también había sido arrestada después del golpe de Estado, pero la Gestapo la había puesto en libertad por orden directa de Göring, quien adujo «necesidades de guerra».

Alex también preguntaba a Fey por su vida: «Al principio no quería hablar de ello. Me resultaba demasiado doloroso recordar la época anterior a que me arrebataran a los niños. También me sentía avergonzada de lo ocurrido, de ser yo la culpable. No quería que nadie viera la profundidad de mi dolor y me daba miedo decepcionar a Alex si hablaba abiertamente de ello. Pero, ante sus cautas preguntas, empecé a contarle la historia de mi vida en la embajada de Roma y en Brazzà y a describirle a mi padre y sus ideales, a Detalmo y mi angustia por mis hijos. Al hacerlo, su apoyo y comprensión me hicieron darme cuenta de que no había nada que temer y, por primera vez desde Innsbruck, me sentí capaz de aceptarme a mí misma y lo ocurrido».

Al cabo de unas semanas llegaron el invierno y la nieve. De día seguían paseando juntos durante horas y recorrían kilómetros de campos blancos y vacíos y bosques engalanados con témpanos. En aquel paisaje cubierto de hielo que Fey describía como «etéreo», empezó a sentirse cada vez más atraída por Alex: «Durante nuestros largos paseos me fui dando cuenta de qué era lo que me resultaba tan atractivo en él. Había pasado mi infancia fuera de Alemania y me había criado y casado en Italia. Aparte de mi

familia, solo había conocido la vertiente más nefasta y trágica de mi tierra natal: el nazismo, las Juventudes Hitlerianas, las SS, la cárcel, la separación de mis hijos y mi familia. Alex fue la primera persona que me devolvió todos los aspectos positivos de la nación alemana: cultura, intelectualidad e integridad moral. Él simbolizaba esa parte de Alemania que inconscientemente había añorado en Italia. Aquel hombre personificaba al alemán "perfecto" de mi imaginación: alto, atractivo y todo un caballero. Y luego estaba su carácter, por un lado, alegre, con un gran sentido del humor y, por otro, melancólico, casi triste. Después de todo lo que había vivido y perdido, Alex había reaccionado con valentía y afrontaba el futuro con optimismo. Era un hombre extraordinariamente leído y, además de la historia, le encantaba la poesía y podía recitar muchos poemas de Goethe, lo cual me encantaba. En la incertidumbre de nuestros días en el Hindenburg Baude, aquellos paseos y conversaciones me ayudaron a olvidar nuestra indefensión, nuestra tristeza por los que habían muerto y mi miedo por los niños. En la situación difícil e irreal en la que nos encontrábamos, me había enamorado de él. Me parecía que él sentía lo mismo, pero no estaba segura y no tenía valor para decir nada. No sabía cómo decírselo».

Sus ratos a solas terminaron abruptamente el 30 de noviembre, cinco meses después de su llegada al Hindenburg Baude.

A primera hora de la mañana, a Fey la despertaron unos gritos y pisadas en las escaleras del vestíbulo. Segundos después, las SS enfilaron el pasillo y aporrearon su puerta con los puños: «*Schutzstaffel! Alle aufstehen! Abtransport! Packen Sie sofort Ihre Koffer!*» («¡SS! ¡Levantaos! ¡Os trasladáis! ¡Preparad el equipaje inmediatamente!»). Desconcertada, se quedó escuchando cómo avanzaban sistemáticamente por el pasillo despertando a los otros prisioneros. «*Alle aufstehen! Alle aufstehen! Sie bis sieben Uhr bereit!*» («¡Levantaos! ¡Levantaos! ¡Debéis estar listos a las ocho en punto!»).

Después de vestirse apresuradamente, Fey encontró a los

demás en el vestíbulo: «A nadie le alegró oír la palabra traslado, ya que, en el fondo, todos esperábamos quedarnos indefinidamente en el Hindenburg Baude. Naturalmente, no nos explicaron por qué nos trasladaban de manera tan súbita ni adónde íbamos. A algunos miembros del grupo les asustó mucho la orden y varios rompieron a llorar».

Cuando todos hubieron preparado el equipaje, los soldados de las SS los reunieron en el patio, donde esperaba un camión del ejército con el motor en marcha. El humo del tubo de escape formaba una nube negra sobre la nieve amontonada a la entrada del hotel. Acababa de amanecer y por encima de las sombras de las laderas más bajas, los picos de las montañas, iluminados por el sol, se teñían de un rosa dorado. Fey pensó en lo incongruentes que se antojaban el camión y los uniformes negros en un entorno por lo demás hermoso. Pese a la orden de que se apresuraran, permanecieron varias horas a la intemperie. En el vehículo no había espacio suficiente para los veintidós y tuvieron que pedir un segundo camión, que vendría de Bad Reinerz para transportar sus maletas. Finalmente, a mediodía enfilaron la serpenteante carretera que surcaba el valle.

Frente a la estación de Bad Reinerz, un pelotón de soldados les ordenó que bajaran de los camiones. En aquel momento se dieron cuenta de que ya no eran huéspedes privilegiados del hotel, sino prisioneros corrientes. Más que la rudeza con la que los soldados la hacían avanzar, lo que inquietaba a Fey era la falta de información: «Las SS seguían negándose a decirnos adónde íbamos. La esperanza de ser trasladados a otro hotel se desvaneció en cuanto recorrimos la explanada de la estación. Para llegar al vagón de tercera clase que nos habían asignado tuvimos que cruzar varias vías arrastrando nuestro equipaje. Dos filas de soldados, con sus rifles preparados, formaron un pasillo para que pasáramos. Me pareció más cómico que aterrador. ¡Tanto alboroto por veintidós personas! El vagón era demasiado pequeño y, cuando nos sentamos todos, prácticamente unos encima de otros, apenas podíamos movernos. En las ventanas había barrotes y estaban cerradas a cal y canto, así que el lugar pronto se volvió sofocante».

Los soldados, que viajaban en el vagón de atrás con el equipaje, se turnaban para vigilar al grupo de dos en dos. Eran tropas regulares de la Wehrmacht en lugar de hombres de las SS, y a Fey le parecieron «bastante humanos». Al rato entablaron conversación con ella. Le contaron cosas sobre la guerra y le hablaron de las terribles bajas alemanas en el Frente Oriental. Entre el 1 de junio y finales de agosto se había contabilizado casi un millón de muertos, desaparecidos o heridos. En seis meses, los rusos habían avanzado ochocientos kilómetros y ahora amenazaban con conquistar Prusia Oriental. Si lo conseguían, entre la frontera con Prusia Occidental y Berlín mediaban tan solo quinientos kilómetros.

Mientras charlaban, uno de los soldados le reconoció finalmente que su destino era Danzig: «Después de lo que acababa de oír, era el peor lugar posible, ya que significaba que íbamos directos al frente ruso. Danzig se encontraba entre Prusia Oriental y Occidental. En caso de derrota alemana, lo cual parecía cada vez más probable, caeríamos en manos rusas. Sería mejor que los nazis nos fusilaran que desaparecer para siempre en Siberia, donde nuestras familias nos perderían por completo el rastro».

Había oscurecido cuando el tren se detuvo en Breslavia. La necesidad de la Wehrmacht de enviar tropas al frente era tal que todo el tráfico civil tuvo que pernoctar allí. Después del largo e incómodo viaje, Fey supuso que los llevarían a un hotel en el que podría lavarse y descansar, pero los soldados los metieron en una sala cavernosa sin ventanas: «Aquel lugar era gélido y parecía construido especialmente para prisioneros en tránsito. Nos lazaron unos trozos de madera para la diminuta estufa, cerraron la puerta y oímos la llave dando vueltas en la cerradura». Las instalaciones de la sala eran primitivas. No había camas, tan solo el frío suelo de piedra y unos pocos bancos de madera. «Al menos podíamos tumbarnos», recordaba Fey. «¡Pero qué diferencia con la noche anterior, durmiendo en la habitación de un hotel confortable! En una de las paredes había un retrete a la vista de todos. Lo habían instalado allí sin ningún tipo de partición. Lotte y yo atamos unas sábanas delante para que fuera un poco más íntimo y digno, pero,

puesto que la “cortina” no tenía altura suficiente, se veía la cabeza de quien estuviera detrás, lo cual era bochornoso para el usuario, pero al menos nos hacía reír.»

A las cuatro de la madrugada, en plena oscuridad, los condujeron de nuevo al tren atravesando la gélida estación. Los guardias habían cambiado, y en lugar de soldados de la Wehrmacht estaban en manos de las SS.

Tardarían treinta y seis horas en recorrer los cuatrocientos kilómetros hasta Danzig. Apretujándose, el grupo consiguió liberar espacio en el compartimento y se turnaban para dormir. Periódicamente, los guardias entraban para burlarse de ellos e insinuaban que aquel viaje sería el último que harían: «Será mejor que os comáis todas las provisiones. Nunca se sabe qué puede pasar»; «Por favor, mantened la calma, no os levantéis e intentad dormir un poco. Así será más fácil».

Fey no sabía si las mofas eran un juego de los guardias para entretenerse: «Querían hacernos creer que estaban a punto de ejecutarnos. Pero, como nos habían mantenido con vida tanto tiempo, me costaba creer que fueran a liquidarnos en la siguiente parada. Aun así, daba miedo. Todos estábamos nerviosos, aunque intentábamos que no se nos notara».

A mitad de trayecto se produjo un desagradable incidente que elevó la tensión en el abarrotado compartimento. En una de las frecuentes paradas en pequeñas estaciones rurales subieron dos oficiales de las SS y ordenaron bruscamente a Alex y Tío Moppel,[10] aún vestidos de uniforme, que entregaran sus charreteras y otros indicadores de rango. Ambos se negaron. Aunque ya no sentían la menor lealtad hacia la Wehrmacht, sus uniformes de regimiento simbolizaban los valores que ellos y los conspiradores del 20 de julio aspiraban a defender: honor, decencia y coraje. Entonces se desencadenó una acalorada discusión que pronto degeneró en un intercambio de gritos despiadados. Fey, apretujada entre Lotte y Otto Philipp, observó horrorizada: «Los oficiales de las SS se enfurecieron muy rápido, casi rozando la histeria.

Gritaban a pleno pulmón y profirieron amenazas e insultos a Alex, que les replicaba. Me aterraba que fueran a pegarle un tiro. Algunas mujeres del grupo se pusieron a llorar. Era la primera vez que eran testigos de la brutalidad que acechaba tras la cortesía tan típica de la Gestapo y las SS. Yo lo había visto en el cuartel general de la Gestapo en Innsbruck cuando el oficial me gritó delante de los niños, refiriéndose a mi padre como "ese criminal al que le cortamos la cabeza". Afortunadamente, la discusión acabó en acuerdo. Los hombres de las SS aceptaron facilitar ropa civil a Alex y Tío Moppel para que no tuvieran que deshonrar sus uniformes. Yo estaba muy alterada, pues me recordó a aquellos últimos días en Innsbruck con los niños».

Había otro motivo de preocupación para Fey que no podía confesar a nadie. El hecho de que les quitaran los uniformes significaba que su destino más probable era un campo de concentración. Eliminar las marcas de rango de los soldados destinados a los campos era una práctica habitual de las SS; las autoridades no querían que otros presos supieran que también estaban encarcelando a oficiales alemanes. Fey sabía que hombres y mujeres estaban segregados en los campos y la aterraba que la separaran de Alex.

En cuanto se fueron los oficiales de las SS, los familiares del grupo se apresuraron a consolarse unos a otros, conscientes de que estaban a punto de separarse. Fey, que se sentía desesperadamente sola, observó en silencio mientras se abrazaban. La idea de perder a Alex era insoportable. Desde que abandonaron Hindenburg Baude no se había presentado la oportunidad de escapar de los demás. Sin embargo, durante el largo viaje, cuando cruzaban una mirada en el atestado vagón, él sonreía. Ahora ni siquiera tendría la posibilidad de despedirse de él a solas.

Mientras el tren avanzaba lentamente, Fey no podía pensar en otra cosa. Se preguntaba qué diría si por algún milagro podían arañar unos minutos a solas. Sabiendo que difícilmente volvería a verlo, ¿tendría valor para confesarle lo que sentía? Pero ¿cómo podía hacerlo? Su creencia en la santidad del matrimonio hacía impensable una aventura. Al mismo tiempo, la fuerza de su

atracción por él era tal que anhelaba la más mínima palabra o gesto suyo que demostrara que él sentía lo mismo.

A última hora de la tarde del 2 de diciembre, el grupo llegó finalmente a Danzig. Llevaban cincuenta y cinco horas de trayecto, pero el viaje no había terminado. Allí los esperaba otro tren para llevarlos a su destino, el lugar que las SS aún no habían desvelado.

Dos horas después entraron en una pequeña estación rural en la que les dijeron que tendrían que esperar en el vagón hasta que llegara un furgón policial. Fuera, el paisaje llano y anodino se extendía hacia la oscuridad, pero alcanzaban a divisar dunas de arena, lo cual indicaba que se hallaban en algún lugar próximo a la costa.

«Nadie dijo nada mientras estábamos allí», recordaba Fey. «Los que tenían a sus seres queridos preferían aprovechar sus últimos momentos juntos. Lotte estaba consolando a su hijo, diciéndole que todo saldría bien y que debía ser valiente y fuerte. Hildegard Kuhn estaba llorando en silencio con la cabeza apoyada en el hombro de su marido. Y Gagi y los dos jóvenes Stauffenberg habían formado un grupo con sus padres y estaban cogiéndose de las manos. Alex parecía igual de desesperado que yo. No habíamos podido mantener una conversación en privado. Aquello era el fin. Habíamos llegado a nuestro destino. Todos estábamos agotados de tantas noches en vela, de la falta de comida y de la tensión. No teníamos ni idea de dónde estábamos, pero parecía un lugar frío y desolado. Ajenos a lo que nos deparaba el futuro, tuvimos que esperar durante horas en aquel tren con barrotes en las ventanas. Finalmente nos ordenaron que bajáramos y nos llevaron a empujones hasta un furgón policial. Dentro estaba oscuro, pero tras un corto trayecto pude ver a través de una rendija que había cerca de mi asiento que estábamos bordeando una enorme valla de alambre de espino iluminada por unos focos enormes.»

Cuando la furgoneta entró al campo, Alex le puso a Fey un papel en la mano. En él había escrito el poema «Canción de amor», de Rainer Maria Rilke.

¿Cómo sujetar mi alma para
que no roce la tuya?
¿Cómo debo elevarla
hasta las otras cosas, sobre ti?
Quisiera cobijarla bajo cualquier objeto perdido,
en un rincón extraño y mudo
donde tu estremecimiento no pudiera esparcirse.
Pero todo aquello que tocamos tú y yo
nos une como un golpe de arco,
que una sola voz arranca de dos cuerdas.
¿En qué instrumento nos tensaron?
¿Y qué mano nos pulsa formando ese sonido?
¡Oh, dulce canto!

23

El furgón se detuvo y oyeron voces acercándose. Segundos después, los guardias del campo deslizaron los pasadores de la puerta trasera y levantaron la lona, y entonces pudieron ver un patio iluminado de unos cien metros cuadrados. Cegados por las luces y azotados por el aire frío, los prisioneros se taparon la cara. Entre las sombras, una voz gritó: «¡Dispersaos! ¡Marcha rápida!», y los guardias desaparecieron al trote.

Cuando bajaron del furgón se encontraban delante de un edificio largo de escasa altura. El viento olía a mar y el suelo era de arena, como una playa. A un lado del patio discurría un muro alto rodeado de una doble valla de alambre de espino. Las columnas de aislantes de porcelana blancos dispuestas a intervalos regulares denotaban que toda la estructura estaba preparada para administrar una descarga letal. Al otro lado del muro, el campo estaba envuelto en la oscuridad y apenas distinguían las siluetas de las torres de vigilancia recortándose contra el cielo.

En el centro del patio, una solitaria figura caminaba de un lado a otro iluminada por los focos. Llevaba un abrigo negro largo con el cuello levantado para protegerse del frío. Era un hombre de mediana altura con el físico y el rostro de un luchador. Tenía la mandíbula prominente, los pómulos anchos y una nariz chata que parecía haber sufrido varias fracturas. Tras levantar la mano para pedirles silencio, se dirigió al grupo con voz entrecortada:

«Soy el SS-Sturmbannführer Hoppe, comandante del campo de Stutthof. Son ustedes los denominados Sippenhäftlinge.[1] Todos tienen familiares que participaron en el intento de asesinato del Führer. Hasta que se decida su suerte, este barracón estará a su disposición. Podrán pasear por este patio hasta las nueve de la noche. Si salen más tarde, los guardias tienen orden de disparar.

No les está permitido hablar con los guardias ni decir sus nombres en voz alta.

»Cada mañana habrá una inspección a las ocho. Deben cocinar y lavarse su propia ropa. Deben talar madera y cuidar de las estufas. No tienen que llevar uniformes de presidiario ni tampoco ninguna forma de identificación. Pueden entretenerse como gusten y pueden dividir las habitaciones a su antojo. Me aseguraré de que reciban libros de la biblioteca del campo. Si tienen alguna petición especial, diríjanla al Oberscharführer Foth. Él es el sargento al mando y será su responsable. Podrán escribir a casa una vez cada quince días».

Con esas palabras, el comandante dio media vuelta y se fue. Después, el sargento les mostró dónde se alojarían. Saliendo de las sombras del barracón, se presentó educadamente y los invitó a entrar al edificio. Mientras subían las escaleras se sentían tan aliviados que todos iban riéndose y abrazándose. Fey tuvo la sensación de estar levitando: «Me sorprendió mucho que no nos separaran. Era tan feliz que no me importaba cómo fueran las habitaciones. Lo más importante era que seguía con Alex, y gracias al poema sabía que él sentía lo mismo que yo».

Al entrar en el barracón vieron una sala enorme que ocupaba toda la extensión del edificio. En una esquina había una estufa de leña. Junto a ella había una cocina con armarios llenos de platos, ollas y sartenes. A ambos lados de la sala había cuatro habitaciones muy espaciosas con capacidad para hasta quince personas y una más pequeña para almacenar madera y carbón. Había también un lavabo grande con agua fría y caliente. Todo estaba escrupulosamente limpio y olía a pintura fresca y a madera sin tratar. Algunas habitaciones incluso tenían agradables vistas al bosque que rodeaba el campo.

Mientras enseñaba el barracón al grupo, el sargento Foth, un hombre de corta estatura y tez pálida que llevaba el uniforme negro de las Allgemeine-SS, parecía querer agradarles e insistió tanto en su propia importancia como en la de los prisioneros. El edificio, explicó, había sido construido exclusivamente para ellos y ahora eran «prisioneros especiales» en una división «especial» del

campo de Stutthof. La orden había venido de «arriba» —«de muy arriba»— y el barracón respondía al nombre en clave de Caballo de Batalla 1. El comandante lo había seleccionado a él para que satisficiera sus necesidades; no tendrían contacto con nadie más. Era un honor, dijo, haber sido elegido.

Fey y los otros quedaron muy sorprendidos al saber que el barracón había sido construido especialmente para ellos: «No tenía sentido. Como parientes de quienes habían conspirado para matar a Hitler, sabíamos que los nazis de alto rango nos maldecían. En el fondo, siempre pensábamos que en cualquier momento ordenarían nuestra ejecución. Entonces ¿por qué nos habían asignado aquel espacioso barracón? ¿Quién había dictado la orden? ¿Y con qué fin? Fuera cual fuera el motivo, no podíamos hacer nada al respecto, así que empezamos a convertir nuestros aposentos en el lugar más cómodo posible».

Los dos pequeños almacenes situados a ambos extremos del edificio fueron asignados a la señora Gisevius y a Tía Anni; según recordaba Fey, «nadie quería sufrir su verborrea». Las otras habitaciones fueron divididas en alojamientos para hombres y mujeres o adjudicados a unidades familiares. Los seis Goerdeler compartían dos habitaciones; los Kuhn y Clemens y Elisabeth von Stauffenberg disponían de habitación propia. Fey decidió compartir una con Lotte, Gagi, Mika y Ännerle, la hija de quince años de Lotte.

Cuando Fey iba a buscar su equipaje a la entrada, se topó con Alex en el pasillo. Su conversación fue fugaz: «Al momento, Alex me preguntó si estaba bien y se ofreció a llevarme las maletas. Cuando iba a dejarlas en el suelo, me habló al oído. La habitación que compartía con sus familiares era contigua a la que yo ocupaba con las chicas. Las paredes eran delgadas como el papel y se oía todo. Si elegía la cama situada justo al otro lado de la suya, podríamos hablar antes de acostarnos y nada más despertar. En las semanas posteriores, eso fue lo que hicimos. Siempre hablábamos en italiano. Se había convertido en nuestro idioma privado».

Al vivir todos juntos, era la única oportunidad que Fey y Alex tenían para comunicarse. Había poco que hacer y el tiempo pasaba lentamente. A pesar de las promesas del comandante, apenas había comida y el grupo no cocinaba. Por el contrario, el sargento Foth les llevaba a mediodía una gran olla de sopa poco apetecible que no era más que unas gachas aguadas en las que flotaban trozos de patata y zanahoria, excepto los domingos, cuando también contenían un poco de carne de origen incierto. A veces, en la sopa había arena que había traído el viento mientras la transportaban desde las cocinas del campo. Por la noche, Foth volvía con una segunda y última comida, consistente en un trozo de pan negro con café aguado y, a veces, un poco de queso.

Durante el día, Fey se sentaba con los demás en la sala grande, que solo contaba con una estufa que irradiara calor de verdad. Los grupos que se habían formado en el Hindenburg Baude seguían juntos, pero el frío los confinaba ahora en la misma habitación. Fey se sentía cada vez más desplazada: «Los Goerdeler hablaban entre ellos de toda clase de temas intelectuales. Les gustaba especialmente Rilke y recitaban sus poemas sin parar. Por supuesto, Alex me había escrito un poema suyo y oírlo me agitaba un poco. El doctor Goerdeler, que había asumido el papel de padre de familia, dirigía los recitales. Era un sexagenario bastante irritable e irritante y, cuando no estaba protestando por algo o recitando poesía, se quedaba callado. Mientras los Goerdeler mantenían sus conversaciones, los otros nos sentábamos a charlar junto a la estufa. Onkel Moppel y Markwart contaban chistes y a veces nos desternillábamos durante horas. A veces me incomodaba, porque no los entendía y tenía que forzar las carcajadas. Por las tardes, Alex y yo jugábamos al bridge con Markwart y Otto Philipp, lo cual me encantaba».

Encerrados en Caballo de Batalla 1, los Sippenhäftlinge no tenían manera de saber qué estaba sucediendo a pocos cientos de metros de su barracón. El muro de cuatro metros de altura que los separaba del resto del campo les impedía ver el enorme complejo:

las docenas de barracones y fábricas, las horcas, las cámaras de gas, la red de calles y la línea ferroviaria de una sola vía que desaparecía ominosamente en el bosque. También les impedía comunicarse con los otros presos. Las normas relativas a su detención eran tan estrictas que no les estaba permitido ver ni ser vistos por nadie. Los guardias del campo no podían entrar en Caballo de Batalla 1; incluso les habían prohibido mirar a los «prisioneros especiales». Eso significaba que, siempre que Fey y los demás salían a ejercitarse en el patio, los guardias de las torres de vigilancia les daban la espalda. Aquella imagen inquietante los confundía; no comprendían tanto secretismo a su alrededor.

Durante aquellas primeras semanas, Foth fue la única persona a la que vieron los prisioneros de parentesco. Les llevó pasteles y dulces por el cumpleaños de Ännerle von Hofacker y consiguió que les enviaran varios paquetes con ropa de abrigo. Les parecía una persona «decente y servicial». Pero sus labores en Caballo de Batalla 1 solo le ocupaban una parte del día. El resto del tiempo desempeñaba su trabajo como jefe de la sección judía del campo. Allí se había ganado la fama de ser el oficial más sádico de las SS en Stutthof. Según testificaría más tarde un prisionero: «Ese hombre se ponía enfermo si no había matado a un preso durante la jornada».[2]

A veces, por encima del muro se colaban voces hablando en una lengua eslava; los Sippenhäftlinge oían el ruido metálico de una fábrica y el aullido de las sirenas que llamaban a los presos del campo al trabajo. Pero, con el paso de los días, empezaron a oír sonidos pavorosos. Una semana después de su llegada, un crepitar de llamas los despertó a las cuatro de la madrugada. Al mirar por las ventanas del barracón vieron el resplandor de una hoguera que ardía en el bosque a cien metros de allí. Una lluvia de chispas se elevaba en el aire y, cuando el fuego cobró impulso y el viento sopló el humo en dirección a ellos, les llegó un olor nauseabundo, y sabían que solo podía tratarse de carne quemada. Desde el bosque llegaban otros sonidos. «Cada noche, como en una pesadilla horrible, oía perros aullando», recordaba Fey. «Sabía que eso significaba que un pobre prisionero había intentado huir.»

24

Decenas de miles de hombres, mujeres y niños estaban retenidos en Stutthof, situado en la costa, cuarenta kilómetros al este de Danzig. «Era un lugar gigantesco», recordaba un prisionero. «No podías abarcarlo todo con la vista. Parecía extenderse indefinidamente.»[1]

Durante los fríos meses de invierno, casi todos los días llegaba una niebla desde el Báltico que impedía que se filtrara la luz y acentuaba la sensación de encontrarse en un lugar aislado y cubierto de hielo. Rodeado de agua por todas partes y con 1.000 guardias de las SS, el campo, con 120 hectáreas, había sido cuidadosamente elegido por los nazis.[2]El río Vístula al oeste y los canales que llegaban al mar atravesando pantanos y marismas hacían que la huida fuera casi imposible, y los ciudadanos alemanes que vivían en los pueblos pesqueros cercanos traicionarían a cualquier prisionero que lograra escapar.

El campo había sido inaugurado en 1939 tras la invasión de Polonia por parte de los nazis.[3]Construido originalmente para albergar a 4.500 hombres polacos, entre ellos profesores, sacerdotes y otros miembros de la intelectualidad considerados políticamente cuestionables, el número de prisioneros aumentó rápidamente a medida que el ejército alemán avanzaba hacia el este. Tras una visita de Himmler en invierno de 1942, se encargaron treinta nuevos barracones para acoger a prisioneros de guerra rusos.[4]Para los cimientos, construidos por los presos, se utilizaron huesos de compañeros suyos que habían muerto a causa de las epidemias de fiebre tifoidea y otras enfermedades que arrasaban el campo en aquel momento. «Había tantos cadáveres que los hornos funcionaban las veinticuatro horas del día», rememoraba un prisionero. «Como los cuerpos se amontonaban, la incineración era apresurada y los huesos seguían duros. Teníamos

que vaciar los hornos, apilar los huesos en carretas y llevarlos a las zonas donde estaban edificando. Encajaban entre las piedras y hacían que las superficies de las calles fueran más uniformes y estables.»[5]

Terminados los barracones, se construyeron toda una serie de campos y fábricas en los que trabajarían los nuevos prisioneros. Stutthof podía albergar a 25.000 personas. Sin embargo, en diciembre de 1944, cuando llegaron los Sippenhäftlinge, en el campo se hacinaban 60.000.

No se trataba de los prisioneros de guerra soviéticos que Himmler había pronosticado en 1942. Tras una sucesión de derrotas militares en el Frente Oriental, la escasez de mano de obra en el Reich había alcanzado proporciones desesperadas y la campaña bélica alemana dependía de las enormes reservas de trabajadores forzosos en los campos y guetos dirigidos por las SS en los países ocupados. Desde el verano de 1944, cuando el Ejército Rojo amenazó con liberar esos campos, decenas de miles de presos fueron evacuados. Entre junio y octubre habían llegado unos 47.000 a Stutthof, muchos de ellos desde Auschwitz.[6]«El campo, que ni siquiera podía con la gente que ya estaba allí, llegó a su límite», recordaba el SS-Hauptsturmführer Meyer, un alto mando del campo. «Se notificó la situación a Berlín, pero no hicieron nada. Su respuesta fue que pusiéramos a los prisioneros a trabajar.»[7]

Cuando se constató que muchos de los recién llegados no estaban en condiciones de trabajar, Berlín emitió un segundo edicto: para ahorrarse el gasto de alimentar a los prisioneros, debían ejecutarlos.

Los asesinatos en masa habían empezado en junio bajo el nombre en clave de *Sonderbehandlung* (trato especial). Para determinar cuál de los nuevos presos viviría o moriría, el sargento Foth y otros oficiales de las SS dirigían un proceso de selección que daba comienzo en cuanto llegaban los transportes.[8]

En los cuatro meses transcurridos entre junio y finales de

octubre, veintiséis trenes se detuvieron en la pequeña estación situada fuera del campo, cada uno de ellos con una media de entre 1.500 y 2.000 prisioneros.[9]Los trenes procedían del gueto de Kovno, de Kaiserwald —un campo de concentración de Letonia— y de Auschwitz. En octubre, tras la ofensiva báltica del Ejército Rojo, las cifras se habían disparado: en aquel momento, los trenes llevaban más de 4.000 prisioneros.

De las 47.000 personas que llegaban en los transportes, más del sesenta por ciento eran judías y más de la mitad mujeres. Su viaje en los abarrotados vagones de ganado, a menudo a temperaturas abrasadoras, había durado muchos días: «Apestábamos a sudor seco y a orina y heces que no podíamos limpiarnos», recordaba una mujer.[10]

El control de masas y la necesidad de evitar el pánico era una preocupación constante entre los guardias de las SS, quienes, en caso de un transporte numeroso, se veían superados. Por eso intentaban ocultar a los prisioneros su destino. Cuando los trenes llegaban a la estación de Stutthof, el cartel decía «Campo del Bosque», y bandas de músicos interpretaban música de cámara en el andén.[11]

Desde la estación, los prisioneros eran conducidos al interior del campo, pasaban por delante de la casa del comandante Hoppe, con su cuidado jardín, y llegaban a una extensa plaza de armas. Hombres y mujeres eran separados inmediatamente, y también las madres y sus hijos pequeños. En la mayoría de los transportes, varios prisioneros llegaban con una condena a muerte por «delitos» contra los nazis.[12]Estos eran seleccionados por las SS, incluido el sargento Foth, y llevados a los crematorios, donde les disparaban en la nuca o los ahorcaban.[13]

De pie sobre la tierra compacta de la plaza de armas, pisoteada por las multitudes que habían pasado antes por allí, los otros formaban una fila para el recuento. Schoschana Rabinovicim, de trece años, llegó de Kaiserwald en un transporte con 3.155 prisioneros: «Después de contabilizarnos una y otra vez, se acercó un oficial y pronunció un discurso en alemán. Su voz gritaba y ladraba al mismo tiempo: “A partir de ahora ya no sois personas;

sois números, solo números. Así es como os llamaremos y así es como deberéis responder: con vuestro número y en alemán. En el momento en que entrasteis por la puerta perdisteis cualquier derecho. El único que os queda es trabajar para el Reich alemán. La única posibilidad que tenéis de salir de aquí es volando por esa chimenea". Entonces señaló una chimenea que se veía al final del campo, de la cual salía un humo negro y hediondo. También notamos el peculiar olor dulce de la carne quemada, un olor que se nos pegó y no nos abandonó hasta el final».[14]

El procedimiento posterior era el mismo para todos los transportes. Después del recuento, los prisioneros eran conducidos a un gran hangar, donde los hacían desnudarse y entregar sus efectos personales en el almacén del campo. Luego, los guardias les afeitaban el pelo, incluido el vello público. A continuación les examinaban las cavidades corporales para buscar objetos de valor ocultos: boca, orejas, orificios nasales, recto y genitales. Finalmente, les grababan un número en el brazo y les entregaban un uniforme de presidiario. Mientras que los presos políticos llevaban un uniforme a rayas, a los judíos les daban ropa civil con su número y una estrella amarilla cosida a la espalda. La ropa, de segunda, tercera e incluso cuarta mano, se la habían quitado a quienes habían muerto en el campo, ya fuera por ejecución o enfermedad.

Después, a los prisioneros los llevaban de nuevo a la plaza de armas, donde los hacían formar una fila. Entonces comenzaba el proceso de selección para determinar a quienes merecía la pena mantener con vida. El sargento Foth, junto con un médico y otros altos mandos de las SS, se situaban al principio de la cola mientras los guardias hacían avanzar a los prisioneros uno a uno.

Trudi Birger, que en verano de 1944 tenía dieciséis años, llegó con su madre en un transporte de 2.169 mujeres provenientes del gueto de Kovno. «Nadie quería avanzar», recordaba. «Nos obligaban a hacerlo las mujeres que teníamos detrás, acosadas por los Kapos[15]armados con sus varas y los guardias situados junto a la valla con sus perros [...]. Yo centré toda mi atención en el médico, que decidiría mi destino en un momento. Era un hombre alto,

atractivo y rubio con uniforme nazi [...]. No me preocupaba mi veredicto. Sabía que yo lo pasaría, ya que había practicado en muchos procesos de selección. Había aprendido a fingir alegría y ponerme tan erguida como pudiera para demostrar que estaba llena de energía y buena voluntad. Pero no sabía qué ocurriría con mi madre [...]. Aparentaba más sesenta que cuarenta años [...]. Y el vestido que le habían dado, una cosa negra sin forma, no la ayudaba a parecer más joven.»[16]

Mientras las mujeres esperaban su turno para ver al médico, los guardias recorrían la fila eligiendo a las embarazadas y a aquellas que evidentemente estaban demasiado débiles para trabajar. Muchas prisioneras sufrían edema debido a años de desnutrición. «Teníamos que enseñarles las piernas», recordaba una. «A la que tuviera muchas úlceras se la llevaban inmediatamente.»[17]Al preso político Krzysztof Dunin-Wąsowicz le asignaron el procesamiento de las recién llegadas junto a los guardias de las SS y explicaba que, en algunos casos, muchas mujeres estaban demasiado frágiles para mantenerse en pie: «Hubo un transporte de 150 mujeres del subcampo de Thorn. Venían en unas condiciones deplorables. Algunas no podían levantarse del suelo; estaban allí tumbadas, gimiendo. Muchas estaban embarazadas o acababan de dar a luz. Estaban todas muy delgadas y tenían heridas en las piernas».[18]

El médico examinaba a las que llegaban al principio de la cola. Después de palparles los músculos de los brazos, les preguntaba si padecían alguna enfermedad. «Las observaba con frialdad cuando se situaban delante de él y buscaba cualquier defecto que pudiera hacerlas inútiles como trabajadoras», escribía Trudi Birger. «Con pequeños y fríos gestos y sin apenas mediar palabra, enviaba a unas a la izquierda y a otras a la derecha. No había ninguna que no supiera lo que eso significaba.»[19]

Trudi y su madre superaron el proceso de selección, pero miles de mujeres no. Las consideradas no aptas para trabajar eran hacinadas en bloques segregados en los que morían de enfermedad o eran ejecutadas sumariamente por los guardias del campo. Se utilizaban varios métodos: gas, muerte por inyección letal o

ahogamiento.

En los barracones que albergaban a las mujeres judías, el sargento Foth decidía cuáles debían morir. «Las condenas a muerte eran dictadas arbitrariamente por el Oberscharführer Foth», escribía Dunin-Wąsowicz. «Los guardias y Kapos eran igual de entusiastas, pero cuando se trataba de matar judíos, Foth era sin duda el más depravado y cruel. En una ocasión en que la cámara de gas no funcionaba, aquel sádico sediento de sangre mató a las mujeres con sus propias manos.»[20]

Dunin-Wąsowicz relataba que Foth, padre de ocho hijos, hostigaba especialmente a las embarazadas. «Una vez, una joven judía embarazada huyó de un grupo al que habían condenado a muerte y consiguió esconderse en el piso superior de los barracones. Foth organizó una partida de búsqueda, la encontró y la devolvió triunfante al grupo.»[21]Según testificó después de la guerra Hans Rach, un oficial de las SS,[22]Foth también buscaba a sus próximas víctimas en los barracones donde había mujeres a las que el doctor consideraba aptas para trabajar: «Cada día ordenaba un recuento que duraba varias horas y elegía a las enfermas y débiles. Juzgaba su estado de salud por sus piernas, así que obligaba a las judías a hacer carreras unas contra otras. A las que no corrían las hacía subirse a una carreta y las llevaban a la cámara de gas. Cuando estaba llena, cerraban la puerta. Otto Knott, que había recibido una formación especial en el campo de concentración de Lublin, subía al tejado y vertía Zyklon B por una rendija especial [...]. Foth también lo hacía».[23]

«No quiero que nadie olvide la absoluta crueldad de los campos», escribió Trudi Birger en unas memorias del tiempo que pasó en Stutthof. «No solo eran fábricas de la muerte impersonales en las que la gente era procesada en cámaras de gas y crematorios como productos de una cadena de montaje macabra. Eran lugares en los que criminales sádicos y bárbaros podían hacer realidad sus fantasías más crueles y grotescas.»[24]

Aunque las regulaciones del campo prohibían a los guardias azotar a los prisioneros, no había normas contra el asesinato, los maltratos arbitrarios o el hostigamiento diario.[25]Se ejecutaba a

prisioneros por motivos insignificantes —fumar en las letrinas o cantar villancicos— y por diversión de los guardias. Uno de sus pasatiempos favoritos era abrir las puertas del campo e invitar a los presos a irse; entonces los ejecutaban argumentando que habían intentado huir. En otras ocasiones, los guardias atacaban a los prisioneros con pastores alemanes especialmente adiestrados. Antiguos miembros de las SS reconocían que, «por diversión», los adiestradores lanzaban a sus animales contra los grupos de trabajo que regresaban al campo para «animar un poco a los prisioneros».[26]Estos debían ponerse firmes y quitarse la gorra cuando pasaba un guardia.[27]Por la noche, sacaban a las adolescentes de sus literas y las obligaban a desfilar en los barracones de las SS como si fuera una pasarela y así poder decidir de cuál abusarían sexualmente.[28]

Los Kapos ejercían su propio régimen del terror. Eran los prisioneros a los que las SS habían asignado la supervisión de los grupos de trabajo y el control de los barracones. Dado que estaban exentos de realizar trabajos forzados y recibían raciones extras de comida, facilitaban a las SS la vigilancia de los campos. El sistema, utilizado en todos los campos de concentración nazis, estaba diseñado para permitir que todo funcionara con menos personal de las SS. Sin los Kapos, habría sido imposible que las autoridades mantuvieran las operaciones diarias. En 1941 se había trasladado a Stutthof a prisioneros de Categoría A provenientes de cárceles civiles de Alemania, y los Kapos fueron reclutados entre ellos y no entre los numerosos prisioneros políticos y religiosos. Se elegía por su crueldad a asesinos declarados, maltratadores de niños y miembros de bandas criminales violentas.

Hablando con un grupo de generales en junio de 1944, Himmler se jactaba de que los Kapos explicaban el «éxito» del sistema de campos de concentración. Detallando su «ingeniosa planificación» para «retener a infrahumanos», explicó su papel en relación con los demás prisioneros: «En el momento en que se convierte en Kapo, ya no duerme con ellos. Es responsabilizado del rendimiento laboral de los prisioneros y de su limpieza [...]. En cuanto no estamos satisfechos con él, deja de ser Kapo y vuelve a

dormir con sus hombres. Y sabe que la primera noche lo matarán de una paliza».[29]

Los Kapos hacían lo que fuera necesario para convencer a los guardias de su idoneidad para el puesto. Según los testimonios de los supervivientes, a veces mataban a los prisioneros a golpes o latigazos. Las palizas, según Schoschana Rabinovici, que fue evacuada del gueto de Vilna, eran algo cotidiano: «Por experiencia aprendimos a guardar silencio cuando nos pegaban. Cuando lo hacías, los que estaban dándote la paliza se calmaban más rápido».[30]Genowefa Larysz, la Kapo del Barracón 23, exclusivo para prisioneras judías, era una de las más conocidas. Cada mañana, durante el recuento obligaba a sus subordinadas a permanecer desnudas delante de ella y con las manos en el aire durante horas.[31]Derramaba sopa sobre cualquiera que no superara la prueba de resistencia o que necesitara ir al baño. Luego les propinaba patadas y utilizaba un cubo con borde de hierro para pegarles en la cabeza antes de pasar su nombre a los guardias de las SS para que lo añadieran a la lista de mujeres seleccionadas para la ejecución.

Muchos prisioneros intentaban ganarse el favor de los Kapos. Raja, la madre de Schoschana, aprovechó su habilidad como costurera para hacerle a Anna, su Kapo, un par de pijamas de satén con el forro de una colcha. A cambio, pidió que la asignaran a los lavabos del barracón, lo cual le supondría raciones extras: «Los lavabos estaban situados en una sala grande al fondo de los barracones. Había diez, sin cubículos [...]. La mayoría de las mujeres padecían diarrea y disentería y los lavabos estaban muy sucios. La limpiadora tenía que pasar todo el tiempo allí, prestando atención al estado de limpieza de los diez retretes y asegurándose de que las mujeres los utilizaban de forma ordenada. Cuando Anna iba al lavabo, la limpiadora tenía que frenar a todas las mujeres que hacían cola para que pudiera utilizarlo sola. En aquellos momentos, Anna pasaba junto a ellas diciendo: “Apartaos, la reina va a cagar”».

Fueran aptos para el trabajo o enfermos, los prisioneros vivían en las mismas condiciones. Diseñados originalmente para 450

ocupantes, en cada barracón había más de mil personas. Dormían nueve repartidas en triples literas de madera, dos en una dirección y una en la dirección opuesta tumbada entre ellas.[32]Las camas medían menos de un metro de ancho, pero muchos se consideraban afortunados por tenerlas: algunos barracones estaban tan saturados que los prisioneros tenían que dormir en el suelo. La comida era prácticamente inexistente y casi todos presentaban síntomas de hambruna, como mareos, alucinaciones y atrofia muscular, que hacía que cualquier movimiento resultara doloroso. Por las mañanas les daban un cuenco de sopa. «Los guardias se habían llevado las cucharas, así que lo único que podíamos hacer era coger trozos de patata y zanahoria con los dedos», recordaba una mujer.[33]Por las noches recibían un trozo pequeño de pan con grasa. Para calmar el hambre, las cuadrillas de trabajo llevaban huesos humanos en los bolsillos y los «chupaban como si fueran caramelos».[34]

Los turnos para aquellos prisioneros que pudieran trabajar eran de ocho horas y media. Sus tareas eran variadas. En Stutthof había numerosas fábricas, incluidas una de armamento propiedad de Focke-Wulf, que producía componentes para aviones, y otra de ropa, en la que se reciclaban los uniformes de los soldados alemanes que habían muerto en el Frente Oriental. Varias mujeres trabajaban de costureras en la sección de pieles, donde reparaban el cuello de los abrigos que llegaban rasgados por bombas y balas, y a menudo con salpicaduras de sangre.[35]Sin embargo, la mayoría de las prisioneras llevaban a cabo tareas al aire libre. En su primer día en Stutthof, Maria Rolnikaite, una evacuada de Kaiserwald, fue enviada a trabajar a una granja propiedad de un alemán: «El grupo de trabajo lo formábamos varias personas, todas mujeres. Nos ataban las manos a la espalda y luego a una cuerda amarrada al carromato del campesino. Este y el guardia se montaban en el carromato y nos íbamos. El caballo caminaba al trote y teníamos que seguirle el ritmo».[36]

Trudi Birger y su madre fueron enviadas a hacer casamatas para tanques. En diciembre de 1944, el frente se hallaba a menos de 240 kilómetros de Stutthof, y los alemanes estaban

construyendo frenéticamente defensas alrededor de los pueblos y ciudades de la zona. «Era el trabajo más duro que habíamos hecho hasta el momento», escribió Trudi. «Utilizando picos y palas, teníamos que cavar grandes agujeros en la tierra y aplanar los bordes [...]. Las casamatas tenían tres o cuatro metros de profundidad [...]. Tenía que situarme al fondo y lanzar paladas de tierra por encima de la cabeza. Yo, que era solo una niña, trabajaba a la sombra de aquellos muros altos con el guardia, con su ametralladora en ristre y sonriendo desde arriba al ver lo duro que era.»[37]

Aquel mes de noviembre, la fiebre tifoidea invadió el campo. Debido a la sobrepoblación y a las terribles condiciones sanitarias, no tardó en degenerar en una epidemia. Según el testimonio de Otto Knott, un médico de las SS, la rápida propagación de la enfermedad obviaba la necesidad de gasear a los prisioneros: «Yo diría que como mucho murieron 3.000 o 4.000 [por gas] [...]. Puesto que muchos prisioneros del campo fallecieron de tifus, no era necesaria una operación de gaseamiento continuada».[38]

A mediados de diciembre, 7.000 personas habían sucumbido a la enfermedad. «Los médicos del campo ni se molestaban con nosotros. La gente moría en sus camas», recordaba Maria Rolnikaite.[39]«Una noche volví de trabajar y estaba helada. Me metí en la cama y me acurruqué contra la espalda de mi vecina y le pasé las manos por debajo de las axilas. Por la noche no noté nada. Creía que se movía y me apretujaba los dedos. Pero por la mañana vi que estaba muerta. Había muchos muertos.»[40]

Al principio dejaban los cuerpos en los barracones durante muchos días. Pero, a medida que morían cada vez más prisioneros, los guardias, que no querían estar en contacto con ellos, formaron «comandos funerarios» para que retiraran los cadáveres. Maria fue una de las ocho elegidas de su barracón: «Nos hacían desnudarlos y nos daban unos alicates para que les arrancáramos los dientes de oro. La Kapo me amenazó con que, si me atrevía a quedarme un solo diente, acompañaría al cadáver a la otra vida».[41]

A principios de diciembre morían al menos 125 prisioneros cada día. Schoschana Rabinovici estaba en el barracón contiguo al de Maria: «Una mañana tras otra, las mujeres sacaban del barracón a los muertos de la noche anterior y los dejaban al lado del muro. Desde allí pasaban al otro lado de la valla en carretas. Como los crematorios ya no daban abasto, empezaron a quemar a los muertos en una pira. No quedaba lejos del campo de mujeres judías y la veíamos al otro lado de la valla. Primero amontonaban madera y luego ponían los cadáveres encima, después más madera, y así sucesivamente. Una vez que el montón alcanzaba una altura de unos cinco metros, los alemanes echaban gasolina y le prendían fuego. Cuando la pira estaba en llamas parecía que hubiese diablos bailando encima. A medida que ardía la madera, los cadáveres se contraían y, de repente, los muertos se movían, levantando las manos y los pies, agachándose e incorporándose».[42]

El prisionero político Władysław Boninski fue seleccionado para el «comando del crematorio», la cuadrilla responsable de construir las piras: «Las hogueras se encendían entre las cuatro y las cinco de la mañana. Trabajábamos en ellas unas veinte personas y los preparativos nos llevaban todo el día. Se quemaban 900 cuerpos de una tacada y ardían entre veinte y veinticuatro horas».[43]

25

Aunque Fey y los demás veían el brillo de las piras y olían los cuerpos quemados desde Caballo de Batalla 1, ignoraban el alcance de las atrocidades que estaban cometiéndose a escasos centenares de metros. El muro situado frente a su barracón les impedía divisar el campo y no tenían manera de comunicarse con los otros prisioneros. Sin embargo, su comida provenía de las cocinas del campo, donde trabajaban los presos «corrientes». Dos semanas después de la llegada del grupo a Stutthof, la mayoría de ellos, incluida Fey, contrajeron disentería: «Casi todos tuvimos que permanecer postrados. Al cabo de unos días empecé a recuperarme. Pero apenas había vuelto a levantarme cuando Gagi, que dormía a mi lado, contrajo una inflamación grave de garganta. Cuando el comandante del campo se dio cuenta de que la mayoría estábamos demasiado enfermos y débiles para valernos por nosotros mismos, y menos aún para ayudar a los demás, de repente se mostró tremendamente preocupado. Fue así como descubrimos el detalle más extraño de nuestra situación».

Finalmente, Fey comprendió por qué los habían mantenido con vida. Fue Himmler, el Reichsführer-SS, quien dio la orden de que no dejaran morir a ninguno: «En otras palabras, éramos "rehenes", aunque el comandante no dijo para qué pretendía utilizarnos Himmler».

Aterrado, Hoppe preguntó a Goerdeler, que era médico de familia, qué fármacos necesitaba, y solicitó análisis de sangre para todos los integrantes del grupo. Puesto que su encarcelamiento era «alto secreto», llamaron a un hombre de confianza de las SS para que realizara los análisis. Era uno de los médicos que a diario administraba inyecciones letales a los enfermos y ancianos en la enfermería del campo.

Los resultados indicaban que el dolor de garganta de Gagi en realidad era escarlatina. Fey había padecido la enfermedad cuando era niña y, como era la única que podía tenerse en pie, decidieron aislarla en una habitación con Gagi para que pudiera atenderla bajo la supervisión del doctor Goerdeler. Se acercaba la Navidad y, confinada en el cuarto para enfermos, Fey se dedicó a hacer móviles de cuna con cartón para no pensar en los niños.

El día de Navidad, después de pasar diez días a solas con Gagi, a Fey le permitieron salir con la condición de que se desinfectara la ropa y las manos. La mitad de los integrantes del grupo, incluido Alex, seguían enfermos en la cama y Fey se reunió con los demás en la sala común del barracón. A media mañana, apareció el sargento Foth con un pequeño árbol navideño y otros regalos, que repartió con sus mejores felicitaciones.

La noche anterior, Foth había estado en la plaza de armas del campo principal, donde los guardias habían reunido a los prisioneros. «Los alemanes pusieron un bonito árbol de Navidad», recordaba Schoschana Rabinovici. «Era grande y lo habían decorado con velas de colores. A última hora llamaron a todos los prisioneros para el recuento, que duró varias horas. De repente, llevaron a un joven polaco al centro de la plaza. Entonces se percataron de que habían erigido un patíbulo al lado del festivo árbol. Después de conversar largo rato e insultar repetidamente al joven, los oficiales de las SS lo ahorcaron ante nuestros ojos. La víspera de aquella importante fiesta cristiana, obligaron a los prisioneros a presenciar el ahorcamiento, como si los alemanes quisieran hacernos saber que la crueldad no se detendría a pesar de la época. El joven había sido condenado a muerte por robar pan.»[1]

Fey estaba tomando quinina, que había guardado en la maleta en Brazzà para intentar evitar enfermedades. Pero el día de San Esteban tenía dolor de garganta y fiebre. Otros también mostraban síntomas de enfermedad grave y, una vez más, apareció el comandante Hoppe y ordenó nuevos análisis de sangre. Los resultados revelaron que Fey, Mika y Jutta Goerdeler[2]tenían fiebre

tifoidea; Lotte y su hija Ännerle padecían escarlatina; y la señora Goerdeler y su hija Benigna habían contraído disentería bacilar, una forma de la enfermedad potencialmente peligrosa y muy contagiosa. «Para que al menos pareciera que tenía la situación bajo control, Hoppe decidió organizar una enfermería para los siete», recordaba Fey. «Ordenó que enviaran camas de la enfermería del campo en lugar de los camastros de madera en los que dormían normalmente. Si estaban apiñados en la sala de aislamiento existía el peligro de que contrajeran aquellas enfermedades sumamente infecciosas. Después de aquella "ingeniosa" orden, Hoppe desapareció. No los vimos ni a él ni a Foth en varias semanas. Les aterraba contraer nuestras enfermedades.»

El cuidado del grupo recayó en el doctor Goerdeler. Fey tenía fiebre y, equipado únicamente con un estetoscopio oxidado y los medicamentos que dejaban los guardias de Hoppe en la puerta trasera del barracón, la atendía a diario: «Me ponía inyecciones para fortalecer mi corazón contra los cambios constantes de temperatura. Él padecía una especie de resfriado crónico, así que, cuando se inclinaba sobre mí, le brillaba siempre una gota en la punta de la nariz. Es curioso que recuerde eso con tanta claridad. Aunque esperaba que cayera la gota, nunca ocurría».

Durante tres semanas, Fey estuvo gravemente enferma con una temperatura de cuarenta grados: «Aquellos días pasaron volando. Los rusos se acercaban y habían empezado a bombardear el campo. Allí tumbada, oía las sirenas y las bombas cayendo a mi alrededor. Deliraba y estaba demasiado débil para moverme. Por primera vez pensé que tal vez no saldría de aquella. En mi estado febril, me atormentaba la idea de morir tan lejos de mi familia. Mis hijos era una preocupación constante, y temía por su futuro si yo perecía. Como me los habían arrebatado las SS, estaba convencida de que yo y solo yo podría recuperarlos».

Las otras mujeres de la enfermería improvisada también estaban peligrosamente enfermas, y en esos días llegó una carta del Tribunal del Pueblo de Berlín que informaba a Lotte von Hofacker de que su marido había sido ejecutado. Dado que ella y su hija

Ännerle estaban confinadas con escarlatina, abrió la carta Eberhard, su hijo de dieciséis años.[3]Eberhard fue directo al doctor Goerdeler y le rogó que le permitiera dar la noticia a su madre, pero este se negó. Ambas se encontraban en estado crítico y temía que ello pusiera en peligro su recuperación.

Durante cuatro días, Eberhard cargó con el traumático peso de conocer la muerte de su padre. Era el segundo golpe que recibía en solo unos meses. Eberhard, un chico serio que aparentaba mucha más edad de la que tenía, todavía no había aceptado la participación de su padre en el complot del 20 de julio. Nacido en 1930, se había criado bajo el dominio nazi. Después de unirse a las Juventudes Hitlerianas, le habían inculcado propaganda negativa sobre el «enemigo», y la idea de que su padre hubiera conspirado contra Hitler supuso un terrible impacto para él. Fey percibió su desazón cuando lo conoció: «Veías que parte de él estaba sufriendo mucho, pero al mismo tiempo se sentía responsable de su madre y su hermana. Ahora era el "hombre" de la casa y quería ser fuerte».

El doctor Goerdeler no cedió hasta que Lotte mostró signos de mejoría. El riesgo de contagio era demasiado alto para permitir que Eberhard entrara en la sala de aislamiento, pero el médico le dejó escribir una carta a su madre. Sin embargo, la situación de Ännerle seguía siendo crítica. Con toda su autoridad, Goerdeler recalcó al chico que, además de dar la triste noticia, era imperativo que su hermana no lo supiera.

El 10 de enero, tres semanas después de la ejecución de su padre, Eberhard se sentó a escribir la carta. Pensó en cómo reaccionaría su madre y quiso darle la noticia con tacto. Pero al mismo tiempo le aterraba perder a su hermana. Esforzándose por encontrar las palabras que impidieran a Lotte airear su tristeza y alertar a Ännerle, que estaba en la cama junto a ella, escribió en la parte superior de la hoja: «¡¡¡Por favor, léelo todo primero!!!»:

> Querida mamá:
>
> Desgraciadamente, hoy tengo que prepararte para la seria y triste noticia que contiene esta carta. Por tanto, querida mamá, no te alteres demasiado cuando te diga que nuestro

amado padre ya no está entre nosotros, según confirma oficialmente la carta del Tribunal de Justicia del Pueblo que llegó el pasado domingo. Es un golpe terrible para todos nosotros, pero sobre todo para ti, y puedes imaginar que casi se me paró el corazón cuando la abrí, ajeno a lo que contendría. Ahora nos afecta más a todos porque, justificadamente, nuestras esperanzas habían crecido mucho, y todavía no comprendo por qué nos haría algo tan terrible Nuestro Señor, pero Él debe de conocer el motivo. Siento muchísimo tener que dejarte sola con esta honda tristeza y este amargo dolor, pero consuélate en la firmeza con la que hemos sobrellevado la cautividad.

Ahora tengo que pedirte un gran favor; por el momento, no le cuentes esto a nadie. No se lo digas en ninguna circunstancia a Ännerle o a Fey, ni tampoco a los demás enfermos, sobre todo a la señora Goerdeler, y que no se te note. En opinión del doctor Goerdeler y de todos los demás, Ännerle, que ha llegado a la fase crítica de la escarlatina, no podría soportar la noticia. Y, aunque pudiera, solo le supondría un grave revés [...]. Sé que tendrás que hacer un enorme esfuerzo para guardar la compostura, pero lo conseguirás. Cuando se reponga, podrás contárselo.

¡Debemos resistir y resistiremos! Superaremos nuestro destino por duro que sea. Adiós, querida. Mis mejores deseos.

EBERHARD[4]

El doctor Goerdeler también estaba preocupado por Fey y su cuñada, Anneliese, que seguían en estado crítico. La ejecución de Cäsar von Hofacker se había demorado; los familiares de otros miembros del grupo habían muerto inmediatamente después del golpe de Estado. Sabedor de que Fey creía que su padre seguía vivo y de que Anneliese estaba convencida de que su marido, Carl Friedrich, se encontraba a salvo, temía que la noticia de la ejecución de Hofacker las hiciera perder cualquier esperanza. Gracias a su dilatada experiencia médica, sabía que la esperanza

era crucial para la supervivencia de un paciente. Por ese motivo, también había hablado con Alex.

Como el resto del grupo, Goerdeler conocía la estrecha relación que mantenían Alex y Fey. Sabiendo que se hallaba en peligro de muerte, juzgó importante que Alex pudiera verla. En una muestra de sensibilidad que contrastaba con su rudeza, le dio un pretexto para entrar en la sala de aislamiento. Con la condición de que mantuviera la distancia con los pacientes, asignó a Alex la tarea de ocuparse de la pequeña estufa.

Alex vigiló a Fey durante toda su enfermedad. Aparte de Goerdeler, era la única persona a la que le estaba permitida la entrada, y su presencia era un gran consuelo para ella: «Alex venía por la mañana y volvía por la tarde. Lo oía al entrar, haciendo ruido con un montón de leña y avivando la pequeña estufa de hierro que había en un rincón. Los dos teníamos muchas ganas de hablar, pero nos lo habían prohibido por el riesgo de contagio. De todos modos, me sentía demasiado débil para hablar. Inesperadamente, una tarde de principios de enero Alex se me acercó y me puso un trozo de papel en la mano. Era un poema que había compuesto para mí, un poema precioso».

Era el primero que le escribía y, por primera vez, le expresó la fortaleza de sus sentimientos:

Con anhelo, exquisito y tierno, te saludo
pero solo en sueños
así que déjame soñar.

Hasta que Fey empezó a sentirse mejor no entendió su pleno significado: «Me di cuenta de que el poema hacía referencia a un viejo mito alemán, según el cual, lo que sueñas las doce noches posteriores a la Navidad se hará realidad. Debí de leer esos versos mil veces».

A mediados de enero, el doctor Goerdeler consideró que Fey se había restablecido lo suficiente para salir a ratos de la enfermería. Aún débil y con episodios de mareos, recibía los cuidados de Alex, que le preparaba tazas de té y se aseguraba de

que estuviera lo mejor alimentada posible. Al estar rodeados de gente, nunca tenían la oportunidad de hablar a solas, y con el paso de los días se veían cada vez menos. Fuera hacía un frío terrible y, algunas noches, la temperatura caía hasta los veinticinco grados bajo cero. El frío era tal que el grupo se pasaba gran parte del día metido en la cama con la ropa puesta.

Aparte de Alex y Otto Philipp, de dieciocho años, los hombres estaban demasiado débiles para cortar los montones de madera que dejaban los guardias en el patio, y era imposible mantener encendidas las pequeñas estufas. El comandante Hoppe, aún preocupado por su supervivencia, destinó a dos prisioneras rusas a esa labor y fue entonces cuando conocieron las horrendas condiciones que se vivían en el resto del campo. Aunque las mujeres no hablaban alemán, Mika von Stauffenberg y Tía Anni podían comunicarse con ellas en ruso. Por primera vez, Fey oyó que se estaban utilizando sistemáticamente cámaras de gas en campos de toda Alemania y los países ocupados, y descubrir la verdad sobre el sargento Foth la inquietó profundamente.

Los horrores que se vivían a solo unos metros del barracón angustiaban al grupo. Conscientes de que se acercaba un desenlace, pensaban en su propio destino. Aunque no tenían acceso a la radio o los periódicos, estaba claro que la guerra no iba bien para los alemanes. Los aviones rusos sobrevolaban la zona constantemente, a veces a poca distancia del tejado del barracón. Pronto empezaron a oír el estruendo de las bombas a los lejos. Por el sonido de las explosiones, Tío Moppel, un veterano de la primera guerra mundial, era capaz de calcular la distancia a la que estaban librándose los combates, y advirtió que la línea del frente estaba cada vez más cerca, tal vez a treinta o cincuenta kilómetros, no más. «Nuestro miedo a los rusos lo dominaba todo», recordaba Fey. «Debido a nuestros vínculos con hombres que habían sido altos mandos militares del régimen nazi, hombres que habían dirigido la campaña de la Wehrmacht en Rusia, nos aterraba caer en sus manos. El hecho de que nuestros familiares hubieran conspirado para matar a Hitler era irrelevante. Con toda probabilidad, nos mandarían a un gulag de Siberia.»

Con los rusos aproximándose a cada hora que pasaba, era imperativo huir. Sin embargo, la última semana de enero, escapar de Stutthof —ya fuera para las SS, para los 60.000 prisioneros o para los ocupantes de Caballo de Batalla 1— parecía cada vez más improbable. El inicio de la ofensiva de invierno por parte de los soviéticos había precipitado la mayor migración de la historia y la única ruta de salida —el pequeño bosque situado junto al campo— estaba bloqueada por 450.000 civiles alemanes que intentaban salvar su vida.

26

La ofensiva soviética en Prusia Oriental había comenzado en medio de una densa niebla a primera hora del 13 de enero. Fueron desplegados tres ejércitos con casi 1,7 millones de hombres contra 580.000 soldados alemanes, 80.000 de ellos pertenecientes al Volkssturm, un desarrapado contingente de chicos jóvenes y ancianos.[1]Aquella mañana, la temperatura era de diez grados bajo cero y los tanques estaban cubiertos de una fina capa de hielo que los camuflaba en el paisaje nevado.[2]En las torretas, las tripulaciones habían pintado eslóganes: «¡Avanzando hacia territorio fascista!» y «¡Venganza y muerte contra los ocupantes alemanes!».[3]

«Odio ciego» es como describía un veterano la actitud de los soldados soviéticos cuando entraron en territorio del Reich.[4]Después de los crímenes de la Wehrmacht en Rusia, a los alemanes les había llegado el turno de sufrir. Tras la invasión de la Unión Soviética habían muerto más de doce millones de civiles rusos a manos de los nazis. Un mes antes del ataque, Hitler autorizó que las tropas alemanas sembraran tanto terror que la población perdiera la voluntad de resistirse.[5]Ahora, los comandantes del Ejército Rojo animaban a sus soldados a violar, saquear y asesinar sin temor a recibir un castigo.

La propaganda del odio pretendía alentar a las tropas soviéticas a luchar con más ferocidad. También era necesaria para contrarrestar cuatro años de agotamiento. El comandante Lev Kopelev, un escritor disidente que más tarde sería arrestado por Stalin por conducta antisoviética, relataba una conversación con su superior en la Administración Política del 50.º Ejército: «Zabashtanski me llamó para mantener una conversación seria. “Comprenderá”, me dijo, “que estamos todos hartos de esta guerra,

sobre todo los soldados de la línea del frente. Cuando combatíamos en nuestro territorio, todo era sencillo: luchábamos por nuestros hogares, para expulsar al enemigo. Pero ahora estamos en su territorio y el soldado que ha esquivado el fuego durante cuatro años, que ha resultado herido y sabe que su mujer y sus hijos están pasando hambre en casa, tiene que seguir luchando. ¡Avanzar, avanzar siempre! Así pues, ¿qué necesitamos ahora? Primero, que el soldado siga odiando y desee venganza. Y, segundo, que el soldado tenga un interés personal en seguir combatiendo, que sepa por qué debe salir de esa trinchera y enfrentarse una vez más a esa ametralladora. Así que ahora, con esta orden todo está claro. Irá a Alemania y allí todo es suyo: mercancías, mujeres, ¡haz lo que quieras! ¡Machacadlos para que sus nietos y bisnietos lo recuerden y tengan miedo!"».[6]

Al principio, los rusos se toparon con una feroz resistencia alemana y el avance era lento. Sin embargo, a los pocos días, las defensas empezaron a desmoronarse y el Ejército Rojo apretó el paso sobre aquel terreno helado. El paisaje de Prusia Oriental era eminentemente llano y boscoso, y el estruendo cercano de la artillería causaba un terror inmenso en las ciudades y pueblos aislados. Las gentes de la región tenían grabadas las imágenes de las atrocidades cometidas en Nemmersdorf, en el norte de la provincia.[7]El Ejército Rojo ocupó la ciudad en octubre de 1944 y, cuando la Wehrmacht la reconquistó al poco tiempo, Goebbels envió unidades de propaganda a filmar los «espantosos crímenes bolcheviques». Había crónicas e imágenes de cadáveres mutilados, mujeres clavadas a las puertas de los establos y bebés con la «cabeza reventada». Docenas de mujeres y niñas habían sido violadas repetidamente por soldados del Ejército Rojo antes de ser asesinadas.

El pánico a correr la misma suerte que los residentes de Nemmersdorf se propagó como una infección, agravado por el hecho de que no había planes para la evacuación de la población civil. Afirmando que la Wehrmacht aplastaría cualquier ataque

enemigo, las autoridades nazis tachaban de traición cualquier discurso relativo a posibles evacuaciones. Exhortaban a los ciudadanos de Prusia Oriental a defender su provincia hasta el último hombre y amenazaban con castigar a quien descubrieran escapando a la vez que ellos preparaban su propia huida. La consecuencia fue que la mayor parte de la población civil no fue evacuada de las ciudades hasta que la fuerza de las explosiones de la artillería soviética empezó a destrozar las ventanas de sus casas.

Para entonces estaban atrapados sin agua, gas ni electricidad y esperando un transporte que los nazis prometieron pero no llegó nunca. Todos los vehículos motorizados habían sido requisados por la Wehrmacht antes de emprender la retirada y los trenes habían dejado de funcionar. Aquel mes de enero fue extremadamente frío incluso tratándose de Prusia Oriental, y la idea de pasar días y noches a la intemperie intentando avanzar por carreteras congeladas resultaba aterradora.[8]Algunos decidieron suicidarse tomando cápsulas de cianuro, que podían conseguir sin problemas en las farmacias de la ciudad. Otros huyeron a los bosques y cavaron madrigueras en la nieve, donde esperaban no ser descubiertos por las tropas rusas. Sin embargo, la mayoría decidió huir por carretera. Reinaba una confusión absoluta. «El pánico atenaza a la gente cuando se oye el grito "los rusos andan cerca"», recordaba una mujer. «Entonces llega un hombre a caballo y anuncia: "Salvaos los que podáis. Los rusos llegarán en media hora". Nos vemos superados por un miedo paralizante.»[9]

En los últimos diez días de enero, unos dos millones de prusianos escaparon hacia lo desconocido. Puesto que todos los hombres habían sido reclutados forzosamente para el Volkssturm, la mayoría eran mujeres, niños y ancianos. Las madres tenían que poner los arreos a los caballos y cargar las pertenencias de la familia, además de comida y otras provisiones necesarias para sobrevivir al aire libre durante días. Aprovechando cualquier medio de transporte disponible —carros de heno, carretillas e incluso coches de bebé—, abandonaban sus ciudades y pueblos por carretera. Unos toldos fabricados apresuradamente con trozos de alfombra cubrían las posesiones que habían logrado amontonar en

las carretillas. «Era triste y conmovedor ver los patéticos carromatos, de los que asomaban las cabezas de niños curiosos», relataba una mujer. «Las ollas y sartenes que llevaban atadas repiqueteaban ruidosamente. A menudo llevaban detrás una oveja o una vaca.»[10]

El avance era exasperantemente lento debido a la nieve y el hielo. Las columnas de gente se detenían constantemente porque los carros llevaban exceso de carga y se rompían los ejes.[11]En aquellas superficies heladas, a los caballos desnutridos les costaba caminar y, en algunos puntos, los montículos de nieve eran tan profundos que había que desengancharlos de los carromatos mientras las mujeres paleaban nieve de debajo de las ruedas. Algunos carros eran tirados por bueyes, cuyas pezuñas sin herrar, descarnadas por las carreteras, dejaban rastros de sangre en la nieve.[12]

La huida de los «caminantes», como eran conocidos, significó que ciudades medievales fundadas en el siglo XIII por los Caballeros Teutones, cuyo escudo estaba adornado con una cruz negra similar a la esvástica, quedaran despobladas en cuestión de días, y a veces incluso horas. Avanzando desde el sur y el este, las tropas soviéticas entraban en ciudades fantasma en las que el único rastro de sus antiguos habitantes eran las manadas de perros que deambulaban por las calles y los mensajes clavados en las puertas de las casas. Los habían dejado por si volvían los combatientes del frente. «¡Querido papá!», decía uno. «Tenemos que huir en carro a Alt-P.[13]Desde allí, iremos al Reich en barco.»[14]

Los soldados soviéticos arrasaron las ciudades abandonadas y sembraron el caos. Leonid Rabichev, un teniente de comunicaciones del 31.º Ejército, describió el saqueo de Goldap, en la zona oeste de la región: «Todo el contenido de las tiendas era arrojado a la acera a través de los escaparates rotos. Se mezclaban miles de pares de zapatos, platos, radios, productos para la casa, medicamentos y comida. Desde las ventanas de las casas tiraban ropa, almohadas, colchas, cuadros, gramófonos e instrumentos musicales. Todas aquellas posesiones bloqueaban las calles».[15]Horas después, en el cercano bosque de Rominten, los

soldados irrumpieron en el pabellón de caza de Göring, antes propiedad del káiser, y destruyeron cuadros y muebles valiosos. Con pintura negra, un soldado garabateó «*khui*», «polla» en ruso, en un desnudo de Afrodita obra de Rubens.[16]La envidia, amén de la venganza, fomentaba la destrucción sin sentido: «Los pueblos de Alemania parecían el paraíso en comparación con los nuestros», señalaba un oficial ruso. «Había plantas por todas partes y muchos edificios bonitos. Tenían mucho más que nosotros.»[17]El desprecio por todo lo alemán era tan visceral que, en palabras de otro soldado, «hasta los árboles eran el enemigo».[18]

La destrucción continuó en sucesivas ciudades. El soldado Efraim Genkin fue testigo del desmantelamiento de Gumbinnen, treinta y dos kilómetros al norte de Goldap. «Los alemanes lo abandonaron todo y nuestra gente, como una multitud de hunos, invadió las casas», escribió a su familia. «Todo está en llamas y revolotean plumas de almohadas y colchones. Todo el mundo, desde un soldado hasta un coronel, está saqueando. Pisos con muebles bonitos y casas de lujo fueron destrozados en pocas horas y convertidos en vertederos en los que las cortinas rasgadas están cubiertas de mermelada que cae de los tarros rotos [...]. Esta ciudad ha sido crucificada.» Tres días después de abandonar Gumbinnen, escribió: «Los soldados se han convertido en bestias ávidas. En los campos hay centenares de animales tiroteados y en las carreteras, cerdos y pollos con la cabeza cercenada. Han saqueado e incendiado casas. Destruyen lo que no pueden llevarse. Los alemanes hacen bien en huir de nosotros como de la peste».[19]

Avanzando rápidamente por aquel paisaje llano, los soldados soviéticos no tardaron en dar alcance a los «caminantes». El fuerte viento y la nieve amortiguaban cualquier sonido. Protegiéndose del frío con bufandas que les envolvían la cabeza, las columnas de refugiados a menudo no oían ni veían los tanques camuflados por el hielo hasta que los tenían encima. A veces, los vehículos seguían adelante y sus orugas aplastaban cuanto encontraban a su paso. Si se detenían, era para violar a niñas y mujeres. Leonid Rabichev describía la escena que se produjo a las afueras de Goldap: «Las carreteras estaban llenas de ancianos, mujeres y niños, familias

numerosas que avanzaban lentamente rumbo al este en carromatos, en vehículos o a pie. Nuestras tropas de tanques, infantería, artillería y comunicaciones los alcanzaron y se abrieron paso apartando sus caballos, carromatos y pertenencias a la cuneta. Decenas de miles obligaron a ancianas y niños a hacerse a un lado. Ignorando su honor y su deber y olvidándose de las unidades alemanas que estaban batiéndose en retirada, golpearon a las mujeres y las niñas. A derecha e izquierda de la carretera yacían mujeres, madres con sus hijas, y delante de cada una había un grupo de hombres con los pantalones bajados y riéndose. Las que ya estaban cubiertas de sangre y a punto de desmayarse eran arrastradas a la cuneta. Los niños que intentaban ayudarlas eran ejecutados. Se oían risas y carcajadas, gritos y gemidos. Y los superiores de los soldados, comandantes y tenientes coroneles, estaban allí, en la carretera. Algunos se reían, pero otros dirigían el proceso para que pudieran participar todos sus soldados sin excepción. Eso no es un rito de iniciación y no tiene nada que ver con la venganza contra los malditos ocupantes. Eso es tan solo sexo en grupo diabólico».[20]

Más adelante, Rabichev encontró a otra columna de «caminantes» que habían sido masacrados por los tanques soviéticos: «Hasta donde alcanzaba la vista había cadáveres de mujeres, ancianos y niños entre montones de ropa y carros volcados».[21]Aquel mismo día, cuando le ordenaron buscar alojamiento para su pelotón, documentó otras atrocidades: «Llevé a mi pelotón a una aldea situada a dos kilómetros de la carretera. En todas las habitaciones había cadáveres de niños, ancianos y mujeres que habían sido violadas y ejecutadas. Estábamos tan cansados que no les prestamos atención. Nos tumbamos entre los muertos y nos quedamos dormidos».[22]

El pelotón de Rabichev llegó a Goldap el 20 de enero, una semana después de que comenzara la ofensiva. A la sazón, decenas de miles de ciudadanos de Prusia Oriental habían muerto o habían sido hechos prisioneros, pero cientos de miles seguían su camino

hacia el oeste por las carreteras. Para más de medio millón de «caminantes» era demasiado tarde. El 24 de enero, unidades de avanzada del Ejército Rojo llegaron a Elbing, donde bloquearon la ruta de huida hacia el oeste y atraparon a los refugiados en una franja paralela a la costa báltica. Cerca de allí se encontraban los últimos efectivos del ejército alemán luchando de espaldas al mar.

La zona, de unos sesenta y cinco kilómetros de largo y veinte de ancho, llegaba hasta la orilla del Frisches Haff, una enorme albufera formada por el estrecho tramo de tierra que se adentraba en el mar Báltico unos kilómetros al este de Stutthof.

Al medio millón de «caminantes» solo les quedaban dos vías de escape, ambas extremadamente peligrosas. Una era huir en barco desde Pillau, el puerto situado a la entrada de la albufera. La alternativa era cruzar la laguna helada hasta Nehrung, la angosta franja que se extendía al otro lado. Desde allí podían llegar al puerto de Danzig, donde esperaban ser evacuados al oeste en barco.

Llegar a Pillau suponía esquivar a las tropas soviéticas a las afueras de Königsberg. En vista de que se agotaba el tiempo, más de 450.000 «caminantes» optaron por emprender el peligroso viaje de diez kilómetros a través del hielo.

Las cunetas que llegaban hasta el Frisches Haff fueron testigo de su tragedia. Los ataques aéreos soviéticos, el agotamiento y el frío extremo habían pasado factura y había caballos y gente muerta o moribunda junto a toda clase de objetos domésticos: fardos de mantelería, ollas y sartenes, fotografías y valiosas antigüedades, cosas que la gente había tirado para aligerar la carga o liberar espacio en el carromato para quienes se desplazaban a pie.

Ahora, varados a orillas de la albufera, los «caminantes» tenían que esperar su turno para cruzar el hielo. Caía una lluvia continua de artillería y los aviones soviéticos acribillaban a las columnas de gente con sus ametralladoras. Al mirar al otro lado de la laguna, el cielo plomizo se fundía con la extensión de hielo gris, lo cual hacía imposible divisar la franja de tierra a la que se dirigían las familias. Lo único positivo fue que el 24 de enero cayeron treinta centímetros de nieve y las carreteras de acceso eran

intransitables incluso para los tanques del Ejército Rojo.

Aquella noche, las interminables columnas iniciaron la travesía del Frisches Haff poniendo en peligro su vida. Aunque el hielo de la laguna tenía un grosor de cuarenta centímetros, los proyectiles soviéticos habían hecho grandes agujeros en él, lo cual obligó a la Wehrmacht a marcar la ruta con árboles y ramas. Para muchos, el arriesgado viaje acabó en tragedia. En algunos casos, carromatos y familias enteras fueron devorados por el hielo. Gertrud Dannowski hizo la travesía tras huir de un pequeño pueblo situado veinticuatro kilómetros tierra adentro: «Balas y fragmentos de hielo rebotaban contra el techo de cinc de nuestra carreta [...]. Era un sálvese quien pueda en un intento desesperado por salir del hielo lo antes posible. Cuando amaneció, vimos una escena espantosa: cuerpo sobre cuerpo, hombres y caballos por igual. A menudo solo sobresalían del hielo las barras de tracción de los carros».[23]

«El hielo se rompía y en algunos lugares teníamos que caminar sobre veinticinco centímetros de agua terriblemente fría», recordaba un «caminante» que cruzó la laguna a pie. «Continuamente probábamos la resistencia de la superficie con palos [...]. A menudo resbalábamos y creíamos que había llegado el final. Con la ropa empapada era difícil moverse. Pero el terror ciego nos hacía seguir adelante pese al espantoso frío.»[24]

Otros caminantes, agotados del arduo viaje desde sus ciudades y pueblos, agradecían que los llevaran. A Lore Ehrich y sus dos hijos pequeños les ofrecieron un sitio en el carromato de un campesino: «En la primera media hora, el potro se rompió las dos patas y tuvimos que dejarlo allí. Poco después, uno de los dos caballos que tiraban del carro cayó en un agujero en el hielo. Con gran dificultad, lo liberaron utilizando un hacha. El campesino temblaba de pies a cabeza; tenía miedo de que el animal también se rompiera las patas, porque un caballo solo no habría sido capaz de tirar del carro. Nos veíamos obligados a dejar una distancia considerable con respecto al otro carromato y a quedarnos durante horas en el mismo sitio. Todo aquel que intentara adelantar a los demás era recibido con palabras sumamente violentas».[25]

Aunque murieron miles de personas, cientos de miles de «caminantes» sobrevivieron a la peligrosa travesía sobre el hielo. Cuando llegaron al otro lado, solo había una carretera que cruzara la angosta franja de tierra hasta Danzig, donde esperaban ser evacuados al Reich. La carretera, en la que a duras penas cabían dos carromatos, se adentraba en tierra firme y, al cabo de un kilómetro y medio, pasaba a menos de diez metros de la entrada del campo de Stutthof.

Allí, entre dos curvas a la derecha, la carretera se estrechaba. A partir del 24 de enero, con 450.000 personas a la fuga, no tardó en formarse un atasco.

27

El 25 de enero a las cinco de la madrugada sonó la alarma en todo el campo.

Al abrir los ojos, Fey oyó los aviones acercándose. A lo lejos, el impacto de los proyectiles se imponía al ruido de la sirena. Sin embargo, pasaban los minutos y ningún avión sobrevolaba el campo, lo cual demostraba que no era un aviso de ataque aéreo. En el campo se oía una gran conmoción: motores en marcha, gritos y manadas de perros ladrando y gruñendo. Solo podía significar una cosa: los rusos estaban muy cerca.

Las otras mujeres también se despertaron. Abrigándose para protegerse del frío, se levantaron de la cama y se apiñaron junto a la ventana. Aún no había amanecido y estaba nevando copiosamente. Unas luces blancas parpadeantes iluminaban el cielo en dirección sur, pero desde su posición era imposible saber qué estaba ocurriendo. A través de la cortina de nieve, iluminada por las luces perimetrales, solo veían el muro que las separaba del campo.

«Nos quedamos allí temblando de frío y de miedo», recordaba Fey. «Estábamos convencidas de que las SS nos dejarían en manos de los rusos y escaparían.»

Al otro lado del muro, las luces de todos los barracones estaban encendidas. Normalmente era una hora tranquila antes de que el campo se pusiera en marcha, pero todos los trabajadores se dirigían a la plaza de armas. La sirena seguía sonando y la nieve desdibujaba las hileras de hombres y mujeres, unos 25.000 en total, que caminaban junto a la valla perimetral en dirección al barracón. Cada veinte pasos había Kapos empuñando un palo y

grupos de SS, todos ellos con un alsaciano atado con una correa corta, haciendo avanzar a los prisioneros. La temperatura era de menos diez grados y desde el mar llegaban fuertes rachas de viento.

Junto a la entrada había una flota de motocicletas lista para escoltar a las columnas de prisioneros. Debido a la presencia rusa en Elbing, a cincuenta kilómetros de Stutthof, el comandante estaba preparándose para evacuar el campo. En los días previos, los guardias habían trabajado las veinticuatro horas para destruir documentos incriminatorios. Ahora, Berlín ordenaba sacar de allí a los prisioneros antes de que llegaran los rusos.

A las seis de la mañana, el comandante Hoppe se dirigió a los confinados por los altavoces. «El viento gélido nos calaba los huesos —recordaba la prisionera política Meta Vannas—, pero teníamos muchas esperanzas. El estruendo de la artillería que llegaba del este era cada vez más intenso. Esperábamos que el Ejército Rojo nos liberara en cualquier momento [...]. El comandante habló a los prisioneros alemanes y les prometió libertad si aceptaban defender a la madre patria de las hordas bolcheviques. Los criminales les declararon su apoyo. Varios comunistas alemanes lograron mezclarse con el grupo y salir del campo. Entonces recibimos órdenes.»[1]

El resto de los prisioneros, y otros 20.000 provenientes de los campos satélite de Stutthof, debían iniciar una marcha hasta Lauenberg, en Pomerania, unos 120 kilómetros al oeste. Cuarenta y una columnas de entre 1.000 y 1.500 prisioneros saldrían del campo a intervalos de veinticinco minutos y debían cubrir el trayecto en siete días.[2]Cada prisionero recibiría una ración, que consistía en media barra de pan, medio paquete de margarina y un trozo de queso.[3]Serían escoltados por guardias motorizados de las SS pertrechados con ametralladoras y revólveres. Cualquier prisionero que quedara rezagado recibiría un disparo.

En cuanto las dos primeras columnas abandonaron el campo, el plan de evacuación del comandante empezó a torcerse. En la carretera, la cola de refugiados y carretas se extendía más de quince kilómetros hasta Kahlberg, a orillas del Nehrung, donde los

«caminantes» habían cruzado el hielo. «¡Aquella nefasta carretera del Nehrung sería lo peor de nuestra huida!», recordaba un «caminante». «Aparte de que la nieve estaba blanda y había barro, todo estaba lleno de agujeros, algunos de ellos grandes como media habitación [...]. Tuvimos que hacer muchas paradas y todo era un caos. Un tercio de los carromatos habían sido abandonados en el hielo; otro tercio se rompió. Si a alguno de los que viajaban delante se le estropeaba una rueda, pasaban horas hasta que pudiéramos avanzar [...]. A aquel ritmo, tardábamos un día entero en recorrer dos o tres kilómetros.»[4]

Debido a la nieve y el viento, la hilera de quince kilómetros se había detenido por completo. La escena a la entrada del campo era terrible. Personas y caballos morían en la cuneta; niños aterrados corrían de un lado para otro buscando a sus madres, de las que los habían separado; mujeres, jóvenes y ancianas paleaban nieve para intentar liberar una rueda o retirar los montículos que se formaban en el camino. Con los rusos pisándoles los talones, los «caminantes» estaban desesperados por avanzar y se formaban trifulcas cuando la gente intentaba abrirse paso.

A ambos lados de la carretera se alzaba un denso bosque. En aquel espacio confinado, los guardias de Stutthof no tenían manera de abrir un hueco entre las filas de «caminantes» para que pudieran pasar los prisioneros. Al caer la noche había un metro de nieve. De las cuarenta y una columnas de entre 1.000 y 1.500 prisioneros, solo siete habían salido del campo.

Eran las tres de la madrugada cuando la octava, compuesta por 820 hombres, se puso en marcha. Había parado de nevar y las filas de refugiados volvían a avanzar. Schoschana Rabinovici, de trece años, y su madre, Raja, debían salir con la siguiente columna de 1.300 mujeres, en su mayoría judías. Las había despertado el sargento Foth, que entró en sus barracones y ordenó que se desnudaran. Antes de la marcha, tenían que desinfectar la ropa y las puso a lavar mientras esperaban que les devolvieran sus pertenencias. Minutos después, los guardias abordaron a las

mujeres en las duchas y las llevaron al patio. «Nieve, escarcha, hielo, un frío extremo... Ninguna de esas palabras puede resumir lo que viví, desnuda y a la intemperie, la noche del 25 al 26 de enero», rememoraba Schoschana.

> Me hallaba en medio de un baile de mujeres que intentaban calentarse unas a otras restregando sus cuerpos desnudos. El frío nos envolvía, pero lo peor estaba debajo. Íbamos descalzas sobre la nieve y el hielo y no podíamos quedarnos quietas porque el frío nos quemaba las plantas de los pies, así que íbamos cambiando el peso de una pierna a otra y a menudo nos pisábamos al caer...
>
> A veces me empujaban las mujeres que estaban fuera del círculo e intentaban entrar. Empujábamos y nos empujaban; los empujones eran constantes. Raja estaba detrás de mí en todo momento, buscando espacio para las dos en la maraña de cuerpos y frotándome la espalda con sus manos frías y mojadas para que no parara de moverme.
>
> Pero yo no quería seguir. Aquel frío es inimaginable. Me daba la sensación de que no solo lo notaba en la piel, de que no solo había perdido la sensibilidad de las piernas y no me importaba que la gente me pisara, de que no solo tenía las manos tan heladas que ya no podía moverlas. Tenía frío por dentro [...]. Intentaba situarme junto a mujeres más altas que yo para al menos quedar un poco protegida del aire frío que llegaba desde arriba.
>
> El frío nos daba ganas de orinar continuamente y ni siquiera yo pude contenerme. Las mujeres se meaban encima y en las piernas de sus compañeras cuando estaban muy juntas. A nadie le importaba. Al contrario; por un momento, por un bendito momento, la orina nos calentaba los pies.
>
> Pasaron las horas. No pude contarlas. Raja no dejaba de repetir que probablemente era nuestro último calvario, porque habíamos oído que el frente ya no estaba lejos. Me tranquilizaba: «Es bueno que el viento marino no sea tan fuerte hoy. Es bueno que esta noche no nieve».
>
> No, aquella noche no nevaba; aquella noche no hacía viento. El aire era tan gélido que parecía que pudieras cortarlo con un cuchillo. Estábamos a veinticinco grados bajo cero. Una mujer se cayó y ya no fue capaz de levantarse. Otra se desplomó. Algunas extendieron los brazos para levantarlas, pero era demasiado tarde; ya no podían ayudarlas. Se acabó.[5]

Al alba llegó la ropa de las mujeres de la sala de desinfección. Les dijeron que se vistieran y les dieron tazas de té aguado.

Entonces llegaron una escolta motorizada y un coche negro en

el que viajaban el comandante Hoppe y varios oficiales de las SS. «Nos ordenaron que formáramos filas de a cuatro y nos dirigiéramos a la salida», recordaba Schoschana. «Así dio comienzo la marcha de la muerte.»[6]

Aquel día solo abandonaron Stutthof dos columnas más. Poco después de que el grupo de Schoschana saliera del campo, empezó a nevar otra vez. Debido a las condiciones de la carretera, el comandante canceló la evacuación de las treinta columnas restantes, un total de unos 36.000 prisioneros.

Puesto que los rusos estaban cada vez más cerca y que el clima empeoraba por momentos, su prioridad era evacuar a los prisioneros especiales de Caballo de Batalla 1.

28

La intensa nevada hizo que hasta las cuatro de la tarde siguiente —27 de enero—, Hoppe no ordenara a Fey y los demás preparar su equipaje. Habían transcurrido más de dos días desde que sonaron las sirenas por primera vez y fueron horas de ansiedad oyendo cómo se acercaba la artillería y temiendo que las SS los hubieran dejado en manos de los rusos.

«¡Partiréis en una hora!», anunció Hoppe. «¡El que no esté preparado se quedará aquí!»

Ocho miembros del grupo, entre ellos el doctor Goerdeler, que había sucumbido a la enfermedad, estaban demasiado débiles para tenerse en pie. Fey dudaba que fueran a sobrevivir al largo viaje: «Temía por los miembros más débiles [...]. Onkel Moppel ya tenía fiebre y temblaba incontrolablemente. Estábamos convencidos de que había contraído fiebre tifoidea. Clemens von Stauffenberg tenía las manos y los pies hinchados y le costaba mucho respirar, y Lotte y Ännerle aún no se habían recuperado de la escarlatina».

Los más fuertes ayudaron a los demás a hacer las maletas y cogieron mantas para el viaje. Luego, Hoppe les ordenó salir en medio de una intensa ventisca. Los que se sentían demasiado frágiles para caminar se montaron en dos ambulancias improvisadas y el resto del grupo avanzó en la oscuridad hacia la estación ferroviaria situada a la entrada del campo, la misma «Campo del Bosque» a la que habían llegado trenes con miles de prisioneros «corrientes» el verano anterior.

«Allí nos esperaba un viejo vagón de tercera clase», recordaba Fey. «La puerta corredera estaba atascada y no se cerraba. Casi todas las ventanas estaban rotas y entraba la nieve, que se amontonaba encima de los duros bancos de madera. El viento

aullaba y hacía un frío terrible. Intenté buscar un sitio al lado de gente sana, porque ya no soportaba la compañía de los enfermos.»

«Tuvimos que quitar la nieve de los bancos», rememoraba Ännerle von Hofacker, de quince años. «Dos estufas daban algo de calor, pero no servía de nada, ya que no había puertas en el vagón. Nos tumbamos en los bancos tapados con mantas y abrigos, pero seguíamos congelados. Pasó una hora hasta que todo estuvo preparado. Tuvimos que esperar a que otro vagón se acoplara al nuestro. Finalmente, el comandante se despidió de nosotros. Nos acompañaban dos guardias de las SS, Fräulein Papke y el sargento Kupfer.»[1]

Ninguno de los prisioneros especiales sabía lo privilegiados que eran. Dado que la carretera de Danzig estaba abarrotada de «caminantes», las SS habían antepuesto su evacuación al resto del tráfico civil y militar. Desde el 24 de enero, cuando el Ejército Rojo cortó el último enlace ferroviario con el Reich, la pequeña línea secundaria que unía Stutthof y Danzig era la única ruta terrestre para llegar al oeste. De hecho, la orden de evacuar a los prisioneros especiales había llegado el 25 de enero, pero la nieve impidió que partiera el tren y había estado esperando en la estación desde entonces.

El convoy se puso en marcha lentamente y el viento glacial entraba por la puerta. Tras unos cientos de metros, la línea, que no era más que una vía de tranvía, se unía a la carretera de Danzig y discurría en paralelo a ella. Unas lámparas de gas iluminaban el camino a intervalos y proyectaban una luz amarillenta. A través de la nieve arremolinada, Fey y los otros podían ver a los «caminantes». Estaban a unos diez metros del tren, pero la nieve lo mitigaba y acallaba todo. Como si estuviera congelada, la interminable fila de carromatos, animales y personas permanecía inmóvil, en silencio, una siniestra señal de futuras calamidades. Sentada entre Alex y Eberhard von Hofacker, Fey estaba aterrorizada: «Aparte de los ataques aéreos, en nuestro barracón de Stutthof estábamos totalmente aislados de la guerra. Ahora nos encontrábamos en

medio de ella, adentrándonos en lo desconocido. ¿Nos alcanzarían los rusos? ¿Iban por detrás de nosotros o por delante? Al ver las interminables columnas de refugiados, estaba convencida de que había llegado nuestro final».

Diez minutos después de salir de Stutthof, el tren se detuvo. La nieve bloqueaba las vías y las SS subieron al vagón pidiendo «voluntarios» para ayudar en la tarea casi imposible de despejarla. Alex fue uno de ellos, y volvió al cabo de dos horas calado hasta los huesos y aterido. Con tristeza les explicó que detrás llevaban un vagón de ganado abierto lleno de soldados húngaros y alemanes acusados de espionaje por las SS. Algunos prisioneros ya habían muerto congelados y los guardias simplemente habían arrojado sus cuerpos a las vías.

El tren seguía sin moverse. Se hallaba varado en campo abierto a las afueras de Steegen, donde la línea ferroviaria se desviaba de la carretera de Danzig. Para evitar las colas, los «caminantes» que viajaban a pie o a caballo habían decidido seguir las vías y por allí pasaban riadas de gente, figuras a las que Fey era incapaz de distinguir en la oscuridad. Hasta que amaneció no vio la escena que la rodeaba: «Callados y serios, se acercaban tozudamente a las vías de camino al oeste. Algunos llevaban uniformes y abrigos harapientos, pero la mayoría iban envueltos en lana que habían cogido en el último momento. Muchos, demasiado debilitados para continuar, se habían desplomado y yacían muertos o moribundos junto a cadáveres de mulas y caballos. La imagen de aquella pobre gente nos conmovió enormemente. Allí estábamos nosotros, quejándonos de nuestras condiciones. No estábamos en el paraíso, qué duda cabe, pero no era nada comparado con su situación. Recordé un viejo proverbio italiano: “Uno siempre debe volver la cabeza, porque quien se queja de que solo tiene higos para comer descubrirá a otro comiendo las pieles que él ha tirado”. Podría parecer banal, pero al enfrentarme a aquella terrible realidad, me di cuenta de que ese proverbio encerraba una profunda verdad».

Contemplando el caleidoscopio de horror que pasaba ante sus ojos, se le quedaron grabadas dos imágenes. La primera fue la de

Fräulein Papke, envuelta en su abrigo forrado de piel y comiendo tranquilamente un bocadillo del «pícnic» que había llevado consigo mientras se asomaba a ver la carnicería. La segunda fue la de un niño que yacía inmóvil en la nieve: «Lo recogió el sargento Kupfer. Al principio creí que estaba muerto, pero después de un vigoroso masaje, el niño volvió en sí y le dieron de comer. Poco después lo dejaron al cuidado de un grupo de soldados en retirada. Ese incidente tuvo un gran efecto en mí y, una vez más, me hundió en la desesperación al pensar en la suerte que habrían corrido mis hijos. Pasé horas en un silencio absoluto después de aquello».

Llegó el mediodía y seguían en Steegen. Sin saber qué hacer, Kupfer, que estaba al cargo del transporte, envió un mensaje por radio a Stutthof, y a las dos del mediodía enviaron a un grupo de prisioneros para que despejaran las vías. Alguien había colgado abrigos y mantas en la puerta para intentar contener el aire frío, pero, según contaba Fey, el viento se colaba por todas las grietas del vagón: «Nos pasamos horas allí apiñados, en silencio y apáticos, pensando solo en el calor y la supervivencia. Hacer tus necesidades significaba exponerte a la tormenta y en cuestión de segundos se te quedaban las manos tan rígidas y entumecidas que era imposible desabrocharse los botones necesarios. Al cabo de muchas horas, ordenaron a los pocos hombres sanos que quedaban que ayudaran a los prisioneros a retirar la nieve. Finalmente, el tren se puso en marcha».

Llegaron a la desembocadura del Vístula a las siete de la tarde. Estaba a solo quince kilómetros de Stutthof y llevaban más de veinticuatro horas en el tren. No había rastro del transbordador que supuestamente debía llevarlos al otro lado. En la orilla del río habían acampado decenas de miles de refugiados y la línea de carromatos llegaba hasta donde alcanzaba la vista. Por fin había dejado de nevar y hacía una noche despejada con una brillante luna llena. Los campos que limitaban con el golfo de Danzig no ofrecían cobijo y, al observar la escena, Fey temió que fueran un blanco estático para los bombarderos rusos.

Pasaron cinco tensas horas esperando el transbordador. Cuando llegó, el capitán rechazó la carga. Según dijo al sargento

Kupfer, solo estaba autorizado a transportar tropas y refugiados, no prisioneros de campos de concentración. Ännerle von Hofacker fue testigo de la posterior discusión: «Kupfer intentó engañar al capitán. "No son prisioneros", repuso. "Son parientes de miembros de las SS y, como tales, tienen preferencia, incluso sobre las tropas." Contra su voluntad, el capitán obedeció, pero lleno de resentimiento. Cuando vino a cargar nuestros carromatos, lo hizo con tanta fuerza que sobresalían por los laterales del transbordador y no se cayeron al agua de milagro».[2]

Eran las dos de la madrugada cuando el barco atracó al otro lado del río, pero su viaje, dijo Fey, no había terminado: «Al cabo de unas horas llegamos medio muertos a Danzig. Habíamos recorrido treinta kilómetros en treinta y siete horas. Allí, los guardias nos hicieron bajar bruscamente del vagón y anunciaron que todos los trenes habían sido destinados al transporte de tropas o refugiados, así que tendríamos que continuar por carretera. Por supuesto, se negaron a decirnos adónde íbamos».

Delante de la estación, el grupo se unió a un grupo de presos que esperaban para subir a una flota de camiones. Entonces descubrieron horrorizados que eran los prisioneros que habían viajado en los vagones abiertos desde Stutthof. El hecho de que los trasladaran con hombres a los cuales las SS había tratado como animales llenó a Fey de aprensión: «Indicaba un cambio de estatus. Estaba convencida de que nos llevarían a un sitio peor que nuestro barracón de Stutthof».

Dos horas después, los camiones hicieron un alto en una remota carretera rural. En lo alto de una colina, Fey vio unas puertas. El lugar estaba rodeado de una valla alta con alambre de espino y un *cheval de frise* medieval, una estructura con forma de barril cubierta de pinchos: «El camino estaba bloqueado por la nieve, así que nos ordenaron que bajáramos del camión. Como estábamos tan débiles, era imposible trepar, y casi nadar, entre los montículos de nieve. Uno a uno, fuimos cayéndonos de agotamiento. Conscientes de que no llegaríamos nunca a la cima, enviaron a varios hombres de las SS a que nos ayudaran. Utilizando la fuerza bruta, nos arrastraron hasta arriba como si

fuéramos trineos. Creía que no lo conseguiríamos, especialmente Clemens y Onkel Moppel. Por algo que dijeron los guardias, tenía la impresión de que creían que éramos miembros de las SS. Pero ya me daba igual. Lo único que importaba era que seguíamos vivos. De allí nos llevaron a un barracón mugriento».

Las columnas de prisioneros que salieron de Stutthof días antes que Fey y los demás seguían en la carretera. La caminata hasta Lauenburg supuestamente duraba siete días. En realidad, los supervivientes de la «Marcha de la muerte» tardarían otra semana en llegar a su destino. Unos 4.500 murieron, la mayoría pertenecientes a las columnas segregadas de prisioneros judíos.[3]Cuando las autoridades nazis se dieron cuenta de que la carretera de Danzig era la última ruta para huir hacia el Reich, se dio prioridad a soldados y civiles y se prohibió a los judíos utilizarla. Obligados a tomar rutas alternativas, a menudo simples senderos, miles murieron de frío o fueron ejecutados por las SS por quedarse rezagados.

Otras 5.000 prisioneras, todas ellas judías, abandonaron el campo a finales de enero. Puesto que la carretera de Danzig estaba cerrada a los judíos, Hoppe les ordenó que pusieran rumbo al este y se dirigieran a Pillau, en la costa báltica. Desde allí, las SS pretendían evacuarlas en barco al Reich. El 30 de enero, al ver que los barcos no aparecían, 3.000 fueron ejecutadas en las gélidas aguas de Pillau en una de las últimas atrocidades masivas de la guerra.[4]

29

«En el campo. 08.45 h. Un grupo de SS se acerca a nosotros, coge nuestro equipaje compasivamente y nos lleva colina arriba hacia los barracones. Creen que somos miembros de las SS. Estamos agotados. Tante Anni tiene fiebre; se sospecha que es una inflamación pulmonar.»[1]

Era una entrada del diario de Gagi von Stauffenberg, escrita apresuradamente al final del desgarrador viaje desde Stutthof. Tras cargar con el grupo por la ladera, los hombres de las SS cruzaron un patio hasta llegar a un barracón. Un escuadrón que había partido hacia el frente acababa de dejarlo libre y estaba lleno de basura. A causa del frío, las ventanas habían permanecido cerradas toda la noche y la habitación apestaba a sudor. «Nuestra tristeza era absoluta; no nos quedaba coraje», escribió Fey.

Situado ocho kilómetros al sur de Danzig, el campo de Matzkau era un correccional para soldados de las SS. Con capacidad para 1.600 prisioneros, su objetivo era «reeducar» a los soldados acusados de desprestigiar a las SS. Sus delitos incluían insubordinación, desobediencia militar, ebriedad, corrupción y homosexualidad. El régimen de castigos era severo. Se imponía una política de disparar a matar a quienes intentaran huir. Había mesas de caballete en las que azotaban a los prisioneros y pelotones de fusilamiento para los condenados a muerte.[2]

Los homosexuales eran uno de los grupos señalados en la Alemania nazi. Cuando fue nombrado jefe de las SS, Himmler calculaba que representaban entre un siete y un diez por ciento de los hombres alemanes:[3]«Si eso es así, significa que nuestro Volk será destruido por esta plaga [...]. Una buena raza que tiene un

número insuficiente de hijos está abocada al desastre».[4]Prometiendo erradicar esa «plaga»,[5]ordenó a la Gestapo que confeccionara listas de homosexuales y detuvieron a 100.000. De esos, unos 50.000 fueron encarcelados.[6]En Matzkau, después de una entrevista con el médico del campo, los prisioneros considerados incapaces de renunciar a su homosexualidad eran sometidos a castración.[7]

Al llegar a Matzkau, los Sippenhäftlinge durmieron un día entero. Por la noche los despertó el médico del campo. Después de examinarlos individualmente, anunció que les traerían camas nuevas con colchones de plumas y que enviarían a un destacamento de prisioneros a limpiar el barracón. Tío Moppel y Tía Anni, que estaban gravemente enfermos, serían trasladados a la enfermería del campo, donde los atendería él personalmente. Ningún miembro del grupo había comido desde que salieron de Stutthof, y el doctor aseguró que les servirían un plato caliente. «Esperamos en vano», recordaba Fey. «Luego nos enteramos de que los prisioneros que debían traerlo lo habían devorado por el camino. A las diez prepararon una segunda comida que sí llegó. Nos sorprendió lo lujosa que era. ¡Consistía en unas sabrosas patatas, verduras y trocitos de salchicha!»

A la mañana siguiente, el desayuno estuvo al mismo nivel. Por primera vez en varias semanas les dieron fruta fresca y miel con las tostadas. La buena alimentación y la evidente preocupación del médico indicaba que las SS tenían intención de mantenerlos con vida. Pero no podían saberlo con certeza y estaban nerviosos. Días después de su llegada, a Fey la inquietó una visita a las duchas: «Bajo una luz dura y fría, nos escoltaron por aquel campo escalofriante hasta un barracón especial situado en el otro extremo. Nos hicieron entrar en una sala enorme y nos dijeron que nos desnudáramos. De repente me di cuenta de que aquel sitio guardaba un parecido aterrador con las cámaras de gas de las que habíamos oído hablar en Stutthof. Por un momento se me paró el corazón, pero las SS dejaron la puerta abierta, y cuando el guardia

abrió los grifos salió agua hirviendo».

Iban pasando los días y los prisioneros esperaban el siguiente movimiento de las SS. En el barracón, hombres y mujeres estaban segregados, y Fräulein Papke, que estaba al mando, patrullaba el edificio para cerciorarse de que no hubiera contacto entre ellos. A Fey le parecía una persona desagradable: «Era una mujer cruel y arrogante con la cara delgada y puntiaguda y unos ojos pequeños y oscuros. No se le pasaba nada por alto y hacía cumplir regulaciones insignificantes. Estábamos convencidos de que sabía qué nos deparaba el futuro, pero, por supuesto, se negaba a decirlo». Había poco que hacer y Fey se entretenía observando a los guardias de las SS dirigiendo la instrucción de los prisioneros en el patio: «El sargento disfrutaba especialmente haciéndolos arrastrarse por el suelo con los codos. Evidentemente, ello servía para forjar a un buen hombre de las SS».

Cada día, un grupo de prisioneros iba al barracón a limpiar las habitaciones y llevarles la comida. A finales de la primera semana, uno de ellos desveló una información que los alertó sobremanera. La mañana de su llegada a Matzkau, Fey y Gagi habían oído a los prisioneros referirse a ellos como «miembros de las SS». Dieron por hecho que se trataba de un malentendido o que los hombres habían llegado a esa conclusión. Pero el hombre les dijo que las autoridades del campo habían advertido a los otros prisioneros sobre el grupo «especial» que acababa de llegar. «Pertenecían a las SS» y sus nombres eran «alto secreto». Si alguno descubría su verdadera identidad, sería ejecutado.

Dadas las circunstancias, saber que ahora eran categorizados como miembros de las SS les generó una gran ansiedad. El frente estaba en Marienburg, a cincuenta kilómetros. Aunque estaban más lejos de los rusos que en Stutthof, Fey sabía que cincuenta kilómetros no eran en modo alguno una distancia segura: «Cada día nos echábamos al suelo del barracón, ensordecidos por las atronadoras batallas aéreas y temiendo que en cualquier momento nos cayera una bomba encima. Pero eso no era nada en comparación con nuestro miedo a los rusos. Si el Ejército Rojo invadía el campo, como “miembros de las SS” seríamos ejecutados

sumariamente. Nuestro nuevo estatus era sabido por todos los prisioneros y alguien acabaría traicionándonos. Dijéramos lo que dijéramos, los rusos no nos creerían».

El grupo, desesperado por que los trasladaran, vivía con una ansiedad permanente. Aunque agradecían la abundancia de comida que seguía llegando, los lujosos platos demostraban que las SS tenían una agenda oculta. Evidentemente, estaban «engordándolos» por alguna razón. «A medida que pasaban los días y mejoraba nuestro estado de salud, pasábamos mucho tiempo especulando sobre nuestro destino», recordaba Fey. «La opinión general era que Himmler nos mantenía con vida por interés propio, quizá para utilizarnos como moneda de cambio en las últimas horas del Reich. Pero no teníamos ni idea de cuál era su propósito o de cuánto tiempo seríamos valiosos. No creíamos que Hitler, que había prometido eliminar a las familias de los conspiradores, supiera que seguíamos vivos. Eso, concluimos, explicaba por qué nos prohibían llamarnos por nuestros apellidos y por qué advirtieron a los guardias y los prisioneros del campo de que los ejecutarían si revelaban nuestra identidad.»

Fey era sumamente consciente de la amarga ironía de su situación. Su supervivencia dependía de la supervivencia de Himmler. Si este moría o los Aliados se negaban a aceptar que utilizara «rehenes» para salvar el pellejo, el grupo dejaría de tener relevancia. Perderían la protección y, «como miembros de las SS», serían objeto de tremendas represalias.

Ante la precariedad de su situación, Fey pensaba constantemente en Corrado y Roberto: «Si seguían vivos, solo podía esperar que sus circunstancias fueran mejores que las mías. Era preferible no pensar en ello. “No pienses en ello”, me decía. Temía mucho por mi futuro, pero me desesperaba solo de pensar en lo que podía pasarles a los niños».

«5 de febrero. Todavía no tenemos noticias de nuestro traslado. Tante Anni ha contraído tifus. No podrán salvarla», escribió Gagi en su diario.[8]

Llevaban una semana en Matzkau, durante la cual la baronesa Anni von Lerchenfeld había pasado mucho tiempo inconsciente. Murió la tarde del 6 de febrero. En los últimos días, sus pensamientos habían sido para su hija Nina, la viuda de Claus von Stauffenberg, que acababa de dar a luz a su último hijo.

Aunque Fey había hecho todo lo posible por evitar a Tía Anni, cuya locuacidad la irritaba, su fallecimiento la afectó profundamente, como a todos los demás: «Era nuestra primera muerte. Estábamos tan unidos que parecía presagiar el final de todos. Hasta aquel momento habíamos superado todas las adversidades. Ahora nos sentíamos derrotados. Algunos descargamos nuestra ira contra las SS, que nos dijeron que sería enterrada en Danzig en una tumba sin identificar. Conocíamos la existencia de una finca familiar de los Stauffenberg cercana y queríamos que la enterraran allí».

Aquella noche metieron el cuerpo de Tía Anni en un ataúd negro decorado con un ramito de hojas de pino que las SS les permitió coger de los árboles que rodeaban la valla perimetral. Fey se escandalizó cuando el comandante del campo tuvo la temeridad de enviar sus condolencias: «"Menudo hipócrita", pensé. Mucho después, descubrimos que, pese al rápido avance del ejército ruso, las SS habían enterrado a Anni en la finca. Qué comportamiento más ilógico. Por un lado, las cámaras de gas y, por otro, esto. Habría sido muy fácil, muy propio de ellos, no molestarse».

Pasaron otros dos días hasta que, el 8 de febrero a media mañana, Fräulein Papke entró como un vendaval en el barracón.

«¡Preparaos, os vais hoy!», gritó.

Mientras Fey y el resto de las mujeres recogían sus cosas, Papke caminaba por la habitación dando órdenes: «Llevaos todo lo que podáis. Quitad los ganchos de los armarios, los tornillos y los clavos de las paredes, todo lo que pueda ser útil. ¡No dejéis nada!». Entonces se detuvo delante de Fey, se la quedó mirando fijamente y añadió: «¡Os acostumbraréis a robar!».

Fey sintió una oleada de esperanza: «Una orden así, viniendo de Papke, que normalmente era muy estricta en la aplicación de normas inútiles y muy cuidadosa con su dignidad, me llevó a

pensar que la caída del “Reich milenario” estaba a la vuelta de la esquina. Obedecimos sus órdenes y arrancamos todo lo que pudiera servirnos».

30

Fey estaba en el patio observando a los SS cargando en el camión las cosas que ella y los demás habían «robado» a instancias de Fräulein Papke. Eran las diez de la mañana del 8 de febrero y debían partir en una hora. Al ver la chatarra amontonada en la entrada, entre ella trozos de suelo, colgadores metálicos y una estufa de hierro, se preguntó para qué y en qué circunstancias sería «útil». Una vez más, Papke se negó a divulgar su destino, lo cual era alarmante.

Hacía frío y el sol centelleaba sobre la nieve. Pese al alivio por el tan ansiado traslado, Fey estaba decaída. Minutos antes se había despedido en silencio de Tío Moppel, que estaba inconsciente. Padecía una forma virulenta de fiebre tifoidea que, por lo que sabía Fey, normalmente era mortal. El antiguo oficial de caballería, siempre atento y bondadoso, se había convertido en una figura paterna para ella y dudaba que pudiera volver a verlo algún día. Su familia seguía con él en la enfermería del campo cuando Fey se marchó, y por sus caras vio que estaban preparados para lo peor.

Los hombres de las SS tardaron varias horas en cargar. A mediodía, el camión que llevaba a los prisioneros por parentesco salió finalmente por la puerta del campo. Hacinado en la parte trasera con su equipaje, el grupo apenas hablaba. Había pasado muy poco tiempo desde la muerte de Tía Anni y ahora todos sentían el dolor de abandonar al Tío Moppel.

Diez minutos después se detuvieron en una pequeña estación en el valle situado a los pies de Matzkau. En una vía muerta aguardaba un vagón de ganado en el que realizarían el viaje. Fue

entonces cuando Papke les dijo que iban a Danzig, desde donde serían «evacuados al Reich».

Papke no había mencionado cómo se llevaría a cabo la evacuación. «Nuestro miedo a un barco es enorme», anotó Gagi en su diario cuando partió el tren.[1]El reciente naufragio del *Wilhelm Gustloff*, el peor desastre marítimo de la historia, había sido recogido ampliamente por la prensa alemana y les había llegado la noticia de la tragedia. El *Gustloff*, el mayor crucero de Alemania, había zarpado de Gotenhafen, el puerto situado a las afueras de Danzig, el 30 de enero. Era el primer barco de grandes dimensiones que llegaba a la ciudad tras el lanzamiento de la Operación Aníbal, el nombre que dio la Armada alemana a la evacuación masiva de civiles desde la costa báltica.[2]Danzig se había convertido en el destino de cientos de miles de refugiados desesperados por huir de los rusos. En tres semanas habían llegado 400.000 a la ciudad, lo cual había disparado su población hasta casi un millón.[3]Entre ellos estaba la primera oleada de «caminantes», llegados recientemente después de cruzar el hielo del Frisches Haff. Varados en el muelle de Gotenhafen o viviendo en campamentos erigidos apresuradamente por las autoridades, su mejor opción para escapar era un barco.

El *Gustloff* estaba diseñado para transportar a 2.000 personas, pero cuando atracó, subieron a bordo entre 6.600 y 9.000.[4]Poco después de zarpar, fue perseguido por un submarino soviético, que, unas veinte millas mar adentro, disparó tres torpedos a la popa del barco. Cuarenta minutos después, el *Gustloff* se hundió por la proa. Murieron entre 5.300 y 7.400 personas, sobrepasando con creces las 1.500 vidas que se perdieron en el *Titanic*. Las víctimas incluían a unos 5.000 niños. Muchos perecieron a causa del impacto directo de los torpedos o ahogados en el agua que entraba en el barco. Otros murieron aplastados en la estampida inicial para subirse a los botes salvavidas. Pero la mayoría sucumbió a las aguas heladas cuando los aterrados pasajeros, que saltaban desde la cubierta, volcaron los botes y lanzaron a la gente al Báltico.

El vagón de ganado salió de la estación a las cuatro de la tarde y llegó a Danzig a la una de la madrugada, un trayecto que normalmente duraba menos de una hora. Los refugiados bloqueaban las vías de acceso a la ciudad y hubo innumerables paradas hasta que conseguían despejarlas. Durante todo el viaje, Fey se sintió alarmada por los gritos que llegaban desde fuera y por los continuos golpes que propinaban los refugiados a las paredes del vagón exigiendo un lugar a bordo: «Papke y Kupfer habían cerrado las puertas con pasador y estaban preparados para disparar a quien entrara. Cada vez que parábamos, la gente utilizaba objetos para aporrear los laterales del vagón. Escuchar aquellos golpes de desesperación era espantoso, pero me aterraba lo que pudiera ocurrir si irrumpían en el vagón y los guardias abrían fuego. En aquel espacio abarrotado, con balas silbando por todas partes cualquiera de nosotros podía morir».

Cuando finalmente llegaron a Danzig, en la estación había centenares de refugiados, la mayoría durmiendo en el suelo. Se había impuesto un apagón eléctrico y todo estaba a oscuras. Sorteando los cuerpos que yacían en el vestíbulo, Papke y Kupfer llevaron al grupo hacia un puente. Era una estructura metálica similar a una grúa que se elevaba por encima de las vías. Al cruzarla, Fey divisó las siluetas de las grúas del puerto. Era un día húmedo y el olor a mar la hizo estremecerse. Le recordaba a Stutthof.

Soldados armados con ametralladoras vigilaban el andén opuesto. Cuando se acercó el grupo, les abrieron paso. El andén estaba tétricamente vacío. Solo había hombres de las SS caminando arriba y abajo y las luces rojas y verdes de las linternas de los guardias de la estación, que se movían silenciosamente. Habían reservado un vagón para el grupo y los llevaron a la parte delantera del tren. Al recorrer el andén, pasando por delante de la larga hilera de vagones cerrados, Fey vio que iban abarrotados de gente. Por las ventanas salían delgadas volutas de humo y oía voces en su interior.

Al poco, el tren arrancó, pero se detuvo minutos después en el patio de maniobras situado detrás de la estación y permaneció allí

toda la noche. En el vagón no había asientos, y aunque era más espacioso que el vagón de ganado, las ventanas, situadas a la altura de la cabeza, no tenían cristal y hacía mucho frío.

Tratando de aprovechar al máximo la situación, los hombres montaron la estufa que habían arrancado de la pared de su barracón en Matzkau y encendieron las lámparas de parafina que también habían «robado». Fey ayudó a las otras mujeres a deshacer el equipaje: «Los clavos y tornillos que llevábamos con nosotras resultaron muy útiles para adosar todo tipo de cosas a las paredes del vagón. Comida, ropa y zapatos colgaban precariamente por encima de nuestras cabezas. Llenamos hasta la última grieta de los tablones de madera con nuestros patéticos cachivaches. Podíamos tumbarnos todos al mismo tiempo, que ya era algo. Pero no había espacio suficiente para darse la vuelta, lo cual significaba que teníamos que dormir en una postura fija».

Al día siguiente, el tren no se movió. «Esperando en el andén. Segunda noche en el vagón», escribió Gagi en su diario. «Vamos apiñados como sardinas.»[5]

«Todo igual», anotó al día siguiente. «Tercera noche en el vagón.»

Los guardias los dejaban salir a ratos, pero solo les estaba permitido caminar hasta el final del vagón, ya que los que llevaban detrás iban llenos de prisioneros a los que no podían conocer. No había agua en el tren y el lavabo consistía en un gran balde de madera situado junto a la cabina del guardafrenos. Para beber tenían que coger nieve de las vías y hervirla en la estufa. También la utilizaban para lavar la ropa en el estribo del vagón. Papke y Kupfer se turnaban para ir a buscar comida. Puesto que la ciudad se hallaba prácticamente sitiada y abarrotada por gran cantidad de refugiados, había poca y vivían de latas de pescado, pan y queso, además de patatas y coles que usaban para hacer sopa.

El patio de maniobras, lleno de material rodante y situado cerca del muelle, era un objetivo importante para los Aliados. Los bombarderos estadounidenses y británicos hostigaban la zona día y noche. «El silbido de las bombas y el rugido de los cazas nos resultaba tan familiar como el respirar», recordaba Fey. «Nadie, ni

siquiera Papke y Kupfer, sabía por qué no podíamos irnos. Dedujimos que era porque las vías habían quedado destruidas durante los ataques o simplemente porque estaban ocupadas por transportes de tropas.»

Percibiendo la tensión del grupo, Papke y Kupfer propusieron un paseo por el muelle. Hacía una bonita mañana y, tras cuatro meses de encarcelamiento, era la primera vez que Fey experimentaba el bullicio de la gente corriente en el «exterior»: «Ellos también sufrían las presiones de una guerra total, pero al menos eran libres. El sol se colaba por el neblinoso cielo del norte y la sensación de libertad al caminar, observando la enérgica vida del muelle, era embriagadora. Por el momento estábamos salvados; la vida tenía mucho que ofrecer. Pero esa sensación se desvaneció de un plumazo al pensar en mis niños. ¿Dónde estaban? ¿Estarían enfermos? ¿Preguntarían por mí? Aún no tenía respuesta a aquellas preguntas después de cuatro meses de separación. En aquel momento me prometí a mí misma que dejaría de pensar en cosas insoportables. Tenía que imaginar su salvación. De repente, alentada por aquel hermoso día, me sentí renovada en mi voluntad de sobrevivir y salir al rescate de mis niños a la primera oportunidad que se presentara».

Aquella tarde, el tren abandonó por fin el patio de maniobras.

Encerrada de nuevo en el vagón, Fey no tardó en desmoronarse otra vez: «Papke y Kupfer subieron al tren y cerraron las puertas, que impedían que entraran los rayos de sol. Cuando el tren ganó velocidad, el vagón empezó a bambolearse con fuerza. Nuestras pertenencias, que tan cuidadosamente habíamos colocado, nos caían en la cabeza. Aquello, sumado a la sensación de ahogo y los continuos ataques aéreos, estuvo a punto de volverme loca. Estaba convencida de que nos alcanzarían tarde o temprano».

El tren iba rumbo al sudoeste, hacia Neustettin, situada a tan solo veinte kilómetros del frente. Por las rendijas laterales del vagón podían ver a centenares de refugiados avanzando

penosamente junto a las vías en dirección a Danzig. Ahora podían verles las caras en lugar de la espalda. Aquella triste imagen era estremecedora y fue entonces cuando Lotte decidió dar a su hija la noticia que había estado ocultándole desde que salieron de Stutthof. En el ajustado espacio del vagón de carga, se acercó a Ännerle y le anunció que su padre había muerto. Lotte eligió aquel momento porque creyó que tanto sufrimiento la ayudaría a ver su tristeza con cierta perspectiva.

Fey, situada a escasos metros de ambas, seguía aferrándose a la esperanza de que su padre estuviera vivo; nadie había confirmado aún su ejecución.

Después de otra noche en el vagón, el tren se detuvo en Lauenburg, ochenta kilómetros al noroeste de Danzig. Papke explicó al grupo que sería una parada breve y pronto reanudarían la marcha. Pero, una hora y media después, les ordenó que bajaran del tren.

Unos soldados los dirigieron a un edificio abandonado próximo a la estación, que otrora había sido un manicomio. Pasaron allí once largos días.

Papke y Kupfer asignaron al grupo tres habitaciones: una para los hombres, una para las mujeres y otra común, donde instalaron la estufa, que habían traído del tren. Seguía haciendo mucho frío y aquella estufa era la única fuente de calor en todo el manicomio. El fuerte viento que soplaba fuera llenaba constantemente la habitación de nubes de humo. «Ajustando un poco la chimenea vuelve el calor», escribió Gagi dos días después de su llegada. «Mientras tanto, corriendo por el pasillo para entrar en calor.»[6]

Fräulein Papke se sentaba en un rincón pegada a una radio que llevaba siempre encima. Obviando la propaganda que adornaba los partes de guerra nazis, las noticias para los alemanes eran terribles. Los rusos habían cruzado el Óder y se encontraban a solo sesenta kilómetros de Berlín. Fey disfrutaba con el nerviosismo de Papke cuando informaban de las represalias soviéticas contra las tropas de las SS: «Oímos que en Bromberg,

unos 150 kilómetros más al sur, los rusos habían ejecutado a todos los oficiales de las SS a los que pudieron atrapar. A Fräulein Papke le provocó escalofríos. Enjuta y pálida, adoptó la crispación de una persona afligida por un pánico controlado pero siempre creciente. Su voz aguda ya no resonaba por los pasillos. Por el contrario, se volvió bastante obsequiosa».

Sin embargo, Fey sabía que la suerte de Papke también podía ser la suya. Si los rusos les daban alcance, como «miembros de las SS» también serían ejecutados. Saber que su vida dependía de la supervivencia del régimen nazi la atormentaba. Desde su infancia en Roma, cuando su padre se volvió contra el régimen, anhelaba la caída de Hitler. Instintivamente, al escuchar las emisiones radiofónicas, le daba un vuelco el corazón ante cualquier indicio de que ese momento estuviera a punto de llegar. Pero la desalentadora lógica de su situación, con independencia del plan que pudiera tener Himmler para el grupo, era que la prioridad inmediata era escapar de los rusos y que solo las SS tenían acceso a los medios de transporte necesarios. Por tanto, parte de ella deseaba que los nazis resistieran más tiempo.

Ante el temor de ser «cazados» por los rusos, el grupo escuchaba los noticiarios con la misma avidez que Fräulein Papke. Si bien el frente se hallaba 150 kilómetros al sur de Lauenburg, el Ejército Rojo había avanzado la friolera de 210 kilómetros hacia el oeste. Fey sabía que corrían el riesgo de verse atrapados en una franja de tierra como les había ocurrido a los «caminantes» en Prusia Oriental: «Oímos que los rusos estaban acercándose a Stettin. Si conquistaban la ciudad, se cerraría nuestra ruta de escape. Por los partes radiofónicos parecía que la Wehrmacht estaba defendiendo un estrecho corredor de tierra entre Stettin y Stargard. Pero ¿por cuánto tiempo? Me impacientaba la idea de huir, de dejar de perder el tiempo. Berlín era bombardeada cada noche y era obvio que tendríamos que movernos rápido si no queríamos vernos rodeados por los rusos».

Cada mañana, Papke decía al grupo que era posible que se pusieran en marcha y que debían estar preparados para irse en cualquier momento. Pero, para frustración de todos y sin motivo

aparente, ese movimiento se posponía constantemente.

Las sucintas entradas del diario de Gagi denotan la desmoralizante incertidumbre de aquellos días:

> Partir sigue siendo *una posibilidad*.
>
> Partida todavía incierta.
>
> Rumor de partida mañana por la mañana.
>
> Como siempre, han pospuesto nuestra partida para el día siguiente.[7]

El 17 de febrero, cinco días después de su llegada a Lauenburg, Kupfer deslizó que había un tren esperándolos en la estación. Con cierto rubor, explicó al grupo que era el mismo tren que los había traído desde Matzkau y que había estado en una vía muerta desde entonces. Con un lenguaje críptico, añadió que el tren carecía de autorización para irse porque faltaba el «inventario vivo». Entonces, precisó que ellos eran ese «inventario vivo». Hasta que recibiera órdenes del cuartel general de las SS, ni ellos ni el tren podrían seguir avanzando.

El mensaje era claro. Himmler todavía no había autorizado su marcha. Durante dos días, el grupo especuló sobre el motivo de aquella demora. ¿Los había abandonado Himmler? ¿Ya no eran valiosos para él? Intentando averiguar sus motivos, esperaban oír su nombre en la radio. Unas semanas antes, Hitler lo había nombrado comandante del Frente Oriental y aparecía con frecuencia en el catálogo de derrotas. Su única esperanza era que el retraso obedeciera a que no eran una prioridad para Himmler.

Esa esperanza se vio reforzada cuando, el 19 de febrero, apareció Tío Moppel escoltado por dos guardias de las SS. Todos se alegraron de verlo, sobre todo Fey: «Estaba delgado y muy débil, pero había sobrevivido milagrosamente. ¡Menuda constitución tenía! Cuando nos vio a todos se le llenaron los ojos de lágrimas. Nuestro vínculo era tan fuerte que nos alegramos tanto como si nos hubieran dicho que habíamos sido liberados».

Excepcionalmente, las SS primero habían llevado a Tío Moppel a Stutthof. La zona seguía en manos de la Wehrmacht y los rusos aún no habían liberado el campo. Cuando sus escoltas

descubrieron que los prisioneros por parentesco ya no estaban allí, dieron media vuelta inmediatamente. Con decenas de miles de refugiados en las carreteras, ambos trayectos habían sido atroces. El error era atribuible al caos administrativo: obviamente, en el cuartel general de las SS habían cruzado telegramas. Al mismo tiempo, los esfuerzos que habían hecho las SS para reunir a Tío Moppel con el grupo evidenciaban su importancia. Seguían formando parte de algún plan en lo más alto de la organización. No los habían abandonado.

Finalmente, el 23 de febrero Papke anunció que se iban. Aunque se negó a responder preguntas sobre su lugar de destino, permitió que los hombres se llevaran los cristales del manicomio para tapar las ventanas del vagón. Clemens von Stauffenberg estaba demasiado débil para tenerse en pie y, sin una cama donde dormir, el doctor Goerdeler dudaba que sobreviviera al viaje. Cuando subieron la cama al vagón, no había espacio para que todos pudieran tumbarse, lo cual significaba que tendrían que turnarse para dormir.

Salieron puntualmente a las nueve de la mañana. Papke dejó que Fey se sentara en el estribo siempre y cuando estuviera visible: «Hacía un buen día y viajábamos con las puertas abiertas. Yo me senté en los escalones a contemplar el paisaje campestre y luchar contra los pensamientos inquietantes sobre mis hijos. En las curvas pude ver que el tren era extraordinariamente largo y parecía llevar de todo: prisioneros, soldados, refugiados e incluso ganado, que oía mugiendo en la cola. Pero, como el tren arrancaba siempre sin previo aviso, me aterraba quedarme atrás o tener que saltar a un vagón lleno de desconocidos. La idea de aprovechar aquellas oportunidades para escapar no se me pasó por la cabeza; creo que ni a mí ni a nadie. Imaginarme sola en aquel lugar gélido sin documentación, dinero ni comida bastaba para descartar la idea de inmediato».

Alex también ocupaba sus pensamientos. Desde que salieron del Hindenburg Baude el 30 de noviembre no habían estado a

solas. La presión de tener que ocultar constantemente sus sentimientos delante de los demás la había erosionado. Al principio del viaje desde Matzkau, ella y Alex habían seguido hablando en italiano igual que hacían en Stutthof. Pero en el espacio reducido del vagón, siempre podían oírlos los demás, y algunos encontraban sus conversaciones privadas irritantes. Ahora, su única forma de comunicación era por medio de notas y versos, que escribían en trozos de papel y se pasaban cuando podían.

Sin embargo, en los días posteriores estaban tan concentrados en sobrevivir al viaje que ni siquiera hacían eso.

Ahora el tren se dirigía al oeste en paralelo a la línea del frente. La región, la zona oeste de Pomerania, había sufrido intensos bombardeos y había escombros por todas partes: trenes descarrilados, vehículos en llamas y ruinas de innumerables edificios. Los ataques continuaban y, a medida que se aproximaban al frente, Fey tenía la sensación de que un ángel velaba por ellos: «Una y otra vez salimos de una ciudad antes de que fuera ocupada o de una estación antes de que saltara por los aires. Pero el tren seguía adelante intacto. Empecé a pensar que estaba predestinada a recuperar a Corradino y Robertino».

El 25 de febrero a primera hora de la mañana se detuvieron a las afueras de Stargard. Aquel era el tramo más peligroso del viaje puesto que el frente se encontraba tan solo tres kilómetros al sur y los rusos estaban intentando sitiar a la Wehrmacht ocupando el corredor entre Stargard y Stettin.

Fuera había soldados corriendo al lado del tren y gritando: «¡Contraataque en marcha! ¡Que todos los pasajeros se pongan a cubierto!». Papke y Kupfer cerraron las puertas y ordenaron al grupo que se echara al suelo. Segundos después empezaron los disparos. Estaban a solo unos metros de un cañón antitanques. Amontonados unos encima de otros en aquel espacio reducido, el ruido y la vibración de las explosiones era aterrador. El ataque se prolongó todo el día. Durante las pausas veían filas de soldados de infantería avanzando desde las trincheras. Lo más alarmante de

todo era el largo tren de ganado a rebosar de hombres y mujeres que se había detenido junto a ellos. Los vagones eran abiertos y podían oír los gritos de los niños, asustados y ateridos.

Encogidos en el suelo del vagón, imaginaban que los rusos dispararían en cualquier momento a la posición antitanques. Milagrosamente, no ocurrió y, tras doce horas de angustia, el tren reanudó la marcha.

Papke y Kupfer dejaron las puertas cerradas. Fey permaneció despierta escuchando los golpes constantes que los refugiados, desesperados por subir a bordo, propinaban a los laterales del vagón. Su impresión fue que estaba produciéndose un desmoronamiento absoluto.

Los Aliados estaban bombardeando las vías y el tren no tardó en parar de nuevo. El incidente que sobrevino, en palabras de Fey, tuvo consecuencias trascendentales para el grupo:

> Un oficial de la Wehrmacht llamó a la puerta y gritó con impaciencia:
>
> —¡Abrid inmediatamente! Debe subir más gente a este vagón.
>
> Papke respondió:
>
> —¡Imposible! ¡Tengo órdenes de no dejar entrar a nadie!
>
> —Eso es una idiotez —dijo el oficial—. Ahí fuera hay mujeres y niños medio muertos de frío. ¡Deben poder cobijarse!
>
> —Viajamos con los Sippenhäftlinge bajo la protección especial del Reichsführer-SS Heinrich Himmler —replicó Papke.
>
> —¡Dios mío, ese imbécil! —exclamó el oficial con furia—. ¡Estoy harto de ese cerdo!

La insolencia del oficial y el silencio de una sorprendida Papke hicieron reír al grupo. Pero, más que nada, reían de alivio. Como «miembros de las SS», la amenaza de una ejecución sumaria los perseguía desde Matzkau, pero, en una frase, Papke había dejado entrever que su estatus había cambiado. Por alguna razón, Himmler había vuelto a declararlos «prisioneros por parentesco».

Durante dos días, el tren fue de una vía muerta a otra. Sesenta kilómetros más al sur, los estadounidenses estaban bombardeando Berlín. Era el ataque más importante de los últimos meses y en él participaron 1.207 bombarderos y 726 cazas. Una mujer describía la caótica escena que estaba desarrollándose en Potsdam, en la

periferia de la ciudad, mientras civiles y soldados pugnaban por escapar: «Pesados tanques recorrían las calles junto a viejos tranvías, carretas rurales y landós inmovilizados. En largas columnas, aquella masa gris de soldados, refugiados y nativos se abría paso a codazos por las calles; figuras harapientas al lado de elegantes damas de Potsdam; gente del campo infestada de piojos al lado de ostentosos oficiales; niños mugrientos y descalzos al lado de carros de bebé relucientes; ancianas cansadas al lado de chicas endomingadas, caballos, perros, vacas, ovejas y gatos. Se movían todos en manada, pasando entre los tanques estacionados en el puente [...]. Mujeres de la alta sociedad de Potsdam competían con mujeres pobres por los trozos de carbón que caían de un camión y hombres de todas las clases y tipos se agachaban sin rubor a coger una vieja colilla [...]. ¡Qué terrible cambio en solo un año! No, ya no podías esconderte; ningún pueblo es así cuando tiene la victoria a su alcance».[8]

Cuando, el 27 de febrero, los prisioneros por parentesco llegaron a Rüdnitz, a las afueras de Berlín, las ruinas de la ciudad seguían escupiendo humo. Una vez más, no podían continuar porque los estadounidenses habían bombardeado las vías. En aquel momento, la salud de Clemens von Stauffenberg era sumamente preocupante. Su respiración era trabajosa y, viendo que se debilitaba con el paso de las horas, los demás temían que fuera a morir. El doctor Goerdeler le dio dos días a lo sumo, e incluso Kupfer, que murmuró que la muerte de Anni von Lerchenfeld era más que suficiente, creyó que debía hacer algo.

A Fey la dejó boquiabierta la rápida respuesta del cuartel general de las SS en Berlín: «Kupfer logró contactar por teléfono, lo cual era un milagro teniendo en cuenta los bombardeos que había sufrido la ciudad. Debieron de alarmarse, porque enviaron rápidamente a un médico para que examinara a Clemens». Su veredicto fue que debía ser trasladado a Sachsenhausen, un campo de concentración cercano en el que había un hospital. Elisabeth suplicó que la dejaran acompañar a su marido. Si iba a morir, quería estar junto a él. A la postre, el médico aceptó y hacia las siete de la mañana llegó un escuadrón de las SS para trasladar a la

pareja. «Se llevaron en camilla al pobre Clemens, que iba casi inconsciente, y Elisabeth salió detrás», escribió Fey. «Tuvo que dejar a sus tres hijos y no sabía si volvería a verlos algún día. Nadie dijo nada cuando se fueron. No había nada que decir.»

Aquella separación fue tan triste para Gagi que, al escribir su diario esa noche, apenas pudo mencionarla: «Papá se va en ambulancia con mamá al hospital de Sachsenhausen. Despedida difícil. ¿Volveremos a vernos?».[9]

En la línea ferroviaria no se movía nada. Las razias aéreas continuaban y las vías eran destruidas tan rápido como eran reparadas, así que los Sippenhäftlinge pasaron varios días en Rüdnitz.

Hasta el 2 de marzo no partieron hacia el oeste, lejos de Berlín. La mañana siguiente a las seis, Papke les dijo que recogieran sus cosas. Después de diez días en el tren, estaban a una hora de su destino: Buchenwald.

31

Jedem das Seine. «A cada uno lo que merece.» Esas eran las palabras en grandes letras de hierro forjado que coronaban la puerta de Buchenwald. Era el amanecer de un día gris y húmedo. Kupfer y Papke habían desaparecido y Fey intentó escuchar la conversación que mantenían el oficial al mando y un guardia situado al otro lado de la puerta al que no alcanzaba a ver. El olor inconfundible y nauseabundo de los crematorios flotaba en el aire y se le pegaba a la garganta y las fosas nasales. A través de la puerta de enrejado podía ver a cientos de prisioneros caminando de un lado a otro, las gruesas rayas blancas y negras de sus uniformes resaltando bajo la tenue luz. Unas vallas dobles de alambre de espino y unos cuatro metros de altura rodeaban las enormes instalaciones. Por instinto, Fey levantó la vista y contó las torres de vigilancia del perímetro. Había veintidós en total. El pánico se apoderó de ella. ¿Qué hacían allí? ¿Se trataba de un traslado temporal o había llegado el final?

La puerta no se abrió. Tras una larga espera, alejaron a Fey y los demás de la entrada principal y los llevaron a una gran explanada. En el otro extremo, un gran complejo industrial escupía humo entre más torres de vigilancia. Era la primera vez que Fey veía de cerca un campo de concentración: «Nuevos guardias de las SS nos llevaron a paso ligero por el inmenso campo, que era una pequeña ciudad con calles asfaltadas. Más allá divisé barracones donde, según nos dijeron, vivían y trabajaban miles de prisioneros. Detrás había edificios de todos los tamaños, que utilizaban como cocinas, almacenes, fábricas, crematorios y, tal como descubrí más tarde, salas de ejecución y un hospital para experimentos médicos. Allá donde miraras había columnas de esqueletos humanos. No eran más que piel y huesos y su mirada inerte era horripilante. Les

salía pus de los habones que tenían en la cara, probablemente marcas de las palizas que les propinaban los guardias del campo [...]. No podía creer lo que estaba viendo y tuve la misma sensación de furia e indefensión que cuando pensaba en lo que les habían hecho las SS a mis hijos».

Diez minutos después, el grupo llegó a una serie de barracones dispuestos en forma de media luna; eran los aposentos de las SS. Allí, los guardias doblaron por una calle estrecha flanqueada por escombros de los edificios bombardeados. Al final de la calle llegaron a un muro alto de ladrillo rojo con una puerta. Cuando se abrió, los hombres de las SS y el vigilante mantuvieron una discusión y los prisioneros entraron a un patio situado frente a un edificio largo y de escasa altura.

Después de las terribles imágenes que acababan de presenciar, a Fey la asombró la escena que tenía delante: «Una multitud de desconocidos, vestidos con ropa andrajosa pero otrora elegante, salió del barracón y vino hacia nosotros. De repente, empezaron a abrazarse y se oyeron gritos de alegría. Según pude saber, aquellos desconocidos también eran parientes de los conspiradores».

Increíblemente, los hijos de Tío Moppel estaban allí. Los tres habían sido trasladados a Buchenwald desde una prisión cercana: Ines, de veinticuatro años; Alexandra, de veintidós; y su hermano Clemens, de quince años. Anneliese Goerdeler[1]también encontró allí a dos de sus hijos, y su hija Irma se reunió con su marido.

Todavía impresionada por el recorrido por el campo, aquel mar de caras felices hizo que Fey rompiera a llorar: «Sabía que estábamos a salvo. Nuestro destino no era el de aquellos pobres desgraciados de fuera. Sin embargo, mientras que otros miembros del grupo habían encontrado a sus hijos, los míos no estaban allí y me desesperé en medio de tanta felicidad».

Los prisioneros estuvieron un rato en el patio intercambiando saludos y noticias. Fey se sentía sola y excluida: «Todos parecían conocer a alguien y estaba demasiado destrozada para interrumpir sus conversaciones. Entonces oí el nombre de Maria von Hammerstein. Aunque no la conocía, se había criado con mi madre y era una de sus mejores amigas, así que me acerqué a saludarla.

Al instante empezó a hablar de la ejecución de mi padre. Por supuesto, ella ignoraba que nadie había confirmado su muerte y que yo seguía aferrada a la esperanza de que siguiera vivo. Conteniendo las lágrimas, fingí que conocía los hechos mientras describía sus últimos días con gran detalle. Maria relató que había sido juzgado en el Tribunal del Pueblo por Roland Freisler, el peor y más fanático juez nazi. Durante el interrogatorio, mi padre impresionó tanto a los invitados del Partido Nazi que se filtraron historias sobre lo ocurrido. Contaban que nadie sabía quién era el acusado y quién el acusador. Al imaginar a mi padre defendiéndose de manera tan honorable, ya no pude controlar mis emociones. Farfullando alguna excusa, me fui corriendo para estar a solas con mi tristeza».

Fue entonces cuando Fey entendió por qué, en las pocas cartas que había recibido, su madre no le contaba que su padre había sido ejecutado: «Sabiendo que estaba sola y encarcelada lejos de ella, quería protegerme de la verdad, y pensé en lo sola que debía de sentirse ahora que le habían arrebatado la esencia misma de su vida [...]. Aquellos primeros días en Buchenwald estuvieron dominados por esa idea de su sufrimiento y también por mi dolor. En ese sufrimiento compartido estábamos cerca. Disolvía la distancia física entre nosotras».

Por primera vez desde Stutthof, Fey y el resto compartían habitaciones de dos en dos o de tres en tres en lugar de vivir en comuna. Las habitaciones eran cálidas y cómodas. Todas tenían una mesa, un armario, un lavamanos y una estufa, y los camastros tenían colchones. La comida era aceptable y disponían de harina para cocer pan. De vez en cuando, las SS incluso les llevaban sorpresas: cerveza, cacao y café de verdad.

Totalmente aislado del resto del campo por una arboleda, el barracón llevaba por nombre Sonderbau 15.[2]La ubicación del edificio era secreta y su aislamiento deliberado. Con capacidad para unos cuarenta prisioneros, había sido construido para hombres y mujeres cuyos rostros nunca debían ser vistos por

decreto de Himmler. Además de los familiares de los conspiradores del 20 de julio, había personas importantes que habían mostrado oposición a Hitler, algunas desde el corazón del régimen.

Fritz Thyssen, exdirector de la mayor empresa metalúrgica de Alemania, era el más conocido de los Prominenten, como se referían a ellos las SS. A principios de los años treinta, su admiración por Hitler lo llevó a donar un millón de marcos al Partido Nazi y a respaldar su elección como canciller del Reich.[3]Adhiriéndose a las políticas racistas de los nazis, despidió a los empleados judíos de sus fábricas. También acogió de buen grado la eliminación de los partidos políticos de izquierdas y los sindicatos. Sin embargo, el punto de inflexión para Thyssen llegó con la Kristallnacht del 9 de noviembre de 1938, cuando Hitler llevó a cabo un violento pogromo contra los judíos. Tras dimitir del gobierno, se convirtió en un feroz detractor de las políticas belicistas de los nazis, y en septiembre de 1939, mientras estaba de vacaciones en Suiza, envió a Göring un telegrama en el que protestaba por la invasión de Polonia.[4]En respuesta, Göring se ofreció a garantizarle su seguridad si regresaba a Alemania. Cuando se negó, confiscaron su fortuna y sus propiedades y dictaron una orden de arresto contra él. Un año después, las SS lo encontraron en la Francia de Vichy y fue devuelto a Berlín. Desde allí lo llevaron al campo de concentración de Sachsenhausen.

Aparte de Thyssen, los presos de Sonderbau 15 incluían a familiares de altos mandos de la Wehrmacht, entre ellos Gertrude Halder, esposa del general Franz Halder, jefe del Alto Mando del Ejército entre 1938 y 1942. Ulrich von Hassell y su círculo de conspiradores habían urdido con el general el derrocamiento de Hitler en los primeros años de la guerra. Halder, un «hombre débil con los nervios destrozados», según Hassell, le había decepcionado. En la primavera de 1940, el general llevaba una pistola en el bolsillo para disparar a Hitler en una de sus reuniones periódicas, pero no se atrevió a consumarlo.[5]Ganándose el desprecio de Hassell, el general Halder, un «siervo de Hitler», había seguido al mando y prestado apoyo a la masacre de pueblos enteros durante la invasión de Rusia. Tras un enfrentamiento con Hitler por la

planificación de la guerra en otoño de 1942, se había retirado. Aunque Halder no participó en el complot del 20 de julio, él y su mujer fueron arrestados cuando la Gestapo descubrió sus vínculos con el grupo de Hassell y su participación en intentos de asesinato anteriores contra el Führer.[6]

Otros Prominenten estaban escondidos por todo el campo. A unos cincuenta metros de Sonderbau 15, Léon Blum, primer ministro de Francia de 1936 a 1937, estaba confinado con su esposa en un búnker situado debajo de la Falkenhof (Cetrería). El edificio de estilo gótico, encargado por Himmler para disfrute de las SS, albergaba águilas, halcones y otras aves de presa. «Yo estaba en manos de los nazis porque era algo más que un simple político francés; era socialdemócrata y judío», escribió Blum. «Los motivos que me convertían en un oponente tan detestable me convertían también en un rehén muy preciado, ya que no solo era valioso para un intercambio con el Estado francés y todos sus aliados, sino también para la causa del socialismo y la democracia internacional.»[7]

A pesar del peligro que corría Blum como judío y líder socialista, no huyó cuando los alemanes ocuparon Francia en junio de 1940. Detenido y juzgado por el gobierno de Vichy, él y su mujer fueron trasladados a Buchenwald en abril de 1943. En sus memorias, escribió sobre el tiempo que pasó allí: «No hay palabras para describir la sensación de soledad durante los dos años que estuvimos en Buchenwald. No veíamos a nadie excepto los veinticinco o treinta hombres de las SS que nos custodiaban. Siempre andaban toqueteando las metralletas que llevaban colgadas del hombro y paseaban con los perros por el pequeño pasadizo entre la valla de alambre de espino y la Falkenhof [...]. En realidad, la Falkenhof no era una cárcel, sino una tumba. Estábamos completamente aislados del mundo exterior. Algunos amigos míos que habían llegado a Buchenwald antes que nosotros y llevaban más de dieciocho meses encerrados no tenían ni idea que estábamos allí».[8]

También había Prominenten en las celdas situadas debajo del bloque de las SS, entre ellos el teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer,

un pastor luterano y firme opositor de la persecución de Hitler a los judíos que a mediados de los años treinta había llamado a los cristianos a resistir contra los nazis: la Iglesia no podía limitarse a «vendar a las víctimas atrapadas bajo la rueda, sino que debía atorar dicha rueda».[9]Con ese objetivo, Bonhoeffer creó una red clandestina dedicada a preservar los valores y prácticas cristianos. Cuando estalló la guerra, se unió a la Abwehr, el espionaje militar alemán. Aprovechando su posición de agente encubierto y sus contactos ecuménicos en el extranjero, ejerció de correo de la resistencia alemana y visitó Noruega, Suecia y Suiza para intentar cerrar acuerdos de paz con los Aliados. También participó en operaciones dirigidas por antinazis de la Abwehr para ayudar a judíos alemanes a huir a Suiza.

Bonhoeffer había llegado a Buchenwald con otros tres prisioneros: el líder de escuadrón Hugh Falconer, un agente de la DOE británica arrestado en Túnez; el espía del Vaticano Josef Müller; y el comandante Ludwig Gehre.[10]Müller había utilizado al papa Pío XII como intermediario para exponer al espionaje estadounidense y británico las propuestas de paz concebidas por el círculo de Hassell. Gehre, otro oficial de la Abwehr, conocía el plan de Henning von Tresckow para asesinar a Hitler en marzo de 1943. Los cuatro se unieron a otros «prisioneros especiales» en las celdas situadas debajo de los barracones de las SS: Vasili Kokorin, sobrino de Viacheslav Mólotov, el ministro soviético de Asuntos Exteriores; el general Falkenhausen, exgobernador militar de la Bélgica ocupada por los nazis; Hermann Pünder, uno de los fundadores del CDU, el Partido Democristiano alemán; y el capitán Payne Best, un espía británico que en noviembre de 1939 fue secuestrado por la Gestapo en Venlo, una ciudad situada en la frontera alemana con Holanda. Himmler consideró la captura de Payne Best un golpe importante. Víctima de una emboscada de agentes de la Gestapo que se hacían pasar por antinazis, Payne Best, que trabajaba para la Sección Z, una nueva rama del Servicio Secreto británico, había sido arrestado mientras trataba de instigar un golpe de Estado contra Hitler.

Sonderbau 15 estaba muy cerca de la Falkenhof y las celdas que ocupaban Payne Best y el resto. Sin embargo, el estricto régimen de secretismo significaba que los distintos grupos ignoraban la existencia de los otros.

Aun así, para los cuarenta prisioneros de Sonderbau 15 era obvio que Himmler estaba reuniendo a sus Prominenten. Los Sippenhäftlinge fueron los primeros en llegar; a finales de la segunda semana de marzo, después de que el cuartel general de las SS en Berlín dictara órdenes de traslado a campos de concentración de toda Alemania, había más de sesenta prisioneros en el barracón. Los dispares recién llegados incluían a Isa Vermehren, una famosa actriz y artista de cabaret; la condesa Von Plettenberg, miembro de la red de la resistencia católica; familiares de prisioneros de guerra alemanes que se habían unido al Comité Nacional para una Alemania Libre —una organización dirigida por soviéticos y dedicada a derrocar el régimen nazi— y numerosos altos mandos de la Wehrmacht hallados culpables de conspirar para asesinar a Hitler.

Reunido en la sala común del barracón, el grupo deliberó sobre su situación utilizando la información proporcionada por los recién llegados. Evidentemente, el cuartel general de las SS había organizado las cosas con suma precisión; detrás del traslado de prisioneros se ocultaba la intención de reunir a los Prominenten en un lugar donde podrían acceder a ellos en cualquier momento para utilizarlos en un ambicioso plan de futuro. Pero ¿qué plan? El servicio de seguridad de Himmler seguía funcionando acorde a los mismos métodos: arbitrariedad absoluta en todas las decisiones, ninguna explicación y máximo secretismo.

Con el paso de los días, esperando a que Himmler hiciera su siguiente movimiento, la ansiedad causada por la incertidumbre de su situación se vio reemplazada por el miedo a la miseria que reinaba fuera. El muro que rodeaba Sonderbau 15 impedía ver el campo, pero oían a la gente siendo trasladada forzosamente por los guardias y también los disparos. «Sabíamos exactamente qué estaba pasando», recordaba Fey. «Las SS utilizaban a prisioneras

rusas para que nos trajeran las raciones de carbón y a través de ellas conocimos las terribles condiciones del resto del campo.»

En Buchenwald no había cámaras de gas; técnicamente era un campo de trabajo, no de exterminio.[11]Aun así, murieron 56.000 prisioneros. Hambre, enfermedades, unas condiciones de vida y de trabajo inhumanas, inyecciones y experimentos letales; las causas fueron muchas.[12]En los tres primeros meses de 1945 se registraron 13.000 defunciones.[13]

Aquel invierno, mientras llegaban a Buchenwald miles de judíos tras largas y brutales marchas desde campos de concentración en Polonia, eran minoría. Antes de los avances soviéticos, la práctica en Buchenwald era enviar a los judíos a morir en la cámara de gas en campos de exterminio como Auschwitz y Dachau. De unos 80.000 confinados en el campo en marzo de 1945, la mayoría eran «presos políticos» a los que las SS habían arrestado por toda Alemania y los países ocupados por los nazis.[14]Abarcando unas treinta nacionalidades, incluían a desertores militares, combatientes de la resistencia, sacerdotes, escritores, gitanos, comunistas, monárquicos y los denominados «haraganes», gente clasificada por el régimen como «asocial» porque no podía o no quería encontrar empleo remunerado.[15]

Los prisioneros vivían en un complejo situado a unos trescientos metros de Sonderbau 15.[16]En él había más de cien bloques de alojamiento y las condiciones de vida eran espantosas; en muchos barracones no había bancos ni camas y los prisioneros dormían en el suelo sin colchones ni mantas. En un bloque vivían 850 niños, todos varones y en su mayoría judíos, y un elevado porcentaje eran huérfanos.[17]Muchos habían llegado desde Auschwitz, donde habían presenciado la muerte de sus padres. El más joven de los «partisanos» —como las SS llamaban a los niños— tenía tres años.

El régimen de trabajo era draconiano. Los prisioneros, incluyendo a niños de solo siete años, hacían turnos de catorce horas en la cantera cercana o en las fábricas de armamento

situadas en el extremo meridional del campo. La jornada empezaba con un recuento en la temida plaza de armas, donde tenían lugar ejecuciones públicas y castigos. El crematorio estaba en una esquina y se utilizaba a los cadáveres para mofarse de los prisioneros. Con frecuencia, el oficial de servicio llamaba por el altavoz a los delincuentes profesionales que se ocupaban de los hornos: «¡Dejemos que los pájaros del crematorio echen un vistazo fuera!».[18]Entonces, cogían los cuerpos y los hacían asomarse a las ventanas.

Los bloques 46 y 50 eran clínicas en las que eminentes doctores y científicos nazis utilizaban a los prisioneros para probar nuevos fármacos y técnicas médicas.[19]Las SS elegían forzosamente a los conejillos de Indias, normalmente comunistas, gitanos y homosexuales. En un experimento, se inoculó a 800 «pacientes» una vacuna contra el tifus y luego el propio virus. La vacuna falló y murieron setecientos de tifus.[20]Se llevaban a cabo ensayos para «curar» la homosexualidad, en los que inyectaban una hormona sintética en la ingle para provocar un cambio en los impulsos sexuales.[21]Y había otros experimentos. Para probar la efectividad de un bálsamo para las heridas provocadas por bombas incendiarias, se infligían a los presos quemaduras «muy graves» con fósforo blanco. Un cirujano de las SS utilizaba un aparato especial para seccionar el hígado a pacientes vivos, que morían sin excepción a causa de aquellos experimentos.[22]Otro ensayo farmacológico pretendía determinar la dosis letal de un tipo de veneno alcaloide. Según el testimonio de un prisionero, administraron el veneno a cuatro prisioneros de guerra rusos y, cuando comprobaron que no era mortal, los «estrangularon en el crematorio» y luego los «diseccionaron».[23]Preguntado en el juicio celebrado después de la guerra por la naturaleza de los experimentos médicos llevados a cabo en Buchenwald, la defensa del médico fue que era «un verdugo legalmente elegido».[24]

Entre el Bloque 46 y la enfermería se encontraba el «Edificio especial».[25]Tras ese nombre anodino se ocultaba castamente el prostíbulo. Desde 1942, Himmler alentó el uso de prostitutas en los campos. «A los prisioneros que trabajen duro deben

proporcionarles mujeres de los prostíbulos», escribió al Gruppenfürer Oswald Pohl, el administrador jefe.[26]Movidos por la necesidad de incrementar la productividad, se crearon burdeles para complementar el sistema de recompensas ya existente. El esfuerzo suponía a los prisioneros menos trabajo y comida y dinero extra, y Himmler opinaba que las prostitutas serían otro incentivo. Empezando por el campo austríaco de Mauthausen en 1942, las SS abrieron diez burdeles, el mayor de ellos en Auschwitz. Sin embargo, a los judíos les era negado el acceso conforme a las Leyes de Núremberg de 1935, que prohibían las relaciones sexuales entre judíos y arios.

Dieciocho chicas jóvenes fueron trasladadas de Ravensbrück a Buchenwald cuando se abrió el prostíbulo en verano de 1943. Antes de empezar a trabajar las enviaron al hospital del campo, donde recibieron inyecciones de calcio, baños desinfectantes y una alimentación más adecuada y se broncearon con una lámpara solar. Algunas fueron esterilizadas a la fuerza.[27]

Las visitas, supervisadas por las SS, estaban cuidadosamente reguladas. El edificio, abierto cada noche de siete a diez, cerraba en caso de escasez de agua o electricidad, durante las razias aéreas y cuando la radio retransmitía discursos de Hitler. Para impedir la propagación de enfermedades de transmisión sexual, se facilitaba a los hombres pomadas desinfectantes antes y después de cada visita y las mujeres se sometían a pruebas para detectar la gonorrea y la sífilis.

Al sur del campo principal se encontraba el enorme complejo en el que se alojaban las SS. Allí, a cincuenta metros de Sonderbau 15, vivían en magníficos barracones y disponían de tiendas de alimentos, hospitales y cines. Incluso tenían un zoo con osos y monos. Aquel lujo resultaba aún más grotesco al oír los gritos constantes de los prisioneros que pasaban por debajo de las ventanas de camino a las canteras y fábricas del campo. «Nunca me azotaron ni me golpearon. Nadie me afeitó la cabeza ni me tatuó un número. Nunca tuve que hacer trabajos forzados. Lo único que hacíamos era pasarnos el día sentados en el bloque», escribía Isa Vermehren, una de las prisioneras especiales de Sonderbau 15.[28]

Sin embargo, Isa detallaba de manera aterradora el «infierno psicológico» que vivió: «El miedo y la ansiedad te impedían pensar en otra cosa. Miedo al frío y el hambre. Miedo al castigo y el dolor. Miedo a ser despreciada, traicionada. Ansiedad por la desesperación de aquella situación, por la angustia propia y ajena. Ansiedad por el mal que anidaba en nuestro interior y a nuestro alrededor. Ansiedad por nuestra muerte física y espiritual».[29]

Isa, que tenía veintiocho años cuando estuvo encerrada en Buchenwald, era una conocida actriz y artista de cabaret. Famosa por cantar parodias sobre los nazis, actuó en clubes clandestinos de toda Alemania hasta que, en 1938, la búsqueda de la fe, motivada por su desprecio hacia el nazismo, la llevó a ingresar como novicia en la Orden del Sagrado Corazón.

Antes de llegar a Buchenwald, a diferencia de otros prisioneros de Sonderbau 15, había sido testigo directo del horror de un campo de concentración. Detenida en 1943 después de que su hermano huyera a Inglaterra y se incorporara a la BBC, fue encarcelada en Ravensbrück. Aunque recibió un trato privilegiado durante los diez meses que pasó allí, la ventana de su celda daba a la plaza de armas del campo. «Lo que veía a diario —escribió— era una obra de teatro que no era interpretada por seres humanos. Pasó mucho tiempo hasta que asumí lo que había visto, decidida como estaba a bloquear lo que ocurría fuera.»[30]

Al final de la guerra, relataría algunas de aquellas escenas a un investigador de crímenes de guerra perteneciente al ejército británico: «Había una celda especial cerca de la mía en la que propinaban palizas y oía el ruido y los gritos de las mujeres a las que castigaban. Sabía que se llevaban a cabo ejecuciones. El lugar estaba detrás de un muro cerca del crematorio, a unos cinco metros de mi celda. Oía los pasos de la gente que se dirigía hacia allí y también los disparos. Las ejecuciones eran a partir de las diez de la noche y era a esa hora cuando nos poníamos nerviosos. Oí unas sesenta ejecuciones y, por lo que pude intuir, normalmente eran mujeres polacas o rusas».[31]

Las experiencias de Isa en Ravensbrück no le hicieron perder la fe: «La inhumanidad del hombre con el hombre era un reflejo de

lo que tuvo que soportar Jesucristo, y él nunca nos abandonó», dijo.[32]Pero le hicieron cuestionarse si algún día podría ser una verdadera cristiana. Como una persona religiosa que se enfrentaba a las condiciones de Ravensbrück y más tarde de Buchenwald, sabía que su miedo y ansiedad eran un signo de debilidad: supuestamente debía confiar en Dios. Y supuestamente debía ser altruista, ponerse en la piel del otro antes de pensar en sí misma. Pero las condiciones eran tan horrorosas en el resto del campo que apartó la vista del sufrimiento que la rodeaba para concentrarse en su propia supervivencia. Al hacer examen de conciencia, ese egoísmo representó la muerte de su alma. En la batalla por sobrevivir, se había convertido en un muerto sin preocupaciones espirituales. A eso se refería cuando hablaba del mal que «anidaba en nuestro interior».

Las crisis de conciencia que experimentó Isa eran comunes a los otros prisioneros de Sonderbau 15, la mayoría católicos y protestantes devotos. «La culpabilidad por nuestra posición privilegiada nos afectaba a todos —recordaba Fey—, pero como grupo no hablábamos de ello. Era demasiado doloroso, demasiado íntimo. Se hablaba muy poco de cualquier cosa que no fuera el futuro inmediato. Es sorprendente lo poco que nos comunicábamos con los demás. Creo que todo el mundo se encerró en sí mismo.»

Sin embargo, a medida que pasaban las semanas esperando qué les deparaba el futuro, Fey sí hacía confidencias a Alex. Aunque nunca estaban solos, su atracción mutua era un secreto a voces y los demás mantenían las distancias para que pudieran hablar en privado.

Sentados tranquilamente en la sala común, hablaban durante horas. Llorando aún la muerte de su padre y sumamente decepcionada por no haber encontrado a sus hijos en Buchenwald, a Fey la reconfortaba la presencia de Alex. Con él podía reconocer sentimientos que era incapaz de confesar a nadie más, como la envidia hacia otros miembros del grupo que se habían reunido con sus hijos. A veces jugaban al bridge con Markwart y Otto Philipp o

trabajaban juntos en una traducción alemana de *La vita nuova* de Dante. Fue Alex quien eligió el texto; si fue porque el amor de Dante por Beatrice reflejaba sus sentimientos hacia Fey, no lo dijo. Pero la elección era idónea. La pieza exploraba el concepto medieval del amor cortés, un amor extremadamente formal y a menudo no correspondido.

En los infrecuentes ratos que Fey no estaba con Alex, daba clases a un niño de diez años que había llegado recientemente tras ser arrestado con su madre, Frau Schroeder, mujer de un pastor evangélico, y su hermano y hermana, de cuatro y siete años. Su encarcelamiento era una venganza por el oficio semanal que celebraba el pastor en Radio Moscú. El pastor, un prisionero de guerra alemán, pertenecía al Comité Nacional para una Alemania Libre, una organización antinazi y procomunista que actuaba desde la Unión Soviética.

A falta de noticias de Corrado y Roberto, Fey se encariñó con el niño: «Empecé a darle clases tanto por mí misma como por él. Mientras le enseñaba matemáticas y lenguas elementales, a menudo pensaba en mis hijos. ¿Era mejor que estuvieran con su madre y que presenciaran escenas terribles en los campos como le ocurría a aquel niño o estaban mejor en un hospicio? Aunque, por supuesto, eran puras especulaciones, me impedía pensar en cosas peores que podrían haberles ocurrido a Corradino y Robertino».

La tensión en el barracón se intensificaba a diario. Los estadounidenses estaban cada vez más cerca y, según explicaron las mujeres rusas, los prisioneros del campo principal temían que Himmler ordenara que los liquidaran a todos antes de que llegaran.

«Los días sin noticias eran una agonía», recordaba Ännerle. «No teníamos la menor idea de cómo acabaría todo.»[33]

Pero la mañana del 14 de marzo llegó de Berlín un oficial de las SS.

32

El nombre del oficial era sargento Lenz y trabajaba en la Oficina Central de Seguridad del Reich, el cuartel general de Himmler. Alto, delgado y con una cara alargada y pálida, su servilismo hizo desconfiar inmediatamente a Fey: «Era el típico empalagoso, todo buenos modales y amabilidad. Sonriendo educadamente, dijo que estaba a nuestra disposición y nos preguntó si teníamos alguna queja o pregunta. Lógicamente, las mujeres empezamos a suplicar noticias sobre nuestros hijos».

Sin inmutarse, Lenz respondió que los niños estaban siendo criados y «entrenados» por la Gestapo. Estaban contentos y bien atendidos, aseguró. Para respaldar su afirmación, sacó tres cartas y se las entregó a Lotte von Hofacker con ostentación.[1]Las tres eran de sus hijos menores, Christa, Alfred y Goldi, de doce, nueve y seis años. Al leer las cartas, a Lotte la sorprendió comprobar que, en efecto, parecían «muy felices».[2]Después, Lenz confirmó que ellos y los dos niños de Irma Goerdeler —el más joven un bebé de dieciséis meses— y el hijo de seis años y la hija de cinco de Mika von Stauffenberg estaban en Bad Sachsa, un orfanato de las SS situado a unos 130 kilómetros de Buchenwald.

Sin embargo, apenas tenía noticias de Corrado y Roberto. No estaban con los otros niños, sino en un orfanato más pequeño, le dijo a Fey, y aseguró que regresaría al día siguiente con información más precisa: «Me prometió mil cosas, incluso información sobre la salud de los niños y su paradero exacto. Aunque en el fondo sabía que solo me contaría mentiras y más mentiras, estaba desesperada por creerle».

Animado por la actitud cooperadora de Lenz, el grupo lo acribilló a preguntas. ¿Por qué los habían encerrado en Buchenwald? ¿Qué sentido tenía su cautividad cuando sus

familiares habían sido ejecutados y los casos cerrados?

Lenz respondió que era muy posible que fueran liberados en diez días. «Pero no hay nada seguro», apostilló.[3]

Antes de irse, repartió gran cantidad de cartas que las SS había retenido durante semanas. Solo había una para Fey, una gráfica misiva de una amiga de Dresde que describía el terror de los recientes bombardeos británicos. Sumada a la ausencia de noticias de los niños, aquello fue un doble golpe. No sabía nada de su madre desde que abandonó Brazzà y daba por hecho que las SS habían retenido sus cartas. Pero, al parecer, no había escrito ninguna.

Desde luego, no había noticias de Detalmo. Aunque Fey sabía que era imposible contactar con él, parte de ella se aferraba a la esperanza de encontrar una manera ingeniosa de mandarle un mensaje. Habían pasado catorce meses desde que lo vio por última vez. Su mensaje más reciente, entregado por un mensajero partisano, era para decirle que no volvería a casa y que había decidido quedarse en Roma. Eso fue en agosto y estaban a mediados de marzo. Más que nunca, ahora que quizá había perdido irremediablemente a los niños, necesitaba saber de él. ¿Seguía en Roma? ¿Sabía que ella y los niños habían sido arrestados? Era posible que la nota que había enviado por medio de la Cruz Roja no hubiera llegado. Pero los vecinos de Brazzà también le habían mandado mensajes utilizando la red partisana. Su silencio era amargamente decepcionante y reforzaba los sentimientos de abandono que abrigaba desde hacía mucho.

Fey pasó las siguientes veinticuatro horas esperando ansiosamente a que volviera Lenz con la información de los niños que había prometido. Como se temía, no traía nada. Ni siquiera se molestó en mentir y le dijo a las claras que había sido incapaz de averiguar su paradero. O sus superiores del cuartel general de las SS tenían sus motivos para no querer divulgar aquella información o los niños se habían perdido. Reuniendo valor, le preguntó qué probabilidades tenía de reunirse con ellos: «Se encogió de hombros y me dijo que, si seguían vivos, tendrían otros nombres. Dudaba que pudiera encontrarlos jamás. Hasta ese momento me había

negado a ponerme en lo peor: que estuvieran muertos o los hubiera perdido para siempre. Pero el hecho de que todos los demás niños estuvieran en un sitio y los míos hubieran desaparecido me robó cualquier esperanza de volver a verlos. La idea de una separación permanente de mis hijos me llevó al borde de la locura».

Justo cuando Fey pensaba que había tocado fondo, sucedió algo que la hundió definitivamente. Con impasibilidad, documentó el extraordinario acontecimiento que tuvo lugar la mañana del 16 de marzo, el día posterior a la segunda visita de Lenz: «Un biplaza Storch que utilizaba la Luftwaffe para misiones de reconocimiento y entrenamiento sobrevoló nuestro barracón. Era Litta von Stauffenberg, la mujer de Alex».

Litta, una de los pilotos más condecorados de la Luftwaffe, llevaba casi dos meses buscando a Alex. Oficialmente seguía al mando del Centro Experimental de Equipos de Vuelo Especiales, donde instruía a los pilotos en el uso de dispositivos ópticos para aterrizajes nocturnos, en los que era pionera.[4]También seguía trabajando como piloto de pruebas, desarrollando mecanismos de disparo de precisión para Stukas, que debían realizar descensos en picado desde grandes alturas. Pero había volcado todas sus energías en encontrar a Alex. «Insistió en que solo podría seguir adelante y cumplir con sus obligaciones en la guerra si podía ver y hablar con su marido una vez al mes», recordaba Nina von Stauffenberg, la viuda de Claus.[5]

Después de Stutthof, Litta le había perdido la pista a Alex. Hasta entonces, como poseedora de la Cruz de Hierro y el Distintivo de Vuelo en el Frente para Bombarderos, pudo seguir sus movimientos aprovechando contactos de alto nivel dentro del aparato nazi. Pero cuando corrió el rumor de su oposición al régimen, perdió el acceso a esa información clasificada.

Sin dejarse amedrentar, y enfrentándose a los aviones aliados, sobrevoló todo el norte de Alemania intentando dar con Alex. Empezando en Stutthof, donde aterrizó a finales de enero, siguió cualquier pista por tenue que fuera. En lugar de los cazas que

pilotaba normalmente, se decantó por el Storch, que no llevaba armamento.[6]El pequeño avión de un solo motor era perfecto para aterrizajes y despegues de corta distancia y, con una velocidad de crucero a baja altura de 130 kilómetros por hora, podía volar por encima de los árboles sin que pudieran detectarla los pilotos enemigos. Su búsqueda, que requirió muchas horas de vuelo, había sido infructuosa. Pero a mediados de marzo recibió un chivatazo de un oficial de la Gestapo en Lauenburg, que le dijo que Alex y los demás habían pasado unas semanas en la ciudad, encerrados en un manicomio reconvertido, y que recientemente habían sido trasladados al sur de Berlín. Sin embargo, dudaba que hubieran podido atravesar las líneas rusas. Probablemente habían sido capturados y era difícil que hubieran sobrevivido.

Por si acaso, Litta decidió probar con Buchenwald, el campo de concentración más cercano al sur de la capital. Antes de partir, cargó el Storch de carne de conejo, fruta, verdura y ropa para Alex con pequeñas notas escondidas.[7]

Había tres horas de vuelo desde Wurzburgo, donde estaba destinada temporalmente. Si Alex se encontraba en Buchenwald, el mayor obstáculo sería encontrar su barracón. Sabía que Alex reconocería el avión. A principios de enero lo había visitado en Stutthof. Fey no lo sabía, pues había ocurrido cuando estaba gravemente enferma.

Desde el aire, todas las hileras de barracones de Buchenwald parecían iguales. Pasando cerca de los tejados, Litta sobrevoló varias veces el campo buscando una señal de su marido. Al poco vio a un grupo de gente saludando enérgicamente desde el patio de un barracón. En el edificio situado detrás, otros hacían señales con pañuelos y sábanas. Después de aterrizar en un campo tan cerca como pudo del barracón aislado, mostró su documentación a los guardias. Con la Cruz de Hierro prendida a la solapa de su chaqueta de piloto, sus credenciales eran impecables y los guardias la acompañaron a Sonderbau 15. Unos minutos después se abrió la puerta y sacaron a Alex. «Todo con mucho secretismo y bastante

excepcional», recordaba Mika von Stauffenberg, la cuñada de Alex.[8]

Los guardias se retiraron y dejaron sola a la pareja en la estrecha calle cubierta de escombros. Hablaron cuarenta y cinco minutos. Su conversación no ha sido documentada, pero según escribieron Gagi y Ännerle en sus diarios, Litta traía noticias de los niños de Bad Sachsa y de Elisabeth y Clemens von Stauffenberg, que seguían en el campo de concentración de Sachsenhausen. Decidida a ayudar a la familia de Alex en todo lo que pudiera, Litta había ido a ambos lugares y les había llevado paquetes de comida y ropa de abrigo. También había visitado a Nina von Stauffenberg, que estaba encarcelada cerca de Fráncfort. En enero, seis meses después de la ejecución de Claus, Nina había dado a luz a su quinto hijo: «Litta nos cuidaba a todos. Pensaba en todo y utilizó su rango y sus encantos para conseguir todo lo que podía. Cuando estaba embarazada, encontró a un oficial de la Gestapo que consiguió una faja de premamá y me traía fruta, verdura y aceite de hígado de bacalao [...]. Se hallaba en una posición difícil jugando a un doble juego peligroso: por un lado, “amiga” de la Gestapo y, por otro, sostén de los prisioneros por parentesco».[9]

Después de reunirse con Alex, Litta volvió a su avión. Caminando por el campo, su figura irradiaba elegancia. Alta, delgada, rubia, con pómulos marcados y un perfil atractivo, llevaba un uniforme de la Luftwaffe debajo de la chaqueta de aviador marrón y unas botas altas de cuero. Después del despegue, pasó en vuelo rasante sobre el barracón y describió tres círculos. Era su forma de despedirse.

Litta sabía que corría el peligro constante de ser abatida por los estadounidenses, que ahora dominaban el espacio aéreo del oeste de Alemania.[10]No obstante, entre el 17 de marzo y el 1 de abril hizo ocho viajes más a Buchenwald. Aunque debido a su participación en la guerra a veces solo podía sobrevolar el campo, pudo tomar tierra en tres ocasiones y hablar con Alex.

Para los Sippenhäftlinge, y en especial para Gagi, era el «Ángel Volador».[11]El 30 de marzo, después de oír que los rusos estaban a punto de liberar Sachsenhausen, Litta, ignorando el

riesgo que entrañaban los aviones soviéticos, fue al campo a rescatar a Elisabeth y Clemens von Stauffenberg. Tras convencer a los guardias de que liberaran a la pareja, trasladó a Clemens a un hospital militar antes de llevar a Elisabeth a Buchenwald con Gagi. Tal como reconocía más tarde, si Litta no hubiera llevado a cabo el osado rescate, sus padres probablemente habrían muerto.

Al pensar en todo y en todos, Litta también estaba preparándose en secreto para la liberación de Buchenwald. Con la esperanza de que el grupo fuera puesto en libertad cuando llegaran los estadounidenses, sobornó a unos lugareños para que le prestaran una casa situada a corta distancia del campo. Tras llenarla de comida, mantas y otros suministros esenciales, la convirtió en un refugio que podrían utilizar llegado el momento.

«El cielo era su elemento, y su habilidad y valor como piloto eran inusuales», escribió Fey sobre Litta. Pero eso fue todo cuanto dijo. No relató cómo se sintió cuando Alex salió del barracón para reunirse con su mujer al otro lado de la valla. Como mínimo, habida cuenta de su distanciamiento con Detalmo, debió de sentirse terriblemente sola. También tuvo que enfrentarse a las miradas y especulaciones de otros miembros del grupo, para los cuales, aun siendo platónico, su romance con Alex era un secreto a voces.

Sin embargo, aunque Fey decidió guardarse sus sentimientos o, habiendo pasado tan poco tiempo desde la terrible noticia de Lenz, aunque estuviera tan desanimada que no fuera capaz de expresarlos, en el momento de la tercera visita de Litta hizo algo extraordinario. Desesperada por escapar de su situación en el barracón, dijo que le dolía mucho una muela y pidió a las SS que la llevaran al dentista. «Cuando me acompañaron a pie por el campo, visité otra vez aquella inmensa ciudad de barracones con renovada incredulidad y disgusto», escribió. «En un momento dado pasó por allí un camión a rebosar de cadáveres desnudos. Nadie pareció percatarse. Los guardias me dijeron que cada día morían entre 200 y 300 prisioneros de fiebre tifoidea y hambre.

»Al volver del dentista presencié otra escena grotesca. Varias columnas de prisioneros volvían de trabajar y tuvimos que esperar a que pasaran. Llevaban el mono habitual del campo, unos uniformes amorfos a rayas blancas y negras. Tenían las mejillas hundidas o, peor aún, no tenían mejillas, y llevaban la cabeza afeitada. Desfilando en filas de a cuatro, algunos estaban tan débiles que apenas se tenían en pie. Las SS golpeaban con la culata del rifle a los que no podían seguir el ritmo. Al frente de la columna iba una banda de las SS interpretando una sucesión de marchas alegres. Al final de la explanada, los "músicos" se hicieron a un lado y aquellos pobres desgraciados tuvieron que desfilar delante de ellos siguiendo el ritmo. Fue una de las cosas más sádicas que he visto nunca.»

La posibilidad de la liberación, a la que Lenz había aludido tan prometedoramente, había quedado en nada. Habían pasado casi tres semanas desde que explicó al grupo que cabía la posibilidad de que salieran de allí «en diez días». «Esperamos y esperamos —recordaba Ännerle—, pero, por supuesto, no ocurrió nada.»[12]

Al menos, Fey estaba animada por una carta de su madre. «Por lo visto no has tenido noticias nuestras, aunque te he escrito una vez cada quince días», decía Ilse. Aparte de darle la noticia de que su hermano, Hans Dieter, había sido arrestado tras el complot del 20 de julio y encarcelado en un castillo situado en el este de Alemania, decía muy poco. Evidentemente, sabía que las SS leerían la carta. Pero al menos Fey sabía que su madre estaba a salvo.

La alarma antiaérea sonaba a diario, y la noche del 31 de marzo, una bomba estadounidense rozó Sonderbau 15. «El barracón empezó a temblar y las puertas y las ventanas saltaron por los aires», explicaba Gagi. «Había trozos de cristal por toda la habitación, pero la conmoción de lo que había estado a punto de ocurrir fue peor que los desperfectos.»[13]

Al día siguiente a las ocho de la mañana —Domingo de Pascua— se reunieron todos fuera para cantar el tedeum y «Lobet den Herrn» («Alabado seas, Jesucristo») de Bach. A media mañana empezaron a oír el estruendo de la artillería. El ejército

estadounidense estaba en Eisenach, a solo ochenta kilómetros del campo. En un estado de gran excitación, se agolparon frente a la radio. Parecía que serían liberados en cuestión de días. Con los rusos al este, las fuerzas alemanas estaban prácticamente rodeadas. Esta vez parecía imposible que las SS pudieran sacarlos de allí.

A la hora del almuerzo, cuando las prisioneras rusas les llevaron la comida, dijeron que los guardias estaban recogiendo sus cosas y preparándose para huir. También informaron de que los prisioneros comunistas estaban acumulando armas robadas en el campo para enfrentarse a las SS.

La tensión de los guardias era palpable. A medida que se intensificaba el sonido de los bombardeos, el grupo percibió un cambio en el comportamiento de las dos supervisoras de Sonderbau 15. Eran rubias, llevaban una permanente idéntica y se llamaban Fräulein Knocke y Fräulein Rafforth. Con su aspecto grotesco, enfundadas en los uniformes de las SS, su *modus operandi* era dar gritos mientras desfilaban por el pasillo con sus botas militares. Ahora, ambas parecían histéricas. «Fräulein Knocke ya se había despojado del uniforme», observaba Isa Vermehren. «Hizo todo lo que pudo por granjearse nuestra simpatía. Intentaba darse aires de intelectual, utilizando muchas expresiones extranjeras a menudo incorrectas. Experimentó una visible transformación: su condescendencia, la máscara que adoptaban todos los miembros de las SS, dio paso a un creciente nerviosismo que degeneró en una intensa ansiedad.»[14]

Fräulein Rafforth —«la persona más gorda, lasciva y vulgar que he visto jamás paseándose en falda», según la descripción de Isa— reaccionó de manera bien distinta. Puesto que su vida entera giraba en torno a sus numerosos amantes de las SS, se obsesionó con el impacto que tendría la llegada de los estadounidenses en su vida sexual. «Sin preocuparse en absoluto de la tensión que se acumulaba en el barracón, plantó su culo seboso en un taburete que gimió bajo su peso. “No es agradable pasar la noche sin un hombre”, protestó una y otra vez.»

Dos tenientes de las SS llamados Ditmann y Sippach custodiaban a los Prominenten en las celdas situadas debajo de los

barracones de las SS. Sippach, un «joven tremendamente atractivo», en palabras de una prisionera, era conocido por su participación en ejecuciones en el campo.[15]Se jactaba de disfrutar «disparando y ahorcando», y aseguraba haber matado a docenas de prisioneros de guerra rusos, por lo cual lo habían recompensado con «*schnapps* y tabaco».[16]Más temeroso de las represalias de los prisioneros rusos que de los estadounidenses, según dijo el capitán Payne Best, el espía británico capturado en Venlo, Sippach estaba preparándose para huir del campo a la mínima oportunidad: «Él mismo me dijo que le arrancarían todas las extremidades si lo atrapaban. Ya había sufrido varios ataques y tenía una espantosa cicatriz en la garganta que, según explicó, le había provocado un prisionero ruso con un cuchillo».[17]

Ditmann, por el contrario, quería quedarse y pelear hasta el final. Era un bruto de poco más de cincuenta años que empezó a amenazar a los prisioneros cuando se acercaban los estadounidenses. «Todavía tengo esta pistola con una bala para ti y otra para mí», le dijo a Payne Best. «Nunca saldrás vivo de aquí.»[18]

El 2 de abril, Lunes de Pascua, las mujeres rusas revelaron más información. Al amanecer, un grupo de prisioneros, en su mayoría delincuentes con condenas largas, se habían presentado en la puerta con una misión secreta de las SS. Habían recibido la orden de cavar una zanja de diez a quince metros de largo y dos metros de ancho y debían trabajar por turnos hasta que estuviera acabada. En el campo temían que aquello fuera una medida de liquidación y que las SS estuvieran cavando una fosa común para los cuerpos de los prisioneros que pretendían ejecutar.[19]

En su celda, situada bajo los barracones de las SS, Payne Best era pesimista. «Este mes ha sido un infierno», escribió en su diario. «Dudo mucho que vuelva a casa algún día. Probablemente me liquidarán de un balazo si nuestras tropas se acercan demasiado. La única esperanza es que nuestros soldados lleguen aquí por aire. Los alemanes dicen que queremos destruirlos y no ven razón para perdonar la vida a los que estén bajo su dominio.»[20]

La mañana del 3 de abril, los estadounidenses llegaron a Erfurt, a solo veinte kilómetros de Buchenwald. Aquel mismo día,

las SS doblaron la guardia en Sonderbau 15 y en las celdas en las que estaban confinados Payne Best y el resto.

Ninguno de los prisioneros se esperaba lo que ocurrió. El 3 de abril a mediodía, Fey estaba en su habitación cuando oyó alboroto fuera: «Oí a las SS caminando por el pasillo gritando: "¡Recoged vuestras cosas! ¡Solo podéis coger una bolsa pequeña, el resto se queda aquí! ¡Nos vamos en una hora!". ¿Cómo? Esa fue mi primera reacción. Por el ruido constante de la artillería y los cazas estadounidenses que sobrevolaban la zona, era obvio que el campo estaba rodeado».

Al otro lado del pasillo, Isa se encontraba en la sala común con los demás cuando entraron los soldados: «Los Stauffenberg estaban furiosos. Thyssen negó con la cabeza. Frau Schroeder suspiró confusa. Pero todos mostraron una resistencia decidida. Fräulein Gisevius no cabía en sí de gozo y, más que caminar por las habitaciones, levitaba. Todo el barracón parecía un gallinero sorprendido».[21]

Todo el mundo se apresuró a recoger sus cosas mientras protestaba porque una hora no era suficiente. La orden de llevarse solo aquello con lo que pudieran cargar provocó consternación y gran parte del grupo, incluida Fey, se rebeló: «Lo que habíamos llevado con nosotros a lo largo de más de 1.500 kilómetros era muy preciado. No era cualquier cosa. Representaba todo cuanto nos quedaba: fotografías de nuestras familias, ropa que habíamos llevado en épocas más felices y toda clase de objetos con un valor sentimental [...]. Aún conservaba cosas de los niños que se habían quedado cuando me los quitaron en Innsbruck: juguetes, calcetines desparejados, sus pequeños chalecos y un bloc de dibujo de Corrado».

Pocas cosas fueron descartadas y el equipaje estaba amontonado en el vestíbulo a la una en punto. A Isa la sorprendió lo mucho que ocupaba: «Desde las pesadas y opulentas maletas de la familia Thyssen, unas doce en total, hasta la enorme pila de equipaje de los Stauffenberg, había innumerables bolsas de mano,

fardos e incluso cajas y baúles [...]. Gisela [von Plettenberg] y yo fuimos las únicas sensatas. Metimos lo indispensable en una bolsa pequeña, las cosas menos importantes en una maleta grande y lo prescindible en una caja de cartón. Decidimos tirar la caja si las SS insistían y la maleta grande después. Costara lo que costara, íbamos a conservar las bolsas pequeñas y mi acordeón».[22]

Una hora acabó convirtiéndose en tres. Las SS les dijeron que el retraso obedecía a la falta de transporte. Empezaban a impacientarse y la sirena del campo no dejaba de sonar. A Isa la irritaba la inquietud del resto por su equipaje: «Primero lo sacaron todo y lo amontonaron al lado de la puerta. Luego empezó a llover, así que lo entraron todo de nuevo. Entonces pensaban que faltaba un rato para que nos fuéramos, así que deshicieron las maletas, movieron las cosas de un sitio a otro y volvieron a hacerlas».[23]

A última hora de la tarde aún no había rastro de su «partida inminente». Les llevaron comida al barracón y los prisioneros volvieron a deshacer las maletas para buscar platos y cubiertos. A las ocho, Fey se reunió con los demás en la sala común para escuchar el boletín vespertino. «Todos esperábamos que los estadounidenses llegaran al campo antes de que las SS se nos llevaran. El parte no era alentador. Al parecer, el ejército alemán estaba resistiendo cerca de Erfurt. Una hora después entró Fräulein Knocke, que estaba pálida. Todo había terminado, dijo. Según las noticias de la BBC, que había estado escuchando en los barracones de las SS, los estadounidenses se encontraban a menos de quince kilómetros del campo. Al cabo de un minuto se fue corriendo a la sala de guardia. Estaba tan nerviosa que no se molestó en cerrar la puerta y alguien la vio quemando sus documentos de las SS y arrancándose las insignias del uniforme. Aparentemente, había conseguido documentación falsa y estaba preparando su huida. Nos acostamos hacia las diez. Estábamos todos animados, creyendo que los estadounidenses liberarían el campo al día siguiente.»

Dos largos pitidos los despertaron poco antes de la medianoche. Isa fue la primera en salir al pasillo: «Había hombres de las SS con sus armas en ristre. Fuera, desde la entrada del barracón hasta la puerta del campo, había más guardias con

ametralladoras a intervalos de dos metros. Fueron llamándonos uno a uno y tuvimos que presentarnos ante el organizador del transporte. La luz de una linterna de bolsillo iluminó el trayecto hasta los vehículos».[24]

Tres autocares grises del ejército con las ventanillas tintadas los esperaban en la carretera: uno para los prisioneros por parentesco, otro para los Prominenten de las celdas que había debajo de los barracones de las SS y otro para el ex primer ministro francés, Léon Blum, y su mujer.

El teniente Bader de las SS estaba al mando del transporte y su actitud hostil y sus rasgos arios alarmaron a Fey: «Alto, bronceado y chupado de cara, tenía los ojos azules y una mirada fría. Nos gritó que paráramos de quejarnos, que lo recogiéramos todo y que nos pusiéramos en marcha de una vez. Corría el rumor de que pertenecía a un "comando de liquidación". Las dos guardias que nos habían custodiado durante todo nuestro encarcelamiento en Buchenwald no estaban allí. Los bruscos hombres de Bader nos subieron a empujones al autocar gritando agresivamente: "Entrad. Tenéis que entrar todos. No penséis que merecéis algo mejor". Allí no había espacio ni para la mitad de nosotros, así que íbamos apiñados, contorsionándonos entre el equipaje».

33

El convoy de autocares, con las ventanas tétricamente oscurecidas, viajó sin hacer ninguna parada hasta la mañana siguiente. «Fue un viaje terrible», recordaba un prisionero. «No había luz. No teníamos nada que comer ni beber [...]. Literalmente, no podíamos movernos ni un centímetro, porque llevábamos maletas entre las piernas y los brazos pegados al costado.»[1]

En aquel momento, todo el mundo sabía que el teniente Bader, el oficial al mando del transporte, era un verdugo. Uno de los guardias había confirmado el rumor al capitán Payne Best: «Bader era miembro del grupo de ejecuciones de la Gestapo y se pasaba la vida viajando de un campo de concentración a otro, como si fuera un exterminador encargado de aniquilar ratas. Todos nos dimos cuenta de que el hecho de que hubieran elegido a un hombre así para custodiarnos no presagiaba nada bueno».[2]

Poco después del amanecer, el convoy se detuvo en la cuneta. Sentada en la parte delantera del autocar, Fey vio que se encontraban a mitad de una larga pendiente: «En aquel momento todos necesitábamos aliviarnos, así que preguntamos a los guardias si podíamos bajar unos minutos, pero se negaron. Era obvio que a la mínima excusa se desharían de nosotros. "¿Quién os creéis que sois?", dijo Bader. "Será mejor que os andéis con cuidado. Si quisiéramos, podríamos trataros de otra manera." Maria von Hammerstein exclamó desde el fondo del autocar: "¡Si no me dejáis bajar de este autocar ahora mismo, me lo haré encima, y no será agradable para nadie!". Cuando vio que los guardias la ignoraban, Maria se abrió paso entre el equipaje y se plantó delante del sargento que vigilaba la puerta. Al principio dudó, porque no estaba acostumbrado a semejante comportamiento, pero se encogió de hombros y acabó cediendo. Gracias a la insistencia de Maria,

nos dejaron bajar de uno en uno y los guardias armados nos vigilaron mientras hacíamos nuestras necesidades en la cuneta».

Poco después, un Mercedes negro de la Gestapo estacionó detrás de los autocares. De él bajaron dos oficiales y, después de hablar un momento con Bader, ordenaron a los guardias de las SS que fueran a buscar a Josef Müller, Franz Liedig[3]y Ludwig Gehre. Los tres eran agentes de la Abwehr que habían colaborado con el almirante Canaris para derrocar a Hitler y viajaban con Payne Best: «Bajaron la montaña de equipaje y, tras una complicada búsqueda, encontraron sus maletas. Después de una educada despedida y un "hasta luego", salieron los tres [...]. Estábamos convencidos de que nuestros amigos morirían y de que era la última vez que los veíamos. Pero la vida sigue, y pronto fingimos estar animados para ocultar nuestros verdaderos sentimientos».[4]

«Alguien reconoció un pueblo por el que pasamos», recordó Best. «Después de hablarlo, llegamos a la conclusión de que íbamos a Flossenbürg, lo cual no era bueno, porque aquel campo de concentración se utilizaba principalmente para el exterminio de prisioneros prescindibles.»[5]

Entre los ocupantes del autocar de Payne Best estaba el doctor Rascher, antiguo miembro del equipo personal de Himmler. Hasta su detención por fraude en la primavera de 1944, Rascher había planificado y supervisado la construcción de cámaras de gas en campos de concentración de Alemania y Polonia. También convenció a Himmler de que permitiera el uso de prisioneros como cobayas en experimentos médicos. Rascher, destinado a Dachau, había realizado estudios con Polygal, una sustancia hecha con remolacha y pectina de manzana que supuestamente ayudaba con los coágulos sanguíneos.[6]Sus experimentos pretendían determinar si podía utilizarse para evitar las hemorragias por heridas de bala durante el combate. Para probar su eficacia, se administraba a los prisioneros un comprimido de Polygal y les disparaban en el cuello o el pecho.

La inclusión de Rascher en el transporte inquietó a los otros

prisioneros. Su presencia contradecía la hipótesis de que Himmler tenía intención de perdonarles la vida para utilizarlos como rehenes. La carrera de Rascher en las SS llegó a su fin cuando, en un intento por congraciarse más con Himmler, afirmó falsamente que había descubierto una manera de ampliar la edad reproductiva.

Citando a su mujer como ejemplo, envió al Reichsführer fotografías de sus tres hijos, «nacidos», aseguraba, cuando ella tenía «más de cuarenta y ocho años». La preocupación de Himmler por aumentar la tasa de natalidad alemana lo llevó a utilizar las imágenes con fines propagandísticos y se sintió traicionado cuando se descubrió que la pareja había comprado o secuestrado a los niños. Parecía improbable que fuera a salvar la vida de un hombre que lo había humillado públicamente y de quien se había declarado enemigo acérrimo.

Hacia mediodía, Bader detuvo el convoy a la entrada del campo de Flossenbürg y ordenó a los guardias que cerraran todos los vehículos con los prisioneros dentro. Él y sus hombres hablaron un buen rato con los oficiales del campo en el bloque de administración, un edificio imponente que podía verse a través de las puertas. «Cuando vinieron —recordaba Payne Best—, uno que era más amigable que el resto dijo: “Tendréis que seguir adelante. Aquí no hay sitio, está lleno”. No lamentamos en absoluto aquella noticia, y Rascher se mostró bastante optimista y, con la autoridad de un experto en campos de concentración, nos dijo que obviamente no tenían intención de liquidarnos, ya que Flossenbürg nunca había estado tan superpoblado como para no poder acoger unos cuantos cadáveres más.»[7]

El convoy reanudó la marcha y Fey percibió al instante un cambio de actitud en los guardias: «Estaban nerviosos e irritables. Según comentó uno, éramos una carga para ellos. Evidentemente, el teniente Bader había salido de Buchenwald con orden de trasladarnos a Flossenbürg y era obvio que no tenía ni idea de qué hacer con nosotros. Por lo visto, había recibido instrucciones poco concretas para que continuáramos hacia el sur hasta que encontraran un lugar donde dejarnos. Estaba de un humor terrible,

agravado por el hecho de que ni él ni sus hombres tenían dinero para comida u otros gastos. Cuando Alex comentó que estaría "encantado" de alojarnos a todos en el castillo de su familia en Jettingen, que se encontraba cerca de allí, los guardias se enfurecieron aún más, pero al menos nos hizo reír».

Al anochecer llegaron a Ratisbona, una imponente ciudad medieval a orillas del Danubio. Había empezado a lloviznar y Bader dirigió el convoy por las oscuras calles adoquinadas haciendo algún que otro alto frente a un edificio. Avanzando por los estrechos arcos que separaban los distintos barrios de la ciudad, pasaron por plazas bordeadas de mansiones góticas e iglesias con dos campanarios. Al rato empezaron a reconocer edificios y dedujeron que Bader no sabía adónde iba. Uno de los guardias comentó que si no encontraban dónde pernoctar, no tenían ni idea de qué harían.

Al final pararon delante de la Landesgefängnis (prisión estatal). El edificio blanco del siglo XVI era el único lugar con espacio suficiente para los sesenta prisioneros. Bader y sus hombres les ordenaron bajar de los autocares y los hicieron entrar en un espacioso vestíbulo. Luego subieron unas escaleras y, empujándolos con sus armas, los llevaron por un pasillo y los metieron de cuatro en cuatro o de cinco en cinco en pequeñas celdas mugrientas.

Fey compartía celda con los Hofacker: «Cuando estaban cerrando las puertas, el comandante Dietrich Schatz, un oficial que se unió a nosotros en Buchenwald, perdió los estribos y gritó: "¡No tenéis derecho a encerrarnos como a delincuentes!". Durante una hora, mantuvieron una acalorada discusión, tras la cual el teniente Bader hizo llamar al director de la prisión, un hombre de aspecto autoritario, calvo, con la cabeza grande y quevedos. El alcaide explicó bruscamente que las normas de la prisión dictaban que las celdas debían permanecer cerradas en todo momento: "No podemos hacer excepciones. Lamento que, pese a su estatus, deban cumplirse esas normas". Después, Schatz (todavía quejándose a voz en cuello) y el resto volvimos a nuestros sucios cubículos y cerraron las puertas de hierro».

En un lado del edificio, las celdas daban a la estación de trenes. Aunque los Aliados prácticamente no habían atacado el centro histórico de Ratisbona, la estación era uno de sus objetivos. «No he visto un caos así en toda mi vida», escribió el capitán Payne Best. «Locomotoras y vagones volcados, largas filas de vagones quemados y vías formando grandes bucles como si fueran trozos de alambre.»[8]Hacia las diez sonó la alarma antiaérea y Falconer, el agente de la DOE, observó cómo caían las bombas: «El objetivo era el patio de maniobras y, puesto que solo lo separaba de la prisión un muro y nuestra ventana daba directamente a él, gozamos de unas vistas espléndidas del bombardeo de precisión. Sin embargo, nuestro interés menguó considerablemente cuando entró por la ventana un gran trozo de metal, que rompió el vidrio e impactó en la pared opuesta».[9]

Aporreando la puerta de la celda, Falconer exigió que lo dejaran salir. Cuando abrieron, esquivó al guardia y deslizó los pasadores de las otras puertas. Luego, los prisioneros se negaron a abandonar el pasillo. «Los guardias, a los que habían ordenado que nos trataran educadamente, no sabían qué hacer con nosotros», recordaba Payne Best. «Oí a un viejo guardia decirle a otro: "Intenta que vuelvan a entrar en las celdas. Por lo visto, no saben que deben acatar órdenes". De vez en cuando, los guardias gritaban: "¡Todo el mundo a sus celdas!", pero eso solo provocaba carcajadas y vítores. Entonces, uno tuvo la brillante idea de dejar comida en las celdas y, al rato, la mayoría estábamos encerrados. Pero sonó nuevamente la alarma antiaérea y nos trasladaron a un refugio en el sótano, donde volvió a empezar la diversión.»[10]

A la mañana siguiente, los indefensos guardias dejaron las puertas de las celdas abiertas. «¡Por primera vez en la historia de la cárcel de Ratisbona!», escribió Fey. También era la primera vez que los distintos grupos de Buchenwald tenían la oportunidad de conocerse. El ambiente, según lo describió Payne Best, parecía más una fiesta que una mañana en prisión.

Bader había ordenado permanecer en Ratisbona hasta que

anocheciera. El peligro de ataques de los aviones enemigos era demasiado grande para arriesgarse a trasladar a los prisioneros a plena luz del día. Según las estrictas normas de secretismo que había impuesto Himmler, los grupos no debían saber quiénes eran los demás, y menos aún establecer contacto. Para enojo de Bader, la sirena antiaérea sonó toda la tarde y tuvo que sentarse en el refugio subterráneo mientras ellos continuaban la fiesta.

Justo antes de que oscureciera y ansioso por ponerse en marcha, ordenó a los prisioneros que se prepararan para partir. Minutos después, se reunieron junto a los autocares. Los guardias les indicaron que ocuparan los mismos asientos que antes y Fey se sentó en la parte delantera: «La confusión entre las SS era aún mayor que antes. Al parecer, seguíamos sin tener un destino concreto. Alguien dijo que nos llevarían al campo de concentración de Dachau, pero otro había oído que Bader ya había telefoneado y le habían dicho que estaba lleno. Alarmados, al salir de Ratisbona nos dimos cuenta de que íbamos hacia el este».

Empezó a llover y durante la noche lo hizo cada vez con más fuerza. La carretera parecía bastante vacía y no se cruzaron con nadie en horas. A ambos lados, los campos estaban salpicados de cráteres de bomba y las cunetas llenas de esqueletos de vehículos calcinados. Los autocares funcionaban con madera y gas, y la combinación de sacudidas y paradas debido al errático suministro de combustible al motor hacía imposible dormir. Periódicamente, los que iban sentados delante cedían su asiento a la persona que llevaban detrás y luego, como en el juego del teléfono, a los pasajeros que no podían ver por las ventanillas tintadas. Isa viajaba al fondo del autocar: «Aquel viaje nocturno nos crispó los nervios. No solo nos afectaban las sacudidas continuas del motor, sino que nos atormentaban la incertidumbre y el secretismo de aquel traslado al abrigo de la oscuridad. Nos preocupaba que nos llevaran a la frontera checa, lejos del Frente Occidental y hacia las profundidades mismas del bosque bávaro».[11]

Sin embargo, el amanecer les levantó el ánimo. Era un bonito día de primavera y los árboles y los narcisos estaban en flor. Siguiendo el curso del Danubio, atravesaron un paisaje que apenas

se había visto azotado por la guerra. «Fue un agradable trayecto por el campo, pasando junto a tranquilas granjas y campos y algún que otro bosque de pinos oscuros», recordaba Payne Best.[12]Cuando cruzaron el Danubio en Deggendorf, ascendieron las montañas bávaras. «En épocas más tranquilas, era un viaje por el que los turistas pagan dinero», escribió Hugh Falconer con ironía.[13]

Hacia las once se detuvieron delante de un hostal en Schönberg, un pueblo de casas altas de color pastel situado en mitad del bosque. Bader se bajó del autocar y entró a hablar con el mesonero. Minutos después reapareció. Sus aposentos aún no estaban listos y tendrían que esperar. Alrededor de los autocares se habían congregado numerosos lugareños, en su mayoría ancianas con ropa de campesina que observaban impasibles a los prisioneros. Bader había explicado al mesonero que transportaban a familias de las SS y pronto se corrió la voz. «El resultado —recordaba Ännerle— fue que los habitantes no querían saber nada de nosotros.»[14]Más tarde, Fey supo que el pueblo había sufrido terriblemente a manos del Tribunal del Pueblo local, uno de los centenares creados por los nazis: «No había jueces profesionales. Cualquier nazi que anduviera por allí podía arrestar a una persona. Cuando alguien era denunciado, no se intentaba cotejar las pruebas. La justicia se administraba rápidamente, a menudo por medio de un pelotón de fusilamiento. Bastaba con haber criticado la guerra o tener relación con soldados que hubieran desertado o se hubieran rendido. La mayoría de la gente vivía con temor a las autoridades e intentaba no llamar la atención».

El cuartel general de las SS había ordenado que se despejaran dos escuelas del pueblo para dar cabida a los recién llegados, lo cual acentuó la indignación de los habitantes. Las escuelas se utilizaban como hospitales para las tropas, y durante toda la mañana pasaron junto al convoy hombres enfermos y heridos que iban al siguiente pueblo en busca de camas. Según Fey, la larga espera entre una multitud silenciosamente hostil resultaba incómoda. Además, ninguno de los prisioneros había comido desde que salieron de Ratisbona: «Bader nos dijo que no se habían tomado ni podían tomarse medidas para alimentarnos. Aquel

pueblo de 700 habitantes ya acogía a 1.300 refugiados, y cuando el alcalde se enteró de que le habían endilgado otros sesenta, se negó a recurrir a sus reservas. Los había traído la Gestapo y era la Gestapo quien debía darles de comer. Bader dijo que no podía hacer nada al respecto, ya que no disponía de combustible para ir a buscar comida, así que tendríamos que pasar sin ella».

Al cabo de unas horas, Bader desapareció de nuevo y Ännerle y otros miembros del grupo pudieron hablar con los lugareños: «Les explicamos brevemente la situación y, sin que nadie lo supiera, les dijimos nuestros nombres, por ejemplo, Stauffenberg, Goerdeler y Lindemann.[15]¡El resultado fue increíble! Todos los habitantes estaban de nuestra parte y querían ayudarnos. Dijeron que nos traerían comida».[16]

Las escuelas, una para niños y otra para niñas y situadas una junto a la otra en la plaza del pueblo, estaban vacías a las siete de la mañana. Disponían de cuatro salas grandes para los sesenta prisioneros. Puesto que había muchos más hombres que mujeres, por primera vez desde su cautiverio los Sippenhäftlinge durmieron en la misma habitación. «En aquellas salas abarrotadas se produjeron escenas divertidas», recordaba Fey. «Por ejemplo, los guardias ordenaron que dejaran una palangana grande en el centro de la sala. Acordamos que cuando se asearan las mujeres, los hombres esperarían en el pasillo y viceversa. Parecía funcionar a la perfección, pero, cuando nos tocó a nosotras, el anciano Fritz Thyssen preguntó si nos importaba que se quedara, porque tardaba mucho en vestirse y aún tenía que afeitarse. Nos aseguró que no miraría cuando estuviéramos desnudas, pero no nos percatamos del ángulo del espejo que utilizaba para afeitarse. Nos veía en todo momento. Cuando, conteniendo la risa, lo acusamos de ser un viejo verde, respondió que ya había visto a muchas mujeres “vestidas de Eva» y que a los ancianos deberían concederles aquellos “pequeños placeres”. Por si eso no bastaba, por las noches se acercaba a las camas de las mujeres para dedicarles cumplidos anticuados.»

Los lugareños cumplieron su promesa y llevaron gran

cantidad de ingredientes a la cocina, donde las SS preparaban la comida de los prisioneros. Sin embargo, días después trascendió que los cocineros se lo quedaban todo y hubo que encontrar la manera de conseguir provisiones. «Stiller[17]y gran parte de la escolta de las SS desaparecieron poco después de nuestra llegada y solo quedaron un sargento y dos hombres para custodiarnos», recordaba Hugh Falconer. «La ventaja de aquella situación era que, con dos guardias (uno de servicio y otro descansando), la Gestapo solo podía vigilar una parte de la casa. Como teníamos ventanas en los cuatro lados, podíamos abrirlas y hablar con cualquier transeúnte que quisiera hacerlo. Muchos se ponían nerviosos, pero uno de los que venían cada mañana a preguntar qué tal lo llevábamos era el alcalde del pueblo.»[18]

Cuando este supo que no llegaban las provisiones, organizó un grupo de aldeanos para que entregaran la comida por la noche. Para la quinceañera Ännerle, eran «banquetes a medianoche»: «¡Cuando se ponía el sol en Schönberg, empezábamos a disfrutar de la vida! Cada noche, cuando se marchaba el guardia y oscurecía, unos cuantos nos acercábamos a la ventana con una cuerda larga y esperábamos a que nos trajeran las provisiones de contrabando. Nuestra relación con el panadero era especialmente estrecha. Cada noche ataba un cubo a la cuerda y lo llenaba de pan, mantequilla, manzanas, dulces y chocolate. ¡A menudo le devolvíamos el cubo vacío dos o tres veces y volvía a llenarlo!».[19]Una de las entregas consistió en veinte barras de pan, un kilo de mantequilla, dos salchichas largas, dos paquetes de tabaco, dos bolsas enormes de galletas y dulces y un bote de mermelada.

El trabajo de Isa era llevar provisiones a los Blum, a quienes habían asignado una estancia en el piso de arriba. Para mantener el secretismo, Bader había hecho instalar en el descansillo una puerta que estaba siempre cerrada con llave. «Aquella puerta era absurda», escribió Isa. «Uno podía entrar a los aposentos de los Blum saliendo por la ventana de nuestra habitación y trepando por el canalón. También había un patio de luces entre nuestra habitación y la suya, lo cual ofrecía una alternativa para la

entrega.»[20]

Sin embargo, por más que el grupo se burlara de Bader por su absurdo cumplimiento de las normas, seguía siendo una figura aterradora. Días después de su llegada vieron por la ventana cómo Bader y sus guardias metían al pastor Dietrich Bonhoeffer en un coche negro de la Gestapo. Más tarde se enteraron de que Bonhoeffer fue trasladado a Flossenbürg, donde lo ahorcaron al día siguiente con el almirante Canaris y otros miembros de la Abwehr que habían conspirado contra Hitler.

La estancia en Schönberg se prolongó dos semanas y a Fey le recordó a sus días con Alex en el Hindenburg Baude. Por más que la hubieran agitado las visitas de Litta, ella y Alex estaban más unidos que nunca y dormían uno al lado del otro en la gran habitación que compartían con los demás. Por primera vez en varios meses pudieron escaparse al campo. «El clima estaba mejorando y, después de mucho insistir, convencimos a Bader de que nos dejara salir a pasear cada día. Nos acompañaban dos guardias. Por supuesto, nos prohibían hablar con la gente de la zona y decir nuestro apellido, lo cual era totalmente ridículo, ya que sabían perfectamente quiénes éramos. El placer de poder deambular libremente después de tantos meses de frío y confinamiento es difícil de describir. Era emocionante. Había llegado la primavera. Habían salido las candelillas y los campos estaban cubiertos de flores. Los horrores de la guerra parecían haber quedado en un segundo plano.»

Sin embargo, según reconocía, era incapaz de disfrutar de los paseos con Alex: «Los niños eran mi máxima preocupación y los había perdido. Sabía que mi inquietud por ellos no me haría ningún bien y que solo me pondría triste delante de Alex, pero no podía evitarlo. Saber que no podía hacer nada me entristecía aún más. Alex hacía todo lo posible por consolarme, pero notaba que él también estaba preocupado. Aunque entre nosotros no había habido nada físico, sabía que se sentía culpable por Litta. No hablamos de ello y, con el paso de los días, la suma de mi

infelicidad y su preocupación empañaron nuestros ratos juntos».

Litta no había visto a Alex antes de que saliera de Buchenwald. Tras su visita el Domingo de Pascua, la mala climatología le había impedido volver al día siguiente tal como preveía. «Mucho viento. Por desgracia, Litta no ha venido», escribió Gagi en su diario. «Dice que solo puede volar cuando hace buen tiempo.»[21]

El clima no mejoró en varios días y hasta el jueves 5 de abril, Litta no pudo despegar de Weimar, donde ahora estaba destinada, en un biplaza de acrobacias. El trayecto hasta Buchenwald duraba diez minutos, pero los estadounidenses controlaban la ruta y era extremadamente arriesgado volar de día. Manteniendo una altura que rara vez superaba los treinta metros, voló cerca de los árboles y llegó sin incidentes.[22]

Normalmente, cuando volaba en círculos sobre el campo veía a gente saludando desde Sonderbau 15, pero esta vez no había movimiento. Al descender sobre el barracón vio que el complejo estaba vacío. A unos cientos de metros de allí había montones de cuerpos junto a la pared del crematorio.[23]Incluso desde el aire le llegó el olor «denso y penetrante» que se cernía sobre el campo. Sin saber si Alex finalmente había sido ejecutado igual que sus hermanos o si lo habían trasladado de nuevo, aterrizó en un aeródromo cercano.

Presa de la histeria, llamó urgentemente a la oficina de administración de Buchenwald, donde le dijeron que los prisioneros por parentesco habían sido trasladados, pero el oficial no precisó adónde. Hubertus von Papen-Köningen, un amigo y también piloto, estaba con ella y recordaba que se había tomado muy mal la noticia: «Estaba en estado de *shock* y tuvo que tumbarse».[24]Papen-Köningen, un firme antinazi que había perdido a dos hermanos en el Frente Oriental, se ofreció voluntario para llamar de nuevo al campo y anunció que cumplía órdenes secretas de Berlín firmadas por el mismísimo Himmler. El ardid surtió efecto. Papen-Köningen averiguó que, el 3 de abril, Alex había sido trasladado a Straubing, una pequeña población situada justo al sur

de Ratisbona.

Al día siguiente, Litta obtuvo permiso oficial para participar en «una operación especial para la campaña bélica», algo extraordinario teniendo en cuenta que la misión consistía en volar a Straubing a visitar al hermano del hombre que a punto había estado de asesinar a Hitler.[25]Finalmente, Straubing era una pista falsa, pero Litta se dirigió a Ratisbona, donde utilizó su rango y sus encantos para sonsacar el paradero de su marido a un oficial de la Gestapo. Este le dijo que, menos de cuarenta y ocho horas antes, habían sacado a Alex de la prisión estatal e iba camino de Schönberg. Luego le facilitó un permiso para visitarlo.

La mañana del 8 de abril era soleada y clara, y a las siete, Litta ya había despegado. Hasta Schönberg había tan solo ochenta kilómetros. Siguiendo el trazado de la línea ferroviaria de Straubing-Passau, pudo volar a tan solo diez metros de altura. A su paso por una pequeña aldea había un soldado herido en la puerta de su casa. Sorprendido de ver un avión en vuelo raso, observó sus movimientos.[26]

Segundos después pasó un caza estadounidense a toda velocidad. El teniente Thomas A. Norbourne, perteneciente a la unidad de reconocimiento del 15.º Escuadrón de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, a la sazón encargada de la búsqueda de trenes, también estaba siguiendo la línea ferroviaria de Straubing-Passau.[27]Confundiendo el avión desarmado de Litta con un caza Focke-Wulf y negándose a dejar pasar tan inesperada oportunidad, disparó «dos ráfagas de entre cinco y ocho disparos».[28]Un ferroviario jubilado presenció el choque.[29]El avión de Litta viró a la izquierda y cayó en un sembrado. No se oyó ninguna explosión y no había humo. El ferroviario se montó en su bicicleta y fue hasta el lugar, acompañado de un prisionero de guerra francés que estaba trabajando cerca de allí.

Fueron los primeros en llegar.[30]Para su sorpresa, vieron a una elegante mujer de unos cuarenta años ocupando el asiento del piloto. Por su postura, no creyeron que su estado fuera crítico. «Solo pidió que la ayudáramos», dijo el ferroviario. Tras sacarla de entre los restos del avión, la tumbaron en el suelo. Al parecer, tenía

una pierna rota y el otro pie estaba «retorcido de manera poco natural».

Poco después, el ejército ocupó el lugar y llegó un médico de la Luftwaffe para tratar a Litta, que fue trasladada en ambulancia al hospital de un aeródromo cercano, donde falleció horas después. Según el certificado emitido por el director médico, la causa de la muerte fue una fractura en la base del cráneo.

Misteriosamente, entre sus pertenencias encontraron una considerable cantidad de dinero y joyas caras.[31]Especulando acerca de su muerte, Jutta, su hermana, creía que el vuelo a Schönberg en el biplaza fue un «valeroso intento» por rescatar a Alex, algo que Litta llevaba «mucho tiempo planeando». La desproporcionada suma de dinero que hallaron entre sus posesiones indica que pretendía cruzar las líneas aliadas para empezar una nueva vida en el oeste.

Alex no recibió la noticia de la muerte de Litta hasta dos días después. Fey estaba con él en Schönberg cuando se enteró: «Las SS lo hicieron salir de la habitación para darle la trágica noticia. Cuando entró, estaba pálido como un fantasma. Lo único que le quedaba de su vida anterior había desaparecido. Primero, sus dos hermanos ejecutados por un pelotón de fusilamiento; después, su casa y su preciada librería destruidas en un bombardeo, y ahora fallecía su mujer. Dadas las circunstancias, su autocontrol era increíble. Todos estábamos profundamente afectados e intentamos consolarlo. Qué doloroso debió de ser el verse rodeado de gente en un momento así, pero se notaba que no quería estar solo. Al rato, nos pidió a Elisabeth y a mí que nos sentáramos con él, porque quería tener cerca a personas que lo entendieran. Hice todo lo que pude por consolarlo, pero poco se podía hacer».

Los rumores de una inminente rendición alemana dominaron los últimos días en Schönberg. En el este, Viena y Karlsruhe habían caído en manos rusas, y en el oeste, los estadounidenses habían

conquistado Colonia. Caóticas columnas de soldados en retirada empezaron a cruzar aquel pueblo remoto y pasaban justo por debajo de las ventanas de la escuela. Aunque el grupo deseaba que acabara la guerra, aquellos hombres eran, al fin y al cabo, conciudadanos y, según Isa, las escenas resultaban angustiantes: «Por la carretera avanzaban masas desordenadas de soldados con uniformes sucios y harapientos. Caballos agotados tiraban de pesados carromatos con lonas rasgadas. Camiones maltrechos traqueteaban por la plaza del mercado cargados con gran cantidad de equipaje; junto a las ametralladoras y máscaras de gas había colchones y cabeceros; al lado de latas de gasolina y cajas de munición había cestas para la ropa y jaulas de pájaros».[32]

«Y lo más preocupante de todo —añadía Isa— era la actitud del teniente Bader. Mantenía una creencia inquebrantable en su propia omnipotencia. Transitaba el presente como si fuera el pasado, incapaz de comprender la realidad del derrumbamiento que estaba produciéndose a su alrededor.»[33]

Al ver al ejército derrotado, a Ännerle le preocupaban sus hermanos pequeños, que estaban en Bad Sachsa: «La ansiedad por los niños aumentó. ¿Dónde estaban? ¿Seguían con vida? Se habían librado muchos combates en los montes Harz y nos preocupaba que les hubiera ocurrido algo».[34]Gagi sabía que sin Litta sería difícil averiguarlo. «Ahora no llegarán más noticias sobre los niños de Bad Sachsa», escribió la noche que se enteró de la muerte de la aviadora.[35]

El 15 de abril, las SS se llevaron a los prisioneros de la planta baja. Se trataba del grupo de Payne Best, los hombres que permanecían encarcelados debajo de los barracones de las SS en Buchenwald. Fey supo por el teniente Bader que habían sido trasladados a Flossenbürg, donde habían sido ejecutados el pastor Bonhoeffer y otros participantes de la conspiración de julio: «Su desaparición fue deprimente. Dimos por sentado que era la última vez que los veríamos y todos pensábamos que nosotros seríamos los siguientes. En medio del caos, era dudoso que en Berlín alguien considerara que merecía la pena cuidarnos. El escenario más probable era que acabaríamos también en Flossenbürg».

La consabida orden llegó al día siguiente. «¡Haced las maletas! ¡Debéis estar listos para partir en una hora!» Esta vez fue rápido. Cuando el grupo subía a los autocares, los sorprendió que, a pesar de la fuerte presencia de SS, casi todo el pueblo decidiera despedirlos. Desde el umbral de sus casas o asomados a las ventanas, los miraban en silencio. A Ännerle la conmovió el coraje de la mujer del dentista, que se acercó con el pretexto de que le debían unas facturas y les dio comida para el viaje.

Cuando salieron de Schönberg había oscurecido. El único consuelo era que se alejaban de Flossenbürg. Después de viajar toda la noche, llegaron a Landshut, cerca de Múnich. Horas antes, la ciudad había sido acribillada por los bombarderos estadounidenses y casi todos los edificios estaban en llamas. Gagi anotó sus impresiones en el diario: «Allá donde miráramos había columnas de tropas en desbandada y refugiados en las calles [...]. Sirenas constantes y mucha gente arrastrándose bajo la tenue luz. Los incendios teñían el cielo de rojo».[36]

Fey no podía creerse lo que estaba viendo cuando llegaron a Múnich. La casa de su madre en Ebenhausen se encontraba a solo unos kilómetros y conocía bien la ciudad. Al recorrer las calles en ruinas la invadieron los recuerdos de infancia, cuando salía a comprar con sus padres y las ocasiones especiales en que iban a tomar café y pasteles. «Al acercarnos al centro de la ciudad, parecía que muchos edificios seguían en pie. Pero, a medida que avanzábamos, me di cuenta de que detrás de los muros no había nada. Las casas estaban vacías, como si fuera un decorado. Reinaba un gran silencio y no vi gente ni coches. El único vehículo era el chasis retorcido y quemado de un tranvía. Era muy triste y se me hizo un nudo en la garganta.»

Cuando salieron de la ciudad, estaba indecisa: «Me encontraba a apenas veinticinco kilómetros de Mutti y Almuth. Podía llegar caminando a Ebenhausen. Pero no tenía valor. El tiempo que había pasado en cautividad me había vuelto pasiva y miedosa. No quería estar sola en ninguna circunstancia. Pero, más que nada, no podía soportar la idea de dejar a Alex».

A pocos kilómetros de Múnich, el autocar se desvió de la

carretera principal. «Dachau 7 km», rezaba el cartel.

34

Era casi mediodía cuando el autocar se detuvo en una entrada lateral del campo. La doble puerta de roble, de cuatro metros de altura, estaba cerrada. Al momento, Bader bajó del autocar y desapareció. Antes, había ordenado a los guardias de las SS que encerraran a los prisioneros. Hasta su regreso, no debían salir del autocar bajo ningún concepto.

Hacía calor y por las ventanillas entraban las nubes de polvo que levantaban los vehículos militares. A ambos lados de la carretera había dos muros altos y la enorme águila de bronce que coronaba la puerta acentuaba la sensación de confinamiento. En las garras llevaba una esvástica y sus alas extendidas abarcaban casi toda la extensión de la puerta.

El nombre de «Dachau» era aterrador para todos los prisioneros que esperaban en el autocar. Construido en 1933, era el más antiguo y conocido de todos los campos de concentración nazis. Himmler, a la sazón jefe de policía en Múnich, lo calificó oficialmente como «el primer campo de concentración para prisioneros políticos».[1]El primer año habían sido encarcelados unos 5.000 hombres, mayoritariamente comunistas, socialdemócratas y sindicalistas alemanes. En 1938, después de la Kristallnacht, fueron internados más de 10.000 hombres judíos.[2]Fey recordaba a su padre hablar de amigos y compañeros, tanto judíos como opositores políticos de los nazis, que habían «desaparecido» de Dachau. Otros miembros del grupo también conocían a gente que se había desvanecido.

Fey describió el horror que sintieron todos: «Caía un sol de justicia y el ambiente era sofocante. Con el paso de los minutos y las horas, estábamos todos cada vez más ansiosos. Algunos estábamos tan asustados que tuvimos que hacer nuestras

necesidades allí mismo».

Poco antes de las tres, casi tres horas después de que el autocar se detuviera frente a la puerta, apareció Bader con otro oficial de las SS. Ordenaron al grupo que se deshiciera de todo el equipaje innecesario y desapareció de nuevo. Minutos después volvió para revocar la orden. Aquella charada se prolongó varias horas, e Isa estaba furiosa: «Aquella tarde, los dos vinieron a vernos tres o cuatro veces con órdenes diferentes. Justo cuanto estábamos a punto de cumplirlas, se iban, recalcando que querían que obedeciéramos y que volverían en breve. Cuando lo hacían, dictaban órdenes nuevas, que volvían a revocar. Reconocieron que tenían dificultades para organizar las cosas, pero su manera de decírnoslo, riéndose condescendientemente de nosotros, era tan desvergonzada que te daban ganas de pegarles y tenías que hacer esfuerzos para controlarte».[3]

Pasaron dos o tres horas hasta que finalmente les ordenaron que bajaran del autocar. Después de franquear la puerta les dijeron que esperaran delante de un gran edificio de ladrillo. «Detrás, una ciudad con casas, barracones y calles se extendía hasta donde alcanzaba la vista», recordaba Fey. «Aunque estábamos a mediados de abril, el sol de última hora de la tarde era despiadado.»

Llevaban una hora allí cuando llegó un oficial de las SS y ordenó a los hombres que formaran una fila delante del edificio. Después de inspeccionarlos, les gritó que lo siguieran «a toda prisa». Se necesitaban reclusos para el Volkssturm, el desesperado ejército de niños y ancianos creado por Himmler, y se unirían a una brigada local. Mirando a las otras mujeres, Fey estaba horrorizada: «Algunas rompimos a llorar cuando los hombres se fueron. Para nosotras, la idea del Volkssturm era una simple excusa de las SS para llevarse a los hombres y matarlos dentro del campo».

Las SS dejaron a las mujeres delante del edificio tres horas más. Había oscurecido cuando, unas diez horas después de su llegada, apareció el teniente coronel de las SS Eduard Weiter, el comandante del campo. Disculpándose profusamente, anunció que no tenían intención de separar a los hombres de las mujeres y que

todo había sido un desafortunado «malentendido». Weiter, de unos cuarenta y cinco años y luciendo un uniforme impecable, dirigía el campo desde 1943. Decenas de miles de hombres y mujeres habían muerto allí desde entonces.[4]Y, sin embargo, allí estaba, pidiendo disculpas. Lamentaba mucho la espera, pero en Dachau había mucha gente y había sido tremendamente difícil encontrar un alojamiento adecuado para tan distinguidos invitados. Había hecho todo lo posible, pero, aun así, los aposentos a los que estaban a punto de acompañarlos estaban muy por debajo de lo que merecían y esperaba que pudieran perdonar sus errores. Después chocó los talones, hizo una reverencia a las mujeres y añadió que sus compañeros las esperaban en el barracón.[5]

Fey y las demás volvieron apresuradamente al autocar. El barracón, situado fuera del campo principal, se encontraba a corta distancia siguiendo la avenida de las SS, la majestuosa carretera de cuatro carriles que llevaba a Dachau. La oscuridad les impidió ver las flores y las espléndidas casas que la bordeaban. Pero, diez días después, cuando los estadounidenses llegaron para liberar el campo, un teniente coronel de la 42.ª División del 7.º Ejército circularía por aquella misma avenida. «Por la enormidad de los edificios grises de administración y los barracones, los cuidados céspedes, los grandes muros y las puertas con rejas de hierro, uno podía imaginar que estaba acercándose a una escuela de élite para chicas situada a las afueras de una de nuestras grandes ciudades», escribió. «Todo era muy ordenado y bello.»[6]

El discurso de «bienvenida» del comandante era algo que había repetido muchas veces en los días previos. Finalmente, tras meses de traslados en los que habían participado grandes destacamentos de guardias de las SS y peligrosos viajes por delante de los ejércitos aliados, Himmler había vuelto a reunir a sus Prominenten en un mismo lugar. Ahora que Europa vivía los últimos estertores de la guerra, Weiter se había convertido en el guardián de 137 hombres, mujeres y niños a los que el Reichsführer-SS pretendía utilizar como moneda de cambio en las negociaciones que esperaba emprender con los Aliados occidentales.

El autocar que transportaba a los Sippenhäftlinge fue el último en llegar a Dachau. Entre el 8 y el 17 de abril, el día de su llegada, habían sido trasladados más de cuarenta prisioneros especiales desde Flossenbürg, Sachsenhausen y otros campos de concentración de toda Alemania. Estaban apartados de los 35.000 prisioneros de Dachau en unos edificios fuertemente vigilados dentro del campo principal.

Los recién llegados se unieron a otros individuos de renombre; muchos de ellos llevaban meses allí. Un barracón albergaba a miembros de la familia Wittelsbach, cuya dinastía había engendrado a dos emperadores romanos y gobernado como reyes de Bavaria hasta 1918. En otro estaba el príncipe Javier de Borbón, pretendiente al trono de España. Detenido en Francia cuando la Gestapo descubrió sus vínculos con líderes de la resistencia, había pasado dieciocho meses en aislamiento en el Búnker de Hambruna de Dachau y pesaba menos de cuarenta kilos. El príncipe Leopoldo de Prusia, pariente del último káiser de Alemania, había sido tratado con igual dureza. Nacido en el seno de una de las familias más adineradas de Europa, fue arrestado después de que los sirvientes de su castillo informaran a la Gestapo de que era homosexual. Al príncipe, que llegó a Dachau en septiembre de 1944, le asignaron la tarea de limpiar las letrinas del campo y estuvo a punto de morir de difteria. Tras recuperarse, el comandante Weiter lo trasladó al burdel del campo, donde ejerció de ordenanza y recadero de las prostitutas.[7]

Por orden de la Oficina Central de Seguridad del Reich en Berlín, Weiter había cerrado el prostíbulo a comienzos de abril para hacer hueco a los recién llegados. El grupo, una extraordinaria colección de individuos valerosos, incluía a muchas celebridades famosas en sus respectivos países por su oposición a los nazis. Provenientes de toda Europa, incluía a clérigos, líderes de la resistencia, figuras militares de alto rango, exministros, periodistas, altos funcionarios y científicos. Entre los más conocidos estaban monseñor Gabriel Piguet, obispo de Clermont-Ferrand, detenido en la Francia de Vichy por acoger a judíos y sacerdotes antinazis; Alexandros Papagos, el comandante en jefe

del ejército griego; el general italiano Sante Garibaldi, líder partisano y nieto del famoso político y nacionalista; Georg Elser, el trabajador de una fábrica alemana que antes de la guerra había estado a punto de asesinar a Hitler y otros dirigentes nazis en Múnich; Martin Niemöller, un pastor luterano que se había resistido a la nazificación de las iglesias protestantes alemanas; Nikolaus von Kallay, ex primer ministro húngaro; Léon Blum, el ex primer ministro de Francia; y Kurt von Schuschnigg, canciller de Austria en la época del Anschluss.

Había también un numeroso contingente británico.[8]Con la salvedad del capitán Payne Best, el espía británico arrestado en el incidente de Venlo, los catorce hombres eran prisioneros de guerra. Dos llevaban el apellido Churchill: el teniente coronel Jack Churchill, capturado cuando lideraba a los comandos en Yugoslavia; y el oficial de la DOE Peter Churchill, que al principio de la guerra había capitaneado cuatro misiones clandestinas en Francia por las cuales le fueron concedidas la Orden del Servicio Distinguido y la Croix de Guerre. Himmler creía erróneamente que ambos estaban emparentados con Winston Churchill. Tres de los prisioneros de guerra británicos habían sobrevivido a la masacre que sobrevino tras la «Gran evasión» de Stalag Luft III[9]en marzo de 1944, hombres que habían participado en la huida y a los que, por alguna misteriosa razón, las SS les habían perdonado la vida. Eran el comandante «Wings» Day y los tenientes de aviación Sydney Dowse y «Jimmy» James. La noche del 23 de septiembre de 1944, los tres habían conseguido huir por un túnel excavado en el campo de concentración de Sachsenhausen, donde fueron internados después de Stalag Luft III, pero los capturaron de nuevo al día siguiente.

También había prisioneros de guerra polacos, húngaros y rusos, entre ellos varios generales rusos arrestados en el Frente Oriental, además de Vasili Kokorin, sobrino de Viacheslav Mólotov, ministro de Asuntos Exteriores de Stalin.

Es imposible determinar las condiciones que Himmler pensaba

obtener de los Aliados a cambio de aquellos 137 prisioneros. Pocos documentos relacionados con los Prominenten sobrevivieron a la guerra. Sin embargo, sí existe información fragmentada que como mínimo permite especular sobre las intenciones de Himmler a partir del 17 de abril, el día que los Sippenhäftlinge llegaron a Dachau.

Numerosas fuentes —telegramas del espionaje estadounidense y del gobierno británico, comunicaciones alemanas interceptadas y conversaciones que mantuvieron los propios prisioneros con sus guardias de las SS— indican que, al principio, Himmler planeaba utilizar a los Prominenten para negociar su propia vida. Incluso es posible que su intención fuera utilizarlos como escudos humanos. Para que ese plan fuera viable, ahora que los estadounidenses se acercaban a Dachau era imperativo que los tuviera controlados hasta el último momento. Por tanto, la máxima prioridad de Himmler era trasladarlos a un lugar seguro fuera del alcance de los Aliados.

El lugar más obvio eran los Alpes austríacos.

El 17 de abril estaba claro que la guerra había acabado para Alemania. En Berlín, 600 kilómetros al norte de Dachau, Hitler llevaba tres meses sin salir de su búnker del Reichstag. La víspera, un contingente soviético de 2,5 millones de soldados, 6.150 carros de combate y unos 42.000 cañones y morteros había iniciado el asalto a la capital desde el sur y el este.[10]Más al oeste, una ciudad tras otra había caído ante los ejércitos británico y estadounidense. Berlín estaba prácticamente rodeada.

Los agentes de la OSS,[11]la agencia de espionaje estadounidense, informaban ya de que altos cargos nazis estaban huyendo a escondites en los Alpes. Aquella semana, Fred Mayer, agregado a la Operación Greenup, una misión llevada a cabo por tres hombres que en febrero saltaron en paracaídas en la Austria ocupada por los nazis, envió un mensaje encriptado desde Innsbruck a la oficina de la OSS en Bari, Italia:

> DOS TRENES ESPECIALES CON PERSONAL DE OPERACIONES DE LA CÚPULA DEL REICH SALIERON DE BERLÍN EL 14 DE ABRIL. MIEMBROS ACTUALMENTE EN ZONA VEDADA EN IMSTERBERG. 18 MIEMBROS DEL MINISTERIO DE INTERIOR EN HOTEL. A LAS ÓRDENES DE SEC. DE ESTADO VON BURGSDORF EN GARMISCH PARTENKIRCHEN.[12]

Días después, Mayer envió un segundo telegrama en el que informaba de que Himmler estaba en la zona:

> HIMMLER LLEGÓ CON SU PERSONAL NOCHE DEL 17 A IGLS, CERCA DE INNSBRUCK EN HOTEL GRUENWALDERHOF. SE ESPERAN TRES DIVISIONES SS PERO DE MOMENTO SOLO UN REGIMIENTO DE LEIBSTANDARTE*[13]PRESENTE cuya COMPAÑÍA A ESTÁ ARRESTANDO A TODOS LOS POLÍTICOS POSIBLEMENTE PELIGROSOS. FUENTE KRIPO.[1415]

El Grünwalderhof, situado en un valle remoto cerca del paso del Brennero, pertenecía a la familia aristócrata de los Thurn und Taxis. El hecho de que Himmler eligió ese hotel de lujo como escondite para él y probablemente para los Prominenten lo corroboran una serie de mensajes de radio de la Gestapo interceptados por Lothar Rohde, uno de los prisioneros de Dachau.

Rohde, un brillante y joven ingeniero eléctrico, había sido arrestado por las SS por escuchar emisoras de radio enemigas.[16]Sometido a un brutal interrogatorio y amenazado con la ejecución, le concedieron el indulto cuando afirmó que estaba a punto de descubrir una manera de sabotear los sistemas de ignición de los aviones aliados utilizando ondas de radio especiales. Al conocer dicha investigación, Hitler intercedió para salvarle la vida con la esperanza de que el «rayo mágico» acabara con los ataques aéreos contra Alemania. El Führer también ordenó que se facilitaran a Rohde unas instalaciones especiales en Dachau para que desarrollara su arma. Encarcelado con otros Prominenten en la Kommandaturarrest, el edificio reservado para prisioneros bajo la jurisdicción del comandante Weiter, Rohde contaba con una habitación propia aprestada con los equipos de radio más modernos.

Su «investigación» era la excusa perfecta. Puesto que debía

pasarse el día con los auriculares puestos, podía escuchar lo que quisiera sin temor a ser descubierto por las SS. Ignorando su trabajo, utilizaba el equipo para sintonizar la BBC y escuchar conversaciones entre unidades de la Gestapo y la Wehrmacht desplegadas en la zona y entre los líderes de escuadrón de los aviones británicos y estadounidenses que sobrevolaban el campo.

La mañana del 17 de abril, Rohde interceptó varias señales de radio de la Gestapo que indicaban que él y los demás Prominenten serían trasladados a la Alpenfestung, la fortaleza alpina de Hitler.[17]El capitán Payne Best estaba encarcelado en el edificio de la Kommandaturarrest con Rohde: «Cada hora, Rohde nos informaba de que nos entregarían a la Cruz Roja Internacional en Suiza, de que nos trasladarían a un castillo en el lago de Constanza y, finalmente, de que viajaríamos a Italia cruzando el Brennero».[18]El Grünwalderhof, adonde llegaría Himmler aquella noche, se encontraba a solo tres kilómetros del paso del Brennero; además, aunque la Gestapo no mencionó explícitamente al Reichsführer-SS, las escuchas de Rohde desvelaron que los Prominenten eran «rehenes cuya vida podía intercambiarse por la de líderes nazis».

Debido a un cambio de planes de última hora por motivos no especificados, ningún prisionero fue trasladado aquel día. Un guardia de las SS dijo a Payne Best que permanecerían en Dachau hasta que encontraran «otro alojamiento».[19]Pero el hecho de que la intención de Himmler fuera trasladarlos probablemente explique por qué los Sippenhäftlinge tuvieron que esperar tanto tiempo fuera del campo.

Sea cual fuere el motivo para el cambio de planes, un mensaje enviado por Mayer, el agente de la OSS, al cuartel general aliado poco después de que afirmara que el jefe de las SS se hospedaba en el Grünwalderhof descartaba su futuro uso como escondite secreto. Para que las Fuerzas Aéreas estadounidenses pudieran bombardear el hotel, Mayer, basándose en información proporcionada por un desertor de la Wehrmacht, envió detalles de su ubicación. Curiosamente, teniendo en cuenta que el hotel se encontraba en un valle remoto, se había construido un refugio antiaéreo cerca de

allí:

> GRUENWALDERHOF ESTÁ A APROX. 3 KMS DE IGLS EN CARRETERA A PATSCH [...]. EL HOTEL CONSTRUYÓ REFUGIO ANTIAÉREO EN ROCAS EN EL LADO ESTE DE CARRETERA A PATSCH APROXIMADAMENTE DIEZ METROS SOBRE HOTEL. ENTRADA DIRECTAMENTE DESDE CARRETERA. NOMBRE PROPIETARIO ARNOLD.[20]

Cuando el cuartel general aliado recibió el mensaje de Mayer el 18 de abril a las dos del mediodía, Himmler se había ido.

Hacía más de un mes que el Reichsführer-SS se movía continuamente y rara vez pasaba dos noches en un mismo sitio. Mientras el Tercer Reich se derrumbaba a su alrededor, dedicó todas sus energías a salvaguardar su situación personal. A espaldas de Hitler, intentó entablar negociaciones con los Aliados y asistió a varias reuniones secretas con representantes del Congreso Judío Mundial y la Cruz Roja.

Al orquestar aquellos encuentros, Himmler tenía un objetivo: cambiar la percepción que tenían de él los Aliados. Consciente de que el rechazo al genocidio asociado directamente con su nombre impediría a los Aliados aceptarlo como interlocutor plausible, su estrategia era demostrar su credibilidad. Pretendía convencerlos de que potencialmente era un socio humanitario y conciliador cuyo interés primordial era aliviar el sufrimiento de los judíos y otros prisioneros de los campos de concentración.[21]

Increíblemente, teniendo en cuenta que había supervisado el asesinato de más de seis millones de judíos y muchos millones de no judíos en un programa sistemático de limpieza étnica y política, creía que unos pocos gestos de buena voluntad bastarían. Con ese propósito, a finales de marzo utilizó a Felix Kersten, su médico personal, como intermediario para informar al Ministerio de Asuntos Exteriores sueco de que no destruirían los campos de concentración ante el avance aliado. Asimismo, prometió que cesarían las ejecuciones y que los prisioneros serían entregados en

lugar de evacuados. Simultáneamente, organizó una reunión con el conde Bernadotte, el director de la Cruz Roja sueca, para negociar la puesta en libertad de 10.000 prisioneros judíos.

El cinismo de la carta que envió Himmler a Kersten para notificarle que 2.700 hombres, mujeres y niños judíos habían sido trasladados a Suiza es asombroso: «Este logro va en la línea de la política que yo y mis compañeros desarrollamos durante años y que la actitud poco razonable que impuso la guerra hizo imposible continuar. Como ya sabrá, en los años 1936, 1937, 1938, 1939 y 1940 fundé una organización con asociaciones judío-estadounidenses que desarrolló una excelente labor. El transporte de judíos a Suiza es una prolongación de dicha labor, que, pese a las grandes dificultades, realicé deliberadamente en el pasado».[22]

Himmler se reunió por segunda vez con el conde Bernadotte a principios de abril. Una semana después, sir Victor Mallet, el embajador británico en Suecia, envió un telegrama confidencial al Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres en el que resumía la conversación:

> CONDE BERNADOTTE ME HA EXPLICADO CONFIDENCIALMENTE SU ENTREVISTA CON HIMMLER EN BERLÍN LA SEMANA PASADA DURÓ CUATRO HORAS:
>
> CONTRARIAMENTE A CUANDO BERNADOTTE LO VIO HACE TRES SEMANAS ESTA VEZ HIMMLER RECONOCIÓ QUE TODO HA TERMINADO. BERNADOTTE SUGIRIÓ QUE LO ADECUADO ES RENDICIÓN INMEDIATA QUE PODRÍA SALVAR INNUMERABLES VIDAS. HIMMLER CONTESTÓ QUE ÉL ESTÁ A FAVOR PERO HITLER SE NIEGA Y SE SIENTE ATADO POR SU JURAMENTO DE LEALTAD A ÉL. BERNADOTTE RESPONDIÓ QUE SU LEALTAD AL PUEBLO ALEMÁN ERA MÁS IMPORTANTE PERO HIMMLER RESPONDIÓ QUE SE LO DEBÍA TODO AL FÜHRER Y NO PODÍA ABANDONARLO AL FINAL. HIMMLER NO PARECÍA NERVIOSO SINO QUE DABA LA IMPRESIÓN DE ESTAR TOTALMENTE CUERDO Y CONSERVABA SU ENERGÍA Y CAPACIDAD ORGANIZADORA. INCLUSO TUVO TIEMPO PARA INTERESARSE POR UN LIBRO SOBRE INSCRIPCIONES RÚNICAS QUE AL PARECER SIEMPRE HAN SIDO UNA AFICIÓN SUYA. HIMMLER COMENTÓ QUE SABÍA QUE ERA EL N.º 1 EN NUESTRA LISTA DE CRIMINALES DE GUERRA. BERNADOTTE LE DIJO QUE ERA NATURAL QUE FUERA CONSIDERADO UN CRIMINAL DE GUERRA PORQUE ERA JEFE DE LA GESTAPO CUYAS ESPANTOSAS

> CRUELDADES HABÍAN SIDO DEMOSTRADAS. PREGUNTÉ A BERNADOTTE SI HIMMLER DABA LA IMPRESIÓN DE SER UN SÁDICO Y ME DIJO QUE PARA SU SORPRESA NO. EL PROPIO HIMMLER LE DIJO QUE SABÍA QUE FUERA DE ALEMANIA ERA CONSIDERADO UN SALVAJE PERO EN REALIDAD LE DESAGRADABA LA CRUELDAD Y SE HABÍA CREADO UNA IMAGEN TOTALMENTE FALSA DE ÉL EN EL EXTRANJERO [...].[23]

El funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores que recibió el telegrama incluyó una nota al final: «Considero que esto es poco creíble y que Bernadotte ha sido engañado».[24]

Diez días después de su segunda reunión con Bernadotte, Himmler mantuvo un encuentro con Norbert Masur, el representante sueco ante el Congreso Judío Mundial, en la granja de Kersten, unos ochenta kilómetros al norte de Berlín. Era la noche del 20 de abril, el cumpleaños de Hitler, y Himmler llegó a las dos de la madrugada tras asistir a la apagada celebración en el búnker del Führer, situado debajo del jardín de la Cancillería del Reich. Según Masur, un judío alemán que se vio obligado a huir de su país antes de la guerra, «Himmler iba muy elegante con su uniforme impecable, todas sus medallas y la insignia de su rango. Su aspecto era acicalado y parecía muy despierto pese a las horas que eran. Aparentemente estaba tranquilo».[25]

Era la primera vez que Himmler se reunía con un judío en igualdad de condiciones. Casi de inmediato, empezó su contrición por el Holocausto, que se prolongaría cuarenta y cinco minutos. Según dijo a Masur, la política de emigración que había diseñado a finales de los años treinta y que «podría haber sido muy ventajosa para los judíos» fue saboteada por otras naciones que se negaron a recibirlos. «Entonces —continuó— la guerra nos puso en contacto con las masas judías proletarizadas de los países del este y se crearon más problemas. No podíamos tolerar a un enemigo así en nuestra retaguardia. Las masas judías estaban contagiadas de terribles epidemias, en particular el tifus. Yo mismo he perdido a miles de mis mejores hombres de las SS por esas epidemias. Además, los judíos ayudaban a los partisanos.»[26]

Cuando Masur le preguntó cómo podían ayudar los judíos a

los partisanos cuando los alemanes los habían concentrado a todos en grandes guetos, Himmler respondió: «Pasaban información a los partisanos. Además, disparaban a nuestros soldados en el gueto. Para contener las epidemias, nos vimos obligados a quemar innumerables cuerpos que habían sido destruidos por la enfermedad. Por tanto, tuvimos que construir crematorios y por esa razón quieren ponernos una soga al cuello».[27]Luego protestó amargamente por la «falsa» propaganda que estaban difundiendo los Aliados sobre las atroces condiciones en Belsen y Buchenwald, que acababan de ser liberados por los estadounidenses: «En los últimos años, nadie ha sido tan vilipendiado como yo. Incluso en Alemania, cualquiera puede decir lo que le plazca sobre mí. Los periódicos extranjeros han lanzado una campaña contra mí, lo cual no me anima a seguir entregando los campos».[28]

Masur pidió a Himmler las siguientes garantías: que no se ejecutara a más judíos y que el resto continuaran en los campos y no fueran evacuados en ninguna circunstancia.[29]Himmler repuso que ya había dado esas órdenes. Con la condición de que su conversación se mantuviera en el más absoluto secreto, aceptó liberar a más prisioneros y reiteró su promesa de no evacuar los campos, algo que, como cabría esperar, no cumplió.

La reunión finalizó a las 4.30 y Himmler fue directo a Hohenlychen, un sanatorio de las SS situado cincuenta kilómetros más al norte, donde se había citado con el conde Bernadotte para desayunar. Repitió las garantías que había ofrecido a Masur y, además, propuso liberar de Ravensbrück a «mujeres de todas las nacionalidades».

Tres días después, el 23 de abril, convencido de que ya había hecho lo suficiente para convencer a los Aliados de que era un negociador creíble, Himmler organizó una cuarta reunión con Bernadotte, que debía producirse en el consulado sueco en Lübeck a las once de la noche.[30]Debido a un intenso ataque aéreo, ambos se refugiaron en el sótano del consulado y la reunión no comenzó hasta medianoche y tuvo que celebrarse a la luz de las velas.

En cuestión de horas, la conversación había quedado plasmada en varios informes secretos remitidos a Londres, Moscú y

Washington. El embajador estadounidense en Suecia resumió su contenido en un telegrama al Departamento de Estado de EE. UU.:

> (1) EL CONDE BERNADOTTE SE REUNIÓ CON HIMMLER EN LÜBECK A LA 1 EN PUNTO [*sic*] DE LA MADRUGADA DEL 24 DE ABRIL A PETICIÓN DE HIMMLER.
>
> (2) HIMMLER DIJO QUE HITLER ESTABA TAN ENFERMO QUE ERA POSIBLE QUE ESTUVIERA MUERTO O QUE NO LE QUEDARAN MÁS DE DOS DÍAS (EL GENERAL SCHELLENBERG, JEFE DEL ESTADO MAYOR DE HIMMLER, DIJO QUE HITLER HABÍA PADECIDO UNA HEMORRAGIA CEREBRAL Y QUE, POR TANTO, HIMMLER GOZABA DE PLENA AUTORIDAD).
>
> (3) HIMMLER PIDIÓ AL GOBIERNO SUECO QUE ORGANIZARA UNA REUNIÓN CON EISENHOWER PARA CAPITULAR EN TODO EL FRENTE OCCIDENTAL (INCLUYENDO HOLANDA). BERNADOTTE PREGUNTÓ SI NORUEGA Y DINAMARCA ESTABAN INCLUIDAS EN LA CAPITULACIÓN. HIMMLER ACEPTÓ ORDENAR A SUS TROPAS EN NORUEGA Y DINAMARCA QUE SE RINDIERAN ANTE EL EJÉRCITO ESTADOUNIDENSE, BRITÁNICO O SUECO.[31]
>
> (4) HIMMLER DIJO QUE ESPERABA CONTINUAR EL COMBATE EN EL FRENTE ORIENTAL Y PRECISÓ QUE SU OFERTA ERA SOLO PARA LOS ALIADOS OCCIDENTALES.[32]

Himmler no dudaba de que los Aliados fueran a aceptar su oferta. Después de la reunión con Bernadotte, volvió al sanatorio de las SS en Hohenlychen, donde vio a Albert Speer, el arquitecto de Hitler, y le explicó su acercamiento a Eisenhower. «Himmler seguía moviéndose en un mundo de fantasía», escribió Speer en sus memorias. «“Europa tampoco podrá funcionar sin mí en el futuro”, dijo. “Seguirá necesitándome como ministro de Policía. Cuando haya pasado una hora con Eisenhower, se dará cuenta. Pronto sabrán que dependen de mí o tendrán un caos absoluto entre manos.”»[33]

En sus numerosas conversaciones con Bernadotte, Himmler no mencionó ni una sola vez a los Prominenten. Tampoco aparecen en las comunicaciones de las SS y Wehrmacht interceptadas por decodificadores en Bletchley Park ni en las que mantuvieron el

Reichsführer y otros miembros de la cúpula nazi, también interceptadas.

Al parecer, los 137 prisioneros especiales de Himmler eran un secreto que solo conocían él y los guardias a los que confió su seguridad, un as que aún guardaba en la manga y que solo esgrimiría cuando empezaran las negociaciones con Eisenhower.

35

En Dachau, mientras Himmler seguía con sus cobardes esfuerzos por restituir su reputación, el comandante Weiter se aseguraba de que los Prominenten estuvieran «cómodos», todo ello en un campo donde cada día morían cientos de personas de fiebre tifoidea y en el que en años anteriores habían perecido miles por enfermedad o asesinados por las SS.

Gran cantidad de Prominenten varones fueron alojados en el prostíbulo. Con la misma configuración que los de otros campos de concentración, consistía en una gran sala de espera de la cual salían las habitaciones en las que las prostitutas atendían a sus clientes. Del techo aún colgaban oropeles polvorientos y guirnaldas de papel descoloridas que pretendían animar el «salón recreativo», y habían instalado más camas para los prisioneros.[1]Las distintas nacionalidades prefirieron agruparse por habitaciones. Para incredulidad de los prisioneros de guerra británicos, los obispos católicos estaban tan ofendidos por que los hubieran alojado en un burdel que insistieron en «librar al edificio de cualquier vestigio de pecado». Según escribió Payne Best, «fregaron y purificaron hasta el último recoveco con agua bendita» y «santificaron una habitación para utilizarla como capilla para la misa diaria».[2]

Frente al prostíbulo se encontraba la Kommandaturarrest. En ella permanecía el grupo que fue trasladado desde Schönberg días antes de que se fueran los Sippenhäftlinge, entre ellos los Thyssen, los Blum, el general Falkenhausen, los Schuschnigg y el capitán Payne Best, a quien al principio le pareció lujosa: las habitaciones eran amplias y luminosas, con elegantes suelos de parquet, y en los baños compartidos había agua caliente e inodoros que funcionaban; fuera había incluso un jardín con tumbonas para tomar el sol. Sin embargo, poco después supo por el jardinero que

en el edificio se habían llevado a cabo ejecuciones. El hombre, un antiguo payaso arrestado por la Gestapo por contar un chiste sobre Goebbels, se encargaba de arreglar el jardín para los Prominenten, una tarea que le había encomendado Weiter. Cuando Payne Best lo conoció, estaba plantando un nuevo lecho de flores en la parte baja de un muro: «Señaló miles de agujeros en la pared y me contó que habían traído a unos prisioneros por una puerta estrecha, les habían ordenado que se dieran la vuelta y les habían pegado un tiro en la nuca. Según dijo, al cavar en los lechos había sacado un quintal de casquillos de bala».[3]

Himmler no había cumplido su promesa de anular las ejecuciones, y fue entonces cuando Payne Best se enteró de que Georg Elser, un socialista que estuvo a punto de asesinar a Hitler en noviembre de 1939, había sido ejecutado en el jardín aquella tarde. La bomba de relojería que colocó Elser en un mitin celebrado en una cervecería de Múnich para conmemorar el Putsch de 1923 había acabado con la vida de ocho personas y herido a sesenta y dos. El artefacto estalló cuando debía, pero Hitler y otros líderes nazis se habían ido antes. Para Payne Best, la noticia de la ejecución de Elser era un mal augurio. Había sido detenido en Venlo al día siguiente del atentado y falsamente acusado de orquestar el intento de asesinato en nombre del gobierno británico.

Ignorando qué les deparaba el futuro y ajenos a las maniobras de Himmler, la amenaza de la ejecución preocupaba a los prisioneros. «La muerte súbita estaba a la orden del día. En cualquier momento podían ordenar que algunos o todos fuéramos gaseados, fusilados o ahorcados», recordaba Best.[4]El general Delestraint fue el segundo prisionero del edificio de la KA[5]en ser ejecutado. Amigo personal de Charles de Gaulle y figura destacada de la resistencia francesa, Delestraint había liderado la Armée Secrète, una unidad paramilitar con unos 150.000 miembros que de Gaulle esperaba que constituyeran el núcleo de un futuro ejército francés. Una mañana, un oficial de las SS se llevó al general. Luego lo condujeron al crematorio, donde fue ejecutado sumariamente.

Días después, nadie lamentó la ejecución de otro prisionero.

Se trataba del doctor Rascher, el exdirector de experimentos médicos en Dachau. Sin embargo, para Hugh Falconer, que compartía celda con él, su muerte fue desagradable y traumática.

Rascher, según contaba Falconer en sus memorias, estaba convencido de que sería ejecutado en Dachau, ya fuera para impedir que los Aliados descubrieran sus investigaciones médicas o porque Himmler quería venganza por sus falsas afirmaciones sobre la capacidad de las mujeres para engendrar a edades avanzadas. Desde su llegada, estuvo sentado en un rincón de cara a la pared «y se negaba a cambiar de postura».[6]Falconer estaba en la celda cuando llegó el inevitable momento:

> Hacia las 12.30 llegaba el almuerzo. En la puerta de las celdas había una trampilla de unos cuarenta centímetros cuadrados que podía abrirse desde fuera y por la cual nos pasaban la comida. Cuando nos llegó el turno, fui a coger mi cuenco y el de Rascher, que seguía aterrado de enseñar su rostro. En cuanto llegué, en lugar de darme la comida, el guardia de las SS se agachó para verme la cara. Al reconocerme, gritó:
>
> —¡Tú no, el otro!
>
> —No pasa nada —le dije—. Dámelo a mí. El otro no se encuentra muy bien.
>
> —No —insistió el guardia—. Cada uno debe coger el suyo.
>
> No tuve otra alternativa que hacerme a un lado y, a regañadientes, Rascher fue hacia la puerta, acercándose por un lado e intentado que no se le viera la cara. Cuando estuvo delante de la puerta, el guardia le descerrajó dos disparos en el estómago con la Luger y cerró la trampilla.
>
> El impacto de las pesadas balas disparadas a bocajarro lanzó a Rascher varios metros hacia atrás y cayó al suelo con los brazos extendidos. No podía hacer nada por él [...]. Una de las balas debió de alcanzarle en la columna, porque no volvió en sí en ningún momento y murió bastante rápido. Creo que mi diagnóstico era correcto, porque busqué un rato en la celda, pero solo pude encontrar un casquillo.
>
> Creía que el guardia volvería a traerme la comida, que me apetecía muy poco, o más bien a liquidar al único testigo de un asesinato a sangre fría, pero me dejaron allí con aquel cadáver bastante maltrecho hasta bien entrada la tarde.[7]

Con la excepción de Rascher, el enemigo de Himmler, era la arbitrariedad de las ejecuciones lo que inquietaba a los prisioneros.

No parecía haber lógica alguna en la elección de un hombre en lugar de otro. En aquel ambiente aterrador, se aferraban a la esperanza de que los estadounidenses acudieran al rescate.[8]

Kurt Schuschnigg, encerrado en el edificio de la KA, llevaba un diario. «Los estadounidenses avanzan por el Danubio y el río Lech», escribió el 18 de abril. «A veces oímos la artillería. Los ataques aéreos en Múnich y alrededores aumentan diariamente. Estamos todos muy emocionados. No puede faltar mucho, a menos que evacúen el campo en el último momento.»

Pero el 20 de abril se enteró de que, la noche anterior, las SS habían trasladado a varios Prominenten: «Corren rumores terribles [...]. Nadie puede explicarnos qué harán con los que quedamos en Dachau. Dicen que a nosotros también nos evacuarán. Según cuentan, la Cruz Roja Internacional ocupará todo el campo. Eso sería ideal, desde luego, pero he aprendido que no hay que lanzar las campanas al vuelo prematuramente y me niego a creerlo».[9]

Su siguiente entrada, del 22 de abril, consistía en solo dos palabras: «Estamos esperando».[10]

Payne Best, que había sido trasladado de la KA al burdel, también estaba en vilo. Utilizando su equipo de radio, Rohde contactó con hombres que estuvieran dispuestos a cruzar la línea del frente para entregar un mensaje a las fuerzas estadounidenses desplegadas en el Danubio, y Payne Best oyó que era prácticamente seguro que uno de ellos lo había conseguido.

La mañana del 24 de abril se intensificó la actividad aérea sobre el campo y Payne Best afirmaba haber visto un grupo de aviones estadounidenses que al parecer estaban efectuando un vuelo de reconocimiento. «Todos nos alegramos mucho y esperábamos una pronta liberación», anotó en su diario.[11]

Aquellas esperanzas quedarían en nada.

Unos setecientos kilómetros al norte del campo, Himmler había regresado a Hohenlychen a las 4.30 tras su última reunión con el conde Bernadotte. A las 12.30, su edecán, el general Schellenberg, lo encontró en la cama. Era «la viva imagen de la tristeza y dijo

que se encontraba mal».[12]

Del 17 al 24 de abril, desplazándose constantemente entre Berlín y el norte de Alemania, la incertidumbre de Himmler respecto a si el conde aceptaría transmitir su oferta de rendición a Eisenhower supuso que dejara a la mayoría de los Prominenten en Dachau. Solo unos pocos habían sido trasladados a los Alpes. Convencido de que Eisenhower negociaría, aquella mañana ordenó que llevaran al resto de los prisioneros a un lugar seguro en el Tirol. En las montañas estarían «a salvo» hasta que comenzaran las negociaciones con Eisenhower.

Payne Best y los otros prisioneros pasaron aquella mañana asomados a las ventanas del prostíbulo observando a los aviones estadounidenses que sobrevolaban el campo. Poco antes de mediodía llegó un guardia de las SS para avisarlos de que se irían a las cinco de la tarde. Incrédulos y desesperados, empezaron a recoger sus cosas. Pero hacia las 15.30 recobraron la esperanza. «Justo cuando habíamos terminado de hacer las maletas —escribió Payne Best—, vimos media docena de cazas estadounidenses sobrevolando el campo y disparando contra algún objetivo. Garibaldi, que conocía la distribución del lugar, dijo que estaban atacando el aparcamiento, y poco después nos enteramos de que cinco autocares preparados para trasladarnos habían sido acribillados y que no nos moveríamos; debíamos prepararnos para el día siguiente a las cinco. Nuestro optimismo se desató y empecé a pensar que el hombre de Rohde había logrado entregar el mensaje y estaban tomando medidas para impedir el traslado.»[13]

«Por la tarde —añadió Payne Best—, nos apiñamos todos alrededor de la ventana desde la que se divisaba el aparcamiento a la espera de nuestros amigos, los cazas. Dieron las cuatro y luego las cinco. Nos dijeron que lleváramos el equipaje a los camiones [...]. Finalmente, volvimos a oír aviones en vuelo rasante y disparos. Regresamos al edificio y nos asomamos a la ventana. Había entre seis y diez aviones atacando el aparcamiento, al parecer disparando cañones y ametralladoras [...]. Nos dijeron que

ardieron tres de los cinco autocares y que hubo trece bajas. Por lo visto, aquel día tampoco habría traslado y todos nos pusimos a brincar.»

Una hora después, el grupo de Payne Best abandonó Dachau. Tres autocares habían sido destruidos, pero las SS habían traído camiones desde Múnich para reemplazarlos.

Al otro lado de la valla perimetral, a muchos cientos de metros del campo, los Sippenhäftlinge desconocían la información de Rohde. En aquella última semana de abril tampoco sabían que los otros Prominenten habían sido trasladados. Encerrados en el hospital, una casa grande y elegante situada en la avenida de las SS, convivían con esposas de hombres que habían supervisado la detención de miles de prisioneros de campos de concentración como Dachau.

En calidad de refugiadas, ahora utilizaban el hospital de las SS como escala en su viaje hacia el sur para huir de los Aliados. A Isa la dejó asombrada su respuesta a aquella situación: «Había diez o quince mujeres de líderes de las SS procedentes de Oranienburg y otros campos de concentración con innumerables niños y montañas de maletas. “Ah, esto es solo el equipaje de mano. Lo más grande se ha perdido. Allí tenía mucho café de verdad y preciosos objetos de plata. Mi marido, el Obergruppenführer, etc., etc.” Ansiosas por demostrar que eran las esposas inteligentes e industriosas de los hombres de las SS, hicieron los últimos preparativos para seguir cómodamente con su viaje. Creían de veras que podrían evitar el horror de las represalias o lo que les deparara el destino. Todas decían que se reunirían con sus maridos al día siguiente “a más tardar”, y estaban seguras de que tal o cual maleta aparecería. Pero, cuando les preguntabas adónde pensaban que irían, se encogían todas de hombros: “Ah, a algún sitio”; “Todo saldrá bien”; “A las mujeres y los niños no les harán nada. Al fin y al cabo, no podíamos evitarlo”».[14]

Por el hospital pasaron innumerables miembros de las SS buscando refugio con sus familias. Una mañana, Isa y Fey vieron a

Fräulein Rafforth, la vigilante de Buchenwald. Había escapado poco después de que llegaran los estadounidenses. «Rafforth seguía en plena forma, tan vulgar como siempre y aún más gorda que cuando estaba en Buchenwald», escribió Isa. «Nos contó que Fräulein Knocke se había dirigido al Frente Occidental en plena noche. Ella se había quedado con otros SS de Sonderbau 15 y nos deleitó con historias sobre los "maravillosos" días que pasaron en el barracón vacío sin nada que hacer excepto comer y dormir. Su descripción de lo que ingirieron en pocos días, tanto alcohol como chocolate y tabaco, fue bastante impactante. Lo habían cogido todo de la cantina de las SS.»[15]

Según el relato de Fey, Rafforth también les habló de la evacuación de Buchenwald cuando se aproximaban los tanques estadounidenses: «Justo antes del final, habían metido a unos mil prisioneros en veinte vagones de ganado con comida y provisiones para tres o cuatro días. Pero el viaje desde Buchenwald duró dos semanas y los vagones llegaron a Dachau llenos de muertos y moribundos. Me horroricé al oír que tanta gente inocente, como aquellos pobres prisioneros, seguía muriendo inútilmente. ¿Qué sentido tenía aquel monstruoso sadismo? Todo estaba a punto de derrumbarse».

En el hospital, las medidas de seguridad eran laxas, y Fey y los demás podían moverse con libertad: «Para evitar a las familias de las SS, pasábamos gran parte del tiempo en el jardín, que era espacioso y cuidado. Los guardias solo aparecían de vez en cuando, y estaban tan absortos en sus preocupaciones que teníamos poco contacto con ellos».

Todos los guardias escuchaban emisoras de radio aliadas, que informaban de la conquista de una ciudad alemana tras otra. En Berlín, los rusos habían llegado a las afueras y estaban atacando edificios gubernamentales en Leipziger Strasse y Unter den Linden. La radio alemana respondió que, en los próximos días, la capital haría frente a «su prueba más dura» y atribuía que los rusos hubieran «avanzado tanto» a «traidores alemanes» que habían guiado al Ejército Rojo: «Muchos han sido desenmascarados y colgados inmediatamente de una farola o una puerta que lo

permitiera».[16]

A diferencia de los Prominenten del campo principal, que creían que en pocos días serían liberados por los estadounidenses, los Sippenhäftlinge no abrigaban esa ilusión. En el transcurso de cinco meses, las SS los habían trasladado siete veces: del Hindenburg Baude a Stutthof y después a Matzkau, Buchenwald, Lauenburg, Regensburg, Schönberg y Dachau. Los traslados siempre se producían en el último momento. Parecía inconcebible que ahora que Alemania se desplomaba a su alrededor las SS fueran a sacarlos del campo. Pero había ocurrido una y otra vez, y no dudaban de que pudiera volver a suceder.

Fey tenía dos preocupaciones primordiales. La primera era que, en el caso improbable de que siguieran en Dachau cuando llegaran los estadounidenses, los metieran en el mismo saco que a las familias de las SS. A diario, la radio alemana mencionaba ejecuciones de prisioneros de las SS por parte de soldados aliados, quienes, enfurecidos por las atrocidades que habían descubierto, no habían hecho preguntas. Su segunda preocupación, y la más inmediata, era que corrían el riesgo de que los matara una bomba estadounidense.

Las sirenas antiaéreas sonaban día y noche. Los estadounidenses estaban lanzando cientos de toneladas de explosivos sobre Múnich, situada a tan solo quince kilómetros de Dachau. La ferocidad del ataque era tal, escribió Fey, que era como ir a bordo de un barco durante una tormenta.

Por la noche, cuando sonaba la sirena, los guardias intentaban llevar al grupo a un refugio situado en la escuela de formación de las SS. Al principio nadie quería ir. «La escuela era un objetivo mucho más probable que el hospital, que tenía el símbolo de la Cruz Roja Internacional pintado en el tejado», recordaba Fey. «Siempre que los guardias venían a buscarnos, nos escondíamos debajo de las camas o en los armarios. Seguimos jugando al gato y al ratón hasta que tiraron la toalla y se llevaban a los que querían ir. Yo no tenía ganas de levantarme, vestirme e ir a otro sitio en el que como mínimo teníamos las mismas probabilidades de ser aniquilados.»

El 24 de abril, la noche que los cazas estadounidenses atacaron el aparcamiento de las SS, Fey ignoró la alarma antiaérea, como de costumbre: «Todo el mundo se fue corriendo al refugio, incluso la incondicional Maria von Hammerstein, que normalmente se quedaba conmigo. De repente empezaron los bombardeos y me vi sola en aquel edificio que se tambaleaba. Quizá fue la soledad, o quizá el ruido y los destellos, pero me invadió el pánico, convencida de que el próximo segundo sería el último. Salí de la cama, cogí la ropa y me vestí en diez segundos. Mientras me ponía los pantalones y con los zapatos desabrochados, eché a correr lo más rápido que pude. En la entrada del edificio estuve a punto de caerme. El patio estaba bañado en la inquietante luz naranja de las bengalas que utilizaban los bombarderos para iluminar el objetivo. Aterrada, fui corriendo hacia la escuela. Finalmente, conseguí entrar. Después de detenerme en el vestíbulo para recobrar la compostura, fui al sótano con los demás. Uno de los guardias sonrió cínicamente, pero yo solo miraba al suelo e intentaba dejar de temblar».

Según reconoció, estaba absolutamente agotada y tenía los nervios destrozados: «No cabía duda de que la guerra estaba acabando, pero la destrucción, el caos y la absurda pérdida de vidas me hacía temer aún más por mis hijos. Alemania se había convertido en un gran objetivo de las bombas. Había ciudades en llamas e incluso el campo había sido invadido por los tanques británicos y estadounidenses [...]. Solo podía pensar en dónde estarían Corradino y Robertino. Me sentía tan indefensa y atrapada que casi no podía soportarlo».

Y todavía no había terminado. El 26 de abril a las nueve de la mañana, cuarenta y ocho horas antes de que los estadounidenses liberaran el campo, les ordenaron que hicieran las maletas.

Luego se produjo la inevitable demora y casi había oscurecido cuando los Sippenhäftlinge salieron del hospital, esta vez a pie.

Los ciento treinta y siete iban escoltados por los guardias y enfilaron la avenida de las SS, pasando por delante de las magníficas casas con sus inmaculados céspedes, hasta llegar al campo principal. Debido a los daños que había ocasionado el

bombardeo en la carretera perimetral, les dijeron que tendrían que cruzar el campo para llegar a la estación, donde aguardaba una flota de autocares para trasladarlos al sur. Los guardias se negaron a desvelar su destino. «Es un viaje al cielo», bromeó uno de ellos.

El trayecto hasta la estación era de treinta minutos y pasaron frente a sucesivas hileras de barracones aparentemente vacíos. Estaban rodeados de alambre de espino y cubiertos de maleza, y Fey supo más tarde que sus ocupantes eran prisioneros enfermos y moribundos, unos 42.500 en total, demasiado débiles para ser evacuados.

Himmler no había cumplido su promesa de frenar las evacuaciones de los campos de concentración. En Dachau llevaban tres días en marcha. Unos 5.000 prisioneros se habían ido en tren el 24 y el 25 de abril; 7.000 saldrían a pie aquella misma noche. Cuando llegaran al Tirol, uno de los últimos territorios del Reich que aún controlaban los nazis, serían utilizados en fábricas de armamento construidas en búnkeres debajo de los Alpes.[17]

Cuando los Sippenhäftlinge se acercaron a la plaza de armas, hablaron con los prisioneros que partirían aquella noche. Fey estuvo a punto de perder el equilibrio entre empujones: «Había miles y miles. Todo el campo parecía haberse puesto en marcha y confluía en la plaza de armas desde todos los rincones [...]. Hombro con hombro, avanzaban lentamente hacia la salida en un silencio absoluto».

Abriéndose paso entre los prisioneros, los guardias llevaron a los Sippenhäftlinge a otra plaza de armas iluminada por focos. En aquel espacio abierto dominaba una actividad frenética: SS de todos los rangos iban de un lado para otro; las motocicletas iban y venían; los camiones circulaban a toda velocidad. Los cazas estadounidenses sobrevolaban el campo a baja altura y observaban lo que estaba aconteciendo. Las SS continuaron despreocupadamente, pues sabían que la presencia de miles de prisioneros impedía que los aviones dispararan.

En una esquina de la plaza había tres camiones aparcados. Mientras los Sippenhäftlinge esperaban para subir, se oyó un murmullo entre los prisioneros, agolpados al otro lado de los

soldados. Kurt Schuschnigg, su mujer y su hija habían sido escoltados desde la KA. En el campo había gran cantidad de austríacos, tanto judíos como no judíos encarcelados por resistencia a los nazis, y algunos reconocieron a su antiguo canciller. «Nuestra partida fue dramática», escribió Schuschnigg. «Los guardias abrieron un estrecho pasillo por el cual debíamos pasar. De repente, asomó una mano agotada entre el gentío. Por aquí te llamaba alguien, por allá te sonreía una cara conocida. Al principio eran solo unos pocos, luego más y más, cientos, miles incluso [...]. Levantaban la mano, algunos haciendo por costumbre el saludo de Hitler, otros con el puño cerrado [...]. Quizá fue el momento más impresionante de aquellos años.»[18]

Los Sippenhäftlinge, los últimos en llegar a Dachau y los últimos en irse, serían transportados con otros dos grupos de prisioneros especiales: el «grupo Seydlitz», familiares de soldados de la Wehrmacht que ahora combatían para el Ejército Rojo en el Frente Oriental, y los políticos Kurt Schuschnigg y Léon Blum. Tras subir a los camiones, tuvieron que esperar varias horas. Su convoy no podría partir hasta que las columnas de prisioneros, que franquearon una puerta cercana para emprender la marcha forzada hasta los Alpes, abandonaran el campo. «La imagen de la evacuación —escribió Léon Blum en sus memorias— es lo más terrible que recuerdo [...]. A los prisioneros los hacían avanzar a porrazos y los que no podían continuar eran ejecutados allí mismo.»[19]Fey también veía la entrada: «Fueron pasando columnas de hombres delgados y exhaustos. No llevaban ropa ni posesión alguna. Había uno o dos carromatos cargados hasta los topes que intentaban empujar varios grupos de prisioneros con la espalda doblada. Algunos estaban demasiado débiles para continuar y vi a varios caminando a gatas. Los guardias se acercaban gritándoles y les golpeaban con los rifles. Si no podían levantarse, les pegaban un tiro en la nuca. Mientras observaba con impotencia desde el camión, lo único que podía hacer era intentar no vomitar. ¿Qué pretendían hacer las asesinas SS con aquella pobre gente? Que fueran capaces de mostrar semejante crueldad era incomprensible. Después de horas de agonía, nuestros camiones iniciaron la

marcha. En la carretera pasamos junto a aquellas columnas, aterrados y llenos de compasión por aquella pobre gente».[20]

Después de bordear Múnich, el convoy se dirigió hacia el sur y puso rumbo a Austria. Los conductores pisaron el acelerador, ansiosos por llegar a su destino antes del amanecer. «El hecho de circular a aquella velocidad nos inquietó aún más», escribió Isa. «Dejar atrás el Frente Occidental nos ponía nerviosos. Resignarse al evidente absurdo de aquel viaje era un acto de valor, y tuvimos que ejercer mucho autocontrol para no arrastrarnos unos a otros a la desesperación y la frustración que sentíamos.»[21]

Entraron en Austria por el paso de Scharnitz y al alba se encontraban en un profundo valle flanqueado por montañas nevadas, cuyas cumbres eran teñidas de rosa por los primeros rayos de sol. En las horas posteriores, el convoy hizo dos breves paradas. En la primera, los camiones se detuvieron al lado de una furgoneta de panadero. Las SS habían coordinado milagrosamente un encuentro en un tramo aislado de carretera. Las lonas de los camiones no estaban bien atadas y los prisioneros pudieron coger tanto pan como quisieron de la parte trasera de la furgoneta. La segunda parada no estaba programada. Cazas estadounidenses patrullaban el valle y los conductores se vieron obligados a tomar un desvío por una pista forestal y cobijarse bajo los árboles para evitar ser atacados.

Poco antes de las diez, el convoy llegó a Reichenau, un campo de trabajo dirigido por las SS a las afueras de Innsbruck, y los guardias ordenaron a los prisioneros que bajaran de los camiones. Detrás de una valla de alambre de espino, en un patio situado delante de un bloque de casas de madera, vieron a docenas de hombres sentados en tumbonas y charlando en grupos. Eran los Prominenten a los que habían trasladado desde Dachau el 20 y el 25 de abril.

Los Sippenhäftlinge reconocieron algunas caras de Schönberg, donde estuvieron encarcelados en las dos escuelas del pueblo. Isa describió su alegría por volver a verse: «Nos abrazamos en una

oleada de auténtica comprensión y sufrimiento compartido. En aquel momento parecía que nuestra guerra hubiera tenido un final feliz».[22]Fey también se emocionó: «¡Fue como una fiesta de cumpleaños llena de amigos a los que no veías desde hacía mucho! Inmediatamente, todos empezamos a contarnos historias sobre lo ocurrido. La gente iba de un grupo a otro llamándose por sus nombres (algo que antes les estaba prohibido). Había unos 130 prisioneros de todas las nacionalidades. Era una imagen increíble. Había obispos con magníficas sotanas rojas, príncipes vestidos con uniformes a rayas y líderes partisanos italianos paseándose cual pavos reales. ¡Con tantas conversaciones en todas las lenguas europeas imaginables aquello parecía la Torre de Babel!».

El número de prisioneros quintuplicaba al de guardias de las SS, que los dejaron en paz y se retiraron a un barracón situado en medio del campo. Hacía un sol maravilloso y el paisaje de montaña era espectacular. En aquel ambiente de emoción, la gente cogió sillas, preparó tazas de té y ofreció cigarrillos. Isa estaba especialmente contenta, ya que entre la multitud conoció al teniente de aviación Sydney Dowse. El piloto había participado en cuatro intentos de fuga, entre ellos la tristemente célebre Gran evasión de Stalag Luft III, y había permanecido confinado en una celda de Sachsenhausen cerca de los padres de Isa.[23]No tenía noticias de ellos desde su detención en el invierno de 1943, pero la tranquilizó oír lo que explicó: «Mi madre, me dijo, se pasaba gran parte del paseo diario debajo de su ventana y las conversaciones que mantenía con ella eran el momento más esperado del día. Durante sus paseos, él buscaba un momento para lanzar algo por la ventana de la celda de mis padres: una flor, tabaco o unas galletas. Por Navidad se habían escrito felicitaciones en la nieve».[24]

Los distintos encuentros fueron una experiencia emocional para todos los prisioneros. Sin embargo, para Payne Best, encarcelado desde 1939, las conversaciones con los prisioneros de guerra británicos eran incómodas: «Era la primera vez en casi cinco años y medio que podía hablar libremente con hombres de mi nacionalidad, hombres que, en virtud de su indomable coraje y su negativa a aceptar la derrota, eran los héroes de los demás presos.

Fueron extraordinariamente simpáticos y agradables conmigo, pero me sentía avergonzado porque, mientras ellos se habían fugado una y otra vez, yo me había limitado a sentarme en la celda a vivir como un caniche de concurso».[25]

Al ver a tantos prisioneros, cada uno con sus rumores, Fey esperaba conseguir información sobre los niños. «Aquella tarde busqué a gente que pudiera hablarme de niños que seguían retenidos por las SS, pero nadie sabía nada, tan solo que los tenían en "instituciones" de las SS o que les habían cambiado los nombres y tal vez los habían dado en adopción. Aunque me moría por descubrir algo, dejé el tema cuando vi que no me llevaba a ningún sitio. Lo cierto era que nadie quería que lo molestaran con problemas que no fueran inmediatos y sobre los cuales no se pudiera hacer nada. Había muerte y destrucción por todas partes y lo más importante era sobrevivir y salir libres. Debo reconocer que, en aquellas circunstancias, incluso yo pude aparcar mi preocupación por los niños, al menos temporalmente.»

La mayoría de los prisioneros pensaban que todo había acabado, que los retendrían en Reichenau un par de días y luego los liberarían. Pero Payne Best era escéptico: «Había algo que no me agradaba en absoluto, y era que había visto al teniente Bader y un número considerable de sus hombres de las SS. Si iban a liberarnos, ¿por qué habían enviado con nosotros a Bader y sus hombres, cuya función era liquidar a prisioneros no deseados?».[26]

Aunque Fey no creía que fueran a liquidarlos, compartía el escepticismo de Payne Best por otros motivos: «Estaba claro que éramos rehenes, no prisioneros. Desde el principio, las SS se habían tomado muchísimas molestias para mantenernos con vida. ¿Por qué después de llevarnos de un campo a otro iban a dejarnos marchar repentinamente?».

En el Cuartel General Supremo de Rheinsberg, Himmler seguía esperando respuesta de los Aliados occidentales aquel 27 de abril.

Su oferta para reunirse con el general Eisenhower para discutir la rendición de las fuerzas alemanas en el Frente

Occidental había sido trasladada al presidente Truman y Winston Churchill el día 25.

Aquella tarde, el Gabinete de Guerra de Churchill se dio cita en Whitehall. Tal como revelan las actas de la reunión, sospechaba que la renuencia de Himmler a rendirse en el Frente Oriental era una maniobra para dividir a Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética: «El primer ministro dijo que había que comunicar sin demora ese importante aspecto al mariscal Stalin. Al mismo tiempo, creía que debíamos dejar claro que para el gobierno de su majestad no había otra posibilidad que una rendición simultánea ante las tres grandes potencias. Tenían que decirle a Hitler que todos los soldados alemanes debían capitular, ya fuera como individuos o como unidades, ante las tropas aliadas o sus representantes sobre el terreno. Y, hasta que eso ocurriera, los ataques aliados continuarían con el máximo vigor en todos los escenarios».

«Himmler no tuvo ocasión de reunirse con el general Eisenhower tal como proponía», se añadía en las actas. «De hecho, sería inapropiado debatir esa propuesta de rendición total con el comandante militar sobre el terreno.»[27]

Cuando conocieron la oferta de Himmler, Truman y Churchill la rechazaron de plano. Sin embargo, por razones que aún no están claras —posiblemente por su desdén hacia el que consideraban el segundo criminal de guerra más brutal después de Hitler—, la mañana del 27 de abril, ni el presidente de Estados Unidos ni el primer ministro británico habían respondido a Himmler.[28]

Confiando en que Eisenhower negociaría, Himmler ordenó aquella tarde que los Prominenten fueran trasladados a un hotel del Tirol.

En Reichenau, Payne Best percibió un cambio de comportamiento en los guardias hacia las tres de la tarde. Salieron del barracón donde habían pasado casi todo el día y se pusieron a hablar en grupos a la entrada del campo. Por su actitud conspiratoria y el hecho de que no pararan de volver la cabeza hacia los prisioneros,

Payne Best intuyó que tramaban algo.

Entonces vio a Stiller, uno de los oficiales de las SS, y se dirigió hacia él. Mantenía una relación razonablemente buena con el joven teniente, al que consideraba más maleable que los otros guardias: «Acorralándolo, conseguí sonsacarle que aquella noche nos iríamos al Tirol italiano. Dijo que nos llevarían a un hotel en el que esperaríamos la llegada de nuestras tropas y que había recibido órdenes de que nuestra liberación se produjera de manera ordenada. Como siempre, fue muy amigable y educado».[29]

El teniente Stiller no lo fue tanto cuando habló con Isa Vermehren. «Sus órdenes —escribió— eran trasladarnos, escondernos y llevarnos a un sitio en el que el enemigo no pudiera encontrarnos.»[30]

Esas órdenes cambiarían de la noche a la mañana.

Mientras las SS hacían subir a los prisioneros a los autocares que esperaban fuera del campo, el conde Bernadotte estaba con el general Schellenberg, el edecán de Himmler, que había viajado a Suecia para discutir el contenido del telegrama enviado por el presidente Truman rechazando la oferta de Himmler:

> SOLO SE ACEPTARÁ UNA OFERTA DE RENDICIÓN ALEMANA CON LA CONDICIÓN DE QUE SEA TOTAL EN TODOS LOS FRENTES CON RESPECTO A GRAN BRETAÑA, LA UNIÓN SOVIÉTICA Y ESTADOS UNIDOS. CUANDO SE HAYAN CUMPLIDO ESAS CONDICIONES, LAS FUERZAS ALEMANAS DEBERÁN ENTREGAR LAS ARMAS A LOS COMANDANTES ALIADOS. SI PERSISTE LA RESISTENCIA EN ALGÚN LUGAR, LOS ATAQUES ALIADOS SE LIBRARÁN DESPIADADAMENTE HASTA ALCANZAR LA VICTORIA TOTAL.[31]

A Schellenberg, el portador de tan mala noticia, le aterraba anunciársela a Himmler, y esperó a la medianoche para llamar a su cuartel general: «Solo pude hablar con [Rudolf] Brandt [jefe del Estado Mayor de Himmler], que preguntó entusiasmado por los resultados. Le dije que eran negativos, pero que el conde quería reunirse con Himmler en Lübeck para comentar la cuestión de los

ejércitos alemanes en Escandinavia. La propuesta fue rechazada tajantemente. Solo debía informar a Himmler».[32]

«Sabía que mi posición con Himmler era tan difícil que debía afrontar el hecho de que podían liquidarme», añadía Schellenberg. «Así pues, pedí a un astrólogo de Hamburgo que me acompañara. Himmler lo conocía personalmente y lo tenía en muy alta estima. Nunca podía resistirse a una lectura del horóscopo y pensé que ello suavizaría su reacción a la decepción.»

Finalmente, cuando Schellenberg acudió a la cita a la mañana siguiente, Himmler ya sabía que Truman había rechazado su oferta. Conscientes de que la propuesta se había hecho a espaldas de Hitler, los Aliados, en un intento por fracturar la relación entre el Führer y el jefe de las SS, lo filtraron a Reuters, la agencia internacional de noticias. El 28 de abril al amanecer copaba los titulares de prensa y los boletines radiofónicos de todo el planeta.

Es imposible saber con exactitud cuándo supo Himmler que Truman había rechazado su oferta, si se lo comunicó Brandt o si estaba escuchando la radio de madrugada. Tampoco existe ninguna crónica de primera mano sobre su reacción a la noticia. Pero, para los Prominenten, las consecuencias fueron catastróficas. Ahora que ya no podía utilizarlos como baza en las posibles negociaciones con el general Eisenhower, sus vidas no valían nada.

En algún momento entre la medianoche y las nueve de la mañana del 28 de abril, Himmler ordenó al teniente Bader que liquidara a los 137 prisioneros.

Sin embargo, el retraso de Schellenberg, principalmente para salvar el pellejo, había supuesto un aplazamiento de la ejecución. Si Himmler hubiera conocido la decisión de Truman cuando aún estaban en Reichenau, probablemente habrían muerto allí mismo. Pero cuando se enteró ya habían abandonado el campo e iban camino del hotel en el Tirol.

36

El convoy de siete autocares, que llevaba a 137 prisioneros y cincuenta guardias de las SS y la Gestapo, salió de Innsbruck al anochecer. Las montañas se recortaban contra un cielo cada vez más oscuro mientras atravesaban el valle Wipptal rumbo al paso de Brenner. La vieja carretera, construida en el siglo XVIII, era muy empinada. Al dejar atrás el paisaje primaveral del valle del Eno notaron el descenso térmico a medida que los autocares tomaban lentamente las curvas y se acercaban cada vez más a la cota de nieve.

Ignorando el verdadero propósito del viaje, Fey miraba inexpresivamente por la ventanilla. Se había cerrado el círculo; habían pasado seis meses desde que salió de Innsbruck sin los niños. El recuerdo de aquel día, que tanto se había esforzado en desterrar de su mente, se avivó con el paisaje. Contemplar el valle, ver las montañas que también había visto desde el tren en el viaje hacia el este, le recordó cómo se sentía entonces.

Cientos de italianos ocupaban la carretera y ralentizaban el avance del convoy. Deportados a Alemania tras la ocupación nazi de Italia en 1943, habían salido de los campos de concentración y de trabajo liberados por los Aliados y volvían a casa por la ruta de montaña. Algunos empujaban carros y otros llevaban consigo ganado, cerdos o burros. «No sentimos lástima por ellos», decía con tristeza Peter Churchill, un oficial de la DOE. «Iban en la dirección correcta.»[1]

Fueron tres horas de trayecto por la vieja carretera hasta llegar al paso de Brenner, que constituía la frontera entre Austria e Italia. En el puesto fronterizo, los conductores hicieron un alto para enfriar los motores, y los guardias bajaron y desaparecieron entre las ruinas de una caserna de cemento.

Había luna llena y los prisioneros podían distinguir los montones de escombros y la estructura hueca de una capilla destruida. Todos los pasos de los Alpes estaban siendo bombardeados por los Aliados para impedir grandes movimientos de tropas y municiones a la Fortaleza alpina y, según describía Falconer, el principal temor de los prisioneros era que los matara una bomba británica o estadounidense: «Bajamos todos de los autocares [...]. Oíamos el estallido casi incesante de las bombas y el tableteo de las ametralladoras y la artillería que caía en la cara sur del paso. Unos alemanes que iban hacia el norte nos dijeron que el tráfico sufría ataques continuos de bombarderos y aviones que volaban a baja altura».[2]

Aunque era de noche y había una gran acumulación de nieve, el tráfico era muy denso. Al otro lado de los Alpes, en una línea que cruzaba el norte de Italia desde Génova hasta Trieste, la Wehrmacht estaba atacando a los Aliados por la retaguardia. En cuatro días, el ejército alemán en Italia se rendiría y los soldados ya estaban huyendo por el paso de Brenner para evitar ser capturados. «Los alemanes desplegados en Italia que podían conseguir un coche y el combustible necesario intentaban volver desesperadamente a Alemania con la intención de mezclarse con la población civil», escribió Falconer. «Había muchos coches militares de gama alta, normalmente ocupados por cinco o seis oficiales muy jóvenes.»[3]

Al cabo de unas horas, los guardias de las SS aparecieron de nuevo y el convoy reanudó la marcha. «Nuestra máxima preocupación —recordaba Fey— era adónde íbamos. ¿Lo sabían siquiera las SS? Veíamos al motociclista que abría camino al convoy sorteando el tráfico. A veces aceleraba para hacer un reconocimiento de la carretera. Luego volvía y ordenaba detener el convoy en un cruce o una curva, donde Bader y su compinche, el teniente Stiller, iban a su encuentro. Después los veías encogerse de hombros y negar con la cabeza sin parar.» El veredicto de Isa era que las SS no tenían ni idea de cuál era su destino e improvisaban sobre la marcha.

«Jimmy» James, el prisionero de guerra británico, atribuía la indecisión de Bader a que «había perdido el contacto con su cuartel general».[4]

Pero Bader sabía exactamente adónde los llevaba. Las numerosas discusiones con el motociclista de escolta obedecían a la dificultad para encontrar la remota ubicación del hotel.

«Sus órdenes eran escondernos, llevarnos a un sitio donde el enemigo no pudiera encontrarnos», dijo el teniente Stiller a Isa antes de salir de Reichenau. Si había un lugar que cumplía esos requisitos era el hotel Pragser Wildsee, el destino de Bader. Situado en las profundidades del valle Pusteria, se encontraba al final de una carretera de ocho kilómetros que bordeaba un pequeño lago. El hotel estaba rodeado de montañas por los cuatro costados y la escarpada roca se elevaba desde el lago hasta la cima, una fortaleza cretácea de puntas afiladas, crestas rotas y ángulos abruptos.

El hotel Pragser Wildsee, un refugio perfecto, también era el lugar idóneo para una ejecución masiva. Elegido hasta la víspera como escondite en el que serían retenidos los Prominenten mientras Himmler negociaba con el general Eisenhower, el hotel de 180 habitaciones sería ahora el matadero de Bader.

Cuando el convoy dejó atrás el paso de Brenner y tomó la SS 49 —la vía principal, que continuaba hacia el este por el valle Pusteria—, los prisioneros, todavía desconocedores de las órdenes que había recibido Bader, siguieron especulando sobre su destino. Fey iba sentada al lado de Tío Moppel: «Estaba convencido de que las SS nos llevaban a Bolzano, una capital de provincia del Tirol del Sur en la que, al parecer, los nazis estaban preparándose para una última ofensiva. Resultaba un tanto irónico que, habiendo sobrevivido tanto tiempo, fuéramos a morir en la última batalla de la guerra».

Los prisioneros de guerra británicos también estaban seguros de que la famosa Fortaleza alpina de Hitler era el destino más probable y, mientras el convoy avanzaba por el valle, a Falconer lo

tranquilizó comprobar que las defensas de la Wehrmacht carecían de personal: «En cuanto entramos en el valle Pusteria vimos que había sido preparado para resistir un sitio. Había trampas antitanques por todas partes. Habían construido fortines en puntos estratégicos y todos los accesos al valle contaban con defensas parecidas. Pero no había rastro de guarniciones, ya fuera de las SS u otras, que ocuparan aquellas defensas».[5]

Más adelante, en un tramo abierto de la carretera entre Monguelfo-Tesido y Villabassa, el convoy hizo un alto. Después de virar a la derecha, los autocares se detuvieron en un área de descanso. A un lado, los campos, salpicados de hermosas granjas, se elevaban hasta un bosque de coníferas; al otro, el bosque descendía hasta la carretera, separada por una sola vía ferroviaria. Unos 360 metros más arriba los picos de las montañas constituían los límites del valle.

Bader ordenó a las SS que formaran un cordón de seguridad alrededor del convoy, y los guardias, armados con ametralladoras, echaron a andar por la carretera y tomaron posiciones a intervalos de unos diez metros. Entonces, Bader y Stiller bajaron del autocar.

Fey podía verlos desde su asiento: «No oía lo que decían, pero parecían discutir. En un momento dado debieron de tomar una decisión, porque, de repente, Bader se fue y dejó a Stiller con nosotros».

El convoy había parado cerca de un concurrido cruce. La señal que indicaba «Pragser Wildsee 8 km» no les decía nada a Fey y los otros 136 prisioneros. Pero el motivo de la parada —y de la discusión entre Bader y Stiller— era que el hotel Pragser Wildsee estaba lleno. El día antes, a pesar de que Franz Hofer, el Gauleiter nazi del Tirol y Vorarlberg, había asignado el edificio a Bader, tres generales de la Wehrmacht y su personal lo habían ocupado y ahora estaba a rebosar de soldados.[6]

Fue otro golpe de suerte para los Prominenten. Igual que la imposibilidad de Schellenberg para transmitir el contenido del telegrama del presidente Truman a Himmler antes del traslado a Reichenau había supuesto un aplazamiento de la ejecución, la ocupación del hotel Pragser Wildsee por parte de la Wehrmacht

impidió al teniente Bader trasladar a los prisioneros al lugar donde tenía intención de liquidarlos.

Sin la posibilidad de ir allí, Bader estaba a punto de perder el control.

En cuanto se fue a contactar con el cuartel general de las SS, dos prisioneros exigieron que los dejaran bajar del autocar inmediatamente. Eran el coronel Von Bonin, un oficial de la Wehrmacht arrestado por ordenar la retirada de sus tropas durante la ofensiva soviética de invierno, y Wilhelm Flügge, un ingeniero aeroespacial alemán considerado «políticamente dudoso». En aquel momento Fey no lo sabía, pero según explicó más tarde, ambos conocían los planes de Bader para ejecutar a todo el grupo: «Durante el viaje por las montañas, Bonin y Flügge, que iban sentados detrás de dos sargentos de las SS, los oyeron hablar. Dando por hecho que los prisioneros dormían tras dar un vistazo rápido, comentaron los planes para liquidarnos. En realidad, Bonin y Flügge estaban haciéndose los dormidos y oyeron estas palabras: "¿Dónde los van a ejecutar?". Aunque no captaron el resto de la conversación, habían oído lo suficiente para darse cuenta de que había que hacer algo urgentemente».

El capitel de una iglesia se elevaba por encima de Villabassa, situado a menos de dos kilómetros del cruce. Bader iba hacia allí y, cuando tomó una curva, Bonin y Flügge lo siguieron. Para su sorpresa, ni Stiller ni los otros guardias les dieron el alto. Otros prisioneros se percataron de que los guardias de las SS se comportaban con indiferencia y fueron bajando cautelosamente de los autocares. Cuando Bonin y Flügge pasaron junto a ellos, les explicaron rápidamente la conversación que habían oído. También pidieron a los hombres que no se lo contaran a nadie para evitar que se extendiera el pánico.

Su preocupación significaba que Fey y otras mujeres y niños pasarían gran parte de las siguientes treinta y seis horas esperando en el área de descanso, todos ellos ajenos a que su vida pendía de un hilo.

En ausencia de Bader, los prisioneros varones pudieron dispersarse. Algunos, incluido Jack Churchill, el prisionero de guerra británico, optaron por salvarse y desaparecieron. Pero la mayoría decidió quedarse para proteger a los miembros más vulnerables del grupo. Buscando una forma rápida de rescate o huida, cinco hombres se erigieron en líderes. Eran el partisano italiano Sante Garibaldi; «Wings» Day, el prisionero de guerra británico; el general Georg Thomas, implicado en la Operación Valquiria; y el coronel Bonin y Payne Best.

Aquella mañana pusieron en marcha varias iniciativas importantes aunque independientes.

La primera era un plan de rescate trazado por Garibaldi y «Wings» Day.[7]Aprovechando la ausencia de Bader, partieron en dirección opuesta a Flügge y Bonin. El convoy se había detenido cerca de un paso a nivel y, por casualidad, descubrieron que el vigilante era un sargento de la resistencia del Tirol del Sur. Además, a unos centenares de metros de los autocares se ocultaba en el bosque un contingente de mil partisanos que podían atacar inmediatamente el convoy y liberar a los prisioneros si así se lo indicaban.

Pero, después del ataque, ¿quedarían prisioneros vivos que liberar? Con los guardias de las SS rodeando el convoy y teniendo en cuenta la presencia de numerosas mujeres, niños y ancianos, «Wings» Day y Garibaldi llegaron a la conclusión de que un ataque inmediato a plena luz del día era demasiado arriesgado, así que acordaron que la emboscada tendría lugar la noche siguiente, cuando averiguaran cómo podían superar a las SS y ofrecer máxima protección a los prisioneros durante la ofensiva partisana.[8]

Mientras «Wings» Day y Garibaldi trabajaban en los detalles de la emboscada en la cabina del vigilante del paso a nivel, Payne Best, que estaba con el convoy, tenía otro rumbo en mente. Percibiendo que algunos guardias parecían nerviosos, decidió sondearlos: «En aquel momento me llevaba bastante bien con algunos guardias, incluidos algunos hombres de Bader que habían estado con nosotros en Schönberg, y aunque nos dispararían si así se lo ordenaban, no parecían deseosos de hacerlo. Uno o dos con

los que hablé creían que no sería mala idea empezar ejecutando a Stiller y Bader».[9]Payne Best también habló con Stiller: «Era obvio que tenía miedo y estaba a favor de nuestra supervivencia. Tenía la esperanza de que habláramos bien de él si éramos capturados por nuestras tropas. Era de rango superior a Bader[10]y contaba con treinta hombres frente a los veinte de este último».

Pese al carácter homicida de las SS, las dos unidades eran muy distintas. El escuadrón de Bader, formado por nazis fanáticos, había nacido como una unidad de ejecución, mientras que la mayoría de los hombres de Stiller eran exsoldados de la Wehrmacht reclutados por las SS tras recuperarse de una baja. Payne Best había hablado con varios miembros de la unidad de Stiller y ninguno sentía «el menor deseo de participar en un asesinato masivo». Si podían sobornar a Stiller, creía que podrían convencer a sus hombres de que ayudaran a los prisioneros a huir.

Después de hablar con los guardias, Payne Best fue a buscar al industrial Fritz Thyssen y a Hjalmar Schacht, el exministro de Economía de Hitler. Ambos viajaban en el autocar de los Sippenhäftlinge y, llevándoselos aparte, Payne Best los convenció de que ofrecieran 100.000 francos suizos a Stiller si aceptaba llevar al convoy hasta la frontera suiza y ayudar a los prisioneros a cruzarla. Pero a Thyssen y Schacht les daba miedo proponérselo a Stiller ellos mismos y Payne Best consideraba demasiado arriesgado plantear la propuesta al teniente de las SS con avalistas anónimos.

En aquella tensa situación y bajo un intenso aguacero llegó Anton Ducia. El convoy, que desde hacía horas se encontraba estacionado en la cuneta, había llamado la atención de los lugareños. «Poco a poco se acercaron los primeros campesinos», recordaba Schuschnigg. «Mantenían las distancias, porque los guardias de las SS, bastante hostiles, no los animaban a acercarse más, pero nos saludaron disimuladamente. Mostraron algún que otro gesto de reconocimiento. Pronto supieron lo que estaba ocurriendo.»[11]

Schuschnigg era una figura conocida en aquella parte del Tirol, que hasta el final de la primera guerra mundial pertenecía a

Austria. Alguien lo había reconocido y alertó a Ducia. Este salió inmediatamente de su oficina en el centro de Villabassa y recorrió el kilómetro y medio que lo separaba del convoy.

Ducia, «un hombre de aspecto juvenil y despierto», según lo describió «Jimmy» James, el prisionero de guerra británico, se presentó al teniente Stiller como oficial de acantonamiento de la región autorizado por Franz Hofer, el Gauleiter nazi.[12]Sin embargo, no mencionó que también era el comandante regional del movimiento de resistencia del Tirol del Sur. Después de mostrarle sus documentos de identificación nazis, Ducia se ofreció a buscar alojamiento en Villabassa para los soldados de las SS y los prisioneros. Aunque Stiller lo aceptó recelosamente como aliado, Ducia se vio obligado a hacer dos viajes más a pie antes de que el alemán accediera a un traslado general a Villabassa.[13]

Aprovechando esos viajes entre el convoy y el pueblo, Ducia pudo entregar un mensaje a Payne Best. Le dijo que había logrado contactar con el ejército estadounidense utilizando la radio clandestina y que les había pedido que organizaran un rescate aéreo.

Mientras tanto, Bonin había ido a la oficina de correos de Villabassa, donde había intentado llamar al general Von Vietinghoff, un viejo amigo con el que había coincidido en la Wehrmacht. Vietinghoff era el comandante supremo del ejército alemán en Italia y su cuartel general en Bolzano estaba cerca de allí. La idea de Bonin era pedir al general que enviara a una compañía de infantería para proteger a los prisioneros de las SS. Al no poder contactar con él, Bonin habló con el general Roettiger, el jefe del Estado Mayor, al que también conocía. En principio, Roettiger aceptó, pero dijo que tenía que consultarlo con Vietinghoff, que no se encontraba en el cuartel general. Prometió hablar con él en cuanto regresara.

A última hora, los Prominenten no estaban más cerca de ser rescatados: Bonin no había podido contactar con su amigo, Thyssen y Schacht no tenían valor para sobornar a Stiller y la

emboscada partisana no tendría lugar hasta la noche siguiente. El mensaje enviado por Ducia al ejército estadounidense seguía siendo su máxima esperanza, pero no había ningún aeródromo cerca y las posibilidades de que desviaran a unas tropas de tierra muy necesarias para rescatar prisioneros, más de la mitad alemanes, parecían remotas.

Por su parte, Bader se enfrentaba a un escenario imposible si pretendía cumplir la orden de liquidar a los prisioneros. Aunque la mayoría de las mujeres y los niños estaban en los autocares, los otros habían ido a Villabassa y ahora estaban desperdigados por los bares y restaurantes del pueblo. Hasta que pudiera reunirlos a todos en un mismo lugar, logísticamente no tenía manera de ejecutarlos, a no ser que acabara con ellos de uno en uno, lo cual descartaba. En aquella fase tardía de la guerra, con tantos testigos corría el riesgo de incriminarse. Por medio de informantes, Bader sabía que se avecinaba un ataque partisano. El trazado de la ciudad, con su red de callejuelas estrechas que salían de la plaza, hacía difícil defenderse y, frente a un contingente partisano de más de mil hombres, era obvio que su destacamento de cincuenta SS se vería superado.

En tales circunstancias, aquella noche Bader optó por reunir a los prisioneros de guerra y los oficiales más jóvenes de la Wehrmacht. Pero, en un lugar que apenas había cambiado desde el siglo XV, ni siquiera eso le resultó fácil. Villabassa, uno de los pocos centros de transporte del valle Pusteria, había sido un importante eje comercial, y su epicentro, la piazza Santa Trinità, estaba bordeado de mansiones que antaño pertenecían a mercaderes ricos. Con sus hermosas fachadas de colores pastel y sus tejados con gablete, la llegada del sector turístico las reconvirtió en hoteles. Las pequeñas habitaciones y las múltiples entradas, algunas de las cuales daban a los patios traseros, las descartaban como prisiones.

El único edificio seguro era el ayuntamiento, que se encontraba en la plaza. Las ventanas de la planta baja del edificio, en su día una oficina de aduanas, tenían barrotes. Después de apostar centinelas por todo el ayuntamiento, Bader montó un cuartel general improvisado delante: los camiones de suministro de

las SS, agrupados en el centro de la plaza, desentonaban en aquella pintoresca escena.

Los prisioneros militares sabían que Bader estaba reuniendo intencionadamente a «los problemáticos». Tal como recordaba «Jimmy» James, cuando se corrió la voz de que las SS pretendían acuartelarse en el ayuntamiento, «Wings» Day se planteó poner en marcha el ataque partisano: «Una ofensiva de los partisanos, que sin duda superarían a las SS, al menos numéricamente, y con un número de víctimas mínimo era preferible a esperar a que los masacrara la banda de Bader».[14]Los oficiales alemanes preferían el plan de Bonin y descartaron la idea, lo cual generó tensiones en el grupo. Como era comprensible, los prisioneros de guerra arrestados por la Wehrmacht desconfiaban de los alemanes, y la idea de pedir ayuda a sus captores les resultaba desagradable. «Queríamos la satisfacción de liberarnos solos sin la ayuda alemana», escribió James.

Fabian von Schlabrendorff, el oficial de la Wehrmacht que en marzo de 1943 había colocado una bomba en el avión de Hitler (la que finalmente no estalló) y más tarde fue encarcelado con Ulrich von Hassell, fue uno de los hombres a los que las SS llevaron a la antigua oficina de aduanas: «Tuvimos que esperar bajo la lluvia hasta que finalmente nos instalaron en el ayuntamiento, donde dormimos en el suelo de piedra. Más que nunca, aquella noche tuvimos la sensación de que las SS buscarían una oportunidad para liquidarnos y luego intentarían huir. Así pues, antes de tumbarnos nos organizamos por turnos para vigilar toda la noche. Desarmados como estábamos, tampoco podríamos haber hecho gran cosa contra las SS, pero no queríamos que nos cogieran desprevenidos y nos mataran mientras dormíamos».[15]

A Hugh Falconer, el oficial de la DOE británica, le preocupaba la cantidad inusualmente generosa de paja que les facilitaron: «Comentamos lo bien que ardería y lo eficaz que sería un incendio si se declaraba en plena noche, cuando estuviéramos allí encerrados. Ocupábamos la segunda planta del edificio y estaba a

gran altura, así que decidimos apostar un vigilante para que diera la alarma en caso de necesidad».[16]

Los hombres, que no se atrevían a dormir, eran conscientes del peligro que entrañaba la situación. No estaba claro quién planeaba disparar a quién. ¿Ejecutarían las SS a los prisioneros? ¿Ejecutarían los soldados a las SS, si es que llegaban? ¿O dispararían los partisanos a las SS, a los soldados y a todo aquel que se viera en medio del fuego cruzado?[17]

A unos cincuenta metros de allí, en un callejón que pasaba por detrás del ayuntamiento, Payne Best se encontraba en el Bachmann, donde lo habían instalado con el general Thomas y otros prisioneros. Pasó la noche bebiendo en la cocina con los dos guardias de las SS. Para intentar sonsacarles información, Payne Best los atiborró a alcohol y, a medianoche, ambos tenían «los ojos vidriosos». Uno de ellos era el sargento Fritz, el intendente de Bader. «Fritz a ratos se ponía nostálgico y a ratos hostil, hablando de su mujer y de sus inocentes hijos o asegurando que jamás lo atraparían vivo», recordaba Payne Best. «Me contó que su mujer y sus hijos no sabían que había matado a cientos o miles de personas y que la guerra era terrible, pero era culpa de los judíos y los plutócratas de Inglaterra y Estados Unidos. El Führer era un buen hombre y solo quería la paz, al igual que toda la gente de a pie, pero los judíos eran una plaga que destruía todo lo que encontraba a su paso [...]. Entonces sacó un papel del bolsillo y dijo: “Esta es la orden para vuestra ejecución. No pasaréis de mañana”.»[18]

Fritz dijo a Payne Best que Bader había propuesto llevar a los prisioneros a un hotel de montaña, donde serían ejecutados. Luego prenderían fuego al hotel. En la luminosa cocina y delante de la propietaria, que estaba fregando ollas y sartenes, el ebrio oficial de las SS le expuso sus objeciones al plan de Bader: «“No me gusta en absoluto. Sé lo que es disparar a la gente con ametralladoras. La mitad no mueren. Las balas son demasiado pequeñas y no puedes apuntar como es debido, así que muchos no habrán muerto cuando prendan fuego al edificio”. “Herr Best, es usted mi amigo”, y añadió: “Le diré lo que haremos. Antes de que abran fuego le haré una señal y usted se situará a mi lado para que pueda pegarle un

tiro en la nuca. Es la mejor manera de morir. No se enterará de nada. Soy infalible; no fallo nunca”».[19]

Después, el sargento sacó una pistola y siguió explicándole la técnica: «“No hay que tocarlos con la pistola, porque pueden hacer un movimiento brusco y el disparo se desvía. No, hay que apuntar con mucho cuidado, porque la bala tiene que seguir cierta trayectoria para matar a un hombre al instante, y hay que hacerlo rápido. Yo puedo hacerlo casi sin mirar. Dese la vuelta y se lo demostraré”».[20]

Payne Best intentó convencerlo de que era una estupidez ejecutar a alguien en aquella fase de la guerra y de que él mismo sería apresado en unos días: «Eso lo animó otra vez y me dijo que nunca se dejaría atrapar y que todos los hombres de las SS lucharían hasta el final. Su amigo, el de los ojos vidriosos, revivió lo suficiente para empezar a balbucear: “Ejecutarlos a todos. Pum, pum, pum. Lo mejor es cargárselos a todos”. Entonces, golpeó sin querer la botella y los vasos y cayeron al suelo».[21]

Payne Best se excusó y volvió a su habitación. A las tres de la madrugada lo despertó el general Thomas. Finalmente había llegado un mensaje a través del general Vietinghoff, y un oficial de la Wehrmacht y una compañía de infantería estaban en camino.

Según trascendió, Vietinghoff también había alertado al general Karl Wolff, comandante supremo de todas las fuerzas de las SS en Italia, de la presencia de «160 rehenes importantes en la zona de Bolzano».[22]A su vez, Wolff envió un mensaje secreto al mariscal de campo Alexander, comandante supremo de las fuerzas aliadas en el Mediterráneo, pidiéndole ayuda para rescatar a los prisioneros.

Ese extraordinario gesto se explica por el hecho de que, aquel mismo día, Wolff firmaría un documento en el Palacio Real de Caserta, el cuartel general aliado, situado cerca de Nápoles, en el que formalizaba la rendición de las fuerzas alemanas desplegadas en Italia, lo cual ponía fin a la campaña en dicho país.

La rendición, resultado de las negociaciones con Allen Dulles, el jefe de espionaje estadounidense, entraría en vigor tres días después, el 2 de mayo.

Sin embargo, los rehenes aún corrían peligro.

De hecho, cuando el general Thomas despertó a Payne Best, el oficial de Vietinghoff ya había llegado a Villabassa.

Su nombre era comandante Wichard von Alvensleben y era pariente del Polizeiführer Ludolf von Alvensleben, el tristemente célebre jefe de las SS en Udine.

Las órdenes que el general Vietinghoff había dado al comandante no estaban claras. Lo único que le dijo fue que había un «convoy de Prominenten»[23]en Villabassa y que debía ir a ver qué «problema» tenían y, si era necesario, «buscarles comida y alojamiento». Puesto que las negociaciones en Caserta se hallaban en una fase delicada, Vietinghoff, temiendo que hubiera elementos díscolos en las SS, había sido intencionadamente impreciso con sus órdenes. Pero sabía que podía confiar en Alvensleben, cuyo desprecio por las SS se veía acrecentado por la vergüenza. La participación de su primo en las atrocidades de Crimea y su posterior papel como Polizeiführer en Udine habían supuesto un descrédito para su familia, cuyos miembros eran antinazis. «No hablemos de él», respondía el comandante cuando le preguntaban. «Como podrá imaginar, es la oveja negra de la familia. Solo espero que no sobreviva a la guerra.»[24]

Era última hora de la tarde cuando llegó Alvensleben. Tras dejar a su compañía a las afueras de Villabassa, salió a investigar en solitario. Caminando por las calles vacías, no encontró rastro del convoy ni de los Prominenten, que a aquellas horas permanecían custodiados en el ayuntamiento y en numerosos hoteles y posadas. Pero al aproximarse a la piazza Santa Trinità vio a los hombres de las SS agrupados en el centro.[25]

La imagen de aquel destacamento de más de cincuenta hombres lo inquietó. Solo lo acompañaban quince hombres. Además, carecía de autoridad militar para emprender acciones si Bader se negaba a entregar a los prisioneros.

No obstante, cuando amaneció en Villabassa, situó a su compañía en posición, mirando hacia las SS al borde de la plaza.

Horas después, presionado por los lugareños, quienes exigían que se alimentara a los prisioneros, Bader no tuvo más remedio que dejarlos salir de sus acuartelamientos nocturnos. «Jimmy» James describió la escena que tenía ante él cuando salió del ayuntamiento:

> Al otro lado de la plaza, los hombres de las SS se apiñaban inseguros alrededor de sus vehículos y delante de ellos estaba Bader, rezumando odio y con actitud desafiante. Las SS estaban manteniendo una acalorada discusión y obviamente no querían rendirse ante una unidad de la Wehrmacht cuyo comandante, Von Alvensleben, se mostraba indeciso a la hora de emprender cualquier acción definitiva [...].
>
> Detrás del pelotón de la Wehrmacht pude ver a Bonin, que había tomado las riendas de la situación e informó a Alvensleben de que aceptaría toda la responsabilidad por las acciones de la unidad y de que debía proceder al desarme de las SS. El sargento de la compañía ordenó que montaran rápidamente dos pesadas ametralladoras y que apuntaran a las SS. El coronel Von Bonin cruzó la plaza y le dijo a Bader que debían deponer sus armas. Si se negaban, advirtió, las ametralladoras abrirían fuego contra ellos. Tras unos momentos de duda, soltaron las armas [...].
>
> Al poco, Bader estaba suplicando gasolina para poder irse con sus hombres. No solo le fue denegada, sino que hubo que contener a Bonin para que no ejecutara a las SS al completo allí mismo.[26]

37

En el cruce situado a las afueras de Villabassa, Fey seguía esperando en el autocar con las otras mujeres y los niños. «Estábamos ansiosas por tener noticias de los demás. Me preocupaba especialmente Alex, que había sido encarcelado en el ayuntamiento con los prisioneros militares. Poco después del amanecer vimos a un hombre que corría hacia nosotros gritando y agitando los brazos. Era uno de los prisioneros de guerra húngaros y, cuando se acercó, nos alivió ver su cara de alegría. Nos contó que el teniente Bader y su escuadrón se habían ido, lo cual nos pareció increíble. Salimos todos del autocar y fuimos al pueblo emocionados. En el hotel Bachmann encontramos a los demás celebrándolo. ¡Por primera vez pudimos pedir bebidas como la gente normal!»

Para asegurarse de que Bader no causaba más problemas, el general Vietinghoff le había ordenado que regresara al cuartel general de la Wehrmacht en Bolzano. Pero, según el relato de Fey, las celebraciones no duraron mucho: «Von Alvensleben se levantó para dirigirse a nosotros. Dijo que él y sus soldados se quedarían con nosotros, pero como protectores y no como guardias. Aquellas eran las órdenes del general Vietinghoff. La guerra no había terminado oficialmente y al general le preocupaba que otras unidades de las SS, actuando por orden de Himmler, intentaran cumplir el mandato de liquidarnos».

Se hablaba también de combates entre las distintas facciones de partisanos —comunistas, proaustríacos y nacionalistas italianos — y existía el peligro de que los prisioneros se vieran atrapados en el fuego cruzado. En tales circunstancias y creyendo que el hotel Pragser Wildsee era el lugar más seguro para ellos, Vietinghoff ordenó a los generales de la Wehrmacht que fueran allí.[1]Al día

siguiente, los prisioneros se montaron en los autocares para recorrer los seis kilómetros que los separaban del hotel, el cual, de no ser por el valor de Alvensleben, se habría convertido en el escenario de su ejecución.

Caía una intensa nevada y tuvieron que recorrer a pie los últimos dos kilómetros, ya que la carretera de un solo sentido era intransitable. La propietaria, Emma Heiss-Hellenstainer, estaba esperándolos en la entrada. «Estaban muy contentos de haber recuperado su vida y agradecidos por una palabra amable o cualquier pequeña atención. Me apretujaban y besaban la mano constantemente», escribió en su diario.[2]Después de que estamparan su nombre en el libro de visitas del hotel, les asignó habitaciones y un botones los acompañó.

El hotel de 180 habitaciones, construido al estilo de un chalet y con terrazas de madera decorada que bordeaban cada una de las cuatro plantas, era un edificio impresionante. Situado unos 1.500 metros por encima del nivel del mar, antes de la guerra había sido un lugar de retiro para la realeza europea, que iba allí a disfrutar del espectacular paisaje. Normalmente permanecía cerrado durante el invierno y, al no disponer de calefacción, en las habitaciones bien equipadas y los espaciosos salones, ornamentados con toda clase de taxidermia —tejones, venados, azores y águilas—, hacía un frío terrible. Pero, como escribía «Jimmy» James: «Después de pasarme años viendo alambre de espino, torres de vigilancia y paredes de celdas, me parecía un sueño maravilloso».[3]Fey también estaba encantada con el hotel: «Por primera vez desde lo que parecía una eternidad, tenía una habitación preciosa para mí sola. Las vistas al lago turquesa, rodeado de montañas nevadas, eran tan hermosas que me costaba apartarme de la ventana».

Había abundante comida, que habían llevado residentes y campesinos locales, y organizaron turnos para ayudar en la cocina. Enviaron a los hombres a buscar leña para las chimeneas de las habitaciones y, dirigidos por Frau Emma, se pidió a todos los prisioneros que elaboraran listas de cosas que necesitaban.[4]Muchos solo llevaban lo puesto y necesitaban zapatos, abrigos, ropa interior, camisas, pantalones, medias, cuchillas, peines, calcetines y

cepillos de dientes. También había una caja para quejas y sugerencias, y anotaron en una pizarra los horarios de las cuatro misas diarias, oficiadas en la pequeña capilla situada a orillas del lago.

Hugh Falconer, un experto en comunicaciones inalámbricas, encontró una vieja radio y logró repararla. Aquella noche, el grupo al completo escuchó la BBC en el comedor. Todos prorrumpieron en vítores y aplausos al oír que Hitler había destituido a Himmler por «traición» y que se había ordenado a un escuadrón de élite formado por los guardaespaldas personales del Führer que dieran con él y lo ejecutaran.

Fuera, las tropas de Alvensleben formaron un cordón protector alrededor del hotel. La mayoría de los hombres se hallaban ocultos en los bosques situados detrás y en los laterales del edificio, y el grupo apenas era consciente de su presencia. Cuando se instalaron para pasar la primera noche, Peter Churchill describió el alivio que sentían: «En aquel glorioso lugar y bajo la protección de la unidad de Alvensleben nos parecía que la libertad estaba a punto de llegar».[5]

Sin embargo, Himmler, que había abandonado Berlín para escapar de los asesinos del Führer, seguía decidido a aniquilar a sus antiguos rehenes.

La mañana del 1 de mayo, el general Vietinghoff alertó al comandante Alvensleben de la presencia de gran cantidad de hombres de las SS en la zona. Aquel mismo día, su cuartel general envió un mensaje para pedir a la oficina de Himmler que esclareciera el propósito de su misión.

Extraordinariamente, los decodificadores de Bletchley Park, que interceptaron la transmisión, captaron la inquietud que reinaba en el cuartel general de Vietinghoff. Aquella noche, el mensaje, clasificado como ultrasecreto, fue incluido en un informe para Winston Churchill que contenía las comunicaciones más importantes interceptadas aquel día.

La copia que vio el primer ministro llevaba estampadas la

hora y la fecha: «14.15, 1/5/1945», veintitrés horas después de que Hitler se suicidara en su búnker de la Cancillería del Reich en Berlín y diez horas antes de que entrara en vigor la rendición alemana en Italia:

> AL REICHSFUEHRER-SS HEINRICH HIMMLER DE A.O.K. 19[6]
> EN EL GAU-TIROL-VORARLBERG GRANDES GRUPOS NO COMBATIENTES DE LAS WAFFEN-SS, SD Y GESTAPO APOSTADOS EN LOS VALLES. LOS COMANDOS NO CUMPLEN ÓRDENES DE UNIRSE AL COMBATE YA QUE ALEGAN QUE TIENEN UNA TAREA ESPECIAL PARA EL REICHSFUEHRER-SS. SE SOLICITA ORDEN DEL REICHSFUEHRER-SS A A.O.K. 19.[7]

Si la oficina de Himmler respondió al mensaje, no fue interceptado en Bletchley. Pero, más de quince años después, Josef Hanser, un sacerdote de Sillian, en el Tirol Oriental, arrojó luz sobre la «tarea especial» que había asignado el Reichsführer a las SS. En algún momento del «1 o el 2 de mayo» recibió la visita de Hans Philipp, el jefe de zona de la Gestapo. Sumamente alterado, Philipp pidió al sacerdote que oyera su confesión. Después de mostrarle una copia de las órdenes del Reichsführer, dijo que su misión era volver a capturar a los rehenes, ya fuera en Villabassa o en el hotel Pragser Wildsee, y trasladarlos a Klagenfurt, donde serían ejecutados.[8]El sacerdote logró disuadirlo de que cometiera un asesinato masivo, pero más tarde relataba que el jefe de la Gestapo «se fue dándole vueltas a la cuestión».[9]Horas después, temiendo que lo obligaran a acatar la orden, Philipp se quitó la vida con una dosis letal de un sedante llamado Veronal.

La guerra en Italia terminó la medianoche del 2 de mayo. El suyo fue uno de los primeros suicidios de los muchos que cometerían oficiales de las SS y la Gestapo en los días posteriores.

Por fin, a las 6.15 del 4 de mayo, una compañía estadounidense llegó sin previo aviso al hotel Pragser Wildsee. Por el camino aparecieron todoterrenos y tanques ligeros con partisanos italianos agarrados a todos los asideros que había. Al momento, los soldados se apresuraron a desarmar a los guardias alemanes.

«Jimmy» James volvía con un grupo de prisioneros de una misa matinal en la capilla situada junto al lago: «Cuando nos acercamos vimos una hilera de vehículos aparcados delante del hotel y había soldados, sin duda soldados estadounidenses. Parecía increíble [...]. Al momento, los estadounidenses estaban compartiendo con nosotros sus raciones de chocolate y tabaco y montaron una lavandería móvil en el jardín y redes para jugar al balonmano y otros deportes. Nuestras raciones se vieron complementadas con cosas tan deliciosas y olvidadas como gofres, jarabes, huevos y beicon. ¡Y se disculpaban porque solo tenían raciones de combate!».[10]

Los alemanes del grupo, horrorizados porque Alvensleben y sus hombres, sus auténticos salvadores, ahora eran prisioneros de guerra, no estaban tan entusiasmados: «Nuestros soldados tuvieron que tirar sus armas en un montón y luego fueron arrestados. Una imagen impactante», escribió Gagi von Stauffenberg en su diario.[11]

Viendo a los hombres mientras esperaban su traslado, Isa sintió mucha lástima por ellos: «La mayoría de los soldados alemanes estaban sentados tranquilamente al sol, con las piernas estiradas y una expresión de tristeza y cansancio. No tenía nada que ver con ellos o con su desánimo por haber perdido la guerra. No les quedaban fuerzas. Se había desperdiciado la sangre y la vida de innumerables compañeros, todos ellos manipulados por una caterva de canallas sin escrúpulos».[12]

La eficacia de los soldados estadounidenses y los recursos que tenían a su disposición dejaron al grupo boquiabierto. Casi de inmediato repartieron uniformes entre los prisioneros de guerra aliados y se impuso un régimen estricto de despioje e higiene.[13]Utilizando una bomba para sacar agua del lago y un depósito de combustible para calentarla, instalaron duchas en el césped del hotel. Entregaron jabón y toallas limpias a todos y los soldados se bañaron a las dos del mediodía, los hombres del grupo a las tres y las mujeres a las cuatro. Aquella misma noche, los soldados montaron un cine en el comedor y proyectaron la película

América.

«Los soldados estadounidenses nos han causado una honda impresión», escribió Kurt Schuschnigg en su diario después de la proyección. «Hacen todo lo que pueden por nosotros. Nos ayudan y son comprensivos y discretos. En resumen: son humanos. Así que esto es Estados Unidos. Esta es la nación cobarde, totalmente mecanizada y decadente sobre la cual leíamos en los periódicos nazis. Ahora es fácil entender por qué han ganado la guerra. Solo hay un fallo: los periodistas.»[14]

Los soldados estadounidenses iban acompañados de hordas de cámaras y reporteros ansiosos por interrogar a los célebres prisioneros, por entrevistar a Léon Blum, el príncipe Javier de Borbón y el propio Schuschnigg. «No sé ni cómo empezar a expresar nuestros sentimientos», escribió. «¿Quién puede describir la libertad? [...]. ¿Qué podemos contarles? ¿Nuestros planes? No los conocemos. Todavía no hemos hecho planes.»[15]

Para Fey, los días que pasaron en el Pragser Wildsee fueron «intensamente románticos [...] un paraíso en la Tierra». La libertad le permitía pasar cada minuto del día con Alex. Finalmente, después de meses rodeados de gente, estaban a solas.

A pesar de sus recelos morales, no encontró la fuerza de voluntad para no sentirse totalmente atraída por él. «Con Alex descubrí una paz interior que no conocía», escribió. «No soportaba la idea de un futuro sin él. Quería empezar una nueva vida con él.»

Cuando, en mitad de la noche, Alex le pidió que dejara a Detalmo y se casara con él, Fey dijo que sí.

38

La tarde del 9 de mayo, el general de brigada Leonard Gerow, comandante en jefe del 15.º Ejército de Estados Unidos, llegó al hotel para hablar con el grupo. El Alto Mando aliado había ordenado su traslado a Nápoles y debían prepararse para partir.

La mañana siguiente a las nueve en punto, una larga hilera de vehículos salió de la gran explanada que había delante del hotel.

Fey iba en un todoterreno sin capota con Alex, Payne Best y los Schuschnigg. La comodidad y elegancia con la que viajaban no podía distar más de su experiencia con los transportes de las SS. Al frente del convoy iba un tanque ligero, seguido de vehículos militares de personal con numerosos recambios en caso de avería. Detrás circulaban una ambulancia, autocares militares para los más longevos, más tanques ligeros y una retaguardia con más todoterrenos. Un caza estadounidense sobrevolaba la zona por «su protección», según dijeron los oficiales.[1]

El convoy siguió el curso del río Adige hasta las montañas situadas al otro lado del lago Garda. Durante el trayecto de cuatro horas hasta Verona, donde las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos trasladarían al grupo al sur, las carreteras estaban llenas de vehículos alemanes abandonados. «Por todas partes veíamos puentes destruidos y había miles de refugiados», recordaba Fey. «Era la primera vez que veía Italia desde que salí de Brazzà y fue desgarrador comprobar que, en medio del hermoso paisaje, la guerra había arrasado el país y a sus gentes.»

Al llegar a Verona, el grupo se instaló en un hotel de lujo, donde cenaron espárragos, pollo asado y helado. A la mañana siguiente, después de un «copioso desayuno», los llevaron a un aeródromo situado a las afueras de la ciudad. Allí, explicaba Peter Churchill, «vimos unos cincuenta aviones relucientes con

capacidad para transportar cómodamente a treinta pasajeros. No íbamos apretujados ni escatimaron en los que reservaron para los prisioneros políticos. Utilizaron al menos seis para trasladarnos a Nápoles».[2]

Para la mayoría de los miembros no militares del grupo era su primer vuelo y, al aproximarse a Florencia, los pilotos descendieron a 5.000 pies para que pudieran ver la ciudad. Unos cuatrocientos kilómetros más adelante descendieron nuevamente sobre Monte Cassino, un lugar de interés para los prisioneros de guerra. Después de sobrevolar dos o tres veces las ruinas de la abadía, pudieron ver el campo de batalla que entre enero y mayo de 1944 se había cobrado 115.000 víctimas entre muertos, heridos y desaparecidos.

En Nápoles había docenas de equipos de televisión y reporteros esperando cuando los aviones tomaron tierra tras un vuelo de dos horas y media. Para los alemanes del grupo, allí acabó el trato preferencial. Separados de otras nacionalidades, fueron escoltados por soldados estadounidenses armados con ametralladoras a un hangar situado detrás del aeródromo. «Ni siquiera nos dejaron despedirnos de los demás, gente a la que apreciaba y con la que había compartido tantas experiencias», escribió Fey. «Se iban a casa. Nosotros, en cambio, como ciudadanos de una nación derrotada volvíamos a ser prisioneros. Pasamos horas en aquel aeropuerto esperando que alguien nos explicara qué estaba ocurriendo.»

Ninguno de los alemanes llevaba pasaporte y, sin documentos, los Aliados no tenían manera de confirmar quiénes eran. Antes de su repatriación a Alemania, debían ser investigados para descartar que fueran criminales de guerra. Tras una larga espera en el hangar, apareció un oficial estadounidense y anunció que los llevarían a Capri, donde había una clínica del ejército estadounidense gestionada por el Cuerpo de Contraespionaje (CIC).

Un barco británico los llevó a la isla. En cuanto desembarcaron, los soldados separaron a los hombres de las mujeres y los internaron en un campo de prisioneros de guerra situado cerca de allí. «Fue muy triste ver cómo se llevaban a Alex y

a los demás», recordaba Fey. «Los guardias dijeron que permaneceríamos separados hasta que concluyeran los interrogatorios. El resto fuimos trasladados a Anacapri, en el extremo sur de la isla, donde nos confinaron en un pequeño hotel, custodiados por guardias armados. Los estadounidenses nos advirtieron de que estaba prohibido salir del hotel hasta que hubieran acabado de interrogarnos e identificarnos.»

Anacapri, encaramada a la ladera de Monte Solaro, era un lugar hermoso con espléndidas vistas al Mediterráneo. Sin embargo, el hotel Paradiso no hacía honor a su nombre. El modesto edificio con fachada de estuco blanco se encontraba en un callejón estrecho. Las habitaciones eran pequeñas y hacía un calor inusual para el mes de mayo, con unas temperaturas que superaban los treinta y seis grados. Con cuatro personas durmiendo en la misma habitación, el ambiente era sofocante.

Pasó una semana y no ocurrió nada. Encarcelada en el hotel y con acceso únicamente a un diminuto jardín, Isa afirmaba: «Al poco tiempo, el ambiente se hizo insoportable [...]. Intentando dejarnos espacio los unos a los otros, no parábamos de pisotearnos [...]. Nadie nos decía nada y parecía que la "maquinaria estadounidense" tardaba una eternidad en ponerse en marcha».[3]

Conscientes de su nerviosismo por hallarse en cautividad, los soldados finalmente permitieron a las mujeres salir del hotel. Ninguna tenía ropa de verano y la Cruz Roja les facilitó bañadores, sombreros de paja y sandalias para que pudieran ir a la playa. Mientras que ellas podían deambular libremente por la isla, a los hombres no se les concedieron los mismos derechos, lo cual molestó y deprimió a todos.

Afortunadamente para ellos, diez días después empezaron los interrogatorios, a cargo de oficiales del CIC, responsables de investigar a criminales de guerra. Las sesiones fueron largas y onerosas. Los oficiales debían saber exactamente a quién ponían en libertad y a quién retenían. Una vez que corroboraron las historias del grupo, tomaron las riendas unos detectives de la Oficina de Investigación Especial de Scotland Yard. Pidieron a las mujeres que aportaran detalles sobre los hombres de las SS y la Gestapo que las

habían custodiado en los campos: su nombre y rango, una descripción física (incluyendo altura, constitución, color de ojos y cualquier marca distintiva o rasgo facial) y episodios concretos de brutalidad.

Después de las sesiones, en las pocas horas de luz que quedaban, Fey y las demás daban largos paseos por Monte Solaro, con sus espectaculares vistas del Vesubio y Nápoles. Se antojaba extraño y poco natural estar en un lugar tan hermoso que no se había visto afectado por la guerra cuando sus familias debían de estar muriéndose de hambre. Era como si hubieran cambiado una cárcel por otra y todas anhelaban irse a casa. Para las madres del grupo que sabían que sus hijos estaban esperando en el orfanato de las SS en Bad Sachsa, explicaba Isa, fueron momentos de inquietud: «Cada minuto que pasaban en aquel jardín mágico era un minuto de culpabilidad. No podían evitar pensar en sus pequeños esperando ansiosos su regreso».[4]

Durante ese difícil período, Fey libró una batalla muy privada. Ahora que ya no vivía el momento con Alex en el Pragser Wildsee, tenía remordimientos y se dio cuenta de la imposibilidad de su promesa de abandonar a Detalmo.

Su padre también ocupaba constantemente sus pensamientos. Los oficiales que practicaban los interrogatorios en la clínica aliada admiraban su valor y querían saberlo todo de él: su vida, su carácter y sus motivos para oponerse a Hitler. Reconfortada por la oportunidad de honrar la memoria de su padre, Fey habló de su sentido del deber, de su fe y de su estricto código moral. Mientras lo hacía, sabía que su deber era seguir con Detalmo. Dejarlo sería abrogar los valores que su padre le había transmitido y por los que había dado su vida.

Y pensaba en los niños. Desde su conversación con el sargento Lenz en Buchenwald, aunque se aferraba a la esperanza de encontrarlos, parte de ella sabía que tarde o temprano tendría que afrontar el hecho de que los había perdido irremediablemente o habían muerto. Pero poco después de llegar al hotel fueron a verla

unos representantes de la Cruz Roja Internacional que le dieron nuevas esperanzas. Poco a poco, dijeron, las familias iban reuniéndose y había muchas posibilidades de localizar a los niños. Radio Vaticano incluso había emitido una lista de niños desaparecidos que incluía a Corrado y Roberto. Si, por un milagro, encontraban a los niños, Fey sabía que si se casaba con Alex se arriesgaba a perderlos otra vez; según la ley italiana, los niños se quedarían con su padre.

Sin embargo, a partir del 18 de mayo, cuando a Fey y a las demás mujeres les permitieron salir del hotel, podría haber enviado un telegrama a Detalmo para contarle que estaba sana y salva en Capri, pero no lo hizo. Quería ver a Alex por última vez para explicarle su decisión y despedirse de él.

Pasó una semana y nada apuntaba a que los estadounidenses fueran a permitirle abandonar el campo donde estaba retenido. Aun así, Fey pospuso el contacto con su marido. Tras las largas sesiones en la clínica, pasaba casi todo el tiempo sola, nadando en la playa a los pies de Monte Solaro o paseando por el campo. «La belleza de la isla me entristecía aún más», escribió. «Cuando pensaba en Detalmo y en el futuro, lo hacía con miedo.»

Hacía dieciocho meses que no veía a su marido y casi un año que no tenía noticias de él. Su última comunicación, que había llegado a través de un mensajero y anunciaba que se quedaría en Roma, la había afligido durante toda su estancia en los campos. No podía evitar pensar que si Detalmo hubiera vuelto a casa en lugar de abandonarlos a ella y a los niños, las cosas podrían haber sido distintas. Si hubiera estado con los partisanos en las montañas, tal vez habría ideado un plan de rescate tras la ejecución del padre de Fey. A pesar de aquel rencor y de sus sentimientos hacia Alex, ¿podía sobrevivir un matrimonio a aquel abismo de separación y experiencias? ¿Entendería alguna vez Detalmo por lo que había pasado de un modo que no la hiciera sentirse sola permanentemente?

El 25 de mayo, después de perder la esperanza de que Alex

pudiera salir del campo de prisioneros, Fey fue a la oficina de correos de Anacapri. El residuo de admiración que sentía por su marido hizo que no pensara que su silencio obedecía a que no había sobrevivido a la guerra; no tenía dudas de que su carrera política estaba prosperando y de que vivía en el *palazzo* de su familia en Roma.

Fue a esa dirección donde envió el telegrama, que consistía en solo nueve palabras:

> EN CLÍNICA ALIADA CAPRI. VEN POR FAVOR. AFECTUOSAMENTE FEY.

Detalmo respondió casi inmediatamente. Iría a recogerla al día siguiente.

A la mañana siguiente, los estadounidenses finalmente permitieron a Alex salir del campo de prisioneros de guerra. Fue directo al hotel Paradiso, pero era demasiado tarde. Fey ya había ido a buscar a Detalmo al transbordador.

Fue a pie por las escaleras que bordeaban la ladera de Monte Solaro y unían Anacapri con Marina Grande, el puerto más importante de la isla.

Los escalones, 921 en total, descendían por pronunciados bancales de vides y olivos. Hacía un bonito día y podía divisar la Italia continental. El mar era de un color turquesa intenso y pequeñas barcas entraban y salían del puerto dejando una fina estela.

Al llegar a Marina Grande fue a una cafetería con vistas al puerto a esperar el transbordador.

«La escena era idílica», recordaba. «La cafetería se encontraba en una pequeña plaza bordeada de casas antiguas de distintos colores: azul y amarillo claros y un intenso rojo pompeyano. Me quedé allí sentada observando las idas y venidas del puerto: los pescadores reparando sus redes y las mujeres vendiendo toda clase de frutas y verduras, tentadoramente exhibidas en los puestos del mercado. Debería haber sido feliz. La guerra había terminado y era

una mujer libre. Después de tanto tiempo, estaba a punto de ver a Detalmo. Pero era tremendamente desgraciada.»

Fey estaba esperando en el muelle cuando atracó el transbordador y Detalmo bajó de la pequeña embarcación: «Estábamos tan abrumados que no sabíamos por dónde empezar. No nos salían las palabras. Habían pasado demasiadas cosas».

Entonces hubo un momento desgarrador.

Decepcionado por no ver a Corrado y Roberto esperándolo con ella en el muelle, Detalmo le pidió que fuera a buscarlos. «Creía que los niños seguían conmigo y tuve que contarle lo de Innsbruck», fue todo lo que escribió Fey.

La breve crónica de Fey sobre aquellos primeros días con Detalmo es prosaica. No plasmó sus conversaciones ni expresó qué había sentido al verlo tras muchos meses distanciados. Por el contrario, todas sus emociones se centraban en su separación de Alex y de la gente con la que tantas cosas había vivido:

> En lugar de irnos inmediatamente, Detalmo creyó que sería mejor quedarnos en Capri un par de días para volver a acostumbrarnos el uno al otro antes de regresar a Roma. Buscó un hotel más grande y confortable para los dos. También quiso conocer a la gente con la que había estado encarcelada y organizó una gran cena para nuestra última noche.
>
> La cena tuvo lugar en un restaurante cercano y nos sentamos todos a una mesa larga. Éramos unos veinte, incluyendo a Alex. No había podido hablar con él a solas, pero noté que sabía que todo se había acabado y que había decidido volver a Roma para intentar reconstruir mi familia hecha añicos.
>
> La comida estaba deliciosa y corría el vino. Detalmo estaba bastante molesto porque algunos invitados no parecían tener demasiado apetito. Aún conservaban la «mentalidad de la cárcel» y, como tenían miedo de que no hubiera comida suficiente, también habían cenado en el hotel. Hubo muchas bromas y discursos, pero en todo momento noté un nudo en el estómago. No quería irme a casa. No solo abandonaría a Alex, sino también a unos amigos con los que había sufrido mucho. Solo ellos podían comprender los pensamientos y sentimientos que sabía que me perseguirían para siempre. Nada une más a la gente que un sufrimiento compartido en tiempos oscuros, y los amaba tanto como a aquellos a los que

había querido y cuidado profundamente durante años.

A la mañana siguiente, Otto Philipp, que me había ayudado a cargar con el equipaje en los traslados de un campo a otro, llegó para ayudar una última vez. Nos acompañó al puerto, donde Detalmo había reservado el transbordador que nos llevaría a la costa. Alex no vino, pero en la mano llevaba el último poema que me escribió. Un verso decía: «Eres mía, lo grito a los cuatro vientos...».

Cuando el barco se alejaba del muelle, sentí que se me partía el corazón en mil pedazos. El pobre Detalmo intentó consolarme, pero yo no podía parar de sollozar.

Sexta parte

39

Detalmo no había recibido ninguna de las cartas que le escribió Fey mientras estuvo en cautividad ni los telegramas que habían enviado sus amigos de Brazzà por medio de la Cruz Roja para contarle que ella y los niños habían sido arrestados.

En el momento de su detención en septiembre de 1944, Detalmo se encontraba en Roma, donde trabajaba como secretario político de Sergio Fenoaltea, un ministro del primer gobierno democrático de Italia en veinte años. En aquella fase de la guerra, Italia seguía dividida. El régimen marioneta de Mussolini —*de facto*, los alemanes— controlaba el norte del país y los Aliados, en conjunción con el nuevo gobierno del primer ministro Bonomi, el sur. La labor de Detalmo, que consistía en ejercer de enlace con los Aliados y elaborar estrategias políticas con sus compañeros del Partido d'Azione, lo convertía en una figura importante. Pero la Cruz Roja, inundada por decenas de miles de peticiones de italianos ávidos por recibir noticias de sus familiares atrapados en el norte, ocupado por los nazis, no habían hecho llegar los telegramas y tardó seis meses en enterarse de que la Gestapo se había llevado a Fey y los niños.

Aquel otoño, el atrincheramiento del ejército alemán en la Línea Gustav, una serie de defensas fortificadas que recorrían todo el centro de Italia, hicieron casi imposible que los partisanos llevaran mensajes entre el norte y el sur. Hasta que los Aliados lanzaron su ofensiva de invierno en enero de 1945 no cambió la situación, y hasta febrero Detalmo no recibió la nota de Nonino, enviada a través de un mensajero clandestino, diciéndole que Fey había sido arrestada y que ella y los niños habían sido deportados a Innsbruck. Eso explica por qué, cuando Detalmo llegó a Capri, esperaba ver a los niños: imaginaba que habían pasado todo el

encierro con Fey.

La noche que él y Fey llegaron a Roma, contento de poder contarle a su suegra Ilse que Fey estaba en casa, Detalmo se sentó a escribirle una carta. Era la primera que le enviaba desde la ejecución de su marido el mes de septiembre anterior:

29 de mayo de 1945

Querida Mutti,

Me es muy difícil escribirte y no sé por dónde empezar. Estoy seguro de que imaginarás cómo son mis pensamientos y sentimientos. Septiembre de 1944 fue muy doloroso para mí; pensé en ti en todo momento. Más tarde, en febrero, descubrí que Fey había sido deportada cinco meses antes. Eso lo empeoró todo. Abandoné cualquier actividad y tenía la sensación de que el mundo se desmoronaba a mi alrededor. Me di cuenta de que sin Fey el mundo no tendría demasiado interés y esperé mi condena.

Fey se ha salvado. La he recuperado en buen estado de salud y te adjunta también una carta. Por ella conocerás la terrible noticia sobre los niños. He considerado que era mejor que Fey te diera los detalles.

Ahora espero que encontremos a los pequeños. Si eso ocurre, el balance se habrá cerrado con la pérdida de un suegro, un amigo que nunca podrá ser reemplazado.

Mis pensamientos no son lúcidos. Alternan entre la paciencia cristiana y la rebelión anárquica. No estoy preparado para aceptar lo que nos ha ocurrido. Todavía quiero luchar y trabajar por un mundo mejor, solo por lealtad al sacrificio de quienes nos han mostrado el camino. Padre ha sido un gran ejemplo para nosotros y seguimos bajo su sombra. Es como si se hubiera erigido un monumento imperecedero en nuestros corazones.

Fey ha sido maravillosa. Debe de haber algo de tu espíritu en ella. De lo contrario, no habría resistido las

prisiones y los campos. Me apetece casarme de nuevo con ella. Me casaría con ella diez veces si tuviera diez vidas.

Querida Mutti, hasta que sepamos de ti, con mucho cariño,

DETALMO

Pese a su conmovedora fe en la capacidad de Fey para «resistir», en las semanas posteriores a su llegada a Roma ella estuvo a punto de derrumbarse, como cabría esperar. Sin sus hijos y puesto que su amor por Alex había absorbido su relación con su marido, parecía que todo el significado de su vida vivía en el pasado: en su infancia en Roma; en sus primeros años de matrimonio; en los años de la guerra en Brazzà con los niños; y en los estrechos lazos que había formado con los otros prisioneros de los campos. «Tenía veinticinco años y me parecía que mi vida se había acabado», escribió.

Le resultaba extremadamente difícil realizar tareas cotidianas y apenas comía o dormía. Sufría ataques de pánico y no podía relajarse. Su mente era una espiral continua de pensamientos, que a menudo resucitaban hechos dramáticos que creía que Detalmo, por comprensivo que fuera, nunca podría entender: «No era culpa suya. Él no había estado detrás de aquellos muros».

Su sensación de aislamiento se vio reforzada por el mundo en el que se movía Detalmo. Su trabajo en el gobierno le exigía asistir a constantes cenas oficiales, recepciones y fiestas celebradas en *palazzi* pertenecientes a la «jet set de Via Veneto». Mientras estuvo en la resistencia, Detalmo fue testigo de la colaboración entre los nazis y algunas de las familias aristocráticas más antiguas de Roma, y Fey se escandalizó al saber cómo se habían comportado después de que los Aliados liberaran la ciudad: «Detalmo me contó que, en dos días, los oficiales estadounidenses habían sustituido a los alemanes en el circuito de fiestas de Via Veneto. En las mejores casas se habían celebrado cenas de despedida para el mariscal de campo alemán Kesselring. Días después hubo cenas de bienvenida en aquellas mismas casas para el general Mark W. Clark, el jefe de

las fuerzas aliadas».

Al visitar de nuevo aquel mundo que tan bien conocía de niña, Fey se sintió completamente alienada: «Cada monumento, cada esquina, me trajeron recuerdos de cuando era pequeña y vivía en la embajada, de mis amigos del colegio, de los bailes y las fiestas, de mi padre... Pero no era agradable. Nada parecía haber cambiado. No había rastro del horror y la destrucción que habían arrasado el resto de Europa. La gente de Via Veneto vivía igual que antes, disfrutando de cosas frívolas e intrascendentes, como si nunca hubieran existido un Stalingrado, un Dunkirk o un Buchenwald. Como es comprensible, Detalmo quería que lo acompañara a esas recepciones. Creía que me ayudaría a superar los recuerdos de mi encarcelamiento y a dejar de pensar en la suerte que habrían corrido los niños. Pero yo no quería hablar con gente, y menos aún con gente a la que no conocía y con la que tenía que fingir que no había pasado nada, así que a menudo buscaba excusas para quedarme en casa».

La pugna de Fey por readaptarse a la vida normal no era nada excepcional. En toda Europa, millones de personas estaban llorando la pérdida de sus seres queridos e intentando, a veces sin éxito, reconstruir relaciones con maridos y esposas después de años de separación. Asimismo, millones de prisioneros que habían sobrevivido a los campos de la muerte nazis sin el trato privilegiado que habían dispensado a Fey y los otros Prominenten, y los miembros de las fuerzas armadas que habían combatido en batallas por aire, mar y tierra, lo habían tenido mucho peor. Con tantas experiencias compartidas, aquello era la vida normal. De resultas de ello, en muchos países no hubo respuesta institucional a esa crisis emocional colectiva. La gente tenía que buscar sus propios mecanismos para gestionarlo.

Para Fey, la recuperación estribaba en encontrar la manera de verbalizar sus experiencias y emociones a Detalmo. Sin embargo, primero se compró un abanico para sobrellevar los ataques de ansiedad. «Es increíble cómo ese pequeño gesto me ayudó a

recuperar la confianza», escribió. «En lugares con mucha gente o en las raras ocasiones en que asistía a una de las recepciones de Detalmo, en cuanto notaba una oleada de pánico, utilizaba el abanico: me refrescaba y me daba algo que hacer con las manos.»

Consciente de que le resultaba casi imposible hablar con Detalmo de sus experiencias, Fey decidió escribir unas memorias sobre su cautividad y sus días sola en Brazzà. Hilvanando un relato sincero, incluida su relación con Alex y su resentimiento hacia Detalmo por haberlos abandonado a ella y a los niños, esperaba que él lo entendiera y pudieran seguir rehaciendo su matrimonio.

Aun así, Fey sabía que por muy distanciada que se sintiera de su marido, haber perdido a sus hijos los unía. Ambos compartían el dolor de su pérdida y buscarlos era un propósito común. Muy pronto, todo ello se vio agravado por la ira y la frustración.

En Anacapri habían empezado a planear la búsqueda; Alemania y Austria eran los puntos de partida obvios. Pero, a su regreso a Roma, descubrieron que las regulaciones impuestas por el Gobierno Militar Aliado les impedían salir en busca de los niños.

«Durante ocho meses había anhelado el momento en que pudiera empezar a buscar a los niños, pero seguía tan indefensa y atrapada como en los campos», escribió Fey.

Debido al estatus de Italia como país cobeligerante, sus ciudadanos tenían prohibidos los viajes. Para recorrer distancias superiores a diez kilómetros se necesitaba un permiso de las autoridades aliadas. Utilizando sus contactos en el gobierno, Detalmo intentó pulsar todas las teclas, pero fue imposible. «En respuesta a nuestras súplicas para que nos permitieran viajar a Alemania para buscar a los niños —recordaba Fey—, los funcionarios nos repetían una y otra vez que estaba estrictamente prohibido. Probamos todos los medios imaginables para conseguir un permiso de viaje, pero en todas las oficinas nos encontramos con la misma respuesta: "¿Se imaginan qué ocurriría si dejáramos que todos los europeos salieran a buscar a sus familiares desaparecidos?". Yo entendía su razonamiento. Había visto el caos que reinaba en el antiguo Reich: la destrucción de pueblos y ciudades, las columnas interminables de refugiados. Pero Detalmo

se puso furioso, y dijo amargamente que, de ese “todos” del que hablaban, muchos habían muerto hacía mucho.»

En la guerra habían perecido más de diecinueve millones de europeos y decenas de millones más estaban dispersos por todo el continente. En verano de 1945, la zona que comprendía el antiguo Reich alemán albergaba a más de veinticinco millones de «desplazados», el término utilizado por los Aliados para categorizar a los refugiados y aquellos que no tenían hogar. Muchos de ellos eran niños.[1]

Durante la guerra, más que en ningún otro momento de la historia, los niños habían sufrido a una escala sin precedentes. Habían sido asesinados y secuestrados y habían padecido hambrunas y abusos. Solo en los campos de concentración habían asesinado a 1,5 millones de niños, alrededor de un millón de ellos judíos.[2]Se calcula que otros 50.000 niños de la Europa ocupada por los nazis, en especial Polonia, Yugoslavia, Checoslovaquia y los Países Bajos, fueron «germanizados», esto es, arrebatados a sus familias, despojados de su identidad y adoctrinados en las denominadas Heimschulen (internados), unas instituciones del Nationalsozialistische Volkswohlfahrt (NSV)[3]o en orfanatos de la asociación Lebensborn.[4][5]

Ya fuera a causa de bombardeos, servicio militar, evacuaciones, deportaciones, trabajo forzado, limpieza étnica o asesinato, un gran número de niños fueron separados de su familia.[6]La Cruz Roja calculaba que, solo en Europa, trece millones habían perdido a sus padres.[7]En los últimos días de la guerra, las urgentes necesidades de quienes fueron encontrados entre las ruinas de ciudades y pueblos, caminando hacia el este por carreteras abarrotadas o en campos de refugiados de toda Europa eran más que evidentes.[8]En la zona ocupada por los soviéticos había al menos 1,17 millones de niños no acompañados, en su mayoría alemanes.[9]

Ya en 1943, los Aliados se dieron cuenta de que la gente desplazada sería un grave problema cuando terminara la guerra, y

a fin de evitar la crisis crearon la UNRRA[10]para cuidar y repatriar a los desplazados.[11]Pero, llegado el momento y ante una serie de desalentadores obstáculos —la necesidad de alimentar y alojar a un gran número de refugiados y de castigar a los responsables de crímenes de guerra—, los Aliados no tenían capacidad para identificar y reunir a todos los niños no acompañados con sus familias.[12]

Lamentablemente, el castigo influyó en el trato que recibieron aquellos niños sin supervisión. Al fundar la rama Child Search de la UNRRA, uno de los principios rectores era que los esfuerzos por localizar a los desaparecidos, que se contaban por cientos de miles, excluirían a niños «enemigos».[13]Así pues, los limitados recursos de la organización se destinaron a priorizar la identificación de niños «germanizados» y «aliados» (los pertenecientes a naciones del bando ganador) y el pequeño porcentaje de niños judíos que habían sobrevivido a los campos de concentración.

Al intentar reunirlos con sus familias, los miembros de la organización se enfrentaban a una tarea casi imposible. Muchas familias no podían ser reconstruidas porque ambos progenitores estaban muertos.[14]Muchos padres habían caído en combate, estaban desaparecidos o eran prisioneros de guerra; muchas madres habían sucumbido a los bombardeos aliados, habían muerto de hambre o simplemente habían desaparecido entre los trabajadores forzados del este. Los campos de concentración también se cobraron la vida de muchos progenitores y dejaron huérfanos a sus hijos. Los que llegaban a los campos de refugiados a menudo eran inidentificables.[15]Aunque algunos llevaban placas de identificación colgadas del cuello o su nombre cosido a la ropa, eran los menos. Quienes los acompañaban en ocasiones disponían de información, pero a menudo se limitaba al lugar de origen de su tren, autocar o barco. Además, una placa no confirmaba necesariamente la identidad de un niño. Según escribía un funcionario: «Por experiencia sabemos que los niños de esos transportes a menudo llevan placas con el nombre equivocado». El hecho de que «una niña lleve su nombre escrito en el vestido no es definitivo en absoluto, ya que en muchos casos se ha demostrado

que los niños, sobre todo los enviados por el NSV, con frecuencia llevan ropa de otros».[16]

En junio de 1945 no se había puesto en marcha ningún sistema eficaz para localizar, ayudar y reunir a los niños alemanes no supervisados con sus familias. Aunque las autoridades aliadas hicieron todo lo posible por brindarles cierta estabilidad temporal alimentándolos y alojándolos en campos de refugiados, como «niños enemigos» eran sus familiares quienes debían encontrarlos.[17]La mayoría habían huido del ejército soviético, que estaba avanzando rápidamente.[18]Pero había cientos de miles que no habían podido escapar, ya fuera porque eran demasiado jóvenes o estaban demasiado enfermos para viajar o porque habían resultado heridos. Algunos estaban en hospicios en zonas que ya no pertenecían a Alemania; otros, encontrados en una cuneta después de que sus madres murieran en las caminatas desde el este, habían sido recogidos por las tropas soviéticas y enviados a orfanatos de Rusia. Sin embargo, algunos estaban con familias de acogida que se negaban a entregarlos.

Como sabían Fey y Detalmo, aunque Corrado y Roberto eran técnicamente niños «aliados» y «germanizados», ya que poseían la nacionalidad italiana y habían sido secuestrados por los nazis, las SS les habían dado identidades alemanas falsas. Inevitablemente, los Aliados los clasificarían como niños «enemigos». Los miembros de la UNRRA estaban rastreando los mismos campos donde podían encontrarse los niños en busca de menores judíos, «germanizados» y «aliados», pero tenían órdenes de dejar a los niños alemanes allí. Y, puesto que los archivos de la UNRRA eran confidenciales, los padres que buscaran a niños «enemigos» desaparecidos no tendrían acceso a ellos. Existía una ínfima probabilidad de que Corrado, que entendía un poco de inglés, pudiera decir su nombre real a los funcionarios. Pero, después del trauma que había vivido, ¿recordaría su nombre o las pocas palabras de inglés que conocía? Fey se aferraba a la esperanza de que sí, pero en el fondo sabía que era una fantasía. No podía esperar que un niño de cuatro años tuviera la entereza de hablar con miembros de la UNRRA.

Fey y Detalmo se quedaron en Roma todo el mes de junio. «La frustración de aquellos días era insoportable», escribía Fey. «Sin poder hacer nada al imaginar a los niños desamparados, y puede que incluso muriendo de hambre, malgastábamos tiempo y esfuerzos importunando continuamente a los burócratas, que eran inflexibles.»

Para superar su frustración, Fey pasaba gran parte del tiempo enviando carteles y panfletos con información sobre los niños. Ella y Detalmo los remitían a cualquier organización o individuo que se les ocurriera: todos los obispos y arzobispos de Alemania y Austria, la Cruz Roja alemana e internacional, los servicios secretos británicos, franceses y estadounidenses, los embajadores italianos en Washington y Varsovia, Radio Vaticano y muchas otras direcciones.

Los avisos, del tamaño de un folio A4 o un cartel publicitario que pudiera colgarse en una pared, estaban impresos en cinco idiomas: alemán, inglés, francés, ruso e italiano. Junto a una fotografía de Corrado y Roberto podía leerse en grandes letras: «¡Estamos buscando a estos niños!». Debajo había una descripción física y otros datos que Fey y Detalmo consideraban que podían ayudar a identificarlos:

> CORRADO PIRZIO-BIROLI, cuatro años y medio
> Ciudadano italiano, católico romano, nacido en Udine (Italia) el 25 de noviembre de 1940
> Color de pelo: rubio claro
> Color de ojos: azul claro
> Piel: clara
> Idiomas hablados: alemán (debido a detención en Alemania), italiano
> Apodos utilizados: Corradino, Corradinchen
> Palabras que debería recordar: Nonino (mayordomo), Mila (cocinera), Mirko (un caballo), Oberleutnant Kretschmann (oficial alemán)
> Ropa: abrigo azul marino con capucha hecho de tela de la armada
>
> ROBERTO PIRZIO-BIROLI, tres años

Ciudadano italiano, católico romano, nacido en Udine (Italia) el 25 de enero de 1942
Color de pelo: rubio claro
Color de ojos: azul claro
Piel: clara y rosada
Idioma hablado: alemán (debido a detención en Alemania)
Apodos utilizados: Robertino, Robertinchen
Palabras que debería recordar: ninguna
Ropa: abrigo azul marino con capucha hecho de tela de la armada

A Fey le dolía tener que citar al teniente Kretschmann, que había sido responsable de la detención de los niños, entre los nombres que Corrado podía reconocer, pero el vínculo que se había forjado entre su hijo y el oficial alemán mientras estuvo destinado en Brazzà no le dejaba otra alternativa.

Con cada cartel que enviaba, Fey incluía un documento titulado «Consejos para la búsqueda» que denotaba su desesperación con la Iglesia y las autoridades aliadas. Dudando de su capacidad para pensar lateralmente, o incluso para centrarse en la búsqueda de Corrado y Roberto, hizo acopio de fuerza de voluntad para intentar captar su atención y pensar por ellos:

1. El 29 de septiembre de 1944 en Innsbruck, los niños fueron apresados por el agente Tiefenbrunner de la Gestapo y entregados a dos mujeres de las SS que trabajaban para el NSV (Nationalsozialistische Volkswohlfahrt). Eso indica que los niños fueron internados en una institución del NSV, con numerosos centros en Alemania.
2. Hay indicios de que los niños fueron internados con nombres alemanes falsos para impedir que sus padres los localizaran.
3. Debemos suponer que, desde el 29 de septiembre, los dos niños fueron retenidos en una institución de Innsbruck. Por tanto, es en Innsbruck donde deberían empezar las investigaciones, *aunque para ahorrar tiempo es aconsejable buscar en las cercanías*.
4. Es preciso recordar que
a) la foto incluida es de hace un año
b) los niños podrían llevar el pelo corto
c) puede que hayan olvidado su nombre y su lengua materna (italiano)
d) el pequeño no guardará ningún recuerdo de su casa, mientras que el mayor debería reaccionar con inteligencia a las

palabras incluidas en el aviso y a frases sencillas en italiano

e) LA BÚSQUEDA DE ESTOS NIÑOS ES URGENTE. CUANTO MÁS TIEMPO PASE, CUALQUIER PARECIDO CON LA FOTOGRAFÍA ADJUNTA DESAPARECERÁ Y LOS NIÑOS SE HABRÁN PERDIDO.

A finales de junio, Fey había enviado más de trescientos anuncios: «Era como tirar guijarros al mar. Todas las organizaciones recibían tal bombardeo de peticiones que sabíamos que tardarían meses o incluso años en investigar el caso de los niños Pirzio-Biroli. Lo único que nos quedaba era la deprimente sensación de que, con cada semana que pasaba, las posibilidades de encontrarlos disminuían. Estaban perdidos, tal vez en el este, tal vez sin nombre. No podíamos relajarnos, ni tampoco actuar».

El mes de junio de 1945 fue excepcionalmente caluroso en Roma y, en vista de que sus esfuerzos eran estériles, Fey ansiaba volver a Brazzà: «Cualquier cosa era mejor que darnos cabezazos contra la pared de la burocracia, y creía que si iba donde había empezado todo, en cierto modo estaría más cerca de los niños».

Pero Brazzà estaba en manos de la Fuerza Aérea del Desierto (DAF), liderada por el comandante Robert Foster, y puesto que era un cuartel general oficial de los Aliados, la idea era inviable. Además, seguía vigente la prohibición de que los italianos viajaran a más de diez kilómetros de distancia. Sin un permiso, Fey y Detalmo no tenían manera de llegar hasta allí.

A mediados de julio, Detalmo se enteró de que el inglés Charles Meadhurst, un viejo conocido suyo, estaba de visita en Roma. Meadhurst, en su día agregado a la embajada británica en la capital italiana, era ahora comandante en jefe de la RAF en el Mediterráneo y Oriente Próximo. Detalmo logró contactar con él en su suite del Grand Hotel y lo invitó a tomar unas copas. Claramente afectado por la historia de la ejecución de Hassell y la pérdida de los niños, Meadhurst se ofreció a llamar a su amigo Foster para ver si podía conseguir los permisos necesarios y organizar el transporte para que regresaran a Brazzà. Utilizando un teléfono militar, pudo contactar de inmediato, lo cual dejó

boquiabiertos a Fey y Detalmo, que llevaban semanas intentando hablar con Nonino.

Para alegría de Fey, despegaron a la mañana siguiente desde un aeródromo militar situado a las afueras de Roma: «Nos subimos a un peculiar avión de la DAF, que por dentro era bastante primitivo y frío cuando ascendimos por encima de las nubes. Pero llegamos puntuales y en el aeródromo de Treviso nos esperaba un coche oficial británico. Al recorrer el paisaje rural de camino a Brazzà me animé. Por fin volvía a casa».

Cuando se detuvieron en el patio situado delante de la casa, Nonino, Bovolenta y las tres sirvientas salieron corriendo a recibirlos. Con los ecos de tristeza del día que Fey se marchó de Brazzà con los niños, la reunión fue emotiva. Sin embargo, la casa, a pesar de haber sido ocupada tanto tiempo por soldados, seguía siendo increíblemente hermosa y Fey se alegró de saber que las familias *contadini* no habían sido perseguidas por los alemanes y la finca se encontraba en buen estado.

Robert Foster, comandante en jefe de la Fuerza Aérea del Desierto, también estaba allí para recibirlos. Después de todo lo que le había contado Nonino, lo alivió comprobar que la pareja había sobrevivido a la guerra. «Pero, por supuesto, los niños seguían desaparecidos —escribió más tarde— y noté que aquella hermosa joven era muy infeliz.»[19]

Con incomodidad, Foster tuvo que anunciar a Fey y Detalmo que la casa estaba llena y que no podía vaciar ninguna habitación para que la utilizaran. Nonino tenía un dormitorio libre y se instalaron en su casa, con vistas a las *barchesse*, los viejos establos venecianos situados a la entrada de la finca. «En cuanto empezamos a deshacer las maletas llegó un aviador con una invitación para tomar unas copas con los oficiales aquella noche», recordaba Fey. «¡Era bastante desconcertante ser invitados en nuestra propia casa! Pero la veintena de oficiales que conocimos eran muy amables y encantadores.»

Aquellas primeras semanas en Brazzà fueron terapéuticas para Fey.

Cada día a primera hora, ella y Detalmo salían a montar a caballo con los oficiales: «Los británicos habían requisado varios purasangres espléndidos a un regimiento austríaco y había unos diez en nuestros establos, además de *Mirko*, el pequeño caballo de carga al que Roberto tenía tanto cariño. Aquellas largas salidas matinales por el parque y las montañas eran lo que más me tranquilizaba. Los oficiales a menudo organizaban carreras y era emocionante galopar por los senderos que pasaban por detrás de Brazzà y luego disfrutar de un pícnic improvisado».

Fey había acabado de escribir sus memorias y se las dio a Detalmo para que las leyera. Tal como esperaba, pudieron hablar de su relación y del tiempo que pasó en los campos. Detalmo entendió lo de Alex y también lo abandonada que se sintió Fey cuando se quedó en Roma después de que la ciudad fuera liberada por los Aliados. Reconoció también que fue una decisión errónea y que el no haberlos protegido a ella y a los niños lo perseguiría toda la vida.

A medida que pasaban las semanas sin noticias de los niños, tuvieron que empezar a aceptar la posibilidad de que tal vez no los encontrarían nunca. Su única esperanza era la madre de Fey, que vivía en Alemania, y al menos podría intentar dar con ellos. ¿Sabía que habían desaparecido? En cuanto llegaron a Roma, Fey y Detalmo le escribieron, pero de eso hacía casi un mes y todavía no había contestado. Los pocos teléfonos que funcionaban habían sido requisados por las autoridades militares. Fey ni siquiera estaba segura de que su madre siguiera viva.

40

Entrando en su sexagésimo año, Ilse había sobrevivido a la guerra, pero con un gran coste personal. Vivía en la casa de Ebenhausen que antaño compartía con Ulrich. «Nunca me decepcionó», escribiría más tarde a Fey. «Su carácter luminoso, su espiritualidad, su gran corazón y su valor, siempre presentes, eran mi alegría diaria. Ruego por que su muerte demuestre al mundo que existe una Alemania mejor, que hay hombres que estaban dispuestos a sacrificar su vida para librar al mundo del mal.»

Nacida en 1885, Ilse se había criado en la corte del último káiser, ya que era hija de uno de sus asesores de confianza. En los años previos a la primera guerra mundial, su padre, el gran almirante Von Tirpitz, había convertido la Armada Imperial alemana en una entidad de talla mundial a la altura de la Real Armada británica. Ilse había pasado su adolescencia cerca de la familia real alemana. Era una de las favoritas del káiser, que la apodaba «Mi Pequeña Destructora» por su fuerte carácter y su capacidad para romper el corazón a los hombres.[1]

En mayo de 1945, la modesta casa de Ilse estaba a años luz del espléndido entorno de la corte del káiser. Como muchas otras, consistía enteramente en mujeres: su madre, una viuda de ochenta y cinco años; su hermana soltera; y Almuth, la hermana de Fey.[2]Ninguno de sus hijos había vuelto a casa. Hans Dieter había sido encarcelado tras el complot de la bomba y luego había huido a la zona de ocupación francesa antes de que llegaran los rusos. Las últimas noticias de su hermano mayor, Wolf Ulli, eran que se encontraba detrás de las líneas rusas. No obstante, lo que más le preocupaba eran Fey y sus únicos nietos.

Ilse no había recibido las cartas que le enviaron Fey y Detalmo desde Roma. Pero, increíblemente, sí le había llegado la

nota que Fey lanzó desde el tren cuando partió de Innsbruck. Garabateada apresuradamente en un trozo de papel y dirigida a Ilse en Ebenhausen, era para decirle a su madre que la trasladaban al este y que las SS se habían llevado a los niños. Era la única información que tenía Ilse y con el caos imperante en Alemania no tenía forma de saber si habían encontrado a sus nietos o si Fey había sobrevivido a los campos.

Ilse, una madre devota, estaba con su hija cuando nacieron ambos. La idea de que pudieran seguir desaparecidos la desesperaba. Sin embargo, teniendo en cuenta que uno de cada cuatro alemanes estaba buscando a familiares desaparecidos, era imposible averiguarlo. El Gobierno Militar Estadounidense en Múnich estaba inundado de solicitudes de gente que quería información sobre sus familias e Ilse sabía que no tenía sentido desplazarse a la ciudad. Además, no tenía forma de llegar. El transporte público no funcionaba, la Gestapo había requisado el coche de su marido y el trayecto a pie eran cincuenta kilómetros.

Entonces, transcurrido casi un mes desde el final de la guerra, el doctor Johannes Neuhäusler, antiguo canónigo de Múnich y uno de los Prominenten de Himmler, envió noticias de Fey. Se encontraba bien y estaba en Roma con Detalmo, pero confirmó que los niños seguían desaparecidos. Se creía que los habían llevado a un orfanato de las SS en algún lugar de Alemania, donde les habían cambiado el nombre.

«Me di cuenta de que Fey y Detalmo nunca obtendrían un permiso para buscar a Corrado y Roberto», explicaba más tarde Ilse. «Yo era su única esperanza. Pero ¿por dónde empezar? Dos niños pequeños cuyos nombres no conocía entre millones de desaparecidos diseminados por todo el Reich. Los oficiales de las SS y la Gestapo que podían tener información sobre niños desaparecidos ya no estaban. Las autoridades aliadas se negaban a ayudar a buscar a niños “enemigos” perdidos. Además, solo podía moverme a pie. Me dolía terriblemente, pero parecía absurdo recorrer toda Alemania a pie cuando los niños podían estar en cualquier sitio: Austria, Polonia, Checoslovaquia o incluso más al este.»

A principios de junio, su situación cambió. Mientras retiraban toneladas de escombros y buscaban en edificios abandonados, las autoridades de Múnich descubrieron un BMW azul oscuro. Según pudieron determinar, era el que habían confiscado a Ulrich von Hassell tras su detención en julio de 1944. Ahora, Ilse al menos tenía coche.

Pero primero debía obtener los cupones de gasolina y los permisos de viaje necesarios.

Su cruzada la llevó hasta el cuartel general del ejército estadounidense en Múnich, uno de los edificios que seguían en pie en la ciudad. El bloque de seis plantas, otrora la oficina nacional de compras del Sturmabteilung, un ala paramilitar del Partido Nazi, estaba salpicado de agujeros de bala. Ilse no abrigaba demasiadas esperanzas. Dentro había colas de gente pidiendo permisos y cupones de gasolina para poder ir a buscar a sus parientes desaparecidos y no creía que los estadounidenses le dieran cita: «Pero no tenía otra opción. Me puse bien el velo negro y entré con toda la dignidad que pude».

Para su sorpresa, cuando le contó su historia al soldado del mostrador, le concertó inmediatamente una cita con el coronel Charles Keegan, comandante del cuartel general y gobernador militar de Bavaria: «Keegan era un hombre amable de mediana edad que se sentía horrorizado por lo que había encontrado en Alemania. Pero su interés y comprensión eran auténticos. Escribió una nota en la que solicitaba a las autoridades estadounidenses que me ayudaran. ¡Me dieron ganas de abrazarlo! ¡Pensé que ya nada podría detenerme!».

Ilse pasó casi toda la noche planeando con Almuth dónde iniciar la búsqueda. Con tantos alemanes buscando a familiares desaparecidos y sin ayuda de las autoridades, circulaban un sinfín de rumores y se decía que la Gestapo había llevado a muchos niños a hospicios situados en las montañas del sur de Bavaria.

Esas montañas se encontraban a solo dos horas en coche de Ebenhausen y, a falta de una pista mejor, decidieron empezar por allí.

Las carreteras estaban vacías salvo por algún que otro convoy militar, y llegaron al orfanato de Rottach, un pequeño pueblo situado a orillas del lago Tegernsee, a media mañana. «Era tan ingenua...», recordaba Ilse. «Creía que habría archivos y gente dispuesta a ayudarnos. Pero, cuando llegamos al hogar de menores, había tan solo una directora con aspecto andrajoso y deprimido.»

En cuanto empezó a hablarle de los niños, la mujer la interrumpió bruscamente: «Para ella éramos solo dos personas que habían entrado por la puerta buscando a unos niños perdidos. Su indiferencia me molestó: "No, los niños a los que buscan no están aquí ni en ninguno de los orfanatos de la zona. Los he visitado todos en bicicleta e identificado a todos los niños". Eso fue todo. No se esforzó en suavizar el golpe».

Sobrepasadas por la enormidad de su tarea, Almuth e Ilse regresaron a Ebenhausen. Días después recibieron otro mensaje del canónigo Neuhäusler, que las animaba a ir a Bad Sachsa. Los hijos de los Stauffenberg y los Goerdeler habían sido encontrados en un orfanato de las SS en la ciudad y cabía la posibilidad de que Corrado y Roberto también estuvieran allí. Pero recalcó que debían apresurarse: Bad Sachsa se hallaba en la nueva zona de ocupación rusa y pronto sería imposible acceder a ella.

Situada en la antigua frontera con Checoslovaquia, la ciudad se encontraba a 560 kilómetros de Ebenhausen y antes de partir necesitaban que los estadounidenses autorizaran un nuevo viaje. Tras una larga espera para ver al coronel Keegan, les dijo que no podía expedir un nuevo permiso; los estadounidenses no tenían jurisdicción en la zona rusa. Sin embargo, creía que podría llegar a la frontera con el pase que había recibido anteriormente y le aconsejó que lo intentara. Al igual que Neuhäusler, Keegan insistió en la necesidad de actuar con presteza. Creía que, aprovechando la caótica transición, aún tendría alguna posibilidad.

Para frustración de Ilse, el coche se averió cuando volvían de Múnich: «Era exasperante. Yo quería partir de inmediato, pero tuve que esperar dos días a que lo repararan».

Si Fey hubiera estado en contacto con su madre, podría

haberle dicho que el peligroso viaje en el que estaba a punto de embarcarse era fútil. Sabía que los niños no estaban en Bad Sachsa; se lo había dicho el sargento Lenz en Buchenwald.

El viaje en coche hasta Bad Sachsa duraba un día entero. En las últimas semanas de la guerra, los estadounidenses se habían adentrado en la zona de ocupación soviética, negociada con Stalin el octubre anterior. Ahora que se había ratificado el acuerdo, habían iniciado la retirada y las carreteras estaban atestadas de camiones del ejército estadounidense cargados con personal y material. Los acompañaban miles de refugiados que no querían verse atrapados en el sector ruso. Durante las frecuentes paradas, Ilse habló con varios y le contaron que los soldados soviéticos ya estaban impidiendo a la gente que abandonara la zona y muchos estaban atrapados.

El viaje fue más largo de lo esperado e Ilse y Almuth hicieron noche en Göttingen. Todos los hoteles estaban llenos y tuvieron que dormir en el coche. Göttingen estaba muy cerca de la zona británica y a la mañana siguiente, esperando conseguir un permiso para continuar hasta Bad Sachsa, formaron cola frente al cuartel general del ejército británico. Les informaron de que los rusos habían entrado en la ciudad tres días antes y el acceso era imposible: «Estaba totalmente desesperada, pero sabía que no podíamos parar. Estaba convencida de que los niños se encontraban en el orfanato de Bad Sachsa, así que insistí y supliqué, y al final el funcionario cedió. No creía que el pase fuera a servir de nada, pero, como él dijo: "No pierde nada por intentarlo, madame"».

«Cuando nos acercábamos a la zona —añadía Ilse—, avanzamos lentamente, un poco a tientas de un pueblo a otro. Al llegar al último pueblo antes de Bad Sachsa, unos refugiados nos dijeron que habían instalado un control para indicar el principio de la zona rusa. Nerviosas, nos dirigimos a la barrera de madera. Bad Sachsa se encontraba a tres kilómetros».

Un sargento británico vigilaba el puesto de control. Aterrada

de verse atrapada y no poder volver, Ilse intentó convencerlo de que la acompañara uno de sus hombres, pero el sargento se mostró inflexible: «No podía abandonar su puesto ni prescindir de uno de sus hombres. Intentó convencerme de que diera media vuelta. Al ver que me negaba, me aconsejó que dejara allí toda la documentación, el dinero y las joyas, que me llevara solo las fotos de los niños y que continuara a pie. Entonces añadió: "Los rusos no respetan la documentación británica o estadounidense, ni tampoco a las mujeres, en especial las jóvenes que van solas"».

Ilse echó a andar por la carretera vacía, fijándose en ciertos indicadores por si aparecían los rusos y tenía que volver a la zona británica huyendo por los campos. Cuando llegó a Bad Sachsa a primera hora de la tarde, la ciudad estaba completamente deshabitada. Como no conocía la ubicación del orfanato, fue a buscar el ayuntamiento, que también estaba desierto, o eso pensaba. Cuando se iba, vio a un hombre solo en un despacho de la planta baja. Resultó que era el alcalde y, asombrado por su valor para entrar en la ciudad, se ofreció inmediatamente a llevarla en coche al orfanato. Después de consultar el reloj, dijo que tendría que ser rápido. Solo podrían llegar hasta allí, explicó, cuando los rusos cambiaran la guardia.

El orfanato se encontraba en la cima de una pequeña colina. Cuando llegaron, solo encontraron a dos personas allí: la directora, una mujer corpulenta y rubia de unos cincuenta años, y un niño de unos cinco años que estaba sentado en el porche comiendo un plato de fresas. Ilse le mostró las fotografías de Corrado y Roberto. Tras examinarlas con atención, la mujer le aseguró que nunca habían estado allí: «Después de todas las dificultades para llegar a Bad Sachsa tan llena de esperanza, fue una terrible decepción y me entristecí mucho. Pregunté quién era el niño solitario y dijo que era uno de los nietos de Carl Goerdeler. Me ofrecí a llevármelo conmigo, pero se negó. Le habían ordenado que solo entregara los niños a sus familiares. Sentí lástima de aquel pobre niño».

El alcalde llevó a Ilse de vuelta a la frontera: «Íbamos llorando los dos. Yo de fatiga y decepción; el alcalde de tristeza. Almuth estaba esperando frenética en la barrera. Había visto a dos

guardias caminando hacia el pueblo. Volvimos a Ebenhausen totalmente desoladas. ¿Y ahora qué? ¿Qué demonios íbamos a hacer?».

A falta de más pistas, Ilse y Almuth decidieron ir a Innsbruck, donde habían apresado a los niños.

Era arriesgado, pero Almuth recordaba el nombre de dos oficiales de las SS con los que hablaron ella y su hermano cuando intentaron visitar a Fey en la cárcel de la Gestapo en Adamgasse. Si daban con ellos, tal vez podrían averiguar algo.

Primero, Ilse tenía que conseguir otro permiso de viaje del coronel Keegan. «Empezaba a verlo como un viejo amigo. Fue encantador y amable, pero su respuesta fue un jarro de agua fría: "Me temo que esta vez no puedo ayudarla, señora Von Hassell. Desde ayer, Innsbruck está en manos francesas. Si aún cree que merece la pena, tendrá que tratar con la nueva administración francesa para obtener un permiso".»

Ilse preguntó a Keegan si al menos podía intentar averiguar si los dos oficiales de las SS seguían en Innsbruck. «Aunque era pesimista, llamó a un agente estadounidense que se encontraba en la ciudad. La respuesta fue negativa. El agente no tenía "la menor idea", en palabras de Keegan. Dijo que todos los SS habían huido de la ciudad. "Dígale a esa señora que es inútil pensar que podrá conseguir algo aquí. Si empieza a buscar una aguja en un pajar, nunca encontrará a los niños. Se creará un comité especial para esos casos. Hay que hacerlo sistemáticamente."»

Puesto que Múnich se encontraba en la zona de ocupación estadounidense, los franceses no tenían oficina en la ciudad. Sin saber cómo obtener un permiso, Ilse acudió a la Oficina de Personas Desplazadas. Las diferentes zonas de ocupación acababan de entrar en vigor y su única esperanza era que los funcionarios de la oficina no supieran que los franceses ahora controlaban Innsbruck y sus alrededores: «Encontré a un joven sargento estadounidense de aspecto inocente gestionándolo todo. ¡Tuve suerte! Sin poner objeciones, nos expidió inmediatamente un

permiso para viajar a Innsbruck. Solo tenía validez para un día, pero a mí me pareció oro puro. Después de agradecérselo inmensamente, lo cual pareció sorprenderlo bastante, bajé corriendo las escaleras y grité a Almuth: "¡Lo tengo, lo tengo!"».

Innsbruck se encontraba a 120 kilómetros de Ebenhausen y partieron al día siguiente al amanecer. Después de entrar en Austria por el paso de Scharnitz, siguieron la misma ruta que el convoy de las SS que había trasladado a Fey y los demás Prominenten de Reichenau a Dachau dos meses antes.

Al llegar a la ciudad, fueron directas al Palacio del Arzobispo, desde el cual se veía el antiguo cuartel general de la Gestapo. Ilse esperaba que alguien tuviera información sobre niños desaparecidos, pero, cuando llamaron a la puerta principal, salió un criado y dijo: «Sus señorías están durmiendo y no se las puede molestar».

Ilse se puso furiosa: «¿Te lo imaginas? ¡Europa entera de rodillas y sus señorías durmiendo!».

Luego fueron a la comisaría central para intentar recabar información sobre los oficiales de las SS cuyos nombres recordaba Almuth. Una vez más, las recibieron con indiferencia. El comisario se encogió de hombros y dijo que la mayoría de los oficiales de la SS y la Gestapo estaban escondidos con nombres y documentación falsos.

Ya eran casi las doce y habían consumido más de la mitad del tiempo que autorizaba el preciado permiso de viaje. Desesperadas y sin apenas tiempo, decidieron separarse. Ilse probaría en la cárcel en la que había estado encerrada Fey y Almuth en el hotel Albergerhof; según uno de los dos oficiales de las SS, Fey y los niños habían pasado su primera noche en Innsbruck allí.

Ilse pudo ver al alcaide inmediatamente. No se había llevado a cabo una purga del personal seleccionado por los nazis y nueve meses antes estaba allí cuando Fey fue confinada en Adamgasse 1.

Aunque la recordaba bien, no disponía de información sobre los niños; eran responsabilidad de las SS, sobre las cuales él no tenía jurisdicción. Sin embargo, fue comprensivo y alentó a Ilse a preguntar en la Jugendamt, la Oficina de Ayuda a los Jóvenes. Era posible que uno de sus empleados conociera los nombres de las mujeres de las SS que habían dirigido los varios orfanatos de la zona.

La oficina estaba en el ayuntamiento, un triste edificio barroco. Dentro, Ilse encontró un laberinto de oficinas y pasillos: «Fui de despacho en despacho preguntando por la Jugendamt. Me indicaron que fuera a la sala 140, pero había tal caos que nadie sabía dónde estaba. Eran pasadas las dos y el permiso expiraría en menos de tres horas. Finalmente encontré la oficina, donde me dijeron: "Lo siento, madame. Los niños desplazados no son responsabilidad de esta oficina. Hay una oficina especial para eso. Tiene que ir..., etc., etc."».

Desesperada, Ilse dijo al empleado que no tenía tiempo para buscar otra oficina y le rogó que hiciera unas llamadas en su nombre. Al verla tan alterada, cogió el teléfono para contactar con gente que podía saber dónde habían sido trasladados los niños que capturó la Gestapo. Las conversaciones, según Ilse, fueron torpes: «Como nadie reconocía que había participado directamente, tuvo que ser extremadamente diplomático. Finalmente, después de unas cinco llamadas, habló con una tal Fräulein Schlieger, quien, según le habían informado, había tenido algo que ver con el traslado de niños cuyos padres habían sido arrestados por la Gestapo. Al principio dijo no saber nada, pero, poco a poco, el empleado consiguió sonsacarle los nombres de cuatro "institutos" a los que la Gestapo solía enviar a los niños, todos bastante cerca de Innsbruck».

Para los que pasaban por allí, Ilse debía de ser una imagen sorprendente cuando salió del ayuntamiento. Enfundada en un velo de viuda y un vestido de luto tradicional, volvió corriendo al coche por el centro de la ciudad.

Almuth ya estaba allí, esperándola. En un golpe de suerte asombroso, ella también había encontrado una pista importante.

Almuth había tardado un poco en encontrar el Albergerhof, que visitó el octubre anterior cuando ella y su hermano intentaron ver a Fey: «Recordaba más o menos dónde estaba, pero me costó encontrarlo. Con los bombardeos, Innsbruck había cambiado mucho. Te imaginarás lo sorprendida que me quedé cuando vi solo un montón de escombros y un muro medio derruido en el lugar que antes ocupaba el hotel».

Estaba a punto de tirar la toalla y volver al coche cuando vio a un hombre harapiento rebuscando algo de valor entre las ruinas. Ante la remota posibilidad de que pudiera saber algo acerca de aquel lugar, Almuth se acercó.

Increíblemente, el hombre le contó que era el chófer y empleado de mantenimiento del hotel. Apenas le había descrito a Fey y sus dos hijos, que por aquel entonces tenían dos y tres años, cuando la interrumpió con semblante apesadumbrado. «Pues claro. Recuerdo muy bien a la hermosa joven y los dos niños. Estaban en la habitación 112», dijo.

Luego le explicó que estaba puliendo la barandilla de las escaleras situadas justo delante de su habitación cuando dos mujeres de las SS se llevaron a los niños: «Uno no paraba de gritar y tuvieron que arrastrarlo escaleras abajo».

Almuth le preguntó si recordaba algo más y el hombre le contó que había oído a las mujeres discutiendo sobre dónde llevarían a los niños. Después de una larga pausa intentando recordar los nombres de los orfanatos, dijo: «Wiesenhof y Allgäu».

Ambos figuraban en la lista que había conseguido Ilse en la Jugendamt.

Wiesenhof era el que se encontraba más cerca, a once kilómetros de Innsbruck, y el empleado había dicho que era un orfanato para niños de entre tres y cinco años.

Circulando a toda velocidad, fueron primero allí.

Cuando se acercaban al orfanato, Ilse estaba demasiado

agitada para fijarse en el imponente paisaje: el denso pinar que rodeaba el edificio de cuatro plantas con su torreta gótica y la empinada roca que se elevaba sobre la llanura. «Solo vi la gran casa blanca», dijo.

Frau Buri, la enfermera que dirigía el orfanato, las invitó a entrar e Ilse sacó las fotografías que tenía de los niños. «La mujer, atractiva y de unos cuarenta años, parecía muy amable y estudió todas las fotos atentamente. Entonces, cuando ya pensaba en el siguiente lugar de la lista, Frau Buri se detuvo en la tercera o cuarta imagen y exclamó: "¡Claro, son los hermanos Vorhof, Conrad y Robert! ¡Por supuesto que están aquí!". Entonces, Almuth soltó un grito que debió de resonar por todo el valle y yo rompí a llorar, cosa que rara vez hacía.»

Frau Buri las acompañó a una espaciosa residencia situada en la parte trasera del edificio. Años atrás, cuando Wiesenhof era un sanatorio regentado por la Asociación de Antroposofía, había sido utilizada como comedor. Varios nazis de alto rango, entre ellos Rudolf Hess y el general Ohlendorf, asesino de más de 90.000 judíos, habían cenado allí.

En las camas había treinta niños durmiendo la siesta. Corrado y Roberto estaban uno al lado del otro. Acercándose de puntillas, Ilse vio por primera vez a sus nietos perdidos: «Vi sus cabecitas rubias asomando bajo las sábanas. Parecían angelitos, pero no queríamos despertarlos, así que salimos de la habitación y los dejamos dormir».

Mientras esperaban en la oficina de Frau Buri, Ilse la acribilló a preguntas. ¿Estaban bien? ¿Parecían nerviosos? ¿Llevaban mucho tiempo allí? Observando atentamente el rostro de Buri en busca de indicios de que ocultaba información o mentía, la tranquilizó su respuesta: «Frau Buri confesó que a menudo se preguntaba quiénes eran, ya que las SS siempre cambiaban el nombre a los niños más pequeños y nunca aportaban información sobre su identidad o por qué estaban retenidos. Me enseñó el registro que había cumplimentado la noche que los llevó la Gestapo: "Hermanos

Vorhof, Conrad y Robert. Madre arrestada". Nos dijo que llevaban siete meses en el orfanato. Al principio, "Conrad" era muy tímido y lloraba siempre que lo metían en la cama. Robert, en cambio, pareció adaptarse con mucha menos dificultad y al poco tiempo empezó a disfrutar jugando con los otros niños. Dijo que los hermanos detestaban que los separaran y que a ella y su personal las conmovía especialmente cómo cuidaba Conrad de Robert y lo ayudaba a vestirse por la mañana».

Ilse se hinchió de orgullo cuando Frau Buri le contó que había intentado convencer a "Conrad" de que le dijera su verdadero nombre pero él se negó. Su única preocupación era que, al parecer, ambos habían llegado al Wiesenhof «justo antes o justo después de Navidad». Por la nota que Fey lanzó desde el tren, Ilse sabía que la Gestapo se había llevado a los niños a finales de septiembre. Las fechas no cuadraban. ¿Dónde habían estado entre octubre y diciembre? Frau Buri no lo sabía.

Después de hablar una hora aproximadamente, oyeron a los niños levantarse. Frau Buri fue a buscarlos y al cabo de unos minutos se abrió la puerta, hizo entrar a las dos pequeñas figuras y volvió a cerrarla con delicadeza.

A Ilse se le cortó la respiración: «Se quedaron mirándonos con curiosidad, pero no dijeron una sola palabra. Estaban muy guapos con sus camisas blancas y sus pantalones cortos azul marino. Obviamente, estaban emocionados y parecían confiados. Me arrodillé, agarré los diminutos hombros de Corrado y le dije: "¿No te acuerdas de tu abuela?". Sin titubear, me rodeó el cuello con el brazo y respondió: "¿Podemos irnos a casa?"».

Sin embargo, Ilse se angustió al no reconocer a Roberto: «La última vez que lo había visto era un bebé y me di cuenta de que no podía estar segura de si realmente era Robertino. Intenté hablarle en italiano, pero no parecía entenderlo. Solo parloteaba en un dialecto austríaco que yo apenas comprendía. Me debatía entre querer rescatar a aquel hermoso niño y la preocupación por mi otro nieto si me equivocaba».

Ilse sentó al niño en su regazo y le enseñó las fotografías de Fey y Brazzà con la esperanza de que las reconociera: «Al ver las fotos, a Corrado se le iluminaron los ojos y dijo de inmediato: "¡Esa es mamá!", "¡Eso es Brazzà!", etc. Pero el pequeño se quedó callado e inexpresivo o, cuando le insistía, repetía exactamente lo mismo que había dicho Corrado».

«Le pregunté a Corrado si aquel era su hermano y dijo que sí y le dio un gran abrazo. Pero ¿podía estar segura? Frau Buri no sabía qué les había ocurrido a los niños antes de llegar al orfanato. ¿Y si primero los habían separado y luego le dijeron que Corrado era su hermano?»

De repente, mientras Ilse pensaba qué hacer, el niño señaló una pequeña mancha blanca en una de las fotografías y empezó a dar saltos en su regazo.

«¡*Mirko*!», exclamó. «¡*Mirko*!»

«¡Dios mío! ¡Me dio un vuelco el corazón!», dijo Ilse a Fey más tarde. «No dejaba de mirar a aquel caballo blanco, una pequeña mota en el césped del castillo, como si no existiera nada más en el mundo. Por fin estaba segura. ¡Habíamos encontrado a los niños!»

Con solo una hora de permiso, Ilse y Almuth se fueron casi inmediatamente con los niños. Cuando salían, Frau Buri les dijo que habían sido extremadamente afortunadas. Todos los orfanatos nazis, incluido Wiesenhof, estarían cerrados en diez días. Después, los niños no reclamados serían dados en adopción a campesinos de la zona. Ya tenía una casa para Corrado y Roberto e iban a trasladarse la semana siguiente. Si eso hubiera ocurrido, dijo, probablemente se habrían «perdido para siempre».

41

La inexistencia de comunicaciones entre Alemania e Italia supuso que Fey y Detalmo tardaran otros dos meses en saber que habían encontrado a los niños.

La mañana del martes 11 de septiembre de 1945, exactamente un año después de que las SS la arrestaran en Brazzà, Fey estaba trabajando en el jardín de rosas situado junto a la capilla cuando apareció Nonino con un telegrama. Imaginó que era de Detalmo, que estaba en Roma y ya había enviado tres o cuatro. Sin prestar atención, abrió el sobre mientras seguía hablando con Nonino: «Al principio no entendí el mensaje. Entonces dejé de hablar y lo releí palabra por palabra. No me lo podía creer. ¡Se había acabado! ¡Habían encontrado a los niños!».

En cuanto Ilse llegó a Ebenhausen con ellos, escribió a un amigo de Suiza para pedirle que se lo comunicara a Detalmo. La carta tardó ocho semanas en llegar a Roma y el telegrama de Detalmo decía:

> NIÑOS ENCONTRADOS ESTÁN CON TU MADRE STOP RECIBÍ LLAMADA CONFIRMACIÓN CORONEL WILLE ZÚRICH STOP WILLE RECIBIÓ LLAMADA DE TU MADRE CON LA NOTICIA STOP GOZAN DE SALUD EXCELENTE INTENTÉ LLAMAR PERO EN VANO DEBIDO A MAL TIEMPO ESPERO TENER PERMISOS PARA ALEMANIA EN UNOS DÍAS CON CARIÑO DETALMO

Los permisos que esperaba Detalmo no se materializaron. Lo intentó todo, pero siempre se encontraba con la respuesta estándar: «Los ciudadanos italianos aún no pueden viajar a Alemania».

Transcurrió un largo mes. Entonces, el primer ministro Ferruccio Parri, del cual Detalmo era secretario privado en aquel momento, le pidió que organizara una recepción en el Grand Hotel para homenajear al general Mark Clark. En junio de 1944, el 5.º

Ejército de Clark había liberado Roma y ahora era comandante en jefe de las fuerzas de ocupación estadounidenses en Austria.

A la recepción asistieron cientos de oficiales y políticos. Después de haberlo intentado todo, Detalmo esperó su oportunidad para hablar con el general. El momento llegó cuando vio a Clark alejarse de un grupo de periodistas, así que fue corriendo hacia él y le ofreció un whisky. Luego le habló de su suegro y de los niños desaparecidos y le pidió ayuda. De un plumazo, el impenetrable muro de la burocracia cayó. Visiblemente conmovido, Clark se volvió hacia un edecán y le indicó que facilitara a Detalmo un todoterreno y un pase para «viajar a Alemania por un asunto especial». También le pidió que contactara con Ilse en Ebenhausen para anunciarle que Detalmo iría a recoger a los niños.

El todoterreno y el valioso permiso llegaron al *palazzo* de Detalmo en Via Panama a la mañana siguiente. Utilizando los generosos cupones de gasolina que le proporcionaron, condujo toda la noche hasta Brazzà. No había podido contactar con Fey, y cuando apareció de súbito en el camino, quedó impresionada: «¡Allí estaba, con un todoterreno militar, uniforme y botas estadounidenses y la gorra de la caballería italiana! ¡Por fin veríamos a los niños!».

El comandante de aviación Colin Falconer, el sucesor de Foster, les ofreció inmediatamente tres habitaciones en la planta baja de la casa y se pasaron el día ordenándolas. También llamaron al sacerdote de la parroquia para que organizara en Brazzà una misa especial en la capilla del siglo X, que estaba dedicada a san Leonardo,[1]patrón de los prisioneros, y les pareció adecuado oficiar una ceremonia de agradecimiento por el regreso a casa de los niños. Después de la misa se celebraría una gran fiesta, que Fey planeó con Bovolenta: «Pedimos a todo el mundo que asistiera: amigos, vecinos y todos los *contadini*. Habría comida y vino para todos, y música y baile. Queríamos juntar a todo el mundo aquel día para dejar atrás nuestros sufrimientos y tragedias privadas. Detalmo dijo que sería el final del pasado y el comienzo de una vida mejor para todos nosotros».

A la mañana siguiente partieron hacia Ebenhausen a las seis.

El todoterreno iba cargado de provisiones —sacos de harina y azúcar, jamones, enormes bolas de queso, salamis, frutas y varios centenares de huevos, cosas que Fey sabía que su madre agradecería teniendo en cuenta la escasez de comida que padecían en Alemania.

Ya había llegado el otoño y los árboles estaban deshojándose, los colores dorados y cobre relucientes contra las montañas cubiertas de nieve. Fey y Detalmo apenas cruzaron una palabra durante el viaje: «Teníamos tantas ganas de llegar a Ebenhausen que solo mirábamos al frente, rezando por que no hubiera retenciones. En la frontera no tuvimos dificultades. El permiso funcionó a las mil maravillas y los soldados de los controles nos dejaban pasar como si fuéramos gente muy importante».

Después de viajar sin pausa durante casi diez horas, a las cuatro de la tarde pasaron por debajo de la cima de la montaña situada detrás de Ebenhausen y Fey divisó el capitel de la iglesia: «A medida que nos acercábamos a la casa me superaba la emoción».

Ilse había oído el coche acercándose por el camino de gravilla y estaba esperando en el umbral. Vestida de negro parecía mucho más delgada de lo que Fey la recordaba: «Había pasado tanto tiempo y habían ocurrido tantas cosas que por un momento me pareció irreal. Bajé del todoterreno de un salto y fui corriendo a abrazarla. Con voz entrecortada por la emoción, conseguí decir "pobre Mutti" y se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero eso fue todo. Llevaba dentro la tristeza por la muerte de mi padre. No podía o no quería expresarla, ni siquiera a mí».

Corrado y Roberto habían salido a pasear con Almuth y la espera fue agonizante, una espera que a Fey, después de tantos meses, le pareció la más larga de su vida: «Nos sentamos a tomar un té como si fuera lo más normal del mundo. Mientras hablábamos, Detalmo y yo no parábamos de mirar hacia la puerta, preguntándonos qué nos encontraríamos después de un año. Hablamos de cómo debíamos reaccionar cuando entraran Corradino y Robertino. ¿Debíamos abrazarlos o contenernos y ser más formales? Al final, decidimos hacer esto último para ver cómo

respondían los niños.

»Al rato oímos pasos y se abrió la puerta y entró Almuth con los niños. Estaban delante de nosotros y había un silencio absoluto. Tuve que esforzarme mucho para no llorar. Entonces, Almuth se agachó y susurró a Corrado: "¿Reconoces a esa persona?". Él se sonrojó y dijo: "Sí, es mamá". Señalando a Detalmo, Almuth le preguntó: "¿Y conoces a ese hombre de ahí?". Mirando a Detalmo con unos ojos como platos, Corrado dudó un momento y entonces exclamó: "¡Sí, es papá! ¡El de la foto!".

»Después de unos segundos de silencio, Corrado soltó a Almuth y fue corriendo hacia Detalmo, que estaba en una esquina de la habitación. El niño lo agarró de los pantalones y se subió encima de sus pies, algo que siempre hacía cuando era pequeño. Robertino vino hacia mí, se sentó en mi regazo y no dijo nada. Abrazarlo me pareció lo más bonito del mundo».

Epílogo

Corrado tenía cuatro años y Roberto tres cuando Ilse los encontró en Wiesenhof. Al ser mayor que Roberto, Corrado conserva algunos recuerdos del tiempo que pasó allí. Destacan ciertas escenas: una enfermera tocando el violín para ellos durante los ataques aéreos; excursiones para buscar bayas en los bosques cercanos, en las que tenía que vigilar a Roberto por si cogía las venenosas; o las advertencias de que, si gritaba mucho, se lo comerían los lobos del bosque. Recuerda que se tragó unas cuantas que les dieron para hacer collares y que un médico le dijo que tendría que abrirle el estómago. Y también recuerda ver a un hombre muerto durante un bombardeo en la carretera que pasaba por delante del orfanato. Todavía puede ver su cuerpo, la mitad del cual estaba metida en un desagüe.

Cuando volvió a casa, Corrado sufría una pesadilla recurrente: que él y Roberto estaban con Fey en un campo de concentración. Después los ponían en fila delante de una fosa antes de ejecutarlos. Más tarde se volvió tímido y desconfiaba de la gente. Nunca se creía lo que le decían. «De adolescente tuve que esforzarme para superar esa paranoia», decía.[1]Como cabría esperar, su terapeuta creía que aquella desconfianza nació en el momento que fue apresado por las SS: «Mi madre me dijo que nos llevaban a dar un paseo. Me prometió que se reuniría con nosotros, pero, por supuesto, no lo hizo».

Actualmente, Corrado y Roberto, casi octogenarios, siguen viviendo en Brazzà. Ambos han gozado de éxitos profesionales. Detalmo se incorporó a la Comisión Europea en 1966 y Corrado siguió el mismo camino. Su trabajo como asesor económico lo llevó

a África, Japón y Estados Unidos, donde durante un tiempo fue diplomático en la embajada de la UE en Washington. En 1992 fue nombrado embajador de la UE en Austria, el país donde lo escondieron las SS cuando era niño. En la que sería una extraordinaria coincidencia, en su último cargo como jefe de gabinete del comisionado de la UE para la Agricultura, el Desarrollo Rural y la Pesca, trabajó con el comisionado Franz Fischler, que se había criado en una granja situada a solo unos cientos de metros del orfanato de Wiesenhof. La familia de Fischler conocía al campesino que habría adoptado a Corrado y Roberto si Ilse no hubiera llegado en el último momento.

Desde su jubilación, Corrado ha publicado biografías de su tío abuelo, el explorador Pietro di Brazzà, que dio nombre a Brazzaville, en el Congo, y su bisabuelo, el almirante Von Tirpitz. Está casado con Cécile, una artista belga, y tienen un hijo.

El amor de Roberto por los caballos lo convirtió en uno de los mejores jinetes de Italia. En 1964, cuando tenía veintidós años, fue elegido para representar a su país en los Juegos Olímpicos de Tokio. Aun así, decidió no participar para obtener su licenciatura en Arquitectura. Más tarde sería una de las figuras más importantes en la reconstrucción de Friuli tras el terremoto que devastó la región en 1976, y es conocido por sus proyectos paisajísticos, en especial el jardín de Schloss Sanssouci, en Potsdam. Se casó con una sudafricana y tienen cuatro hijos.

Ilse vivió en su casa de Ebenhausen hasta que falleció en 1982 a la edad de noventa y seis años.

Tras la pérdida de su marido, dedicó las décadas que le quedaban de vida a sus memorias. En cuanto terminó la guerra, recuperó los diarios que había escondido en la madriguera situada al fondo del jardín. Solo ella conocía las palabras en clave que había utilizado y pasó muchos meses corrigiendo incansablemente los diarios antes de su publicación en 1946.

En años posteriores, Ilse nunca dejó de revivir y defender la memoria de su marido, ensalzando su lucha por la justicia y la

decencia y su lealtad a los valores morales, además del Estado y la nación. Sin embargo, lo que más placer le causaba, su «alegría», en sus propias palabras, era el mes que pasaba cada verano en Brazzà con Fey y sus nietos. «Naturalmente —escribía Fey—, mi madre fue la protagonista en las bodas de mis hijos.»

Alex von Stauffenberg permaneció retenido por los investigadores estadounidenses de crímenes de guerra hasta septiembre de 1945. Destrozado por haber perdido a Fey, siguió enviándole cartas y poemas desde la casa de Fráncfort del Meno en la que estaba encarcelado.

Mientras estaba allí, le costó convencer a los estadounidenses de que le era imposible sentarse a la mesa con el mariscal de campo Von Rundstedt, también prisionero y criminal de guerra.[2]En 1941, Hitler le había encomendado la conquista de Ucrania, y Rundstedt animó a sus comandantes a cometer atrocidades contra judíos y comunistas. Después del complot del 20 de julio, había supervisado la expulsión póstuma de Claus y Berthold, los hermanos de Alex, del ejército.

Cuando salió en libertad, Alex se fue a vivir con un grupo de amigos a Überlingen, en la costa norte del lago de Constanza.[3]En aquella época se enteró de que Fey había tenido una hija llamada Vivian, lo cual eliminaba cualquier esperanza de que dejara a Detalmo y se casara con él. Tardaría tres años en verse capaz de hacer frente al mundo exterior.

En 1948 volvió a ser nombrado profesor de Historia de la Antigüedad en la Universidad de Múnich, un puesto que había ocupado antes de la guerra.[4]Junto a Gerhard Ritter, le encargaron que escribiera la historia de la resistencia alemana, que fue incluida en la biografía de Carl Goerdeler creada por Ritter. También fue un firme opositor de las armas nucleares.

Se casó por segunda vez en 1949 con Marlene Hoffmann, una viuda a la que conoció en Überlingen. Alex no tuvo hijos, pero desarrolló un fuerte vínculo con Gudula, su hijastra. «Fue un verdadero padre», recuerda. «Un hombre cariñoso, atento,

generoso y con el que podías contar.»[5]

Alex siguió escribiéndose con Fey y se vieron en varias ocasiones tanto en Italia como en Alemania. Su último encuentro fue en Roma en 1963. A sus casi sesenta años, no había perdido sus dotes de seducción, y a Fey le pareció tan atractivo como en el Hindenburg Baude.

Meses después, recibió una carta de Tío Moppel, quien la informó de que Alex había muerto de cáncer de pulmón, lo cual le provocó una «inmensa tristeza».

Isa Vermehren, Gagi von Stauffenberg y los otros Sippenhäftlinge abandonaron Capri el 13 de junio, dos semanas después de que Detalmo recogiera a Fey. No los llevaron a casa, sino a un campo para refugiados dirigido por los británicos en Versalles. Tras otro interrogatorio, permanecieron tres días allí. «No es agradable estar en un entorno tan hostil», escribió Gagi en su diario. «Tenemos que comer en una cantina inglesa y la carrera hasta nuestra mesa es como atravesar una tormenta. Mika Stauffenberg no puede soportar la palpable animosidad y se acerca a la gente a explicarle que somos familiares de los conspiradores de julio. Ello no suscita comentarios, pero luego nos llegan cigarrillos, chocolate y fruta a la mesa.»[6]

Gagi fue trasladada a Múnich a mediados de junio. De camino a su casa en Baden-Württemberg, se unió a una visita oficial a Dachau con el canónigo Neuhauser, que también había estado encarcelado allí. Aunque Gagi había visto fugazmente el campo cuando ella y el resto de los Sippenhäftlinge salieron del hospital la noche que se iban de Dachau, la verdadera envergadura de las atrocidades que cometieron los nazis allí y en otros campos solo empezaba a salir a la luz. «La visita al campo es espantosa», escribió aquel mismo día. «Sentí tanta vergüenza que quería que se me tragara la tierra.»[7]

Clemens, el padre de Gagi, no se recuperó nunca de los malos tratos que recibió de las SS y falleció en febrero de 1949. Nueves meses después murió su mujer a los cincuenta y cinco años. Su

salud también se había resentido por las experiencias vividas en los campos de concentración.

Gagi no se casó. Treinta y cinco años después del final de la guerra, volvió a la vieja finca de sus padres en Jettingen. Decidió publicar su diario cuando se cumplía el septuagésimo aniversario de su puesta en libertad. Murió en 2018, poco antes de cumplir ciento cuatro años.

Isa Vermehren también empezó un libro tras su liberación y repatriación en junio de 1945. Titulado *Reise durch den letzten Akt* [Viaje por el último acto], recogía sus experiencias en los campos y también sus ideas sobre el régimen nazi y sus crímenes.

Después de la guerra se formó como profesora e ingresó en un convento en 1951. Más tarde sería directora de escuela. Como defensora de la educación moral, hizo campaña por su inclusión en el programa educativo: «Una sociedad sin un consenso sobre los valores morales [...] sobre lo deseable y exigible en un plano moral [...] está condenada».[8]

Después de jubilarse como maestra, fue presentadora del segundo programa de televisión alemán que llevaba más tiempo en antena, *Wort zum Sonntag*, un foro de debate sobre cuestiones religiosas. Murió en 2009 a los ciento un años.

Junto con los otros Sippenhäftlinge, a finales de los años cuarenta y cincuenta Isa y Gagi lucharon por aclimatarse a la Alemania de posguerra, donde reinaban sentimientos encontrados sobre los conspiradores de julio. En algunos sectores de la población eran considerados *Landesverräter* (traidores) que habían roto su juramento con el Führer. En la comunidad en general, las familias de los conspiradores a menudo se encontraron con una comprensión y un apoyo limitados, y se vieron obligadas a recurrir a amigos íntimos y parientes que compartían sus ideas políticas.

Las anomalías en un país que intentaba reconstruirse y aceptarse a sí mismo supusieron que, durante años después de la guerra, a Nina, la mujer de Claus von Stauffenberg, le fuera denegada una pensión de viudedad. Por el contrario, la viuda de Roland Freisler,[9]el juez inhumano que presidía el Tribunal del Pueblo, responsable de ejecutar brutalmente a cientos de enemigos

del Estado, recibió un generoso subsidio.

Hitler había jurado aniquilar al «nido de víboras» que había conspirado contra él y acabar con las estirpes de aristócratas prusianos a los que despreciaba. Cuando Nina falleció en 2006 a los noventa y dos años, la esquela incluía los nombres de sus cuatro hijos y sus esposas y la siguiente información: «Doce nietos y veinte bisnietos». Había convertido la venganza de Hitler en mera palabrería.

Himmler huyó de Flensburgo, el cuartel general del Alto Mando alemán en el norte del país, la noche del miércoles 9 de mayo de 1945. Fue aquella noche a la una en punto cuando entró en vigor la rendición de las fuerzas armadas alemanas en todos los frentes.

Abandonó Flensburgo para evitar ser arrestado y se llevó con él a cinco hombres fieles de las SS: su secretario privado, dos edecanes, el jefe de la Gestapo y su jefe de seguridad personal.[10]Viajando en cuatro vehículos blindados, se habían arrancado las insignias de los uniformes y llevaban una variedad de ropa civil y militar. Himmler se había afeitado el bigote y llevaba en el bolsillo la documentación de Heinrich Hitzinger, un sargento de la Compañía Blindada Especial, cuya identidad había adoptado.

Las dos primeras noches, el grupo acampó en un bosque situado a las afueras de Flensburgo mientras preparaban su viaje hacia el sur. Se dirigían al macizo de Harz, al este de Gotinga. Allí, según Werner Grothmann, uno de los edecanes, Himmler pretendía esconderse antes de partir hacia los Alpes cuando se hubieran «calmado las aguas».[11]

Al llegar a Marne, al norte del río Elba, la noche del 15 de mayo, se vieron obligados a abandonar los vehículos. El río tenía varios kilómetros de ancho en aquel punto y pagaron 500 marcos a un pescador que ignoraba su verdadera identidad para que los cruzara en su barca.[12]Durante tres días avanzaron hacia el sur con cientos de miles de refugiados y soldados alemanes que caminaban por la carretera. Dormían al raso o en estaciones de tren o granjas

de campesinos. Pasaron la noche del 18 de mayo en una granja situada a las afueras de Bremervörde, donde unos soldados británicos se habían acantonado en la casa contigua ajenos a su presencia.[13]

Durante dos días más, los seis evitaron ser capturados, pero la mañana del 21 de mayo, Himmler y sus dos edecanes, Grothmann y el Sturmbannführer Macher, fueron arrestados en un control que habían instalado unos prisioneros de guerra soviéticos.

Los soldados los entregaron a una patrulla del ejército británico que pasaba por allí. Un informe basado en el interrogatorio posterior a Werner Grothmann describe el momento:

> Himmler llevaba ropa civil y un parche negro en el ojo, mientras que Grothmann y Macher iban medio de uniforme (guerrera y abrigo sin distintivos de ninguna clase) y medio de civiles. Gracias al disfraz no fueron reconocidos por los rusos [...].
>
> Los trasladaron a un campo de Seedorf, cerca de Bremervörde, donde sus captores seguían sin reconocerlos. Grothmann afirma que es normal, ya que, vestido con atuendo civil y sin sus gafas, Heinrich Himmler parece un alemán corriente de clase media y sin duda era difícil de identificar.[14]

En el campo de Seedorf, las preguntas del oficial que estaba de servicio fueron rutinarias. Pero la documentación de aquellos hombres presentaba irregularidades y aquella noche la pasaron en una celda. A la mañana siguiente fueron trasladados a otro campo para continuar con los interrogatorios. De nuevo, su disfraz funcionó. En palabras de Grothmann, los interrogadores británicos supusieron que eran «refugiados civiles alemanes o desertores de la Wehrmacht».[15]

Aquel mismo día, los tres fueron trasladados una vez más. Igual que antes, nadie los reconoció. Después de pasar otra noche en las celdas del ejército británico, a la mañana siguiente, casi cuarenta y ocho horas después de su captura, los trasladaron nuevamente, en esta ocasión al Campo 031, unas instalaciones británicas para presos de guerra situadas cerca de Luneburgo.

El capitán Selvester del Black Watch, antes agente de la Policía de Salford City, era el comandante del campo: «En aquel

momento, un gran número de soldados alemanes intentaban volver a casa, y en la mayoría de los casos llevaban documentos expedidos por oficiales de sus respectivos regimientos. Dichos soldados eran arrestados y confinados en celdas para prisioneros de guerra, pero si había dudas sobre su identidad, eran enviados a mi campo para someterlos a más interrogatorios [...]. El proceso consistía en llevar a aquellos prisioneros delante de mi despacho y luego entraban de uno en uno. Mi deber era averiguar su nombre, dirección y edad y revisar cualquier documentación que llevaran».[16]

El 23 de mayo hacia las dos del mediodía, Himmler se unió a una cola de unos veinte prisioneros que esperaban a ser interrogados por Selvester. Horas después entró en la oficina un guardia para informar al capitán de que tres de los prisioneros que formaban cola estaban causando problemas. Al parecer, exigían que los atendieran inmediatamente. Por experiencia, Selvester sabía que eso era inusual; la mayoría de los prisioneros deseaban pasar desapercibidos. Extrañado, ordenó al guardia que hiciera entrar a los tres.

«El primero era un hombre menudo, harapiento y con pinta de enfermo, pero detrás entraron los otros dos, que eran altos y con aspecto soldadesco, uno delgado y el otro fuerte. Este último cojeaba. Noté algo raro y ordené a uno de mis sargentos que los sometiera a ambos a vigilancia y no permitiera que nadie hablara con ellos sin mi autorización. Luego los sacaron de mi despacho, momento en el cual, el hombre menudo, que llevaba un parche negro en el ojo izquierdo, se lo quitó y se puso unas gafas. Al momento, su identidad resultó obvia, y dijo “Heinrich Himmler” en voz muy baja.»[17]

No están claros los motivos por los que Himmler eligió aquel momento para entregarse, pero aquella noche lo llevaron a una pequeña casa de Luneburgo situada en el número 31a de Uelzener Strasse.

«A las 22.45 trajeron a Himmler», recordaba el comandante Norman Whittaker, el oficial al mando del cuartel general de la Compañía de Defensa del Segundo Ejército. «Iba envuelto en una

manta. No demostró arrogancia. Era una figura patética que sabía que todo había acabado. Lo llevamos a la sala principal y el médico empezó a examinarlo.»[18]

El coronel Michael Murphy, jefe de espionaje del Estado Mayor del general Montgomery, se encargó del interrogatorio. Creyendo que había riesgo de suicidio, antes de empezar se aseguró de que Himmler no llevara veneno.

Luego le ordenaron que se desnudara y se situara en el centro de la habitación. Empezando por los pies, el capitán Wells, que antes había sido médico rural en Oxfordshire, examinó su cuerpo: las nalgas, el ombligo, las axilas y las orejas. Después le ordenó que abriera la boca. Según describió más tarde el coronel Murphy, Wells vio «un pequeño bulto negro asomándole en la parte derecha de la dentadura».[19]Intentando retirar lo que evidentemente era una cápsula con veneno, Wells le introdujo dos dedos en la boca y fue entonces cuando Himmler volvió la cabeza y le mordió con fuerza. «¡Dios mío! ¡Lo tiene en la boca! ¡Lo ha hecho!», gritó Wells.[20]

Inmediatamente, el coronel Murphy y un sargento se abalanzaron sobre Himmler, lo tiraron al suelo y lo pusieron bocabajo para impedir que tragara.[21]Al mismo tiempo, Wells lo agarró de la garganta para obligarlo a escupir el veneno. «La muerte se produjo aún con más rapidez de la que yo esperaba», escribió más tarde. «Oí varias respiraciones entrecortadas que debieron de durar medio minuto y el pulso durante otro minuto. El hedor inconfundible que salía de la boca de Himmler era el del cianhídrico.»[22]

«Aquel ser maligno dio su último suspiro a las 23.14», explicaba el comandante Whittaker. «Le dimos la vuelta, lo tapamos con una manta y nos alejamos.»[23]

El 26 de mayo, el cuerpo de Himmler, envuelto en una red de camuflaje y atado con cable telefónico, fue trasladado a un lugar secreto cerca de Luneburgo. Fue enterrado sin ninguna ceremonia religiosa. El sargento primero Austin, que en la vida civil era basurero, fue quien cavó la tumba. Solo estaban presentes otros tres miembros de la Compañía de Defensa del Segundo Ejército. «Aquellas cuatro personas eran las únicas que conocían la

ubicación», afirmaba el diario de guerra de la compañía. «Posteriormente, la referencia cartográfica del lugar fue entregada por el comandante Coy al coronel G (E) [Espionaje], Cuartel General del Segundo Ejército.»[24]

La localización exacta de la tumba sigue siendo información clasificada.

Con la excepción del sargento Foth, el jefe del campo judío en Stutthof, poco se sabe del personal de las SS que custodió a los Sippenhäftlinge en su periplo por los campos. Aunque el sargento Kupfer pasó una temporada encarcelado después de la guerra, los archivos que han sobrevivido no contienen rastro de Fräulein Papke, quien, junto a Kupfer, supervisó a los Sippenhäftlinge desde Stutthof hasta Buchenwald, ni de Rafforth y Knocke, que los custodiaron en Buchenwald.

Un tribunal de crímenes de guerra polaco condenó a Foth a muerte en 1947. Durante los seis juicios de Stutthof, celebrados en Gdansk entre 1946 y 1953, un total de setenta y dos oficiales de las SS y seis supervisoras fueron hallados culpables de crímenes de guerra. De estos, veintidós fueron ejecutados.[25]

Sin embargo, Fey vio a Hans Kretschmann, el joven teniente que la denunció a la Gestapo en otoño de 1944. Habían pasado cuarenta años desde la guerra y, después de la exitosa carrera de Detalmo como diplomático de la UE, principalmente en África, vivían en un retiro parcial y dividían su tiempo entre Roma y Brazzà.

Fey estaba en su piso del centro de Roma cuando sonó el teléfono: «El que llamaba hablaba alemán y preguntó por mí. Supe inmediatamente que era Kretschmann. Hablaba igual que entonces, monótonamente y yendo al grano. Estaba con su mujer en el Grand Hotel, donde asistía a una conferencia sobre telecomunicaciones europeas. Era director de la autoridad telefónica alemana. Para mi sorpresa, preguntó si podía acompañarlos a tomar una copa en el hotel aquella noche y conocer así a su mujer y hablar de los viejos

tiempos».

Ante la insistencia de Kretschmann, Fey aceptó la invitación a regañadientes. «Cuando llegué al bar del Grand Hotel a las siete en punto ya me sentía muy incómoda. Allí estaba él, muy diferente a como lo imaginaba. Había engordado y parecía mucho más menudo de lo que lo recordaba.»

La conversación fue incómoda desde el principio. Kretschmann llevaba una fotografía de Corrado y Roberto en la cartera y se la mostró a Fey, curioso por saber qué había sido de los niños. Respondiendo educadamente a sus preguntas, Fey se quedó de piedra cuando Kretschmann empezó a hablar de la guerra: «Recordaba con cariño los buenos tiempos que pasó con nosotros en Brazzà, "lo agradable y tranquilo que fue todo cuando su regimiento se alojaba allí". Su mujer sonreía; debía de haber oído aquella "alegre" historia muchas veces».

Sobrepasada, al poco se inventó una excusa y se fue. Al marcharse, Kretschmann le dio su tarjeta y le preguntó si podía visitarla en Brazzà.

Aquella noche no pudo dormir: «Me sentí utilizada y violada por aquel encuentro. ¿Por qué había querido verme? En parte era responsable de mi encarcelamiento y mi separación de los niños. Solo se me ocurrió que quería limpiar su pasado de nazi fanático y su crueldad al traicionarme ante las SS».

Verlo reavivó sus peores recuerdos de la guerra, unos recuerdos que, con la ayuda de un psiquiatra y centrándose en su familia y la casa de Brazzà, había logrado gestionar casi por completo.

Días después, aún alterada por el encuentro, Fey decidió escribir a Kretschmann. La carta pasaba de puntillas por las habituales cortesías.

«Apreciado Kretschmann», empezaba:

> Me alegré de verlo después de todos estos años y de conocer a su encantadora esposa.
>
> Hoy le escribo para decirle que, después de pensarlo largo y tendido, preferiría no volver a verlo, y es por los

siguientes motivos.

Antes de reunirme con usted en el hotel sentí una ansiedad incomprensible. Después de verlos a usted y a su mujer y volver a casa, esa ansiedad no me ha abandonado, y llevo muchas noches durmiendo mal, pensando continuamente en el pasado.

Ha vuelto todo de manera muy gráfica, todas las cosas que he intentado olvidar. Muchos hombres y mujeres han sido destruidos por el recuerdo de su terrible pasado, y yo no quiero que a mí me ocurra. Sin embargo, al verle reapareció todo: el repentino anuncio de la cruel muerte de mi padre; la brutal separación de mis niños pequeños; todas las escenas terribles que presencié en los campos de concentración; y la traumática búsqueda que emprendimos mi marido y yo cuando tuve la suerte de salir en libertad, pensando que no los encontraríamos nunca.

Por supuesto, es imposible olvidar del todo esas cosas, pero su presencia hizo que volvieran las imágenes, los pensamientos y los sentimientos de aquella época, cosas que me he esforzado en enterrar.

Por favor, entréguele esta carta a su mujer; ella lo entenderá.

Les deseo lo mejor en el futuro.

La carta de Fey era franca y decidida. Pero, tal como escribiría más tarde, perdonó a Kretschmann: «Era joven y no había recibido otra educación que la de los nazis. Perdonar es uno de los sentimientos más importantes en la vida».

En su batalla privada para aceptar sus experiencias, aquel era uno de sus principios elementales.

Como muchas otras personas que habían pasado por los campos de concentración, sufría el sentimiento de culpa de los supervivientes, un sentimiento agravado por la idea de que, en comparación con las víctimas del Holocausto, su experiencia había sido «leve», escribía. Su afinidad con su sufrimiento y la necesidad de responder a la pregunta imposible de por qué la empujó a leer

muchas memorias escritas por supervivientes de los campos. *El hombre en busca de sentido* de Viktor Frankl, una crónica de su encarcelamiento en Auschwitz y otros campos, se convirtió en una piedra angular para ella. Durante toda su vida lo tuvo cerca y clavaba citas de sus textos a la mesa en la que trabajaba: «Mi madre nunca se quejó de lo que le había sucedido porque veía su sufrimiento como parte intrínseca de su destino, que había que aceptar tal como viniera, sin amargura o venganza», explicaba Corrado.

En 1948, un artículo publicado por *The International Tracing Service* afirmaba que, en Europa, 42.000 padres y madres seguían buscando a sus hijos.

La gratitud de Fey por haberse reunido con sus niños perdidos la acompañó hasta que murió en Brazzà a los noventa y dos años.[26]

Aparentemente, los habían encontrado de pura casualidad, pero Fey lo veía de otra manera. Su padre, al que adoraba, cuidaba de ella. Como dijo en una entrevista años después de la guerra: «A los niños los encontró él».

Fey con Corrado y Roberto en verano de 1949.

Fey en Brazzà, hacia 1995.

Agradecimientos

Debo un inmenso agradecimiento a Corrado Pirzio-Biroli, sin el cual no habría podido escribir el libro. Además de brindarme acceso a la extraordinaria colección de documentos que atesoraba su madre en Brazzà, colaboró en gran parte de la investigación. Infatigable y con mucha paciencia, respondió a cada pregunta y siempre estaba dispuesto a proponer nuevas vías a indagar. Con su perenne interés en la historia de Brazzà y como autor de una biografía de su bisabuelo, el gran almirante Von Tirpitz, ha compartido sus conocimientos y experiencia. Me siento enormemente privilegiada de haber tenido la oportunidad de trabajar tan estrechamente con él, y siempre le estaré agradecida por su generosidad y apoyo.

Un cálido agradecimiento también a su mujer, Cécile Pirzio-Biroli, que me llevó al monte Joanaz a ver el pueblo de Canebola, el lugar donde los Aliados lanzaban provisiones a los partisanos durante la guerra, y a Villabassa y el hotel Lago di Braies (Pragser Wildsee) en el Tirol del Sur, donde pasaron los últimos días los Sippenhäftlinge antes de ser liberados por los estadounidenses en mayo de 1945.

Asimismo, me gustaría dar las gracias a Roberto Pirzio-Biroli por sus inestimables reflexiones sobre su extraordinaria familia.

También estoy en deuda con el difunto David Forbes-Watt, casado con Vivian, la hija de Fey. Fue coautor de *A Mother's War* y sus archivos contienen gran cantidad de documentos, incluyendo notas que tomó de sus conversaciones con Fey y otras personas relacionadas con su historia. Tras la muerte de Vivian en 1995, David se casó con Helen, y le estoy enormemente agradecida por sus incansables esfuerzos en la búsqueda de material para este libro entre los documentos de su difunto marido y por su amable

permiso para utilizar extractos de su obra. David y Helen visitaban a menudo a Fey y Detalmo. También le estoy agradecida a Helen por las agradables horas que pasé escuchando sus gratos recuerdos de Fey y la vida en Brazzà.

Otros archivos familiares aportaron material valioso. Muy amablemente, Orsina Hercolani, la nieta de Santa Borghese Hercolani, dedicó un día entero a enseñarme la correspondencia que mantuvieron durante muchas décadas su abuela y Fey. También fue fascinante conocer a Mike Foster, el hijo de Robert Foster, que me regaló un ejemplar de las memorias inéditas de su padre, una perspicaz crónica de su primer encuentro con Fey y Detalmo y la Fuerza Aérea del Desierto en Brazzà.

Gracias también a Valerie Riedesel, la hija de Ännerle von Hofacker, y a la doctora Gudula Knerr-Stauffenberg, que compartió sus recuerdos sobre su padrastro, Alex von Stauffenberg.

Al abordar un tema con fuentes primarias en tantas lenguas europeas diferentes, dependía de la labor y orientación de otros. Me gustaría expresar mi gratitud a Angelica von Hase por obtener documentos en Alemania y Polonia y por señalarme el camino correcto durante la investigación; a Lily Pollack por su ayuda y entusiasmo desde el principio; a Lucy Lethbridge por su perceptiva lectura de una parte del manuscrito; y a Dan Booth, Sarah Niccolini y mi madre, Carol, por sus traducciones del material en italiano. Luca Colautti y Pietro Feruglio en Friuli y Heinz Blaumeiser en el Tirol fueron esenciales para encontrar fuentes primarias relacionadas con Brazzà y el orfanato de Wiesenhof. El material que aportaron, incluyendo memorias inéditas, recortes de periódicos locales y narraciones orales que han pasado de generación en generación, constituyeron una panorámica de la vida durante el período nazi que de lo contrario no habría conocido, y me siento enormemente agradecida por su colaboración.

Me gustaría dar las gracias a Venetia Butterfield y a toda la plantilla de Viking, en especial mi editora, Mary Mount, por su apoyo y sus sabias propuestas. Gracias también a mi agente literaria, Georgina Capel, a Rosanna Forte por buscar ilustraciones

y a Sarah-Jane Forder, mi maravillosa correctora.

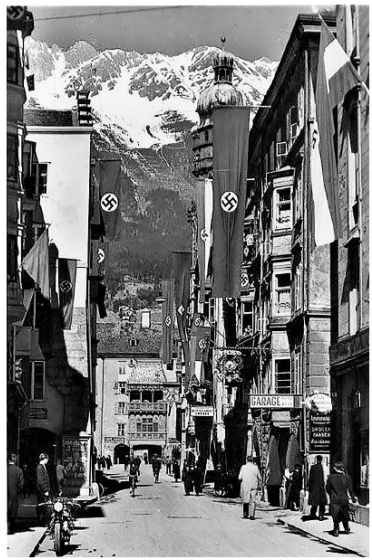
También ha sido un gran placer para mí trabajar con Alexandra Campbell, y nunca le estaré suficientemente agradecida. Además de seleccionar cartas, diarios y obras publicadas en alemán, francés e italiano, ha sido una brillante orientadora en todo momento. Le agradezco mucho su ojo para el detalle y sus perceptivos comentarios.

Por último, gracias a mi familia y mis amigos Sarah Cole, Dorothy Cory-Wright, Jasper McMahon, William Sieghart y Sara Tibbetts por su paciencia, apoyo y amor mientras escribía el libro.

Créditos de las imágenes

La mayoría de las fotografías han sido reproducidas por cortesía del archivo familiar Brazzà. El autor y el editor también agradecen a las siguientes personas el permiso para reproducir fotografías: H. Huber para la 1; The Gemeinde Museum Absam para la 2; Mike Foster para la 5; Ullstein bild / Getty Images para la 7, 11, 12 y 13; © Toni Schneiders / Bundesarchiv_Bild para la 21; ANPI Udine Photo Archive para la 25; German Federal Archives para la 27 y 28; The Nationaal Archief para la 29; © Keystone / Getty Images para la 30; Dr Gudula Knerr-Stauffenberg para la 31 y 32; Popperfoto via Getty Images / Getty Images para la 33; Zeitgeschichtsarchiv Pragser Wildsee para la 34; © S Vannini / DEA / Getty Images para la 35; Stutthof Museum para la 37; The Imperial War Museums para la 38.

Láminas



1. Innsbruck, 1939.

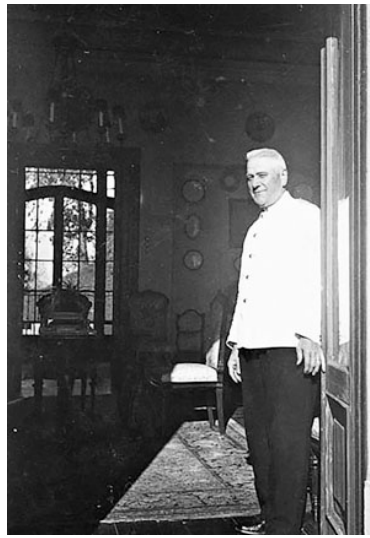
2. El orfanato de Wiesenhof.

3. La casa de Brazzà.

4. Panorámica de Brazzà con el castillo y la granja.

5. Robert Foster, oficial al mando de la Fuerza Aérea del

Desierto.



6. Nonino en Brazzà.

7. Ulrich von Hassell con Hitler y Mussolini en Venecia, 1934.

8. Ulrich von Hassell con Mussolini en Roma, 1936.

9. Fey, a los dieciséis años, con su padre.

10. La familia Hassell hacia 1936: (de izquierda a derecha) Wolf Ulli, Hans Dieter, Ulrich, Almuth, Fey e Ilse.

11. Heinrich Himmler, jefe de las SS, con Hassell (a su derecha) el Día Nacional de la Policía, Villa Glori, 1937. A la izquierda de Himmler aparecen Arturo Bocchini, jefe de la policía italiana, y Reinhard Heydrich, jefe de la Gestapo.

12. General Ludwig Beck.

13. General de división Henning von Tresckow.

14. Fey en 1942.

15. Fey y Detalmo celebran su boda en Ebenhausen, enero de 1940.

16. Fey y Detalmo con Corrado, noviembre de 1940.

17. Nonino y los peones de Brazzà ponen el arnés a Mirko para salir de excursión. Fey y Detalmo están sentados en el carro.

18. Ulrich von Hassell con sus nietos, Corrado y Roberto, en Ebenhausen, junio de 1943.

19. Fey con su madre, Ilse, y Detalmo en Ebenhausen, junio de 1943.

20. Detalmo y Corrado en el jardín de Brazzà. La fotografía fue tomada poco antes de que Detalmo fuera destinado al campo de prisioneros de guerra de Mortara.

21. El hotel Campo Imperatore, donde fue encarcelado Mussolini antes de que lo rescataran las SS el 12 de septiembre de 1943.

22. Cora di Brazzà Slocomb, hacia 1890.

23. El teniente Hans Kretschmann con Corrado en Brazzà, 1942.

24. Corrado con los aviadores en Brazzà, 1943.

25. Los «Trece mártires de Feletto Umberto», Premariacco, 29 de mayo de 1944.

26. Los restos de la biblioteca cartográfica del cuartel general de Hitler en Prusia Oriental, 20 de julio de 1944.

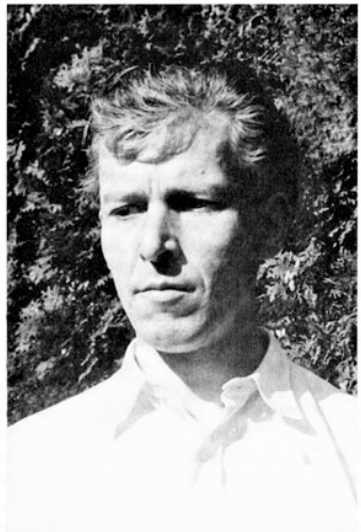
27. Juicio de Ulrich von Hassell, septiembre de 1944.

28. Claus von Stauffenberg.

29. Capitán Sigismund Payne Best.

30. Estragos ocasionados por las bombas en Múnich.

31. Litta von Stauffenberg.



32. Alex von Stauffenberg.

33. Liberación de Buchenwald, abril de 1945.

34. Hotel Pragser Wildsee.

35. Vistas desde una de las habitaciones del hotel.

Wir suchen diese Kinder!

Personalien der Kinder

1. Corrado Pirzio-Biroli
4½ Jahre alt
geb. 25. November 1940
in Udine, Italien
Haare: blond
Augen: blau
Gesichtsfarbe: blaß
Sprache: Deutsch, einige italienische Worte
Rufnamen: Corradino, Corradinchen
Kleidungsstücke: Marine-blauer Mantel mit Kapuze, gemacht aus einem alten Militärmantel

2. Roberto Pirzio-Biroli
3½ Jahre alt
geb. 25. Januar 1942
in Udine, Italien
Haare: blond
Augen: blau
Gesichtsfarbe: lebhafte Farben
Sprache: Deutsch
Rufnamen: Robertino, Robertinchen
Kleidungsstücke: Marine-blauer Mantel mit Kapuze, gemacht aus einem alten Militärmantel

Die betreffenden Kinder wurden ihrer Mutter, Frau Fey Pirzio-Biroli, geb. v. Hassell, am 29. oder 30. September 1944 von zwei Frauen der N. S. V.-Organisation, aus einem Hotel in Innsbruck heraus, weggenommen.

Es ist anzunehmen, daß die Kinder in ein N. S. V.-Kinderheim gebracht wurden. Einzelnachrichten haben ergeben, daß dafür auch solche Kinderheime im hiesigen Gebiet in Frage kommen könnten. Es ist jedoch wahrscheinlich, daß besagte Kinder einen anderen Namen (deutschen) erhielten.

Personal solcher Kinderheime oder Personen, welche die oben abgebildeten Kinder in solchen Heimen gesehen haben oder irgendwelche näheren Angaben machen können, werden gebeten, Auskunft zu erteilen an das

Italienische Rote Kreuz
Sede di Bad Harzburg
Bad Harzburg, Rudolf-Huch-Straße 17

36. «¡Estamos buscando a estos niños!» Uno de los carteles que repartieron Fey y Detalmo en Verano de 1945.

37. Ewald Foth (segundo por la derecha) en los juicios de Stutthof, celebrados en Gdansk en enero de 1947.

38. El cadáver de Himmler, fotografiado por un oficial del ejército británico minutos después de su muerte por envenenamiento con cianuro.

Notas

Existen numerosas fuentes para la historia de Fey: los diarios que escribió durante toda su vida y las cartas que mandó a su familia y amigos, además de sus memorias, *A Mother's War*, publicadas en 1990 por John Murray. También tomó copiosas notas sobre la labor de su padre en la resistencia alemana y sobre sus experiencias en los campos de concentración, que actualizó continuamente después de la guerra. Esos documentos, junto con los diversos borradores de los manuscritos para las ediciones italiana, alemana, francesa e inglesa de sus memorias, se conservan en los archivos de Brazzà, al igual que los del difunto David Forbes-Watt, el yerno de Fey y coautor de *A Mother's War*. Al documentarme y escribir este libro he intentado consultar todas las fuentes para cada fase de la narración. Inevitablemente, existen diferencias de tono entre las obras concebidas para su publicación y editadas varios años después de que ocurrieran los hechos y la correspondencia privada y las notas contemporáneas, así que en todos los casos he hecho todo lo posible por acercarme a la voz y experiencia de Fey, y a menudo he utilizado varias fuentes primarias para una misma escena.

1. Fritz Molden, *Exploding Star: A Young Austrian Against Hitler*, Weidenfeld & Nicolson, 1978, p. 201.

2. Thomas Albrich y Arno Gisinger, *Im Bombenkrieg: Tirol und Vorarlberg 1943-1945*, Haymon-Verlag, 1992, pp. 277ff.

3. Joseph E. Persico, *Piercing the Reich: The Penetration of Nazi Germany by American Secret Agents During World War II*, Viking, 1979, p. 10.

4. Oficina de Servicios Estratégicos, precursora de la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

5. Fuerzas armadas de la Alemania nazi.

6. *Ibid.*

7. Jim Ring, *Storming the Eagle's Nest*, Faber & Faber, 2014, pp. 240-244.

8. Albrich y Gisinger, *op. cit.*, pp. 307-310; Cuartel General 450.º Grupo de Bombardeos, Informe S-2, Misión número 194, 16 de diciembre de 1944, Asociación Conmemorativa 450.º, www.450thbg.com

9. Roland Sila (ed.), *Von Zerstörung und Wiederaufbau: Das Tagebuch der Innsbruckerin Anna Mutschlechner 1944-1951*, StudienVerlag, 2003, p. 36.

10. *Ibid.*, pp. 36-39.

11. Albrich y Gisinger, *op. cit.*, pp. 307-310.

12. Gerald Schwab, *OSS Agents in Hitler's Heartland: Destination Innsbruck*, Praeger, 1996, p. 104.

1. Testimonio de Frau Buri, jefa de enfermeras del orfanato de Wiesenhof, julio de 1945, archivo familiar privado.

2. *Ibid.*

3. Matthias Breit, director del Museo Municipal de Absam, conversación con la autora, enero de 2017.

4. *The Times of Israel*, 20 de octubre de 2012.

5. Peter Steindl, exvicealcalde de Absam, conversación con la autora, enero de 2017.

6. Heinz Blaumeiser, historiador social y exprofesor de la Universidad de Innsbruck, conversación con la autora, enero de 2017.

7. Líder regional del Partido Nazi.

8. *Ibid.*

9. Testimonio de Frau Buri, archivo familiar privado.

1. Información proporcionada por los historiadores locales Heinz Blaumeiser y Peter Steindl, conversaciones con la autora, enero de 2017.

2. *Ibid.*

3. Peter Steindl, conversación con la autora, enero de 2017.

4. *Ibid.*

5. *Anschluss and Extermination: The Fate of the Austrian Jews*, H.E.A.R.T., 2009, www.HolocaustResearchProject.org

6. Walther Eidlitz, *Unknown India: A Pilgrimage into a Forgotten World*, Rider & Co., 1952, p. 8.

7. Información proporcionada por Heinz Blaumeiser.

8. Rudolf Hauschka, *At the Dawn of a New Age: Memories of a Scientist*, SteinerBooks, 2007, p. 69.

9. Peter Staudenmaier, «Between Occultism and Fascism: Anthroposophy and the Politics of Race and Nation in Germany and Italy, 1900-1945» (tesis doctoral), Universidad de Cornell, 2010, pp. 186-187.

10. Hauschka, *op. cit.*, p. 69.

11. Staudenmaier, *op. cit.*, pp. 186-187.

12. *Ibid.*

13. *Ibid.*, pp. 182, 380.

14. *Ibid.*, p. 196.

15. Hauschka, *op. cit.*, p. 69.

16. Heinz Blaumeiser, conversación con la autora, enero de 2017.

17. Matthias Breit, director del Museo Municipal de Absam, conversación con la autora, enero de 2017.

18. Leopold Dollonek, *Tiroler Tageszeitung*, 9 de febrero de 1949.

19. Discurso ante el NSDAP Parteitag, 6 de septiembre de 1938, citado en Staudenmaier, *op. cit.*, p. 207.

20. Dollonek, *op. cit.*

21. Staudenmaier, *op. cit.*, p. 384.

22. Peter Padfield, *Hess, Hitler and Churchill: The Real Turning Point of the Second World War – A Secret History*, Icon Books, 2013, p. 231.

23. Citado en Staudenmaier, *op. cit.*, p. 392.

24. *Ibid.*, pp. 390ff.

25. Hauschka, *op. cit.*, p. 70.

26. Heinz Blaumeiser, conversación con la autora, febrero de 2017

27. Matthias Breit y Peter Steindl, conversaciones con la autora, enero de 2017.

28. Información proporcionada por Heinz Blaumeiser.

29. Corrado Pirzio-Biroli, conversación con la autora, noviembre de 2017; Frau Buri, jefa de enfermeras, orfanato de Wiesenhof, julio de 1945, archivo familiar privado.

30. Peter Steindl, conversación con la autora, enero de 2017.

31. *Ibid.*

32. Conversación con la autora, enero de 2017.

33. Trude Egger, residente de la aldea de Wiesenhof, conversación con Heinz Blaumeiser, octubre de 2017.

34. *Ibid.*

35. Testimonio de Frau Buri, jefa de enfermeras del orfanato de Wiesenhof, julio de 1945, archivo familiar privado.

36. *Ibid.*

37. *Ibid.*

38. *Ibid.*

39. *Ibid.*

1. Registro de Operaciones de la Fuerza Aérea del Desierto, Órdenes, 1 de enero de 1945-31 de mayo de 1945, AIR 24/444, The National Archives.

2. Robert Foster, memorias inéditas, s/f, archivo familiar privado.

3. Registro de Operaciones de la Fuerza Aérea del Desierto, *op. cit.*

4. Conversación con Mike Foster, hijo de Robert Foster, septiembre de 2016.

5. La expresión original es «*to give someone the bowler hat*». (*N. del t.*)

6. *Ibid.*

7. Necrológica, capitán de grupo Westlake, *Daily Telegraph*, 26 de enero de 2006.

8. «Operación “Bowler”», AIR 23/1819, The National Archives.

9. *Ibid.*

10. Necrológica, capitán de grupo Westlake, *art. cit.*

11. Mariscal del aire Guy Garrod a sir Norman H. Bottomley, 6 de mayo de 1945, AIR 20/3216, The National Archives.

12. Mike Foster, conversación con la autora; notas de una conversación entre David Forbes-Watt y el mariscal del aire C. L. Falconer, acantonado con Foster en Brazzà (y más tarde comandante de la DAF), s/f, archivo familiar privado.

13. Registro de Operaciones de la Fuerza Aérea del Desierto, *op. cit.*

14. Corrado Pirzio-Biroli, conversación con la autora, noviembre de 2016.

15. Robert Foster, *op. cit.*

16. *Ibid.*

17. Forbes-Watt y Falconer, *op. cit.*

18. Robert Foster, *op. cit.*

19. *Ibid.*

20. Comandante «Tommy» Macpherson (coronel sir Ronald Thomas Stewart Macpherson, Cuerpo de Marines, dos broches), comandante de la Misión Coolant de la DOE, Informes de situación, mayo-junio de 1945, HS 6/852, The National Archives.

21. *Ibid.*

1. Sir Noel Charles a Ministerio de Asuntos Exteriores, 16 de mayo de 1945, citado por David Stafford en *Mission Accomplished: SOE and Italy 1943-1945*, Vintage, 2012, p. 331.

2. Comandante «Tommy» Macpherson, Misión Coolant de la DOE, Informes de situación, mayo de 1945, HS 6/852, The National Archives.

3. Gobierno Militar Aliado.

4. Dirección de Operaciones Especiales, la unidad británica formada en 1940 para llevar a cabo labores de espionaje, sabotaje y reconocimiento en la Europa ocupada.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

7. *Ibid.*

8. David Stafford, *Endgame 1945*, Little, Brown, 2007, p. 345.

9. Macpherson, *op. cit.*

10. Geoffrey Cox, *Race for Trieste*, William Kimber, 1977, p. 158.

11. ADV HQ DAF, Registro de operaciones para abril/mayo de 1945, Resumen de acontecimientos, AIR 24/444, The National Archives.

1. Conversación entre David Forbes-Watt y el mariscal del aire C. L. Falconer, acantonado con Foster en Brazzà (y más tarde comandante de la DAF), s/f, archivo familiar privado.

2. *Ibid.*

3. Angelo D’Orsi, «Vittorio Emanuele III», *Il Manifesto*, 19 de diciembre de 2017.

4. Forbes-Watt y Falconer, *op. cit.*

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

1. Detalmo Pirzio-Biroli, *Finestre e Finestrelle su Brazzà e Altrove*, Campanotto Rifili, 2005, pp. 78-79.

2. Corrado Pirzio-Biroli, conversación con la autora, noviembre de 2016.

3. Conversación entre David Forbes-Watt y el mariscal del aire C. L. Falconer, acantonado con Foster en Brazzà (y más tarde comandante de la DAF), s/f, archivo familiar privado.

4. Corrado Pirzio-Biroli, conversación con la autora, noviembre de 2016.

5. Forbes-Watt y Falconer, *op. cit.*

6. *Ibid.*

7. *Ibid.*

8. David Forbes-Watt y Fey Pirzio-Biroli, notas manuscritas, archivo familiar privado.

9. *Ibid.*

10. Forbes-Watt y Falconer, *op. cit.*

11. Robert Foster, memorias inéditas, s/f, archivo familiar privado.

12. Documentos privados de J. R. T. Hopper, Documentos 6342, Imperial War Museum.

13. Forbes-Watt y Pirzio-Biroli, *op. cit.*

14. Foster, *op. cit.*

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*

1. *Il Messaggero*, 19 de octubre de 1937.

2. *Ibid.*

3. Discurso de aceptación de Himmler como jefe de la policía alemana, 18 de junio de 1936, Ministerio de Interior prusiano, citado en Peter Longerich, *Heinrich Himmler*, Oxford University Press, 2012, p. 204.

4. Longerich, *op. cit.*, p. 242.

5. *Il Messaggero*, 19 de octubre de 1937.

6. Cuerpo de Motoristas Nacionalsocialistas.

7. Citado en Eugen Dollmann, *With Hitler and Mussolini: Memoirs of a Nazi Interpreter*, Skyhorse Publishing, 2017, p. 49.

8. Christopher Duggan, *Fascist Voices: An Intimate History of Mussolini's Italy*, Vintage, 2013, p. 282.

9. *Il Messaggero*, 19 de octubre de 1937.

10. Ilse von Hassell, memorias inéditas, s/f, archivo familiar privado.

11. Dollmann, *op. cit.*, p. 54.

12. Ilse von Hassell, *op. cit.*

13. Duquesa de Sermoneta, *Sparkle Distant Worlds*, Hutchinson, 1947, p. 134.

14. Carl J. Burckhardt, citado en Eugen Dollmann, *op. cit.*, p. 96.

15. Citado en Ilse von Hassell, *op. cit.*

16. Dollmann, *op. cit.*, p. 45.

17. *Ibid.*, p. 97

18. Ilse von Hassell, *op. cit.*

19. Ulrich von Hassell, *Römische Tagebücher und Briefe 1932-1938*, Herbig, 2004, p. 207.

20. Citado en Ilse von Hassell, *op. cit.*

21. Galeazzo Ciano, *Diary 1937-1943*, Phoenix Press, 2002, p. 63.

22. Esta era la valoración de Allen Dulles, jefe de espionaje estadounidense, sobre la educación de Hassell. Véase su introducción a *The Von Hassell Diaries 1938-1944*, Doubleday, 1947.

23. Gottfried von Nostitz, citado por Richard Overy, introducción a *The Ulrich von Hassell Diaries*, Frontline Books, 2011, p. ix.

24. Hans Bernd Gisevius, *Ibid.*

25. Dulles, *op. cit.*, p. x.

26. Ilse von Hassell, *op. cit.*

27. *Ibid.*

28. Ulrich von Hassell, *op. cit.*, pp. 19-20.

29. La Noche de los Cuchillos Largos.

30. Segundo mayordomo de la embajada y espía de la Gestapo.

31. *Ibid.*, p. 194.

32. *Ibid.*

33. Ilse von Hassell, *op. cit.*

34. Ulrich von Hassell, *op. cit.*, p. 195.

35. *Ibid.*

36. *Ibid.*, p. 195.

37. Ilse von Hassell, *op. cit.*

38. Ulrich von Hassell, *op. cit.*, p. 196.

39. Corrado Pirzio-Biroli, conversación con la autora, octubre de 2018.

40. Ilse von Hassell, *op. cit.*

41. *Ibid.*

42. *Ibid.*

43. *Ibid.*

44. Galeazzo Ciano, *op. cit.*, p. 19.

45. Richard Beyler, «Werner Heisenberg, German Physicist and Philosopher», *Encyclopaedia Britannica*, britannica.com

46. Término del Partido Nazi para los arios que simpatizaban con los judíos.

47. Ilse von Hassell, *op. cit.*

48. Ulrich von Hassell, *op. cit.*, p. 209.

49. «The Night of Broken Glass», página web del United States Holocaust Memorial Museum.

50. *The Ulrich von Hassell Diaries*, *op. cit.*, p. 9.

51. *Ibid.*, p. 10.

1. Peter Hoffmann, *The History of German Resistance 1933-1945*, McGill-Queen's University Press, 1988, p. 123.

2. *The Ulrich von Hassell Diaries*, Frontline Books, 2011, p. 167.

3. *The Von Hassell Diaries 1938-1944*, Doubleday, 1947, p. 256.

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*, p. 258.

7. *Ibid.*

8. *Ibid.*, p. 290.

9. Hoffmann, *op. cit.*, p. 251.

10. Gregor Schöllgen, *A Conservative Against Hitler*, St Martin's Press, 1991, p. 116.

11. Diario de Ulrich von Hassell, 16 de junio y 20 de septiembre de 1941, citado en Schöllgen, *op. cit.*, p. 116.

12. Schöllgen, *op. cit.*, pp. 78-79.

13. Andrew Roberts, *«The Holy Fox»: A Biography of Lord Halifax*, Weidenfeld & Nicolson, 1991, p. 184.

14. Citado en Schöllgen, *op. cit.*, p. 84.

15. *Ibid.*, p. 93.

16. *Ibid.*, p. 86.

17. *Ibid.*

18. *Ibid.*

19. *The Von Hassell Diaries 1938-1944*, *op. cit.*, p. 281.

20. *Ibid.*, p. 286.

21. *Ibid.*

22. Michael Baigent y Richard Leigh, *Secret Germany: Claus von Stauffenberg and the Mystical Crusade Against Hitler*, Jonathan Cape, 1994, p. 33.

23. Hoffmann, *op. cit.*, p. 278.

24. Baigent y Leigh, *op. cit.*, p. 33.

25. *The Ulrich von Hassell Diaries*, *op. cit.*, p. 186.

26. *The Von Hassell Diaries 1938-1944*, *op. cit.*, p. 286.

27. Baigent y Leigh, *op. cit.*, p. 1.

28. *The Ulrich von Hassell Diaries*, *op. cit.*, p. 185.

29. *Ibid.*

30. *Ibid.*, p. 187.

31. *Ibid.*, p. 194.

32. Michael Balfour, *Withstanding Hitler in Germany, 1933-1945*, Routledge, 1988, p. 124.

33. Offizierschule des Heeres, Tresckow monographie.

34. Hoffmann, *op. cit.*, p. 265

35. *The Ulrich von Hassell Diaries*, *op. cit.*, p. 143.

36. Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War Against Hitler*, Hodder & Stoughton, 1966, p. 227

37. Baigent y Leigh, *op. cit.*, p. 23.

38. *Ibid.*

39. Fabian von Schlabrendorff, *op. cit.*, p. 231.

40. *Ibid.*

41. *Ibid.*, p. 236.

42. *Ibid.*

43. *Ibid.*, p. 237.

44. El Arsenal de Berlín.

45. Baigent y Leigh, *op. cit.*, p. 25

46. *Ibid.*

1. Umberto Paviotti, *Udine sotto l'occupazione Tedesca*, Tiziano Sguazzero (ed.), Istituto Friulano per la Storia del Movimento di Liberazione, 2009, p. 5.

2. Iris Origo, *War in Val D'Orcia: An Italian War Diary, 1943-1944*, Jonathan Cape, 1947, p. 61.

3. Guido Marchetti era el supervisor de la finca de Brazzà.

4. Corrado Pirzio-Biroli, conversación con la autora, noviembre de 2017.

5. Sydel Silverman, *Three Bells of Civilization: The Life of an Italian Hill Town*, Columbia University Press, 1975, p. 61.

6. Corrado Pirzio-Biroli, conversación con la autora, noviembre de 2017; Idanna Pucci, *The Trials of Maria Barbella*, Vintage, 1997, pp. 13-15.

7. Mariangela Toppazzini, «Un Americana Innamorata Del Friuli», *Friuli Colinare*, s/f.

8. Corrado Pirzio-Biroli, conversación con la autora, noviembre de 2017.

9. *Ibid*

10. Paviotti, *op. cit.*, p. 4.

11. *Ibid.*, p. 6.

12. *Ibid.*, p. 7.

13. Rupert Colley, *Mussolini: History in an Hour*, William Collins, 2013, e-book.

14. *Ibid.*

15. *Ibid.*

16. Paviotti, *op. cit.*, pp. 11-12.

17. Rosanna Boratto, citada en *Una disubbidienza civile: Le donne friulane di fronte all'8 settembre 1943*, Udine, Comitato Resistenti, 2013, p. 46.

18. Paviotti, *op. cit.*, p. 15.

19. *Ibid.*, pp. 8-11.

20. *Ibid.*, p. 18.

21. Se trataba de Carlo, un primo de Detalmo, que se había unido a los partisanos de Albania, donde lo habían destinado como oficial italiano.

22. Había tres sirvientas en Brazzà: Ernesta, Cilla y Mila.

1. Cuestionario del Vaticano, archivos de la parroquia de Santa Margherita, 1939.

2. Giorgio Botto, cuyos antepasados eran aparceros en Brazzà, conversación con la autora, noviembre de 2017.

3. Cuestionario del Vaticano, *op. cit.*

4. Jane Scrivener, *Inside Rome With the Germans*, Holloway Press, 2007, p. 62.

5. Meses después, en febrero de 1944, varias de esas propiedades fueron registradas por las SS.

1. G. H. Bennett, *The Nazi, the Painter and the Forgotten Story of the SS Road*, Reaktion Books, 2012, p. 61.

2. Informe de situación, URSS, n.º 178, *Einsatzgruppen Reports: Selections from the Dispatches of the Nazi Death Squads' Campaign Against the Jews, July 1941-January 1943*, Y. Arad, S. Krakowski y S. Spector (eds.), Holocaust Library, 1989, pp. 308-309.

3. Bennett, *op. cit.*, p. 62.

4. Umberto Paviotti, *Udine sotto l'occupazione Tedesca*, Tiziano Sguazzero (ed.), Istituto Friulano per la Storia del Movimento di Liberazione, 2009, p. 362.

5. *Ibid.*, pp. 369-370.

6. La hija de Scipione Borghese, décimo príncipe de Sulmona.

7. Fey Pirzio- Biroli a Santa Hercolani, s/f, archivo familiar privado.

8. Paviotti, *op. cit.*, p. 352.

9. *Ibid.*, pp. 360-363.

10. Fey Pirzio-Biroli a Santa Hercolani, 16-17 de mayo de 1943, archivo familiar privado.

11. *Ibid.*

12. Paviotti, *op. cit.*, p. 375.

13. *Ibid.*

14. Walter Ceschia (ed.), *Dal Diario di Kitzmüller: Giorni di Caino 1943-1945*, Studio Effe, Udine, 1977, p. 21.

15. Vittorio Zanuttini, citado en Ceschia, *op. cit.*, pp. 44-45.

16. *Ibid.*

17. *Ibid.*

18. Paviotti, *op. cit.*, p. 379.

19. *Ibid.*, p. 377.

20. Fey Pirzio-Biroli a Santa Hercolani, 26 de mayo de 1944, archivo familiar privado.

21. Paviotti, *op. cit.*, p. 402.

22. *Contessa* Andreina di Caporiacco, una amiga que vivía en un pueblo cercano.

23. Enrico Barbina, *The Modified Liberators*, B-24J 42-51778, tripulación del teniente Solomon, thesolomoncrew.com

24. David Stafford, *Mission Accomplished: SOE and Italy 1943-1945*, Vintage, 2012, pp. 133-143.

25. Harry Hargreaves, «The Sermon Mission to Friuli», *No. 1 Special Force and the Italian Resistance*, Federazione Italiana Associazioni Partigiane/Special Forces Club, 1990, vol. 2, p. 167.

26. Una misión para capturar o matar a un general de las SS que había tomado represalias en el centro de Italia y asesinado a docenas de habitantes.

27. Informes de misiones de la Fuerza Especial, WO 204/7301, The National Archives.

28. Informe de misión del comandante Hedley Vincent, WO 106/3929, The National Archives.

29. *Ibid.*

30. Stafford, *op. cit.*, p. 137.

31. *Ibid.*

32. Patrick Martin Smith, memorias inéditas, documentos privados del capitán P. G. B. Martin- Smith, Documentos 16757, Imperial War Museum.

33. Stafford, *op. cit.*, p. 138.

34. Hargreaves, *op. cit.*, p. 169.

35. David Godwin, «The British Mission to East Friuli», *No. 1 Special Force and the Italian Resistance*, *op. cit.*, p. 177.

36. Informes de misiones I de la Fuerza Especial, WO 106/3929, WO 204/7301, HS 6/850, The National Archives.

1. *The Ulrich von Hassell Diaries*, Frontline Books, 2011, p. 238.

2. Michael Baigent y Richard Leigh, *Secret Germany: Claus von Stauffenberg and the Mystical Crusade Against Hitler*, Jonathan Cape, 1994, p. 34.

3. *Ibid.*

4. *Ibid.*

5. *The Ulrich von Hassell Diaries*, *op. cit.*, p. 191.

6. Ilse von Hassell, memorias inéditas, s/f, archivo familiar privado.

7. Baigent y Leigh, *op. cit.*, p. 9.

8. Necrológica, Ewald-Heinrich von Kleist, *Daily Telegraph*, 13 de marzo de 2013.

9. Ernst Busch sustituyó al mariscal de campo Günther von Kluge como comandante del Grupo de Ejércitos Centro en octubre de 1943.

10. Citado en Eberhard Zeller, *The Flame of Freedom*, Oswald Wolff, 1967, p. 267.

11. Ilse von Hassell, *op. cit.*

12. Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *The July Plot*, The Bodley Head, 1964, p. 101

13. *Ibid.*; Baigent y Leigh, *op. cit.*, p. 43.

14. Baigent y Leigh, *op. cit.*, p. 34.

15. Zeller, *op. cit.*, p. 301.

16. *Ibid.*

17. Baigent y Leigh, *op. cit.*, p. 43.

18. *Ibid.*

19. Zeller, *op. cit.*, p. 303.

20. Citado en Baigent y Leigh, *op. cit.*, p. 44.

21. *Ibid.* p. 46.

22. Citado en Zeller, *op. cit.*, p. 304.

23. *Ibid.*

1. Eberhard Zeller, *The Flame of Freedom*, Oswald Wolff, 1967, p. 341.

2. Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *The July Plot*, The Bodley Head, 1964, p. 119; Zeller, *op. cit.*, p. 336.

3. Zeller, *op. cit.*, p. 336.

4. Manvell y Fraenkel, *op. cit.*, p. 120.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*, pp. 156-157.

7. Zeller, *op. cit.*, p. 342.

8. Eugen Dollmann, *With Hitler and Mussolini: Memoirs of a Nazi Interpreter*, Skyhorse Publishing, 2017, p. 323.

9. Hans Dieter estaba convaleciente de las heridas sufridas en el Frente Oriental en marzo de 1943.

10. Umberto Paviotti, *Udine sotto l'occupazione Tedesca*, Tiziano Sguazzero (ed.), Istituto Friulano per la Storia del Movimento di Liberazione, 2009, p. 426.

11. Fey Pirzio-Biroli a Santa Hercolani, 29 de julio de 1944, archivo familiar privado.

12. David Stafford, *Mission Accomplished: SOE and Italy 1943-1945*, Vintage, 2012, p. 139.

13. Corrado Pirzio-Biroli, conversación con la autora, octubre de 2018.

14. Los alemanes estaban utilizando a tropas de cosacos para tomar represalias en la zona.

15. Fey Pirzio-Biroli a Santa Hercolani, 30 de agosto de 1944, archivo familiar privado.

1. Citado en Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *The July Plot*, The Bodley Head, 1964, p. 173.

2. Ilse von Hassell, memorias inéditas, s/f, archivo familiar privado.

3. Wolf Ulrich von Hassell, citado en *The Ulrich von Hassell Diaries*, Frontline Books, 2011, p. 242.

4. Schlabrendorff también había participado en un intento anterior para matar a Hitler. Él fue quien colocó los explosivos, escondidos en botellas de coñac, en el avión que llevaba al Führer desde el Frente Oriental en marzo de 1943.

5. *Ibid.*

6. Término utilizado por la Gestapo.

7. Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War Against Hitler*, Hodder & Stoughton, 1966, pp. 311-314.

8. *Ibid.*

9. Wolf Ulrich von Hassell, *op. cit.*, p. 243.

10. Ilse von Hassell, *op. cit.*

11. Wolf Ulrich von Hassell, *op. cit.*

12. Martin Bormann a Chef der Sicherheitspolizei und des SD, 2 de septiembre de 1944, NS6/25, Bundesarchiv Berlin.

13. Gregor Schöllgen, *A Conservative Against Hitler*, St Martin's Press, 1991, p. 119.

14. Helmut Schmidt, *Was Ich Noch Sagen Wollte*, C. H. Beck, 2015, pp. 53-57.

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*

17. Joachim Mehlhausen (ed.), *Zeugen des Widerstands*, Mohr Siebeck, 1998, p. 64.

18. Exactamente treinta años antes, el 8 de septiembre de 1914, Hassell había sufrido una herida casi mortal en la primera batalla del Marne. Todavía llevaba fragmentos de la bala alojados en el corazón.

19. *The Ulrich von Hassell Diaries*, *op. cit.*, p. 241.

20. Marion Gräfin Dönhoff, *«Um der Ehre willen»: Erinnerungen an die Freunde vom 20. Juli*, Siedler, 1994, pp. 10-12.

21. Unos 2.700 euros en dinero actual.

22. *Ibid.*

23. Michael Baigent y Richard Leigh, *Secret Germany: Claus von Stauffenberg and the Mystical Crusade Against Hitler*, Jonathan Cape, 1994, p. 63.

24. Citado en Baigent y Leigh, *op. cit.*, p. 63.

25. Manvell y Fraenkel, *op. cit.*, p. 198.

26. *Ibid.*, pp. 198-199.

1. Michael Baigent y Richard Leigh, *Secret Germany: Claus von Stauffenberg and the Mystical Crusade Against Hitler*, Jonathan Cape, 1994, p. 60.

2. Robert Loeffel, «Sippenhaft, Terror and Fear in Nazi Germany», *Contemporary European History*, vol. 16, número 1, 2007, p. 56.

3. *Ibid.*

4. «Spiritual Life», *Catholic Herald*, 9 de diciembre de 2010.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

1. Informe de misión del comandante Hedley Vincent, WO 106/3929, The National Archives; Umberto Paviotti, *Udine sotto l'occupazione Tedesca*, Tiziano Sguazzero (ed.), Istituto Friulano per la Storia del Movimento di Liberazione, 2009, pp. 465-473.

2. Santa Hercolani a Fey Pirzio-Biroli, 16 de septiembre de 1944, citado en Fey von Hassell y David Forbes-Watt, *A Mother's War*, John Murray, 1990, p. 96.

3. Robert E. Conot, *Justice at Nuremberg*, Carroll & Graf, 1993, p. 300.

4. Apodo de Fey.

5. La esposa de Nonino.

1. Informe de misión del comandante Hedley Vincent, WO 106/3929, The National Archives.

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*

4. Servicio de Inteligencia Secreto.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

7. Fuerza Especial nº 1: instrucciones de operación, informes de espionaje, actividades partisanas, etc., WO 204/7295, The National Archives.

8. Investigación de crímenes de guerra llevada a cabo en la zona de Nimis/Subit por la Rama de Investigaciones Especiales, Sección 77, del Cuerpo de la Policía Militar, testimonios del sacerdote local, soldados de las SS capturados y prisioneros de guerra aliados, mayo-agosto de 1945, WO 311/1267, The National Archives.

1. Wilfried Beimrohr, «“Gegnerbekämpfung”: Die Staatspolizeistelle Innsbruck der Gestapo», en Rolf Steininger y Sabine Pitscheider (eds.), *Tirol und Vorarlberg in der NS-Zeit*, Studien Verlag, 2002.

2. *Ibid.*

3. Informe de interrogatorio final, Busch, Friedrich Heinrich, jefe adjunto de la Gestapo en Innsbruck, 15 de septiembre de 1945, 307.º Destacamento del Cuerpo de Inteligencia, RG263, entrada ZZ-8, caja 34, National Archives and Records Administration, Washington D. C.

4. Beimrohr, *op. cit.*

5. Friedrich Busch, RG263, entrada ZZ-8, caja 34, National Archives and Records Administration, Washington D. C.

6. Deputy Theater Judge Advocate Office, 7708 Grupo de Crímens de Guerra, Fuerzas de EE. UU., 24 de marzo de 1947, archivos de la Agencia de Inteligencia Central, RG263, entrada ZZ-18, caja 34.

7. *Ibid.*

8. *Ibid.*

9. Beimrohr, *op. cit.*

10. Gerald Schwab, *OSS Agents in Hitler's Heartland: Destination Innsbruck*, Praeger, 1996, p. 114.

11. *Ibid.*

12. *Ibid.*

1. Los alemanes estaban al corriente del trabajo de Detalmo para el nuevo gobierno antifascista en el sur de Italia.

1. Robert Loeffel, *Family Punishment in Nazi Germany: Sippenhaft, Terror and Myth*, Palgrave Macmillan, 2012, p. 145.

2. *Ibid.*, p. 128.

3. Peter Hoffmann, «Major Joachim Kuhn: Explosives Purveyor to Stauffenberg and Stalin's Prisoner», *German Studies Review*, vol. 28, n.º 3, octubre de 2005, pp. 519-546.

1. Su verdadero nombre era Ilse-Lotte, pero el grupo la llamaba Lotte.

2. Robert Loeffel, *Family Punishment in Nazi Germany: Sippenhaft, Terror and Myth*, Palgrave Macmillan, 2012, pp. 142-143.

3. Irma Goerdeler, declaración a S.I.B., Real Policía Militar, Capri, 6 de junio de 1945, WO 328/6, The National Archives.

4. Valerie Riedesel, *Freifrau zu Eisenbach, Geisterkinder: Fünf Geschwister in Himmlers Sippenhaft*, SCM Hänssler, 2017, p. 130.

5. *Ibid.*, p. 137.

6. Clare Mulley, *The Women Who Flew for Hitler: The True Story of Hitler's Valkyries*, Macmillan, 2017, p. 72.

7. Condesa Melitta Schenk von Stauffenberg.

8. *Ibid.*, p. 19.

9. *Ibid.*, pp. 115-118.

10. Markwart, conde Schenk von Stauffenberg.

1. Los prisioneros por parentesco.

2. Krzysztof Dunin-Wąsowicz, *Obóz koncentracyjny Stutthof*, Wydawnictwo Morskie, 1966, pp. 83ff.

1. Trudi Birger y Jeffrey M. Green, *A Daughter's Gift of Love: A Holocaust Memoir*, The Jewish Publication Society, 1992, p. 21.

2. Stutthof, Equipo de Educación e Investigación de Archivos del Holocausto, www.HolocaustResearchProject.org

3. Marek Orski, «The Extermination of the Stutthof Concentration Camp Prisoners Using the Poisonous Cyclone B Gas», Oranienburg, 2008, pp. 1-2.

4. Equipo de Educación e Investigación de Archivos del Holocausto, *op. cit.*

5. Gregori Semenjaka, citado en Janina Grabowska, «K. L. Stutthof: Ein historischer Abriss», en Hermann Kuhn (ed.), *Stutthof: Ein Konzentrationslager vor den Toren Danzigs*, Edition Temmen, 1995, p. 121.

6. Andrej Angrick y Peter Klein, *The «Final Solution» in Riga: Exploitation and Annihilation, 1941-1944*, Berghahn Books, 2009, p. 417.

7. Kuhn, *op. cit.*, p. 190.

8. Krzysztof Dunin-Wąsowicz, *Obóz koncentracyjny Stutthof*, Wydawnictwo Morskie, 1966, pp. 83ff.

9. Angrick y Klein, *op. cit.*, p. 417.

10. Birger y Green, *op. cit.*, p. 18.

11. *Ibid.* pp. 20-21.

12. Equipo de Educación de Investigación de Archivos del Holocausto, *op. cit.*

13. Se calcula que entre 10.000 y 20.000 prisioneros fueron asesinados inmediatamente después de su llegada.

14. Schoschana Rabinovici, *Thanks to My Mother*, Puffin Books, 2000, pp. 190-191.

15. Prisoneros que habían sido nombrados guardias por los nazis.

16. Birger con Green, *op. cit.*, pp. 17-19.

17. Maria Rolnikaite, citado en Kuhn, *op. cit.*, p. 142.

18. Citado en Orski, *op. cit.*, p. 19.

19. Birger y Green, *op. cit.*, p. 18.

20. Dunin-Wąsowicz, *op. cit.*

21. *Ibid.*

22. Declaración de Albert Petlikau, citado en Angrick y Klein, *op. cit.*, p. 423.

23. Dunin-Wąsowicz, *op. cit.*

24. Birger y Green, *op. cit.*, p. 144.

25. Orski, *art. cit.*, pp. 2-3.

26. Testimonio de Hans Rach durante los juicios de Stutthof en Gdansk, 1947, AK-IPN SO Gd. Ref. 78

27. Gregori Semenjaka, citado en Kuhn, *op. cit.*, p. 121.

28. Birger y Green, *op. cit.*, p. 142.

29. 21 de junio de 1944, NS 19/4014, Bl. 167-168, Bundesarchiv Berlin.

30. Rabinovici, *op. cit.*, p. 195.

31. Orski, *art. cit.*, p. 18.

32. Gregori Semenjaka, citado en Kuhn, *op. cit.*, p. 122.

33. Erna Valk, citado en Kuhn, *op. cit.*, p. 149.

34. Citado en Angrick y Klein, *op. cit.*, p. 424, de una declaración de Zbroja, 28 de marzo de 1968, 407 AR 91/65, BD. 7, Bundesarchiv Ludwigsburg.

35. Rabinovici, *op. cit.*, p. 198.

36. Maria Rolnikaite, citada en Kuhn, *op. cit.*, p. 143.

37. Birger y Green, *op. cit.*, pp. 110-111.

38. Declaración de Otto Knott, 24 de septiembre de 1975, 407AR 91/65, BD. 6, Bundesarchiv Ludwigsburg.

39. Maria Rolnikaite, citada en Kuhn, *op. cit.*, p. 143.

40. Las condiciones en Stutthof eran tan terribles que se cree que, durante su existencia, fallecieron 47.000 presos, en su mayoría por enfermedad.

41. *Ibid.*, p. 144.

42. Rabinovici, *op. cit.*, pp. 200-201.

43. Orski, *art. cit.*, pp. 5-6.

1. Schoschana Rabinovici, *Thanks to My Mother*, Puffin Books, 2000, p. 199.

2. Sobrina de Carl Friedrich Goerdeler.

3. Valerie Riedesel, *Freifrau zu Eisenbach, Geisterkinder: Fünf Geschwister in Himmlers Sippenhaft*, SCM Hänssler, 2017, pp. 173-177.

4. *Ibid.*, p. 177.

1. Ian Kershaw, *The End: Germany 1944-45*, Penguin Books, 2003, pp. 168-169.

2. Antony Beevor, *Berlin: The Downfall 1945*, Penguin Books, 2003, p. 17.

3. *Ibid.*

4. Citado en Ian Kershaw, *op. cit.*, p. 180.

5. Citado en Ulrich Merten, *Forgotten Voices: The Expulsion of the Germans from Eastern Europe after World War II*, Routledge, 2012, p. 3.

6. Comandante Lev Koplev, *No Jail for Thought*, Secker & Warburg, 1977, p. 52.

7. Richard Bessel, *Germany 1945: From War to Peace*, Simon & Schuster, 2010, p. 71; Karl Potrek, Asociación Alemana de Personas Desplazadas, 1953.

8. Kershaw, *op. cit.*, p. 177.

9. *Ibid.*

10. Lore Ehrich, citado en Theodor Schieder, *Documents on the Expulsion of the Germans from East-Central Europe*, Federal Administration for Expellees, Refugees and War Victims, 1960-1961, pp. 135-136.

11. Beevor, *op. cit.*, p. 47

12. *Ibid.*

13. Alt Pillau, un suburbio de Pillau, la actual Baltisk, en la costa báltica.

14. *Ibid.*, p. 37.

15. Antony Beevor, *The Second World War*, Weidenfeld & Nicolson, 2014, pp. 829-830.

16. *Ibid.*, p. 830.

17. Teniente Gennady Klimenko, citado en Max Hastings, *Armageddon: The Battle for Germany 1944-45*, Macmillan, 2004, p. 308.

18. Beevor, *Berlin: The Downfall 1945*, *op. cit.*, p. 33.

19. Beevor, *The Second World War*, *op. cit.*, p. 31.

20. *Ibid.*, p. 827.

21. *Ibid.*, pp. 827-828.

22. *Ibid.*, p. 828.

23. «Paying with Life and Limb for the Crimes of Nazi Germany», *Der Spiegel*, 27 de mayo de 2011.

24. Merten, *op. cit.*, p. 44.

25. Schieder, *op. cit.*, p. 140.

1. Meta Vannas, citado en Hermann Kuhn (ed.), *Stutthof: Ein Konzentrationslager vor den Toren Danzigs*, Edition Temmen, 1995, p. 152.

2. Andrej Angrick y Peter Klein, *The «Final Solution» in Riga: Exploitation and Annihilation, 1941-1944*, Berghahn Books, 2009, p. 424.

3. Meta Vannas, citado en Kuhn, *op. cit.*, p. 152.

4. Lore Ehrich, citado en Theodor Schieder, *Documents on the Expulsion of the Germans from East-Central Europe*, Federal Administration for Expellees, Refugees and War Victims, 1960-1, p. 141.

5. Schoschana Rabinovici, *Thanks to My Mother*, Puffin Books, 2000, pp. 202-205.

6. *Ibid.*, p. 207.

1. Anna-Luise von Hofacker, «Unsere Gefängniszeit», memorias inéditas, archivo familiar privado.

2. *Ibid.*

3. Andrej Angrick y Peter Klein, *The «Final Solution» in Riga: Exploitation and Annihilation, 1941-1944*, Berghahn Books, 2009, p. 426.

4. *Ibid.*, p. 425.

1. Marie-Gabriele Schenk Gräfin von Stauffenberg, *Aufzeichnungen aus unserer Sippenhaft 20. Juli 1944 bis 19. Juni 1945*, Haus der Geschichte Baden-Württemberg, Der neue Blick, 2015, p. 97.

2. Stuart B. T. Emmett, *Strafvollzugslager der SS und Polizei: Himmler's Wartime Institutions for the Detention of Waffen-SS and Polizei Criminals*, Fonthill, 2017, pp. 170-171.

3. En un discurso en Bad Tölz a los líderes de grupo de las SS, 18 de febrero de 1937.

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*

6. «Persecution of Homosexuals in the Third Reich», página web del United States Holocaust Memorial Museum.

7. Emmett, *op. cit.*, p. 152.

8. Marie-Gabriele Schenk Gräfin von Stauffenberg, *op. cit.*, p. 98.

1. Marie-Gabriele Schenk Gräfin von Stauffenberg, *Aufzeichnungen aus unserer Sippenhaft 20. Juli 1944 bis 19. Juni 1945*, Haus der Geschichte Baden-Württemberg, Der neue Blick, 2015, p. 99.

2. Ulrich Merten, *Forgotten Voices: The Expulsion of the Germans from Eastern Europe after World War II*, Routledge, 2012, p. 45.

3. Antony Beevor, *Berlin: The Downfall 1945*, Penguin Books, 2003, p. 49.

4. *Ibid.*, p. 51.

5. Marie-Gabriele Schenk Gräfin von Stauffenberg, *op. cit.*, pp. 99-100.

6. *Ibid.*, p. 101.

7. *Ibid.*, p. 102.

8. Isa Vermehren, *Reise durch den letzten Akt: Ravensbrück, Buchenwald, Dachau. Eine Frau Berichtet*, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 1979, p. 181.

9. Marie-Gabriele Schenk Gräfin von Stauffenberg, *op. cit.*, p. 104.

1. La mujer de Carl Friedrich Goerdeler.

2. Literalmente, «construcción especial».

3. William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1964, pp. 170-183.

4. Fritz Thyssen, *I Paid Hitler*, Hodder & Stoughton, 1941, pp. 39-42.

5. Nigel Jones, *Countdown to Valkyrie: The July Plot to Assassinate Hitler*, Frontline Books, 2008, p. 92.

6. Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance 1933-1945*, McGill-Queen's University Press, 2001, pp. 513, 530.

7. Léon Blum, citado en Hans-Günter Richardi, *SS-Geiseln in der Alpenfestung*, Edition Raetia, 2015, p. 82.

8. *Ibid.*, p. 83.

9. Dietrich Bonhoeffer hablando con un grupo de pastores de Berlín sobre «La iglesia y la cuestión judía», abril de 1933.

10. Véase Hugh Mallory Falconer, *The Gestapo's Most Improbable Hostage*, Pen and Sword Aviation, 2018; Hoffmann, *op. cit.*; capitán S. Payne Best, *The Venlo Incident*, Frontline Books, e-book (como en todos los demás casos en que se cita), 2009.

11. División de Guerra Psicológica, Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas, *The Buchenwald Report*, traducido y editado por David A. Hackett, Westview Press, 1995, p. 77.

12. Valerie Riedesel, *Freifrau zu Eisenbach, Geisterkinder: Fünf Geschwister in Himmlers Sippenhaft*, SCM H.nssler, 2017, p. 206.

13. Clare Mulley, *The Women Who Flew for Hitler: The True Story of Hitler's Valkyries*, Macmillan, 2017, p. 298.

14. *The Buchenwald Report*, *op. cit.*, p. 138. En el último recuento en el campo, realizado el 3 de abril de 1945, había 80.900 prisioneros.

15. *Ibid.*, pp. 90ff.

16. *Ibid.*, pp. 45ff.

17. *Ibid.*, pp. 8, 89.

18. *Ibid.*, pp. 68-67.

19. *Ibid.*, pp. 71-74.

20. General George S. Patton, *War As I Knew It*, Houghton Mifflin, 1947, p. 301.

21. *The Buchenwald Report*, *op. cit.*, p. 79.

22. *Ibid.*, p. 229.

23. Vivien Spitz, *Doctors from Hell: The Horrific Account of Nazi Experiments on Humans*, Sentient Publications, 2005, p. 210.

24. *Ibid.*, p. 209.

25. *The Buchenwald Report*, *op. cit.*, p. 73.

26. «Concentration Camp Bordellos», *Der Spiegel*, 25 de junio de 2009.

27. *The Buchenwald Report*, *op. cit.*, p. 73.

28. Matthias Wegner, *Ein weites Herz: Die zwei Leben der Isa Vermehren*, Ullstein, 2004, p. 172.

29. *Ibid.*

30. *Ibid.*, p. 171.

31. Isa Vermehren, Cuartel General de las Fuerzas Aliadas (Mediterráneo Central), declaraciones de antiguos presos políticos, segunda guerra mundial, WO 328/41, The National Archives.

32. Entrevista televisiva con Volker Kühn para *Zeugen des Jahrhunderts*, ZDF, 2001.

33. Anna-Luise von Hofacker, «Unsere Gefängniszeit», memorias inéditas, archivo familiar privado.

1. Anna-Luise von Hofacker, «Unsere Gefängniszeit», memorias inéditas, archivo familiar privado.

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*

4. Véase Clare Mulley, *The Women Who Flew for Hitler: The True Story of Hitler's Valkyries*, Macmillan, 2017, p. 295.

5. Gerhard Bracke, *Melitta Gräfin Stauffenberg: Das Leben einer Fliegerin*, Ullstein, 1993, p. 207.

6. Mulley, *op. cit.*, p. 300.

7. *Ibid.*

8. *Ibid.*, p. 301.

9. Bracke, *op. cit.*, p. 207.

10. Mulley, *op. cit.*, p. 301.

11. *Ibid.*

12. Hofacker, *op. cit.*

13. Marie-Gabriele Schenk Gräfin von Stauffenberg, *Aufzeichnungen aus unserer Sippenhaft 20. Juli 1944 bis 19. Juni 1945*, Haus der Geschichte Baden-Württemberg, Der neue Blick, 2015, p. 109.

14. Isa Vermehren, *Reise durch den letzten Akt: Ravensbrück, Buchenwald, Dachau. Eine Frau Berichtet*, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 1979, pp. 193-197.

15. Capitán S. Payne Best, *The Venlo Incident*, Frontline Books, 2009, e-book, p. 510.

16. Horst Hoepner y Hermann Pünder, Cuartel General Aliado (Mediterráneo Central), declaraciones de antiguos presos políticos, segunda guerra mundial, WO 328/14 y WO 328/30, The National Archives.

17. Payne Best, *op. cit.*, p. 524.

18. *Ibid.*, p. 553.

19. División de Guerra Psicológica, Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas, *The Buchenwald Report*, traducido y editado por David A. Hackett, Westview Press, 1995, p. 326.

20. Payne Best, *op. cit.*, p. 555.

21. Vermehren, *op. cit.*, p. 194.

22. *Ibid.*

23. *Ibid.*

24. *Ibid.*, p. 200.

1. Capitán S. Payne Best, *The Venlo Incident*, Frontline Books, 2009, e-book, p. 558.

2. *Ibid.*, p. 587.

3. Un oficial de la Armada asociado al círculo de conspiradores de la Abwehr.

4. *Ibid.*, p. 561.

5. *Ibid.*, p. 560.

6. John J. Michalczyk (ed.), *Medicine, Ethics and the Third Reich: Historical and Contemporary Issues*, Rowman & Littlefield, 1994, p. 95.

7. Payne Best, *op. cit.*, p. 560.

8. *Ibid.*, p. 573.

9. Hugh Mallory Falconer, *The Gestapo's Most Improbable Hostage*, Pen and Sword Aviation, 2018, p. 117.

10. Payne Best, *op. cit.*, p. 572.

11. Isa Vermehren, *Reise durch den letzten Akt: Ravensbrück, Buchenwald, Dachau. Eine Frau Berichtet*, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 1979, p. 204.

12. Payne Best, *op. cit.*, p. 575.

13. Falconer, *op. cit.*, p. 121.

14. Anna-Luise von Hofacker, «Unsere Gefängniszeit», memorias inéditas, archivo familiar privado.

15. Probablemente un familiar del general Fritz Lindemann, un oficial de la Wehrmacht que participó en el golpe del 20 de julio.

16. *Ibid.*

17. Teniente Edgar Stiller de las SS.

18. Falconer, *op. cit.*, p. 122.

19. Hofacker, *op. cit.*

20. Vermehren, *op. cit.*, p. 206.

21. Marie-Gabriele Schenk Gräfin von Stauffenberg, *Aufzeichnungen aus unserer Sippenhaft 20. Juli 1944 bis 19. Juni 1945*, Haus der Geschichte Baden-Württemberg, Der neue Blick, 2015, p. 110.

22. Clare Mulley, *The Women Who Flew for Hitler: The True Story of Hitler's Valkyries*, Macmillan, 2017, p. 305.

23. *Ibid.*

24. Gerhard Bracke, *Melitta Gräfin Stauffenberg: Das Leben einer Fliegerin*, Ullstein, 1993, p. 225.

25. Mulley, *op. cit.*, p. 309.

26. *Ibid.*, p. 311.

27. *Ibid.*

28. *Ibid.*

29. *Ibid.*

30. *Ibid.*, p. 312.

31. Bracke, *op. cit.*, p. 232.

32. Vermehren, *op. cit.*, p. 211.

33. *Ibid.*

34. Hofacker, *op. cit.*

35. Gräfin von Stauffenberg, *op. cit.*, p. 116.

36. *Ibid.*

1. «Dachau», página web del United States Holocaust Memorial Museum.

2. *Ibid.*

3. Isa Vermehren, *Reise durch den letzten Akt: Ravensbrück, Buchenwald, Dachau. Eine Frau Berichtet*, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 1979, p. 214.

4. Se desconoce el número definitivo de muertos en Dachau. En el tribunal militar estadounidense celebrado en el campo en noviembre de 1945, la acusación afirmó que habían pasado 161.939 prisioneros por Dachau entre 1940 y 1945 y que habían perecido más de 25.000. Un informe oficial calculaba que 14.700 de esas muertes se produjeron en los cuatro primeros meses de 1945.

5. Capitán S. Payne Best, *The Venlo Incident*, Frontline Books, 2009, e-book, p. 600.

6. Teniente coronel Walter J. (Mickey) Fellenz, oficial al mando del 1.er Batallónd el 22.º Regimiento en un informe al general al mando de la 42.ª División del 7.º Ejército de EE. UU., 6 de mayo de 1945.

7. Payne Best, *op. cit.*, p. 648.

8. Véase Sydney Smith, *Wings Day*, Collins, 1968; B. A. «Jimmy» James, *Moonless Night: The Second World War Escape Epic*, Leo Cooper, 2002; Payne Best, *op. cit.*; Peter Churchill, *The Spirit in the Cage*, Hodder & Stoughton, 1954.

9. Setenta y seis hombres consiguieron escapar del campo el 25 de marzo de 1944. Setenta y tres fueron capturados de nuevo, la mayoría en pocos días. De ellos, cincuenta fueron ejecutados por orden expresa de Adolf Hitler.

10. Richard Bessel, *Germany 1945: From War to Peace*, Pocket Books, 2010, p. 104.

11. Por sus siglas en inglés, Oficina de Servicios Estratégicos.

12. Gerald Schwab, *OSS Agents in Hitler's Heartland: Destination Innsbruck*, Praeger, 1996, p. 173.

13. La primera división Panzer SS, Leibstandarte SS Adolf Hitler, una unidad de élite inicialmente responsable de custodiar al Führer.

14. Kriminalpolizei, departamento de policía encargado de investigaciones criminales en el Tercer Reich.

15. *Ibid.*

16. Payne Best, *op. cit.*, p. 611.

17. *Ibid.*, p. 627.

18. Payne Best, *op. cit.*, p. 627.

19. *Ibid.*, p. 628.

20. Schwab, *op. cit.*, p. 173.

21. Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Heinrich Himmler: The Sinister Life of the Head of the SS and Gestapo*, Greenhill Books, 2007, pp. 197-198; Peter Longerich, *Heinrich Himmler*, Oxford University Press, 2012, pp. 725-726.

22. Herma Briffault (ed.), *The Memoirs of Doctor Felix Kersten*, Doubleday, 1947, p. 228.

23. Reunión de Himmler con el conde Bernadotte, sir Victor Mallet al Ministerio de Asuntos Exteriores, 13 de abril de 1945, PREM 3/197/6, The National Archives.

24. *Ibid.*

25. Peter Witte y Stephen Tyas, *Himmler's Diary 1945: A Calendar of Events Leading to Suicide*, Fonthill Media, 2014, p. 143.

26. *Ibid.*, p. 144.

27. Norbert Masur, citado en Gerald Reitlinger, *The Final Solution*, Vallentine, Mitchell, 1953, p. 521.

28. Briffault, *op. cit.*, p. 288.

29. W. Schellenberg, *Memoirs*, André Deutsch, 1956, p. 444.

30. Manvell y Fraenkel, *op. cit.*, p. 233.

31. Según un informe enviado a Winston Churchill, Bernadotte dijo a Himmler que no trasladaría su oferta a los estadounidenses a menos que aceptara esta condición.

32. Herschel V. Johnson, embajador estadounidense en Suecia, al Departamento de Estado de EE. UU., 25 de abril de 1945, citado en Witte y Tyas, *op. cit.*, p. 157.

33. Albert Speer, *Inside the Third Reich*, citado en Witte y Tyas, *op. cit.*, p. 158.

1. Sydney Smith, *Wings Day*, Collins, 1968, p. 217.

2. Capitán S. Payne Best, *The Venlo Incident*, Frontline Books, 2009, e-book, p. 637.

3. *Ibid.*, p. 615.

4. *Ibid.*, p. 546.

5. Kommandaturarrest.

6. Hugh Mallory Falconer, *The Gestapo's Most Improbable Hostage*, Pen and Sword Aviation, 2018, p. 130.

7. *Ibid.*, pp. 131-132.

8. Kurt Schuschnigg, *Austrian Requiem*, Victor Gollancz, 1947, p. 237.

9. *Ibid.*

10. *Ibid.*

11. Payne Best, *op. cit.*, p. 644.

12. W. Schellenberg, *Memoirs*, André Deutsch, 1956, p. 445.

13. Payne Best, *op. cit.*, p. 646.

14. Isa Vermehren, *Reise durch den letzten Akt: Ravensbrück, Buchenwald, Dachau. Eine Frau Berichtet*, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 1979, p. 216.

15. *Ibid.*, p. 198.

16. *The Times*, 24 de abril de 1945.

17. Hans-Günter Richardi, *SS-Geiseln in der Alpenfestung*, Edition Raetia, 2015, p. 152.

18. Schuschnigg, *op. cit.*, p. 238.

19. Léon Blum, *Le dernier mois*, Éditions Diderot, 1946, pp. 67-71.

20. De los 7.000 prisioneros que abandonaron Dachau aquella noche, más de 1.000 murieron en el trayecto a los Alpes. En la que sería la última semana de la guerra, los guardias de las SS ejecutaron a los que no podían seguir el ritmo. Otros murieron de agotamiento o de hambre.

21. Vermehren, *op. cit.*, p. 220.

22. *Ibid.*, p. 222.

23. Al igual que Isa, Kurt y Petra Vermehren fueron arrestados después de que su hijo, el doctor Erich Vermehren, se uniera a la BBC para difundir propaganda antinazi.

24. *Ibid.*, pp. 223-224.

25. Payne Best, *op. cit.*, p. 658.

26. *Ibid.*, p. 663.

27. Reunión del Gabinete de Guerra, 25 de abril de 1945, PREM 3/197/6, The National Archives.

28. *Ibid.*

29. Payne Best, *op. cit.*, p. 662.

30. Vermehren, *op. cit.*, p. 227.

31. Count Folke Bernadotte, *The Curtain Falls*, Alfred A. Knopf, 1945, pp. 61-62.

32. Schellenberg, *op. cit.*, p. 452.

1. Peter Churchill, *The Spirit in the Cage*, Hodder & Stoughton, 1954, p. 211.

2. Hugh Mallory Falconer, *The Gestapo's Most Improbable Hostage*, Pen and Sword Aviation, 2018, p. 152.

3. *Ibid.*, p. 153.

4. B. A. «Jimmy» James, *Moonless Night: The Second World War Escape Epic*, Leo Cooper, 2002, p. 182.

5. Falconer, *op. cit.*, p. 152.

6. Hans-Günter Richardi, *SS-Geiseln in der Alpenfestung*, Edition Raetia, 2015, p. 191.

7. Sydney Smith, *Wings Day*, Collins, 1968, pp. 227-232.

8. *Ibid.*, p. 228.

9. Capitán S. Payne Best, *The Venlo Incident*, Frontline Books, 2009, e-book, p. 667.

10. Stiller era teniente primero y Bader, segundo.

11. Kurt Schuschnigg, *Austrian Requiem*, Victor Gollancz, 1947, p. 240.

12. James, *op. cit.*, p. 184.

13. Smith, *op. cit.*, p. 230.

14. James, *op. cit.*, p. 186.

15. Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War Against Hitler*, Pitman Publishing Corporation, 1966, p. 334.

16. Falconer, *op. cit.*, p. 154.

17. Schlabrendorff, *op. cit.*, p. 333.

18. Payne Best, *op. cit.*, pp. 674-678.

19. *Ibid.*, p. 677.

20. *Ibid.*

21. *Ibid.*, p. 675.

22. Richardi, *op. cit.*, p. 216.

23. James, *op. cit.*, p. 189n.

24. Citado en Fey von Hassell y David Forbes-Watt, *A Mother's War*, John Murray, 1990, p. 182.

25. James, *op. cit.*, p. 189n.

26. *Ibid.*, pp. 189-190.

1. Hans-Günter Richardi, *SS-Geiseln in der Alpenfestung*, Edition Raetia, 2015, p. 209.

2. *Ibid.*, p. 235.

3. B. A. «Jimmy» James, *Moonless Night: The Second World War Escape Epic*, Leo Cooper, 2002, p. 191.

4. Richardi, *op. cit.*, pp. 230-233.

5. Peter Churchill, *The Spirit in the Cage*, Hodder & Stoughton, 1954, p. 221.

6. Armeeoberkommando 19, una unidad del Alto Mando alemán.

7. Escuela de Códigos y Cifrados del Gobierno: espionaje de señales enviado al primer ministro, HW 1/3747, The National Archives.

8. Richardi, *op. cit.*, p. 238.

9. *Ibid.*

10. James, *op. cit.*, p. 194.

11. Marie-Gabriele Schenk Gräfin von Stauffenberg, *Aufzeichnungen aus unserer Sippenhaft 20. Juli 1944 bis 19. Juni 1945*, Haus der Geschichte Baden-Württemberg, Der neue Blick, 2015, p. 127.

12. Isa Vermehren, *Reise durch den letzten Akt: Ravensbrück, Buchenwald, Dachau. Eine Frau Berichtet*, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 1979, p. 240.

13. Richardi, *op. cit.*, pp. 254-255.

14. Kurt Schuschnigg, *Austrian Requiem*, Victor Gollancz, 1947, pp. 241-242.

15. *Ibid.*

1. Peter Churchill, *The Spirit in the Cage*, Hodder & Stoughton, 1954, p. 225.

2. *Ibid.*, p. 226.

3. Isa Vermehren, *Reise durch den letzten Akt: Ravensbrück, Buchenwald, Dachau. Eine Frau Berichtet*, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 1979, p. 270.

4. *Ibid.*, p. 273.

1. Cifras citadas en Tara Zahra, «Lost Children: Displacement, Family and Nation in Postwar Europe», *Journal of Modern History*, vol. 81, n.º 1, *European Childhood in the Twentieth Century* (marzo de 2009), p. 47.

2. «Children during the Holocaust», página web del United States Holocaust Memorial Museum.

3. La organización estatal para el bienestar del pueblo.

4. Fundada por las SS en 1935 para inculcar a los hijos de aquellos considerados «racialmente puros y sanos» la ideología nazi.

5. Verena Buser, «Displaced Children 1945 and the Child Tracing Division of the United Nations Relief and Rehabilitation Administration», en *The Holocaust in History and Memory*, vol. 7: *70 Years After the Liberation of the Camps*, ed. Rainer Schulze, University of Essex, 2014.

6. Zahra, *op. cit.*, p. 45.

7. Dorothy Macardle, *Children of Europe*, Victor Gollancz, 1949, p. 305.

8. Michelle Mouton, «Missing, Lost and Displaced Children in Postwar Germany: The Great Struggle to Provide for the War's Youngest Victims», *Central European History*, vol. 48, número 1 (marzo de 2015), p. 54.

9. *Ibid.*, p. 61.

10. Administración de Ayuda y Rehabilitación de Naciones Unidas.

11. *Ibid.*, p. 54.

12. *Ibid.*, p. 56.

13. *Ibid.*, p. 55.

14. *Ibid.*, p. 57.

15. *Ibid.*, p. 63.

16. Hans Szperlinski, fundador y director de la agencia de búsqueda de niños alemanes Kindersuchdienst, citado en *Ibid*.

17. *Ibid.*, p. 55-56.

18. *Ibid.*

19. Robert Foster, memorias inéditas, s/f, archivo familiar privado.

1. Ilse von Hassell, memorias inéditas, s/f, archivo familiar privado.

2. David Stafford, *Endgame 1945*, Abacus, 2008, p. 461.

1. Se creía que Leonardo de Noblac, uno de los santos más venerados de finales de la Edad Media, era un noble franco del siglo VI y ahijado de Clodoveo I, fundador de la dinastía merovingia. Según la leyenda, los prisioneros que invocaban a san Leonardo desde la celda veían cómo se rompían las cadenas ante sus ojos.

1. Corrado Pirzio-Biroli, conversación con la autora, noviembre de 2016.

2. Peter Hoffmann, *Stauffenberg: A Family History, 1905-1944*, Cambridge University Press, 1995, p. 281.

3. *Ibid.*

4. Dorothy Macardle, *Children of Europe*, Victor Gollancz, 1949, p. 296.

5. Doctora Gudula Knerr-Stauffenberg, correspondencia con la autora, 8 de marzo de 2018.

6. Marie-Gabriele Schenk Gräfin von Stauffenberg, *Aufzeichnungen aus unserer Sippenhaft 20. Juli 1944 bis 19. Juni 1945*, Haus der Geschichte Baden-Württemberg, Der neue Blick, 2015, p. 129.

7. *Ibid.*, p. 231.

8. Isa Vermehren, conferencia en Ravensbrück, 1993.

9. Freisler murió por el impacto directo de un avión estadounidense en el juzgado el 3 de febrero de 1945.

10. Peter Longerich, *Heinrich Himmler*, Oxford University Press, 2012, p. 735.

11. Werner Grothmann, Informe preliminar de interrogatorio 031/ Misc 19, 24 de mayo de 1945, WO 208/4431, The National Archives.

12. Peter Witte y Stephen Tyas, *Himmler's Diary 1945: A Calendar of Events Leading to Suicide*, Fonthill Media, 2014, p. 207.

13. *Ibid.*, p. 210.

14. Informe provisional de Werner Grothmann, 13 de junio de 1945, WO 208/4474, The National Archives.

15. *Ibid.*

16. Declaración del capitán T. Selvester, s/f, WO 32/19603, The National Archives.

17. *Ibid.*

18. «The Diary of Major Norman Whittaker», citado en Witte y Tyas, *op. cit.*, p. 218.

19. Coronel Murphy, citado en Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Heinrich Himmler: The Sinister Life of the Head of the SS and Gestapo*, Frontline Books, 2017, p. 248.

20. «The Diary of Major Norman Whittaker», citado en Witte y Tyas, *op. cit.*, p. 218.

21. Manvell y Fraenkel, *op. cit.*, p. 248.

22. Capitán C. J. «Jimmie» Wells, citado en Paul Van Stemann, «Himmler's Night of Reckoning», *Independent*, 21 de mayo de 1995.

23. «The Diary of Major Norman Whittaker», citado en Witte y Tyas, *op. cit.*, p. 218.

24. Diario de guerra de la Compañía de Defensa del Segundo Ejército, WO 208/4474, The National Archives.

25. Janina Grabowska, *Odpowiedzialnosza zbrodnie popełnione w Stutthofie. Procesy* [Responsabilidad por las atrocidades cometidas en Stutthof. Los juicios], KL Stutthof, Monografia.

26. Fey murió el 12 de febrero de 2010, casi cuatro años después que Detalmo, que falleció en marzo de 2006 a los noventa y un años.

Hasta que nos volvamos a ver. La historia de una madre, sus hijos desaparecidos y el complot para matar a Hitler
Catherine Bailey

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Lost Boys. A Family Ripped Apart by War*

© Catherine Bailey, 2019
La edición original en inglés fue publicada por primera vez por Penguin Books Ltd, London.

© de la traducción, Efrén del Valle, 2021

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la cubierta, Roberto Pirzio-Biroli

Mapas: Ian Moores

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2021

ISBN: 978-84-9199-344-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!